

Un
BOSQUE
de **ÁLAMOS** *en*
IDAHO

La historia de una emigración silenciosa

ELENA MORENO SCHEREDRE



*Un apasionante relato sobre la huella
que los vascos dejaron en Norteamérica.
Conmovedora, adictiva y necesaria.*

Domingo Arsuaga, marinero en Lekeitio, emigra, sin palabras que pronunciar, al oeste americano que le convertirá en pastor. Pero la soledad y el aislamiento no son buenos compañeros. Aconsejado por un amigo, pide una mujer para casarse que proceda de su tierra. Valentina Alzola, una joven cocinera que sueña con un hogar propio, acepta cruzar los mares, sabiendo que las cartas que ha recibido no han sido escritas por su pastor. Con un arcón en el que guarda las sábanas remendadas de la princesa Zita de Borbón, embarca rumbo a Nueva York con el corazón esperanzado y el miedo a encontrar al hombre que le ha jurado amor eterno. No sabe nada de América, ni se atreve a imaginar lo que le aguarda.

Elena Moreno Scheredre

UN BOSQUE DE ÁLAMOS EN IDAHO

Título original: *Un bosque de álamos en Idaho*
Elena Moreno Scheredre, 2026

Revisión: 1.0

26/07/2026

*Para ellos, los que abandonan su tierra por miedo,
hambre o desesperación.*

*Para los que saben
que tienen albergue en mi corazón.*

Nota de la autora

El oeste americano era, hasta que comencé esta historia, un lugar que habitaba mi infancia cinematográfica. Cuando la idea de trasladar mi ficción a aquel territorio se hizo realidad, sentí un miedo casi paralizante.

Nada sabía de climas rigurosos, de distancias conmovedoras por su inmensidad ni del silencio único de un pastor aislado en las Montañas Rocosas. Mi historia no era cuestión de indios o vaqueros, tampoco de marineros o aventureros; era de pastores, y yo tenía que levantar la vida de mis personajes con la fuerza y la fragilidad que confiere la nostalgia. No sabía si llegaría a conseguirlo sin rozar la epidermis de los que emigraron, y por eso elegí el amor como el vehículo más adecuado para soportar las vidas de Domingo y Valentina.

No sé si he logrado atrapar el silencio, la pobreza o la generosidad de los años en que transcurre mi narración y en los que los nombres de los protagonistas llevan el rastro del santoral de la época. Ignoro si he sido capaz de transmitir las dificultades con las que se encontraron los marineros y las jóvenes de la costa vizcaína que fueron allí, y si he dejado claro que la solidaridad de los que los acompañaron fue decisiva para su éxito. Sea como sea, los álamos temblones siguen existiendo, con las marcas que dejaron en ellos los pastores para no morir de nostalgia.

Esta novela es ficción, pero, como siempre, la receta no es

posible sin trocitos de realidad. Cualquiera que crea reconocerse deberá pensar en el azar y la complejidad de este oficio que arrastra las palabras que representan la vida.

Esta tierra que habito y desde la que escribo es de pocas palabras, pero mi corazón ha intentado atrapar algunas para contar un trocito de su fértil historia.

Apuntes para evitar el olvido

La Ley de Emigración de 21 de diciembre de 1907 regulaba el flujo migratorio a las colonias y Estados de América. En ella se definía a los emigrantes de la siguiente manera: «Serán considerados emigrantes, a los efectos de esta ley, los españoles que se propongan abandonar el territorio patrio, con pasaje retribuido o gratuito de tercera clase, o de otra que el Consejo Superior de Emigración declare equivalente, y con destino a cualquier punto de América, Asia u Oceanía...».

Una oleada de europeos asfixiados por la pobreza y el hambre se embarcaron rumbo a la tierra prometida. El impulso de la miseria los llevó a padecer largas jornadas de travesía, en pie o portando ellos mismos una silla, casi siempre en condiciones infrahumanas, soportando el hedor de las bodegas, la humedad de las literas, el frío extremo o el calor asfixiante, el hambre, las enfermedades y casi siempre sin higiene. Los abusos comenzaban en la ciudad de partida, donde una trama de intermediarios y estafadores los esperaban. Falsificadores de documentos, funcionarios corruptos, ladrones posaderos desaprensivos, revendedores de billetes y presuntos agentes de viajes se aprovechaban de la ingenuidad y la desesperación de los emigrantes.

Esta fuerza migratoria se produjo desde 1850 —con algunos altibajos— hasta la crisis de 1929, y alcanzó su cota más alta de salidas en los años inmediatamente anteriores a la Gran Guerra de

1914 y en los años de la contienda civil española (1936-1939).

Sin datos, ni documentación fidedigna, se calcula que entre tres y medio y cinco millones de españoles, en su mayoría «varones jóvenes solteros», braceros o jornaleros, embarcaron con destino a ultramar: Cuba, California, Argentina, Brasil, Uruguay, Australia... Si bien la mayoría fueron transportados por navieras extranjeras, las españolas más destacadas fueron la Compañía Trasatlántica Española, con sede en Barcelona; la Pinillos e Izquierdo, de Cádiz, y las compañías anglobilbaínas: la Ybarra y la Sota y Aznar, en Bilbao.

En los barcos también viajaban mujeres. Ellas llevaban como equipaje las costumbres, la lengua y la fidelidad a lo que dejaban atrás.

Hoy, a Europa llegan miles de emigrantes.

I LEKEITIO

«Lo que el hijo desea olvidar, el nieto quiere recordar».

MARCUS LEE HANSEN

La joven que sueña el amor

VALENTINA ALZOLA

LEKEITIO, 1926

Son las seis de la mañana. Valentina está tumbada en el prado que hay detrás del caserío Etxegoyen. Mira el mar. La apacigua observar las olas lamiendo la isla de San Nicolás, esa roca que sale de las aguas sosteniendo la ermita para que los *arrantzales*^[1] tengan un lugar donde pedir buena marea. Los más viejos dicen que allí daban la vuelta las ballenas durante las mareas vivas de septiembre y que todo el pueblo salía en sus barcas de remos a recibirlas. Se ha sentado muchas veces a remendar las redes en el puerto, junto a las mujeres de la Cofradía de Pescadores de San Pedro, escuchando las historias de los ancianos que vigilan el horizonte. Para las chicas como ella, no hay mucho que hacer en Lekeitio; su vida gira en torno a la fragilidad de su cobijo, a la comida escasa y a esperar que los hombres del mar regresen con bien al atardecer.

Las olas arañan las rocas con esa fuerza todopoderosa que tiene su mar. Consigue imaginar a esos mamíferos marinos resoplando al emerger y a los arponeros acorralándolos para quitarles fuerza y arrastrarlos a tierra. Mueve el rostro buscando el sol recién nacido y se levanta. Ha recorrido la mitad del camino, pero aún tiene por delante siete avemarías y dos padrenuestros para llegar al Palacio Iribarren. Apresura el paso. Si no llega a tiempo a la cocina, la amenazarán con mandarla a la calle y se quedará sin esas perras que gana para poder hacerse un ajuar.

Hace cuatro años que la emperatriz Zita de Habsburgo llegó con su séquito y sus ocho hijos a vivir en un pueblo cuyo nombre probablemente nunca había oído: Lekeitio. El rey Carlos, el marido de Zita, perdió su trono tras la Gran Guerra y fue exiliado a Suiza para, poco después, irse a vivir a la isla de Madeira, donde murió. Como la dama y sus hijos no tenían casa, su primo, el rey Alfonso XIII, la invitó a vivir a Madrid, pero a ella no le gustaban los calores y por eso vino a Lekeitio después de que Adolfo Urquijo le procurara un alojamiento digno de su linaje. Llegó acompañada de su pequeña corte de servidores e institutrices, y algunos empleados y soldados leales para los que no resultó fácil encontrar alojamiento.

Valentina ha oído contar que otras realezas y cortes pasean su lujo por las playas cercanas, donde las mujeres más modernas usan bañadores que dejan al descubierto brazos y piernas. El sol del norte no quema tanto como el del sur y, según dicen, el aire marino lleva en su tripa el yodo, que lo mismo abre el apetito que cura los pulmones. En San Sebastián, San Juan de Luz y Biarritz se acumulan los condes y los marqueses, pero una emperatriz... Eso solo lo tiene Lekeitio.

A ella le interesa la historia. De la ilustre huésped, y del pasado ballenero de su pueblo. Es curiosa, y ya sabe que no todo lo que ve es cuanto existe, pues el saber no ocupa lugar.

Ha visto pocas veces a la dama, pero desde el ventanuco de la cocina distingue su silueta almidonada y oscura cuando acude a escuchar la primera misa acompañada de unos oficiales procedentes del desaparecido imperio. En alguna ocasión, mientras terminaba de ordenar la cocina, escuchó el sonido del gramófono. Cuando está sola se sube encima del fregadero, aun a riesgo de romperse la crisma si sus alpargatas resbalan, para verla en el jardín trasero; aunque algo altanera, tiene los ojos anegados en tristeza.

En la cocina, o al menos a ella se lo parece, hay toda clase de adelantos, incluyendo una especie de teléfono para hablar con el comedor. Adora encender y apagar las luces, abrir y cerrar la fresquera, encender el horno o lavar los manteles en una pila que

lleva la tabla incluida. Ella tiene una palmatoria con velas para caminar en la noche, así que esos artilugios le parecen milagros que acepta feliz, como si el mismísimo Espíritu Santo se hubiera ocupado de inventarlos.

Desde que trabaja en el palacio, sabe que más allá de las olas de su playa, de las montañas que escoltan la carretera y de esa vida de pueblo hay gente dedicada a inventar lo que no existe para hacer la vida más fácil.

Las ventanas del frente del palacio dan a la basílica, y las del otro lado se abren a la playa de Isuntza y al puerto. Muchas de las doncellas e institutrices que trabajan en los pisos superiores se acercan a la cocina en busca de una jarra de agua o de un dulce para los niños. Chapurrean alemán y algo de francés, y solo algunas de las que vinieron desde Madrid hablan en castellano. Ella lo practica y está atenta a cómo nombran las cosas en todos los idiomas. Las alemanas no son las más cercanas a la emperatriz, pero las castellanas le cuentan a Mariana todos los chismes de palacio.

Mariana, la cocinera, es la que la ha salvado. Es prima segunda de su madre y quien le ha buscado el trabajo. Casi le dobla la edad y la instruye en todo lo que considera necesario, además de darle un desayuno y una merienda. Ha trabajado en el Hostal Maroño de la calle Correo de Bilbao, un establecimiento que tiene una cocina refinada, afrancesada, y a su comedor acuden los artistas y toreros que van a la villa y se hospedan allí. La cocinera aprendió el oficio desde abajo, pero, como tenía mano con los fogones, su jefe la recomendó para que guiara los pucheros de la cocina del palacio. Borda el cocido y el consomé, sabe darle el punto de mantequilla al lenguado *menier* y sus postres hacen suspirar a los comensales. Ella la admira, la quiere, y desea seguir a su lado. Desde que la conoció casi es feliz.

A Zita de Borbón no le falta de nada. Lekeitio no es un pueblo sin más. Tiene su categoría, su paseo, sus oficiales de marina, su catedral y sus veraneantes. En el palacio, la ilustre mujer va acompañada de personas que resuelven cualquier necesidad o

contratiempo. La dama camina derecha como un palo, la barbilla alta y los ojos perdidos. Es religiosa y elegante, y procura que sus hijos sigan sus estudios y hagan deporte. Las visitas que recibe son tan numerosas que raro es el día que no hay uno o dos Hispano Suizas aparcados en la entrada.

Valentina alberga la esperanza de que un día la vea y la lleve a dondequiera que vaya, o al menos que la aloje, como a otros empleados del palacio, en el Hotel Beitia. Necesita un lugar que sienta suyo. No puede seguir compartiendo lecho con sus primas, oyendo los reproches de su tío. Por eso desea que la señora sepa que es una chica dispuesta a ser fiel a quien le procure lo que necesita y que acostumbra a aprender cuanto le es posible. Podría enseñar a los niños euskera, puesto que también se arregla con el castellano, pero cuando lo dice en voz alta las demás se ríen a carcajadas y susurran que el euskera no es lengua de ricos y menos aún de reyes, que se dé con un canto en los dientes si el dictador Primo de Rivera no aprieta las leyes y prohíbe hablarlo. «Las señoras nunca permanecen para siempre en un lugar», le advierte Mariana. «Ellas viajan evitando o buscando el sol y tienen salones llenos de espejos en muchos sitios del mundo».

Acaba de cumplir diecisiete años. Es una de las chicas más guapas del pueblo, pero ella aún no se ha dado cuenta. Tiene unos ojos verdes y grandes que debieron de pertenecer a ese padre que no ha conocido. No es muy alta, pero su cuerpo es espigado y camina recta para disimular la tristeza, ese viento que va y viene a su corazón sin pedir permiso y que a veces la dobla como si arreciara un vendaval. De su padre solo sabe el nombre, Pedro, que había nacido en la vecina Bedarona y que murió en un atunero antes de conocer que ella venía en camino.

Ha sido Mariana quien se lo ha contado, porque Josefina, su madre, la ha ignorado siempre. Al parecer, cuando perdió la virtud era tan guapa como ella y tenía su misma edad. Debió de soportar muchas miradas de reproche y humillaciones, porque una madre soltera no está bien vista. En los pueblos la condena de esas

mujeres es de por vida, y por eso se fue. Valentina quiere disculparla. Seguramente sufrió más de lo que ella puede imaginar. Tres veces la ha visto en los últimos cuatro años, lo suficiente para añorarla y sentir el escozor de su ausencia cada amanecer. Su tía, la única que le ha mostrado algo de afecto, le hizo saber que estaba sirviendo en la casa de un famoso abogado en Bilbao y que apenas tenía tiempo para venir hasta Lekeitio.

Su tío es pescador, como lo fue su padre, y el heredero, por ser primogénito, del caserío Etxegoyen, donde vivieron sus abuelos. Aceptó cuidarla hasta que creciera, a cambio de que su madre le mandara unas perras. A ella no le gusta que le hable mal de su madre. Le perdona porque es de cristianos perdonar y porque ella sabe que su tío tiene tan mal genio que casi siempre anda masticando un reproche. Sus cuatro primos, un hombre y tres mujeres, le temen y la ayudan a escondidas, pero desde que cumplió los catorce años el tío la amenaza con echarla. «No hay pan para todos, y tu madre ya no manda un real». Valentina se refugia en los rincones y evita reírse a carcajadas para que no la oiga siquiera.

Los domingos, los señores no se levantan hasta que escuchan las campanas de mediodía. Ella aprovecha para visitar esa iglesia que tanto le gusta. Reza dos avemarías, una para su padre y otra para su madre, a quienes, aunque no están a mano, se ha empeñado en sostener con sus plegarias. Le gusta recitar las letanías, a pesar de no saber lo que significan, mirar el precioso retablo, sentir el olor del incienso, y ese silencio roto solo por el susurro de las beatas. En la iglesia se siente a salvo, y a veces hasta se duerme con el olor de esa bruma aromática que trajeron los Reyes Magos de Oriente. Cuando termina la liturgia y se vacía la iglesia, se arrodilla en los primeros bancos y le pide a la Virgen de la Antigua que le regale uno de esos milagros que ella concede a sus devotos.

Quiere que alguien la cuide y la quiera, solo eso, porque, aunque joven, está cansada de no pertenecer a nadie, de tener las manos llenas de sabañones y de sentir un agujero en el corazón que la

hace suspirar a todas horas. No sabe si su Virgen puede proporcionarle eso, pero se lo pide a ella porque es mujer, y Dios, al ser hombre, no va a entender su orfandad.

Deja atrás la carretera de Ondarroa y camina hacia la playa, desde donde puede ver el palacio con sus cuatro pisos y sus torrecillas de tejas de pizarra. Todo está quieto y en silencio. La humedad trepa invisible como el salitre que levantan las olas. Se ha envuelto en toquillas, pero el alba no es precisamente acogedora. Valentina odia el sirimiri, esa lluvia fina que empapa la saya y hace que caminar se vuelva una penitencia.

Al acercarse advierte que las ventanas de la habitación de la emperatriz tienen los postigos cerrados. Parece que hoy se le han pegado las sábanas, piensa, y acelera el paso. Atraviesa la verja para dirigirse a la puerta que da a las cocinas. Baja las escaleras de la zona de servicio pensando que si no sube un piso más la señora Zita nunca sabrá de su existencia. Suspira cuando una doncella con el mandil almidonado pasa a su lado. Se mira la falda de lana tosca y la toquilla hilada por ella misma. La pobreza suele hablar por la vestimenta.

—Tienes pan y un tazón de leche al lado de la pila. Date prisa.

Esa es su Mariana. La que siempre reserva algo para que su ayudante no ande con el estómago vacío. La que le recita palabras desnudas que ella debe admitir, pero que hace como si no las oyera porque le duelen. La cocinera la quiere, y por eso no la deja fantasear con trabajar en el piso de arriba. A veces se pone las manos sobre las orejas para no escuchar el ruido que hacen sus sueños al estrellarse sobre las baldosas de barro de la cocina. Aunque la emperatriz abandonara el palacio y se fuera a vivir a otro lugar, piensa Valentina mientras se pone el delantal, ella sabe limpiar pescado y coser redes, se maneja en castellano y sabe leer y escribir con buena letra. Con eso y un empujón bendito, podrá trabajar en las fábricas de conservas o en el Hotel Excelsior de Bilbao.

—Ponte el gorro y recógete el pelo, no vaya a caer alguno en la masa del pan. Ahí tienes la harina. Los príncipes están a punto de

bajar al comedor.

Esconde su pelo castaño y rizado en un moño que recoge un gorro de tela ruda. Se lava las manos y comienza sus quehaceres. Forma con la harina un volcán donde vierte el agua salada y añade la levadura. Luego envuelve repetidamente la mezcla con las manos hasta obtener una masa. Le gusta la cocina, los olores que desprenden los pucheros y ese ajetreo que cesa cuando en el comedor terminan el desayuno. Escucha con atención los consejos de Mariana. Ya distingue las medidas que son imposibles de precisar: la pizca de sal, el chorrito de coñac o el sí es no es de pimentón que hay que echar a las lentejas. Sabe que el ajo hay que saltearlo en el aceite hasta que empiece a bailar y que a la cebolla hay que quitarle la arrogancia, que las setas son delicadas y que el pescado no hay que salarlo demasiado. El esfuerzo de amasar la hace entrar en calor. Tapa el barreño con un trapo limpio y, mientras espera a que fermente para poder meterlo en el horno, busca a Mariana y observa cómo bate la mantequilla con el azúcar hasta conseguir una pomada exquisita con la que adornará el bizcocho.

Hace más de dos años que la cocinera vive para trabajar. Su marido es uno de los *amerikanoak*. A veces, cuando bate la nata de la leche, se pone tierna recordándolo. Él marchó a trabajar con la promesa de volver a buscarla cuando hubiera reunido un buen dinero. Nicolás Aramburu, ese es su nombre, no siguió a los que iban a California en busca de oro; a él lo llamó un cuñado que trabajaba en un rancho en el estado de Nevada y en el que necesitaban un pastor. Los americanos saben que los vascos aguantan la soledad del invierno y cumplen con sus compromisos, pero finalmente acabó trabajando para uno de Ea y fue formando su propio rebaño. En una de las cartas le decía que el que cuidaba ocupaba tanto campo como la loma de Larrabe. El lugar donde su hombre vive está cerca de Boise, la capital del estado. «Aquella tierra está tan lejos que la verdad se pierde por el camino», suele decir.

Desde Lekeitio, Ea, Ispaster, Natxitua, Bedarona y alrededores

han ido muchos a trabajar como pastores, y en las conversaciones o las anécdotas las familias nombran a ese *amerikanoak* que está pero no está. Algunos vuelven para buscar a una mujer del pueblo con la que casarse y regresan con ella para formar un hogar. Los que dejaron a una novia también la buscan o envían dinero para que se case por poderes y se reúna con ellos en el nuevo mundo. Otros no consiguen adaptarse o enriquecerse como habían soñado y la vergüenza los ata a aquella tierra, por mucho que la nostalgia les haga un agujero en el corazón.

La cocinera habla de refrigeradores y batidoras, de automóviles y refrescos, de la nieve de Idaho y de cómo se hunden hasta la rodilla cuando suben a la montaña. Valentina escucha embobada y casi nota que le crecen alas con las que volar hasta allí. Le da por imaginar que, cuando cumpla los dieciocho, podría ser elegida por uno de aquellos hombres que añoran sus raíces y que solo existen en las cartas y en quienes los recuerdan. Si fuera así, la llevarían en un tren y después en un barco durante días, montaría en automóvil y masticaría chicle. Al cabo de unas semanas se encontraría con su hombre guapo y solo.

Ella no tiene dote, y en realidad no tiene nada, pero en su fuero interno ha construido un lugarcito para que crezcan los milagros. Esperará a que uno de esos viajeros lejanos se fije en ella para casarse y tener unos niños a los que educar y querer.

«No hay que malcriar a los hijos», dice con rotundidad Mariana. Tiene dos, Pablo y Agustín, que cuida su madre en la casa de Bermeo, un pueblo cercano del que va y viene. Dice que el cariño viaja por la sangre y que no hay que sacarlo a relucir, porque las carantoñas debilitan a los hombres y es mejor hacer como si no existieran, aunque te importen. Valentina detesta escuchar eso. Nunca ha tenido cariño y le parece una brújula para encontrar siempre el norte; cuando se detiene, siempre cree que está perdida.

Don José, el maestro que le enseñó a leer sin que ella se lo pidiera, y también Mariana le han mostrado lo grande que es el mundo en un atlas que le ha dejado el cura para saber dónde está

su hombre. Valentina no entiende bien los mapas. Le cuesta imaginar las distancias y situar los continentes. Pero le intrigan esas personas que se van a la aventura.

Aunque le asusta pensar en vivir en un lugar donde todo sea distinto y ni tan siquiera te entiendan, le atrae la idea de buscar su sitio en el mundo. A veces se sienta a mirar el horizonte, y en ese momento no deja de pensar en irse, en empezar en un pueblo donde nadie sepa quién es ni que su madre nunca llegó a casarse. Quiere escapar del hambre, tener una cama y una ventana desde la que pueda adivinar si llegará la tormenta.

Si la emperatriz no la lleva consigo, lo mismo le da casarse en Lekeitio con un pastor del nuevo mundo que busque una mujer que le quiera. La lengua será la misma, y el hombre estará hecho como todos.

Un pastor vasco en América

**DOMINGO ARSUAGA
IDAHO, FEBRERO DE 1929**

La nieve rodea el Creek Valley Ranch, embelleciéndolo como si se tratara de un merengue dulce. En cuanto ha amanecido, los trabajadores se han puesto manos a la obra para despejar el paso que conduce a los refugios de las casi mil quinientas ovejas que posee Jeff Peterssen. La propiedad está cerca de Emmett, en el condado de Gem, estado de Idaho, a solo treinta y tres kilómetros de Boise, la capital.

Domingo, pala en mano, desciende hasta el río Payette para comprobar si aún baja helado. Un sol tibio intenta atravesar las nubes espesas y calentar el aire. Su luz se filtra apenas, produciendo un efecto nacarado que a él le recuerda el interior de las ostras que recogía en la rompiente de San José, allá en Lekeitio.

Se agacha para recoger un trozo de madera atascado entre los guijarros. Procede de un álamo temblón, y enseguida se da cuenta de que es una buena pieza para tallar. El río baja arrastrando pequeños pedazos de hielo que se desharán antes de llegar al gran río Snake. Escucha su murmullo, que se vuelve atronador un poco más abajo. Ama ese lugar, el silencio roto solo por el balido de los borregos y las voces que le llegan desde las cuadras. Distingue la tonada de Cipri Lizundia, que discute con Felipe Arana en ese idioma improvisado que hablan muchos vascos. Más allá parlotean los americanos, masticando las palabras como si fueran chicle. Se moja

la cara con el agua helada, se pasa las manos por el pelo y vuelve a colocarse el sombrero que le regaló Nicolás antes de partir a su tierra. Si no abre la boca, pasa por americano.

Fue una suerte reencontrarse con su amigo Nicolás, al que creía en Nueva York. Las enormes distancias del oeste no facilitan los encuentros, salvo que se vean en los hospedajes donde se albergan o comen. Allí uno sabe de todo el mundo; dónde para este, quién se ha casado o piensa volver y las anécdotas interminables de las sobremesas, que les devuelven una cotidianidad más o menos parecida a la que se da en su pueblo de origen.

Habían cobrado esa semana, y Felipe y él se acercaron a la ciudad. Necesitaban comprar algunas cosas, comer como en casa y darse un paseo por la tienda de los orientales situada en Bannock Street. En los grandes almacenes hay empleados vascos, pero los precios son más altos. Los japoneses tienen cualquier producto que les haga falta a esos hombres que raramente se miran al espejo o zurcen sus calcetines. Domingo no derrocha el dinero, pero había tenido un percance y su chaqueta se había vuelto inservible. Adquirió una forrada de piel, que, según alcanzó a traducir su amigo, le protegería del frío cuando subiera a la montaña.

Almorzaría en el Jai Alai, el hospedaje donde los pastores vascos suelen pernoctar cuando no están en la montaña. Encarni Mendiola, una mujer de Bedarona, casada con Pablo Ereño, lleva con decisión el negocio y ofrece a los pastores una estancia limpia y muy agradable. Es un refugio, casi un hogar para esos hombres que necesitan un lugar de referencia. Allí reciben el correo, los recados de otros pastores que se mueven por el territorio, y también allí encuentran trabajo y se ponen al corriente de los matrimonios o los nacimientos. Y, para los que no saben leer ni escribir, es el mejor sitio para buscar ayuda con la correspondencia o los trámites.

Encarni les presta o guarda su dinero, custodia sus pertenencias y hasta los acompaña al médico para que puedan entenderse. Sin estos establecimientos, los numerosos vascos de la zona no podrían aguantar su duro trabajo. Los hospedajes son una prolongación de

Lekeitio, Ea, Bedarona o Natxitua, pueblos de los que proceden la mayoría de los pastores. Es una buena cocinera, y en su comedor puede degustarse un puchero de alubias con chorizo que invita a los hombres a creer por unas horas que no están tan lejos de casa como saben que están.

En los estados de Nevada y Idaho viven miles de vascos. Buena parte de ellos residen en Boise, donde los pastores se alojan sin problema durante el invierno. Él ha elegido el Jai Alai, pero podría ir al hostel de Anduiza, al Moderno, al Royal Hotel o al de los hermanos Izurza. En Boise se puede elegir o, como hacen muchos, comer en un lugar y tomar un *whisky* en otro para acabar en alguno cuyas habitaciones ofrecen otros servicios.

Pablo Ereño, el marido de Encarni, es charlatán y le cuenta historias como la del Mayflower, el primer barco de ingleses puritanos, que en noviembre de 1620 llegó a las costas de Plymouth rodeando Cape Cod en busca de una Nueva Inglaterra. Las tempestades los desviaron de su destino, así que cuando tocaron tierra no hallaron más que tribus indias. Los colonos firmaron el Pacto del Mayflower, que establecería las bases de su vida. Muchos murieron aquel invierno; no sabían pescar o cazar, actividades reservadas a los aristócratas. Pablo dice que luego llegaron holandeses, franceses y otros europeos, aunque en California ya estaban establecidos los españoles.

En Idaho, los primeros vascos llegaron a finales de 1800. Un par de atrevidos aventureros que llamaron a un hermano, un primo o un cuñado. Se necesitaban trabajadores que cuidaran de las ovejas durante el verano. Se les pagaba en corderos, y pronto empezaron a poseer su propio rebaño. Los que no volvieron a su tierra prosperaron. Después venían las mujeres, o iban ellos a buscarlas. La soledad se llevaba mejor entre paisanos. Algunos habían tenido más suerte y consiguieron comprar tierras, otros volvieron con dinero suficiente para restaurar el caserío familiar o construirse una casa cerca de los suyos. Casi todos eran hombres, y la mayoría buscaban una mujer de su tierra que, a cambio del matrimonio, los

acompañara y les diera un hogar donde reposar.

Los hospedajes y restaurantes —habitualmente regentados por matrimonios o por mujeres a quienes conocieran y que hablaran inglés además de euskera— eran los primeros lugares a los que se dirigían los recién llegados y funcionaban como verdaderos centros de comunicaciones: allí se sabía quién iba a emprender el viaje de vuelta satisfecho de lo conseguido y quién volvía esperanzado de que las condiciones económicas hubieran cambiado porque aquello le costaba la salud. No todos eran capaces de resistir las condiciones climáticas, la soledad, los peligros y el aislamiento de las largas distancias con la única compañía de unos perros.

Después de despedir a Felipe, Domingo se dirige al Jai Alai, donde se encuentra con su amigo Nicolás Aramburu sentado en una de las mesas, esperando a que le sirvieran la comida: primer plato, segundo, postre y *akeita, txola eta txokorra*^[2]. Cuando se ven se abrazan y el pastor se sienta a su lado. Las cosas le han ido bien y vuelve a casa.

—*Ongi etorri*, Domingo^[3] —dice Nicolás.

El pastor se alegra de verle. Ha sabido por otros que estaba a punto de marchar, y deseaba encontrarse con él y tranquilizar ese pellizco que siente por la partida de uno de sus mejores amigos.

—Dicen que se lo has vendido todo a Achabal.

—Así es. Vuelvo a casa. Ya tengo lo que quería. Quiero ver crecer a mis hijos, y echo en falta a la mujer.

—Me alegro por ti, amigo.

—Tú también deberías buscarte una, casarte, tener una casa a la que volver... ¡Te vas a convertir en un solterón!

Los hombres se palmean la espalda, enarcan las cejas o sonríen, pero hablan poco. La mayoría de los pastores son taciturnos, pero Nicolás es chirene y guasón.

—¿Recuerdas lo que hablábamos allá arriba? No es bueno estar solo tan lejos de casa.

Domingo asiente. Su amigo señala el norte, donde están las montañas que rodean la ciudad y que son la referencia principal de

los pastores. Ha compartido días enteros con ese hombre recio y franco, y durante algún tiempo ha sido casi la única persona con la que ha podido hablar de esas cosas que se llevan dentro. Baja la mirada, tuerce la boca, hace esas muecas que sustituyen a las palabras que no es capaz de pronunciar. No se atreve a imaginarse acompañado de una mujer a todas horas, y, aunque lo desee, esos secretos son suyos.

Nicolás cambia de tema y le cuenta que ha vendido su rebaño a la Wood Livestock Company, a cuyo frente se halla Jon Achabal, uno de aquellos vascos que han triunfado. Le ofreció un buen precio y muchas facilidades. Tres años atrás, la prensa se hizo eco de una de las mayores transacciones realizadas en Idaho: Achabal traspasó a otro ranchero de Boise 40000 cabezas de ganado ovino por 400 000 dólares. Está satisfecho. Han sido unos años de sacrificio, pero sabe que en España no hubiera podido reunir suficiente dinero para comprar una casa como tiene pensado y montar el negocio que proyecta en su cabeza.

—Mariana, mi mujer, cocina muy bien y conoce el negocio. Ahora está al mando de la cocina del Palacio Iribarren, allá en Lekeitio, donde se aloja la emperatriz austrohúngara. Ella es capaz de llevar a cabo lo que se proponga, así que buscaremos una casa y un restaurante. Yo encontraré un buen trabajo. Nada de miserias ni de bajar la cabeza eternamente... Mira a esos. Se gastan el salario que ganan con tanto esfuerzo.

Por la ventana ven a un grupo de hombres que cruzan la calle para visitar ese lugar donde las mujeres los abrazan como si los desearan y donde hay música y un alcohol que escapa a la prohibición. En el piso de arriba hay habitaciones que se alquilan por horas y en las que los hombres pueden acceder a una de las chicas. Los dos amigos bajan la voz y se acercan para hablar tan íntimamente como les permiten sus fronteras emocionales.

Durante una temporada estuvieron juntos cuidando un rebaño y, por lo que hablaron en la montaña, Nicolás sabe que Domingo se siente solo, que no es de los que frecuentan esos establecimientos y

que ha rechazado trabajar con los grandes ovejeros. Le conoce. A veces resulta algo huidizo, pero es un hombre listo y noble que se protege para que no le hagan daño. Domingo es austero, no le gusta el póker ni los bolos, pero escucha mejor que nadie. Le preocupa, y por eso trata de convencerle de que ya tiene edad de formar un hogar y de que estaría mejor con una mujer a su lado.

—Cuando llegue a Lekeitio yo te busco una que sea de allí, o de cerca. Ellas saben más que nosotros y ven las oportunidades, créeme. Dicen que el asunto de los papeles va a cambiar y que todos tendremos que figurar en el censo y hablar inglés. Con una mujer harás una familia, prosperarás. Siempre puedes volver. Allí te esperaré.

—Si me caso, debería ofrecer a mi mujer algo más de lo que tengo. Están los ahorros, pero todavía no es suficiente para comprar una propiedad. Tendría que verla al menos.

—¿No te fías de mí?

—De ti sí, seguro que elegirías bien. De quien no me fío es de mí.

—Pues ven conmigo... Debes de tener buenos dineros en el banco.

—No creas, soy un miserable pastor. Pero quiero prosperar.

Nicolás se empeña en hablar de mujeres. Para una joven casadera, reunir la fortuna de lo que cuesta un billete es una heroicidad. Le recuerda que muchas de las que han venido a trabajar con un contrato de cocinera o limpiadora pasan casi tres años pagando la cantidad que costó el billete y que su patrón adelantó. Señala a las camareras.

—Muchas están atrapadas hasta que se casan, aunque pretendientes no les faltan. Si estás seguro de que quieres casarte, vamos al procurador para que me concedas poderes, me das el dinero para su billete y yo te busco una buena mujer. Puedo conseguir tu fe de bautismo, y si hay alguna cosa insalvable no te preocupes, que yo me encargo.

Domingo le mira fijamente y sonríe. Encarni, la patrona del

hostal, le ha aconsejado unas cuantas veces que elija a Amalia, una de las chicas que trabajan en la cocina. Él la ha observado, pero algo hay en ella que le desagrada. Las mujeres le inspiran respeto. Eso se lo enseñó su madre, y Amy le hizo averiguar la ternura que guardaban para los hombres. La idea de que una de ellas le acompañe resulta reconfortante, pero también le asusta. Confía únicamente en las chicas que vienen de la tierra; las americanas pueden abandonarle o divorciarse, y eso le aterra.

Domingo observa que a su amigo se le alegran los ojos cuando habla de su mujer. Con el tercer *whisky* Nicolás le confiesa que los hombres que se van no suelen volver, a menos que ya hayan conseguido una propiedad y vuelvan a su tierra para regresar casados o traerse a algún familiar.

—Tú no tienes tu propio rebaño, pero lo tendrás.

—Todo lo que me dices ya lo he pensado.

Nicolás camina decidido, sin mirar las huellas que deja atrás. Se marchó de Lekeitio para hacer fortuna y no volverá a Idaho. Algunas veces habla como un cura y otras como un aventurero, pero habla mucho. Domingo le mira interrogante, ofreciéndole la mano. Tras unos instantes de duda, se dan un apretón sincero. Eso significa que acepta el ofrecimiento y, por si no vuelve a verle, le pide que le acompañe al banco para entregarle el dinero del billete para el viaje de su futura mujer. No quiere que ella pase más calamidades de las que ya le ocasionarán el miedo y el cansancio de ese trayecto interminable que él no quisiera recordar. Cuando vuelve a abrazar a su amigo, apenas es consciente del paso que acaba de dar. Ha dado su palabra, y eso es sagrado. Nicolás le regala su sombrero.

—Esto, que tendrás que llevarlo en la cabeza, es para que no me olvides.

Hacia mediados de abril comienza la parición, la etapa de más trabajo. Los rebaños se distribuyen en los campos cercanos y los pastores se quedan vigilando las borregas. Las que han parido se

juntan, cuidando de dejar a cada una con su cordero. A Domingo le gusta su trabajo y tiene experiencia a la hora de evitar que se pierdan los corderos, que a veces son abandonados por la madre. A estos hay que darles leche, y a las que no reconocen a su cordero hay que juntarlas a las buenas madres para que imiten su cuidado. Cuando todo funciona, se marcan para subir a los pastos. Se carga el caballo, el burro o la mula con sus albardas, alforjas y cuerdas y se parte.

Algunas ovejas paren por el camino y Domingo tiene que atenderlas y cuidar de que los corderos sobrevivan. Esto es importante, porque esos corderos, dependiendo de cómo sea el acuerdo, pasarán a ser suyos. Su patrón confía en él. Sabe que no abandonará la vigilancia por muy mal que se pongan las cosas y que cuidará del rebaño como si fuera de su propiedad. Domingo aguanta la soledad y los peligros de la montaña. Está acostumbrado, y lo único que le molesta es la imposición que muestran muchos patrones. Goza de unas condiciones de trabajo más decentes que otros: un sueldo que podría ser mejor, la venta de «sus corderos» y algunos días libres en Navidad. Algunas veces ayuda a otros rancheros amigos y saca unos dólares, también con los osos y los *azeris*^[4] que mata y que el Gobierno paga. Él no tiene a quien mantener. Todos los dólares son ahorro para algún día.

Los días siguientes, su cabeza está ocupada por Nicolás y por la mujer que este buscará y que podría aceptar su propuesta de matrimonio. Lo imagina llegando al puerto de Lekeitio para reencontrarse con su esposa. Está seguro de que mientras recorra las calles se fijará en las chicas, y no dejará de hacerlo hasta que encuentre una a su medida. Una mujer valiente, que se atreva a llegar hasta el otro lado del mundo para estar con él.

Ha pasado gran parte de su vida en la mar, en casa de su tío, y le asusta no saber cómo es un hogar. Se ha fijado en la señora Peterssen, siempre peinada, vestida con ropa limpia y a veces carmín en los labios. Monta a caballo como cualquier campero, con pantalones y a horcajadas, y tiene una casa hermosa. Él es incapaz

de imaginar a una mujer de Lekeitio sonriendo con el descarro con que ella lo hace. Pero ha observado que las americanas, aunque espontáneas y dulces, no son como las muchachas que él dejó en su pueblo. Domingo evita a las mujeres; teme que ellas perciban su ignorancia y no se siente capacitado para enfrentarse a su sabiduría. Cuando piensa en ellas se siente en el borde de un desfiladero, a punto de caer al vacío. Vuelve a la realidad con la voz de su compañero Felipe, que habla en inglés con uno de los trabajadores. Pone atención y distingue algunas palabras.

Gimmer, oveja; *cull yaw*, oveja vieja que ya no puede reproducirse; *shearling*, aquella a la que aún no le han salido los dientes.

Wife, esposa.

El marido ausente

**VALENTINA ALZOLA
LEKEITIO, 1929**

En la cocina del palacio reina un gran revuelo. A Mariana le han concedido unos días para que pueda recibir a su marido como se merece tras una ausencia de cinco años. El barco que le traía de América le dejó en Francia, en el puerto de Le Havre, y desde allí ha llegado a Bilbao junto con otros cuatro hombres. En el pueblo, y también en la cocina, hay una gran expectación por la llegada, prevista para ese mismo día. Los pastores que vuelven traen noticias de los que quedan allí, dinero, regalos y encomiendas. Cuentan lo que no saben sus propios parientes, y a veces callan la razón de su ausencia. Unos vienen para quedarse, comprar un caserío como el que posee el hermano primogénito, y otros, para buscar una esposa con la que formar una familia y regresar tras saciar su sed de raíces.

En el café hablan del progreso, de ese tal Charles Lindbergh que cruzó el Atlántico en su avión sin hacer una sola parada, de Primo de Rivera y de lo difícil que se está poniendo la vida. Los rumores de las amantes del rey Alfonso XIII son la comidilla del pueblo, y las malas lenguas dicen que su favorita, la actriz Carmen Ruiz Moragas, vuelve a estar embarazada. Algunos levantan la voz y se enfrentan con la boca pequeña a las medidas que imponen desde Madrid. Protestan porque las perras chicas no alcanzan ni para pagar el billete del bote que traslada a los bilbaínos de una orilla a otra del río Nervión. Pero cerca de la fuente del puerto de Lekeitio las mujeres que cosen las

redes dicen que los *arrantzales* han descubierto un *txontxorro*^[5] y van ofreciendo cajas de *antxoas* a las tabernas.

Valentina se ha convertido en una mujer, tiene diecinueve años y ha sido ascendida a ayudante de cocina. Se siente aliviada por no tener que estar todo el día con las manos rojas debido al agua fría, y quiere aprender. Estos días sustituye a Mariana. La joven llama a la gobernanta para que acepte el pedido del pescado y manda limpiarlo para envasarlo como lo hacen en la conservera.

—*Non dago Mariana?*

—*Amerikanoarekin amodiotan*^[6]. Está empeñada en poner orden en la cocina, como le ha enseñado su mentora: los fogones deben funcionar como un cuartel. Hay que cumplir con el trabajo para que los guisos salgan sabrosos, a su hora y calientes. El pan está recién horneado, y el chocolate para los más pequeños humea en las chocolateras. Los huevos revueltos aguardan en recipientes de plata y las frutas ya están en la mesa. Los moradores del palacio madrugan; la emperatriz, para escuchar misa con los sacerdotes húngaros en la capilla que el conde de Urquijo ha construido en la planta baja, y los chicos, para empezar puntuales sus clases. Las ventanas están entreabiertas para recibir el sol tibio de la primavera.

La joven mira el reloj de pared. Las camareras llegan a la cocina con sus cofias y delantales almidonados; la familia está a punto de sentarse en el comedor con el apetito que los caracteriza. Valentina saca el bizcocho del horno y le manda a Teresita que lo ponga en una de las preciosas fuentes de porcelana con cantos dorados y el escudo del desaparecido imperio.

Casi todos los días hay invitados, y el trabajo en el semisótano es un frenesí. Hace semanas que corren rumores de que la familia va a trasladarse a una ciudad que tiene todo aquello que no puede darle el pueblo. El archiduque Otto, el primogénito, debe completar sus estudios. Las malas lenguas auguran que, si eso sucede, el palacio, que ya es un dispendio para sus dueños, se cerrará. El secretario de cámara de la emperatriz, el conde de Restbroz, lleva semanas recibiendo a gente importante, y el semanario *Blanco y Negro*

publicó una entrevista a la familia real húngara en la que advertían que Lekeitio no podía cubrir las necesidades escolares de los archiduques a pesar de sus excelentes preceptores.

Las habladorías y los chismes mantienen al servicio en un constante estado de nervios. Valentina no puede ni pensar en qué hará con su destino si se cumplen los vaticinios. Ya sabe que Zita de Borbón no la llevará a ninguna parte porque ni siquiera sabe que existe, y menos aún que cocina para ella. La gobernanta, sin embargo, la apoya, reconoce su trabajo y, por alguna razón que ella desconoce, le sonríe y se muestra generosa. Le enseña los nombres de las cosas en castellano y la invita a aprender a hablar en voz baja como hacen las señoritas o a adornar los platos humildes. Le ha regalado un par de prendas que las doncellas han desechado, y muchas veces le permite llevarse algo de comida sobrante.

Su tío, a pesar de lo que ella aporta a la casa, le ha pedido que busque otro lugar donde dormir; sus primas crecen y falta espacio. Durante el invierno duermen juntas y apretadas para evitar el frío y poder compartir el par de piedras que dejan en la chimenea y envuelven en un trapo para calentarse los pies, pero en verano sus primas protestan. También ellas quieren un lugar donde nadie las moleste. Esta vez, la amenaza del tío parece ir en serio y a ella se le viene el mundo encima. Consternada y llorosa, acude a Mariana, que le deja compartir cama unos días en la casa de un familiar que la acoge cuando no va a Bermeo. Pero como todo lo que pasa en la cocina llega a oídos de Esther, la gobernanta, se presenta el día en que, arrugando el ceño, le pregunta a Valentina por su casa.

—Vivo en el caserío Etxegoyen, con mi tío —responde Valentina—. Mi madre está trabajando en Bilbao y no tengo padre. Pero no hay sitio suficiente y quieren que me vaya. Además, hay una buena caminata, y en invierno...

Una semana más tarde, la gobernanta la llama discretamente y le ofrece un hueco en la casa del jardín, donde duermen algunas doncellas húngaras. La Fraulin, como la llaman en la cocina cuando ella no puede oírlas, le ha colocado un camastro en un hueco que

servía de despensa, junto a una mesilla y un elegante arcón que, al parecer, perteneció a la familia imperial.

—No es lo mejor, pero al menos no tendrás que pensar en dormir al raso.

Es más que suficiente; apenas posee nada y el gesto de generosidad y cuidado la emociona. La gobernanta es una mujer recta y religiosa. Siempre se ha sentido protegida por ella, aunque desconoce los motivos.

Desde su rincón, Valentina ve cómo las camareras visten con vestidos ligeros cuando van a bailar. Llevan las piernas al aire y unas combinaciones que les aplastan los pechos. Lucen sombreros, calzan zapatos y colorean sus mejillas y párpados con productos de belleza que proceden de París. Ella las observa acicalarse y siente una cierta envidia, pero acepta que el mundo en que ellas viven no es el suyo. ¿Para qué habría de vestir como ellas? La llamarían fresca, le sacarían cantares y tendría que cargar toda la vida con ello. Las extranjeras pueden hacer lo que deseen, casi como los hombres, pero en Lekeitio el decoro es más valioso que poseer una mula.

En cuanto se tumba en su cama, el cansancio la hace dormirse, y ni siquiera le da tiempo a leer la columna de los viernes del *Excelsior* en la que Maritxu, la Marquesa de Parabere, habla de cocina y da alguna receta. Por primera vez, detrás de la cortina que la separa de sus compañeras atisba lo que puede significar la intimidad, y eso le produce una satisfacción desconocida. Antes del alba, como si alguien la despertara, abre los ojos y siente su cabeza rebosante de incógnitas y preguntas. Solo dispone de una tarde libre, que emplea en acompañar a sus primas a cuidar las cuatro vacas que tiene su tío. A veces se escapan a la playa de Karraspio y disfrutan caminando por la orilla y jugueteando con las olas. También visita al maestro o sale al encuentro de las que cosen las redes, con quienes una puede averiguar lo que pasa en los zaguanes.

Aunque ha sido ascendida a ayudante de cocina, nada ha cambiado, salvo que ahora se siente orgullosa de ser capaz de preparar los canutillos de crema y la tarta colineta que tanto éxito

tienen. Saber recetas le da seguridad, porque un día podrá llevar una cocina.

Pronto cumplirá veinte años, una edad en la que muchas de sus conocidas ya están casadas o con dos críos llenos de mocos. El matrimonio no la atrae demasiado, lo importante es conseguir salir de la pobreza. No gasta su sueldo, ni compra un lazo que mejore su aspecto. Va con ropa prestada desde que era una niña, y las pocas perras que gana están destinadas al ahorro. A pesar de su pobreza, le ha salido más de un pretendiente, pero ninguno de ellos presentaba las características que un marido debe tener. Ella desea un hombre bueno de verdad, que no frecuente tabernas y que quiera prosperar en la vida. No quiere pobres como ella, tullidos, borrachos ni pescadores que vuelvan deslomados y con las redes vacías; antes se queda *birrotxa*^[7]. Le gustan los hombres que no hablan a gritos, que van limpios y la miran como si pidieran permiso para hacerlo, pero de esos no hay muchos. Sueña con tener una alcoba donde dormir. Por eso, los hombres que se han ido a buscarse la vida a las Américas la atraen. Ellos ganan para hacerse una casa.

Apenas pisa la plaza o el baile. Podría aceptar la mediación de Vicenta, una casamentera que dicen que une las puntas de los corazones, pero esa mujer cobra por dar maridos. Valentina sueña con un hombre que la abraza, a pesar de saber que eso no sucederá mientras esté de sol a sol en la cocina. No se arrepiente. El dinero ahorrado le permitirá emprender una nueva vida en la capital si el palacio se cierra. Podría ir a Bilbao, proponerse trabajar en el nuevo Hotel Carlton, que tiene más de treinta habitaciones con teléfono y baño y un comedor para ciento cincuenta personas. Dicen que su cocina es como la del Palace; allí no rechazarían a alguien que ha servido en el Palacio Iribarren.

Eso le dijo su madre, que vino a Lekeitio por sorpresa el año pasado y le contó que había dejado de servir. Ahora trabajaba en la cocina del Café Boulevard, en la plaza del Arenal de Bilbao. Durante su corta visita no mostró ni un gesto de ternura o cariño. Alrededor

de la mesa, en el caserío de su tío, todos los presentes parecían iguales a sus ojos, sin que le prodigara a su hija una atención especial. Valentina había esperado el encuentro ilusionada, e incluso había soñado que venía a buscarla para llevarla con ella. Se bañó y se vistió con su mejor falda y le suplicó a la gobernanta algunas galletas de anís para llevarle a su madre, pero ella apenas la miró. Ya no parecía una mujer de Lekeitio; vestía una falda ceñida hasta media pierna y una blusa de colores, y además llevaba zapatos de tafilete.

Su congoja no pasó desapercibida. Mariana trató de tranquilizarla. Había muchas posibilidades de que la causa de su frialdad estuviera en que desde hacía unos años era una mujer casada y tenía dos hijos con un señor que, con seguridad, no sabía de su existencia. La gobernanta también la disculpó con aquello de que todos desconocemos lo que los demás cargan a la espalda. La joven quiso creerla, pero su corazón le decía que su madre nunca la había querido y que ya era tarde para que lo hiciera. Desde aquel día no recuerda su bello rostro de igual manera; una pena honda se lo impide.

Está terminando de recoger la cocina cuando Mariana irrumpe en el sótano vestida de domingo. Viene a despedirse de sus compañeras. Ya no necesita trabajar allí: va a abrir su propio restaurante. Todas la miran con alegría y celebran que una de ellas haya solucionado su existencia; su marido vuelve con dinero suficiente para comprar una casa y poner un restaurante. Mariana coge a Valentina de la mano y la lleva hasta la entrada.

—Quiero que vengas mañana a casa —le dice—. Ponte guapa, necesito que mi marido te vea.

Su amiga le guiña un ojo y, antes de irse, vuelve a acercarse con aire misterioso.

—Tengo muchas cosas que contarte —le susurra—. Te espero mañana a las ocho.

—Allí estaré.

Para la cita, plancha el mejor de sus dos vestidos, al que añade un cuello de encaje que le ha regalado una de las chicas. Enrolla su trenza en un moño. El peinado le hace parecer recatada. Antes de salir, el espejo le devuelve su imagen. También a ella, y no por escucharlo con frecuencia, le parecen bonitos sus ojos. Ensaya unos gestos de alegría y de tristeza. ¡Ojalá que el marido de Mariana la vea bonita!

Camina cohibida; desconoce la manera en que debe tratarle. Ser cercana es un riesgo, y hay que calibrar las palabras o parecerá una entrometida. Desea saciar su curiosidad. La vida al otro lado de los océanos, en una tierra donde se puede hacer fortuna. América, en el norte o en el sur, en Idaho o en Buenos Aires. ¿Qué hace falta para llegar tan lejos? ¿Cómo son las casas, tienen luz?

Ha imaginado a su amiga en brazos de su marido y hasta ha sentido vergüenza de sus pensamientos. Nunca ha visto a un hombre desnudo, y las únicas referencias que tiene de cómo ellos montan a las mujeres la asusta. Su tía le dijo una vez que todo era igual que los animales, y eso la confunde y aterra. Algunas conocidas hablan de sus penurias en las alcobas, de la brutalidad de los deseos de sus hombres, pero otras confiesan que la noche en la cama junto a su marido es lo mejor del día. Ella no entiende de sexo, pero si se mantiene en secreto será por algo. En lo que coinciden las mujeres es en hablar de sacrificios y resignación, y también en que lo mejor que puede hacer una es casarse.

Frente a la entrada de la casa se recoloca el vestido. Apenas ha dado unos golpecitos cuando un hombre le abre la puerta. Se sonroja, no es capaz de responderle sin balbucear.

—*Kaixo, neska. Zu Valentina izango zara ezta?... Bai ederra zarela*^[8]!

—*Gabon*^[9]!

Entra azorada, ansiosa por encontrar a su amiga. Mariana sale a su encuentro y la lleva a la cocina, donde la chimenea está

encendida y una radio alegre el ambiente con una copla de la Argentinita. Palmea su espalda, la coge del brazo, ríe y señala a su marido mientras le murmura al oído que su hombre le ha salido bueno y que América se lo ha devuelto mejor. En la mesa hay una botella de sidra y tres platos. Se sienta, aliviada. Pensaba que iba a ser un encuentro multitudinario, con los hijos y la madre de Mariana, pero la intimidad hará más amable la conversación.

Nicolás le regala halagos, y a una seña de su mujer comienza a hablar de Idaho. Señala que la tierra allí es árida o frondosa, dependiendo de si uno mira al norte o al sur, y le habla de un páramo desértico lleno de arbustos y pequeños lagos. Dice que es inevitable añorar el mar, pero que saliendo de la ciudad hay montañas y bosques en los que cuando llega la primavera uno cree estar en el paraíso. Le habla de cascadas y lagos, de ríos que descienden con furia en el deshielo y de salmones que saltan rosados y abundantes.

Valentina escucha ensimismada. Ha olvidado sus temores, piensa que los hombres que han visto mundo son diferentes a los que conoce. Ellos se arriesgan, y eso es mejor que seguir la costumbre. Nicolás atiende a sus preguntas, tímidas al principio y espontáneas después. Le explica que en aquellas inmensas tierras sus habitantes se dedican en su mayoría al ganado, pero que como los pueblos crecen también hay aserraderos y grandes ranchos donde trabajan muchos vascos, y en Boise hay comercios, restaurantes y un capitolio, además de una prisión. Antes de que llegaran los europeos, las tierras estaban pobladas por los indios shoshones, una de las muchas tribus indias de Norteamérica que han sobrevivido a los pioneros.

Él ha tenido suerte. Después de ocuparse de los rebaños de otros, formó el suyo propio y luego lo vendió para volver. Cuenta que al inicio trabajó en Nevada, y que allí la vida del pastor era condenadamente difícil debido al clima y la geografía.

—A algunos hasta se les olvida hablar. Pasan meses sin ver a una persona, y eso es malo, muy malo. Cuando estás en la montaña

sabes que debes tener cuidado. Dependes de ti. No es vida...

Nombra los bosques de Sawtooth, de Twin Falls y de las montañas Payette, en cuyos ríos hay truchas grandes como brazos. Nicolás se levanta y señala la parte alta de su muslo para explicarle hasta dónde llega la nieve en invierno.

—Cuéntale lo que te dijo tu amigo cuando saliste de allí —interrumpe Mariana—. Lo que te pidió.

El hombre tarda en responder. Se frota la cara, como si quisiera evitar que las mujeres perciban que sus ojos se han humedecido. Lía en silencio un cigarrillo, y Mariana, como no sabe esperar, recoge los platos y saca un poco de queso, nueces y miel.

—Lino tiene que acostumbrarse a la tierra donde vive, e incluso quererla —arranca con un tono de voz más sereno—. No queda más remedio, de otro modo se sufre mucho. No es fácil, todo empieza como una aventura, pero luego uno recuerda que está lejos. Añoras, pero a medias. Porque allí somos muchos, tenemos nuestras tabernas, reuniones y fiestas, como aquí, y si podemos también comemos igual que aquí... Las mujeres hacen queso y chorizos en los hospedajes. Cuando bajas de la montaña solo piensas en eso, en tener algo parecido a esto. Porque si no tienes un hogar estás muerto.

—¿Y en qué habláis? —La joven desea saberlo todo.

—Ellos, los americanos, en inglés, y nosotros en euskera o en esa mezcla que vamos componiendo para entendernos. Hay gente de Pirineos, de Bayona o Hendaya. Si vas a vivir allí, tienes que aprender inglés. Casi nadie habla español.

»Mi amigo se llama Domingo. Anduvo trabajando en Nevada hasta que empezó a hacerse hombre. Luego se fue a Boise. Es un hombre cumplidor, perdió al padre cuando era niño. Tenía una hermana, según creo recordar, pero algo le pasó a la chiquilla. No sé..., esas cosas no se hablan. —Enciende el cigarrillo—. Los que no han hecho dinero no quieren volver, tienen vergüenza o nadie los espera. No es su caso, creo que tiene sus buenos ahorros. Él trabaja bien. Es un hombre solitario, de los que no frecuentan tabernas.

Responsable y de fiar.

Valentina da un trago a su vaso. No puede evitar sentir envidia cuando percibe la forma en que Mariana mira a su marido.

—Dile lo que te pidió —insiste ella.

—Me pidió que le buscara una mujer... —dice por fin Nicolás—. Bueno, fui yo quien le dijo que no podía seguir solo. Domingo será un Buen marido. Siempre está dispuesto a echar una mano a cualquiera. Es un hombre recio y de buen ver, eso dicen las mujeres..., pero no miente, es honesto. Allí eso es oro. Mi amigo necesita una mujer que quiera prosperar con él. —El hombre observa a la chica, sonriendo—. Mira cómo será que me dio dinero para que le buscara una y le pagara el billete si formalizaba el matrimonio... Mañana voy a pedir su fe de bautismo y su partida de nacimiento. Ya le tengo echado el ojo a una recomendada de mi hermano.

—Primero está ella. —Mariana le golpea el brazo a su marido. Lo hace con cariño, y él sonríe y la mira de reojo.

Valentina vuelve a sonrojarse y baja la vista hacia el mantel. No sabe con exactitud si lo que acaba de oír es una proposición firme de matrimonio o una de las muchas bromas con que Nicolás salpica la conversación. Mira a Mariana demandando una certeza, pero ella le devuelve la mirada y con un gesto la invita a no hacerle caso.

Sin saber a qué atenerse, permanece en silencio. No encuentra en su cabeza ninguna palabra capaz de romper la burbuja de expectación que flota en el aire. Nicolás se levanta y mete una mano en el bolsillo de su pantalón. Saca una cartera y extrae una fotografía que ofrece a Valentina. Ella la examina. Es un grupo de unos diez hombres que miran serios al objetivo. Nicolás señala a uno de ellos.

—*Hauxe da*^[10]!

Ella intenta distinguir los rasgos, pero no lo consigue. La fotografía está borrosa, quizá mal enfocada, y todos parecen un grupo de sucios trabajadores. Cree advertir que aquel al que señala tiene los pómulos salientes, como si pasara hambre. Asiente. Es una

manera de decirle que ha visto cuanto tenía que ver y le da las gracias, sin saber muy bien por qué.

—*Eskerrik asko.*

Mariana se acerca a su marido y le da un ligero empujón.

—¡No seas tonto! La pobre Valentina no sabe si le estás tomando el pelo... —Su amiga le coge la mano—. Lo que ha contado este bruto es verdad. El chico le pidió que le buscara una mujer. Ha depositado toda su confianza en él, y yo le he pedido que, si tú quieres, seas la primera en elegir. Sabes que habrá otras dispuestas a saltar el charco por un matrimonio. Hay suficiente dinero para un viaje cómodo, y aún sobra. No necesitarás hacer uso de tus ahorros.

A ella le da vueltas la cabeza y le parece que el ambiente de la cocina, antes cálido, se ha vuelto asfixiante. Tiene muchas preguntas que no se atreve a hacer en presencia de Nicolás. Son cosas de mujeres y de esos miedos que la invaden cuando piensa en estar a solas con un hombre.

—¿Podría escribirme?

Es lo único que se le ocurre, que él le hable de sí mismo, aunque sea por carta, para evitar de algún modo ese abismo que supone casarse con un desconocido del que jamás podrá separarse.

—Se lo pediré —responde Nicolás—, pero las cartas tardan una eternidad y nosotros tenemos previsto irnos en unos días. Vamos a ver una casa en Gernika. Deberías hacerte una foto para que sepa lo guapa que eres. Suéltate el pelo, a los hombres nos gusta.

—Mañana intentaré buscar la manera de hacérmela y le escribiré unas letras. Prefiero que sea él quien me elija.

—Si te ve, no tendrá dudas.

Mariana la anima. Si va a América, quizá en unos años vuelvan con dinero. Valentina se siente incómoda, como si de pronto aquella propuesta con la que muchas veces ha soñado se hubiese tornado una planta con espinas. Necesita saber algo de ese pastor.

—Tú sabes que las cosas para las mujeres son así —insiste su amiga—. Muchos jóvenes se van. Las guerras los escupe muertos, a otros se los lleva el mar, y quedan los que buscan una vida mejor.

Este Domingo debe de ser de esos, pues de lo contrario, mi Nicolás no lo recomendaría sabiendo que tú eres mi amiga. Somos mujeres, necesitamos una casa, una familia... Aún más en tu caso, *laztana*^[11], no tienes nada y al menos serás una mujer casada.

Con el pretexto de que debe madrugar, Valentina se despide y sale al fresco de la noche. Agradece el aire que sube de la playa de Isuntza; apaga el fuego de sus mejillas y el traqueteo de su corazón.

«No sé quién eres, Domingo, pero me gusta que me esperes».

La montaña

**DOMINGO ARSUAGA
IDAHO, MARZO DE 1929**

El frío ha congelado la lona de la tienda, y el hielo hace que las estrellas parezcan querer entrar en su refugio. Ha cavado un agujero para poder hacer fuego sin que se apague con las rachas del viento que azota. Mete el puchero de hierro con la masa que le ha ocupado media mañana preparar, lo cubre con brasas y lo entierra durante un tiempo que únicamente él sabe medir. Corta un trozo de queso y bebe leche recién ordeñada. Solo dispone de ella cuando las ovejas amamantan a los corderos. Al desenterrar el recipiente, la tienda se caldea y el olor del pan recién hecho desempolva sus fantasías. El proceso se lo enseñó Mariano, un viejo pastor de Eibar que lleva años allí y trabaja en el rancho de Arthur Thorton. El puchero lo ha comprado su patrón en una tienda de Main Street.

Se frota las manos, mueve los pies para entrar en calor y escucha el sonido de la noche. Ha aprendido a diferenciar los crujidos de los árboles, los pasos de los animales o el canto de los pájaros. El tiempo transcurre más lento cuando se está solo, y hay que distinguir los pensamientos que pueden vencerte de los inofensivos.

Ha caminado durante todo el día acompañando al rebaño. Está en los pastos altos desde San José, pero el invierno parece no querer irse y todavía hace mucho frío. El resplandor de la nieve le achicharra los ojos y la piel, y cuando se mira en el espejo tiene el

rostro de un color amoratado, como si hubiera bebido un odre de vino. Por la mañana ha recorrido la zona buscando algunos borregos desorientados. Las pezuñas del caballo se hundían en la nieve, rompiendo ese silencio del bosque nevado. No ha perdido los corderos que nacieron por el camino, y eso le llena de satisfacción. Hay que echarles un ojo al menos dos veces al día, porque aún hay un par de ovejas que se han separado del rebaño y muestran signos de estar a punto de parir: no comen, tienen las ubres llenas de calostro y están inquietas. Domingo las ha llevado junto a su tienda, para proporcionarles agua abundante y poder vigilarlas por si un *azeri* se acerca. Es preciso que esté atento en el momento del parto. Hay veces que es necesario ayudarlas y cerciorarse de que las ubres funcionen correctamente. El dueño del rebaño le permite quedarse con ellos. Han sido casi treinta, y quizá dos más en un par de días. Los cuidará bien y los venderá cuando vuelva. Todavía no ha pensado en quedarse los corderos para reunir su propio rebaño, pero tal vez lo haga.

Ha vuelto a nevar. Se ha quedado un rato más en la tienda, viendo cómo los copos borraban las siluetas de los árboles que moldean el valle. Le gusta escuchar el silencio que produce la nieve, tan distinto al ruido que hace la lluvia y al correr del agua sobre la tierra. Los insectos callan y se esconden, los pájaros que no han emigrado se refugian silenciosos en recovecos inesperados, los animales acuden a sus cuevas para no interrumpir el fruto de ese cielo empedrado. La nieve le da paz. Silba, entona una canción, se mece en ella, recoloca ordenadamente sus cosas y se entretiene tallando la madera. Ya ha hecho dos cucharas que le regalará a Encarni, la dueña del hospedaje, como agradecimiento por las cartas que le escribe y lee.

Hoy se queda en el mismo lugar. Ha dejado pastar a las ovejas mientras buscaba leña. El fuego no puede faltar, y con la humedad es difícil mantenerlo. A veces lo mete en la tienda y lo tapa como si fuera un niño. Baja al río con el caballo cogido por las riendas, para que no se dañe las patas con las rocas. Es una yegua dócil y fuerte

que solo monta él. La deja bebiendo y vuelve a prestar atención a los murmullos, a los balidos, a las sacudidas que de vez en cuando sufren las ramas de los pinos al troncharse debido al peso de la nieve, y quizá lance un *irrintzi*^[12] poderoso para oír su voz saltando las montañas, una forma de contar a quien lo oiga que está allí. Domingo es duro y sabe cuidarse. Tiene claro que está solo y que si algo le sucede no habrá nadie para ayudarlo; por eso trata de entender la naturaleza, los mensajes que lanzan el viento, la lluvia o el sol.

Atardece cuando se sienta en una cavidad de la montaña para afilar su navaja mirando cómo desaparece el valle. Los bosques están envueltos en sombras, la nieve cruje bajo las patas de las ovejas y un techo limpio y cuajado de estrellas le acoge. Cuando el sol desaparece del todo, la oscuridad y la temperatura le obligan a entrar en la tienda. Se tumba en el camastro esperando el sueño, envuelto en la manta.

Probablemente, Nicolás ya haya llegado a Lekeitio y sus ojos estén mirando a las mozas casaderas y escogiendo a la mujer que Domingo necesita. Se alegra por él, pero le entristece saber que es posible que no vuelva a verle. Le gustaba su compañía, su manera de entonar las canciones que cantan los marineros de su costa y esa franqueza que le hace sentirse en casa. Pero tenía a su esposa y a sus hijos esperándole. A él no le pasaban malos pensamientos por la cabeza, y solo quería hacer dinero para regresar recompensado.

Se remueve inquieto. No encuentra postura al pensar en el matrimonio. Las mujeres siguen siendo seres desconocidos para él. Ha descubierto que no todas son iguales, pero que cada una de ellas habita un mundo al que no sabe cómo entrar. En realidad, apenas ha conocido a un par. Por la compañía de una pagó el sueldo de una semana, y la otra, que en realidad fue la primera, se llamaba Amy, una americana de Ketchum que venía de vez en cuando a bailar al salón del Royal. Allí había una máquina de discos, y los camperos y pastores se encontraban para tomar *rye whisky* y hablar con alguien durante un rato.

Amy no era como las mujeres vascas. Había nacido en una granja en la que solo había hombres. Era fuerte, pero milagrosamente conservaba su esencia de mujer. Ella le mostró su cuerpo sin vergüenza, como si fuera una cosa necesaria y sencilla. Era la primera vez que tenía cerca a una mujer desnuda, y cuando ella guio una de sus manos sobre su pecho él se puso a temblar como una hoja. Luego vino el sexo, y fue como ella quiso. Domingo agradeció en silencio su sabiduría. Con Amy sintió cosas que nunca antes había experimentado, pero no pudo contárselo porque no se entendían. Hubiera querido decirle que tras pasar con ella tres tardes la esperanza había vuelto a su corazón, pero solo pronunció las únicas palabras que sabía en tres idiomas: *thank you*, gracias, *eskerrik asko*.

Por aquel entonces conducía su primer rebaño, casi dos mil cabezas que no sabía controlar. Más de una noche se acostó y se levantó llorando, maldiciendo su destino. Conoció el invierno, la desesperación, y esa soledad que cae sobre uno y lo convierte en barro. Domingo siente que en esas montañas habitan los espíritus de sus eternos habitantes. Ellos lo van domesticando, igual que lo hace una tormenta en el mar.

Amy y sus caricias le abrieron un camino desconocido, y siempre le estará agradecido por ello. Todo lo que sabe sobre cómo hay que tratar a una mujer se lo debe a ella. No se ha atrevido a contarlo, no tiene palabras para describir sus sentimientos. Nunca las ha tenido. A su amigo le ha pedido una mujer buena y trabajadora. No sabe el nombre de lo que Amy le entregó, pero espera encontrarlo en los brazos de su mujer.

Duerme, pero el oído permanece alerta. A veces un oso, o con más frecuencia un coyote, acecha al rebaño y mata a las ovejas. Su perro, Beltza, es listo y ladra para avisar del peligro. Por él haría lo que fuera y a veces, cuando están solos, se pregunta si se podrá querer tanto a un hijo como quiere a ese animal que lo mira con tanta gratitud. Desliza una mano para tocarlo y le dice que en dos días, si el clima lo permite, se trasladarán un poco más arriba, donde

sabe que hay pasto fresco.

Domingo nació en mayo de 1900. Era el único hijo del matrimonio compuesto por José Mari Arsuaga y Benita Arizmendi hasta que nació la pequeña Inmaculada. Él tenía siete años cuando su padre murió aplastado por unas rocas cuando trabajaba en la carretera que conducía a Ondarroa. Su madre estaba a punto de dar a luz a su hermana, y la frágil existencia de aquella familia se desbarató con la ausencia del cabeza de familia. La madre, junto con la recién nacida y Domingo, fue acogida en el caserío familiar Altube, situado cerca de Bakio, donde vivía su tío, Ignacio Arizmendi. Un día de mayo, la madre preparaba la comida y la niña dormía sobre una manta para que le diera el sol. No se oyó llanto, quejido o ruido alguno, pero la pequeña desapareció como si se la hubieran llevado las cigüeñas que se dirigían a la torre de la iglesia. Los rumores apuntaban a unos vendedores de quincallería que habían pasado por el pueblo. ¿Quién sino uno de aquellos buhoneros podía haberse llevado a la niña? Todo el pueblo la buscó durante tres días, pero fue inútil. Su madre nunca se recuperó de aquella pérdida. Domingo dejó la escuela y se puso a trabajar cuidando animales, limpiando la iglesia de San Juan, en la mar y en cualquier cosa que sirviera para quitarse la culpa que no tenía.

Con apenas doce años ya quería emigrar. Medio pueblo se había asentado en Argentina, Venezuela o Cuba. En ese momento muchos jóvenes embarcaban rumbo a América, concretamente a Nevada, a un lugar llamado Winnemucca en el que, a pesar de que hacía mucho frío, contaban que se ganaba bien cuidando ovejas. Pero su madre languidecía sin remedio y él no encontraba una manera de ayudarla que no fuera consiguiendo dinero para pagar medicinas y buenos médicos que curaran aquella pena infinita.

En secreto preparó con otros jóvenes su partida. No iba a ir solo: los hermanos Garate le acompañarían, proporcionándole el nombre de un familiar que le reclamara, como requerían las autoridades

americanas para permitir su entrada en el país. La oportunidad llegó cuando tenía dieciocho años. Tras varias campañas de pesca, había ahorrado suficiente como para pagarse el billete. En la primavera de 1919, Domingo, los hermanos Landa y los Garate, además de una mujer que iba a reunirse con su marido, dejaron atrás su tierra con destino a Le Havre.

El viaje les llevó casi diez días. La Gran Guerra había dejado a Europa herida, especialmente a Francia y Alemania, y muchos jóvenes partían dejando atrás la pobreza y el hambre. De la ciudad francesa salían barcos que cruzaban el mundo, y ellos embarcaron en uno llamado France. A pesar de que el grupo venía de un lugar costero y de que algunos habían trabajado en la mar, la travesía les resultó larga debido a la incertidumbre de lo que podían encontrar.

Domingo nunca había estado en un barco de aquellas dimensiones. Algunos hombres viajaban en la cubierta, a merced de la intemperie y con la única protección de una lona asfixiante. La comida que llevaban se terminó antes de llegar a destino. Si consiguieron sobrevivir fue gracias a la solidaridad de los que, como ellos, buscaban una vida mejor. Procedían de Irlanda, Escocia, Italia, Alemania, Francia o Suecia. Eran una masa de desesperados a los que su tierra no les daba lo suficiente para subsistir y que salían de una guerra que había dejado el campo yermo y muchos muertos. Iban a Nueva York para desde allí dirigirse al norte o al sur, y, como él, estaban acostumbrados a las penalidades. Ni los Garate ni Domingo se marearon, pero a mitad de travesía una corriente manejó el barco a su antojo como si fuera una cáscara de nuez. Los llantos y gritos de arrepentimiento duraron lo que duró la tormenta, que fueron casi tres días. Después volvieron a creer en sus sueños, a pesar de las lamentables condiciones.

Domingo jugaba con los niños y los distraía dibujando con las manos animales que ellos debían adivinar, como le había enseñado un marino. Solo hablaba euskera, y apenas se había movido en un radio de veinte kilómetros por tierra y algunas millas por mar. Le sorprendió escuchar entre los pasajeros lenguas de las que ni

siquiera había oído hablar. Intentaban comunicarse mediante gestos, muecas o ayudados por las manos. Él permanecía silencioso, sintiendo que su lengua lo protegía y lo ataba al mismo tiempo. Fue allí donde comprendió que llevaba consigo su tierra, pero no podía hablar de ella.

La llegada a la ciudad de Nueva York le pareció un espejismo. Los viajeros se abalanzaban eufóricos hacia las barandillas, lloraban y se abrazaban. Habían conseguido llegar vivos. Manhattan parecía emerger a lo lejos sobre las aguas, y a unas millas una mujer de gran tamaño vestida con una túnica presidía una roca. Los Garate, siempre informados, le habían hablado de aquella inmensa figura de metal que, impertérrita, les daba la bienvenida: la estatua de la Libertad. Pero el barco pasó frente a ella hasta que, medio kilómetro más allá, se detuvo en la isla de Ellis.

Era un trozo de tierra en el que había un edificio de ladrillo de tres pisos de altura donde los que venían de lejos debían quedarse por si llevaban enfermedades escondidas. Muchos pasajeros provenientes de otros países de Europa no entendían la maniobra, pero también en esa ocasión las explicaciones fueron corriendo de unos a otros. El lugar estaba abarrotado de personas que abrazaban sus maletas como si fueran hijos en peligro. Uno de sus amigos escuchó que entre cinco y diez mil europeos desembarcaban en aquella isla a diario buscando las oportunidades que ofrecía el país. Largas filas avanzaban lentamente hacia una sala donde los emigrantes eran sometidos a un examen médico. En el caso de que descubrieran que alguien estaba enfermo, se quedaba ingresado durante cuarenta días en el hospital que había en el gran edificio. Era conmovedor ver cómo todos caminaban erguidos, con su mejor sonrisa, aunque estuvieran medio derrotados de cansancio. El temor a ser rechazados enderezaba a los mayores y apaciguaba a los más jóvenes.

Domingo miraba a su alrededor. No quería abrir la boca, pero se tragaba cada movimiento, cada gesto y hasta las lágrimas de una mujer que sonreía mientras lloraba. Le impactaba la dignidad de la

pobreza que algunos trataban de disimular. Finalmente, el numeroso grupo, procedente de Lekeitio, Ea, Bedarona y una familia de Markina, fue examinado con éxito y se dirigió a otra sala para realizar los trámites administrativos. Todos se imitaban, hacían los mismos gestos, pegados unos a otros, y no miraban hacia atrás o a los lados, donde había algunos que se desesperaban al ser rechazados. Llevaban en la mano la carta de un familiar asentado en suelo americano donde los reclamaban, el certificado de boda o, alguno con suerte, un documento expedido por alguna autoridad que avalaba su presencia en el nuevo mundo.

Por la noche les dieron una manta y una pequeña almohada para que buscaran un rincón donde descansar. Unos lo hicieron en el suelo, con todos los miembros de la familia apretados unos contra otros, en los bancos de madera o sentados en cuclillas. Era el último esfuerzo que debían hacer, y estaban exhaustos. Domingo cerró los ojos y buscó en su cabeza la imagen que había visto desde el barco. El puerto estaba cerca, y tras él, la inmensidad de una ciudad que se le antojaba inalcanzable. Había llegado. Estaba en Nueva York.

Hubieron de pasar once días en la isla, junto a ciudadanos de toda Europa que hablaban tantos idiomas que Domingo por fin entendió aquella historia que contaba el cura en la iglesia y que tanto le impresionó. «En la tierra se hablaba una sola lengua compuesta por las mismas palabras, pero entonces alguien propuso construir una torre que llegara hasta el cielo para huir de los diluvios. A Dios, el creador, le pareció un signo de prepotencia, y entonces les cambió la lengua y ya no pudieron entenderse ni construir la torre». A Domingo le impresionaban los idiomas, y allí se escuchaban tantos que a él le parecía que a las puertas de la ciudad del mundo estaba esa torre de Babel.

Pero los hermanos Garate sabían moverse, y para cuando los trasladaron a los muelles ellos formaron un grupo preparado para encontrar su guía. Valentín Aguirre anunciaba en euskera su disponibilidad para alojarlos, alimentarlos y hasta proporcionarles trabajo. Allí estaba de nuevo la lengua, el cobijo, su lugar en el

mundo, y le siguieron. Él los condujo al Hotel Santa Lucía, situado en el número 82 de Bank Street, un negocio de su propiedad, al igual que el restaurante Jai Alai. Allí comieron, descansaron y escucharon sus consejos. La tierra unía a quienes la habitaban y, según decía Ramón Garate, se podía saltar de un país a otro ayudado por los compatriotas. El mismo Valentín los acompañó tres días después hasta la estación de tren, donde les dio una cesta con comida y las instrucciones necesarias. Todos llevaban un pequeño cartel colgado del cuello en el que figuraba su nombre, su destino y la persona que debería estar esperándolos. Tardaron días en atravesar los casi cuatro mil kilómetros de ese país infinito, y durante el trayecto se hicieron invisibles por si los agentes de inmigración reparaban en ellos.

Domingo tiene frío. Se mueve y salta para entrar en calor. Debe permanecer cinco meses en la montaña. Con un poco de suerte, algún trabajador del rancho saldrá a su encuentro en un par de meses. Ellos conocen sus costumbres e intuyen la ruta o los lugares donde se detendrá, pero ahora está solo. Él no quiere volverse loco, como hicieron otros. La soledad es mala ahí arriba, pero ordenar los pensamientos, las imágenes que no quiere olvidar, le ayuda a seguir siendo él. Hace dos temporadas grabó en un álamo temblón el nombre de su hermana y el apellido de su madre, casi como si necesitara hacerlo para no olvidarlas. Ahora los encuentra, palpa sus propios trazos con las manos. Los bosques están cuajados de palabras labradas a punta de navaja en los árboles. Los pastores que pasaron por allí han dejado su huella. Él entiende los mensajes, los acaricia. Justo debajo de sus letras, otro pastor ha escrito «Maite zaitut»^[13]. Pasa sus dedos gruesos sobre las letras, y un pellizco de envidia le hace suspirar.

Hasta ahora no se había sentido con fuerzas de sostener a alguien, pero se ha comprometido, ha tomado la decisión y la idea va creciendo deprisa, como si necesitara materializarse del todo:

quiere que una mujer le acompañe en sus días. Domingo es observador. Ha percibido que el matrimonio permite al hombre tener un destino, algo por lo que luchar. Debe construir una casa para cobijar a los hijos que vengan; necesita una mujer. Para eso y para no estar solo. Los hombres solos, repite Encarni con frecuencia, además de gastar el dinero, acaban mal.

En el estado de Idaho ha escuchado que existe una ley que permite asentarse en una tierra que no esté habitada. El Gobierno federal entrega unos acres para su explotación. Él ya ha estado mirando lugares cerca del río Boise donde podría ir reuniendo su pequeño rebaño, pero debe consultar a quien entienda de leyes; es mejor hacerlo antes de entregarse a un sueño, porque allá arriba las fantasías y los deseos caminan sin rumbo bajo los cielos estrellados más hermosos que ha visto. Él sueña que construye una casa con chimenea y que tiende una piel de oso para tumbarse frente al fuego en invierno. Casi se ve habitándola, inscribiéndola en el registro del condado y cuidando el cercado de su propio rebaño.

El pastor se endereza, bebe agua y mira al cielo. Es el mismo de sus sueños, pero más estrellado. Vuelve a sus pensamientos: le falta la casa, la chimenea y el dinero para que alguien que hable inglés le acompañe a hacer las gestiones. La torre de Babel...

Lanza un par de suspiros al aire y se dice a sí mismo que algún día hablará inglés y podrá salir de ese silencio que parece una cárcel. Solo así podrá traspasar esa invisible frontera que levanta su miedo a comunicarse.

Happiness, zoriona, alaitasuna...

El peso de una promesa

**VALENTINA ALZOLA
LEKEITIO, JUNIO DE 1929**

Valentina regresa al palacio con una zozobra desconocida en el cuerpo. No puede precisar qué es exactamente lo que tanto la inquieta, pero ni tan siquiera durante la noche, en su cama, encuentra el descanso necesario. Nada más levantarse, se dirige a la cocina. En ese momento escucha el sonido que hacen los zuecos de madera de los pescadores al bajar por las calles empedradas que conducen al puerto y recuerda a Pedro. Era pescador, como su padre, pero de niño aprendía a leer y a escribir en casa del maestro, como ella. Fue lo más parecido a un amigo. Hace una semana el mar lo devoró, y Valentina no puede quitarse de la cabeza su sonrisa.

Enciende los fogones y apaga su ansiedad bruñendo el cobre de los calderos y revisando la despensa. Ese día se espera a un famoso fotógrafo, Indalecio Ojanguren, que viene para inmortalizar a la familia imperial. Lo supo no solo por el revuelo que levantó la noticia en las cocinas, sino por los que trajeron el pescado del puerto. El fotógrafo, apodado «Águila», iba a esperar a los *arrantzales* al regreso de su faena en alta mar para guardar las huellas de la jornada en sus rostros.

Valentina ve en el acontecimiento una señal que Dios le envía. No puede creer que, apenas unas horas después de comprometerse con el marido de Mariana a llevarle un retrato para que el pastor la

conozca, surja esta oportunidad. El Todopoderoso —o quizá la Virgen de la Antigua— se lo ha traído hasta su cocina, cosa impensable para una chica como ella. Se hace la señal de la cruz y reza un avemaría de agradecimiento y otra por el alma de Pedro.

Ella nunca ha osado llevarse algo de la cocina que no le hubieran ofrecido. Sabe que el castigo por robar es perderlo todo y quedar deshonorada de por vida. La gobernanta tiene detalles con ella y ni se le ha ocurrido quedarse con lo que no es suyo, como hacen otras. La necesidad es muy mala, y el desfile de manjares se soporta mal si no tienes nada que llevar a tu mesa. Pero ese día, no sabe muy bien por qué, dobla las cantidades y prepara la masa del bizcocho con la nata de tres litros de leche recién hervida, huevos de las mejores gallinas y ese azúcar blanco que se guarda para las cremas. Reparte la masa en dos moldes en lugar de uno y los mete en el horno sin que su corazón sienta un gramo de culpa. No le resulta difícil distraer uno de los exquisitos bizcochos; la cocina bulle de faena y cada una se ocupa de lo suyo. Lo envuelve en una servilleta de lino y lo guarda en la despensa de la que solo ella y la gobernanta tienen llave. Para perdonarse, reza un trozo de la salve a su Virgen de la Antigua, la única a la que siempre le deberá lealtad.

Salve Regina, mater misericordiae, vita, dulcedo, et spes nostra, salve. Ad te clamamus exsules filii Hevae. Ad te suspiramos, gementes et flentes in hac lacrimarum valle.

Tras el almuerzo, y después de que la cocina esté limpia y recogida, hay un descanso. Valentina se aposta a la entrada del palacio, invisible a los paseantes tras un gran magnolio, y espera a que el fotógrafo y sus ayudantes salgan por la puerta principal para dirigirse al puerto.

Hacia las cuatro, por fin ve que tres hombres que cargan voluminosos objetos envueltos en lonas caminan en su dirección. Lleva más de una hora representando en su cabeza los pasos y las palabras con que abordar al señor Ojanguren, pero al verlo le entra

miedo y se ve obligada a suspirar dos veces antes de plantarse frente a él e impedirle el paso.

—Perdóneme, señor. Me llamo Valentina Alzola y trabajo en la cocina del palacio.

Quizá ha sido su índice apuntando al sótano, quizá sus ojos verdes, o la desesperación que la asalta cuando cada necesidad de su vida resulta tan complicada y agotadora. No sabe lo que ha sido, pero la joven siente que el rostro del fotógrafo se relaja. Valentina aprovecha para entregarle el bizcocho y confesarle lo difícil que resulta, para una chica como ella, hacerse el retrato que necesita para enviárselo a su futuro marido, que está en América.

—¿América?

—Es pastor, en Idaho.

—Su enamorado la encontrará muy hermosa bajo ese magnolio. Póngase ahí. Le haré la fotografía, y mañana el señor Larraluce — dice poniendo una mano en el hombro de uno de sus acompañantes — se la entregará. Nos alojamos en el Beitia.

—¿Y cuánto me costará?

—No se preocupe, señorita. La misión de la fotografía y este bizcocho son más que suficiente para saldar su deuda. Hace tiempo que no disfruto del olor a mantequilla que despide esta delicia.

Valentina se sienta en el banco de piedra, retira un par de horquillas para deshacer el moño y mostrar el largo de su pelo, como le aconsejó el marido de Mariana. El fotógrafo asiente y ella coloca las manos donde le indican. No le piden que sonría, y ella lo agradece en silencio. No sabe si hacerlo o dejar la boca cerrada; intenta relajar los músculos y no apretar los labios, y mira al mar. La tensión de su cuerpo es tal que no hubiera podido seguir instrucciones; bastante tiene con disimular el temblor de la blusa a la altura del corazón. Cuando el fotógrafo termina su trabajo, ella vuelve a la cocina con las mejillas arreboladas y trata de olvidar lo acontecido. La cercanía de esos hombres la ha turbado.

El señor Larraluce es prudente cuando se acerca a la puerta de la cocina al día siguiente. Apenas pronuncia unas palabras cuando le

entrega un sobre que contiene tres fotografías y una nota.

*Espero que estas instantáneas contribuyan a la,
felicidad de su matrimonio.>*

Atentamente,

Indalecio Ojanguren

Como si fuera la prueba de un delito, guarda el sobre sin abrirlo hasta que termina su jornada. Luego, en su pequeño rincón, contempla su contenido con interés. Son sus primeras fotografías, y tal vez por eso no puede dejar de mirarlas. Se ha visto reflejada en un espejo, pero lo que percibe es distinto: le parece que el fotógrafo ha encerrado en la imagen sus temores, sus dudas y también una leve esperanza al fondo de los ojos. La deja estupefacta que ese hombre que no la había visto hasta esa mañana haya podido captar lo que su futuro marido necesita. Sabe que él adivinará quién es y cómo late su corazón. Nota un pellizco en el estómago, el mismo que le producen las cosas desconocidas; una mezcla de temor y admiración. A esa sensación el cura lo llama incertidumbre.

A Valentina le asustan los cambios. No es que no los desee, es que tiene miedo a perder lo poco que tiene. La rutina, o quizá el no esperar nada, le ha proporcionado una vida tranquila; no feliz, pero tranquila. Ahora, cuando piensa en casarse y en ese viaje al nuevo mundo, se le remueven las tripas. Intuye que puede encontrarse en situaciones comprometidas y hasta peligrosas en cuanto abandone este pueblo del que nunca ha salido. Suspira, guarda una de las fotografías en el cajón de su mesilla y mete las otras dos en el sobre. Enviará una de ellas a Domingo Arsuaga, y la otra será un regalo para Mariana.

A ella no le ha gustado ninguno de los hombres que conoce. Hace unos meses, Miguel, el hijo de Antonia Munain, anduvo detrás de ella, pero Valentina no sintió sino incomodidad. Eso la hace dudar.

No sabe si podrá experimentar el amor, pero mientras prepara la fotografía para enviársela al americano se levanta en su interior un leve sentimiento de gratitud que la hace suspirar. Quizá si Pedro le hubiera propuesto matrimonio... Vuelve a rezar por él. El mar se cobra su renta de vez en cuando y recuerda a los marineros que la naturaleza tiene siempre la última palabra.

Después de terminar con el desayuno, le pide a la gobernanta papel y lápiz. Para que no haya dudas, le explica el motivo de su necesidad: quiere escribir al que podría convertirse en su marido. La mujer, que siempre ha sido generosa con ella, le hace preguntas, la escucha y la mira con cierta compasión.

—Si me tengo que casar, prefiero que sea lejos y ver mundo —dice la joven.

Esther, la gobernanta, arquea las cejas y la invita a seguirla. Valentina sube las escaleras que conducen a la primera planta del palacio. Camina por un pasillo vestido con una alfombra mullida que representa unas guirnaldas de colores suaves. A los lados, unos apliques de cristal proporcionan una luz tenue. La gobernanta dobla a la izquierda, donde el pasillo se abre dando paso a varias puertas altas pintadas con un fileteado dorado, empuja una de ellas y entran en una biblioteca.

—Los príncipes han salido en barco, y hoy no vendrán sus preceptores. Puedes ocupar uno de estos escritorios. Hay papel en los cajones, y sería mejor que no escribieras con lápiz. Toma. —La mujer saca de un bolsillo de su falda una pluma elegante y se la ofrece—. Trátala con delicadeza, no hagas fuerza. ¿Has escrito con pluma alguna vez?

—Sí. Mi maestro tenía una.

—Mejor. No obstante, trata de darte prisa. Cuando termines, baja a la cocina. Debo salir. Yo pasaré a mi vuelta por allí.

Valentina se queda a solas, mira a su alrededor intimidada por el silencio. Le ha mentido. Nunca ha manejado una pluma, porque su economía solo alcanza para lápices. Desenrosca el capuchón y mira la punta dorada con cierta aprensión. Recuerda a don José, el

maestro, a quien ella llevaba la leche y quien se empeñó en que debía aprender a leer y a escribir en castellano. Tuvo que hacerlo medio escondida, pero ella sabe el regalo que le dio ese hombre bueno. «Si sabes leer y escribir, el mundo será tuyo».

Coge uno de los papeles y hace una cruz en la parte de arriba. Suspira paseando la mirada por las estanterías, que acogen cantidad de libros escrupulosamente ordenados desde el suelo hasta el techo. Una de las doncellas le ha prestado *Orgullo y prejuicio*, de Jane Austen, y, aunque todavía no ha podido terminarlo, recuerda el placer que siente leyéndolo. Ahora ahí está ella, como Elizabeth Bennet, dispuesta a escribir una carta que la ayude a tomar la decisión más importante de su vida. La cabeza le da vueltas. Tiene la impresión de que, aunque nada se mueva, esa habitación tiene vida propia. Con cautela vuelve al papel y escribe el encabezamiento. Le parece que la letra le ha salido torcida y vacilante. Podría repetirlo si no tuviera que darse prisa. Con la inseguridad propia de quien no acostumbra a escribir con aquel instrumento, decide proseguir.

Estimado Domingo:

Espero que al recibo de la presente se encuentre en buen estado de salud. Me llamo Valentina Alzola y me dirijo a usted para comunicarle que he recibido el recado de su amigo Nicolás Aramburu haciéndome saber que busca una mujer para casarse. Yo podría ser su esposa. Nací en Lekeitio hace diecinueve años. Soy fuerte y no tengo enfermedades, aunque tampoco parientes a los que usted pudiera pedir mi mano. He trabajado junto a la mujer de su amigo en el Palacio Iribarren para la emperatriz Zita de Borbón, pero pronto ella partirá hacia otro lugar y tenía el pensamiento de ir a Bilbao para trabajar allí. Soy muy

capaz de cocinar, coser, remendar y hacer las labores de una casa.

Nicolás me ha mostrado una fotografía de un grupo en el que estaba usted junto a otros pastores, pero no he podido verla bien. Le envió la mía para que me conozca y decida al respecto. Puede escribirme diciéndome qué espera de una esposa y qué tiene usted para ofrecerme.

Suya afectuosa, espero sus noticias.

Valentina Alzola

Ha tachado algunas palabras, y con el corazón desbocado ha cogido otro papel para transcribir con limpieza la carta. No quiere que el pastor piense que es una mujer descuidada, pero tiene que darse prisa y no puede demorarse un tiempo que en realidad necesita. Utiliza términos formales, esos que parecen comprados en un establecimiento oficial. No dicen mucho, pero es lo que le han recomendado que haga. Relee lo escrito. No le gusta. Debería haberle dicho si aceptaba o no la proposición, pero no ha sabido cómo hacerlo. Ha sido osada, casi arrogante preguntándole por lo que él tiene para ofrecerle. Tal vez no tenga casi nada, lo mismo que ella. Le gustaría añadir una frase que le hiciera comprender a aquel hombre que se siente extraña escribiéndole, que tiene tanto miedo de dar el paso como de no hacerlo y que su sueño es un abrazo y una casa. Pero ¿cómo se puede hablar de amor con un hombre que está tan lejos?

Mira de nuevo a su alrededor. La habitación parece empujarla a salir, siente que la expulsa, como si las paredes reconocieran que ella no tiene derecho a estar allí. Sopla sobre lo escrito, sin atreverse a pasar el secante que no le pertenece. Es la primera vez que escribe con tinta. Pasea sus ojos por los cantos dorados de los ejemplares que la rodean. No se atreve a desear una habitación semejante; le basta con un hogar sencillo donde quizá aquel

desconocido la abraza bien.

Esa misma noche entrega el sobre a su amiga. El destino de una mujer es casarse y tener hijos, ambas saben la desconfianza que se deposita en el pueblo sobre las mujeres que permanecen solteras. En el palacio, y a pesar de que apenas ha pisado los pisos superiores, Valentina presiente que hay una vida distinta para los que tienen educación y dinero. Subida en el fregadero, desde el ventanuco ha visto muchas veces la entrada y salida de los invitados, los paseos de las damas por el jardín, la quietud que dominan con lo aprendido.

La biblioteca se lo ha corroborado. Las cosas hermosas que pasan por la cocina le hablan: los platos de porcelana con escenas campestres, los escudos esmaltados en oro en las fuentes donde distribuye las perdices, las copas de Bohemia en las que la luz parece bailar, las sábanas y toallas de delicado lino... Un pastor no pondrá sobre la mesa un mantel de semejante ni cubrirá la cama con unas sábanas con bordados y encajes de Valenciennes. Tampoco el sueldo de una cocinera o una camarera en el mismísimo Hotel Carlton le proporcionaría la vida de la emperatriz, pero ella es capaz de hacer los fritos variados más exquisitos y el pollo al coñac que tanto gusta.

Dos días después, su amiga le manda recado: la carta ha sido enviada a través de otro pastor que volvía a América y se alojaba en el hospedaje de Domingo Arsuaga. Llegaría a sus manos mucho antes de lo previsto. En cuanto su marido tenga noticias se lo hará saber, pero que tenga en cuenta que el correo suele tardar meses.

El primer domingo que tiene libre acude a la plaza para escuchar a la banda y encontrarse con sus primas. En Lekeitio, la mañana del domingo es especial, más aún en la época estival, cuando los veraneantes acuden a la plaza junto a la iglesia y los jóvenes se dejan ver tras la misa. Las chicas del pueblo llevan el pañuelo de la cabeza limpio y las faldas oscuras revolotean a la altura de los tobillos. Las otras, las foráneas, lucen vestidos de popelín y algodón de alegres colores con bordados a la altura de la rodilla.

La banda interpreta jotas y melodías que se bailan en grupo. No hay rastro o intención entre los músicos de interpretar otros bailes que permitan aproximar los cuerpos entre hombres y mujeres, como se rumorea que hay en Bilbao. En los corrillos, algunas mujeres leen el periódico con dificultad y las demás escuchan con atención esas noticias que saben los hombres y ellas ignoran. Por lo visto, Primo de Rivera está enfermo y debilitado políticamente. La economía se resiente, pero eso no interesa demasiado a esas mujeres que se matan a trabajar por mantener un hogar y a unos hijos con decencia.

Valentina busca pasar el rato hablando con las mujeres que saben cómo es el oeste americano por las cartas de los familiares. Es raro encontrar una familia en la que no haya un emigrante que esté en América. Ella presta atención a lo que le cuentan.

«El viaje es largo y cuesta un dineral. Primero tienes que saber de los barcos que van allí. Mi primo llegó a una ciudad enorme que se llama Nueva York, y de allí viajaron en tren hasta Idaho y luego a caballo hasta Boise... Casi un mes. Las mujeres trabajan en los hospedajes, lavan la ropa de los pastores en los campamentos y preparan comidas para ellos».

«No puedes ir sola. No llegarás. Hay un hombre en Elizondo que se ocupa de preparar los viajes. Tendrías que hablar con él, que te busque con quién recorrer ese medio mundo».

«Allí puedes casarte, pero, antes de que el novio se eche atrás, es mejor casarse aquí, por poderes. Casada tienes derecho a entrar en el país, porque tu marido te espera. Te ahorras la vergüenza de que te devuelvan por donde has venido».

«No tengas miedo, hace años se fueron allí muchas lekeitiarras, no estarás sola. Si me apuras, dicen que allí mismo las mujeres te buscan marido. Ellos quieren una de aquí porque saben que aguantamos carros y carretas, y la nostalgia es muy dura».

Camina de vuelta a su techo escuchando el mar. Hay galerna, y el viento levanta oleaje y le empapa la cara de agua salada. Saca la lengua y saborea la sal de su mar Cantábrico. Separarse de él le va a

costar. No tiene prisa y se demora dejando que resuene amenazante allá abajo, pero el pellizco sigue ahí, en su estómago. La carta con la fotografía ya está camino de Domingo. Lo que le parecía un milagro comienza a tomar forma. La noche la invita a dudar, no sabe si se ha dejado llevar. Se dice a sí misma que es fuerte, y que ella puede ser una de esas mujeres que cruzan los mares para encontrarse con un hombre con el que compartir la vida.

La nostalgia

**DOMINGO ARSUAGA
BOISE (IDAHO), 1929**

Se encoge en el catre para meter los pies dentro. El sueño no viene, pero debe dormir; si no lleva temprano el rebaño a otro lado, algún pastor se le adelantará y sus ovejas no encontrarán el pasto crujiente y abundante. No lo consigue. Ya le ha pasado antes. La soledad le susurra día y noche, le muerde la calma sometiéndole a la tiranía de lo que todavía no ha sucedido. Resopla, apenas puede moverse en ese camastro, pero lo que sí hace es imaginar que construye una cabaña. Un hombre casado debe ofrecer a su esposa un hogar..., y un hombre vasco vigila a sus ovejas hasta que estén montadas en los trenes o camiones que las llevarán a los mercados. Después podrá volverse loco o hacerse rico, que es lo que suele suceder; eso dicen los escoceses, sus competidores, tan buenos como ellos en el oficio, pero infinitamente menos resistentes.

El clima se ha vuelto más cálido porque el verano está muy cerca. Abajo, en la ciudad, el polvo y el calor empezarán a ser sofocantes, pero arriba los árboles le proporcionan un cobijo sombrío. No anhela nada, salvo quizá un buen baño y una cama con sábanas limpias, pero Domingo cuenta con los dedos los días, las semanas y los meses que han pasado desde que Nicolás regresó a Lekeitio. Cinco meses le parecen suficientes para haber encontrado a una mujer que quiera convertirse en su esposa. Recuerda lo que le pidió: una chica buena, joven y trabajadora. Es lo que todos desean

y piden, pero, si es sincero, se arrepiente de no haber sido capaz de pedirle que también sea cariñosa. Las mujeres de la tierra son seguras y muy capaces de proporcionar un hogar, pero no se distinguen por demostrar el cariño. Las mujeres americanas no tienen tanto protocolo y son espontáneas, pero se divorcian por cualquier pretexto y él no quiere que le abandonen.

En su cabeza se abre la ventana por la que entra el olor a salitre de su mar. Ve el camino a San Juan de Gaztelugatxe y la ermita que de chico tantas veces limpió. Había que subir —o bajar— doscientos treinta peldaños de piedras desiguales desde el camino en lo alto del acantilado hasta la iglesia más marinera del golfo de Vizcaya, a la que se podía acceder desde el mar. Hubo días que lo hizo con el burro que le dejaba uno de sus tíos, y bajaba con la hierba que cortaba en las pendientes del camino. Era buena para forraje, y su tío se lo agradecía. Se adormece saboreando el paisaje que añora. Recuerda a su madre, pero evita pensar en su hermana pequeña, esa niña que nadie sabe dónde está pero que nació con una estrella dibujada en su pie derecho. No puede olvidarla, pero cree que aquella marca de nacimiento por fuerza tiene que haberla protegido. Cuando llegó al mundo, la comadrona le dijo a su madre que aquella marca significaba una larguísima vida, más allá de los cien años.

En quien sí quiere pensar es en Encarni Mendiola, la patrona de Bedarona que regenta el lugar donde suele alojarse cuando no está en la montaña. Le gusta ir allí, que Pablo Ereño le reciba con su camisa limpia y su acogedora sonrisa, comer en las mesas corridas hablando con otros pastores, escuchar las noticias, los chismes, y observar a los que vigilan a las chicas que les sirven ocultando cuánto desean a alguna de ellas para casarse. Quizá la patrona le tenga guardada una carta. Fue ella la que le leyó la que le envió su tío anunciándole la muerte de su madre y quien le respondió con las palabras que él eligió. Tiene tres hijos a los que riñe y ordena como lo hacía su madre. Los días que duerme allí se siente en casa. Ella lo sabe, y le advierte que no es bueno que esté solo.

—Las mujeres de Lekeitio, Ea o Bedarona ya llevan la costumbre

de trabajar en las conserveras o cosiendo redes cuando llegan. Saben cuidar del hogar y traer un salario. Son buenas esposas, y no se divorcian como las *amerikanoak*. Díselo tú, marido. ¿A que los hombres tienen que estar recogidos?

—Él lo sabe —replica Pablo—. Domingo se casará bien. El muchacho no tiene prisa.

—Qué sabrás tú, que tienes casa, comida y mujer.

Encarni le ha dicho, casi amenazándole, que los ferrocarriles han acercado las ciudades a los pueblos y que, después de la Gran Guerra, Europa y España han cambiado mucho y cada vez vienen menos mujeres. Es verdad que el campo o el mar no dan para todos, pero ella tiene la teoría de que el mundo se abre a otras maneras de vivir. La mujer acostumbra a levantar el dedo índice para advertirle que tiene que espabilar. Domingo sabe que le da buenos consejos, pero, por alguna razón que desconoce, evita a esas chicas. Todas tienen pretendientes, hay muchos pastores solos, y como los pueblos se hacen con familias, los hombres también progresan para que sus hijos vivan mejor. Los hijos de Encarni hablan euskera en casa, y en la calle o en el colegio lo hacen en inglés. Si no fuera por las mujeres, el idioma se perdería.

En Boise, Ketchum, Elmore, Mountain Home, Emmett, las ciudades cercanas donde se han ido instalando los pastores vascos, ya hay pequeños y grandes ranchos que son propiedad de los que fueron marineros en su tierra. Lo mismo pasa en Nevada, en Montana y en Utah. En ocasiones se reúnen en Boise. La capital ofrece una gran cantidad de lugares para juntarse, comer, beber o celebrar una partida de mus como en casa. Muchos de ellos vienen a encontrar una mujer, porque dicen que tienen *errimiña*^[14].

Mariano, el viejo pastor, le contó que en 1911 Shoshone Mike y su banda mataron a tres hombres de origen vasco y que el suceso sublevó a los granjeros. El ejército los buscó y se produjo la última matanza de indios en tierras americanas. Él sabe que algunos pastores han contraído matrimonio con indias. Esas cosas aparecen en el periódico, y después se transmiten de boca en boca. Todos son

algo chismosos. Si supiera leer, el *Boise Capital News* publica todos los sábados una página dedicada a los vascos.

Años atrás, el pastoreo era una actividad casi marginal y vergonzosa. Las condiciones de la trashumancia no agradaban a los americanos, quienes desconfiaban de los vascos que no se relacionaban más que con otros vascos. Se les acusaba de no respetar los pastos, de quitar el trabajo a los herederos de los pioneros, pero tras el episodio con Shoshone Mike los reconocieron y valoraron. Ahora saben lo que significa su palabra. Se han ganado el respeto; son muchos y se necesitan pastores que hagan bien su labor, así que ahí están.

Ellos, como los indios, ponían señales de piedra en los lugares donde podía encontrarse agua o para indicar hacia dónde se dirigían. Pablo Ereño está convencido de que la relación con ellos nacía del respeto por su vida en soledad y por sus respectivos idiomas, incomprensibles para los americanos. Se acompañaban en silencio.

A Domingo también le gusta el silencio. Desde que está en la montaña no ha visto a su amigo, un shoshone que conoce desde hace un par de años. No sabe exactamente cómo, pero ambos se entienden. Tajui le habla en su lengua y Domingo le contesta en la suya. Él le dice *behene* llevándose una mano al corazón, y él responde *kaixo*^[15]. A las serpientes las llaman *basinu'yu*, y a los coyotes, *itsappe*. Se ayudan con señas o dibujando en la tierra. La soledad los empuja a entenderse. Él le habla del mar, de los pesqueros que entran por la bocana del puerto al atardecer con las bodegas repletas de peces plateados. Lo dibuja, pero Tajui no ha visto nunca el mar. El indio tiene una mujer y tres niños. Busca piedras azules en el río para que ella se haga collares y pulseras. Si lo encuentra cuando aún le quedan reservas de huevos y tocino, los comparte. Domingo le ha enseñado a cocer el pan, y él le muestra dónde están las hierbas que curan los dolores de tripa o las ramas de pino con las que se envuelve el borrego para que esté más tierno al cocinarlo.

A través de la lona Domingo mira la noche llena de estrellas. Aún le queda algo de tabaco Prince Albert en la caja de hojalata que le regaló el patrón. Como los pensamientos no le dejan dormir, sale de la tienda, se lía una pipa y la enciende mirando al cielo. La bóveda celeste es lo único que es igual en todas partes. A él le gustaría saber algo sobre esas lucecitas que le orientan y amparan. Tajui se guía mirándolas, pero Domingo prefiere los árboles, las rocas, las hondonadas y las llanuras.

Beltza, su perro, está a sus pies. Mira a su dueño con sus ojos buenos, buscando una caricia. Domingo le habla palmeándole el lomo, le cuenta lo que no le dirá nunca a nadie mientras calcula con los dedos las noches que le quedan en los pastos altos.

Se ha dormido de madrugada, ablandado por las ideas de convertirse en propietario. Lo ha hecho tan profundamente que no ha escuchado los ladridos de los perros hasta que ya era demasiado tarde. Un coyote ha matado dos ovejas. Domingo, envuelto en rabia, se mueve deprisa, las mandíbulas apretadas, los ojos buscando en la oscuridad guiado por su fiel Beltza. Lleva el rifle preparado y camina con cautela, pero no logra verlo. En su interior jura y maldice al coyote, aunque sabe que la culpa es solo suya. Si al menos lo hubiera matado, tendría unos dólares de recompensa por su piel.

Ha abandonado su dulce sueño tan de repente que ni siquiera ha gozado de esos minutos de calma que le da siempre la mañana. Restaura la paz en el rebaño, les quita la piel a las ovejas muertas y reserva parte de la carne. Con el caballo y el fusil al hombro sale a recorrer los alrededores. Necesita explorar el lugar, librarse de la rabia y la impotencia. El pastor escucha si el aire transporta sonidos de cencerros o el cascabel de alguna serpiente. Ha olvidado la nostalgia. Está solo en una montaña de América.

Durante el resto del día se mantiene alerta. Los coyotes suelen volver cuando no han sido descubiertos. Hace un esfuerzo, se echa encima una manta y sale a la noche ya sucia por la luz que trae el alba. Una especie de oleaje brumoso envuelve a los animales, que notan su presencia y se remueven balando. Beltza acude a él

moviendo el rabo. Domingo se alivia junto a los arbustos y vuelve a su sitio. Se queda quieto y escucha el rumor del río, el canto de los insectos, las estrellas alejándose.

Poco después está soplando sobre las brasas. Cuando las llamas resucitan, mete unas ramas secas. Acerca las manos, buscando ese calor siempre insuficiente, y se viste con prisa. Calienta la leche y moja el pan seco. Con el cuenco en la mano mira la montaña, que se alza como un vigía oscuro, luego se vuelve al cielo. Si el viento viene del norte, no le conviene moverse. Se abre paso para comprobar si sus cálculos son acertados; tiene que emprender camino, los coyotes no han vuelto, pero lo harán, y apenas queda pasto. Recoge la tienda, sus cosas, y carga el caballo. Deja unas piedras formando una flecha, por si el campero o Tajui le buscaran. Cuando el rebaño empieza a moverse por los límites que les marcan los perros, el cielo tiene un color amarillento y resplandece como la copa que levantaba don Enrique, el cura de San Juan, cuando él hacía de monaguillo.

—Un día seco —dice en voz alta.

Silba a los perros, se pone al frente para que el rebaño retroceda, cuenta por tercera vez los corderos que ha sacado del redil. No debe arriesgarse a perder ni una cabeza más. Retoma el camino y cabalga tras los animales, a veces desmonta, vigila, corre hacia donde se separa el rebaño, envuelto en el polvo que se levanta. Tiene los muslos fuertes y el cuerpo fibroso, maneja con destreza el caballo. Por delante le aguarda una jornada hasta llegar a Sawtooth, donde el río se ensancha y hay pequeñas praderas entre las rocas. Allí permanecerá tres o cuatro días.

Debe evitar las zonas que frecuentan otros, pero sus ovejas necesitan agua y no puede alejarse demasiado de los ríos. Conoce bien el terreno, identifica los límites de las reservas y sabe encontrar los buenos pastos. Su patrón confía en no recibir quejas. Michael, uno de los trabajadores, lo ha visitado. Le ha traído café, huevos y tocino. Con él ha charlado a su manera. A duras penas se entienden. *Ondo* se dice en inglés *well*, y *buru* es *head*^[16]. Había que intentarlo,

escuchar su propia voz, mirarse en los ojos del otro, romper la cárcel que supone vigilar el rebaño. Cuando pronuncia las palabras, las acompaña de gestos. Intenta que su compañero vuelva convencido de que no ha perdido la cabeza y es capaz de hacer su trabajo. En los dos o tres días que comparte con él se empeña en aprender palabras en inglés. Domingo le pide a Michael que le guarde las pieles de los coyotes que ha ido matando estos meses y la de un oso que encontró abandonada. Cuando regrese, irá donde Arrieta para venderlas.

—¿Has matado muchas cascabel?

El muchacho quiere saber las veces que ha eludido la temida picadura de esa serpiente, abundante en aquellos parajes. Domingo piensa que si las hubiera contado serían cientos.

Los patronos temen que sus pastores enfermen o muestren hostilidad tras meses de aislamiento. No sería el primero al que la soledad y la dureza del terreno le han mordido el cerebro, y no pueden evitar pensar en esos demonios incontrolables que alguno encontró en una noche cerrada. A él no le asusta la soledad. Se lleva bien con ella. Es verdad que a veces habla con Beltza, su perro, pero lo hace como quien habla consigo mismo. Él le mira con sus ojos buenos e inteligentes, le sigue o le espera, y cuando lo hace, se siente acompañado. Beltza reconoce sus silbidos, los otros dos perros ni siquiera tienen nombre, son *txakurak*^[17] nada más.

Queda poco tiempo de montaña. A finales de agosto empezará el camino de vuelta para llegar a los últimos días de septiembre. Se alejará del verdor y las cascadas y atravesará esa inmensa meseta hirsuta y cenicienta que siempre le sorprende por su rareza. Volverá a la ciudad y a todo lo que esta le ofrece.

Domingo se entretiene contabilizando lo que le darán por los corderos y calcula su sueldo acumulado. Podrá disfrutar de su alojamiento, sus baños y alguna romería de las que se organizan a finales de verano. Quizá vaya a Emmett, donde conoce a muchos que proceden de su pueblo y que acuden a las tabernas para disfrutar del tiempo libre. Mientras planea lo que hará, se da cuenta

de que tiene muchas ganas de bajar al pueblo, más que otras veces, porque alberga la esperanza de que haya noticias de Lekeitio.

No tiene mucho tiempo para soñar durante el traslado del rebaño. Es necesario que preste atención a los animales. Si una oveja se despista la seguirán cuatro o cinco, y si no ven un risco se lanzarán por él. No quiere perder a ninguna, y por eso vigila que no tengan parásitos o se hayan puesto enfermas. Las ovejas viven en rebaño y se mueven con él y con los perros. A veces, cuando las mira desde lo alto, le parecen la espuma de una ola que avanza o se aleja de una orilla. Aunque viva en las montañas, el recuerdo del mar sobrevive en su pensamiento. Un viejo pastor le ha dicho alguna vez que ellos sufren ese mal de la sed del desierto. Los vascos, que en su gran mayoría proceden de la costa, ven olas en las colinas e imaginan la plata de los peces que capturaban en su mar Cantábrico.

Los desafíos de la tierra no le causan daño —se lleva bien con la vida que le proporciona la naturaleza—, solo le exigen que reconozca su indudable poder y que no caiga en la tentación de sentirse el rey de la montaña. Sabe que un accidente, una mala caída o una comida en mal estado puede matarlo, o, lo que es peor, dejarlo en un estado en el que el único remedio sea pegarse un tiro. Y a pesar de ello y de levantar *harrigizonak*^[18] para imaginar que alguien los acompaña, le da más miedo la ciudad, sentirse solo abajo, en las calles de Boise.

Una alerta imprecisa le acompaña cuando se ve obligado a comunicarse. Así ha sido desde que era niño. Las gentes dicen que es tímido, pero en realidad es otra cosa. No sabe demasiado inglés, se maneja con un par de docenas de palabras, aunque entiende lo que quieren decirle. Él conoce su lengua, el euskera, y también sabe dibujar algunas de las letras que sirven para todas las lenguas, pero solo eso. Domingo ha crecido hacia dentro, y únicamente es un hombre que sobrevive y espera un abrazo.

Un hombre que no sabe leer y que lo oculta para que no le engañen.

Un cobijo en Gernika

**VALENTINA ALZOLA
LEKEITIO, SEPTIEMBRE DE 1929**

En una semana, la familia imperial tiene previsto trasladarse a un castillo a quince kilómetros de Bruselas, donde el primogénito podrá realizar estudios propios de su condición. Eso les comunicó la gobernanta cuando reunió a quienes trabajaban en el palacio. El anuncio fue a finales de agosto, cuando Primo de Rivera, ya muy enfermo, vino para inaugurar el mercado de la ribera de Bilbao. Las malas lenguas dicen que la emperatriz no quiere quedarse a ver un cambio de régimen y que, aunque asegure que está feliz en el pueblo recibiendo a condes y marqueses, desea marcharse.

Para los primeros días de septiembre, coincidiendo con la Fiesta de los Gansos, casi todo el servicio austrohúngaro que acompañaba a la familia desde su llegada ha partido para preparar la nueva residencia. En la cocina, Valentina se encarga de los pucheros, Sabina friega y Visi ayuda en lo que puede. Hace calor, y el hielo de la fresquera se derrite con rapidez. Para poder atender a quienes vienen a despedirse ha llenado las alacenas de dulces para los invitados. Ha aprendido a hacer bombones y *marrón glacé*, porque las visitas se mueren por los dulces y el azúcar hace que no se estropeen tan fácilmente.

En el semisótano se sienten extrañas, algo incómodas y pensativas. Afortunadamente, las comidas y la limpieza se han simplificado con el cierre del último piso. Lo mejor de lo peor es que

la joven cocinera ha podido ocupar una de las habitaciones que han quedado libres en la casa del jardín. Ahora duerme sola en una cama grande, y un gozo desconocido la atrapa cuando cierra la puerta y se tumba sobre una colcha floreada. Tener un cuarto para ella la convierte en un ser privilegiado. Descubre la intimidad, la sensación de que nadie pueda verla o escuchar los ruiditos que su prima decía que hace cuando duerme. La gobernanta le ha escrito una carta de recomendación por si la necesitara para trabajar en otro establecimiento y le ha ofrecido parte de la ropa blanca y algunas piezas de la vajilla que la emperatriz ha desechado.

Mariana y su marido ya están instalados en Gernika. Han comprado una casa de dos alturas al final de la calle Santa María, y preparan el piso de abajo para abrir un restaurante que se llamará Arraun^[19] y que tendrá todos los avances que su marido vio en América, no solo luz eléctrica, sino también un lugar para guardar el hielo a fin de que no se estropeen los alimentos. Sabe que la carta que envió con la fotografía estará en el hospedaje donde se aloja Domingo Arsuaga. Probablemente tendrá la fotografía en sus manos y, con ella, constancia de que es una mujer sana y valiente. Pero los días le parecen interminables cuando piensa en que quizá la misiva se haya perdido y esté en alguna parte de ese endiablado y largo camino. No puede controlar esas distancias separadas por océanos, ni comprende cómo viajan las noticias. Si alguien le preguntara cómo se siente, podría decir que una parte de ella sigue la vida y que la otra aguanta la respiración impaciente por saber qué destino le aguarda.

Apenas tiene tiempo para distracciones. Son muchos los invitados que vienen a merendar y despedirse de la emperatriz. Los restos de las conversaciones llegan a la cocina algo adulterados, pero Valentina sabe que en Berlín hay *cabarets* donde las mujeres bailan medio desnudas, a pesar de que existe un partido político que crece y quiere acabar con el libertinaje. Las faldas se acortan, la moral se relaja y en las ciudades hay cines. Valentina sabe que el mundo que se cuenta en los salones del piso superior del palacio es verdad,

pero también sabe que tardará tiempo en llegar.

Por fin ha podido leer el libro sobre la cocina bilbaína que le prestó la gobernanta y ha copiado en un cuaderno las recetas que le gustan, mezcladas con los consejos que la Marquesa de Parabere publica en las columnas de los periódicos que ella siempre revisa antes de que los tiren. Tiene mano, sobre todo para la repostería. Ese mismo día ha estado confitando frutas y haciendo un salpicón para conseguir el helado de tutifruti que adora la gobernanta. Sabe que con sus conocimientos, y hasta que le conteste su pastor, podrá trabajar en un restaurante. Ya ha hecho varios platos que en el piso de arriba han despertado elogios; al final, piensa Valentina, cocinar es fácil cuando se tienen ingredientes, y las buenas reposteras no abundan. Muchas de sus compañeras se han colocado en la conservera La Imperial. El dueño, el señor León Ocamica, es además el alcalde, y por lo visto la emperatriz le pidió que se ocupara de sus empleadas y han venido a visitarlas.

La ilustre dama ha concedido varias entrevistas a la prensa, y en todas ellas manifiesta su intención de no abandonar del todo Lekeitio. Dice que regresará desde Lovaina a partir de mayo para quedarse durante el verano. Sus hijos, cinco varones y tres hembras, los archiduques a los que Valentina ha visto crecer, han bajado a las cocinas para despedirse y han dicho algunas palabras en euskera. Los seis primeros son austrohúngaros, la séptima nació en la isla de Suiza y la octava en España, en El Pardo. La serenísima infanta Isabel fue su madrina. Al mayor le llaman el emperador Otto, y pronto cumplirá diecisiete años; luego vienen Adelaida, Roberto, Félix, Carlos Luis, Rodolfo, Carlota e Isabel, de quince, catorce, trece, once, diez, ocho y siete años de edad. Cuando se van, Valentina memoriza sus nombres, sus sonrisas, y quiere entender por qué llaman emperador a un chico que ya no tiene imperio, pero se calla y recuerda lo que le decía Mariana, que ellos tienen muchos salones y que quizá después de poner patas arriba el Palacio Iribarren no vuelvan a Lekeitio.

La gobernanta concede una semana libre a las que limpian, pero

a ella le dice que puede quedarse en la casita del jardín hasta que se cierre el palacio.

—¿Sabes algo de tu matrimonio con el americano? —le pregunta.

—Todavía no.

—¿Y qué harás hasta entonces?

—Buscaré trabajo en Bilbao... ¿Van a volver los príncipes? —
Valentina necesita una respuesta.

—El que se va siempre piensa en regresar, pero no hay certeza. Si eso sucediera, te avisaría, así que tenme al corriente de dónde estás. Tú sabes escribir...

—¿Y usted qué hará?

—Yo volveré a Bilbao. Tengo trabajo en la recepción del Hotel Carlton. Estuve trabajando en el Palacio Ibaigane, para la familia De la Sota, y ellos me han recomendado. Los idiomas que he aprendido aquí ayudan, pero seguro que tú encontrarás un empleo como cocinera. Sabes hacer recetas que se salen de lo corriente y tienes una mano especial para los dulces. Y, por cierto, Valentina, ya no soy tu gobernanta y espero poder ser tu amiga. Puedes llamarme Esther.

—Un nombre bíblico...

—Como casi todos en este país de santoral. —La gobernanta la abraza—. Eres muy joven, saldrás adelante.

Tiene siete días para encontrar un lugar donde vivir. Piensa en su madre, pero algo en sus tripas le impide pedirle ayuda. Prefiere llamar a la Fraulin si la necesita. Una de las doncellas tiene a su hermana trabajando en el Hotel Torrontegui, en la ciudad, y los empleados tienen habitaciones para alojarse. Valentina anota los datos que le interesan en su cuaderno.

Recoge los enseres que ha ido almacenando. Como dispone de un baúl, mete allí las sábanas ya remendadas que le ofreció la gobernanta. Son de buen hilo y están casi nuevas. Cuando un día tenga su propia casa, las pondrá y dormirá como una auténtica reina. También le dio los moldes para pasteles confeccionados especialmente para la cocina del palacio. La emperatriz se aleja con su equipaje, pero no mira lo que deja atrás. A Valentina le gustan

sobre todo el que tiene forma de flor de lis y el que reproduce un racimo de uvas. La Fraulin insiste en que se lleve también unas copas que parecen hechas de diamantes y parte de una vajilla con letras de oro. Ha metido en el baúl un cenicero de plata algo abollado y algunas prendas que las institutrices húngaras han dejado en los roperos, así como unas agujas para tejer que le servirán para hacerse un chaleco abrigado. No roba, solo obedece órdenes: dejar los armarios vacíos.

Algunas tardes pasea por Lekeitio, va a ver a conocidas, come castañas asadas y baja al puerto cuando llegan los barcos... Quiere que se le peguen en el alma las mareas, el olor del pescado, el chapurreo de las mujeres mientras reparan las redes o van a por agua a la fuente. No quiere olvidar a qué sabe la jarra de *txakoli*, ni la plata de las anchoas cuando brincan en las redes. Es la primera vez que no trabaja desde el alba hasta la noche. Sacia su curiosidad en los comercios y leyendo el periódico, e incluso ha hablado con el cura para saber los papeles que necesita para casarse por poderes. Todo está anotado en el cuaderno.

Cuando le quedan dos días para dejar su alojamiento en el palacio, recibe noticias de Mariana. Quiere que coja sus cosas y se traslade a Gernika. El restaurante ya está abierto y necesita su ayuda. Da gracias a Dios y reza dos padrenuestros mientras busca a Fidel, uno de los conductores de la conservera, que hace lo imposible por que Valentina lo mire. Lo encuentra cargando la camioneta, pero se detiene para saludarla. La joven nunca se ha servido de su fervor, pero lleva la blusa blanca que dejó una de las doncellas y sabe que el conductor no le negará nada.

—Fidel, una vez me dijiste que cuando me fuera tú me ayudarías con las cosas.

—Y eso haré. ¿Adónde vas?

—Con Mariana, a Gernika, pero... tengo un baúl.

—A ti no puedo llevarte porque me mandarían a la calle, pero puedo ocuparme de tus cosas. La semana pasada comí en el Arraun. Me alegra que vayas a trabajar allí. Podremos vernos.

No le habla de sus planes. Tampoco le mira a los ojos. Tiene miedo de que ese hombre, mucho mayor que ella, pueda leer sus pensamientos. Si le da pie le propondrá un noviazgo, y ella no quiere. Simplemente le da las gracias. Esa misma tarde, Fidel recoge una carta para Mariana y el baúl, lo deposita en su camioneta y se despide diciéndole que él siempre estará para servirle.

Al día siguiente se despide de la Fraulin. Le ha escrito en un papel la dirección de Mariana. Hablan de naderías, se desean suerte y ambas cruzan ese espacio que la jerarquía levantó entre ellas y se abrazan. Al salir, mira el Palacio Iribarren como si fuera la primera vez que lo viera. Ha crecido en su cocina, y en ese semisótano, siempre templado, ha aprendido cuanto sabe. Reprime las lágrimas y sube hasta el caserío Etxegoyen para despedirse de sus tíos y ponerlos al corriente de su decisión. Trabajaré con Mariana hasta que reciba noticias de América; entonces se irá. Su tía es una mujer buena y merece saberlo; además, se lo dirá a su madre.

Vuelve a recorrer el trayecto hasta Lekeitio, desde donde sale una diligencia que la llevará a Gernika. Por el camino reza el rosario, pero en cada *ora pro nobis* se le cuela un pensamiento que le aprieta las tripas. Al llegar a los misterios gozosos, mira la ladera que acaba en el mar y un desconsuelo incontenible la asalta. Se sienta en el borde del camino, emborronado por sus lágrimas, e intenta memorizar la morfología de esa costa de la que tanto le entristece separarse. No se había percatado de cuánto la amaba, y pensar en no volver a verla le hace sentir como si cayera por un acantilado. ¿Regresará algún día?

La nostalgia se le ha despertado mucho antes de partir. ¿Sentirán lo mismo aquellos que se fueron? ¿Recordará Domingo la rompiente de San Juan, el brillo de las rocas cuando el agua se retira? ¿Contará como ella las olas para coger los mejillones y los cangrejos? Cinco pequeñas y tres grandes... Nunca es así, pero a ella le confortaba contarlas.

Se pone en pie, seca su rostro, aspira el aire y la sal. Vuelve al camino, lleva sus ahorros escondidos en la faltriquera que se ha

cosido a la falda y también el cuaderno donde anota lo importante. El cura, don Ramón, le ha recomendado que en Gernika vaya a la Caja de Ahorros Vizcaína para que conviertan su capital en pesetas oro y que se guarde algo por si lo necesita.

Cuando llega a su destino está anocheciendo. El traqueteo de la diligencia, con la gente que subía y bajaba en cada pueblo, la ha dejado exhausta. La tristeza se parece mucho a la derrota, así que después de unas horas, cuando por fin llegan, no mira a su alrededor a pesar de la curiosidad. Observa el dibujo que Fidel le ha hecho para poder llegar a la fonda y arranca a andar. Pregunta a una mujer cuando se siente perdida, y por fin llega a una casa en la que cuelga un cartel de madera en el que, con pintura blanca, han pintado las letras arraun. En ese momento la puerta se abre y sale Mariana con sus chiquillos. Valentina casi tumba a su amiga cuando se tira a su cuello y rompe a llorar.

—*Lasai, lasai, laztana, dana ondo joango da*^[20].

El calor del hospedaje

**DOMINGO ARSUAGA
BOISE, SEPTIEMBRE DE 1929**

Esta vez ha entregado los borregos antes de lo previsto. La ansiedad le tenía carcomido, y cuando uno se siente así es mejor bajar antes de que los malos pensamientos le ocupen la cabeza del todo. Domingo ha aprendido a detectar el momento en que debe reunirse con los demás porque los necesita. El cuerpo le pedía escuchar otras voces, otros sonidos que no fueran los que emite la soledad. No quiere construir más hombres de piedra. Todos saben que con ellos se puede hablar, pero jamás te escucharán. Algunos pastores no pueden con la soledad infinita y van colocando piedras, una encima de otra, hasta levantar algo parecido a una presencia. Cuando lo dan por terminado, hablan con su propia construcción como si fuera un compañero. El pastor no censura nada que suceda en la montaña, pero reconoce que después de un par de meses los pensamientos se tiñen de espesura y emiten sombras malignas. Es entonces cuando hay que permanecer muy alerta, agarrado a uno mismo para detectar los agujeros escondidos del alma, esos en los que se puede caer para perderse en los abismos. Domingo ha aprendido a reconocerlos. Su hermana pequeña, María Inmaculada, le avisa, le despierta en la noche desde dondequiera que esté y le susurra que ha de volver.

Su patrón, Peterssen, hijo de unos pioneros suecos, es un hombre algo seco y rígido en sus decisiones. Nunca ha hecho

referencia a esa soledad que se siente en los pastos altos, pero comprende la necesidad que empuja a Domingo a abandonar el aislamiento. Su trabajo está muy ligado al clima, a las decisiones que debe tomar, a la salud del rebaño. Si el verano no es demasiado caluroso y entran los vientos del norte, puede bajar antes. La llanura y su clima desértico no es buena para el ganado. Necesitan agua y pastos. Si el invierno se prolonga, y el frío y la nieve cierran el camino, tampoco es bueno adelantarse. Más de uno se ha encontrado los ríos helados y ha perdido muchas cabezas.

—Tenía que bajar. Era el momento.

Se lo dice a Felipe, que es quien hace de traductor, y el patrón asiente. El Creek Valley no es el mejor rancho de la próspera zona en la que está enclavado ni tiene el mayor de los rebaños, pero tampoco cuenta con capacidad para cuidar de sus pastores, así que valora la lealtad de Domingo y le permite alguna licencia. Cobra puntual su salario, y también obtiene algún dinero extra por las pieles de los animales que ha cazado a lo largo de los seis meses. Hace dos temporadas mató un oso. Para él fue una experiencia única de la que no ha hablado nunca. Podría haber obtenido buenos dólares por la piel, pero no quiso venderla y la llevó a un tratante de pieles para que la limpiara y estirara. Encarni la tiene colocada en una de las paredes del despacho.

Vuelve a montar su caballo y va hasta la casa de Ramón Arrieta para venderle los corderos que nacieron durante el camino y las pieles. Aún no ha pasado por la barbería, pero al tratante no le asustan los hombres recién llegados de la montaña.

—A este paso vas a hacerte rico muy pronto.

Los beneficios del pastor han sido considerables, y la suma que arroja el resultado de las ventas de sus corderos no es precisamente despreciable.

—Quiero casarme y encontrar una casa donde instalarme.

El comerciante hace un gesto de asentimiento. Lleva tiempo en América, y no dudaría en apostar a la hora de adivinar qué hombres echarán raíces allí y cuáles volverán al lugar de donde proceden.

Ramón se ha buscado su hueco como tratante de ganado. Conoce a todos los vascos que poseen un rancho o andan cuidando rebaños. Él es uno de los que, a cambio de una comisión, buscan terrenos, casa, viajes y hasta esposas para los que lo desean.

—¿Una casa o un rancho?

—No tengo suficiente dinero para un rancho.

Arrieta se arregla el cuello de la camisa. Le gusta ir limpio y bien vestido, y frecuenta los bailes y los hospedajes donde las chicas no hablan de ovejas. Es mayor que Domingo y no se ha casado. Su amigo Koldo le contó una vez que hace unos años volvió para buscar a su novia pero la encontró casada con otro, y que desde entonces se ha vuelto un solitario empeñado en hacer fortuna. A Domingo le importan muy poco los chismes que los hombres, aburridos, repiten cuando han bebido demasiado *rye whisky*. A él de un hombre solo le interesa poder confiar en él, y Ramón es de los que no engañan.

—¿Para cuándo el rebaño?

—Pronto, pero primero la mujer.

—¿Y ya le has echado el ojo a alguna moza?

—La quiero de la tierra... Como yo.

—Eres listo. Ellas, cuando están aquí, ya no te abandonan. Si quieres que te ayude con lo de la casa, me lo dices. Ya sabes que yo conozco los planes de todos los que llegan a este estado.

Está atardeciendo, el cielo se ha vuelto naranja y luego rojizo, y la tierra rezuma el calor del día. Está satisfecho. Siempre que baja de la montaña y llena su cartera se siente así. Al desmontar del caballo, ve su reflejo en una ventana. Sonríe y admite que alguno de los mormones podría asustarse. El sol ha curtido su piel, oscureciéndola, lleva una barba larga y descuidada y está tan sucio que va a ser difícil desprenderse de sus tejanos.

La limpieza es uno de los requisitos que la hostelera exige a sus huéspedes y, aunque sienta por Domingo una cierta debilidad, no admite flaquezas en lo que a higiene se refiere. Él no acostumbra a afeitarse cuando está en la montaña, y ni tan siquiera se mira en el espejo que le proporcionaron. Cada vez que vuelve a la civilización

se da cuenta de que ha olvidado su propio aspecto. Cerca hay una barbería de uno de Natxitua, La Gaviota Barber Shop. Los pastores, la mayoría solteros, van allí a afeitarse y a cortarse el pelo. Julio, el dueño, tiene una ducha en la parte de atrás y, si necesitan algo, también hay una pequeña tienda adosada con camisas, calzones y pantalones. En la barbería se escucha *música jazz* y Julio, que habla sin parar mientras arregla el aspecto de aquellos hombres, les cuenta de la música de un tal Louis Armstrong y de un baile, el charlestón, en el que las mujeres llevan unos vestidos muy cortos y bailan moviendo las piernas como locas. El barbero sabe que sus clientes vuelven desorientados y les cuesta comunicarse.

El agua caliente ablanda la porquería. Domingo se ha bañado en los ríos y expuesto a los manantiales y las pequeñas cascadas, pero la piel recoge lo que necesita para protegerse del sol y del frío, y cuando un pastor llega a la civilización no es blanco, sino que tiene un color impreciso y oscuro. Poco a poco, el proceso y los cuidados de Julio hacen que se reencuentre con quien era antes de subir a la montaña, y es entonces cuando se mira al espejo y recobra la imagen de quien era. Reconoce su pelo pajizo, su nariz larga, sus ojos de mar y ese aire de seriedad que le da la piel permanentemente curtida. Domingo es más alto que algunos y más flaco que otros, aunque no podría describirse a sí mismo porque no le interesan los espejos.

La temporada ha sido buena y tiene dinero en la cartera. No lo gastará en ropa, putas o en alcohol. Nunca lo ha hecho. Lo que quiere ahora es ir a ese lugar junto al río donde, si todo lo que ha previsto se pone de acuerdo, podrá construir una cabaña. La patraña le saluda y, con un gesto que él ya conoce, sonríe.

—*Bai*, así me gustan a mí los hombres. Tengo algo para ti.

No le ha dado tiempo a preguntar, y las palabras de la dueña del hotel le sacuden por dentro. Tiene algo para él... De inmediato piensa que su amigo ha encontrado a su futura mujer. Mira a los ojos a su patrona sin decir una palabra. Ella parece comprender su impaciencia. Abre un cajón y extrae un sobre que deja sobre el

mostrador. Cruzan unas miradas que resultan suficientes para que ella rasgue el sobre con decisión y deposite el contenido sobre la superficie de madera: hay una fotografía firmada por Indalecio Ojanguren y un par de papeles escritos por ambas caras.

—¡Vaya! Creo que ha escrito tu amigo Nicolás —dice ojeando la carta—. Empezaremos por la de él.

El papel es tosco y las letras se amontonan entre manchas de tinta.

—¿Y la otra?

—Es de una mujer... Una tal Valentina.

Domingo nota la diferencia. Hay un escudo en la esquina del elegante papel que espera bajo los dedos de Encarni. Las letras están ordenadas y parecen seguir unas líneas invisibles. Él no sabe leer, pero distingue a los que escriben mal de los que saben hacerlo. El corazón le da un vuelco. Domingo hace un gesto espontáneo, urgiendo a su patrona para que comience a leer.

Querido amigo Domingo...

El pastor desliza un dedo tembloroso hacia la fotografía y la alza en la mano para apreciarla. Encarni va descifrando las letras torpes del papel que desvelan las ansiadas noticias. Nicolás llegó con salud a Lekeitio y por fin pudo reunirse con su mujer y sus hijos. Cuenta que ha comprado una casa de dos pisos en Gernika, a la entrada del pueblo. Mariana, su mujer, que es cocinera, dará comidas para los empleados de una de las fábricas cercanas. Él también atenderá a los parroquianos hasta que el negocio empiece a funcionar. No va a faltarle trabajo, porque siente que la vida está cambiando en Vizcaya y que, por mucho que las cuestiones políticas anden al garete, él conseguirá lo que se propone. Ya ha hablado con un amigo que tiene una empresa de reparto. Pocos saben conducir, pero a él le gusta manejar esos cacharros. Ha aprendido a hacerlo en caminos polvorientos, muy diferentes de las carreteras que se construyen en todo el estado de Idaho y que parecen pistas suaves como el terciopelo en comparación. Allí, conducir por las pequeñas calles o por las curvas infinitas de las carreteras que unen los pueblos de la

costa será todo un reto. Ya tiene su fe de bautismo y su partida de nacimiento para el posible enlace matrimonial.

Mientras escucha la voz de la patrona, no puede dejar de mirar a esa mujer que se sienta bajo un magnolio y con unos ojos grandes busca sus pupilas y las encuentra. ¿De qué color será el pelo abundante que se le escapa del moño?, se pregunta. ¿Será alta o baja? Le gustaría averiguar si su piel es suave, si sus pechos son pequeños... Encarni, muy cerca, sigue leyendo, pero a él le parece que su voz viene desde muy lejos. Está pegado al puente de la nariz de Valentina, a la punta de la alpargata que asoma bajo la falda, imaginando la brisa que ha dado vida a sus rizos cuando la patrona le sorprende dándole un toque con una mano para que preste atención.

Encarni levanta un poco la voz. Su amigo dice que la fotografía pertenece a Valentina Alzola, de diecinueve años y natural de Lekeitio. Como si le hubiera leído el pensamiento, le habla de su pelo castaño y de sus ojos verdes. Añade que es una chica muy guapa y que se apuesta una mano a que es la que él necesita. Termina recomendándole que le escriba para que puedan empezar a preparar los papeles para una boda por poderes. Le explica que la chica, a pesar de sus recomendaciones, tiene dudas y que por eso necesita su carta.

Domingo intuye que su amigo ha debido de poner parte de su simpatía para conseguir una mujer como la que describe, pero las últimas líneas le han desarmado. Levanta los ojos y mira aterrorizado a Encarni. En ese lado del mundo, solo ella y los hermanos Garate conocen su secreto: no sabe leer ni escribir.

—No te preocupes, es lo normal. Las mujeres necesitamos que nos cortejen, y esto no es precisamente romántico... Yo ya te ofrecí a una de mis chicas y no quisiste, así que no protestes si la de allí quiere saber algo de ti. ¿Quieres oír lo que te dice ella?

La patrona, con el ceño adusto, le roba la foto para mirarla.

—*Ene zer polita den!*

—*Irakurri, mesedez*^[21]. Y ella toma el papel y pronuncia con una

voz suave las palabras de Valentina. No es la primera vez —ni será la última— que Encarni pone voz a la nostalgia, al deseo o a la derrota. Se apiada de esos chicos o chicas analfabetos que agradecen que alguien lea o escriba sus respuestas y en ocasiones añade algo de su cosecha, pero eso nunca lo dice. Mostrarles su debilidad no los ayuda. La mayoría de los que ocupan las ocho habitaciones para cinco personas que hay en el segundo piso no tienen más hogar que su casa. Sabe que algunos saldrán adelante, que quizá hasta lleguen a tener un rancho y olviden su tierra, pero otros no volverán jamás. Ella también llegó a Boise para añorar al día siguiente la brisa del mar, los graznidos de las gaviotas y el sol tibio del final del verano. Pero la vida es así. Las cosas le van muy bien, y ya ha hablado con su marido para regresar en unos años. Sus hijos no pasarán hambre, si están enfermos un médico los atenderá, hablarán inglés y ella se encargará de plantar las raíces de su lengua materna, de la educación que le dieron sus padres, y serán unos buenos cristianos. Los ha bautizado en la iglesia de Saint John, que viene a ser lo mismo que San Juan. Así es la vida, se repite a sí misma.

Encarni, además de llevar el negocio y criar a los hijos, hace de casamentera, de juez y de confesora y también lava las sábanas, les ofrece alcohol de romero para que se hagan friegas o les aconseja que no beban más y que se busquen una mujer, porque los hombres que no están recogidos se hacen daño.

—Tienes que responderle. Te pregunta qué esperas de ella y qué tienes para ofrecerle. Eres un buen hombre, pero ella necesita saber...

Domingo levanta los hombros. De pronto se le han humedecido los ojos sin entender la razón. Mira a Encarni implorante y guarda silencio. Cómo le contará a esa mujer preciosa lo que quiere decirle si no tiene palabras... Se siente desnudo y expuesto. La alegría que sentía hace un rato, cuando llegó a la ciudad sucio y expectante con su cartera llena, se ha evaporado. Él intuye que la joven lleva dentro el secreto que poseen las mujeres, ese misterio que hace que la fuerza de ellos signifique muy poco frente a ese sentido común

necesario en la vida. Ellas son la tierra donde enraizarse y poseen la cantidad exacta de ternura que necesitan los hombres como él para que la soledad no les haga pensar en quitarse la vida.

—Quiero aprender a escribir —termina confesándole a Encarni—. Valoro lo que haces, pero me jode no poder hacer esto solo.

—Aquí pocos podrán enseñarte. Yo no tengo tiempo, pero podrás pedirselo a alguien. Las mujeres de aquí apenas saben inglés, y los hombres no escriben en euskera. Busca entre los ovejeros.

—Pero hay que responderle...

—Sí. Cuanto antes mejor. Esta chica tendrá que prepararse.

El pastor, adecentado y guapo, abre su bolsa y le entrega a la patrona las tres cucharas de madera que ha tallado en la montaña para ella.

—Había olvidado esto...

—Va a tener mucha suerte esa Valentina. ¿Lo preparo mientras comes? He visto entrar a uno de tus amigos.

Domingo acepta algo derrotado la propuesta. Le entrega a la patrona los dólares que le adeuda y mira en dirección al comedor, donde las cuatro mesas corridas se van llenando de conocidos.

Los números los conoce, y sus pensamientos van rápido cuando de cálculos se trata. Le abona lo de siempre, que es un servicio de limpieza de la ropa, una especie de consigna de las pocas cosas que posee y una dirección para lo que pueda necesitar. Permanecerá en Boise unos días, y luego volverá al rancho.

Recoge la fotografía y la correspondencia, lo mete todo en el sobre y lo desliza dentro de su camisa, en el lado izquierdo, donde está el corazón. Ahora podrá imaginar a esa chica a quien por fin puede llamar por su nombre y que es de la edad que podría tener su hermana.

Casi puede rozar su piel, tomarla por la cintura, conducirla hacia su abrazo. Al atardecer, Encarni le escribirá una respuesta.

Esperanzas

VALENTINA ALZOLA
GERNIKA, NOVIEMBRE DE 1929

Valentina es casi feliz. Las últimas semanas, el ajetreo de la recogida del palacio, los recados y la despedida de los que quedaban en Lekeitio la han distraído tanto que ni siquiera ha sido consciente de que emprendía un camino sin retorno. Había comenzado a tejer una prenda para el invierno y en el silencio, solo interrumpido por el entrecuchar de las agujas, no se ha percatado de cómo guarda las emociones que le levantan los cambios. Se ha mantenido inmutable, como si temiera que un gesto o una sonrisa la delatara y se le escapara la enorme zozobra que siente. Caminaba por el pueblo con un pellizco en el estómago. Todos se conocen, se intuyen, se piensan. Ha ido soportando la tortura de conseguir papeles, los consejos del cura y los trámites eternos para abrir una cuenta bancaria sin un padre que le firme autorizaciones o un marido que le otorgue una identidad.

Al llegar a Gernika y recogerse en el abrazo de Mariana, algo en su interior se rompe. Lloro sin poder responder a las preguntas que le hace su amiga y manifiesta en voz alta sus caóticos pensamientos. Los dos pequeños, Agustín y Pablo, de cinco y siete años, la miran con sus ojos redondos y alarmados. Pero Mariana no pierde el tiempo y la instala en una de las tres habitaciones de su hogar feliz y alborotado. Sabe que la joven encontrará el consuelo por sí misma, así que le pone un delantal y empieza a dar órdenes, como cuando

compartían cocina en el Palacio Iribarren. Valentina obedece y pronto se apacigua.

El matrimonio da más de veinte comidas y cenas al día, sin contar a los parroquianos que juegan al mus o toman un trago. Las mesas siempre son servidas por las mujeres, y las manos resultan pocas para atender al público como se merece. Al cerrar el establecimiento, tras una jornada larguísima, Nicolás hace las cuentas y separa un dinero para Valentina.

—No quiero que me paguéis —dice ella—. Me quedaré con las propinas.

—Espero que Domingo tarde en escribirte. No sé qué haríamos sin tu ayuda.

Valentina baja los ojos cuando oye el nombre de su futuro esposo. Como si Mariana le hubiera leído el pensamiento, quince días después de su llegada, mientras arreglan el comedor, su amiga la llama y le pide que se siente en una de las mesas.

—A ver, chiquilla... —Mariana suspira sonoramente—. Desde que estábamos en Lekeitio que quiero hablarte de los hombres. —Valentina se sonroja—. Vas a casarte, y seguro que tienes preguntas en esa cabecita. Todas las tenemos. Viejas y jóvenes andamos sin saber adonde vamos. Los curas nos han llenado la cabeza de quebrantos, y no quiero que tú vayas hacia tu hombre como lo hice yo. Ellos son distintos a nosotras, por dentro y por fuera. Son fuertes, pero se desmoronan con un catarro; son generosos con las cosas grandes, pero no conocen el valor de lo pequeño. Los necesitamos porque... la vida es así. ¿Has visto a algún hombre desnudo? —La joven hace un gesto con la cabeza—. ¿Eso qué quiere decir? —se interesa la cocinera.

—Vi a unos chicos en Karraspio cuando se bañaban sin calzones, pero no quise mirarlos.

—Mal hecho. Hay que mirar todo lo que se desconoce. —Mariana vuelve a suspirar—. Con lo que viste, ¿puedes hacerte una idea de cómo son?

Valentina la mira con los ojos muy abiertos. La imagen de

aquellos muchachos corriendo desde la orilla viene a su mente. Algo vio, pero no sabe qué.

—A ver cómo te lo explico yo... ¿Tú has visto a los mozos cuando te miran los pechos, esa cara con media sonrisa bobalicona y las ganas que tienen de ir tras de ti?... Pues eso es lo que el cura dice que es el deseo, un pecado. Los hombres que te miran con deseo quieren acostarse contigo y tocarte... —Su amiga se frota la cara. Busca palabras que no encuentra—. Para que lo entiendas... La cosa es igual que entre vacas y toros, o caballos y yeguas. ¿Eso sí lo has visto, cómo el macho monta a la hembra? Pues es lo mismo, pero no te asustes. A mí, te confieso que me gusta dormir con mi marido, pero cuento con que si aquello crece... Dormir con él es distinto, cuando lo haces se está bien, y parece como si entre él y tú hubiera un secreto que nunca terminas de saber. Son un poco brutos, pero eso ya lo sabes. No tengas miedo, *laztana*, no tardan mucho en aliviarse, pasa rápido y si todo va bien te quedas embarazada. Si no quieres muchos chiquillos, él no tiene que terminar dentro de ti, pero eso se habla. Y ya está. —Mariana se palmea los muslos satisfecha, levantándose de la silla y dando por terminada la explicación—. El martes, que no hay mercado, quiero que vayas a Bilbao, que busques a tu madre y que le cuentes que vas a irte a América porque te casas con un pastor. Quédate una noche. —Mariana anota una dirección y le tiende el papel—. Es una pensión limpia que está en las siete calles. Ya sé que no será fácil, pero lo haces y así marcharás tranquila. Hay un tren que creo que llega a la plaza de la Encarnación. Allí cerca, en medio del Arenal, frente al quiosco de música está el Café Boulevard y muchas otras cosas que nunca has visto... Tienes que conocer Bilbao. Anda, terminemos y vayamos a descansar...

No ha entendido mucho. La charla no le ha aclarado sus dudas, pero Mariana parecía estar incómoda y tener prisa por acabar la conversación sobre lo que no conoce de los hombres. No ha querido hacerle preguntas porque le daba vergüenza. Se acuesta evitando pensar en nada que tenga que ver con el parecido entre la monta de

los animales y el matrimonio. Todo lo que sabe lo ha aprendido sola, y no cree que lo que le espera sea muy diferente.

El martes se sube en el primer tren que va a la capital. Debe hacer transbordo en Amorebieta para llegar a la estación de Atxuri. Lleva su cuaderno y algunas perras. Durante el viaje no duerme como otros. Disfruta viendo el paisaje, los pueblos donde se detiene, la forma en que cambia el aspecto de los pasajeros a medida que se acercan a Bilbao. Todo es nuevo para ella, y siente que descubrir el mundo le gusta y la construye. Se ha puesto su mejor blusa blanca y su falda bajo un abrigo heredado al que, a pesar de haberle dado la vuelta a la tela, se le notan los años. Mariana le ha aconsejado que se compre uno nuevo, en Boise hace mucho frío en invierno y calor en verano.

Bilbao le parece muy grande. Hay muchos automóviles en las calles, y casi todas están asfaltadas y escoltadas por amplias aceras por donde la gente pasea como si no tuviera nada que hacer. Hay farolas, vendedores de periódicos, puestos ambulantes y más vitrinas de las que puede contemplar. A Valentina la embarga una suerte de ebriedad ante la abundancia y no acaba de comprender cómo ha podido vivir de espaldas a lo que ve. Es verdad que en el palacio nada faltaba, pero se trataba de una emperatriz, y en las calles por las que camina no hay reyes ni marqueses, sino gente que parece normal. Ella es pobre, se repite a sí misma, pobre: una condición que la deja en el borde del mundo.

En lugar de ir directamente a ver a su madre, enfila la Gran Vía, una calle muy ancha por la que pasea esa gente elegante a la que mira con curiosidad. Hay varios edificios importantes con entradas suntuosas, y casi todos son bancos o cajas de ahorro. Los hombres llevan sombrero y levita, y las mujeres caminan sobre zapatos de tacón. Deslumbrada por el ajetreo de la ciudad, mira los edificios con ventanas grandes y limpias, el latón resplandeciente de los pomos y los porteros uniformados. Comprende que su mundo es pequeño y

hay muchas cosas por descubrir. Respira a medias, con el pecho contenido por la emoción.

Al pasar junto a un café, el aroma la detiene. Desde el ventanal que da a la calle mira el interior: espejos, bronce lustrados y mesas relucientes. Pasa por la puerta, pero no se atreve a entrar. Sigue andando, pero el olor a café tostado y pan le hace vencer su vergüenza y entra. Se sienta en una de las mesas, nerviosa por el dispendio que va a hacer. No ha comido nada y se siente débil. Un camarero vestido con un mandil que le llega hasta los tobillos se inclina y le pregunta si desea tomar algo. Ella recuerda las recomendaciones de su amiga: «Es mejor que hables en castellano. Si lo haces en euskera te tomarán por una aldeana».

—Un café con leche y una tostada... Un desayuno.

El café se llama Florida y está cerca de su destino, el Hotel Carlton. Ha preguntado varias veces a los transeúntes por su ubicación y ya sabe que no tiene pérdida; está frente al Palacio de los Oriol. Se fija en los cortinones de terciopelo, en la docena de empleados impolutamente uniformados y en un limpiabotas que lustra los zapatos de los clientes cerca de los baños. Las mesas de mármol relucen tanto como la plata de las cafeteras. Valentina se siente muy pequeña. Ha conocido ese lujo, y más aún en el Palacio Iribarren, pero aquello estaba a disposición de una emperatriz. En ese café, cualquier cliente puede sentirse rico durante unos minutos.

El camarero llena la mesa con platitos y recipientes rebosantes de mermelada y mantequilla. Se fija en la manera en que ha dispuesto los cubiertos, la jarra de leche... Ella sabe que todo es importante cuando se sirve a señores, pero ella no es nadie, solo ha pedido un desayuno cuyo precio puede que desequilibre sus ahorros. Un cliente entra en el café y al pasar frente a ella inclina la cabeza, tocándose el ala del sombrero y mirándola como quien mira un helado. Un escalofrío le recorre la espalda. No puede evitar sonrojarse. Tiene la sensación de que no tiene derecho a estar allí, y quisiera ser invisible. Cuando ha dado buena cuenta de su desayuno, algo aturdida se dirige hacia una escalera en la que un cartelito

anuncia «Servicios». Entra en el baño. Una mujer la mira como si estuviera haciendo algo prohibido. Se lava las manos, se moja la cara. A su espalda, la mujer se sienta en un taburete, ignorándola. Valentina recuerda la conversación de Mariana: «Los hombres que te miran con deseo quieren acostarse contigo. Tú, haz como si supieras todo lo que no sabes». Se le hace un nudo en la garganta cuando se da cuenta de todo lo que su amiga la cocinera le ha enseñado.

Sale del cálido establecimiento apretando su bolso contra el pecho. Camina unos metros hasta que la calle se abre a una plaza en la que divisa un edificio señorial que parece un palacio y, casi al frente, otro con un rótulo en el que se anuncia el Hotel Carlton. Se acerca esquivando coches y carros. Las mujeres llevan graciosos sombreros, abrigos con pieles en el cuello y medias. Un hombre con un cartel de madera sujeto con tirantes anuncia el horario de las funciones de un circo con fieras salvajes que permanecerá una semana en la ciudad. Con disimulo mira a los hombres de barbas cuidadas y trajeados con chaleco, en cuyos bolsillos asoman leontinas de oro. Exhalan satisfacción y salud, y son diferentes a los que ella conoce. Todos se parecen a los invitados de la emperatriz, como si la ciudad los vistiera de esa opulencia que a ella siempre le pareció excepcional.

Frente a la entrada hay dos jóvenes uniformados con impecables libreas que abren la puerta a los clientes. No sabe si la Fraulin —o Esther— estará en el interior, y no quiere detenerse ahora que empieza a sentirse cómoda. Ya sabe dónde está, así que lo deja para el día siguiente. Da una vuelta a la manzana. Ve una librería, una tienda de joyas y otra de guantes. Se detiene a admirar los preciosos objetos que exhiben, y se muere de ganas por entrar en una perfumería que despide un olor a polvos de talco perfumados con limones y jazmín. Pasa por una tienda de comestibles que muestra en la entrada una enorme caja redonda de arenques. Un desfile de muchachos con batas grises sostienen las compras de las señoras. Valentina piensa en los beneficios de vivir en una ciudad, en todo lo que puede ofrecerle a una chica como ella, y siente un pequeño

arrepentimiento por su compromiso con el pastor. Su posibilidad de trabajar en la ciudad se esfuma. No sabe el tiempo que lleva dando vueltas. Se ha desorientado y el alboroto de bocinas y voces se le cuela en la cabeza, aturdiéndola. La ciudad promete, pero también agota. Pregunta a una joven por el Arenal.

—Está lejos de aquí. Puedes coger el tranvía.

La joven la acompaña hasta el lugar donde debe esperar y le aconseja que lleve el dinero preparado. Nunca ha subido a un tranvía. Quizá no le convenga acostumbrarse a la ciudad. Ella viajará mucho más lejos. ¿Habrá tranvías y cafés con sillas de terciopelo en Boise? Desciende en el Arenal, un lugar bullicioso. Cerca de la iglesia y bajo unos arcos ve a mujeres de aldea que venden verdura y frutas. Son como sus compañeras de Lekeitio y muestran hatillos de cebollas, ajos, puerros, patatas rojas para el marmitako y turgentes pimientos verdes y rojos. Tiene ganas de sentarse, pero el día se le está yendo en contemplaciones y ella quiere ver a su madre.

Se acerca al Café Boulevard. A pesar de que el aire es fresco, en la calle hay una terraza con mesas y sillas donde los parroquianos leen periódicos, toman café o beben gaseosas. Empuja la puerta giratoria. El lugar es aún más bonito que el que ha conocido, y bajo la bruma del humo de los cigarros flota en el ambiente un bullicio ordenado. Al fondo hay unas escaleras que suben a un caprichoso balcón donde unos músicos interpretan una pieza que nadie escucha. Se acerca al mostrador de mármol de distintos colores y busca con la mirada a su madre. Un camarero se aproxima con las manos a la espalda y un gesto receloso en el rostro. Lleva unos bigotes encerados, al viejo estilo de los políticos que aparecen en las fotografías de los periódicos.

El camarero no la mira bien. Da otro paso hacia ella, intimidándola. Valentina se repone del temor que le inspira y, bajando la voz, pronuncia el nombre de su madre y su intención de verla.

—Ella no termina hasta las cinco —responde el hombre—. A los trabajadores no les está permitido atender visitas durante el trabajo,

pero le daré su recado. ¿Quién le digo que la espera?

Va a decirle que es su hija, pero casi de inmediato se da cuenta de que si ella no ha existido del todo para su madre, no es conveniente que se anuncie como tal.

—Soy familiar suyo. Dígale que la espera Valentina Alzola.

Mira un reloj dorado que cuelga en una de las paredes, recordando el tiempo que los clientes intentan detener. Está a punto de dar las tres, y sale a la calle.

Saca el papel que le dio Mariana, se gira para orientarse y se dirige a la calle Correo, una de las siete calles hasta el portal de Santiago. Se santigua frente a la iglesia y entra en un comercio de calzado. No quiere que su madre la vea con alpargatas. Se prueba unos zapatos de cordones que la dependienta le aconseja.

—Son fuertes y delicados. Le durarán varios inviernos.

Paga casi diez pesetas por ellos, pero se va satisfecha. Enfila la calle Carnicería Vieja para toparse con la pensión de Rosa Mari Arroita, donde Mariana ha avisado que va. Le dan una habitación limpia donde podrá descansar una hora. Se tumba en la cama vestida como está y se queda dormida.

Son las cuatro y media cuando recorre la calle Bidebarrieta con sus zapatos nuevos. Anda despacio, acostumbrándose a ese calzado que le ajusta el pie como una cárcel al prisionero. Tienen tacón y la obligan a adaptar su cuerpo a esos centímetros que la hacen caminar erguida. La calle termina en el Arenal, junto al Teatro Arriaga. Se detiene ante la majestuosidad del edificio y siente ganas de llorar. Se fija en los detalles de la construcción, como si tuviera la imperiosa necesidad de guardarlo todo en su cabeza para recordarlo algún día. Faltan cinco minutos para las cinco y ya está frente al café. No sabe si su madre la reconocerá. Lleva el pelo recogido, y los zapatos la hacen parecer más alta. Le palpita el corazón y se le ha secado la boca. Le duelen los pies, y está inquieta porque no sabe cómo la recibirá.

Diez minutos pasan de las cinco cuando la ve salir en compañía de otra mujer. Advierte que mira a los lados, que la busca y que al

no verla camina decidida. No está tan arreglada como la última vez que la vio. Ha engordado, y parece mayor. Por un momento cree que es una equivocación seguir reclamando un cariño que nunca le dará, pero casi involuntariamente da unos pasos y se pone frente a ella. Su madre está a punto de esquivarla cuando levanta los ojos y la ve.

—¿Cómo estás, Josefina?

Valentina no sabe de dónde han salido su propia voz y ese nombre que le ha venido a la cabeza de repente, en lugar del «Kaixo, ama» que había preparado. Va acompañada, y no quiere ser un peligro para su reputación. Casi de inmediato nota que su crispado gesto se relaja.

—¡Qué sorpresa! —Su madre se vuelve hacia su amiga—. Esta es mi prima, Valentina —la escucha decir con naturalidad.

La mujer, como si la conociera, le planta dos besos y tras un cruce de saludos prosigue su camino, dejándolas en medio de la calle. Valentina, de manera atropellada, le dice que ha venido a hablar con ella porque va a irse a América para casarse con un pastor que se llama Domingo Arsuaga y que esa noche se queda en una pensión. Durante unos segundos de vacilación, su madre la toma por el codo y la empuja suavemente hacia un café que hay en la esquina, El Pacho.

—¿Has comido? —le pregunta. Se han sentado en una mesa y el camarero espera.

—La verdad es que no.

—Tráiganos un bocadillo de tortilla y una gaseosa.

La joven agradece la decisión que muestra su madre y ve un gesto de cariño en su preocupación, pero pronto se da cuenta de que en realidad le ha asustado que ella haya irrumpido así en su vida.

—Tendrías que haberme avisado —le dice—. No puedes presentarte en mi trabajo sin más.

—Mariana me dijo que debía contarte que voy a casarme con un pastor que está en América.

—Me alegro de que vayas a América, dicen que allí se puede

hacer mucho dinero. Te deseo suerte. —El camarero pone sobre la mesa un pan crujiente por el que asoma una deliciosa tortilla—. Anda, come.

Su madre mira a su alrededor, muy erguida en la silla. Valentina da un bocado y mastica sin saber si el silencio que flota entre ellas es bueno o malo, pero no quiere romperlo; ha aprendido que no se debe hablar con la boca llena. Vuelve a dar otro bocado y bebe un poco de gaseosa, que sabe medio dulce, medio picante. Ahora se da cuenta de que estaba hambrienta, porque el alimento ha llegado al estómago y siente una especie de felicidad que no sabe si es por la sabrosa tortilla o por compartir el espacio con su madre.

—Quiero que sepas algo —dice esta de repente—. Tú naciste por casualidad. Yo no te quería, pero estabas allí y tu tío se ofreció a darte un techo. Nunca hemos estado cerca, y ahora tampoco lo vamos a estar. Tengo una familia... Espero que lo entiendas. Mi marido no sabe que existes, y es mejor que sea así.

La joven tiene la boca llena y, aunque quiere hacerlo, no puede tragar. Ve cómo su madre se levanta, busca en su bolso, saca un monedero y deja sobre la mesa dos pesetas. Luego la mira y le dice adiós. La mesa está situada en un lateral, junto a una ventana por la que se ve la calle Bidebarrieta. Valentina sabe que está muy cerca de la pensión, pero no puede moverse. En su interior algo se está rompiendo; escucha los crujidos y sabe que, pronto, lo que sea que tiene en su corazón se hará pedazos. Tarda una eternidad en reaccionar, pero termina por hacerlo. Hay una parte de su cuerpo que acostumbra a rescatar a la niña vencida que lleva dentro. Envuelve el bocadillo mordisqueado en la servilleta y empuja lo que tiene en la boca con un trago de gaseosa. Se levanta y camina hacia la calle Carnicería Vieja.

Sus ojos están llenos de lágrimas y el corazón le palpita destrozado, pero lo peor, le dice la mujer que lleva dentro, es que le duelen tanto los pies que está a punto de abandonar en plena calle sus zapatos nuevos.

Una respuesta insuficiente

**DOMINGO ARSUAGA
BOISE, FINALES DE 1929**

Están sentados en una salita que hay junto al comedor del hostel. Desde la ventana se ven las montañas de Twin Springs. A través de la puerta abierta, las chicas que sirven las mesas van y vienen de la cocina al comedor. Encarni ha puesto sobre el escritorio el papel y esa pluma Waterman que desliza suavemente cuando escribe. Empieza a sentirse el otoño, y aunque la chimenea no está encendida a Domingo le sudan las manos. Se revuelve en su silla inquieto, como si fuera él quien tuviera que escribir.

En el aparador hay un juego de café con remates dorados y escenas campestres. Ocupa un lugar principal, así que Domingo supone que será valioso. Adorna la pared la piel del oso que él cazó, un espejo, y junto a él hay colgada una fotografía de la boda del matrimonio Ereño. Encarni está de pie con un vestido negro que va del cuello al suelo y lleva el pelo recogido en un moño; su marido, sentado a su lado, parece más pequeño, como si la mirada determinada de su mujer lo aplastara hasta hacerlo casi invisible. Se fija en una acuarela en la que, a pesar de los trazos desiguales, Domingo identifica el puerto de Lekeitio. Quizá, piensa repentinamente, él debería pedirle a Valentina que trajera una imagen de San Juan de Gaztelugatxe para ponerla en la pared de su futura casa. Teme que algún día se borre de su cabeza ese lugar donde el mar le enseñó tantos secretos.

Ha pensado en lo que sería conveniente decirle a esa mujer que va a casarse con él para toda la vida, pues lo que une Dios no debe separarlo el hombre. Pero no se le ocurre nada más que esas frases sobadas por la costumbre. Él quisiera contarle sus pensamientos, los más íntimos, y decirle lo que no existe más que en su corazón: que la lleva con él, que la desea y la sueña, que tiene fe en que sea ella la que su alma espera. Pero eso no se puede decir.

La naturaleza le ha enseñado que hay una frontera insalvable que divide los mundos de dentro y de fuera de uno mismo. Si supiera escribir, podría explicarle que quiere darle a ella, a su mujer, la parte del hombre que lleva dentro, porque el de fuera se ha ido haciendo a trompicones, pellizcando sabiduría a la vida, y a veces con no muy buenos resultados. Él detesta los gritos, las amenazas y las fanfarronerías con que algunos creen que pueden engañarle o conducirlo a donde no quiere ir. Domingo piensa que a las mujeres les gustan los hombres que no son como él, y no sabe de qué manera podrá mostrarle lo que tiene para ofrecerle, como ella pedía en su carta. Una añoranza desconocida ocupa casi todo su pecho, y no ve otro modo de seguir viviendo que dejándola entrar a ese territorio que nadie ha pisado. Quiere una mujer que se traiga consigo lo que le falta a él, pero esas cosas no se pueden escribir, menos aún si es Encarni quien lo hace.

—Vamos a ver... —dice ella—. ¿Qué quieres que escriba?

Encarni suelta el aire bufando, sin disimulo. Le apremia con su gesto, su postura y hasta su mirada, que se escapa en dirección a la cocina. Como respuesta a su pregunta, Domingo se encoge de hombros, pero no deja de observarla. La mujer no deja de vigilar el movimiento que se advierte a través de la puerta. Estira el cuello, como si eso le permitiera estar presente en el comedor, y vuelve a mirar a Domingo sin ocultar una impaciencia que no ayuda precisamente al enamorado.

—¿Quieres que empiece a mi manera?

—Sí, pero ¿podrías volver a leer su carta otra vez, por favor? —Domingo se la tiende confiado.

La patrona coge el papel que Domingo le ofrece, resopla y, en voz alta y con premura, la lee. «... Le envió mi fotografía para que me conozca... Puede escribirme diciéndome qué espera de una esposa y qué tiene usted para ofrecerme».

La mujer termina de leerla y de nuevo hace un gesto de impaciencia. Luego, como si se tomara un tiempo para tranquilizarse, dobla el papel y se lo devuelve.

—Qué, ¿empezamos?

El pastor asiente. No puede exigir un trato mejor o pedirle que se ponga en su lugar. No sabe escribir ni leer, y esa es la penitencia que debe pagar. Aprieta las mandíbulas y vuelve a asentir. Ella retira el capuchón metálico de su Waterman de manera teatral y apoya el plumín sobre el papel. Hace unos firuletes en la primera letra, esmerándose en una caligrafía pomposa, y comienza a rasgar la punta sobre el papel. Domingo no puede evitar mirar el recorrido de la pluma trazando la filigrana de la E mayúscula mientras, en voz alta, la patrona dice: «Estimadísima Valentina». El pastor distingue la separación existente entre las dos palabras y con un dedo traza la A de Valentina en su muslo. De los pocos días que en su niñez pudo ir a la escuela recuerda aquellas letras dibujadas con tiza en la pizarra...

Espero que al recibo de la presente se encuentre bien de salud. Le doy las gracias por su misiva y su fotografía.

—Dile que es muy bella —interrumpe Domingo.

—Y qué más...

—Que Nicolás tiene los papeles y que puede venir casada, como han hecho otras... Que voy a construir una casa para ella... Que la cuidaré y que la espero...

Es usted muy bella y confío en que pueda resolver a la mayor brevedad posible los papeles para nuestro enlace por poderes y venir a Boise. Nicolás Aramburu la ayudará en lo que necesite. Él quedó encargado de entregarle un dinero para los gastos del viaje y de buscar mi partida de nacimiento.

En estos días comenzaré a tramitar los permisos para construir una casa donde pueda vivir con comodidad, pero hasta entonces estará alojada en el hospedaje que ocupo. No me falta trabajo, ni voluntad para procurar su felicidad.

—¿Algo más?

Domingo no la mira. Trata de memorizar cada una de las palabras que ha recitado y las repasa nervioso, buscando otras que se acerquen algo más a lo que él experimenta.

—¿Le advertimos del frío y el calor? —propone él—. Allí el clima no es tan riguroso. Necesitará un buen abrigo.

—Mejor no le decimos nada. Ya tiene lo que le interesa. Puede preguntarle a tu amigo. —Encarni da una voz a una de las camareras pidiéndole que se coloque el mandil—. En Lekeitio hay muchos que tienen familiares aquí. Seguramente lo sabrá. ¿Nos despedimos?

—No has dicho que la cuidaré y que la espero con emoción.

*Valentina, para terminar, decirle que yo la cuidaré.
La espero emocionado.
Suyo afectísimo*

—¿Vas a firmar con una cruz?

—Pon ahí mi nombre y yo lo copio.

—Hazlo con lápiz. Mi pluma es muy delicada y podrías romperla.

La patrona escribe el nombre y el apellido en un papel y se lo deja en la mesa. Sale de la sala apresurada y dando órdenes. Domingo toma el sobre, lo acaricia con sus manos toscas, esas que no pueden tocar cosas delicadas, y da un suspiro. Lo ha hecho otras veces, copiar su nombre. A él le parece que las palabras son un dibujo semejante a los que comparte con Tajui para hacerle ver lo que necesita explicarle. Aprieta el lápiz sin dejar de mirar el modelo que ha escrito Encarni y comienza a escribir su nombre.

Domingo Arsuaga

El pastor cena y se va a la cama. Comparte habitación con dos hombres. Uno es de Durango, y el otro de Munitibar. Intercambian unas palabras que acaban con un cortés «buenas noches». Cada uno de ellos se recoge en sus recuerdos para dormir soñando con lo que sucede al otro lado del mar. Él imagina a Valentina, la ve bajo ese magnolio de la fotografía leyendo su carta. Recita para sí mismo las palabras, una por una, y repite «la espero emocionado» hasta que el sueño le libera de su propia letanía.

El otoño es la época de apareamiento, y hay que procurar seguir atento al rebaño. Domingo sabe que la oveja se deja montar dos o tres días durante sus ciclos, que duran quince y que están a punto de comenzar. Cuidar un rebaño no es sentarse a mirar el cielo, como algunos suponen. Los pastores tienen tarea arriba, en la montaña, y abajo, en el rancho. Hay que separar los corderos en su momento, castrarlos o prepararlos para cuando alcancen el peso necesario para poder venderlos como carne. La naturaleza hace su trabajo, pero un buen pastor debe ayudarla.

Mientras cabalga imagina que Jeff Peterssen no se sorprenderá cuando le diga que quiere casarse y tener una casa y un terreno. Su

padre vino desde Suecia y fue uno de los primeros habitantes de la región. Las tierras que el rancho ocupa le fueron concedidas por el estado federal gracias a la Ley de Asentamientos que el presidente Lincoln aprobó en 1862. A Domingo le gustan los americanos. Son gente sencilla, bonachona y simpática, sin demasiados protocolos, y en ocasiones se comportan como niños. Aceptan a los extranjeros con su hospitalidad, ya que la mayoría procede de otro rincón del mundo. No son iguales con los indios, a los que miran como si les hubieran usurpado un terreno que saben que antes fue de ellos, y tampoco con los negros, a quienes consideran unos parias.

Jeff, su patrón, aunque procede de los países nórdicos, se comporta como el americano que es. En una ocasión le acompañó hasta el despacho del alcalde, que los recibió como si fueran familia, para informarse de las gestiones necesarias para tener acceso a una parcela de tierra. Domingo permaneció mudo, analizando cada uno de los gestos de esos hombres, hijos de los que llegaron desde Noruega, Irlanda o Escocia. Ambos iban afeitados y limpios, y en su relación no vio que hubiera diferencias.

Los pioneros sufrieron toda suerte de adversidades para asentarse en esos espacios silenciosos del oeste americano. Hombres duros que colocaron traviesas para que llegara el ferrocarril, que enterraron a muchos de los hijos que no superaron la dureza de la adaptación y que ahora tienen ranchos donde los pastores vascos trabajan.

Su patrón acabó hablando de sus propios proyectos con el alcalde, y lo cierto es que no llegaron a informarle como él esperaba. Pero como entre los vascos todo se sabe, se enteró de que Telesforo Aulestia había conseguido unas tierras y fue a encontrarse con él para averiguar cómo lo había logrado. Telesforo le contó que las concesiones de tierra ya eran escasas. Que podía hacer una petición, pero que, si se hiciera efectiva, estaría muy lejos de la ciudad, quizá en el límite con Nevada. Le aconsejó que cursara la petición y que se armara de paciencia, y añadió que lo mejor sería que buscara a alguien que vendiera su propiedad. Domingo no rellenó los papeles y

albergó en su cabeza la posibilidad de adquirir un terreno por su cuenta.

Mira el paisaje y recuerda los pasos que dio. Ha pasado el tiempo, y ahora se va a casar. Tiene que ponerse en contacto con Arrieta. Él sabrá, mejor que Aulestia, si algún propietario ha puesto su casa en venta. Vuelve a serenarse mirando el horizonte. Lleva muchos años allí, pero no se acostumbra a que el mar no le asalte cuando la carretera desciende. El cielo está azul casi todos los días del año. Suspira. Debería habérselo dicho a Valentina, que, aunque haga frío en invierno y calor en verano, el cielo siempre está azul.

No sabe leer ni escribir

VALENTINA ALZOLA
GERNIKA, FINALES DE 1929

Después de que los hombres hayan apurado el último cigarro y la última copa y hayan cantado la última canción, las puertas del Arraun se cierran hacia las doce de la noche. Los niños están en la cama y el matrimonio Aramburu se acuesta derrotado y feliz, ahora que saben que otro hijo viene en camino. Valentina tiene un nuevo cuaderno en el que relata, casi a diario, la perplejidad y curiosidad que siente ante su nueva vida, ignorando que esa fiel rutina puede ayudarla a comprender lo que no es capaz de aceptar. «No tengo noticias de América —anota con letra apretada—, pero imagino al pastor en la montaña, pensando en mí».

Lo compró en su visita a Bilbao. Tenía que desprenderse de la amargura que la invadía tras el encuentro con su madre y de la que tanto le costaba librarse. Al otro cuaderno no le quedaba más que una página en blanco, así que entró en una papelería y se dio el gusto de adquirir dos iguales.

Hasta aquel día desconocía que en el alma hubiera puertas que podían cerrarse eternamente. Ni tan siquiera en los sermones de la iglesia, en los que hablaban de lugares mágicos y poderes milagrosos, le habían dado indicios de que existiera un baúl en las tripas en el que podía guardar amores y desamores. Todavía escucha el sonido de un viento que cierra con violencia esa puerta de su corazón, donde su madre viviría en el olvido. «No puedo

seguir soñando con su abrazo. Debo aceptar que nunca sabré lo que es el amor de una madre».

Valentina no suele tener tiempo libre, pero a veces, cuando lo hay, las mujeres se sientan a coser. Mariana le dice que, ya que no llevará dote a su matrimonio, tiene que hacerse con un arreo. Ha comprado unos metros de algodón y bordan el embozo de las sábanas con la ligera inquietud de que las iniciales puedan cambiar por algún revés de la vida. Valentina no ha tenido lo que hace falta para ir confeccionando desde niña el arreo propio de una novia, así que tienen que elegir cosas sencillas y remendar bien las buenas sábanas que la gobernanta le regaló.

La casa aún duerme cuando se levanta. Mariana vomita por las mañanas y tiene un malestar constante, así que la joven se siente dichosa de poder ayudarla. Ella es casi su hermana, o esa amiga en la que siempre encuentra consuelo. Baja a la cocina, enciende la chimenea, recoge la leche que le dejan en la puerta, la hierve y retira la nata que se forma en la superficie para utilizarla en los bizcochos. Prepara el desayuno para los niños, los besa y abrocha los botones de sus abrigos mientras los despide diciéndoles que aprendan mucho, que no se peleen y que escuchen a los profesores. Valentina, envuelta en lo cotidiano, comprueba la textura de los garbanzos que dejó en remojo y trabaja concentrada limpiando las verduras. Ayuda en la cocina, pero también sirve las mesas, sonríe y esquivo a los parroquianos que quieren cortejarla. De algún modo, y aunque aún no tenga noticias de América, se siente comprometida con Domingo Arsuaga. «La virtud es un patrimonio», decía don Enrique, el cura de San Juan, al dirigirse a las mozas solteras. No debe mirar a otros hombres y ha de tener cuidado con Fidel, que una vez a la semana viene a la fonda a comer y le regala el oído pidiéndole que vaya con él a bailar uno de los famosos tangos de Carlos Gardel. Pero ella ya ha oído hablar de ese baile y de otros en los que los hombres se pegan como una lapa al cuerpo de las mujeres. Eso no le gusta. Tampoco que la miren con deseo.

Es lunes y, como Mariana está *larrri*^[22], es Valentina quien se

ocupa de ir al mercado. Cada día está mejor abastecido y más poblado. Los transportes han mejorado, y la gente de los pueblos acude a Gernika con asiduidad. Con la cesta bajo el brazo, camina con sus zapatos nuevos, que ya están domados y no le hacen daño. Gernika no huele a salitre ni a mar. Valentina respira su aire con un pellizco de añoranza y atraviesa el campo para llegar al centro. Se pierde entre los puestos buscando los productos más frescos: coliflores, manzanas, miel... La Fraulin, a la que vio en el Hotel Carlton y de quien ya sabe su nombre completo, Esther Zabala, es la encargada de las compras y le dio algunos consejos. «Comprueba que los puerros estén prietos, que las legumbres no brillen demasiado y que el tomate no esté blando». Piensa en ella. Si no la hubiera encontrado, su dolor no se habría amansado como lo ha hecho. Le ha prometido escribirle. Su dirección está en el otro cuaderno, ese al que le faltó sitio para guardar su tristeza.

Escoge unas manzanas reinetas para asar con azúcar y canela y se lleva miel para servirla con el queso y las nueces, además de unos membrillos para hacer dulce. Compra avellanas y almendras, pensando en la Navidad que se acerca, y con el cesto lleno retoma el camino de vuelta. El Arraun está a la salida del pueblo y hay un trecho desde el centro. Mira al cielo, que amenaza lluvia, se echa la toquilla encima del abrigo y aprieta el paso. Aunque odia el frío, adora el mes de diciembre, y este le parece especial, porque quizá sea el último que pase en su tierra.

Ha llegado a la casa, empuja la puerta y se adentra hacia el calor que despide la chimenea encendida. Da una voz para anunciar su vuelta y va a calentarse a la cocina. Mariana está de pie, en jarras, sonriendo con una alegría que le es difícil ocultar. Valentina la mira, buscando la razón de su sonrisa, pero antes de encontrarla su amiga mete una mano en el bolsillo de su abultado delantal y, sujetándolo con dos dedos, mueve en el aire un sobre con muchos timbres.

—He estado a punto de abrirla... ¡Es de América!

Le da un vuelco el corazón. De un salto, rescata la carta de las manos de su amiga. Se quita el abrigo y se sienta junto a la

chimenea. Con mucho cuidado, examina la pulcra caligrafía, rasga el sobre, extrae el papel y comienza a leer con los ojos de Mariana pegados a los suyos.

Valentina lee despacio. No quiere devorar las líneas con la prisa que tiene acumulada, prefiere degustar cada palabra, saborearla como un caramelo de menta y notar el efecto que causa en su corazón. Una carta es una brújula que orienta, aleja o acerca. Es una ola que viene hacia la playa con fuerza para deshacerse en la orilla y volverse nada. Pero esta es relativamente corta y antes de terminarla, involuntariamente, ha visto una firma torpe, vacilante, insegura y escrita a lápiz. No quiere mirarla, pero los ojos se le escapan hacia allí. Sigue leyendo con cautela y trata de evitar que sus pupilas salten hasta el final del pliego. En su cabeza se forma sin permiso un remolino de pensamientos que le impide disfrutar. ¿Quién ha escrito la carta? ¿Quién la ha firmado? ¿Son sus palabras, o alguien las ha buscado para él?

Saborea las últimas frases: Domingo la espera emocionado, la cuidará... Valentina detiene sus ojos en la torpeza de trazo con la que está escrito el nombre de Domingo Arsuaga. Ha esperado meses para encontrarse con esa firma, y ahora ese garabato torpe e infantil exhala una debilidad que la atemoriza como una cueva oscura. No puede evitar escuchar a su espalda la voz sabia de don José advirtiéndole: «Si sabes leer y escribir, el mundo será tuyo».

—No sabe escribir... Quizá tampoco leer. —Lo ha dicho en voz baja. Como si no tuviera aire para expresar su enorme decepción.

—¡Anda ya! ¿Y eso importa?

—A mí me importa. Yo no quiero un hombre sin palabras.

—No te pongas picajosa. ¡Como si todos los hombres que saben leer tuvieran algo que decir! Tú le enseñarás a escribir, y él te enseñará a ti otras cosas.

Cada uno de los pasos que Valentina ha dado en los últimos meses ha sido para acortar la distancia entre continentes que los separa. Quizá haya pensado demasiado en él. Probablemente lo ha construido a su antojo, idealizándolo, pero ahí está la verdad. Ahora

comprende que las lejanías y el hecho de no conocerse no suponían una aventura, sino más bien un peligro. No ha querido imaginar a un hombre rudo, de los tantos que maltratan a sus mujeres y las sumen en un pozo del que es imposible salir. Se ha imaginado a ella misma brillando como si protagonizara una historia romántica; al fin y al cabo, ambos buscaban lo mismo, ¿o no? Al menos, se consuela, ha sido realista en cuanto al trabajo que tendrá levantando una vida lejos, pero esa letra torcida le ha atravesado el cuerpo con un relámpago frío de espanto y le ha desbaratado la alegría.

Mariana, que la conoce bien, intuye su desamparo. Chasquea la lengua, murmura cosas ininteligibles y por fin la abraza, vertiendo sobre ella todo el sentido común y el consuelo que puede darle una mujer a otra.

—No pienses en eso —le susurra—. Recuerda cómo dijo Nicolás que era ese pastor. Yo sé que es verdad. También a mí me ha hablado de él. ¿Qué importa que no sepa leer? Dice que te cuidará y que te espera, y además ha mandado el dinero. Eso sí que demuestra sus intenciones.

—¿Me compra?

—*Laztana*, los hombres compren a las mujeres. Las ricas tienen la dote, y nosotras, la lotería de que nos toque un buen hombre. Cuando lo veas sabrás si te has equivocado. Hasta entonces, imagínalo a tu gusto.

Y Valentina desvía el pensamiento hacia el camino que le muestra su amiga. Se agarra a las palabras escritas, aunque no sabe si ha sido él quien las ha elegido. Suspira. Saca del cesto lo que ha comprado, preparan la comida. Los parroquianos entran en el comedor pasadas las doce, y como casi todos son hombres, Valentina los observa ese día con más atención.

Cuando llega la noche, Mariana se retira a dormir antes que los demás. Ha ganado mucho peso y siempre tiene sueño. El trabajo de Nicolás —transportar mercancía a Bilbao y Santander— le obliga a pernoctar fuera varios días a la semana, pero esa noche duerme en casa y, cuando su mujer sube las escaleras, él se sienta con los

papeles para ocuparse de las cuentas del restaurante. Valentina limpia, coloca las sillas sobre las mesas y barre el comedor. Después le sirve un vasito de orujo a Nicolás. A él le gusta quedarse el último para cerrar el negocio, pero ese día le pide a Valentina que se siente a su lado. Todavía con el delantal puesto y secándose las manos, la joven coge una silla y se coloca frente a él.

—*Zer nahi duzu?*^[23]

—Mariana me ha dicho que andas triste porque Domingo no sabe escribir...

—Bueno... Todas las mujeres llevamos dentro una tristeza.

—Eso no lo entiendo, son cosas vuestras... Pero tú sabes que, a pesar de que hablo mucho, no miento. Ya eres de nuestra familia, como una hermana para mi mujer y una tía para los críos. Yo nunca te entregaría a un sinvergüenza. Y tampoco a un tonto, porque yo sé que tú eres lista.

Valentina sabe que no sería bueno interrumpirle para explicarle lo que le está sucediendo. Ni tan siquiera ella lo entiende, pero, aunque ha disimulado todo el día, se le han vuelto a revolver las tripas. Nicolás tiene la voz grave y varonil, como de caverna. Cuando beben más de la cuenta, los hombres se enlazan por los hombros y cantan. Lo hacen los marineros al embarcar de madrugada con sus farolillos encendidos, los que cuidan los rebaños o talan madera. Todos cantan. No hablan, como hacen ellas. Cantan y se acompañan. Quizá para ellos las palabras no signifiquen tanto. Valentina se deja llevar por su voz hasta que comprende que el hombre está haciendo un esfuerzo sincero.

—Yo sospechaba que no sabía leer ni escribir —prosigue, manoseando su lapicero—. En una ocasión le vi firmar con una cruz, pero era evidente que le avergonzaba, así que lo dejé pasar. No es algo extraño, más de la mitad de las personas con las que te cruzas en la calle son analfabetas. No han podido ir a la escuela. Domingo empezó a trabajar siendo un niño... Pero te garantizo que ni el mejor poeta que conozcas va a tener el corazón que tiene él. Ahora bien, si quieres cambiar de opinión, estás a tiempo.

Da un sorbo prolongado a su vaso. Valentina le ha escuchado con la cabeza baja, frotándose una y otra vez las manos. Mientras él hablaba se ha dado cuenta de que cualquier cosa hubiera bastado para decepcionarla, porque en realidad lo que le pasa es que tiene miedo.

—Quiero seguir adelante... —balbucea—. ¿Qué tengo que hacer?

—O viajas casada o te casas allí. —Apura el vaso y lo deja con autoridad sobre la mesa.

—¿Tú qué me aconsejas?

—Que te cases en Lekeitio. Yo haré de marido. —Nicolás no la mira. Ha abierto el cuaderno para anotar los consumos del día—. He sido previsor y tengo la fe de bautismo de Domingo y un papel en el que me da el poder de representarle. Tú deberías ir a hablar con el párroco. Supongo que será tu madre o tu tío quien te entregue..., no sé. Las novias tienen que hacer muchas cosas: el vestido, el banquete... Cuando tengas las fechas..., pues se celebra la boda. Has de hacerlo rápido. Los trámites tardan mucho y los niños llegan a tiempo. Mariana parirá en abril, y yo debo ocuparme de tu billete. Lo otro es que te cases allí. Lo que tú quieras. Domingo también habrá de buscar un procurador que te represente. Si vas casada no tendrás problemas con inmigración, y si viajas en segunda clase no deberías pasar por la isla de Ellis.

Le describe las condiciones del viaje. La diferencia entre ir en un barco de carga o uno de pasaje. Le cuenta la felicidad de la llegada a una ciudad que no puede ni imaginar: Nueva York. Le habla del largo viaje en tren hasta Boise. No quiere engañarla, pero tampoco asustarla. Tiene buen corazón, y es de los que prefieren que la realidad le salga al paso que imaginarla. Para contrarrestar, recuerda en voz alta la mañana que conoció a Domingo en un bosque nevado. Le habla del último día que le vio y del consejo que él le dio: que buscara una mujer.

—Siempre me dices que es un hombre bueno, pero esa frase deja sitio para pensar en un hombre tonto.

Nicolás sonríe. Le aconseja que no se equivoque. Él nunca ha

oído a nadie hablar con tanto respeto de una mujer. La dueña del hostel donde se aloja le ha ofrecido varias veces a una de las chicas que sirven allí, para que se case. Teniendo en cuenta que una mujer está muy cotizada en tierra americana, le hace saber que cualquier otro habría aceptado.

—Sé que tendrás una buena vida con ese hombre, Valentina, y no te digo nada más. Solo insistirte en que él es distinto a otros.

—¿Tiene carácter? —Valentina se atreve con algo que le preocupa. Si es tan buen hombre, quizá sea un blando atemorizado.

—Pues..., no sé lo que quieres decir, pero... —Nicolás vacila, confundido— no tiene miedo, ni hace nada que no quiera hacer. Es un hombre respetado. ¿Es eso carácter?

—Puede.

—Pues lo tiene. Y las chicas decían que era muy buen mozo.

Valentina observa cómo toma el lápiz y comienza a emborronar el cuaderno de cuentas. Suelta un pequeño bufido, como si describir a su amigo le hubiera agotado, pero sus palabras no han saciado la curiosidad de la muchacha; tan solo han conseguido enderezar la imagen derrotada de Domingo. Se da cuenta de que por mucho que pregunte no va a saber más de lo que sabe, y que las dudas que la acechan permanecerán hasta que no haya cruzado el océano que los separa.

—Nicolás... —El hombre levanta los ojos de las cuentas—. Me casaré con Domingo. Por si quieres decírselo.

—Valentina, es una buena decisión. Tú eres casi como una hermana para nosotros. No te dejaría hacerlo si fuera de otro modo.

Esa misma noche, al acostarse, Valentina cierra los ojos y piensa en Domingo. No como otras veces en que los pensamientos se le nublaban a causa de la castidad que debía conservar y perder al mismo tiempo, sino que lo imagina como un hombre que la espera para quererla. Se figura que debe de ser muy triste no poder escribir ni leer. Algunos esconden ese desconocimiento, otros no dudan en

pedir ayuda, y ella se toma un rato para imaginar que va por la calle y no puede leer los rótulos que anuncian una droguería o un ultramarinos. Acerca la palmatoria a la mesilla y busca papel en el cajón. Como si sus pensamientos fueran capaces de atravesar la distancia que los separa, Valentina, en su imaginación, comienza a escribir. «Mi querido Domingo. He descubierto que no sabes escribir y probablemente tampoco leer, así que estarás acostumbrado a soñar como yo. Debo decirte que me atemoriza que no tengas para mí un lugar. No una casa, sino algo parecido a un abrazo. Los niños se duermen con canciones, y en esos momentos la felicidad resbala a borbotones por sus caritas. No tienen miedo, y ni se imaginan que les aguardan días difíciles. No sé la razón por la que a los hombres no os interesa el amor, pero he comprobado lo felices que son los enamorados. Yo no cruzaría el mar si supiera que no vas a quererme. Hoy Nicolás me ha consolado al decirme que tú no eres como los demás».

Sabe que nunca podrá escribir una carta semejante, pero Valentina confía en que lo que se sueña y desea intensamente empieza a existir en un lugar desconocido. De alguna manera es capaz de tocar el muro que hay entre ellos y que empezó a levantarse desde el principio, con esas cartas en las que se tratan de usted, incapaces de vencer la distancia que los separa. Si él estuviera cerca, ella misma podría tirarlo abajo. Le pediría que le hablara de él, que le hiciera saber las cosas que le gustan, las que detesta, las que sueña. Le miraría a los ojos, le escucharía reír, y vigilaría la manera en que trataba a las mujeres o a los niños. Pero ahora no puede hacer mucho. Solo responder a esa carta.

Se levanta y va a buscar papel y lápiz en el piso de abajo. Como hace frío, se lo lleva a la cama.

Estimado Domingo:

He recibido su carta esta mañana...

Una casa para su esposa

**DOMINGO ARSUAGA
BOISE, NAVIDAD DE 1929**

Al alba, Domingo ya está despierto. Tiene el sueño desbaratado, y durante un instante no sabe dónde se encuentra. Presta atención y escucha el sonido de la respiración de sus compañeros de habitación, y más allá, desde el piso de abajo, le llegan voces y ruido de vajilla. Entonces recuerda que hace dos días que se aloja donde Encarni y que las mujeres probablemente estén preparando los desayunos en la cocina.

Para poder quedarse en la ciudad, ha acordado con su compañero Cipri que permanecerá en el rancho los días que el patrón lo necesite para que él, que está casado y tiene dos críos, pueda estar en su casa en Navidad. Al patrón no le importa lo que hagan, siempre que el cuidado de los animales esté cubierto.

A Domingo le gusta estar en la capital en esas fechas, y le agrada tropezarse con gente que hace tiempo que no ve. En los hospedajes hay alojados muchos pastores. No faltan guitarras y acordeones, *txistus* y tamboriles. El *whisky* corre a pesar de la prohibición y, aunque impongan multas, los hosteleros las pagan. Normalmente, el día 22 se celebra el baile de los pastores, que muchos conocen como el de los buzos y los delantales. Es el acontecimiento del año y nadie puede faltar. Los asistentes son todos vascos, salvo algún americano muy estimado al que le dan una entrada de otro color. Han de ir vestidos con traje de faena. Las

mujeres con delantal y falda clásica y los hombres con pantalón de mahón, que aquí llaman *overalls*. El comité de baile busca un lugar grande, y este año han elegido los salones del Hotel Bristol.

Domingo ha estado un par de veces y ha disfrutado con los demás, pero no le importa demasiado perderse la fiesta este año. Cuando se reúna con Valentina, acudirán juntos y él bailará con ella y se sentirá orgulloso como un pavo real.

Los hombres duermen hasta tarde; agradecen un colchón y una cama en condiciones esos días en que no trabajan. Los pastores están felices en estas fechas, comen, duermen y se pasean visitando los lugares de ocio. Al levantarse desean disfrutar de esa comida que se parece tanto al hogar: ensaladas, alubias, sopa de ajo, verduras frescas de los agricultores chinos, chorizo... Quieren jugar al mus, gritar, hacerse señas para conseguir los cuarenta puntos y, sobre todo, hablar. Llegan a finales de otoño, ese momento en que el pastoreo se toma un respiro, y algunos se quedan hasta Navidad. Muchos son temporeros e independientes; otros, como Domingo, viven en el rancho y van ocasionalmente. Los tiempos cambian, y es difícil hacerse al monte sin más llamada que los rumores de buen pasto o el olfato. Eso se hacía antes; ahora, los guardias forestales vigilan que el ganado no agoste el campo.

Entreabre la ventana. Un frío glacial y la protesta de su vecino le hacen volver a cerrarla. Boise está totalmente cubierto de nieve y cuesta caminar por las aceras que no han limpiado los comerciantes. Las chimeneas de las casas escupen al cielo un humo doméstico que rompe la bruma que desprende el hielo. En algunas ventanas hay árboles de Navidad iluminados, porque es una costumbre muy americana.

Domingo va hasta la palangana y se moja la cara. Vuelve a la cama reanimado, toma la foto de Valentina, que ha dejado bajo el colchón, y la mira como si estuviera a su lado y le diera los buenos días. Recorre torpemente con el dedo índice su silueta: la cabeza, el brazo, el codo y luego la mano que reposa sobre su falda. Va a dejarla en su lugar, pero se arrepiente. Como ha hecho desde que la

recibió, cuando se vista la pondrá debajo del jersey, envuelta en un paño de lino, y se irá con ella a hacer las diligencias.

Ayer, uno de los huéspedes le entretuvo comentando las noticias que traía el periódico. Desde el mes de octubre, en el que se produjo un derrumbe de la Bolsa en Nueva York, la economía está por los suelos. Algunos de los rancheros se han arruinado o pasan por situaciones difíciles. Idaho tiene más de un millón de ovejas, y el precio de la lana y la carne ha bajado.

Siguen buscando a quienes han matado en Chicago a varios miembros de una banda, aunque todos saben que ha sido Al Capone. Las mafias ganan millones de dólares con la venta clandestina de alcohol, corrompiendo a los funcionarios y policías encargados de hacer cumplir la ley seca. En los hoteles y pensiones de Boise, aplicar la ley de vivir sin alcohol hubiera sido una temeridad. Un vasco no puede vivir sin sus recorridos tomando un trago tras otro; por eso, muchos de los establecimientos se las han arreglado para tener sus pequeñas destilerías escondidas.

Domingo no bebe tanto como otros. Está allí en parte porque recibió recado de Ramón Arrieta para que se reuniera con él a la mayor brevedad. Sabe que probablemente el tratante haya dado con algo interesante y va a ofrecerle alguna propiedad. Ha ido al banco donde trabaja una sobrina de los Garate para saber del dinero del que podrá disponer.

Pensar en la presencia de Valentina en su vida le estimula. Los americanos son gente dispuesta a prosperar, se arriesgan, están en constante movimiento buscando negocios que sean rentables... Eso le da que pensar. No puede seguir siendo el hombre que trabaja para comer; necesita ir más lejos, tener un lugar donde sentirse a salvo de esa miseria que arrastra. Las raíces van hacia dentro, pero el arraigo es buscar postura en la tierra que te acoge.

Ahorra cada centavo de dólar que puede y, a pesar del dinero que envió para el viaje de su esposa, tiene lo suficiente para pensar en invertirlo en una propiedad. Su patrón ha prometido ayudarle siempre que no abandone el Creek Valley Ranch, pero si pudiera

permanecer libre lo preferiría. Conoce a pastores que residen en Mountain Home, y también en Emmett. Allí podría encontrar una buena casa, pero en este momento no está en condiciones de trasladarse.

Está empeñado en ofrecer un cobijo a su esposa. Todos los animales lo hacen y él, que conoce la naturaleza como nadie, sabe que así tiene que ser y quiere hacerlo ahora, cuando hay oportunidades, porque la crisis económica que destruyó la Bolsa hace unos meses ha revuelto completamente el mercado. Muchos pastores han regresado a su tierra. No quieren arriesgar lo que tienen, algunos han perdido sus rebaños y no hay crédito que sostenga sus negocios. Se oyen rumores de vascos que vuelven a casa y dejan sus posesiones en venta. Arrieta es un especialista en este tipo de transacciones y todos, aunque no sea el hombre más afable, acuden a él y le confiesan sus miserias o sus triunfos.

En marzo nacerán los corderos, y él volverá a los pastos altos con el rebaño. Ha visto un pequeño rancho en venta, pero no puede pagarlo. Andrés Astorquia vende su cabaña, pero está demasiado aislada para meter allí a una mujer. En Emmett admiró la mansión de Andy Little, de la que dicen que está construida para que dure «para siempre». El señor Little tiene la compañía ovejera más importante de Idaho. No es buen momento para recorrer kilómetros por la nieve, pero sí para estar atento. Si las cosas vienen mal, uno prefiere sufrir en su tierra. Y muchos se van a Nueva York, donde la comunidad vasca puede ayudarlos.

Un pastor pasa mucho tiempo fuera, y ella puede sentirse sola. Por eso se ha decantado por la capital, y le ha dicho a Arrieta que busque una casa modesta pero céntrica. En Boise ella encontrará el apoyo de otras mujeres, podrá trabajar en alguno de los restaurantes y estarán relativamente cerca.

A veces, al contemplar la fotografía, trata de averiguar si es la clase de mujer que hay que proteger y cuidar o si por el contrario es resuelta, trabaja y no le hace ascos a lo que se presente. Él ha conocido a esposas silenciosas y taciturnas y a otras alegres y

laboriosas, pero mirando la fotografía, y solo con esa imagen estática, es difícil saberlo. Anhela verla en persona, poder mirarla a los ojos, hacerlo de esa manera en que uno sabe la verdad. Él se ha acostumbrado a verla posando bajo el magnolio, y lo hace tan a menudo que podría dibujarla sin mirar la fotografía. Cuando la guarda bajo el colchón o en el cajón de su mesilla de noche, nota que ese abandono le despierta una cierta impaciencia. Por eso prefiere llevarla consigo.

A una mujer como ella no deben de faltarle pretendientes. Domingo cree estar enamorado a su manera. Nunca, ni siquiera cuando conoció a Amy, le ha sucedido lo que le sucede ahora, que una mujer ocupe su cabeza de la mañana a la noche como lo hace Valentina. Se extraña, porque ella aún no es del todo real, pero se deja llevar por ese misterioso poder que está cambiando su manera de vivir.

Si camina por la ciudad se fija en las mujeres, en su modo de andar, en cómo se peinan o se visten. Nunca antes lo había hecho. Sabía que estaban ahí, pero no pensaba en ellas. Ahora, si quiere recordar el color de los ojos de Amy o cómo era aquella blusa que tanto le gustaba, no lo consigue, y entonces se pregunta si lo que siente es amor, curiosidad o algo a lo que todavía no puede ponerle nombre. Baja las escaleras, con esa presencia que le caracteriza, y piensa que nadie puede entender las tormentas de ese amor inesperado. Domingo sabe pasar entre la gente sin ser visto. Ha hecho de su silencio una virtud, y los demás reconocen la solidez de ese joven que bajo la camisa lleva la fotografía de su prometida.

Ramón se levanta y le abre los brazos cuando le ve. En Lekeitio o en Ea no hubiera sido así. Los hombres no se abrazan, se palmean la espalda o levantan la barbilla a modo de saludo, pero estando tan lejos las costumbres cambian. Ramón va vestido con un traje elegante y una camisa que parece nueva y despide un olor dulzón a loción de afeitar. Probablemente haya pasado antes por la barbería para entrar en el hotel como un marqués. Las mujeres que sirven las mesas le miran con codicia. Muchas de ellas llegaron buscando

trabajo y la patrona les adelantó y tramitó sus permisos y billetes. Cada mes les descuenta parte de una deuda que parece eterna, y esa dependencia las empuja a mirar a los rancheros solteros como la solución de su vida. Pero Ramón no es un hombre que desee una familia. Ya tiene años, es esquivo y muy suyo.

—*Zer moduz? Gizon zorteduna zara! Zerbait oso ona, daukat zuretzat*^[24]...

—¿Una casa? —pregunta intrigado—. ¿Y tú cómo andas? —Domingo palmea su antebrazo.

—¡No tengas prisa, hombre! En cuanto una mujer se te mete entre las costillas, comienzas a dar pasos hacia la ruina. Todo a su debido tiempo... ¿A pesar de lo bien que te paga el patrón, no tienes suficiente para un rancho?

—Tienes razón.

—Pero tengo una casa. Tú debes de conocer a Pedro Zarandona. Lleva muchos años aquí, vino de Natxitua. Era marinero, y antes anduvo en Terranova con la PYSBE e hizo un buen dinero que ha invertido en bancos, así que ahora la cosa va mal. Ha vendido el rebaño y marcha con su mujer y sus dos hijos a Nueva York, donde tienen parientes. Vende su casa.

—Sí, sé quién es, pero no sé dónde vive.

—He estado tentado de comprarla yo mismo, pero como me dijiste que ibas a casarte...

Domingo sabe que no es verdad, pero le mira como si le creyera. Está a punto de sacar la foto de Valentina. Le parece que ella debería estar presente en el inicio de esta transacción. Se toca el pecho, en ese lugar donde ya nunca tiene frío, pero se detiene. No quiere compartirla con ese hombre. Mira a Ramón. Él es de Lekeitio y quizá la conozca.

—Sí, pronto me casaré.

—¿Y se puede saber de dónde viene la chica?

—De Lekeitio. Se llama Valentina Alzola. ¿La conoces?

El tratante frunce el ceño, como si le costara transportarse a su tierra. Niega con la cabeza. Sin embargo, le pregunta si su dama

vive en *mariñeruak* o en *txaputxeruak*. Domingo sabe que Lekeitio está dividido en barrios e incluso en formas de hablar o vestir. Los marineros (*mariñeruak*) tienen casas pequeñas que trepan en callecitas desde el puerto, y los *txaputxeruak* son los artesanos, comerciantes, mecánicos o barberos, actividades que denominan «chapuzas». Se encoge de hombros. Sabe muy poco de ella, y ni siquiera le ha preguntado por lo que todo el mundo pregunta: por la familia. Cae en la cuenta de que puede que eso le haya molestado o le haya hecho creer que es un hombre sin sentimientos. Permanece pensativo durante unos segundos, pero la mirada interrogante de su amigo le hace responder.

—Es cocinera.

—Eso está bien, no tendrá problemas para trabajar... Verás, la casa no es la que sueñas, pero precisamente por eso podría interesarte. Está en el camino a la iglesia de los escoceses, y seguro que podrías adecentarla. Zarandona iba a mudarse porque no es muy grande, pero les pilló todo este asunto de las inversiones. Anduvo en negocios con uno de los Bengoechea y, ya sabes..., no levantó cabeza.

Domingo intuye que Ramón va a dar paso a las habladurías y los chismes. Parte de su negocio consiste en saber de los asuntos de los demás, pero a él no le gustan los comentarios y durante un segundo se arrepiente de haberle dado el nombre de su prometida.

—Háblame de la casa. ¿La has visto? ¿Sabes lo que pide por ella?

—Es una de esas casas de madera construida hace años, pero está bien situada y es suficiente para empezar. Tiene una sala, cocina, dos habitaciones y una tercera más pequeña. Hay agua corriente, chimenea y un porche. Tenía una letrina fuera, pero Zarandona comenzó la obra de un baño que no ha terminado, aunque eso se resuelve en dos días. Creo recordar que me habló de un pequeño almacén y un desván, pero no estoy seguro. Detrás hay un pequeño terreno con un chamizo, una huerta y un par de árboles. Está apurado, ha bajado el precio y podrás pagarla. Deja algunos muebles, y eso es una gran ayuda para empezar. Tú no

gastas ni en barbero, debes de tener ahorros. Si no te llega, Zarandona aceptará tu palabra de enviarle el resto del pago. Tienes que negociar.

—¿Y tú qué ganas?

—Por eso no te preocupes, me basta con que me traigas los corderos. Sé que algún día me devolverás el favor. Y, además, me hace ilusión que te vaya bien y prosperes.

Los dos hombres, Domingo algo más, miden las palabras con una cautela estudiada. Es una costumbre que da la tierra y el temor a ser engañados. Sin embargo, la razón verdadera es que comprenden mal una lengua que no es la suya. La comunicación se suple con gestos sencillos, como si jugaran a las cartas; los triunfos no se enseñan, y aunque no se aúllen los fracasos, se sabe que están ahí. Se ha dado cuenta de que ha subido la barbilla varias veces, y eso indica que quiere que sepa que no le importa no sacar beneficio de la gestión. Domingo ha subido las cejas como si se sorprendiera de ello, pero después de un rato el pastor le apremia.

En el exterior, el frío les sorprende. Están en una planicie que es casi un desierto, todo está cubierto de nieve, y si levantan la mirada se ven las cumbres de las montañas que rodean la capital vestidas de blanco, confundándose con el ciclo blanquecino del invierno. Apenas hay tráfico en Grove Street; la gente permanece en su casa y solo hay bullicio en las tiendas de los orientales. Caminan con cierta dificultad, los pies se hunden casi veinte centímetros y hay que tener cuidado en los tramos limpios donde la nieve se ha helado. Se detienen para dejar paso a una familia mormona. A dos hombres vestidos de negro les siguen seis mujeres con la cabeza baja, cuyas capas y sombreros almidonados las hacen parecer iguales.

Ramón charla a su lado con una parsimonia que le pone nervioso. Le advierte que cuando uno presta atención a las mujeres la vida se complica, pues se pierde interés en lo importante. Él guarda silencio. No le interesan sus consejos. Tiene prisa por ver esa casa y sigue caminando por la calle que conduce hacia la carretera

de Arrowrock Dam.

Ramón, que tal vez advierte que su interlocutor no le está escuchando, se detiene cuando considera que sus palabras son importantes para retomar la ruta unos segundos después, prosiguiendo su historia. A Domingo, la charla y esas constantes paradas que hace le cansan, pero no puede permitirse hacérselo saber. Una de las cosas que ha aprendido es que no hay que mostrar demasiado entusiasmo cuando va a comprarse algo. Lo mira calmado, asiente o levanta las cejas, pero en realidad no sabe de qué habla. Está impaciente por ver la casa de Pedro Zarandona, y no sabe cómo hacer para que su amigo se calle y camine.

En un momento dado, y justo cuando están llegando al límite de la ciudad, Ramón calla, se para y señala con una mano una casa blanca de madera con tejado a dos aguas y un pequeño porche. Es bastante más pequeña de como la había imaginado, y quizá fue construida por los primeros vecinos de la zona, pero el corazón de Domingo se acelera. Sabe que es la que está buscando.

Aprieta el paso sin esperar a Ramón. Él sabe andar por la nieve.

La voz de don Ramón resuena en la iglesia casi vacía

**VALENTINA ALZOLA
GERNIKA, ENERO DE 1930**

Valentina mete en una bolsa que le ha prestado Mariana una muda y algunos regalos para sus primas. A través de Fidel ha mandado aviso a sus tíos para alertarlos de que el miércoles estará en Lekeitio. En realidad, debe ir al pueblo porque el cura, don Ramón, aun conociéndola y sabiendo su situación, le ha advertido que es preciso que su madre o su tío la acompañen al altar.

No llamará a su madre. En su corazón ya no queda ni el hueco que ocupó, así que tiene que hablar con su tío. No tiene veintiún años, y una mujer no puede decidir sola su vida y menos aún su propia boda. Desde que empezó a moverse, a hacer sus papeles, se da cuenta de que el camino de una mujer está lleno de trampas. Los trámites de la vida, esos que los hombres resuelven con facilidad, le resultan muy complicados. Superar las barreras con las que se encuentra acaba agotándola, y comprende que todo es más fácil si una está casada: únicamente depende de su marido. Se siente incómoda y le irrita tener que pedir ayuda constantemente. Ella está sola y se ve obligada a repetir lo mismo en cada ventanilla a la que acude. Le ha pasado en el banco o al buscar el papel que acredita que es soltera, igual que su madre.

Clara, una mujer que va a comer con frecuencia al Arraun, dice

que las mujeres deberían tener los mismos derechos que el hombre y que hay que sublevarse. Ella ha heredado un taller de tornillería de su padre y dispone, ordena y cobra sin que se caiga el cielo.

—Podemos hacer lo que queramos —afirma—. Tienes que ir con la cabeza alta y dejar atrás el miedo a no hacerlo bien.

Valentina piensa que para ella es fácil decirlo. Tiene una casa, dinero y la piel de las manos suave como la seda. Pero la mayoría de las mujeres no saben leer, y bastante tienen con que sus hijos no mueran de hambre o enfermedad.

—Las americanas no están como nosotras. Ellas pueden votar libremente y hasta divorciarse si las matan a palos.

—Pues yo votaré cuando esté allí.

Atraviesa el puerto para acercarse a la fuente, donde la esperan sus primas. Mira hacia Isuntza y ve el palacio. Las ventanas están cerradas y no hay rastro de actividad. Se le encoge el corazón y piensa en lo rápido que pueden cambiar los pilares que sostienen una vida. Recuerda que, a pesar de su interminable jornada de trabajo, allí fue feliz y aprendió muchas cosas. El palacio cerrado no le parece tan majestuoso, grande y espléndido como antes. Zita no ha vuelto, y sus hijos tampoco. En el pueblo dicen que la ilustre emperatriz es una desagradecida, como todos los de la realeza, y que algún otro lugar habrá ocupado su corazón.

Al llegar al puerto, sus primas están sentadas en el corrillo de mujeres que hay frente a la cofradía. Algunas tienen las redes sobre los muslos y con un punzón van uniendo los desgarros que ha producido la pesca. Lo hacen mecánicamente, lo que les permite hablar de sus cosas. Parece que el pueblo en su totalidad se ha enterado de que va a casarse con un americano. Se sonroja al escuchar los guiños y las chanzas que hacen sobre su futura vida matrimonial. El tema levanta ampollas: unas no quieren ni oír hablar de hombres, otras no renuncian a ellos y otras pocas hablan con medias palabras, sin que Valentina entienda del todo el significado. Ella piensa que el barullo se debe a que en Lekeitio y en los pueblos de alrededor los hombres están en la mar o se han ido lejos

buscando trabajo.

Le preguntan el nombre de su novio. Se vuelve a sonrojar.

—Domingo Arsuaga.

Una mujer mayor levanta una mano y busca en su cabeza hasta que de pronto asiente.

—Es el hijo de Benita Arizmendi —exclama—. A su hermana la robaron de la cuna, ¿recordáis?

—Algo me suena —dice otra.

—Se fue a América con los hijos de Garate.

Valentina las mira atónita. Se acerca hasta la más mayor para interrogarla. ¿Le recuerda? ¿Dónde vivía? ¿Qué pasó con la niña? La mujer achica los ojos, la observa con curiosidad y rebusca en su memoria. Señala hacia la carretera de Bermeo, luego hacia el otro lado.

—*Ez dakit*^[25].

No saca nada en limpio. A los del pueblo les gusta seguir la pista de la vida de los demás, pero los recuerdos se desgastan, aunque vengan pegados al santoral. «Fue por la Virgen». «Vino para San José». «Le perdí de vista en San Antolín...». No nombran apellidos, porque los han olvidado; a veces utilizan la referencia de las propiedades, el nombre de los caseríos, las vacas que tuvo... En realidad, no saben nada de nadie. Ellas levantan torres con rumores, o con un solo sucedido. Lo único que se lleva Valentina del puñado de mujeres que cosen redes es que Domingo es guapo y un buen chico, lo mismo que le dice Nicolás. Sus primas la reclaman. Remi, la mayor, tiene que hacer unos recados y han de volver a tiempo para la cena.

La crisis mundial de 1929 ha mordido a casi todos los países. Los sueldos han bajado y el coste de los alimentos sube. Muchos quieren ir a buscar fortuna, pero el viaje es caro y, si no tienen un familiar allí que les garantice alojamiento y trabajo, ya no se arriesgan. No les merece la pena cortar sus raíces, a no ser que viajen acompañados y sean bien recibidos. Eso ya lo ha escuchado Valentina; por ello pone atención a las noticias que vienen de allí.

Nicolás dice que en Nueva York la gente vive en casas de cartón que colocan en los parques. Ella no va a irse solo por el dinero que se hace en el nuevo mundo. La gente abandona el campo o los pueblos y se va a las ciudades. En Bilbao hay muchos cafés y restaurantes donde buscan buenas cocineras. Ella se va a América porque va a casarse con un pastor.

Caminan hacia el caserío contándose sus cosas. Admiran los zapatos y la ropa de Valentina y le piden que les cuente cómo es Bilbao y Gernika. El cielo está blanco, casi gris sucio, como si el Todopoderoso hubiera prohibido iluminar la mañana. Mientras dejan atrás la carretera, ella vigila una nube gris de esas que llaman panza de burro. Amenaza lluvia. La hierba está húmeda y ha preferido quitarse los zapatos para no estropearlos, pero tiene los calcetines calados. Sube el repecho que conduce a la casa y ve su silueta recortada entre la niebla.

Al acercarse advierte que le faltan algunas tejas y que las vigas de la parte que da a la cuadra están medio torcidas. Hubo una galerna unos días después de que ella partiera, le cuentan, y ahora hay goteras por toda la casa. A Valentina todo lo que ve le resulta lejano. Parece que hace años que se hubiera marchado, y solo han sido unos meses. Lekeitio es grande, pero la vida parece pequeña en invierno. Ha visto los barcos amarrados, las tabernas sin nadie en la puerta y las calles vacías. En realidad, ella se despidió en septiembre, y lo hizo pensando que no iba a volver. Ahora, todo lo que antes la saciaba se ha vuelto inútil, casi indeseable.

Están llegando a la zona llana cuando descubre el mar, esa inmensidad que tanto echa en falta. Es verdad que el horizonte apenas se distingue, y que el agua está oscura como un mal presagio, pero les pide a sus primas que entren y va hasta el borde del acantilado: es imposible no saludar al océano. Mira las rocas, que la marea engulle en pocos segundos en un remolino de espuma, las ve aparecer de nuevo brillantes y eternas para ocultarse otra vez por la fuerza con que la corriente arrastra el agua. Nota la cara húmeda, y muy probablemente se le caracolee el pelo que ha

sujetado en un moño. Cierra los ojos, suspira y siente que tiene unas inmensas ganas de llorar, pero debe entrar en la casa, poner los calcetines cerca del fuego y pedirle a su tío que la acompañe a la iglesia. Para llorar a gusto hace falta tiempo. Pasa la lengua por sus labios salados y se encamina hacia el *baserri*^[26]. La tierra se ama con una fidelidad casi eterna.

Su tía la abraza. Ella saluda al hermano de su madre y reconoce el mismo gesto adusto en su rostro. La mira con una compasión impostada, hasta que saca de su bolsa los regalos que ha traído envueltos en papel de seda. A sus primas, dos peinetas que le regaló Clara; a su tía, un pañuelo que alguien olvidó en el restaurante y que ella ha lavado y planchado; para su tío ha tejido unos calcetines y le ofrece una botella de aguardiente de enebro. Aprovecha la sobremesa para plantear su situación.

—¿Lo sabe tu madre?

No quiere mentir, y busca una respuesta que su tío pueda aceptar.

—Estuve en Bilbao y le conté que iba a casarme. Ella tiene su vida...

Le escucha hablar mal de ella. Suelta una serie de improperios. Dice que es una desagradecida y que ha sido él quien ha criado a su hija. Ella ha oído eso antes, pero ahora ya no le importan sus palabras. Valentina advierte que su alma se ha despegado de lo que fuera que la atara a su madre, a su infancia, y que quizá la precariedad de esa casa que construyeron sus bisabuelos estuviera siempre ahí. Nunca se fijó en el tejado, o en las maderas de las habitaciones, tan frágiles que puede verse la cuadra. No advirtió el frío o la humedad de las mantas, porque era lo único que tenía. Mira distraídamente la ventana, por la que se ve un mar oscuro de invierno. De eso no se ha alejado: las montañas, los acantilados, el olor a salitre y esas nubes blanquecinas le pertenecen.

—*Horregatik, osaba... Zeu zara aldarera eramán behar nauena*^[27].

Suspira aliviada al ver que por fin asiente, pero sigue enredado

en su discurso. Ahora le toca a don Ramón. Dice que los curas no le gustan, que es un metete, y habla de la sacristana, una viuda más mala que la tiña. Valentina no le escucha, aunque no aparte la mirada de su rostro. Solo le importa que ha dado otro paso hacia su destino. Mañana, en cuanto se levante, irá a hablar con el cura.

Vuelve a Gernika más tranquila de lo que se fue. En el autobús se aprietan las mujeres vestidas de oscuro, con las gallinas y los huevos en la cesta. Algunas llevan a un pequeño atado al pecho, y otras, dos o tres agarrados a la falda. Desde que estuvo en Bilbao sabe que casi todos son pobres, y que a los pobres les cuesta mucho vivir.

Don Ramón puede casarla el 23 de febrero. Mariana, que está cada día más torpe, le dice que celebrarán el banquete de boda como los ricos. Recoge en sus brazos el aire del comedor y dice que será allí, en el Arraun, y que invitarán a quien ella quiera.

—Una boda sin novio...

—Con él o sin él, te vas a casar.

—Sí. Ahora ya parece verdad. —Valentina se acerca a ella—. Me entristece pensar que no te veré más.

—Anda, quita de aquí. Nicolás volvió con buenas perras. A lo mejor también vuelves tú. Si llega una niña —le coge una mano y se la pone sobre su vientre abultado—, le pondré Valentina, y si es niño, Valentín. De esa manera estarás siempre conmigo.

Valentina sabe que tiene que aprender a no mirar atrás. Está segura de que no volverá. Escucha hablar a los mayores y, aunque no quiera su resignación, suelen saber lo que hacen.

Nicolás no pierde el tiempo. Hay que ocuparse de los billetes, de convertir sus ahorros en dólares, de pedirle al cura que le informe si hay gente que piensa embarcarse hacia América. Una mujer no debe ir sola, y para marzo o abril seguro que alguien viajará. Ha de ponerse en contacto con una agencia que en los últimos tiempos se ocupa de los trámites de los que emigran. Guarda el dinero que le dio su amigo y debe administrarlo bien. Quizá pueda conseguir un

barco que zarpe de Bilbao. Ha oído que la Compañía Trasatlántica Española ha construido unos buques en la factoría de Sestao que hacen la ruta a América. Él conoce a un mecánico que trabaja allí y se va a informar.

Clara quiere regalarle el vestido de novia, y Mariana la empuja a aceptarlo.

—Tiene dinero, eso no es ningún gasto para ella. Acepta y que no sea ostentoso. Podrás usarlo allí —le dice.

Durante una semana, las mujeres miran las revistas de moda. Algunas traen unos patrones indescifrables y, tras muchas dudas, Valentina escoge un traje de chaqueta y falda. Juntas van hasta la modista, que le toma medidas. Clara le regala un bolso y una combinación de satén.

—No puedes ir como una pueblerina.

Los trámites la ponen nerviosa. No quiere gastar dinero en adornos para ella, y tampoco cortarse el pelo como las de las revistas.

El Arraun se ha convertido en un local con cierta reputación entre los aficionados a la buena cocina. Parte del éxito se debe a Valentina y a los postres que replica y mejora a partir de las recetas que publica la Marquesa de Parabere en *El Diario Vasco*. A Mariana se le hinchan los pies de estar todo el día en la cocina y por eso han contratado a una nueva camarera, Merceditas, que sabe pasearse por el comedor llevando los platos como una gacela. Valentina trabaja muchas horas, sabe que le queda poco tiempo porque todo está más o menos decidido. El día 23, el local permanecerá cerrado para que la familia pueda festejar la boda.

La víspera no sale de la cocina. Se le echa encima la madrugada preparando unas natillas deliciosas sobre las que navega un merengue de canela, espolvorea el azúcar glas sobre el bizcocho *savarin* y deja que se temple la tarta colineta. El banquete está preparado, y Merceditas será la encargada de ultimar los detalles mientras ellos van a Lekeitio.

Antes de darse cuenta, la familia está a bordo de un taxi al que

le sigue otro en el que viajan Clara, la modista y un desconocido. Los invitados lucen sus mejores galas, y la novia está tan nerviosa que no acierta a moverse. Lleva un sombrero sobre el que le han puesto una mantilla que le impide ver con nitidez, y está tan pendiente de no arrugar demasiado la falda que va todo el viaje en tensión. El coche aminora la marcha y se detiene frente al templo, en cuyo atrio la esperan sus tíos y primas. También están el viejo maestro y su esposa, a quienes ella ha invitado personalmente, y algunas de las chicas que trabajaron con ella en el Palacio Iribarren. Sube las escaleras. La Fraulin, Esther Zabala, le da un beso y le dice que está muy guapa. Media docena de curiosos se acercan para ver a la chica que se casa, por poderes, con un pastor que vive en América.

Le tiemblan las piernas mientras recorre el pasillo central del brazo de su tío. Camina acompañada por el sonido del órgano, cuya música confiere una solemnidad sobrecogedora. Arrodillada en el reclinatorio que han situado al pie de las escaleras que conducen al altar, Valentina mira a la Virgen de la Antigua con el pecho encogido por la emoción. Siente que se le agolpan los ruegos en la punta de la lengua. Los novios están escoltados por Mariana y su tío, vestido con un traje prestado que le queda grande. Se le encoge el corazón cuando ve a Nicolás peinado con brillantina, ocupando el lugar de Domingo.

Unas rosas atadas con un lazo blanco constituyen el único adorno que da alegría a la ceremonia. La voz de don Ramón resuena en la iglesia casi vacía. Desconoce el motivo, pero lo escucha todo con un cierto eco lejano, como si no estuviera allí. Se siente acompañada. Todos los que conoce han hecho el esfuerzo de estar en la iglesia, pero en unas semanas se sentirá sola caminando hacia un marido al que ruega que la espere emocionado.

A pesar de que presta atención a la liturgia, un temor desconocido la envuelve. Le pide a la Virgen que la proteja, que no la suelte y que no permita que la hagan sufrir. El miedo le estrangula el estómago y siente ganas de llorar. Aguanta, ocultando unos

suspiros que la ahogan hasta que por fin don Ramón da por terminada la ceremonia.

—*Benedictus es, Domine, Deus universi, quia de tua largitate accepimus panem, quem tibi offerimus, fructum terrae et operis manuum hominum: ex quo nobis fiet panis vitae.*

Mariana la llevó hace dos días a una famosa platería de Gernika para adquirir los anillos. El suyo tiene la medida exacta de su dedo anular, pero el de Domingo tiene la de Nicolás. El joyero era casi un anciano y les explicó que se creía que el cuarto dedo de la mano izquierda, el anular, estaba conectado al corazón a través de una vena llamada vena del amor. Su amiga al salir dijo que aquello era una patraña, pero ella cree que es verdad. Se mira la mano. Y piensa en ese hombre que se mueve con agilidad hacia ella y cuyo rostro no consigue ver. Está en ayunas porque quiere comulgar, pero por momentos piensa que se va a desvanecer.

—*Corpus Christi.*

Valentina pronuncia el amén en voz baja y cierra los ojos, pidiéndole a Dios que le quite el miedo y le dé fuerzas para llegar al final de la ceremonia. Sobrevive al resto de la liturgia y por fin sale al atrio, donde la recibe el aire del mar como el mejor de los regalos.

Es una mujer casada.

El préstamo que le atará a Creek Valley Ranch

**DOMINGO ARSUAGA
BOISE, FEBRERO DE 1930**

Ramón Arrieta acompaña a Domingo al procurador para formalizar la compra de la casa. Los trámites, aunque sencillos, requieren un esfuerzo añadido debido al idioma. Domingo se concentra en repescar alguna palabra que le indique que nadie va a engañarle. Como sus ahorros no son suficientes para el pago de la totalidad del importe, Jeff Peterssen le hace un préstamo a cargo de su futuro trabajo. Sabe que ese compromiso le mantendrá atado al Creek Valley Ranch, pero lo agradece; sin el apoyo de su patrón no podría hacerlo.

Es una construcción humilde hecha por los primeros moradores de la ciudad. Los materiales son toscos y el revestimiento es de madera, pero está en un buen lugar y es espaciosa. Situada en lo que hace años era la salida de la ciudad, ahora está en un buen lugar. Boise crece constantemente y, aunque hace unos años se hubiera podido decir que estaba a la salida de la ciudad, a su alrededor están construyendo casas que muy pronto estarán ocupadas. Hay un par de tiendas de orientales bien abastecidas, y la iglesia católica de los irlandeses no está lejos. Domingo piensa que, aunque él no necesite un templo, las mujeres suelen sentirse bien cerca de ellos, como si Dios pudiera llegar a su casa en dos zancadas. Por la calle principal transitan los trabajadores que vuelven del aserradero. Un par de árboles y un pequeño desvío la

ocultan de los curiosos, y probablemente en verano la provean de una codiciada sombra.

Agustina Zarandona entra y sale varias veces con el rostro sombrío mientras su marido carga en una camioneta algunos enseres. Domingo ha visto sus ojos enrojecidos, y en el momento de despedirse no puede contener las lágrimas. No ha podido llevarse cuanto quería y le deja, un poco a su pesar, algunos muebles: una cama, un armario, un aparador de roble, cuatro sillas, una mesa y alguna cosa más. Domingo no necesita mucho, pero escucha con atención los honestos consejos que le da la mujer.

—La mesa es muy buena —le dice ella—, se la compramos a unos holandeses que la trajeron desde allí. Es demasiado grande, pero uno nunca sabe si acogerá a una gran familia.

Domingo asiente en silencio. No puede evitar percibir la derrota que arrastra Agustina. Su marido se ha arruinado cuando ella ya creía que su techo la cobijaría siempre. La observa vacilar, volver a entrar en la casa, recorrerla de nuevo... Le apena separarse de esas paredes que toca como si acariciara, pero por fin se monta en la camioneta sin mirar atrás.

En cuanto los Zarandona parten con su congoja, Domingo entra en la casa. Abre las ventanas para que el aire limpie las paredes de esa última pena que han dejado sus moradores. Escucha el sonido de sus botas al caminar sobre la tarima de madera fuerte y encerada. Se toma su tiempo para hacerse a la idea de que esa casa le pertenece. Es la primera vez que posee un lugar al que volver y necesita hacer sitio a ese sentimiento. Abre la puerta del dormitorio, que chirría un poco. Estudia la madera, los goznes, el pomo, y anota mentalmente las herramientas que necesitará para repararla. Cierra la ventana y revisa que encaje bien, para que el frío no se cuele con ambición.

Abre el armario y ve una vieja camisa olvidada. Al cerrarlo, el espejo le devuelve su imagen de cuerpo entero. Por primera vez se mira como si sus ojos fueran los de Valentina. Está a punto de cumplir treinta años, tiene que ir al barbero o pedirle a Thomas, uno

de sus compañeros, que le corte el pelo. Su piel está curtida por los crudos inviernos y los veranos hostiles. Se acerca y advierte que le han salido arrugas alrededor de los ojos, y al sonreír se le ve el diente que se le rompió al intentar deshacer el nudo de una cuerda. ¿Cómo le verá ella? Sabe lo bonita que es, pero no ha podido descifrar sus pupilas ni adivinar sus intenciones. No sabe si será respondona, de mal carácter, o si será dulce y no le apresurará. En la fotografía que le acompaña parece tener una piel delicada, unos ojos hermosos y una mirada sin rastro de altivez. Nota que se le encoge el estómago. ¿Cómo le verá ella?

Se sienta en la cama y reflexiona sobre lo que ha dejado atrás. Recuerda el sonido del mar, el golpetear de las olas en la proa del barco, recuerda su vaivén, y también los ojos tristes de su madre despidiéndole. A su mente acuden retazos de escenas que creía olvidadas y que resucitan con la tenacidad de la nostalgia. Suspira. Una sensación extraña le impide deslizarse a su pasado. Teme añorarlo y dejar de pertenecer a ese nuevo mundo. Le parece que no ha estado del todo presente en su propia vida, como si se hubiera visto obligado a seguir los caminos que salían a su paso: ayudar a su madre, no defraudar a su tío, que los acogió, renunciar a la escuela, al juego, a la diversión de los niños... Se pregunta por lo que le hubiera gustado hacer si hubiera podido disponer de su tiempo, pero no encuentra la manera de conciliar su vida con unos deseos a los que ni siquiera tuvo acceso. Recuerda las veces que ha estado a punto de morir, el día en que se cayó por las escaleras de San Juan de Gaztelugatxe o su primera tormenta a bordo del pesquero Itsaso^[28], y el miedo que tuvo al sentir que el mar iba a devorarlo...

Desde que llegó a Idaho la vida le ha ido bien. Ha aprendido a amoldarse, a resignarse también. Ahora posee una casa que, aunque tenga que pagar, compartirá con Valentina. La querrá, y tendrán hijos como casi todos los matrimonios, y alberga la esperanza de tener tiempo para conocerla y para que ese compromiso eterno de compartir la vida no se vuelva una penitencia.

Algunos conocidos han olvidado a la familia que dejaron en España y han formado otra en América. Se han entregado a las costumbres americanas y no quieren volver, porque han descubierto que se casaron por casarse. A estos se los ve abrazados o cogiendo por los hombros a su nueva mujer, contentos de quererla y sobre todo de haberla elegido. Mandan dinero, pero su corazón ya está aquí.

Mira a su alrededor. El suelo, de buena madera, es lo único que da valor a una casa construida con prisa por los primeros moradores. En cuanto ella la habite, como todas las mujeres, encontrará los lugares adecuados para convertirla en un hogar. Los Zarandona no parecen haber amado su casa; por cualquier lado, los objetos exhiben los restos de un precipitado abandono.

Su amigo Cipri y Ángeles, su mujer, se empeñan en ayudarle a poner un poco de orden. Las manos de Ángeles limpian las ventanas y sacan brillo a las maderas mientras los hombres se ocupan de la letrina y de deshacerse de cuanto hay inservible.

—Cuando tengas dinero, habría que pintar y tender al sol esa alfombra, que aún tiene colores vivos.

Domingo asiente y memoriza lo que Ángeles le advierte. Necesita un par de mantas, sábanas y una almohada, y debe reunir suficiente leña para la estufa y quizá hacerse con alguna lámpara. Un sentimiento desconocido le invade mientras abre puertas y cierra ventanas. Nunca dejará de pertenecer a su tierra, pero tener una casa le proporciona una felicidad desconocida. Apenas recuerda su primer hogar, pero aún puede ver la habitación que ocupaban su madre, su hermana y él en el caserío de su tío. Nunca sintió que aquello fuera suyo, y tal vez por eso siempre tuvo la urgencia de olvidarlo.

Domingo recibe un cable de Nicolás avisándole de su boda. El texto son apenas cuatro palabras que casi entiende: «Matrimonio Lekeitio 23 febrero». Su vida tranquila y rutinaria ha desaparecido. Nunca ha tomado decisiones tan importantes como las que está adoptando, y siente tensión por los esfuerzos que requiere su nuevo estado. En unas semanas debería estar preparado para partir a la

montaña. Su patrón confía especialmente en él. Cipri y Felipe están casados y prefieren quedarse cerca de sus casas. Pero esta vez él deberá esperar a Valentina. Si sus cálculos son acertados, su mujer viajará para abril o mayo, antes de que el calor apriete y la asuste.

Esa misma noche le pide a Cipri que le enseñe las letras. El inesperado maestro no es un experto, pero se defiende con el inglés, aunque hable euskera.

—¿Qué letras quieres aprender?

Felipe se une a la tarea para enseñarles a ambos el idioma que necesitarán para ser ciudadanos americanos.

—¿Quién sabe escribir? —pregunta.

Todos callan. En el dormitorio se habla como se puede. Las palabras flotan buscando un destino, los hombres abren la boca, muestran los dientes torcidos, los ojos buenos y el rostro haciendo mohines. Nada es confidencial en la vida de estos despojados de su tierra a los que las maneras de repartir la herencia y la pobreza los empujó hasta otras. Ellos no explican todas las palabras, algunas son silentes y no confiesan nada, aunque todo se sepa. Lo primero es reconocer la grafía, poder firmar o tallar los árboles.

En una semana, Domingo ya sabe escribir su nombre sin tener que copiarlo. Luego vienen los días, los meses y esas palabras que ya intuyen: caballo, pantalón, montaña... Tiene prisa, porque en la siguiente lección quiere aprender a escribir el nombre de Valentina. Cipri es un hombre paciente y calmado. Posee la generosidad y el tesón que necesita el aprendizaje. De alguna manera la urgencia de Domingo también es suya, y cuando el frío y la nieve los retienen en esa habitación donde descansan y comen, son las letras las protagonistas de su vida. Las palabras saltan en un desorden incontrolable del euskera al inglés, del castellano al euskera, pero poco a poco adquieren poder, se abren paso, escogen su camino, hasta que el aprendiz reconoce el comportamiento de esos signos que hablan y cuentan.

Las letras no se reúnen de la misma manera en un lado o en el opuesto de esos océanos, en América o en Lekeitio, en Madrid o en

México; los caminos que hay que recorrer, como las sendas de las montañas, son distintos cuando se tiene sed, *egarri*, *thirst*.

Para finales de mes, el pastor distingue las consonantes de las vocales y todos los papeles que encuentra le sirven para garabatear y pronunciar sonidos. Tiene tal avidez por descubrir los enigmas que encierran las letras que recita en voz alta las etiquetas, los nombres de los establecimientos o la carta de los restaurantes, separando las sílabas donde le parece bien hacerlo. Se atreve con palabras cortas que suelta en el aire como niños huérfanos que buscaran a su madre. Los trabajadores se han vuelto uno y acuden a la cita vespertina del aprendizaje. Richard, que es originario de Nevada, le enseña a poner la lengua entre los dientes y a soplar la palabra para que suene como él la dice. Cipri cecea, y Felipe corrige. Se ríen, preguntan... Cuando Domingo comienza a descifrar las palabras, un sol interior ilumina su voluntad. Ahora podrá escribir.

El asunto ha llegado a oídos del patrón. Las palabras habitan, comen y duermen con ellos. Ahora necesitan libros, así que le han encargado al barbero que se ocupe de conseguirles algunos. Nadie posee libros en euskera, de modo que tendrán que conformarse con el inglés. Julio tiene de todo en su establecimiento y está en contacto con las escuelas a las que acuden los niños. Ellos pueden esperar, pues la prisa no es algo que abunde por aquellos lares.

Un par de semanas más tarde, Jeff Peterssen le llama. Domingo necesita que Felipe le acompañe; aún no se arregla bien con el idioma. Ambos se limpian las botas en la entrada y caminan como si fueran a tropezarse con las alfombras que encuentran a su paso.

—He mandado traer este libro para ti —le dice el patrón. El pastor mira el volumen, expectante—. Está escrito por una mujer del país en el que nació mi padre, Suecia. A ella, Selma Lagerlöf, le concedieron el premio más importante del mundo por contar esta historia. —Felipe traduce las palabras de Jeff, emocionado—. Quizá necesites tiempo para comprenderlo, pero estoy seguro de que no lo

olvidarás. Te felicito. —El patrón le palmea la espalda con visible camaradería—. Sé que estás aprendiendo a leer y a escribir... Quiero que sepas que admiro tu tesón.

Domingo toma el ejemplar que le ofrece Jeff y lo acaricia, sopesa y huele. Es el primer libro que posee y sabe que en su interior hay muchas palabras que tendrá que descifrar, porque desconoce la manera en que se escribe el inglés. Le agradece el gesto con un «gracias» y mira a Felipe. Probablemente ha sido él quien le ha ido con el cuento de su aprendizaje. No le ha gustado, pero lo olvida en cuanto ve a la patrona.

La esposa de Jeff entra en la estancia con una bandeja y un juego de café. Se sientan en torno a la chimenea, en unos cómodos sillones forrados de piel; la estancia está caldeada y los pastores no están acostumbrados a los salones. Domingo pone atención a la manera en que están dispuestos los objetos: el gramófono que reina en una esquina de la pieza, las pieles de oso, las cornamentas y la estantería llena de libros. Piensa en Valentina y en esa casa que habitarán juntos.

Los trabajadores se sienten algo cohibidos, inseguros, porque no saben si sus gestos son los que esperan las personas educadas. Permanecen en silencio, con el sombrero entre las manos. Pocas son las ocasiones en que franquean la puerta principal hasta adentrarse en la intimidad del patrón, y temen ensuciar con su ropa de trabajo esa estancia limpia y ordenada.

La señora Peterssen es rubia y tiene la piel blanca como la nieve. Los mira con dulzura desde sus ojos infinitamente azules y sonrío como si estuviera dándoles la aprobación que ellos necesitan. Trabaja y casi viste como un hombre. Se ocupa de los caballos, aunque los pastores apenas se cruzan con ella. Los animales y la tierra son territorio de los hombres, y la casa lo es de las mujeres. El matrimonio no tiene hijos, y Domingo cree que ella no debe de sentirse completa sin un montón de críos corriendo por allí.

Él aprovecha para mirarla cuando ella se levanta y va hacia la cocina. Se fija en su cuerpo embutido en unos pantalones, pero

desvía la mirada casi sonrojándose. Cuando vuelve les sirve el café y les ofrece azúcar y un plato con pequeños trozos de bizcocho.

—Domingo, he oído que vas a casarte... ¿Cómo se llama tu futura esposa?

Le ha parecido entender su nombre y esa palabra que últimamente todo el mundo pronuncia a su alrededor, *wife*. Felipe se toma su tiempo para explicarle lo que dice. Domingo estaba en lo cierto. Algo ruborizado, le pide a su amigo que le cuente que ya está casado, que así lo han dispuesto para que ella pueda viajar con más seguridad, y que solo espera un cable en el que le comuniquen la fecha en la que Valentina llegará a Boise.

El patrón escucha con atención y parece confundido al oír la explicación.

—Pero... en quince o veinte días, cuando las ovejas terminen de parir, subirás a la montaña... —interviene, dejando a un lado la taza de café.

Jeff se ha puesto de pie. Domingo no ha comprendido del todo, pero la alarma que se dibuja en el rostro del patrón y la palabra «parir» le dan una idea de su confusión. En los últimos meses le ha concedido cuanto necesitaba, incluyendo el préstamo para la casa, y sabe que no le puede defraudar. Hace semanas que teme este momento. Él debería esperar a Valentina. Ella no conoce a nadie en Boise. Su matrimonio empezará mal si él no la recibe en la estación. Domingo hace un gesto para que Jeff sepa que él no va a fallarle y asiente con la cabeza. Después mira al suelo para que nadie advierta cómo contrae las mandíbulas, masticando su dolorosa impotencia.

Cipri y Felipe son hombres casados. No quieren saber nada de la soledad ni de las condiciones que los pastores padecen en los pastos altos. Así fue desde el principio, y así seguirá siendo. No puede pedirles que le sustituyan.

Levanta la cabeza y mira al patrón. El gesto compasivo y amable que acostumbra a tener ha desaparecido. Le sostiene la mirada sin mover un solo músculo.

—Felipe, dile que subiré a la montaña, pero que él tendrá que

garantizar que mi esposa esté segura.

Su compañero traduce de manera atropellada debido a la tensión. El patrón da unos pasos hacia él y le tiende la mano. Domingo se levanta y la estrecha con fuerza. Después, sin mediar palabra, se pone el sombrero, hace un gesto de saludo a la señora Peterssen, coge el libro y camina hacia la puerta.

Felipe le sigue azorado. A veces Domingo le desorienta. No suele mostrar lo que siente, pero tiene una determinación ante la que todos se rinden. A su espalda escucha la voz de la señora Peterssen dirigirse a su marido con tono airado. No entiende lo que dice, pero Felipe le dirá más tarde que la señora está enfadada y le ha dicho a su marido que quiere estar al corriente de la llegada de la esposa de Domingo. Será ella quien se encargue de Valentina.

Partir después de la boda

**VALENTINA ALZOLA
GERNIKA, MARZO DE 1930**

En Gernika, una mesa larga espera a la comitiva en el restaurante Arraun. A Valentina el color le fue volviendo al rostro en cuanto abandonó la iglesia, y en estos momentos atiende a sus primas, que admiran el precioso broche que le ha regalado la gobernanta. Los niños, Agustín y Pablo, revolotean por la cocina, y Mariana da órdenes a todo aquel que se acerca a sus dominios. El menú es semejante al que el Hotel Carlton ofrece a sus comensales: consomé con jerez, croquetas, pollo a la jardinera con puré de maíz y, de postre, tarta milhojas, además de las natillas y la colineta que aguardan en la fresquera.

Don Ramón ha cogido por banda a Nicolás y no lo suelta. El maestro y su mujer, algo cohibidos, permanecen al lado de sus tíos. Clara charla con la gobernanta, Esther. Ambas revisan la situación del país. La peseta se deprecia, Primo de Rivera ha abandonado el Gobierno tras la dimisión de su ministro de Hacienda, Calvo Sotelo, y Alfonso XIII ha encargado a Berenguer la formación de uno nuevo. Los emigrantes que salieron hacia las Américas vuelven con la esperanza de que el progreso y los ahorros les permitan vivir sus últimos años en el lugar donde nacieron. Pero la conflictividad laboral se acrecienta, y las huelgas y protestas ya son casi una costumbre, Esther cuenta que la penicilina, ese mágico medicamento que acaba de descubrir Fleming, abre la puerta a la

curación de muchas enfermedades. Ellas, Clara y Esther, son la clase de mujeres que leen la prensa y se interesan por lo que sucede, lo que hace que el mundo no sea algo aislado y casi local, sino un libro abierto en el que sentirse protagonistas. Clara sostiene que la República se impondrá y que el apoyo de la monarquía a la dictadura tiene sus días contados. A Valentina le da cierto escozor escucharlas: pase lo que pase, ella no estará, así que prefiere no participar en sus sueños. Se dirige a la cocina y coge un delantal.

—Vete a sentarte, hazme el favor —le dice a Mariana, que ha tomado el mando en los fogones.

—La que tiene que sentarse es la novia... Merceditas nos servirá. —Su amiga la empuja hacia el comedor—. Tú ocúpate de que todos estén en la mesa, y abre las botellas de vino.

Cuando se sirve el consomé y unas humeantes croquetas, todos, incluyendo su tío, parecen felices. Sin embargo, Valentina mira incrédula a su alrededor. No está acostumbrada a ser el centro de interés, y se siente extraña de que un acontecimiento semejante haya podido mover tantas voluntades. Una mujer depende siempre de alguien; de su padre primero, de sus hermanos o, finalmente, de su marido, pero ella ha estado casi siempre sola, un poco llevada por ese miedo que se convertía en fortaleza cuando no había otro remedio. Se siente incapaz de hacerse a la idea de lo que ha sucedido esta mañana y no sabe cómo demostrar su gratitud a sus invitados, pero le habría gustado que algunos se hubieran ocupado algo más de ella. Cuando llegan los postres, Mariana le pide que diga unas palabras. Valentina se levanta azorada, porque los pensamientos que tiene no son los que ellos esperan.

—*Eskerrik asko.*

Con dar las gracias hubiera bastado, pero sus invitados tienen una sonrisa en el rostro y la mirada puesta sobre ella. En medio del expectante silencio, Valentina entiende que su vida no habría sido la misma si cada una de las personas presentes no la hubiera acogido o le hubiera dado algo, por poco que fuera, de lo que poseen. Se emociona al pensar que el vacío que su madre dejó ha sido llenado

con pequeños cariños, y que quizá eso significa que la espera uno muy grande. Haciendo un esfuerzo para que la emoción no la haga enmudecer, mira primero a sus tíos. Son su infancia y, aunque hubo momentos difíciles, la cobijaron.

—No tenía a nadie —dice—, y lo fuisteis todo.

Luego se dirige al maestro y repite esas palabras que no olvida:

—Si sabes leer y escribir, el mundo será tuyo.

Y le confiesa que sin la lectura de las columnas de la *Parabere* en *La Gaceta* o de los pocos libros a los que ha tenido acceso no sería cocinera ni hubiera podido escribirle dos cartas a su marido. A Esther, la gobernanta, le agradece que le enseñara tantas cosas, que le regalara el baúl y que le hiciera sitio en su vida. Deja a Mariana y a Nicolás para el final. No sabe expresarse, busca palabras que abarquen la importancia de su generosidad y adjetivos que contengan lo que siente en su corazón, pero no los encuentra.

Mariana la interrumpe y levanta el vaso para brindar a su salud. Ella no puede llegar al final de esos trayectos emocionales que sabe que la tumbarán. Pero se intercambian una mirada que lo dice todo y va en busca de los postres, que causan admiración entre los comensales.

Casi ha anochecido cuando los taxis recogen a los invitados para devolverlos a Lekeitio. La gobernanta y Clara se han ido hace unas horas, y el matrimonio y los niños se han retirado a dormir. Valentina recoge la cocina y pone orden en el comedor. No tiene sueño, solo una agitación incómoda que la impide descansar. Recoge los regalos que le han traído: un costurero, un mantel, un perfume... El baúl va a quedarse pequeño para transportar esos objetos que considera únicos, aunque hayan pasado por otras manos. No sabe bien si va a un lugar donde habrá comercios, si tendrá una casa o deberá emplearse como otras mujeres han hecho, y por eso nada desecha y todo posee su valor. No hay vuelta atrás. Ante Dios y ante los hombres, ella es la mujer de Domingo Arsuaga.

Un par de semanas después, Nicolás llega con un montón de papeles que despliega sobre una de las mesas. Valentina no ha

hablado del barco, de América, ni tan siquiera de Domingo. Desde su ceremonia de boda, todo le parece algo irreal. Pero Nicolás no es ella, y ha estado en contacto con don Ramón para averiguar si había en la zona de Lekeitio gente que fuera a viajar a Nevada o Idaho. El resultado de sus pesquisas ha arrojado el conocimiento de seis personas, cinco adultos y un niño. Le cuenta que en una semana ella deberá ir a Ea para reunirse con ellos y concretar la fecha y el barco. También ha traído información sobre las navieras que ofrecen trayectos hacia Nueva York.

—Así te vas haciendo a la idea —le dice.

Nicolás ha descubierto que la mayoría de los transatlánticos han cambiado el vapor por el diésel, lo que ha acortado la duración y mejorado las condiciones del viaje. El barco en el que él viajó seis años atrás, el France, ofrece buenos precios porque al parecer sus días están contados. Valentina le pide que le hable de la travesía.

El buque en el que viajó era tan lujoso que lo llamaban el Versailles, porque se parecía a un palacio que hay en Francia. Él apenas pudo ver sus salones, menos aún los camarotes de lujo. Viajaba con los emigrantes en la bodega, con muchos otros europeos, en camarotes comunes donde el aire resultaba irrespirable, con maltrechas literas en las que era difícil descansar. Ellos no tenían derecho a las cubiertas principales, y solo un día en el que hubo tormenta los dejaron entrar en el restaurante, donde iban más seguros. Ahora, los camarotes más económicos son de cinco o seis personas y hay acceso a un baño.

—Dure lo que dure la travesía, el mar es infinito y las tormentas muy duras, pero has de saber que serán unos días.

El dinero de Domingo alcanza para cubrir los gastos del viaje, incluyendo un día en un hotel de Nueva York y el billete para el tren a Boise. Nicolás se esfuerza por hacer los trámites necesarios, y ella se lo agradece. No quiere pensar en que llegará el día en que dejará su tierra, su mar y a aquellos que la sostienen, quizá para no volver. Hacerlo le cuesta tanto que pierde la voluntad, y solo querría meterse bajo la cama y que sucediera un terremoto que le impidiera

viajar. Pero cuando desea esas cosas, imagina a un hombre que la espera, Domingo, y entonces recuerda las palabras de Mariana: «Todo lo nuevo da miedo, y este se parece tanto a la derrota que nos hace dudar. En realidad, nunca sabremos lo que hay detrás del miedo si no lo vencemos».

Cuando llega el día de la reunión, Valentina va a Ea con Nicolás, que nunca la deja sola. A veces le da por pensar que no lo hace por ella, sino por su amigo. Don Ramón, el alcalde y los que van a viajar se reúnen en la sacristía de la iglesia de San Juan Bautista. Averigua que los viajeros son Federico y Amando Anacabe Anduiza, primos que acompañan a tres mujeres y un niño de ocho años. Todos están unidos por vínculos familiares y tienen como destino Battle Mountain, en Nevada, donde los espera el rancho que Ignacio Anduiza posee desde hace unos años. Las mujeres le abren los brazos. Se sienten felices de poder acompañarla y le cuentan que Ignacio los recibirá en Nueva York, así que todo será más fácil.

Tienen casi todo arreglado: viajarán en el mes de mayo. Nicolás ha llevado los prospectos de los barcos y, juntos, hablan de las condiciones del viaje, del precio y de cuanto ha averiguado. Al final están de acuerdo en que el France puede ser el barco adecuado. Lo difícil es llegar hasta ese puerto de Le Havre, a donde los viajeros tendrán que llegar dos o tres días antes. Nicolás propone hacer los trámites juntos. Conoce el viaje, es el mismo que hizo él. Quizá el precio sea algo menor si van en grupo. Valentina se da cuenta de que, a pesar de las buenas condiciones en las que viajará, la incertidumbre va a ser grande.

El trabajo de Nicolás le hace tener que dormir fuera algunos días de la semana, pero también le proporciona información y contactos. Ha quedado en hablar con un trabajador de las oficinas de la naviera Sota y Aznar, en Bilbao. Durante el viaje de vuelta, se siente aliviado por la presencia de Valentina en la casa y se lo dice. El parto de su mujer le preocupa, no quiere estar fuera cuando se produzca. También hablan de que la fecha de su viaje coincidirá con el momento en que los pastores suben a los pastos, y no vuelven hasta

septiembre.

—Deberías escribirle, para decírselo y que él pueda dejar las cosas organizadas para tu llegada.

Esa misma noche, Valentina vuelve a coger papel y lápiz para escribir. Para ir a Ea ha llevado puesto el anillo de casada. Lo habitual es que lo deje guardado, porque le parece que no debe usarlo hasta estar con él, pero cuando se sabe observada se siente más segura notándolo alrededor de su dedo. Lo mira. En su cabeza dan vueltas las palabras que debe enviarle a su marido. A veces piensa en él como un príncipe salvador que le abrirá los brazos para acogerla eternamente, pero otras imagina que camina hacia un lugar yermo y polvoriento donde se perderá para siempre. Todas las personas que conoce escriben cartas que marcan fronteras y construyen distancias, y ella no quiere hacerlo. Necesita ser sincera, pero sabe que no puede hablarle del príncipe o del desierto de su imaginación.

Está a punto de comenzar cuando se detiene. Quizá sea un compañero quien lea su carta. Ese es otro escollo que aparece ante sus ojos como una montaña insalvable. Pensarle hermético y silencioso le produce un extraño desamparo al que no quiere atender. Las palabras tienen que ir directas, de corazón a corazón.

Dan las doce en el reloj del comedor y ella sigue allí destemplada y con el lápiz en la mano. Bosteza y recuerda que debe levantarse temprano, y entonces comienza la carta olvidando lo que debe y atendiendo a lo que quiere: echar abajo el muro que los separa. Va a tutearle.

Estimado Domingo:

Ya somos marido y mujer. Durante la ceremonia me sentí algo triste por tu ausencia. Me gustaría repetirla contigo en una iglesia. Un fotógrafo vino para hacernos fotos y luego comimos en el Arraun, el restaurante que ha puesto Mariana en Gernika y donde

trabajo desde que el palacio se cerró. Pronto podré enseñarte los regalos que me hicieron las personas que no conoces.

Nicolás se ocupa de todo lo relativo a mi viaje. Hoy hemos estado reunidos en la sacristía de la iglesia de Ea con una familia que viajará a Nevada y que me permite acompañarla. Embarcaré en el puerto de Le Havre en el mes de mayo, aunque desconozco la fecha exacta. Las mujeres son las hermanas y la esposa de Ignacio Anduiza, que tiene un rancho en Battle Mountain, en Nevada. Tu amigo me ha pedido que te escriba para decírtelo, porque dice que llegaré cuando tú estés en los pastos.

No quiero decirte que tengo miedo porque soy una mujer que sabe enfrentarse a las cosas, pero lo tengo. Espero llegar con bien a esa ciudad y que seas el hombre que Nicolás dice que eres.

Tu esposa,

Valentina

II

EL VIAJE

«Me gustaría que hubiera lugares estables, inmóviles, intangibles, intocados y casi intocables, inmutables, arraigados; lugares que fueran referencias, puntos de partida, principios: mi país natal, la cuna de mi familia, la casa donde habría nacido, el árbol que habría visto crecer (que mi padre habría plantado el día de mi nacimiento), el desván de mi infancia lleno de recuerdos intactos...».

«Tales lugares no existen, y como no existen el espacio se vuelve pregunta, deja de ser evidencia, deja de estar incorporado, deja de ser apropiado. El espacio es una duda: continuamente necesito marcarlo, designarlo; nunca es mío, nunca me es dado, tengo que conquistarlo».

GEORGES PEREC, *Especies de espacios*

Los mares que acercan los sueños

**VALENTINA ALZOLA
LE HAVRE (FRANCIA), 1930**

Apenas es consciente de los días que lleva subiendo y bajándose de trenes, taxis o coches de alquiler. Arrastra su baúl, al que Nicolás le puso unas pequeñas ruedas, mientras su cansancio trepa desde sus piernas hasta sus pensamientos. Sabe que se aleja, pero no es capaz de aceptar que se acerca. A todas horas huye de su zozobra y se refugia pensando en lo que estará haciendo Mariana, si llorará la pequeña Valentina o lo que ella misma prepararía esa mañana si estuviera en Gernika con ellas.

Cuando llega a la ciudad francesa de Le Havre la invade un frágil alivio al percatarse de que la realidad se va imponiendo. Hasta ese momento se ha dejado llevar por sus fantasías o por los hermanos Anacabe, que, como perros guardianes, escoltan a las mujeres y al niño como si su superioridad pudiera evitar las dificultades para comunicarse, comprender las indicaciones o llegar a tiempo a las estaciones de las que parten. Pero esa parada en una tierra que ni le va ni le viene la hace por fin aterrizar.

Prevenidos por los viajeros que han hecho antes el mismo trayecto, se alejan del puerto y buscan alojamiento en la rue Théodore Maillart, en la casa de huéspedes que madame Arnaud tiene en el número 10. Por fin caen rendidos en unas habitaciones limpias, aireadas y equipadas con lavabos y bidés para asearse. Valentina se siente deslumbrada por lo que ve desde la ventana. Los

tejados de pizarra parecen calcetines grises ordenados en un cajón y las calles están limpias y transitadas por un montón de automóviles que tocan la bocina para evitar atropellos. Clara le dijo que la ciudad se parecía a París, pero mucho más pequeña, y ella quisiera recorrerla; sin embargo, los hombres no le permiten alejarse del alojamiento, en el que deben permanecer al menos tres días. Como han de comprar alimentos, Valentina se ofrece a acompañar a uno de los hermanos Anacabe.

Salen a la calle, iluminada con grandes farolas, y avanzan siguiendo las indicaciones que les ha dado el botones. Federico lleva sus temores y sus manos en los bolsillos. Camina unos pasos por delante y cada tanto vuelve la cabeza para cerciorarse de que ella le sigue. Valentina confía en su instinto y comprende los gestos innecesarios de ese hombre que no quiere perder a una mujer que, en teoría, está bajo su responsabilidad. Tiene ganas de decirle que no hace falta aparentar algo que uno no es; sus ropas son muy distintas a las que llevan los franceses y su mirada es tan huidiza que, aunque no estén en el puerto, llevan escrito en la cara que son inmigrantes y que viajan a América a buscarse la vida. Pero no dice nada. Su posición de mujer es callarse y dejar que ellos hagan el papel que hacen los hombres: velar por su seguridad. En realidad, los hombres no vigilan a las mujeres, sino que no quitan el ojo a otros hombres que puedan codiciarlas o mancillar su honor. Durante el viaje ha percibido que los hombres la miran con deseo, y también que, cuando ella clava sus ojos en ellos, bajan la cabeza y se muestran turbados. Ahora que lo sabe, rememora otros momentos en los que ha sucedido lo mismo. Alfonso, el señor de Bilbao que venía los viernes al Arraun, el amigo de Nicolás al que este echaba de la cocina cuando lo pillaba allí... Los franceses la miran también, y no le gusta cómo lo hacen.

Mientras vuelven con el pan y el embutido que han comprado, le vienen a la cabeza aquellos días en que se apostaba en el ventanuco de la cocina del palacio y atisbaba las maneras elegantes de la emperatriz. A ella nunca la miraban de la manera en que la

observaban a ella. Siempre ha sabido que el secreto de aquella mujer era haber viajado y visto mundo. En su interior, dividido por el miedo, piensa que lo que ve, a pesar de no proponérselo, la va a cambiar. Ese pensamiento le ensancha el pecho como si estuviera masticando hierbabuena. Absorbe cuanto ve y oye. Lo hace desde que salió de Gernika, o quizá antes, desde que supo que estaba sola en el mundo y que era ella misma quien debía ayudarse. Está acostumbrada a empaparse de los otros, a imitar el comportamiento de quienes conocen las normas de educación, y eso la ha ido modelando hasta casi parecer una señorita. Las maneras la diferencian, y sus observaciones están anotadas en el cuaderno que la acompaña y que acaba siendo un espejo: no gritar, no mostrar impaciencia o desesperación, no llorar, no decir lo que posees o dejas de poseer, no replicar las órdenes de los hombres, aunque no tengan razón, ser solo visible a los ojos de quien te interese...

Las horas transcurren bañadas en una tensión pegajosa. No se entienden con los franceses, y en el puerto, al que acuden cada mañana, una muchedumbre de buscavidas y ladrones merodean a su alrededor tratando de venderles documentos especiales de los que supuestamente carecen, utensilios para el viaje o estancias en pensiones inmundas. Persiguen el dinero que lleva escondido en la faltriquera del vestido, y ella hace como que no ve ni entiende las falsas intenciones.

El barco no zarpa hasta tres días después de su partida prevista, y es tan grande que no comprende cómo se subirá a esas terrazas desde las que saludan los pasajeros de primera clase. Pero ellos entran por otro lugar, un poco más abajo, como si en el sótano del barco hubieran abierto una puerta que da a las bodegas. Cuando por fin suben la escalinata, siente las piernas flojas, como si tuvieran miedo de escalar esa pasarela que la conduce al nuevo mundo.

El barco muestra una actividad inesperada. Los marineros dan órdenes, señalan escaleras e informan a los pasajeros de la dirección que deben tomar. Por fin dan con el camarote que les corresponde y dejan el equipaje, teniendo buen cuidado de cerrarlo. Les han

aconsejado que suban a cubierta para ver el barco zarpar. Recorren de nuevo el camino, tratando de memorizar el trayecto para volver. Valentina tiene la habilidad de fijar en su memoria lo que necesita recordar. Lo hace desde que era niña, quizá porque ha tenido que resolver su vida sin demasiada ayuda.

Desde la cubierta, ve la ciudad a un lado y el ancho mar al otro. Se abre paso hasta colocarse en primera fila. El barco es tan grande que parece que ha subido a una montaña y que desde su posición puede verlo todo. El corazón empieza a latirle a toda velocidad cuando se escucha el tremendo sonido de la sirena. En los muelles, la gente que ha ido a despedir a los pasajeros agita los brazos intentando hacerse ver. Vuelve a escucharse la sirena y el barco empieza a moverse lentamente, como una ballena. En el puerto los familiares y curiosos sacuden ahora sus pañuelos, y los pasajeros saludan a su vez levantando el sombrero o agitando las manos. Valentina se une a la fiesta, aunque nadie haya acudido a decirle adiós. Saluda briosamente, con la cara húmeda por unas lágrimas imprevistas. El barco se aleja de la tierra y ella vuelve a sentir ese pequeño desgarró que se esconde en las despedidas.

Los días a bordo transcurren lentos para unos y presurosos para otros. Algunos se quedan inmóviles, tumbados en sus literas, acostados a merced del vaivén del barco, mecidos por el miedo y cerca de sus familias y pertenencias. Pero en tercera clase reina cierto bullicio. Hay una sala con mesas donde los hombres juegan a los dados y beben. Algunos tocan el acordeón. Hay muchos italianos, algunos franceses, aunque la mayoría son escoceses o de Irlanda. Hablan idiomas distintos, pero a su modo se entienden. A ella le da por pensar que hubiera podido elegir otra vida, colocarse en Bilbao o buscar las clases de cocina que la Marquesa de Parabere imparte a las mujeres de Acción Católica en la parroquia de San Vicente de Abando, en Bilbao. No hubiera tenido ni que pedir ayuda a su madre: Esther la habría recomendado en el Hotel Carlton y

probablemente, acudiendo a los bailes y las romerías, habría encontrado a un joven que la pretendiera... Pero es ella la que ha elegido la temeridad de irse a América y casarse con un pastor que no sabe escribir. No puede explicárselo ni a sí misma, pero empieza a aceptar que la condenada certeza que la ha llevado hasta ese día tiene que ser algo sobrenatural.

Mariana se puso de parto a mediados de abril, un Viernes Santo, justo cuando iban camino a la iglesia para hacer el vía crucis. Rompió aguas en la misma puerta del Arraun. Nicolás no estaba en casa, así que fue Valentina la que corrió a buscar a la comadrona. Con los nervios convertidos en un motor y pensando en las muchas mujeres que morían al dar a luz, volvió con Ana Mari como si le fuera la vida en ello. Encontraron a la parturienta en la cocina, con dos ollas llenas de agua puestas a hervir por ella misma y retorcida de dolor. Mariana sabía a lo que se enfrentaba, era fuerte, tuvo arrestos para mandar a los chicos con la vecina y sacar unas toallas limpias.

—No quiero ir arriba —acertó a decir.

Valentina vio su cara, siempre sonriente, contraída por el dolor insoportable de las contracciones. Siguiendo las órdenes de Ana Mari, despejó la mesa, que estaba llena de frutas, cebollas y platos. Siempre había imaginado que la cama era el mejor lugar para nacer o morir, y no acertaba a comprender el deseo de Mariana de parir en medio de la cocina.

—¿No sería mejor llevarla a la cama? —le susurró a la comadrona.

—Nunca hay que contradecir a una mujer a punto de parir.

Añadió que el bebé tenía prisa por salir, no había tiempo de subir al piso de arriba y la madre lo sabía. Un grito rompió las confidencias y la comadrona ayudó a Valentina a ponerla en la mesa. Buscó un almohadón y se lo colocó bajo la cabeza. Mariana se subió la falda y Ana Mari dio un brinco al ver que la criatura estaba a punto de nacer.

No se le ha borrado de la cabeza ni uno de aquellos momentos.

Ella se arrodilló a su lado y le agarró una mano. Las tres mujeres estaban concentradas en su tarea. Ana Mari ponía sus manos en la barriga de Mariana y apretaba, pidiéndole que empujara. Valentina casi ni respiraba mientras sujetaba con fuerza la mano de su amiga. Apenas hicieron falta tres empujones para que la cabeza del bebé saliera de aquel lugar por el que le habían contado que entraban los hombres. La chiquitina casi aterrizó en sus brazos, y unos segundos después rompió a llorar con fuerza. Ana Mari le entregó a la niña para que la aseara y se ocupó de recolocarle las tripas en su sitio a la madre.

No, nunca olvidaría los diferentes llantos de las cuatro, porque, como diría más tarde la comadrona, cada niño que venía al mundo la conmovía. Valentina acunó a aquella muñeca mientras pasaba una esponja húmeda por su piel sonrosada, antes de devolverla a la madre. Fue entonces cuando vio que la niña tenía en la cara una zona más oscura y áspera, entre la sien y el ojo derecho. No dijo nada. Quiso creer que aquello desaparecería con los días.

Mariana la miró como si la niña sellara su recuerdo de por vida.

—Una Valentina llega y la otra se me va.

Ahora sabía que había momentos de luz y de espesura. Valentina vio la luz de la vida y entendió algo sobre las mujeres que ya intuía: el precio por dar la vida era entenderla, con sus días oscuros o luminosos.

El barco avanza lentamente, como si trasladara el peso de los sueños de los hombres que van en cubierta. Todos miran ese horizonte que parece que alguien trazó con una regla y que observan como si pudiera vaticinarles lo que les aguarda. Los emigrantes huyen de sus camarotes hacinados, del ruido de la sala de máquinas, del olor nauseabundo, de los llantos y los miedos. Luciana, María Josefa y Fermina, las mujeres con las que viaja, se han mareado desde que salieron de Francia y apenas tienen fuerzas para subir las estrechas escaleras que conducen a la superficie. Valentina es fuerte, más que el desasosiego que le produce la navegación, así que las cuida, las aseara y les prepara una sopa en un

infiernillo que hay al fondo del desangelado y oscuro habitáculo.

—Unas cucharaditas, Fermina... La sopa revive a los muertos y equivoca al miedo.

Cuando sus compañeras amanecen medio recuperadas, la joven escapa lejos del aire viciado y del zumbido permanente. En la cubierta, el aire fresco no falta. Aspira todo lo que puede, pero por alguna razón este se atasca y no avanza hasta el interior de su cuerpo. Abre de nuevo sus pulmones, necesita saciarse de él. Vuelve a respirar, y se le vuelve a quedar atorado. Espera, está segura de que en algún momento esa barra de hierro que le atraviesa el cuerpo a la altura de los pulmones cederá. Valentina deposita sus ojos en el horizonte, reza y después le pide a la Virgen que haga un milagro y ponga en él una roca, una isla o esa ciudad a la que se dirigen y que llaman Nueva York.

Escucha a los que saben más que ella. Dicen que, allá a donde van, los edificios se llaman rascacielos porque son tan altos que rozan las nubes. Valentina no quiere llegar tan alto, ni tampoco vivir en las nubes. Aún no sabe que los viajes pueden ser algo distinto a esa náusea que le aprieta el estómago y que no es producida por el vaivén del barco, sino por el miedo a existir en un lugar desconocido. Las imágenes de su corta vida pasan por su cabeza cuando cierra los ojos. Se dice a sí misma que en los pueblos se vive todo con tranquilidad, pero también se sabe lo que va a venir y eso aleja los sueños.

Los hombres se acercan. Uno cuenta que ha estado antes en Nevada y que con el dinero que ahorró trabajando ha comprado un caserío donde ahora viven sus padres. Se ajusta la boina cuando dice en voz alta que se ha prometido a sí mismo que ese será su último viaje de ida, que pronto volverá para cuidar su propia huerta y jugar al mus en el lugar donde nació. Los demás le miran con los ojos muy abiertos, esperando que descifre los enigmas que flotan sobre la tierra a la que se dirigen.

—La nieve tapa los ruidos, y solo se escucha el crujir del silencio. Día tras otro el mundo parece detenido, como un reloj al que no se

le da cuerda, pero América es grande, y la tierra, fértil.

Una amenaza velada sobrevuela esa narración escasa. Ellos se van porque no hay tierra para todos los que no son primogénitos, porque los Gobiernos no piensan en los pobres, porque los salarios son miserables, porque hay guerras, porque están solos o porque han depositado la esperanza en el amor de un desconocido.

Para el viaje, a Valentina le aconsejaron que se hiciera una trenza con el pelo y que se la recogiera en un moño. Las otras mujeres llevan melenas cortas y sombreros, se untan los labios con mantequilla para protegerlos del viento y se entretienen con la música. Los niños chillan y corretean por el escaso espacio que hay destinado a la tercera clase. Más allá, hacia la proa, al anochecer se escuchan violines y risas. Los pasajeros de primera viajan como si no viajaran; tienen, como de costumbre, la posibilidad de pagar para no someterse al cansancio, la incomodidad o el hambre, llevan en su equipaje vestidos de fiesta y todas las noches se reúnen en los salones de espejos para beber champán y fumar cigarrillos.

En cubierta, Valentina cierra los ojos y se deja acariciar por el viento. Quiere soltarse la trenza y sentir que el aire se enreda en su pelo. No le dice a nadie la razón por la que no se lo ha cortado, ella sabe el porqué. No quiere hacerlo hasta conocer a su marido. Encuentra una silla vacía, se cierra el chaleco que ella misma ha tejido y escapa a Gernika, al día en que bautizaron a su ahijada. Recuerda el picor refrescante que sintió en la garganta cuando probó la sidra que Esther trajo para sellar la despedida. Todos celebraban la llegada de aquella niña sana y feliz, aunque la mancha oscura en el párpado del ojo derecho le otorga un aire especial.

Las lágrimas mojan su rostro sin que nadie las haya mandado llamar cuando recuerda a Clara cogiendo su mano e impostando la voz como si pudiera ver el futuro.

—Vas a ser muy feliz en América... Aquí lo que se anuncia no es nada bueno, y allí te espera no solo tu marido, sino toda una vida por descubrir. Tu matrimonio durará mucho, porque seréis como novios... Tendrás dos niñas y un niño, y además serás libre mucho

antes que nosotras...

Mira a su alrededor, pero no cree que nadie haya percibido su congoja. No está segura de que se cumplan las predicciones de su amiga, y por eso reza cada noche. Le han enseñado a creer que ella no se merece nada y que todo lo bueno que suceda será un regalo de Dios. A medida que pasan los días, sus suplicas se hacen más intensas y tienen la fe que posee la desesperanza. «Señor, mi Dios, dame un hombre bueno, unos hijos sanos y salud para criarlos». No tiene opción a demandar al Todopoderoso cosas grandes y redentoras. A pesar de que desde que salió de Lekeitio ha descubierto que el mundo está lleno de objetos por desear, ella es pobre, no tiene a nadie, así que pertenecer a un pastor que necesita una esposa sana es más de lo que le concedería el azar.

La mañana del noveno día, unos gritos recorren los pasillos subterráneos anunciando que hay tierra a la vista. El cuerpo de Valentina está a punto de descomponerse de emoción, pero corre escaleras arriba sin esperar a las Anduiza para cerciorarse de que es verdad. En cubierta, a lo lejos, el horizonte anuncia una masa oscura, todavía sin forma. Se agarra a la barandilla, y aguanta el temblor de piernas que la visión del barco acercándose a la costa le provoca.

Media hora después ya no hay horizonte, sino una ciudad que parece levantada sobre el agua con una ligereza desconocida que se pierde al acercarse. Hay edificios grandes, altos, de ladrillo rojo, y unos muelles que intuye rebosantes de actividad. Absorta por lo que ve, no advierte que el barco vira hasta pasar muy cerca de la silueta inmensa de una mujer de cobre verde que levanta en una mano una antorcha y sostiene un libro en la otra. Valentina alza los ojos, imantada por la visión. A su lado, el hombre que vuelve a Nevada le cuenta que ahora el barco se dirige a la isla de Ellis, donde los funcionarios de inmigración les sellarán un papel para poder entrar en América. Ella le escucha atentamente, pero lleva la lección aprendida. A ella no la dejarán en la isla, está casada con Domingo Arsuaga, que vive en Boise y trabaja en el rancho de Jeff Peterssen.

Está sana y ni siquiera le falta una muela. Hay barcos más pequeños que rodean el buque. Un oficial avisa que la tercera clase será la última en desembarcar. Corre en busca de sus compañeros y los encuentra afanados en sus equipajes. A ellos no les interesa la mujer de cobre ni la morfología de esas islas que son antesala de la ciudad.

Los hermanos Anacabe conducen al grupo igual que los pastores dirigirían un rebaño. Marcan con sus cuerpos los límites de las mujeres y el niño y miran desafiantes a quienes representan un posible peligro. Pero no es la multitud que se agolpa la que encarna ningún ataque. En la isla hay un coro de voces que entonan distintas lenguas. La gente se aprieta en colas, los niños lloran y los anuncios están en varios idiomas. Todos prestan atención al personal de inmigración y a las indicaciones de ir hacia un lado u otro. Si alguien es rechazado, los gritos de súplica reverberan por las salas, llevando el miedo a las miradas perdidas de la gente. El vaivén del barco permanece en su precario equilibrio. La muchedumbre se bambolea como un grupo de borrachos mientras caminan hacia los funcionarios, enlazados por la desesperación como si fueran uno.

Por fin les llega el turno. Suspiran aliviados y sudorosos por el esfuerzo de haber arrastrado el peso de los equipajes. Federico comienza a hablar al funcionario en un euskera salpicado de señas mientras amontona papeles sobre la mesa. El hombre uniformado hace una seña y otro vestido igual se acerca y les habla en español. Valentina da un paso al frente y hace de intérprete. Sabe lo que tiene que decir: ella va a reunirse con su marido y lleva anotada la dirección donde trabaja y el certificado de matrimonio. La familia de Anduiza lleva cartas que acreditan que los necesitan en Nevada. Todos tienen sus papeles en regla y las señas del lugar donde van a alojarse en Nueva York: el Hotel Santa Lucía. Pero nada impide que los nervios les descompongan el ánimo al ver cómo algunos de sus compañeros de viaje no llegarán a pisar tierra americana y serán deportados. Luego, los hombres por un lado y las mujeres por otro, pasan unos exámenes médicos. Ellos están asustados, pero sanos

como manzanas. Unas horas más tarde embarcan en un ferri con destino al puerto con los papeles sellados, que las mujeres guardan en su pecho y los hombres en el bolsillo.

En los muelles, un joven grita entre los recién llegados.

—*Euskalduna zara? Ongi etorri New Yorkera!*^[29]

Federico levanta una mano. El chico es el hijo pequeño de Valentín Aguirre. Su lengua tiene sonidos distintos, pero es la tierra la que los conduce al descanso. En el hotel, su padre, que lleva años recogiendo a los vascos que llegan al puerto y acompañándolos a la Estación Central para que un tren los lleve al oeste, ayudará a Valentina a poner un cable para avisar del día que cree que llegará a Boise.

Los pasajeros se trasladan, agotados y enmudecidos por lo que ven. Es tiempo de silencio, hay que dejar lugar para que la sorpresa no haga mella en ellos. Los hombres hablan con Aguirre. Le cuentan los días que emplearon en llegar al puerto de Le Havre, las dificultades que experimentaron durante la travesía y aquel temporal que les desbarató el cuerpo. No miran a través de los cristales como hacen ellas, y Valentina los escucha preguntar por el cambio de moneda y por el precio de un billete de autobús y de una barra de pan. Ella no es capaz de preguntar nada. Se limita a quedarse ahí, mirando esos edificios infinitos de los que no sabe qué pensar.

El chico permanece atento a la calle y levanta las cejas de vez en cuando, como si no hubiera escuchado las mismas historias cientos de veces. Solo los interrumpe en el momento en que van a enfilarse el puente que une Manhattan con el bullicioso barrio de Brooklyn. Ladea un poco la cabeza y le pide al taxista que aminore la velocidad para contarles que, cuando lo construyeron, los neoyorquinos no se atrevían a cruzarlo. Tenían miedo de que, al ser tan largo y soportar el peso de tantos automóviles, se derrumbara y todos cayeran al río. A fin de convencerlos de su seguridad y disuadirlos de su temor infundado, las autoridades hicieron desfilar por él a los veintiún elefantes de un circo que visitaba la ciudad para demostrar así que aguantaba lo inimaginable.

Valentina mira la inmensa construcción sobre el East River e imagina una cadena de elefantes engalanados con telas de colores mientras memoriza las palabras que ha empleado el chico: *bridge, river, town...* Le aterra no poder hablar con sus vecinos, y por eso apunta en su cuaderno las palabras que escucha. Pasan entre edificios y la joven gira la cabeza cuando descubre que al pie de esos enormes bloques de pisos hay un poblado de chabolas. El hijo de Aguirre le habla de los efectos de la Gran Depresión, de la multitud de parados que hay en ese momento y de los que no tienen un techo porque no pueden pagar un alquiler. Le cuenta que todos los proyectos se han interrumpido, y que si no fuera por los religiosos y la beneficencia muchos se hubieran muerto.

Y Valentina se pregunta por qué los pobres de Europa vienen a este país donde también hay muchos pobres.

La tierra de los shoshones

**DOMINGO ARSUAGA
BOISE, ABRIL DE 1930**

Su patrón le contó que el nombre de Idaho provenía de la lengua de los shoshones y que significaba «el sol que sale por las montañas». Sobre el caballo, Domingo observa el apretado rebaño que trepa, aún vigoroso, mordisqueando las riberas de las sendas. El paisaje está iluminado por esa luz dorada que el sol de montaña derrama con generosidad sobre sus cumbres. Sin embargo, esta vez no cabalga al amparo de la naturaleza; ese sentimiento se ha desplazado de su pecho, y la comunión secreta de la que gozaba cuando se reencontraba con las montañas ha desaparecido. Ahora en su lugar hay un extraño desasosiego, una inquietud que le hace contar las horas. Cada palmo de pendiente hacia las cumbres le recuerda que se aleja del lugar al que ella llegará en un par de meses, y eso le impide concentrarse en la ribera del río, en el deshielo que forma torrenteras, en los coyotes que andarán olfateando el aire y en los rumores de las corrientes que serpentean a lo largo del camino hacia las Montañas Rocosas.

Ha conseguido leer el cable que Nicolás le envió para comunicarle que su ya esposa embarcaría en Francia, en el puerto de Le Havre, hacia finales de mayo, y que ella mandaría recado al Hotel Jai Alai para avisar de su llegada a Boise. Durante días ha hecho cálculos imposibles, contando con demoras e imprevistos. El saldo que arrojan sus repetidas operaciones no deja lugar a dudas:

él no podrá estar en la ciudad cuando su tren se detenga en la estación, ni podrá albergar en su memoria el instante en que se deberían reconocer.

Respira el aire puro y contempla la luz interminable de la primavera. Mastica su rabia sin dejar de mirar el rebaño y al atardecer, después de pasar junto a un torrente que remansa en el inicio de un riachuelo, decide detenerse para procurar agua a los animales. Es una hondonada por la que hacía tiempo que no pasaba; ha sido la distracción la que le ha llevado a ese hermoso rincón. Monta la tienda y el catre bajo la música del agua y de los habitantes de ese lado de la montaña, enciende el candil y se hace un par de huevos que rebaña con el pan que conserva de hace unos días. Calcula las provisiones. En los ranchos más grandes las cosas empiezan a mejorar. Un campero va con el pastor en un carro y se ocupa de que no le falte alimento y compañía. Habla con él, le ayuda y así no está tan solo. Pero Jeff Peterssen aún no ha decidido nada al respecto. Es un hombre recio que no hace dispendios, pero a cambio ofrece un salario justo a sus trabajadores. En ese momento le pesa haberle pedido dinero prestado para la compra de su casa. Rumia algo parecido a la desesperación mientras raciona lo que le importa: el café y el beicon. Ha decidido que cuando llegue a los pastos altos descansará unos días. Lleva cuatro o cinco ovejas preñadas y no quiere forzarlas. Mientras cae la tarde las busca, observa su comportamiento, se cerciora de que no se apartan del rebaño y mira si tienen las ubres hinchadas. Con los años ha aprendido a tratarlas para que confíen y se dejen arrastrar hacia su campamento.

Con la lámpara en la mano trepa hacia un peñasco y mira hacia abajo, donde empieza a crecer una nube baja. Se pone las manos alrededor de la boca y silba repetidas veces con una cadencia que su amigo Tajui conoce. El sol casi ha desaparecido y los sonidos de la noche van haciendo acto de presencia. Tras los balidos y los ladridos de sus perros se escucha el murmullo de un arroyo, el sonido de algún roedor, los aullidos de algún felino. Espera un par de minutos y

repite su silbido, como un cuco que avisara a su pareja. Su amigo suele cazar por esos lares, pero quizá haya que esperar al deshielo, cuando la primavera cambie el aire y caliente la noche.

Vuelve sobre sus pasos, extrae de debajo de su ropa la fotografía de Valentina y la mira unos segundos antes de apagar el quinqué. Se lo ha dicho a Felipe. Ha marcado en el mapa la ruta que seguirá y varias cruces que indican los lugares previstos por donde se moverá, por si hubiera que localizarle. Su amigo se ha comprometido. Se lo ha dicho con pocas palabras, mirándole a los ojos y estrechando esa mano que parece un mazo; que desde finales de mayo pasará cada semana por el hotel para comprobar si hay noticias de Valentina y que, dependiendo de su llegada, intentará subir a avisarle, pero que esté tranquilo, porque él mismo la recogerá. Es la primera vez que algo tan suyo no depende de él, y eso le inquieta. La primera mirada de esa chica al llegar a la estación de ferrocarril de Boise Depot tendría que ser para él, pero, como dice Encarni, antes la obligación que la devoción.

Ángeles, la mujer de Cipri, preparará la casa, oreará el colchón y la ayudará en lo que necesite. Se lo ha repetido varias veces, palmeándole la espalda para tranquilizarle. «La llevaré a la Pioneer Tent Company, donde trabaja Emilia Vicario, por si necesita comprar algo». Ella está empleada en un hospedaje y conoce a los pastores, a sus mujeres e incluso a sus futuras mujeres. Sabe cómo hacer que alguien se sienta en casa. Hasta ahora, esa red de ayuda y vigilancia que empezaba en Lekeitio y terminaba en Boise o Nevada —pasando por Nueva York— le parecía natural, pero ahora le resulta imprescindible y extraordinaria, y se promete ayudar cuando sea necesario.

Las mujeres tejen una red que sostiene a las familias, a los niños y a las que tienen a sus maridos trabajando o enfermos. Se ocupan de la enseñanza, de organizar bailes y conciertos para no añorar las romerías que dejaron atrás y de vigilar que nadie falte a misa en la iglesia del Buen Pastor. Domingo sabe que Encarni, en no pocas ocasiones, va a la estación y recibe a los recién llegados, los

acompaña al banco para que puedan enviar su cheque a la familia o escribe sus cartas. Podría habérselo encargado a ella, pero por alguna razón quiere que Valentina permanezca al margen de todo lo que mueven las hosteleras, al menos hasta que él la mire a los ojos.

Se despierta antes del amanecer. Los primeros días siempre le cuesta acostumbrarse al catre. Duerme vestido, tan solo tiene que prepararse el café y bajar al río a lavarse la cara para espabilarse. Antes de dejar la tienda mira la foto de Valentina y le da los buenos días. Al salir, una luz que no termina de despuntar deja a la vista una densa niebla que parte la montaña en dos. Da unos pasos y se esfuerza por ubicar su rebaño; parte de él ha quedado velado por un tupido vapor que flota en forma de nube. No le gusta. Los que viven en los altos, allí en Vizcaya, saben lo que eso significa. Los valles que quedan cubiertos por ese aire repentino están en peligro de sufrir desgracias. Aideko^[30], como llaman a esa intuición de lo terrible, suele ser invisible, pero a veces se viste de niebla e interviene en los asuntos de los humanos. Si la espuma blanquecina viene a hacer daño, se llama Aidegaizto^[31]. También sucede en el mar, porque, según dicen los pescadores, lo que se halla bajo la niebla es lo que puede entenderse, y lo que hay sobre ella es cuestión de Dios.

Se da prisa y recoge el campamento sin esperar a hacerse el café. Beltza intuye las intenciones de su amo, sabe que hay que despertar al rebaño y recorre las distancias ladrando y conduciéndolo a donde el pastor se dirige con los caballos. Domingo quiere salir de la niebla sin que se le note el miedo. Las ovejas presienten a sus pastores y se olvidan de seguirlos para huir en todas direcciones. Da gritos y silbidos. En la montaña, las palabras no sirven porque nadie las escucha; es mejor reproducir sonidos, aullar como los lobos o balar como ellas. Con prisa remonta la montaña. Evita respirar el aire envenenado y, aunque le rugen las tripas, no se detiene hasta un claro a un kilómetro y medio, donde ya no hay rastro de Aideko. Es el mes de abril y el sol calienta, tímidamente aún.

Complacido por haber podido huir, vuelve a montar su tienda después de cerciorarse de que ninguna oveja ha sufrido daño. Hace café, se sienta en la hierba y come algo. En la alforja guarda el libro que le regaló su patrón. Quiere leerlo, pero le cuesta. Cuando consigue descifrar una frase, se ve obligado a volver sobre las palabras para comprenderlas del todo. Una sola es poca cosa; cuando se juntan, lo que cuentan es un milagro.

Los días pasan despacio. Domingo contempla el alba y espera el atardecer. El tiempo se va templando, y ahora que han nacido algunos corderos bebe leche tibia para dormir. La vida se ha vuelto distinta desde que sabe que ella piensa en él. Los lugares que antes le acogían ya no lo hacen, y Domingo piensa que el amor y la responsabilidad hacia otra persona con la que se siente comprometido le quitan libertad. Uno no puede pertenecer a dos amores a la vez, y ahora entiende que algunos de los pastores busquen otra familia y no vuelvan. Suspira, algo sorprendido por sus pensamientos. ¿Qué le sucederá cuando la abraza, la toque, la sienta suya para siempre?

La imagina a punto de zarpar desde Francia y espera que el mar no muestre su fiereza durante la travesía como lo hizo con él. No sabe la razón, pero no consigue recordar todo el tiempo que pasó en el barco. No quiere volver allí, ni tan siquiera en sus pensamientos. Lo ha olvidado, pero sabe que lo ha hecho porque le resultó casi insoportable. Dicen que los barcos han cambiado, que ya no funcionan con vapor, que son más rápidos y que los Gobiernos no permiten que los emigrantes viajen como si fueran ganado. Lo desea de verdad, no quiere que su esposa llegue tan marchita que no pueda recuperar la sonrisa. Pero él sabe que el mar no cambia, y que si hay una tempestad la sufrirá igual que cuando a los barcos los empujaba el viento.

Antes de comenzar la temporada, Jeff le ofreció unos días para poder preparar la casa antes de que llegara su esposa. La relación con él se ha vuelto incómoda. Domingo se lo ha dado todo a ese hombre; cuida el rebaño como si fuera el dueño, nunca se queja ni

pide más de lo que le dan, pero desde que supo de la llegada de Valentina en plena temporada ambos se impusieron una distancia. El patrón quiere restaurar lo que se ha roto, pero Domingo no está dispuesto. Depende de él, le debe dinero, y hasta que no salde la deuda no podrá acercarse a él. Aceptó los días sin decirle nada. En uno de los hostales contrató a un albañil navarro que le recomendó Cipri. Cuando llegara el verano, el calor de Boise asustaría a Valentina, y quería terminar de sustituir la letrina por un baño dentro de la casa. Trabajaron de la mañana a la noche hasta que repararon las cañerías y construyeron un baño espacioso, con una bañera que le ha costado sus buenos dólares y en la que su esposa podrá refrescarse. Sus bolsillos están vacíos y no tiene ni para pagarle al barbero, pero una casa le espera a su regreso.

El clima de esta tierra es duro y áspero como una piedra. El invierno se prolonga, robando semanas a la primavera, y el verano es asfixiante. Sin embargo, cuando termina el mes de mayo, el aire se convierte en una caricia. No ha habido tormentas ni lluvias, y el aire está más seco que otras veces. La sequía se nota en el escaso cauce de los ríos y en los animales que bajan a beber al atardecer aun sabiendo que él está allí. Domingo ha matado tres coyotes a los que vio merodeando. Ha colgado las pieles como Tajui le enseñó, sujetándolas con palos para mantenerlas tensas y limpiándolas con las ramas de los pinos. Lo ha buscado. Le extraña no verlo. Sus encuentros se dan siempre en estas fechas. Le ha guardado parte de sus víveres, y quiere contarle que tiene una casa en la que podrá quedarse cuando vaya a Boise. Su amigo vive en la reserva de la llanura, junto al río Snake, pero en primavera sube a la montaña para cazar y no olvidar las costumbres de sus antepasados. Tajui respeta la naturaleza, no pesca más salmones de los que necesita y busca hierbas para el invierno.

Domingo marca en un cuaderno los días que pasan. Anota las semanas con seis rayas y una que las atraviesa, como siempre lo ha hecho, pero ahora se esfuerza y aprieta el lápiz y dibuja las letras que componen los meses: marzo, abril... Ya es capaz de escribir

algunas cosas en inglés, pero disfruta cuando puede hacerlo en su lengua. Escribir es difícil y él prefiere concentrarse en leer, aunque se pierde y confunde los términos de las distintas lenguas. Cuando una palabra le ofusca y está a solas, monta en cólera. Todos aquellos que le conocen dicen que es un hombre templado, de palabras justas y pocos enfados. La naturaleza le ha dado un porte de sencilla elegancia, pero nadie le conoce como verdaderamente es y se siente, pues a fuerza de esconder su fragilidad ha llegado a carecer de ella.

Lo único que le inquieta y rompe la armonía es Valentina. Quizá llegue pronto a Nueva York y desde allí mande un cable al hostel, para que Encarni llame a Felipe y le diga cuándo llegará. Ya ha hecho sus propias averiguaciones sobre Ignacio Anduiza y sabe que es un hombre de ley. Le han contado que ha llamado a su familia para que participe en su ya próspero negocio, así que el grupo viajará compartiendo esperanzas y temores. Cuidarán de Valentina, se dice a sí mismo, no permitirán que nada le suceda. A pesar de sus movimientos por la montaña, está en la zona donde le dijo a su compañero que estaría, y allí se quedará hasta mediados de mes.

Los nervios le hacen buscar trozos de madera secos y listos para tallar. Maneja la navaja con destreza, y ya tiene seis cucharas. Ha empezado a buscar trozos más grandes para hacer cuencos como los que tiene la señora Peterssen. Debe guardar todo para ella. Las deudas no les permitirán las comodidades que quisiera ofrecerle a su esposa.

Domingo suspira y mira la naturaleza que le rodea. Escucha el palpitante del bosque. El brezo y los pinos despiden una fragancia al bajar el sol que le reconcilia consigo mismo. Rompe una ramita de enebro y se la lleva a la nariz, luego mastica uno de sus frutos y camina unos pasos, atento a los brotes nuevos. Cuando levanta la vista ve a lo lejos un jinete que parece vigilar el horizonte; baja por un sendero que conduce a la civilización. Domingo no puede evitar sentirse como un náufrago que ha sido arrojado a la orilla y ve alejarse la vela de su embarcación. Nada hay tan conmovedor como

quedarse a contemplar cómo se empequeñece ese barco en el horizonte hasta convertirse en un punto y desaparecer.

Un golpe de consciencia le arroja en brazos de la realidad. Está solo, aunque quiera sentir que Valentina está con él.

La ciudad que toca el cielo

**VALENTINA ALZOLA
NUEVA YORK, JUNIO DE 1930**

El taxi deja a los viajeros en el número 48 de Cherry Street, junto a un edificio de ladrillo rojo cercano a los muelles, entre los puentes de Manhattan y Brooklyn. Valentina observa la fachada, buscando el rótulo que indique que han llegado al Hotel Santa Lucía. Está impaciente por asearse, descansar y desatarse los nudos que la travesía ha formado en su estómago. Enseguida advierte que no es sino una primera parada en el Centro Vasco Americano. Allí los recibe Luis Odriozola, un conocido de Anduiza que va a hacerse cargo de la familia y que está feliz de escuchar las noticias que traen los viajeros desde su tierra. Todo a su alrededor es conocido pero extraño. Intenta convencerse a sí misma de que ha llegado a América, que lo peor, la tortura de ese viaje, ya ha pasado, pero todo, los cuadros, la bandera en un rincón y hasta el perchero donde cuelgan las chaquetas, se parece a los centros y ateneos de Lekeitio. Les ofrecen comida y bebida y les hacen saber que allí tienen su casa. Ella sonríe, busca el baño. Se mira en el espejo. Está demacrada, se siente sucia y el estómago ni siquiera parece estar decidido a sentir hambre.

Las personas del centro intentan que se sienten como en casa. Una mujer de Bilbao se interesa por ella, le pregunta por su futuro y Valentina percibe un gesto de compasión a aquellos a quienes cuenta que va a reunirse con su marido, al que no conoce. La miran

como se mira a los niños a los que se les oculta algo. Todos se muestran amables y generosos, pero a ella se le seca la boca y no quiere hablar. Su cuerpo está lleno de sensaciones extrañas y poco agradables que debe ocultar. Por fin, Valentín Aguirre se presenta para llevar a Valentina a su destino.

Luciana, María Josefa y Fermina la abrazan. No faltan los agradecimientos por sus cuidados, los consejos o las promesas y deseos de reencontrarse. Los hermanos Anacabe le dan unas palmadas en la espalda y sueltan al aire el deseo de que la vida les proporcione un reencuentro allá en Nevada. La joven conoce esa incapacidad de los hombres de su tierra para expresar lo que sienten y se conforma con sus muecas de impotencia, sus miradas sinceras y el gesto considerado de llevarle el equipaje hasta el coche que la espera.

Por la ventanilla contempla ese bosque de edificios inmensos que escoltan las calles abarrotadas de coches. Se pregunta cómo habrán conseguido construirlos tan altos, y cuánta gente podrá vivir en ellos. Le habían advertido de su existencia, pero ella no podía imaginarlos. Le sorprende la cantidad de personas que caminan por las aceras, los muchos comercios que hay. Hace calor. Las ventanas empiezan a iluminarse y ella adivina esas comodidades que dicen que tienen los americanos: teléfono, aparatos que aspiran el polvo, batidoras, neveras, lavadoras... No es que en Bilbao o Gernika no haya, pero le han contado que aquí no faltan la luz, el agua o el teléfono en ningún hogar y que los americanos tienen almacenes en los que se puede encontrar de todo. Valentina percibe que el mundo está dispuesto a desterrar el hambre, las necesidades o incluso muchas de las enfermedades comunes. Su corazón se alegra; al fin y al cabo, en esa tierra próspera crecerán sus futuros hijos, que no tendrán que experimentar las dificultades que ella vivió de niña. La abundancia de la ciudad le produce un cierto ahogo. Quizá, se dice a sí misma, en un país donde la gente se va a dormir con la tripa llena, en un colchón mullido, la felicidad no se esconda tanto.

Junto a ella, el hotelero no deja de hablar. Le cuenta que el

famoso boxeador Paulino Uzcudun —un vasco de extraordinaria pegada— es amigo suyo y que ha estado a su lado en las grandes veladas del Madison Square Garden, pero ella no sabe quién es y está tan cansada que no puede compartir su entusiasmo. Le habla también de los asturianos, andaluces, gallegos y castellanos que están empleados en las fundiciones de zinc y en las fábricas de automóviles de Pittsburgh, Detroit o Minneapolis, y de los cántabros que trabajan en Arizona. Ella no termina de entender el significado de lo que le cuenta, pero intuye que quiere informarla de que desde todos los rincones de España los pobres van a buscar fortuna, si bien los de Euskadi se reparten mayormente entre Nevada y Boise. Nombra, mirándola a los ojos, a personas a quienes no conoce, pero que al parecer forman parte de ese hilo resistente que hace que ella esté bajo su cobijo. El señor Aguirre se esfuerza por que se sienta cómoda, o más que eso: como si estuviera en casa y no estuvieran atravesando las calles de esa ciudad que la tiene impactada. Por él averigua que, años atrás, necesitaban cuatro o cinco coches para transportar a los vascos que venían a trabajar como pastores.

—*Eta... zure artzainak artaldea dauka, ala beste norbaitentzat lan egiten du?*^[32]

—Creo que trabaja para otro.

—Entonces, cuando llegues no lo encontrarás. Ellos no bajan de los pastos hasta septiembre.

En Gernika, cuando cerraban el restaurante, Nicolás aprovechaba para hablarle de América. Le repetía las condiciones del viaje en barco, los cuidados que debía tener, y le aseguró que Valentín Aguirre la conduciría hasta la misma estación desde la que partía el tren hacia el oeste. Varias veces le confirmó que, aunque estuviera en la montaña, Domingo buscaría la manera de ir a buscarla. Tenía anotado su derecho a tres noches en el Santa Lucía, con sus correspondientes desayunos y comidas. También la recomendación de que al llegar le mandara un telegrama a Domingo. Ha memorizado todo, y lo que espera ahora es el momento de tener en la mano su billete a Idaho. Está tan cansada que ni siquiera habla,

solo asiente y sonr e a medias hasta que se le cierran los ojos.

Despierta cuando el coche frena frente al n mero 82 de Bank Street. Desorientada, mira hacia la calle, al edificio de varias plantas que el hombre le se ala. El Jai Alai, restaurante propiedad de Valent n Aguirre, est  situado en los bajos del Hotel Santa Luc a. Haciendo un gran esfuerzo, le sigue educadamente. Su gu a atraviesa un comedor elegante mientras saluda a sus clientes. Valentina quisiera detenerse a mirar c mo est n vestidas las mesas, la vajilla o los platos que sirven, pero le quedan apenas unos minutos de voluntad y clava la mirada en el suelo, siguiendo los pasos de su anfitri n.

En el ba o del Centro Vasco Americano se ha deshecho la trenza y ha guardado las horquillas, que se le clavaban en el cr neo. No ha tenido la prudencia de recogerse el pelo en un mo o, y ahora no quiere ni imaginar lo espantoso que ser  su aspecto. Levanta la mirada. Las mujeres llevan el pelo corto y ondulado, los camareros van uniformados con chaqueta blanca y corbata oscura. Escucha el rumor de las conversaciones ininteligibles. Avanzan hacia una puerta batiente por la que sale el personal con los platos en alto. Valentina reconoce los olores: son los mismos que en la cocina del Arraun.

El bullicio es considerable, y entre la media docena de cocineros que hay destaca una mujer bien vestida pero tocada con un delantal immaculado que avanza hacia ellos y la saluda cari osamente.

—*Zer moduz, neska?*^[33]

—*Ondo. Eskerrik asko*^[34].

—Esta es Bego a Orbe, mi mujer, y la reina de este restaurante.

—Valent n da un par de besos en las mejillas a su se ora.

—Estar s agotada. —La mujer mira a su marido—. Tendr as que haberla llevado directamente a descansar. Esta chica debe de a orar una cama tanto como t  Busturia. Pero, ya que est is aqu , sentaos y os saco un plato de sopa.

—La sopa de ajo de mi mujer levanta a los muertos.

Valent n conduce a su hu esped hasta una mesa, le da una carta y se aleja para atender el comedor. Ella la hojea con curiosidad. Los

platos están divididos en columnas, en inglés y en castellano. Reconoce algunos, desde esa sopa de ajo que Valentín le ha recomendado hasta el bacalao al pilpil. Saca su cuaderno furtivamente y copia con fidelidad las traducciones al inglés de aquellos que podrían interesarle. Desde que ha salido del barco, y a pesar de la espesura que nubla su cabeza, ha entendido que no será posible integrarse en ese país si no aprende inglés.

Apenas unos minutos después, Begoña, ya sin delantal, se sienta a acompañarla. La mujer le hace un gesto a uno de los camareros, y antes de que intercambien una palabra tiene frente a ella un generoso plato de sopa de ajo con un huevo flotando en la superficie.

—¿Cómo te llamas?

—Valentina Alzola.

—Yo soy Bego. —La mujer pone una mano en el pecho al decir su nombre, como si la presentación de su marido hubiera sido insuficiente—. Imagino que estarás sobrepasada. No te preocupes, se te pasará en cuanto descanses. ¿Está rica?

Valentina asiente y le dice que ella añade un poco de pimentón cuando el caldo está desabrido.

—¿Sabes cocinar?

La chica vuelca su historia de manera atropellada, sin olvidar mencionar el tiempo que estuvo al servicio de la emperatriz. Le habla de los postres, de los canutillos de crema y las natillas con nieve. Se extiende explicándole los trucos para conseguir un hojaldre crujiente, y añade que ella se ha ido especializando en confitería y repostería. Ve que a Begoña le brillan los ojos, y eso, junto a la sopa, hace que se sienta mejor.

—Te aseguro que no te va a faltar trabajo en Nueva York —dice—. Para empezar, tienes abierta mi cocina. Pocas veces pasan por aquí cocineras como tú.

Valentina la interrumpe para advertirle que se ha casado con Domingo Arsuaga, un pastor que la espera en Boise. Ve que la mujer asiente cansinamente, como si su vida fuera algo común, y entonces

se calla. Begoña parece percibir su incomodidad y la tranquiliza diciendo que desde hace tiempo ve pasar a mujeres para reunirse con su marido o casarse en Idaho o Nevada. Ella misma, le susurra, vino a Nueva York desde Busturia después de casarse. Por alguna razón que desconoce, Valentina le abre su corazón y le enseña el miedo que lleva escondido. La mujer la escucha hasta el final, luego le hace un gesto para que la acompañe. La joven se asusta: ha perdido de vista su baúl y su bolsa de viaje.

—¿Y mi equipaje? —pregunta alarmada.

—Tranquila, está en el hotel.

En la recepción, un hombre las saluda. La señora Aguirre le da órdenes en un inglés aceptable. Valentina se muere de cansancio, solo quiere una cama y muchas horas para dormir.

—Te vas a alojar en una de las mejores habitaciones. En esta época hay alguna libre. Tendrás un baño para ti sola, eso es lo que más se echa de menos.

—Con una cama me conformo. Además, tengo que poner un telegrama a mi marido para decirle el día exacto que llegaré a Boise.

—Ahora descansa. Tiempo tendremos de ocuparnos de tu viaje.

Una alfombra mullida acoge los pasos del botones que transporta su baúl en un carrito. No está acostumbrada y se siente incómoda, pero tampoco se atreve a decirle que ella es fuerte, que lleva arrastrando el baúl desde Lekeitio y que puede ayudarle, porque sabe que muy posiblemente no la entienda. El joven abre la habitación 219 y le hace un gesto para que pase delante. Deja el equipaje frente a la ventana y sale, haciendo una reverencia. La habitación es amplia y tiene una cama grande, un armario con espejo en la puerta central y un escritorio con papeles y lápices. Hay una ventana escoltada por gruesos cortinones por la que ascienden los ruidos de la calle y un baño equipado como nunca ha visto. El corazón le salta en el pecho. Ni en sueños habría imaginado poder disfrutar de una habitación semejante. Suspira y se le humedecen los ojos mientras acaricia la colcha de la cama. Su baúl parece esperarla, pero está tan cansada que ni siquiera lo abre. Se

desnuda, se mete entre las sábanas limpias y deja que el sueño la arrastre.

La despierta el sonido de un timbre. Durante unos instantes, y pese a tener los ojos abiertos, no sabe dónde está. Su memoria se ha quedado en el camarote del barco, y ahora mira a su alrededor confundida. La espesura de su cabeza se despeja hasta identificar que el sonido viene de un teléfono que cuelga de la pared y que ni siquiera había visto. Se incorpora y lo descuelga. La voz de la señora Aguirre le da los buenos días y le cuenta que ha dado orden de que no la despertaran, pero que ya es mediodía y la espera en el restaurante. Pensaba ponerse uno de los vestidos que le regaló Clara, pero está tan arrugado que no podrá utilizarlo. Entra al aseo y abre los grifos de la bañera. Comprueba que sale agua caliente. Su corazón salta de alegría. Podrá disfrutar del baño que no se ha podido dar desde hace casi un mes. Se ha mantenido limpia, pero no ha tenido agua caliente ni un espacio para ella sola. Cuando se sumerge, cree que no podrá sentir tanta felicidad ni en un millón de años. La esperan, pero se queda enjabonándose y lavándose el pelo hasta que su inquebrantable sentido de la responsabilidad la saca de su paraíso.

Abre el baúl y estudia su ropa. Comprende que casi toda es anticuada y muy distinta de la que ha visto que usan las mujeres neoyorquinas. En Gernika, las cosas que le daba Clara le parecían auténticas joyas, pero ahora, mientras revisa su escaso vestuario, solo su traje de boda, envuelto en papel de seda, tiene un toque elegante. Ha ido metiendo en ese baúl los regalos de Fraulin, los restos que fueron dejando las doncellas del palacio y toda clase de cosas que, cuando no se tiene nada, parecen tesoros. Algo semejante a la vergüenza la paraliza. Ya no está tan segura de que el esfuerzo que le ha supuesto acarrear ese baúl por medio mundo haya merecido la pena. Elige su segundo vestido, también de Clara. No tiene más, así que no puede quedarse ahí parada dudando. Se

recoge el pelo y se aplica en los labios un poco de carmín. Al mirarse al espejo, se da cuenta de que es una mujer guapa. Desorientada y algo perdida, pero guapa. Se calza los zapatos y sale al corredor. Ve el ascensor, pero no lo utiliza, le infunde temor. Baja las escaleras, y al llegar a recepción vuelve a sentirse pequeña. No sabe cómo se dice «buenos días» en inglés, pero tampoco sabe la hora que es. Sonríe al recepcionista y él le contesta con un «Good morning, madame». Sale al exterior con decisión y ganas de explorar la calle, los comercios, pero da unos pasos hasta la puerta del Jai Alai y entra en el comedor. Un camarero se acerca a ella. Valentina pronuncia el nombre de Begoña Orbe y el joven le sonríe.

—Avisaré a la patrona.

Mira los platos que los camareros llevan en sus bandejas, observa la generosidad de las raciones, los bocadillos hechos con un pan blando, cuadrado y tostado que allí llaman sándwiches, las carnes y las maneras de los camareros, que parecen bailar en torno al cliente. Todos son extremadamente educados. Una de las chicas, con un vestido azul y un delantal con bordados, se pasea con una cafetera en la mano sirviendo a quienes lo desean. Nadie canta ni levanta la voz, y se nota que los comensales vienen únicamente a comer. Los vasos son altos y están repletos de un líquido oscuro — casi marrón— y con burbujas donde flotan trozos de hielo picado. Casi nadie bebe vino. El camarero vuelve a buscarla y le pide que le acompañe a la cocina. Allí, Begoña da órdenes y se mueve entre los grandes pucheros. Le hace una seña para que se acerque.

—¿Has dormido bien?

—Sí, muy bien.

—Tendrás hambre... Ahora comeremos. Pero necesito que pruebes estos guisos y me des tu opinión.

La señora Aguirre le hace probar su potaje de garbanzos, la sopa de cebolla y el consomé, y luego le habla de huevos, tortillas y pescados. Los americanos adoran la carne. Le cuenta que muchos españoles venían a comer paella los domingos, pero que la crisis del 29 ha sacudido a la sociedad y ha dejado un rastro imposible de

ignorar. Le advierte que verá chabolas, mendigos en las calles, personas que tenían una vida cómoda pero a quienes la quiebra o el cierre de las empresas han dejado en la calle.

—Aquí el hambre es diferente que en nuestros pueblos. Nadie acoge a estos hombres que no han podido pagar su alquiler, y solo las iglesias y las organizaciones de caridad los atienden. En esta cocina no se tira nada. Todo se lleva a la iglesia de Saint Cecilia.

Comen, y mientras hablan ella mira a las clientas. Se fija en cómo visten, charlan o sueltan una carcajada. Percibe que son diferentes, más libres, que ella, y piensa que a Clara le gustarían. Bego, como la señora Aguirre prefiere que la llamen, le ha enseñado las grandes neveras y una batidora con la que se mezclan los ingredientes de los pasteles. Valentina se informa de que el líquido oscuro que beben los americanos se llama Coca-Cola y lo inventó un farmacéutico. Lo prueba. No le disgusta el sabor dulzón y picante, pero no lo dice; tampoco que la comida tiene el mismo aspecto que la que se cocina en el Arraun, pero no sabe igual. No sabría decir qué le falta o le sobra, pero no es la misma.

La carta de postres es básica: flan de leche, pasta de guayaba, melocotón, quesos... No ofrece las tartas que ella sabe hacer, y descubre que la dueña del Jai Alai tiene un propósito que se dispone a desvelar.

—Me gustaría que trabajaras conmigo —le dice. Valentina abre los ojos, negando con la cabeza—. Sé que estás casada, y que tu marido te espera en Boise. Hablaremos con el rancho donde trabaja. Estamos seguros de que estará en la montaña hasta septiembre, y yo solo quiero que te quedes un par de meses, los suficientes para que nos enseñes esos postres que tú hacías en Gernika. Ahora en Boise hace mucho calor, y dudo que haya ventiladores en todos los lugares... Te pagaré bien. Cuando llegue el invierno te hará falta dinero, los principios siempre son difíciles.

Valentina guarda silencio durante unos minutos. No sabe qué hacer. Le gustaría trabajar en esa cocina, ver la ciudad y tener un dinero del que poder disponer. Un par de días antes de partir, Nicolás

se empeñó en llevarla a unos almacenes para que hiciera sus compras. Mariana apenas podía moverse de casa. La niña estaba todo el día colgada de su pecho, no dormía y decía que toda la ropa le quedaba pequeña y que no quería lucirse de aquella guisa.

Mientras caminaban por la calle Santa María, Valentina se dio cuenta de que él se sentía incómodo. Carraspeaba, y a ella le pareció que no arrancaba a decirle algo que se sentía obligado a expresar.

—¿Qué te pasa, Nicolás?

—Tu viaje... América... No sé si has entendido adonde vas, o si yo no me he explicado... Creo que no te he dicho toda la verdad.

Valentina se detuvo. De todas las personas a las que conocía, solo por él se dejaría cortar una mano. Era lo más parecido a un padre, a un amigo, a alguien a quien no sabía cómo catalogar. Nicolás no había escatimado esfuerzos para conducirla a donde iba. Se tocó el anillo de casada y, antes de pronunciar una palabra, le pidió a la Virgen que lo que fuera que le hubiera ocultado no ensombreciera su partida.

—Explícame.

—Domingo es como te he dicho, pero no sé si allí tendrás una vida de comodidades. América es América, una tierra que puede darte mucho, pero él es solo un pastor; no tiene casa, ni su propio rebaño, aunque no dudo que conseguirá tenerlo. Es un muchacho de pocas palabras. Me fío de él, pero creo que en el fondo sé que tú le ayudarás. Las mujeres sois listas... —Se detuvo y le puso una mano en el hombro—. Valentina, los principios serán duros.

Valentina soltó una carcajada espontánea. Nunca había imaginado que su pastor fuera un potentado, y esa risa liberó sus nervios. Ahora recuerda aquel momento y el beso que le dio al entender que Nicolás seguía siendo un hombre bueno y que su viaje le ponía nervioso.

Nunca ha fantaseado con ser rica, ella solo se imagina trabajando para vivir. La oferta de la señora Aguirre le parece tentadora. Le acaba de decir que podrá quedarse en una habitación algo más

modesta, pero digna y con ventilación. La mujer quiere dejarle claro que no necesitará gastar el dinero que gane; desea ayudarla y le enseñará algo de inglés. Ella permanece en silencio. En el fondo, todas las mujeres se parecen; son las que llevan el peso del hogar y lo saben. Tiene escondidas las pesetas oro que consiguió a cambio de los ahorros de toda una vida. Nicolás le advirtió que apenas llegaban a cincuenta dólares. Ha visto la carta del restaurante y ahora sabe que América es muy cara. La mujer la coge de la barbilla, obligándola a mirarla.

—Mira, piénsatelo durante un día y mañana llamaremos por teléfono a tu marido. Luego decides.

—¿Podré hablar con él?

—Si está allí, sí, pero no estará. Las llamadas a larga distancia son caras. Mi marido está al corriente del interés que tengo en ti. Dime, ¿qué postres añadirías a mi carta?

Valentina sonríe. Hablar de cocina le despeja las dudas y la centra en la vida. Le gusta Bego. La protege, y eso siempre la conmueve. Pastel Saint-Honoré, colineta catalana, un ruso, o las islas flotantes que tanto gustan a los niños. Tocino de cielo, brazo de gitano, canutillos con crema y hojaldres rellenos de todo lo que se quiera. Troncos de chocolate, trufas o *marrón glacé*. Peras al vino, o a la emperatriz, polvorones de almendra, *bavaroise* de manzana, y también turrón...

Begoña mantiene los ojos bien abiertos mientras Valentina recita ensimismada las recetas que recuerda haber leído en las columnas de la Marquesa de Parabere, cuando era simplemente «Maritxu».

Mi corazón es una montaña que te guarda

**DOMINGO ARSUAGA
BOISE, JUNIO DE 1930**

A medida que pasan los días la luz se hace más intensa, casi tanto como esa ansiedad que no le deja disfrutar de una primavera que estalla ante sus ojos como solo sabe hacerlo la naturaleza. Hay macizos de lilas salvajes y verbascos llenos de flores amarillas, y en los bordes del camino los cardos borriqueros atraen a las abejas. Domingo reconoce el olor de los bosques, los aromas de los árboles; el pino despide una suerte de olor picante que te abre los pulmones, y el abedul, cuando está mojado, recuerda al aroma del coñac. A medida que se funde con la montaña advierte que es misteriosa como una mujer. Nunca acaba de conocerse, y si uno la mira con humildad esta le muestra cosas que solo los seres que la aman pueden ver: el lugar donde anidan algunos pájaros, las flores diminutas que crecen entre las grietas o el rumor de los riachuelos que discurren invisibles.

Ha comprobado que el pasto está fresco y alto, así que deja a las ovejas pastando sin miedo a que rasuren la zona hasta dejar la tierra agostada. Quiere acercarse a un arroyo que baja por la ladera con la prisa que impone el deshielo para llenar las cantimploras. Una vez allí ve las huellas de un puma. Son profundas, y piensa que el animal debe de ser grande. Al hombre solitario le conviene ser benévolo con lo que le rodea. Ese puma solo ha venido a beber y probablemente haya seguido su curso ajeno a su presencia, pero no a la del rebaño.

Vigila su rifle, siempre cercano y dispuesto; allí nadie le salvará la vida, y no es el lugar para cometer errores.

Le ha llevado casi una jornada tallar, en un álamo temblón, el nombre de su esposa. Cuatro vocales con sus consonantes, nueve letras que ya lee de corrido y repite como si necesitara apoderarse del espíritu que encierran. La palabra posee música y, escrita en el tronco, ocupa buena parte del perímetro del árbol. Domingo la mira. Pasa las yemas de los dedos sobre las heridas de la madera, como hacen los ciegos cuando quieren reconocer un objeto. Tallar es lo mismo que gritar al mundo su nombre, ese que dejará ahí para que otros pastores se entretengan con la nostalgia de quien como ellos por allí. Valentina es un misterio del que aún desconoce el sabor, y solo sabe rodear la sombra que proyecta. Debe mantener a raya sus deseos, reconciliarse con las cosas sencillas. Se aleja del árbol pensando que cuando ella necesite asegurarse de que la ama, aun antes de conocerla, subirá de su mano a ese bosque para que comprenda de qué manera la ha tenido presente.

Hace tres noches perdió una oveja. Sabe exactamente de cuál se trata: la aventurera. Desde que salieron del rancho, el animal mostró una querencia huidiza, como si alguien la llamara desde más allá del rebaño. Casi todos los días se ha visto obligado a reconducirla hacia las demás, y hasta la estuvo observando por si era ciega o no veía de un ojo. La buscó a caballo, adentrándose en la maleza, y llegó hasta el río por si hubiera sido el agua lo que la atrajo. Se llevó con él a Beltza, para que reconociera su ladrido, pero no la encontró. Teme que se la haya llevado un coyote, quizá un oso hambriento, pero no ha visto huellas. Sabe que por mucho que se esfuerce los animales cumplen sus leyes secretas, pero no le gusta perderlos. Se quedará un día más y volverá a buscarla antes de moverse hacia otro lado.

Se tumba en el catre y mira la fotografía de Valentina, que empieza a estar cuarteada. Si sus cálculos son buenos, ya estará en Nueva York, o muy cerca. Contiene la masa de rabia que lleva con él. Allá arriba, los malos pensamientos pueden convertirse en

monstruos devoradores. No es conveniente pensar en su llegada, en su patrón y en ese día tan condenadamente especial en el que él no estará en la estación. Busca el libro. Tiene más de cuatrocientas páginas y está escrito en inglés. Felipe le ha recomendado que anote las palabras que no entiende, que son casi todas. Prefiere leer la última carta de Valentina, aunque se la sepa de memoria.

No quiero decirte que tengo miedo porque soy una mujer que sabe enfrentarse a las cosas, pero lo tengo. Espero llegar con bien a esa ciudad y que seas el hombre que Nicolás dice que eres.

Ya no le trata de usted, y sus palabras han ido haciéndose más cercanas. Al pronunciarlas paladea su sonido, se fija en las vocales rotundas, en las consonantes insinuantes. Siente que se abren paso hasta alcanzar su corazón de la misma manera en que el viento atraviesa una garganta entre dos montañas. Las palabras son las pistas de un mapa secreto que le lleva a lugares donde nunca ha estado y que le permiten ver a esa joven valiente que acepta su destino. «Tener miedo es bueno —susurra imaginándola—, ayuda a no morir antes de llegar al final del camino. Si sabes enfrentarte a las cosas, tu temor desaparecerá».

Domingo siente correr por sus venas un afecto sincero. Quizá Nicolás y Tajui hayan sido las únicas personas que conocen la manera en que se ha construido. Tajui le entiende a medias, pero su amigo, hace tres primaveras, cuando coincidieron en la montaña, le enseñó lo que los hombres nunca enseñan y esconden entre el corazón y las tripas. Hablaron de soledad, de tristeza y de rabia, y Nicolás le confesó que su verdadero sueño era ser feliz con su mujer y sus hijos en una casa que oliera a pan recién hecho. Sí, Nicolás ha debido de escoger bien las palabras para que una chica tan guapa atravesara el mundo para reunirse con él en otro continente.

Por la mañana monta en su caballo y sale de nuevo en busca de

Aventurera. No quiere alejarse demasiado y cabalga lentamente, mirando las zarzas donde puede haberse enredado. El rebaño debe ser el único pensamiento que sostiene a un pastor en la montaña. Está a punto de regresar cuando le parece escuchar el peculiar silbido de Tajui. Puede confundirse con el de un pájaro, pero no: es él. Unos metros hacia el norte avista su silueta sobre su caballo manchado, que lleva a Aventurera en la montura. Los amigos se saludan, Domingo recoge la oveja díscola y, con gestos, le pide que le acompañe al campamento. Tajui asiente y le sigue. Al llegar, Domingo desmonta y retiene al animal entre las piernas mientras en un cuenco vierte agua y unas flores que machaca hasta conseguir un líquido amarillo que extiende sobre la lana de la oveja. Cuando llegue la hora de esquilarla, los vellones amarillos habrán de ser lavados con sal.

—*Orain edonondik ikusiko zaitut!*^[35]

Aventurera sale con prisas para reunirse con el rebaño y ambos se sientan sobre unas piedras para compartir algo de pan y tocino. Tajui señala el cielo e imita la lluvia. Ha llovido muy poco este año y en la llanura no hay pastos. El verano ha sido extremadamente seco, y los vaqueros se ven obligados a buscar en la montaña el alimento para sus vacas. Ha habido disputas entre ovejeros y ganaderos, y las autoridades federales redactan leyes para impedir la violencia. El pastor asiente, está al tanto, y sabe que el precio de la carne ha ido descendiendo porque hay menos demanda. Comen, explicándose en el idioma de la amistad y la admiración que se profesan los acontecimientos de sus vidas. Domingo cree entender que su mujer espera otro hijo, y él dibuja con sus manos el pelo largo de Valentina y hace el gesto de un anillo en su dedo anular. Ambos se palmean la espalda, felicitándose.

Los shoshones eran en tiempos los dueños de grandes extensiones de tierra, pero sus leyes no estaban escritas. Los primeros colonos las cruzaron para ir al oeste. Ellos, que habían atravesado el mundo para asentarse en aquella tierra prometida, no los trataron bien ni entendieron que tenían sus costumbres.

Surgieron disputas, y estas crecieron hasta que se produjo la matanza del río Bear, en 1863. Los indios no tienen libros donde registrar lo sucedido, pero dibujan las pieles y en ellas representan escenas de lo vivido por sus antepasados. Tajui le cuenta que al anochecer su tribu enciende un fuego y todos, niños incluidos, se reúnen alrededor para escuchar las historias de su pueblo. Domingo le contó en su día que también en el puerto, mientras se espera la llegada de los pescadores, los más viejos relatan lo que sucedía cuando cazaban ballenas en Lekeitio o historias de los pescadores que llegaron hasta las tierras de los vikingos. Ellos están sentados junto al fuego y se acompañan mirando las estrellas. La vida, por muy distinta que sea, se parece y transita por los mismos caminos, aunque uno se dirija al otro lado del mundo.

Su tribu vive en una reserva en Fort Hall, al sureste de Idaho, pero Tajui se siente prisionero. Hay otra cerca, en Duck Valley, donde están sus hermanos paiutes, pero las cosas no son muy diferentes. La sequía ha aumentado la presencia de coyotes, y los ranchos le buscan para vigilar el ganado. Tajui es un buen cazador y es capaz de leer el camino y buscar huellas que los demás no ven. Vive de su instinto y mantiene a su familia con la venta de las pieles de los animales que caza, pero ya no hay búfalos en las praderas en las que creció y se siente incómodo con las normas que imponen a su comunidad. Domingo desea conocer a su familia y que él conozca a Valentina, pero es demasiado pronto para planear una vida que solo es real en la soledad de la montaña.

Tajui le acompaña durante varios días. Caminan juntos, vigilando el movimiento del rebaño. No hablan apenas, pero el silencio los une como si se tratara de hermanos que nada tienen que contarse porque ya conocen sus vidas. A veces se detiene, le indica a Domingo un punto en el horizonte y desaparece durante unas horas. Siempre vuelve al anochecer con un salmón, algunas hierbas o unas frutillas desconocidas para el pastor que cocina en la sartén para cenar. Tajui conoce cada rincón de la montaña. Es como si perteneciera a ella y pudiera sentir su latido. En ocasiones le señala

una mata, una hierba, una huella, y trata de aleccionarle sobre lo que significa, pero no le cuenta los secretos que guardan esas montañas a las que él saluda y canta.

Los hombres repiten su ritual junto al fuego cuando ya se ha ido el sol. Ambos respetan sus silenciosas decisiones. Una semana después, Tajui no regresa junto a la tienda al anochecer. Domingo no se alarma. Sabe que no volverá porque, al desmontar la tienda, sobre una piedra descubre un precioso collar de turquesas. Es el regalo de su amigo para Valentina. Las piedras turquesas para su tribu son consideradas sagradas: creen firmemente que poseen propiedades curativas y que dotan de valentía a quienes las lucen.

El pastor se sigue moviendo, a pesar de saber que se aleja de la ruta prevista. El verano se acerca con su horno encendido, y los manantiales y riachuelos nacidos del deshielo se van apagando. Está a cuatro días a caballo de la falda de la montaña desde la que se accede a la carretera cercana al rancho. Nadie ha venido a traer noticias, y ya están a finales de junio. Aprieta las mandíbulas y empuja al rebaño con los sonidos de una voz que esconde los temores. No quiere ni imaginar que haya sucedido algo y, sin saber cómo, le asaltan la memoria los fragmentos de esas historias de tormentas y tempestades. Todos los marineros recuerdan una que les hizo mirar la mar con otros ojos, y a veces abandonarla para siempre. Un escalofrío le recorre la espalda cuando evoca aquel barco llamado Titanic, que según decían había sido construido para no hundirse: lo hizo en 1912, en su primer viaje. Sus compañeros de faena allá en la Cofradía de Pescadores de San Pedro sabían de naufragios, y él mismo recordaba a algunos conocidos que no volvieron a puerto tras la jornada en el mar.

Domingo se sienta sobre una roca y contempla la belleza que le rodea. A lo lejos se ve el magnífico pico Hyndman, con sus más de tres mil metros de altitud. Los pinos forman una alfombra tupida y oscura que despide un aroma reconfortante. En esa montaña dicen que reposan los restos de un pastor osado procedente de Bedarona al que nunca se encontró. El hombre echa una ojeada a los perros,

que corren alrededor del rebaño. Mira hacia abajo y ve una cinta de plata que atraviesa el valle. Conoce ese río pequeño que desemboca en la profundidad de un bosque. Recuerda haber estado allí. Suspira, y mastica una hierba que limpia sus dientes. Piensa que, antes de saber que ella existía, esos momentos en la montaña le hacían feliz. Raramente se asusta o experimenta miedo. Quizá con alguna tormenta de esas cuyos truenos representan una amenaza a la que no podrá hacer frente... Pero no teme a la montaña ni a los animales que la habitan. Solo hay que tener prudencia.

Lucha por alejarse de los presagios que suponen una amenaza no para él, sino para Valentina. Sin saber cómo han llegado a su cabeza, recuerda las palabras con que describió un naufragio Marcial Cortabitarte cuando bebían para festejar el año nuevo. El suceso era reciente: una tormenta había acabado con el Aslaug, un barco noruego que se fue a pique en la madrugada del 24 de diciembre. Toda la tripulación quedó sumergida en las costas gallegas y, según su amigo, las tumbas de los que rescataron se hallan en un pueblo de Galicia. Domingo resopla y coge aire. Si no tiene noticias pronto, se desesperará. Tendrá que bregar con esa ansiedad durante más de dos meses, así que, como decía su madre: «No pienses en lo que no ha sucedido todavía».

Mientras vuelve al campamento se ríe de sí mismo. Probablemente Valentina esté en Nueva York, o camino de esa estación inmensa donde la espera ese largo tren que atraviesa América. De ese edificio se acuerda, y de su suelo reluciente. Debe aprender a esperar, se repite, a resignarse a ese tiempo que ahora parece pasar tan lento. Tiene que volver a ser como era antes de que existiera Valentina: un pastor que cumplía con sus responsabilidades, que no perdía ovejas porque vigilaba las noches en que los perros estaban inquietos, que apuntaba a los coyotes sin pensar en nada... Tiene que ser aquel Domingo que solo con mirar las estrellas y acordarse del mar se sentía feliz.

Beltza corretea a su alrededor. Ha llegado a la tienda. Se agacha a acariciarlo y le habla.

—Beltza, yo era feliz cuando no sabía de su existencia. —El perro da un ladrido. Domingo lo mira—. Eres listo... No es cierto que fuera del todo feliz. Me faltaba ella, pero no sabía que con el deseo venía la amargura.

Saca su foto y de nuevo constata que el papel se ha ido cuarteando en algunas zonas, desdibujando a esa mujer a la que espera.

Un hotel y una familia

**VALENTINA ALZOLA
NUEVA YORK, JULIO DE 1930**

Valentina vuelve a disfrutar su precioso cuarto de baño. Sumergida en el agua caliente, no le parece ser quien es. Se ha dado tan pocos caprichos en su vida que le sobran dedos en la mano para contarlos. Experimenta un placer desconocido que le hace imaginar cómo será la vida de aquellos que no trabajan para comer. En el caserío Etxegoyen no había bañera. Una vez, cada quince días, su tía calentaba agua y la depositaba en un barreño muy grande en medio de la cocina. Sus primas y ella se metían una a una y con rapidez procedían a enjabonarse, pero no era precisamente agradable: la primera se quemaba, la segunda se había quedado helada esperando y la tercera ya se encontraba el agua sucia. Hacía frío, no había intimidad, ni tiempo, ni abundancia. En la casa del jardín del palacio había una ducha, y en el Arraun otra. Le parece un lujo sumergirse en el agua fresca si hace calor o bañarse en otra más tibia al atardecer. Su cuerpo huele a jabón, su piel parece de seda y un bienestar desconocido la acompaña durante el día.

Se envuelve en la toalla sin poder quitarse la sonrisa de la boca. Ahora entiende que los que regresan de América, cuando llegan a Lekeitio después de trabajar duramente, se construyan buenos hogares con baños como el del Hotel Santa Lucía. Quizá algún día ella vuelva al caserío de su tío y construya un baño, en pago por haberla acogido.

No sale durante la mañana, más que nada porque algo le impide dejar el edificio. Es una sensación extraña, como si una cuerda invisible la atara para protegerla de una manera de vivir que desconoce. Desde que llegó, el suelo que pisa le parece inestable, y no es por los días en el barco; la culpa es de todo cuanto le interesa. En la cocina del Jai Alai ha visto unas latas de chorizo de Bilbao que ella conoce bien. Son las de La Fructuosa, un obrador que hay en la calle Iturribide de Bilbao y de donde Nicolás solía llevar al Arraun. ¿Cómo es posible que hayan llegado hasta allí? Saca del baúl sus cuadernos y se sienta en el escritorio. Repasa las anotaciones que ha ido haciendo y los recortes de periódico que hay entre las páginas, que contienen gran cantidad de recetas. Le pesa haber nombrado pasteles de los que ni siquiera conoce los ingredientes, pero hay al menos una docena de postres que domina y, si tiene la ocasión, empezará por ahí.

Reflexiona sobre aceptar o no la propuesta de la señora Aguirre. Alejarse de los propósitos que tiene la convertirá en un ser débil, y, como decía don Ramón desde su púlpito, perderse resulta muy fácil. Se toca el anillo, para que su significado le haga escoger el camino acertado. Las mujeres casadas no toman decisiones sin consultarlas antes con su marido, y aunque lo tenga, no lo siente lo suficientemente cerca. Si pudiera hablar por teléfono, todo sería distinto; tendría su permiso y podría aprovechar la oportunidad que le brindan.

Hacia el mediodía siente hambre y baja al restaurante. Quiere comer, pero también recordarle a la patrona su promesa de llamar a su marido esa misma tarde. Trata de imaginar cómo viajará su voz tan lejos, y cómo será la de él. La voz es algo más real que una carta que, según sospecha, alguien habrá escrito por él. La voz y las palabras que escoja le dirán si se ha equivocado o no. A ella le gustaba cerrar los ojos cuando se confesaba y la voz del sacerdote adquiría un tono de intimidad roto solo por la celosía. Se santigua y reza un par de avemarías mientras se dirige al restaurante.

Un camarero la conduce a una mesa cerca de la puerta de la

cocina. Valentina le entrega el papel que le ha dejado la patrona. Es una especie de pase que le permite comer sin pagar. El joven lo mira y después hace un agujero con una pequeña perforadora que lleva en el bolsillo. Mientras espera, en una mesa cercana advierte que otro camarero hace lo mismo con dos chicos que parecen tan desorientados como ella. Cuando sus miradas se cruzan, ambos saben que proceden de la misma tierra. En ese momento, Bego le trae un plato de sopa y otro de carne en salsa.

—En cuanto termines, vamos a hacer esa llamada. Mi marido ya ha localizado a la dueña de la pensión donde se aloja. Estamos en 1930, pero por aquí, y mucho antes, han pasado muchos chicos como tu marido. Todos buscan un hogar en los hospedajes, y allí es donde hay que pedir información.

Se ha sentado a su lado y le cuenta que la mayoría de los que emigraron al oeste fueron varones solteros —agricultores o pescadores— con necesidad de trabajo, bien por las guerras, huyendo del servicio militar, o bien porque la economía rural no alcanzaba para todos. En los últimos años los que llegaban eran muchos menos, y la mayoría lo hacían para reunirse con familiares.

—América, como te dije ayer, está en crisis. No sabíamos que esto pudiera pasar. Tanta abundancia, y ahora en las ciudades no hay trabajo, pero sí hambre. Era la tierra prometida hasta que cayó la Bolsa. El sector de la carne y las ovejas también está tocado y, aunque no se entienda, hay que aceptarlo. Desde el año pasado, muchos vuelven: las penas en casa son menos fieras. Aquí en Nueva York, en Argentina, Venezuela, Filipinas y un montón de lugares ya hay comunidades vascas tan grandes como nuestros pueblos. El Jai Alai no es el único restaurante vasco, pero sí es muy conocido. Valentina, tengo cientos de cocineras a mi disposición, pero pocas saben cocinar como allí.

—Los chorizos de La Fructuosa... ¿Se los traen?

—Sí. Todo lo que movemos nosotros va más rápido que las cartas... No es casualidad que tú hayas caído aquí. Probablemente tu marido también pasó por este hotel. Hacemos encargos, cuidamos

de los que vienen y de los que se van. Tenemos chorizo, pimientos, y hasta bacalao de allí... Hace una semana recibí el primer libro de recetas que ha publicado María Mestayer de Echagüe.

—¿La Marquesa de Parabere?

—La misma.

—Me gustaría mucho verlo.

Valentina ve el cielo abierto. Ese libro es un tesoro, y solo por tenerlo en sus manos sería capaz de trabajar lo que hiciera falta. Las medidas de lo que está lejos o cerca cambian en su cabeza. Ella viene de lejos, pero no está cerca de su marido, y las cosas que suceden lejos están cerca gracias a los barcos, el teléfono y los muchos hombres que viajan de un sitio a otro. Le gusta escuchar a esta mujer fuerte y emprendedora, pero el apetito de Valentina va disminuyendo a medida que le habla del oeste americano.

Terminada la comida, Bego camina con decisión, seguida por Valentina, hacia una puerta que hay tras la recepción. El señor Aguirre está enfrascado en sus cuentas.

—Queremos hablar con el marido de Valentina.

—Llamaremos al rancho de Jeff Peterssen.

—¿Eso puede hacerse? —pregunta la joven.

—Ni te imaginas las cosas que se pueden hacer aquí.

Valentín levanta el auricular y habla con una operadora. Unos segundos después, escucha el saludo que le hace a la señora Peterssen. Su corazón palpita tan rápido que el vestido se le mueve a la altura del pecho. Escruta el rostro del hombre, se detiene en cada gesto o mueca y lo interpreta como si entendiera la conversación que mantienen. En un momento dado, el hotelero tapa el lugar por donde habla y le informa de que Domingo está con el rebaño en las montañas de Sawtooth y que no bajará hasta septiembre. Destapa para soltar un par de okeys y vuelve a taparlo. No hay ningún campero que suba y no pueden enviarle recado, pero él ha arreglado con un amigo que alguien irá a buscarla a la estación. Valentín la mira, alzando las cejas en un gesto interrogante. Sabe que espera una respuesta, que el teléfono es

muy caro y que se siente perdida.

—Dígale que le manden recado de que no llegaré hasta el comienzo del mes de septiembre.

No sabe a ciencia cierta de dónde ha surgido la certeza de su respuesta. Quizá la conversación que ha tenido con Bego la haya ayudado a tomar la decisión. Por un instante se ha visto sola, esperando en la estación de un pueblo polvoriento y sin árboles, y ha tenido la necesidad de posponer su llegada. Le gusta el restaurante, el matrimonio Aguirre y su cuarto de baño. Quiere aprender inglés, y, si ha esperado tanto para conocerle, podrá esperar un poco más. Bego le pone una mano en el hombro y la aprieta levemente, pero ella no se tranquiliza. Muy al contrario, nunca se ha sentido peor, y se traga el sollozo que llega a su garganta. Valentín cuelga el teléfono con aire satisfecho.

—Buena decisión. Tiempo tendrás de disfrutar de Boise y sus montañas. Hay dos chicos que salen para el oeste mañana. Si quieres enviar algo allí...

—Podrían llevar su baúl... —sugiere la mujer—. Son hombres, y será más fácil para ellos.

Viajar ligera le parece lo mejor de la conversación en la que el matrimonio decide y resuelve. Pero el tiempo es oro en esa ciudad, y los Aguirre no pueden malgastarlo en sus dudas. Vuelve a su habitación. Quiere escribirle a Domingo y preparar el baúl.

Cierra la puerta, se tumba en la cama y, agarrada a la almohada para que nadie la oiga, rompe a llorar. Es la primera vez que le sucede, al menos con semejante desgarró, desde que su madre la apartó de ella. Ha soportado los cambios drásticos de su vida, su boda, el nacimiento de la pequeña Valentina y el tortuoso viaje hasta esa ciudad, pero ahora algo se le ha roto en el pecho, como si un dique hubiera cedido y el agua fuera anegando los campos. No piensa en nada, solo llora con desconsuelo. Necesita vaciarse del miedo al que la tiene sometida su destino.

Atardece cuando Valentina decide dejar de llorar y hacer algo útil. Abre el baúl y lo inspecciona minuciosamente. Saca todo lo que puede necesitar en los próximos meses. No es mucho, y cabe en la bolsa de viaje. Descubre el costurero que le regalaron el día de su boda y un vestido que perteneció a una de las doncellas del palacio. Lo mira. Es demasiado largo, y tiene unos volantes ridículos en el pecho. Coge las tijeras y comienza a deshacerlo. Si va a quedarse en Nueva York necesitará algo de ropa, y el baúl tiene que salir al día siguiente.

La tarea la ha entretenido y casi es la hora de la cena, pero antes de bajar al comedor debe hacer algo. Se sienta en el escritorio frente al papel de cartas. Cierra los ojos durante unos instantes e imagina a su marido, un hombre construido con los fragmentos que le han contado quienes lo han conocido. Hace ya tiempo que lo tiene guardado en su pecho y quiere contarle cómo se siente y por qué no irá a Boise.

Mi querido Domingo:

Espero que te encuentres bien y puedas recibir esta carta en el más breve tiempo posible.

No quisiera que pienses que no anhele reunirme contigo, pero la mujer de Valentín Aguirre me ha ofrecido trabajo en la cocina del Jai Alai hasta que termines la temporada en la montaña. Hubiera deseado consultarlo contigo, pero he atendido a mi corazón y a la inutilidad de estar en esa ciudad sin ti. Los Aguirre han tenido a bien llamar por teléfono. No imaginas cómo deseaba hablar contigo, pero una tal señora Peterssen ha dicho que estabas en la montaña y que habías dejado encargado que vinieran a recogerme a la estación. Eso me ha hecho tomar la

decisión. Los Aguirre me pagarán un buen dinero para que me encargue de los postres y pueda enseñar mis recetas a alguna de sus cocineras. Estoy acostumbrada a trabajar, y no sabría qué hacer en esa ciudad, esperándote.

En estos días viajan a Boise dos chicos de Gernika que llevarán mi baúl y esta carta. No sé si la presente llegará a tus manos tan rápido como quisiera, pero la señora Aguirre les ha encargado que lo hagan llegar al rancho, porque no sé dónde viviremos. Aquí, en el corazón de América, debiera sentirme más cerca de ti, pero veo que aún estoy muy lejos. De alguna manera hago como si estuvieras conmigo, y a veces te hablo como si pudieras escucharme. Es muy raro estar casada con alguien a quien no has visto. No puedo pensar en cómo serás, y lo he dejado en manos de Dios. Rezo para que te proteja y deseo que pronto podamos reunirnos.

Tu esposa,

Valentina Alzola

Relee lo escrito varias veces, y para cuando da la carta por terminada la hora de la cena ha pasado. Su estómago no la advierte ni le reclama el alimento. Lo siente arrugado, desperdigando unas lianas que alcanzan todo su cuerpo. Mariana le decía que eran los nervios, y probablemente tuviera razón. Ella imagina los nervios como una enredadera que crece veloz cuando ella no sabe del todo dónde está.

Baja al restaurante para decirle a Bego que tiene el baúl preparado y que ha escrito una carta para su marido. Allí todavía hay gente sentada en las mesas, fumando y tomando una copa de coñac.

—Pediré que lo lleven en cuanto lleguen los muchachos. Llévate

algo para cenar. Estás muy delgada, hija. Necesitas fuerzas para trabajar. Mañana te espero aquí a las siete.

Camina hacia su habitación abrazando un gran paquete que le ha entregado Bego. Cuando lo abre descubre un par de vestidos blancos, dos delantales, medias y zapatos. También hay un pantalón. Lo mira incrédula mientras mastica un sándwich difícil de tragar.

Ahora sí siente que está en América.

Al amor de la lumbre

**DOMINGO ARSUAGA
IDAHO, JULIO DE 1930**

Durante más de una hora, una imprevista tormenta ha descargado tal cantidad de agua que la montaña parece derretirse. A Domingo le ha resultado imposible el descanso; había que reunir el rebaño diseminado, los animales que se desorientaban con el ruido de los truenos y los que se equivocaban con la luz de los relámpagos y buscaban zonas en las que no hubiera barro. El alba le pilló llevando a las ovejas a lugares donde la tierra estuviera prieta y pudiera secarse. Para cuando sale el sol y vuelve la normalidad, ve en los bordes del camino la tierra ondulada que ha dejado el viento, como si se tratara de la huella de una marea viva en la arena de la playa. La montaña tiene alma, y Domingo está seguro de que cuando un fenómeno atmosférico se produce sobre ella hay que escucharla.

Al final del día, está tan agotado que apenas se tiene en pie. Tras montar la tienda y descargar la mula se calienta un poco de leche con trozos de pan seco, mira su cuaderno y anota tres rayitas y una palabra que le gusta entre muchas: «tormenta». Se va a dormir sin esperar a que anochezca y, antes de cerrar los ojos, pasa por su cabeza la imagen de los marineros que desde los barcos echaban flores al mar en honor de la Virgen del Carmen.

Los pastores vascos nombran las vírgenes o los santos para separar los meses o las obligaciones. Para San Pedro hay que estar

en Lekeitio, y el día de la Virgen del Carmen un hombre de mar no puede faltar a la procesión marinera. Antes de Santiago empiezan a llegar los de fuera, y para la Virgen no cabe un alfiler en la pradera de la romería. Domingo nunca se perdía San Roque en Bermeo, o la Fiesta de los Gansos en Lekeitio. Durante el verano los mozos recorrían los pueblos, y ahora, en esta montaña tan lejana, con los ojos cerrados y el olor de la humedad en el aire, Domingo piensa en su tierra, la recoge y abraza para escapar de lo que le rodea. Para San Miguel, piensa el pastor, bajaré a Boise.

Le despiertan los ladridos de los perros. Abre la tienda y advierte que la oscuridad es total. Las estrellas no alcanzan a iluminar la planicie donde ha dejado el rebaño, y el candil resulta insuficiente. Camina dando grandes zancadas, guiado por el ladrido de Beltza, pero sin poder evitar los matorrales de espinos que le arañan los brazos. Lleva el rifle cargado, pues intuye que el alboroto se debe a la presencia de coyotes. Las ovejas han levantado un remolino de polvo y los perros aúllan en dirección al arbolado. Domingo busca los ojos amarillos de los coyotes, le parece detectar movimiento. Dispara, haciendo un pequeño recorrido, y escucha un aullido de dolor. Se acerca y descubre a uno de los corderos herido de muerte y al coyote al que sus balas han alcanzado. Está furioso, ebrio de adrenalina, y la impotencia le hace farfullar palabras ininteligibles. Pocas veces se enfada; ha aprendido a que su ira discurra subterránea, porque sabe los efectos que puede causar. Se mantiene alejado de las personas iracundas o despiadadas en la medida en que puede y cuando se produce una refriega se encierra en sí mismo, apartándose. Pero en la montaña puede gritar, aullar como un animal o descargar su impotencia en los troncos vencidos o en las rocas del río. La naturaleza ofrece abrazos de reconciliación.

Cuatro días después, Domingo tiene las pieles secas y limpias, dispuestas para su venta, come un estofado de oveja que sazona con tomillo silvestre y mira al cielo para calibrar si las nubes que se acercan por el este llegarán hasta allí o se desharán por el camino. No ha tenido tiempo para pensar en Valentina en las últimas dos

semanas, pero termina el mes de julio y está seguro de que su esposa ya estará en Boise. La imagina en su casa, empeñada en convertirla en un hogar. No duda de que las mujeres la habrán arropado. Ángeles, la mujer de Cipri, y Encarni le habrán presentado a las demás.

Sabe las razones por las que hasta hoy ha sido un buen pastor. La primera vez que subió a la montaña supo lo que tenía que hacer: habitarla sin ignorar su fiereza y su lealtad. Los marineros también saben relacionarse con la mar sin perderle el respeto, y cuando el horizonte se borra hay que anclar las piernas a la cubierta del barco y esperar que el zarandeo no sea mortal. Nada más llegar a la montaña, cada temporada, Domingo olvida quién es y bloquea todo aquello que le hace vulnerable. Nadie le espera abajo, tiene buena salud y sabe que a la adversidad no hay que hacerle frente, sino caminar a su lado hasta perderla de vista. Es un ser perseverante. En la montaña, de alguna manera, ignora su cuerpo; su olor acre, la ropa sucia, la comida precaria o la piel tirante por el sol. Huye de los malos pensamientos, de los anhelos y hasta de sus más profundos deseos. No cae en la tentación de dejarse llevar por la soledad, más bien la mantiene a raya: talla, pesca, se ocupa del rebaño y busca piedras en las que el tiempo haya dejado grabadas las hojas de los arces o los pinos. Él está allí para ahorrar un dinero que necesitará cuando no sea joven, cuando esté enfermo o cuando tenga una familia. Sabe hacerlo, y también disfrutar de un colchón mullido cuando vuelve al dormitorio del rancho o de la pensión, de una cerveza fría, de un baño y de la ropa limpia. Tiene perfectamente establecidos los límites de esa vida que ha elegido. Tampoco el mar le daba días eternos; había galernas, mala pesca y otras dificultades.

Algo ha cambiado en él, y no es el agotamiento lo que le hace pensar que ya no mira el paisaje como siempre lo ha hecho. Le parece que la piel que recubre su corazón está en carne viva y que ha perdido la voluntad de resignación que le permitía hacer bien su trabajo y hasta disfrutar de la naturaleza. No puede evitar ser consciente de que huele mal, está cansado y se siente incómodo con

su ropa sucia; quiere bajar a Boise, conocer a su esposa y dormir durante horas en su propia cama. Quisiera tener la capacidad de exteriorizar sus emociones, pero está en la montaña y no tiene a nadie que le escuche. No recuerda haber llorado en público, aunque sí la congoja que sintió cuando Encarni le leyó la carta de su tío en la que le comunicaba la muerte de su madre. Domingo se sorprende ante la intensidad de sus sentimientos. No sabe exactamente si es la ansiedad por conocer a Valentina lo que le agita, o esa emoción desconocida que le hace temblar cuando comprende que, por primera vez en su vida, va a pertenecer a alguien.

Se pone en pie y camina entre las ovejas. Ellas, que todavía no se han secado del todo, exhalan un olor fuerte a humedad, fermentos y leche vieja. Se fija en ellas, frunce el ceño y piensa que los viejos pastores tienen razón: no se puede ser pastor y permanecer tanto tiempo solo en la montaña. Calcula los años que tiene, cuenta con los dedos y repasa los montes de su biografía. A veces se le olvida que el tiempo pasa; tiene treinta años, va con el siglo. Tardará cinco años en pagar el dinero que le ha prestado su patrón, y después...

Para reparar su malestar, busca el río, se desnuda y se zambulle. El agua está fría, no tanto como en marzo, pero el frescor deshace los nudos de sus músculos y aleja los pensamientos. Se tumba al sol, suspirando de placer, hasta que Beltza aparece ladrando como si hubiera fuego. Mientras se viste, echa una ojeada al rebaño: parece tranquilo. Luego desvía la mirada hacia su tienda y le parece adivinar una figura con sombrero. Sube un repecho y, al acercarse, ve a Felipe. El corazón le da un vuelco, sabe que su amigo está ahí para anunciarle la llegada de Valentina. Los últimos metros los apura en cuatro pasos.

—*Kaixo, lagun*^[36].

Los hombres se palmean la espalda y se miran, buscando alguna línea del rostro que no halle su camino.

—No te encontraba.

—Tuve que cambiar de ruta. Ha llovido mucho y no quería

jugarme la vida. —El pastor lo mira—. Traes noticias, supongo...

—Sí. Vengo a decirte que Valentín Aguirre, el de Nueva York, habló con la patrona. Tu mujer quería hablar contigo. Va a quedarse hasta septiembre trabajando como cocinera en el Jai Alai. —Felipe se vuelve hacia el caballo y busca algo en las alforjas—. He traído un paquete de café Pure Maid, huevos, beicon y una tableta de chocolate. El patrón no sabe que he venido, pero su mujer sí. Ha sido ella la que me ha dado las provisiones para ti. Y también esta carta.

Domingo toma lo que le ofrece su amigo. Su cabeza recuerda el último día en el salón del rancho con los Peterssen. No puede olvidarlo, el café dulce, los pantalones de la esposa de Jeff, y aquella sala llena de objetos bonitos. Eso está ahí, sosteniendo el instante en que el patrón y él se dieron la mano para prometer que nada iba a cambiar. Se llena el pecho de aire y lo expulsa como si con él salieran también las brasas que guarda de aquel día. Se mete la carta en el bolsillo y se acerca al fuego, donde apenas lucen unas brasas.

—Aquí se respira. —Felipe se quita la chaqueta y se suelta un par de botones de una camisa que se ha secado al sol de muchos veranos—. El calor de ahí abajo no da tregua.

—¿Vas a quedarte?

—No. Cipri me sustituye, pero no quiero comprometerle.

Domingo echa un poco de leña y sopla para que salga la llama. Luego pone un par de tazas de hojalata sobre una piedra y rellena una cafetera abollada con el agua que hay en un pequeño barreño.

—No tengo azúcar.

—Pena no haberlo sabido.

Su amigo echa una mano al bolsillo en busca de su tabaco y hace un gesto. No le importa el café amargo. Son hombres que llevan la aceptación en la sangre.

—¿Todo bien aquí arriba?

—Sí. Solo he perdido tres ovejas. Bueno, y también un cordero...

—¿Coyotes?

—Sí.

—¿Quieres que baje las pieles?

Domingo asiente y prosigue con la preparación del café. Sus movimientos son lentos. Algo dentro de él se demora más de lo habitual en los quehaceres. Felipe se sienta en otra piedra y suspira, mirando al infinito. A ninguno de los dos le molesta el silencio, o ese intercambio de palabras que disfraza la intensidad de lo que sienten. Ambos se aprecian con esa profundidad que solo ellos conocen. Se cuidan y protegen como pueden, de ellos mismos y de los demás, y nunca franquean la intimidad del otro. Los dos piensan en esa carta que Valentín conserva en su bolsillo, pero no lo dicen hasta que, pasados unos minutos, Felipe se atreve.

—¿Vas a necesitar que te lea la carta?...

—No, puedo hacerlo.

—Bien.

—Estoy cansado, pero dile al patrón que bajaré a finales de septiembre. Lo acordado.

—Te aprecian.

—Lo sé.

Beben la taza de café casi quemándose los labios. Domingo sabe que su amigo ha tenido que coordinar y acordar la escapada con Cipri, levantarse al alba y azuzar al caballo para llegar hasta él. Está seguro de que le gustaría quedarse, pero ve cómo de vez en cuando levanta la mirada al cielo. Se conocen, saben que la montaña no se adapta a los caprichos de los hombres, sino más bien al contrario. Felipe está midiendo la luz que necesitará para llegar al cruce del río y calibrando a qué velocidad va bajando su intensidad. Ambos se miran, sonríen, se palmean la espalda y emiten sonidos onomatopéyicos. Se trata de un rito social intenso que únicamente los hombres de su tierra comprenden. Solo podrá retenerle unos minutos más, los suficientes para poner palabras a una pequeña parte de lo que quieren decirse. Sin previo aviso, Felipe bebe un trago largo de su taza hasta apurar el café, palmea sus muslos y se pone en pie.

—*Ori da*^[37].

—Te acompaño hasta la colina. —Domingo necesita mostrarle su gratitud. No le dará las gracias, pero le demostrará que valora su generosidad.

—¿Seguro?

Domingo asiente, mueve las manos envolviendo el aire como si empaquetara un regalo y luego añade:

—Extiende la brasa mientras ensillo.

Con una mano en el hombro, Felipe le dice que no tema por su esposa. Ellos van a saber el día de su llegada e irán a buscarla a la estación. Antes, Ángeles abrirá las ventanas y pondrá flores sobre la mesa de su hogar.

Domingo busca las cucharas talladas y se las tiende.

—Déjalas en mi casa.

Y el eco de aquel posesivo deja en su boca un resto dulce, como si la casa fuera miel.

Descubrir una vida desconocida

**VALENTINA ALZOLA
NUEVA YORK, JULIO DE 1930**

El Jai Alai está cerrado cuando Valentina, vestida con su uniforme blanco, golpea el cristal de la puerta del restaurante con los nudillos. Va envuelta en esa inseguridad que asalta a quien espera hacer bien una tarea nueva. Ha bajado las escaleras acordándose de Clara y murmurando las mismas palabras, como si se tratara de una letanía: sé cocinar, sé cocinar... Y ahora, mientras espera olfateando el aire de Nueva York, que huele a restos de carbón, gasolina y algo marino, reza un avemaría y se encomienda a su Virgen de la Antigua, dando saltitos con sus topolinos blancos. Ve a una chica menuda que se apresura entre las mesas con un manojo de llaves en la mano.

—Buenos días. Tú debes de ser Valentina.

—Sí, soy yo.

—No abrimos hasta las once, pero ya me han avisado de que vendrías y de que eres una repostera estupenda. Soy Manuela. —La chica le tiende la mano formalmente y ella hace lo mismo—. Ven, Elizabeth y yo estamos en la cocina desayunando.

Valentina sigue a la joven, preguntándose de dónde será ese acento con el que habla en un español musical. En la cocina se reúnen con Elizabeth, una chica joven y grande que habla como si tuviera catarro. Manuela procede de México, y habla en inglés con su compañera. Sobre una mesa hay una tortilla medio deshecha,

tostadas y café. Obedece las indicaciones de la joven parlanchína y acepta el plato que le sirve generosamente Elizabeth. Le gustaría tomar leche, y un poco de azúcar, pero no lo pide. Aprende que lo que come no es una tortilla, sino huevos revueltos, y que la leche que ella necesita ha sido empleada en ellos. En apenas unos minutos, las tres trabajan en sus cosas. Elizabeth se ocupa de las carnes y los guisos, y Manuela limpia verduras y pela patatas.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunta Valentina, inquieta por la respuesta.

—Pues... La señora me dijo que ibas a encargarte de los postres... Ella vendrá enseguida. Si quieres, te enseño esto.

La joven entra en una pequeña habitación llena de estanterías.

—Esta es la despensa. La puerta debe estar siempre cerrada.

Valentina se queda extasiada. Pocas veces ha visto tanta abundancia como allí. Al fondo hay otra puerta y un ruido de motor.

—Estas son las neveras.

Abre una cámara frigorífica industrial. En el Arraun también había una, pero nada tenía que ver con esta. Manuela la pone al corriente de lo que se guarda en la cámara y sale atendiendo a la llamada de Elizabeth. Valentina mira a su alrededor. Las recetas acuden a su cabeza a medida que descubre ingredientes. Por un momento olvida dónde está, y lo único que quiere es ponerse a cocinar. Esperará a la patrona, pero para aprovechar el tiempo irá preparando un bizcocho que rellenará con crema y melocotones en almíbar. También hará una *mousse* de chocolate.

Revisa los utensilios. Está claro que allí no ha habido oficio: apenas hay boquillas para las mangas y los moldes hace tiempo que no se usan. Echa en falta un barreño de cobre, tan útil para los almíbares y las mermeladas e indispensable, una vez limpiado con piel de limón, para que las claras a punto de nieve levanten pronto y no se corten.

Pide permiso a las chicas para ocupar la mesa en la que han desayunado y allí coloca los huevos, el azúcar, chocolate, harina, manzanas y una barra de mantequilla. Comienza encendiendo el

horno, tamizando la harina y mezclándola con el polvo Royal; en otro recipiente bate la mantequilla, los huevos y el azúcar con la ralladura de limón. Está concentrada, y en su cabeza se proyectan las imágenes de cuando cocinaba en el palacio o en el Arraun. Mariana viene a su cabeza. La ve con la pequeña Valentina apoyada en la cadera y removiendo el guiso de carne con tomillo que tanto le gustaba. No se da cuenta, pero un par de lagrimones caen sobre la masa. Mete un dedo en la mezcla, lo chupa, añade más azúcar y sigue batiendo, ajena a lo que la rodea. Su tarea la lleva de nuevo lejos, esta vez al palacio, donde Esther, la Fraulin, le pide que escarche unas frutas para el helado de tutifruti. Ni tan siquiera se da cuenta de que va y viene vigilando el horno, de que no reconoce lo que a su espalda se habla y de que un par de muchachos han pasado a su lado camino del vestuario.

Para cuando Begoña entra en la cocina, el aire es un festín de olores y Valentina está a punto de rellenar los bizcochos con una crema de mantequilla dulce y esponjosa. Sobre la mesa hay al menos una docena de copas rellenas de *mousse* de chocolate. La patrona mira complacida, prueba, sonríe y finalmente felicita a Valentina.

—Me gustaría que hicieras una *mousse* de café. ¿Sabes?

—Claro.

—Y a las tartas ponles todo el merengue dulce que tengas: a los americanos les encantan las salsas, las cremas, el merengue y, sobre todo, el azúcar. Voy a mandar traer un carrito para que podamos llevar tus delicias entre las mesas... Será un éxito.

—¿Podría ver el libro de la Parabere?

—Mandaré que te lo lleven a tu habitación. Los chicos ya se han llevado tu baúl y la carta. En cuatro o cinco días estarán en Boise. — La mujer mira la mesa—. ¿Vas a necesitar algo?

—Sí, necesito bastantes cosas. Azúcar avainillado y glas, miel y frutos secos. No he visto hilador para el huevo, y hacen falta boquillas y un cortador de pastas. No sé quién es la encargada de hervir la leche, pero habría que dejarla enfriar cuarenta minutos

para retirar la nata y poder hacer la crema de chantillí...

Bego levanta una mano, pidiéndole que detenga sus peticiones.

—Es tu primer día, y es miércoles. Hoy no vendrán muchos clientes, así que, en cuanto termines lo que estás haciendo, tú y yo nos vamos de compras. Prepara una lista. Tendremos que visitar un par de almacenes, y en el barrio chino hay de todo. A partir de mañana, Carmencita será tu ayudante y aprendiz. Quiero que le enseñes lo que sabes, estarás con nosotros hasta cuando tú quieras.

Bego es una mujer práctica y eficaz. Cuida de su personal y aplica el sentido común. Quiere que el Jai Alai sea una referencia, y está dispuesta a conseguirlo. Valentina se fija en su seguridad, en esa manera de no detenerse en los problemas y buscar soluciones. Cuando hay muchos clientes se quita y pone el delantal, se atusa el pelo frente a un espejo y sale a saludar.

Los camareros anuncian los nuevos postres a los comensales, y poco a poco llegan a la cocina las felicitaciones de los clientes más golosos. Valentina ha pedido un espacio propio en la fresquera y ha advertido a Carmencita de los secretos que toda repostera debe aprender. El azúcar es un buen conservante, pero los huevos y la leche tienen que estar a buen recaudo; la mantequilla, si no está bien guardada, puede ponerse rancia, y es aconsejable envolverla en papel encerado y sumergirla en agua fría.

Apenas ha comido, obsesionada por cumplir su cometido, superando las expectativas de Bego, y cuando esta viene a buscarla lleva casi seis horas en pie, pero no protesta.

—Sube a cambiarte —dice—, mi marido nos espera para llevarnos al centro. Ahora estás en otra habitación, pregúntale a Patrick.

El recepcionista le entrega una llave, indicándole que tome el ascensor. Va a decir que prefiere las escaleras cuando ve que tiene la habitación 502 y que está en el quinto piso. Se monta en él, rezando un padrenuestro, y sale en cuanto se detiene en su planta. La habitación es mucho más pequeña que la que ha ocupado hasta ahora y no tiene baño, solo un lavabo con un espejo. Alguien se ha

encargado de sus cosas y en el armario cuelgan medio huérfanos sus vestidos junto a su par de zapatos. Sobre una mesita están el costurero y el otro vestido que empezó a renovar. Descorre la cortina y ve un patio y una escalera metálica. Nunca ha estado a esa altura, semejante a la del palacio o un poco más, pero ella nunca subió a los últimos pisos ni utilizó el lujoso ascensor con su banquito forrado de terciopelo rojo y apenas se atreve a mirar hacia abajo. Se lava como lo ha hecho siempre, se arregla el pelo y se apresura para no hacer esperar al matrimonio. Al salir recorre el pasillo y ve una puerta en la que hay un rótulo donde se lee la palabra BATHROOM. Comprueba que está abierta. Es un baño casi idéntico al que había en su habitación, y está limpio. Valentina se siente feliz de poder disponer de aquel lujo al que le iba a costar renunciar.

Nueva York la sobrecoge lo suficiente como para comprender que la ciudad está viva y llena de gente llegada de otros continentes, de otros países, de capitales donde la historia hizo y deshizo sus destinos a causa del hambre, el paro o la guerra. Dicen que es la ciudad donde todo el mundo tiene su oportunidad, aunque desde que cayó la Bolsa el año pasado el dinero no circula de la misma manera. Ella ha podido comprobarlo en el restaurante. A la hora del cierre siempre hay gente esperando las sobras de la cocina, y cuentan que de noche se ven hogueras de gente sin hogar que duerme al raso. Probablemente, piensa Valentina, esos hombres no han conocido antes la pobreza ni el hambre. Ella sí lo ha hecho, pero en un pueblo como el suyo siempre hay alguien que sabe lo que necesitas y te lo ofrece como si le sobrara. No quiere olvidar la manera de encontrar la felicidad entre los mimbres de la penuria.

Valentina oye nombres de ciudades desconocidas pero pertenecientes al mismo país, con la misma lengua, que se han agrupado en un barrio que combate la nostalgia haciendo una réplica de sus pueblos. Los edificios están ahí para hablarle de ese desafío que se hacen unos constructores a otros para levantar el

más alto. Hay palacios con jardines y vidrieras, así como edificios de ladrillo rojo que albergan garajes, surtidores de gasolina o almacenes. Haría falta una vida entera para averiguar lo que se esconde en los cruces de las inmensas avenidas, en los zaguanes o en las bocacalles, pero en su destino está escrito que ella entregará su vida a la capital del estado de Idaho, donde quizá sea madre, envejezca y muera.

Impresionada por la velocidad a la que tiene que adaptarse, vuelve a sentir que se le encoge el estómago y le cuesta prestar atención a las palabras que le dirige el matrimonio. Tiene algo atascado en la garganta, el impacto de saber que tiene mucho que aprender, empezando por distinguir dónde están los suyos en esa Babel en la que se encuentra. La vida en Gernika o en Lekeitio iba en línea recta y, aunque ella soñara con lo desconocido, lo que ahora vive la marea un poco. No sabe si será capaz de pasar estos meses sin enfermar.

—¿Han estado ustedes en Boise?

Lo ha preguntado sin pensar. Quizá para agarrarse a una esperanza que se le antoja frágil y quebradiza. Su pregunta es casi un ruego, y durante unos segundos queda suspendida en el aire esperando una respuesta que la acoja. Es la primera vez que se siente tan perdida, desorientada y abandonada a su suerte.

La mujer permanece en silencio, y es Valentín quien arranca a hablar describiendo un desierto de polvo y calor rodeado de preciosas montañas. Habla de la nieve, que devuelve a la joven al manto blanco que vio un día en 1921 y que apenas duró unas horas sobre la plaza. Deja de escuchar y piensa que habrá de comprarse unas botas y un abrigo y cuidarse del agua fría si no quiere volver a tener sabañones.

—Cuando lo veas, intenta no compararlo con nuestros valles o saldrás corriendo.

El almacén que visitan en primer lugar es tan grande y está tan bien surtido que a Valentina se le borran los pensamientos. Una legión de empleados mueven inmensas escaleras para llegar a los

altos estantes en los que se apilan productos desconocidos para ella. Begoña no habla un inglés tan fluido como el de su esposo, así que entre los tres acumulan gran cantidad de artículos que entregarán al día siguiente en el restaurante. Después visitan otro similar en el que hay vajillas y cacharrería. Los brillantes bruñidos de las cazuelas la deslumbran. Mientras eligen unos moldes, Valentina comprende lo que significa América para los que vienen de Europa. Escoge un molde en forma de estrella. Con él hará un pastel especial para su veintiún cumpleaños.

Quizás se trate de amor

**DOMINGO ARSUAGA
IDAHO, JULIO DE 1930**

Domingo acompaña durante un rato a Felipe. Cabalga a su lado y le escucha hablar de ese verano que sucede sin él. El calor está apretando en la llanura, y cuenta que hay días que al atardecer ni tan siquiera refresca, solo se levanta una brisa caliente que remueve el polvo y cubre las casas de un tono rojizo. Los niños lloran y las madres los llevan a la orilla del río para que se remojen, pero el alivio no llega. Algunas rezan, casi murmurando, y ponen velas para que sus vírgenes eliminen ese horizonte emborronado y vengan las nubes a llorar con ellas. Felipe también le habla de las nuevas chicas que han llegado a Boise, camareras y desconocidas que vienen a por los ahorros de los hombres que trabajan en las minas, en los aserraderos, en la construcción de la presa o en los pastos. Los hombres hablan de mujeres, las nombran como si fueran vetas de plata en la mina de su vida. Pero como el pastor se mantiene en silencio, su amigo se aleja de ese asunto y habla de los matrimonios que se preparan y del avance de la enfermedad de Enrique Urquidi, a quien no han podido curar en el hospital. Habla de ovejas, de sequías y de bautizos, señalando la ruta de lo cotidiano, porque se ha dado cuenta de que a Domingo solo le interesa que la vida no se detenga y que los días pasen hasta que él pueda volver a la ciudad.

Al llegar a un desvío en el que hay un cruce de caminos se despiden. Domingo, incorporado desde su montura, le abraza con

torpeza, le da las gracias con un tono de voz profundo que explica por sí mismo la importancia de esa visita.

—*Kontuz*^[38] —le advierte.

Vuelve sobre sus pasos. Mira al cielo, y después sus ojos curiosean la superficie de los riscos, el lado por el que la brisa mueve apenas unos matojos de anís. Ha aprendido que en la montaña las tormentas no avisan ni dan tiempo a guarecerse. No es como el mar, que alerta desde la mañana con sus nubes y sus colores revolviendo el oleaje, bajando la temperatura y estallando en rayos y truenos para dejar paso a la lluvia. Ahí arriba hay que mirar al cielo muchas veces al día, adivinar las intenciones de los vientos y mantenerse alerta. A pesar de que ama la montaña casi tanto como la mar, vuelve a oír en su cabeza esa voz que repetidamente le advierte que no podrá ser pastor durante muchos años más. Ahora que Valentina está llegando hasta él, sabe que el día en que nazcan sus hijos no podrá estar muy lejos, y que la labor de un padre es, sobre todo, estar presente en sus vidas. Ha oído que en los alrededores de Ketchum, en Sun Valley, están construyendo carreteras y cabañas para aquellos que quieren pasar un tiempo lejos de la ciudad. Conoce la zona, y también Bald Mountain; se la enseñó Alfonso Arriaga, que le dio de comer en la taberna que llevan su hermana y su mujer. Quizá Valentina, siendo cocinera, quiera ir un día a levantar un negocio y una vida donde él no tenga que ser el centinela de un rebaño.

Mientras se acerca al campamento piensa en su pequeño gesto de arrogancia. Lleva dentro un pequeño volcán deseoso de entrar en erupción. En realidad, sabe que le costará descifrar el contenido de la carta. No lee tan bien como cree, ni conoce todas las palabras de todas las personas, pero no puede dejarla en manos de nadie. Esa carta es el vínculo de un marido con su esposa. Las palabras son el primer roce en la piel de su corazón, y ni siquiera un amigo puede interponerse. Azuza al caballo e imagina el calor pegajoso que le ha descrito Felipe. En parte, se alegra de que Valentina no lo sufra. En Nueva York el asfalto sudará como una nube venenosa, pero le han

dicho que ahora en los cines de la gran ciudad hay un aparato que enfría el aire.

El rebaño no ha registrado su ausencia. Ahí está su insignificante campamento, ese hogar de lona que mitiga el frío y ahuyenta a los insectos. La última talla, un cucharón que ha ocupado el tiempo muerto, está abandonado en un rincón, y las hierbas que escogió Tajui para protegerlo de los malos espíritus aguardan en su saquito para desparramar sus propiedades benefactoras. Abre el cuaderno y cuenta las rayitas, los días, las semanas, los meses...

Le palpita el corazón cuando coge la carta en sus manos. Rasga el sobre con cuidado y extrae un papel en cuyo encabezamiento figuran el nombre y la dirección del Hotel Santa Lucía. Vienen a su cabeza el edificio, el restaurante, las calles que no se atrevieron a franquear. Recuerda aquel oasis tras la larga travesía, y también el vaivén del mar que los acompañó durante días. Suspira y dice en voz alta: la mar. Para los que están dentro, para los marinos, es la mar, un lugar femenino. Mar gruesa o en calma, hacerse a la mar. Mira las montañas que le rodean, allí él recuerda el mar, *itxasoa*. Él ya no es un hombre de mar, pero ha sido la mar quien le ha traído a Valentina. Ojea el texto escrito, que parece indescifrable a primera vista, y comienza a leer, despacio, como si fuera el mapa de un tesoro que necesitara descifrar.

Pone un dedo tosco sobre una palabra e intenta superar esos muros que su cabeza levanta frente a las letras. Luego pasa a la siguiente, y así hasta completar la frase. En un tono más alto, arañando su propia voz, como si armara un rompecabezas, sin entender del todo el significado hasta que de pronto, cuando la ha repetido tres o cuatro veces, la luz se hace y una explosión de felicidad le hace sonreír. Hay palabras que no comprende y frases que se niegan a revelar su significado, pero él sabe que las letras necesitan su tiempo. Avanza dichoso, apoderándose de las expresiones que emplea Valentina. «No quisiera que pienses que no anhelo reunirme contigo». *Ez de nahi zuk pentzatzea ez dudala desiratzen zurekin bildu nahi.*

A Valentina le parece imprescindible hacerle saber que se ha quedado para trabajar, que no tenía sentido llegar a un lugar donde no está la persona por la que ha hecho el viaje... Y él la entiende. Ambos desconocen la generosidad de sus corazones, y a Domingo le apena ese respeto innecesario. A su cabeza acuden pensamientos nuevos que ponen en entredicho su condición de pastor. Tiene poco sentido que él esté ahí arriba y ella allí, en Nueva York, cuando es la persona que le acompañará hasta el final de sus días. Comprende su impotencia, aunque no hayan llegado a nombrarla. «Hago como si estuvieras conmigo, y a veces te hablo como si pudieras escucharme».

La noche ha caído y ni tan siquiera ha comido. El alimento que destilan las palabras de Valentina le nutren de algo ligero, le embriagan. Aviva el fuego y se cocina un buen plato de huevos. Luego revisa esa nube blanquecina que conforma el rebaño bajo las estrellas brillantes. Se acuesta en el catre, y con la luz del quinqué mira a esa joven de la fotografía que posa bajo un magnolio y le presta una voz dulce que le responde, como si pudiera escucharle.

A su cabeza vuelve Amy. Si él hubiera hablado inglés, quizá podría haber llegado a algo serio con ella, pero, a pesar de que muchos de los que conoce se han casado con americanas, es más fácil vivir con alguien que sabe cómo es la tierra con la que uno sueña. No imagina cómo puede ser hablar de lo que pasa dentro sin tener que explicar nada. Cuando está en Boise, se fija en las parejas. Lleva tiempo tratando de averiguar qué es lo que las une hasta el punto de entenderse con solo mirarse. Encarni y su marido lo tienen. Jeff Peterssen cree que lo posee, pero está equivocado. Lo ha visto en la señora Peterssen: una sombra pasa por sus ojos cuando mira a su marido. Él imagina que es el sueño compartido el que te entrega al otro. Nunca pudo compartir una noche entera con Amy, pero le hubiera gustado despertarse a su lado y saber cómo el placer se había acomodado en ella. Los hombres saben que cuando

duermen están desprotegidos. Si no hubiera leyes y cárceles, muchas mujeres asesinarían a sus maridos en ese momento en que se hallan tan indefensos como niños. Eso explica su deseo de dormir una noche entera con Valentina. Domingo cierra los ojos en la misma postura que tendría si estuviera abrazado a ella, y el lecho le parece tan mullido como una de esas nubes de algodón que anuncian la llegada del otoño.

Amanece temprano. Lo organiza todo para bajar un poco más antes de que el sol alcance su punto más alto. Ahora sabe que cada trecho que descienda supone un par de días menos para llegar a la fecha. Lo hace ignorando sus costumbres. Ya no mira la montaña, sus recovecos o la forma que tiene de esconder sus misterios. No ve las cavidades subterráneas, las hondonadas y las simas. Pasa por los lagos o los arroyos sin reparar siquiera en el agua cristalina, en el ruido de los cantos deslizándose hacia la meseta. Es como si su paisaje interior le resultara más interesante que ese paisaje exterior que tantas veces le ha proporcionado una inmensa dicha. La montaña, como el desierto o el mar, está plagada de espejismos. La luz engaña y a veces, en la lejanía, se ven picos que no existen, las nubes conforman lugares imaginarios y la nieve borra las distancias cuando se empeña en desplegar una blancura casi alucinante.

Domingo cabalga buscando únicamente un llano cerca del río donde poder olvidar. Evita las zonas más escarpadas, los riscos peligrosos, y vigila concentrado en esa marea bamboleante. Las ovejas, como si supieran que regresan, se desmandan en pequeños grupos y reunir las obliga a los perros a correr ladrando sin tregua. Dicen que son unos animales tontos y bobalicones, pero no es así. Son dóciles y saben que no tienen armas defensivas. No tienen cuernos, garras o caparazón. Tampoco poseen sentido de la dirección, y por eso saben que mantenerse juntas es indispensable. Si una oveja ve un coyote, echa a correr y todas la siguen, aunque solo ella lo haya visto.

Con apenas una mirada percibe si el rebaño va en la buena dirección o se desvía, tiene experiencia y controla en un par de

minutos si está completo, pero debe vigilar la retaguardia, no dar por hecho que ningún animal se ha quedado entre los arbustos o permanece ajeno al movimiento. Una ligereza nueva le acompaña, aunque el aire le sube a la garganta y tiene que soltarlo para no ahogarse. Hoy no tiene sitio para la naturaleza en su corazón: Valentina lo ha ocupado por entero con sus esperadas noticias.

Cuando el día finaliza, vuelve a tomar la carta en las manos y la descifra, esta vez con más consciencia de lo que hace. Y así va repitiendo las pequeñas liturgias que le da la costumbre de sus días. Su ansiedad le hace ser consciente de su soledad, de ese aislamiento que ha sabido distraer durante años. Ahora Domingo siente el friego que le habita cuando prepara las alforjas y recoge el rebaño para hacer el último trecho que le separa del rancho, y nota una ansiedad en su riego sanguíneo que no había sentido antes.

Los días se le hacen especialmente largos. Su pecho está atravesado por la impaciencia, y el tiempo parece haberse tragado un trozo de eternidad. Cada mañana se plantea bajar sin esperar a la fecha, pero hace demasiado calor y sabe que el rebaño debe permanecer al menos una semana más en la montaña. Lo conduce hasta un lago cuya visión siempre le causa un efecto tranquilizador. Cuando llega, el paisaje inmenso y sobrecogedor le arranca unos suspiros que desatascan su pecho. Ese día se tiende en la noche bajo un manto de estrellas de las que le gustaría hablarle a Valentina.

No puede olvidar la manera en que su jefe se despidió de él. Por nada del mundo se regresará al rancho vencido antes de tiempo, y aceptando que no habrá pasto para el rebaño en medio de ese calor abrasador. No puede presentarse ante los demás habiendo perdido la solidez y la tenacidad que le ha otorgado su condición de hombre fuerte y de pastor. Pero, a pesar de sus pensamientos, siente que ya no es el mismo; no es el aislamiento lo que le corroe, ni ha soñado con su hermana perdida. Su urgencia nada tiene que ver con el rigor de la naturaleza, es más un fuego que lo consume por dentro y que no se atreve a calibrar.

Quizá se trate de amor.

Últimos días en Nueva York

VALENTINA ALZOLA

NUEVA YORK, SEPTIEMBRE DE 1930

Desde su cama mira a su alrededor, estupefacta, como si no diera crédito a lo que ve. El papel pintado, delicado y alegre, despliega unas caprichosas guirnaldas que caen desde el techo con la cadencia de una pared palaciega. Su uniforme, y planchado, cuelga de una percha enganchada en la manija de la ventana. Se detiene en un calendario que el recepcionista regalaba y que ella ha colocado en la pared. Ha ido tachando los días con unas aspas decididas, y ahora cuenta los que le quedan en esa ciudad que la ha transformado hasta casi desaparecer: dos semanas. Se queda pensando en la chica asustada que llegó a la isla de Ellis tres meses atrás y siente un escalofrío.

Durante las primeras semanas, apenas se atrevió a alejarse un par de manzanas del hotel. Su primer día libre se quedó cosiendo junto a la ventana de su habitación. Le aterraba salir a las calles a descubrir las cosas que intuía podían robarle el corazón. De alguna manera, aunque no se sintiera casada, lo estaba, y la percepción de ello le hacía quedarse allí porque no tenía un marido al que pedirle permiso para lanzarse a la aventura. A medida que pasaban los días, que su trabajo era reconocido, empezó a olvidar el sentimiento de pertenencia y culpa, lo que dio paso a la necesidad de saber en qué lugar del mundo se encontraba.

Las horas que pasa en el restaurante se siente feliz. Dispone de

una gran abundancia de ingredientes, frigoríficos poderosos y máquinas que baten y suben las claras a punto de nieve. Los clientes y quienes pisan la cocina hablan del hambre, de la caridad que no alcanza para los miles de neoyorquinos sin trabajo, pero a ella todo le parece abundante y no tiene un conocimiento cabal de las penas que asolan la ciudad. Las prisas y los nervios para que todo esté preparado le impiden pensar, y enseñar lo que sabe a Carmencita la estimula. La patrona le ha prestado el libro *Confitería y repostería*, de María Mestayer de Echagüe, la Marquesa de Parabere, y ya se anima a reproducir las mejores recetas. ¿Qué más puede desear?

Mira hacia la ventana. Quiere levantarse para hacer uso del baño. Hoy tiene el día libre y debe ocuparse de su higiene. Le ha pedido a Manuela que la lleve a escuchar misa en la catedral de San Patricio. A Valentina le parece que no puede irse de esa ciudad sin ver San Patricio, ni recibir un sermón en condiciones que le recuerde el peso del pecado o la gratificación de la confesión y la penitencia. Los españoles van a misa en Little Spain, a la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, situada en Manhattan, entre la Séptima y la calle 14. Allí está el Café Madrid, y en sus calles hay tiendas de flores y arreglos y se oye hablar español. Ella goza del pequeño imperio de Valentín Aguirre, pero los que tienen problemas o se quedan sin trabajo encuentran en La Nacional y en la calle 14 todo lo que necesitan para paliar la nostalgia.

En Nueva York hay muchos españoles, y ya sabe que la mayoría se dedican al *cabaret*, a los clubs y a la gastronomía. Carmencita y ella han estado en La Bilbaína, un restaurante cercano a la iglesia en el que su hermana trabaja de camarera. Con Manuela ha aprendido suficiente inglés como para defenderse, pero todavía no es capaz de centrarse en el aprendizaje del idioma. Su voluntad y su alma están asoladas por tantos descubrimientos... Su amiga ha resultado ser una guía excelente. Le ha enseñado a no temer ese medio de transporte subterráneo que llaman metro y que en pocos minutos te lleva de un lado a otro de la ciudad. Ya conoce el barrio de Queens y

la ciudad negra de Harlem, donde se sintió turbada por la presencia de tantos hombres y mujeres negros que poco se parecían a aquellos infieles salvajes a quienes era necesario salvar según las homilías del cura de Lekeitio.

Manuela quiere mostrarle el almacén más elegante de Nueva York, cuyos siete pisos están dedicados a la moda y los complementos. Se encuentra en la Quinta Avenida, cerca de la catedral, y se llama Saks. Todos le han advertido del frío que encontrará en el oeste y de lo conveniente que le resultará tener un buen abrigo y unas botas, pero ella no está convencida de gastar el dinero que ha ahorrado sin consultar antes con su marido. No lo siente suyo a pesar de la insistencia de Manuela, que proviene de una familia tradicional y católica pero ha nacido en Nueva York y está acostumbrada a que las mujeres piensen en ellas mismas. En su fuero interno, Valentina navega en un mar de dudas que la zarandean como si ella fuera un pequeño barco en mitad de la tormenta. Echa de menos el mercado de Gernika, el olor del salitre que sube desde el puerto en Lekeitio, la frescura de los días y hasta el repetido aburrimiento de su pueblo. No puede cambiar de la noche a la mañana, y, como siempre ha sido pobre, algo le impide comprar lo que esa ciudad exhibe. Y añora todo eso desde un lugar en el que no puede echar raíces, a pesar de esos edificios que construyen en el centro y que compiten en altura con el vuelo de los aeroplanos.

Disimula, se cuida de no pensar en algunas de las cosas que ve, no dice lo que piensa, ni tan siquiera puede traducir a palabras esa especie de parálisis que siente. Hay una incomodidad persistente en su corazón, como si alguien tirara de sus brazos en sentido contrario y la obligara a elegir entre ese marido que la espera en el oeste y el calor del Arraun y de Mariana. Por eso no se atreve a pensar, a preguntar todo lo que quisiera, porque no tiene sitio en su cabeza para tanta novedad.

Ha recibido la primera carta de su amiga, y la ha leído tantas veces que se la sabe de memoria. Las palabras que ha escrito en

esos dos pliegos de papel con letra apretada y varios tachones han levantado una ola de nostalgia que le ha dejado la piel en carne viva. Mientras leía, la cocina, el comedor y hasta el Palacio Iribarren pasaban como fantasmas delante de sus ojos. En esos momentos los cerró y hasta creyó reconocer el olor que flotaba en el aire de Gernika.

«Los niños están bien, incluyendo a la pequeña Valentina, que se ha convertido en el juguete de la casa y crece con salud. El restaurante sigue funcionando, aunque la economía y los rumores políticos asustan a los clientes». Mariana la informa de las cosas cotidianas sin detenerse en los detalles, porque sabe que quien se va deja un pie en el lugar que ocupó. Le habla del mercado y de cuánto se echa en falta su mano para los postres. Nombra a clientes, a conocidos, pero ella nota una curiosa ansiedad en las preguntas que su amiga le hace sobre Domingo o Nueva York. Mariana está tan expectante como ella y quiere saber lo que le está sucediendo. Las mujeres intuyen lo que pasa en el corazón de otras mujeres. Conocen la inestabilidad del suelo que pisan, es una cualidad que se aprende en las cocinas, en los corrillos de las plazas o en los días de costura. Están acostumbradas a intuir, a vislumbrar, y también a susurrar y murmurar acerca de esas corrientes que les afectan. Por mucho que Nicolás revise las cuentas, se ocupe de los números o arregle los desperfectos, es Mariana la que lleva el peso de las pequeñas decisiones que conforman sus vidas.

Con resolución se levanta de la cama. Pensar y repensar no le hace bien. Se le instala en el pecho esa barra de hierro que le atasca el aire y le quita las ganas de comer. Se pone la bata que le ha regalado la señora Aguirre y camina, aún somnolienta, hacia el baño del pasillo. Da un par de golpecitos con los nudillos y nadie contesta. Empuja la puerta y entra. Se desnuda y se mira al espejo mientras se llena la bañera. A veces lo hace: mira su cuerpo como si fueran los ojos de Domingo los que la mirasen. Está delgada, y sus pechos le parecen demasiado pequeños. Debería cortarse el pelo como las mujeres que la rodean, porque el alboroto de su melena la hace

parecer más niña, pero se ha empeñado en mantenerlo así hasta consumir el matrimonio. Se fija en sus ojos: soñadores, grandes y a punto de perder la inocencia. Se mete en el agua caliente y se afana en la limpieza.

Unos toques en la puerta la sobresaltan. Sale de la bañera, diciendo en voz alta «occupied». Al otro lado, la voz de Manuela la avisa de que la aguarda en el comedor. Se apresura, no le gusta hacer esperar. Se pone ese vestido que ella misma ha arreglado y cuya tela es ligera y fresca para el día que se presenta, mete en el bolso los cincuenta dólares que tiene reservados para sus compras y se recoge el pelo. En el comedor hay un biombo y, tras él, una mesa donde el personal desayuna o come. Valentina se toma un café y mordisquea una tostada; los pensamientos le han apaciguado el apetito. Luego pasa a la cocina para recordarle a Carmencita que ha dejado la crema batida en la nevera. Lleva en el bolso la carta que ha de franquear, su respuesta a la curiosidad de Mariana. No ha podido darle explicaciones sobre su corazón, pero le ha contado del Jai Alai, de la cocina y de esa ciudad en la que se aprenden tantas cosas por segundo que ni siquiera se lo puede imaginar. Ha terminado pidiéndole que le envíe una fotografía de la familia y otra del Arraun. Que la remita al rancho o al hostel de Encarni. Se lo ha pedido encarecidamente porque, aunque no lo diga, saber que alguien la recuerda en su tierra la ayudará.

San Patricio es una catedral grande que queda empequeñecida por los edificios que la escoltan, y en su interior Valentina se recoge agradecida por el latín del oficio, las columnas, el eco de la voz del sacerdote. Sigue la misa y recita el credo imaginando a la Virgen de la Antigua, esa pequeña talla en la que tantas veces ha depositado su fe y su desesperación. La iglesia es inmensa, pero cuando cierra los ojos ella no ve más que el retablo de su basílica, esa maravilla que dicen que pagaron marineros y piratas.

Credo in Deum, Patrem omnipotentem, Creatorem caeli et terrae. Et in Iesum Christum, Filium eius unicum, Dominum nostrum, qui conceptus est de Spiritu Sancto, natus ex Maria Virgine, passus sub

Pontio Pilato, crucifixus, mortuus, et sepultus, descendit ad inferos, tertia die resurrexit a mortuis, ascendit ad caelos, sedet ad dexteram Dei Patris omnipotentis, inde venturus est indicare vivos et mortuos.

Pero Nueva York no es una ciudad cualquiera. Se abre poderosa ante sus ojos, y al salir y sumergirse en ella los poderes que la intimidad del oficio le ha conferido se evaporan como un perfume volátil.

En el interior de Valentina se derrama algo parecido a la decepción. Los escaparates exponen una abundancia casi ofensiva para aquellos que han vivido ignorando que existiera semejante cantidad de cosas. Hay algunas que nunca ha visto y que no sabe para qué sirven. La mayor parte de sus días, casi desde que tiene uso de razón, ha estado concentrada en trabajar, en arrancarle a la vida unas monedas que la salvaran de morir de hambre. Ahora es consciente de la distancia que ha puesto su pobreza entre ella y este mundo abastecido. Nació pobre, sin padre y señalada por ello. En su cabeza crecen una comprensión y una luz que antes no tenía. Sabe que ha tomado el camino adecuado para abandonar lo que le correspondía, y ahora avanza hacia otro lado en el que, si se esfuerza, conseguirá el hogar con el que sueña. Le sucede desde que pisó la ciudad francesa de Le Havre: se siente impotente ante la oferta del mundo moderno y abrumada por la magnitud de sus nuevas necesidades.

Manuela la arrastra hasta los almacenes Saks y se empeña en que se pruebe un abrigo que cuesta un dineral. Valentina no quiere hacerlo, pero pasan horas recorriendo las distintas plantas del establecimiento, descubriendo prendas y complementos que ni tan siquiera sabía que existieran. El departamento de belleza huele a rosas y a gardenias, y una vendedora las perfuma sin preguntar. Medio ebrias y aturcidas por la interminable oferta, salen a la calle y caminan entre el ruido de las bocinas de los automóviles. Ella no tiene idea de adonde van, le faltan ojos para mirar lo que ve, pero Manuela sí tiene un destino: el Cine Rivoli, en la calle 42.

—Entremos. —Manuela tira de su brazo—. Dentro hace fresco, y

no puedes irte sin ver una película sonora.

Valentina mira la fachada, llena de carteles gigantes que anuncian el programa. En las taquillas, y de forma claramente visible, la empresa hace saber a sus usuarios que la sala está climatizada. Deben de estar a más de treinta y cinco grados, y eso hace que la oferta sea prometedora.

—Nunca he visto una película. ¿Cómo es?

El cartel anuncia *El ángel azul*, interpretada por Marlene Dietrich, una diva de Hollywood. Manuela le traduce los reclamos publicitarios y le habla de la magia del cine, convenciéndola de que por veinticinco centavos volverán al hotel felices. Ella nunca ha estado en una sala de cine. Se conforma con escuchar la radio que hay en el saloncito.

—En una sala de cine, cuando apagan las luces y comienza la película, todo se olvida.

—¿Apagan las luces?

—¡Naturalmente! Por eso vienen los novios...

Valentina se deja guiar, camina por el vestíbulo alfombrado y lleno de espejos, y no tarda en constatar que la temperatura allí es mucho más baja que en el exterior. Se sientan en sus butacas y la joven mira a su alrededor, observando a los demás. El lugar es semejante a un gran teatro, y Valentina piensa que tiene algo de catedral. Por fin se apagan las luces y comienza la magia. Esconder su ignorancia y su desconocimiento se ha convertido en un hábito, pero Valentina se queda estupefacta ante lo que ve y oye y se remueve en su asiento, temerosa de que el mundo que proyectan caiga sobre ella. Había oído hablar del cine, pero la realidad la sobrepasa y durante la función, una vez superada la primera impresión, llora, ríe y experimenta infinidad de emociones. Su amiga tiene razón: todo se olvida, el mundo desaparece, y ella con él.

Al anochecer cuenta el dinero. Ha gastado un dólar y cuarenta centavos, incluyendo la postal y el franqueo de la carta que le ha enviado a Mariana. No le ha dicho a nadie que en una semana cumplirá veintiún años, y tampoco que cuando sale de la cocina del

Jai Alai, o de las cuatro calles de alrededor, se vuelve nostálgica e insignificante y solo desea que Domingo la espere con un abrazo.

El 14 de septiembre, Valentina se levanta y, antes de nada, se arrodilla para dar gracias a Dios por sus veintiún años de vida. Después se pone el uniforme y baja al restaurante. Es domingo, y tiene preparados en la nevera los ingredientes para hacer un pastel nuevo que llevará el nombre de Jai Alai. Sin embargo, al entrar en la cocina se sorprende de que no haya nadie, a pesar de que un puchero humea en el fuego. Todo está desacostumbradamente silencioso, y teme que haya sucedido algo. Traspasa la puerta batiente que da al comedor y el grito de sus compañeros felicitándole el cumpleaños la sobrecoge.

Manuela se adelanta sonriendo y le entrega un paquete voluminoso diciéndole que todos los compañeros han colaborado. Valentina no quiere romper el bonito papel que lo envuelve y lo hace cuidadosamente. Dobla el lazo, y el papel deja ver un precioso abrigo con cuello de piel y unas botas para la lluvia. No puede evitar las lágrimas y abraza a sus compañeros. Bego se acerca con otro paquete, bastante más pequeño.

—Apenas quedan unos días —dice—. Espero que seas feliz en Boise con tu marido, pero, si la cosa sale mal, aquí siempre tendrás un sitio. —Le tiende el envoltorio—. Espero que nos escribas.

No sabe cómo agradecerles lo que han hecho. Abre el inesperado regalo y se da de bruces con un estuche de fieltro que contiene una pluma estilográfica y un tintero. Le tiemblan las manos, y el corazón late acelerado. Es una Waterman, como las que tenían don José, su maestro, y Esther, la gobernanta. Un objeto que siempre ha codiciado. La acaricia. No sabe cómo ha descubierto la importancia de ese objeto. Le da las gracias.

—Esto significa mucho para mí. ¿Cómo lo has sabido?

—Vi tu preciosa letra cuando copiabas las recetas en ese cuaderno que llevas en el bolso. Te gusta escribir, aprender...

Todos vuelven al trabajo, y ella guarda sus regalos a la espera de poder contemplarlos con detenimiento. Se siente feliz. No sabe si

seguirá siéndolo cuando la semana siguiente se monte en ese tren que conduce al oeste.

Tiene que aprender a ser otra.

La espera su marido.

III

EL HOGAR

«Sé amable, porque toda persona que conoces está librando una batalla».

PLATÓN

Un tren hacia el abrazo

**VALENTINA ALZOLA
SEPTIEMBRE DE 1930**

Lleva veinticuatro horas viajando. El paisaje desfila ante sus ojos, infinito. Termina el verano, los valles se suceden salpicados de casas de labranza, las montañas y las llanuras de ese país inabarcable parecen no acabarse nunca. Valentina no puede detener sus pensamientos. Está poseída por una especie de perplejidad que no la ha abandonado desde que partió de Gernika. Se deja arrastrar por la inercia de sus movimientos, aunque no pare de pensar que en su cabeza sigue haciendo falta una mano que ponga orden. Desde su posición defensiva, atrincherada en su asiento, recuerda los rumores que corrían por el pueblo acerca de algunas mujeres que hicieron el mismo camino que ella recorre ahora: unas se habían vuelto locas, y otras vivían en medio de una llanura donde la casa más cercana estaba a kilómetros de distancia. Algo en su interior se ha detenido. Es una sensación protectora, ya no le queda tiempo ni ganas de defenderse de lo que teme. No hay vuelta atrás.

El cansancio físico todavía no ha hecho mella en Valentina. Es joven, está fuerte y sus ahorros van seguros en una faltriquera que ella misma ha cosido al vestido. Reza durante un rato, se adormece y vuelve al misterio glorioso en el que se ha perdido. Rezar le sirve para mantenerse a salvo de esas ideas que la persiguen obsesivamente. No quiere escuchar a la chica atemorizada que vive dentro, ni temer a la mujer que la advierte de que quizá sus

elecciones no han sido acertadas.

Rememora recetas y visualiza los adornos que tanto le gusta hacer con el merengue o la mantequilla batida. Lo hace porque a veces ni el devoto rezo ni su placentero oficio le impiden pensar en los hombres, cada vez más cerca y cada vez más hombres. Ahora sabe más de ellos que cuando salió de Gernika. Manuela le ha contado cómo son las relaciones sexuales; se lo explicó con todo detalle y ella pudo hacerle algunas preguntas que no sabía a quién formular. Ahora entiende ese misterioso proceso que conlleva el matrimonio, y también está instruida sobre cómo procrear o evitar quedarse embarazada. Los hombres son la fortaleza y la autoridad, pero también el cobijo y la ternura. Su amiga le ha explicado aspectos del amor que ella desconocía, y ahora considera que quizá no debería haber tomado una decisión tan rápido. Muchas eligen un noviazgo largo para conocer al esposo. Un tiempo en el que se aprenda a tocarse sin poder evitar un respingo, para quitarse el miedo de decir lo que se piensa y no permanecer en ese limbo en el que hay que aguantar hasta llegar al altar. Se da cuenta de que el matrimonio es una trampa en la que es imposible no caer si una mujer quiere prosperar en la vida. Ahora, cuando piensa en Domingo, no siente la misma extraña lealtad que cuando recibió su carta y ella trató de imaginarlo; ahora, lo que le viene a la cabeza es la firma incierta y temblorosa de su nombre. Nicolás no se cansó de decirle que era un hombre bueno, pero Valentina teme encontrarse con un hombre rudo y descuidado.

Afortunadamente, en el interior del vagón la atmósfera se parece a la de un patio de vecinos. Las mujeres ocupan una mitad y los hombres otra. A la hora de comer todos sacan lo que llevan, y no es raro que te ofrezcan algo. Por la noche, en tercera clase, se compone una suerte de acomodo con unos travesaños de madera semiocultos en los laterales que se apoyan en el suelo para que algunos puedan tenderse a descansar. La chica observa la mezcla variopinta de nacionalidades, los distintos acentos de una misma lengua y el recato en el vestir que los viajeros mantienen, a pesar de

las altas temperaturas.

Begoña y Valentín la acompañaron hasta la Estación Central, de donde salía un tren que la llevaría a la ciudad de Milwaukee. Una vez allí, enlazaría con un transcontinental que llaman Milwaukee Road y que atraviesa Chicago, Wisconsin, Minnesota, Dakota del Sur, Nebraska y Wyoming antes de llegar a Idaho. Le contaron que hace unos años ese mismo ferrocarril llegaba hasta Winnemucca, y que posteriormente construyeron la vía férrea a Boise. Tal vez esa era la razón por la que tantos vascos estaban establecidos en los alrededores de esa ciudad.

—A ti no tengo que colgarte un cartelito con el nombre de tu destino ni aconsejarte que lleves un periódico en inglés para que los de inmigración no te importunen, como he tenido que hacer tantas veces —le dijo Valentín Aguirre—. Vas mejor preparada que muchos de los que he visto partir hacia el oeste.

—Te irá bien, Valentina —añadió Bego— . En todas partes es bien recibida una chica que cocine como tú. Escribenos y tennos al corriente si necesitas algo.

—¿Cuántos kilómetros hay de aquí a Boise?

—*Laztana*, no pienses en eso... No pienses en nada. Hay muchos kilómetros, pero ya sabes que no tienes que contarlos. Reza un rosario y duerme todo lo que puedas —le aconseja Begoña Orbe palmeándole la espalda.

Le costó despedirse de ellos. La agencia de Valentín Aguirre facilitaba mucho las cosas a quienes ignoraban cómo funcionaba América. Gestionaba los depósitos de dinero de muchos pastores y actuaba casi como un banco; enviaba dinero, pagaba facturas y organizaba viajes. Recibía a los visitantes, se ocupaba de ellos si tenían problemas de salud y hasta les conseguía trabajo. Detrás del Jai Alai había nada menos que un frontón. ¿Qué más podían pedir sus huéspedes? Su dirección aparecía como referencia en muchos permisos de residencia, y no había prácticamente nada que no pudiera resolver. Haber trabajado en el Jai Alai le proporcionaba a la joven una tranquilidad adicional, y en su cuaderno de notas figuraba

el número de teléfono de su patrona. Valentina contempló la imponente estación antes de acceder a los andenes. Quería fijar en su memoria un trocito de aquella ciudad que tanto le había enseñado. Luego buscó su tren y encontró un asiento junto a la ventanilla. Dejó sus pertenencias en la rejilla superior y comenzó a rezar el rosario.

La duración del viaje oscila entre cuatro y cinco días, dependiendo del tiempo que se detenga el convoy en las paradas establecidas o de los obstáculos que encuentre en el camino. Manuela le ha preparado una bolsa de provisiones envidiable: huevos duros, galletas, queso, embutidos, pan de sándwich para una semana y, por supuesto, un termo con agua fresca y otro con café. Mientras mira el paisaje, Valentina recuerda los consejos que le han dado para llegar con bien a su destino y mira de reojo su maleta grande. En la fila de su izquierda, una mujer de la edad de Mariana le sonríe como si la conociera. Ella la ignora. No desea hacer amistades, ni tiene fuerzas para ser encantadora y educada. No come mucho. Los nervios le mantienen cerrado el estómago, y lo único que tiene es sed. Cada cierto tiempo, un hombre con un carrito pasa vendiendo bebidas. Hace calor, y en muchos tramos no se pueden llevar las ventanillas abiertas a causa del ruido y el polvo. Hay pasajeros que permanecen dormidos, inmutables en su asiento, y otros que parecen viajar constantemente, porque no paran quietos y se ocupan de poner pañuelos o toallas en las ventanillas para que el vagón no se caliente más de lo que ya lo está.

El tren se detiene en Chicago casi una hora. La pasajera que lleva a su derecha la advierte de que puede descender para estirar las piernas o acudir al cercano Hotel North Hill, donde, si no la detiene el portero, podrá asearse en los baños y comprar unas bebidas. Pero Valentina se resiste a abandonar su asiento. Alguien podría ocuparlo o llevarse su equipaje. Este convoy atraviesa el país y, aunque es mejor y más cómodo que los que conocieron otros, va lleno de gente que huye de las ciudades y de la depresión económica para abrirse camino en el campo. Las mujeres atienden a

sus hijos, bostezan, comen, hablan mucho. Buscan oportunidades después de que la crisis las haya dejado a la deriva. Por ellas ha llegado a saber que Canadá se encuentra al norte de Idaho, que al este están Montana y más abajo Wyoming, y que cerca se extienden Utah y Nevada. Trata de entender en qué lugar de ese continente vivirá, y le resulta difícil imaginarlo cuando a través de las ventanillas ve una inmensidad de campos, tierras y bosques que parecen no tener fin. Nunca se ha orientado bien. No le gusta ir sola a los lugares que no conoce. Suspira y se consuela pensando que un tren nunca se pierde, que las vías conducen siempre hacia el destino y que, como le aconsejó el señor Aguirre, ella no se moverá hasta que no vea la torre del reloj y el letrero de Boise.

El barullo y el traqueteo la aturden. Está en su segundo día de viaje y no ha conseguido descansar. Sus ganas de hablar o de compartir algo con las pasajeras se esfuman, y ni siquiera contemplando las ocurrencias de los niños se distrae. Mira las estaciones de los pueblos que atraviesan y en los que no se detienen, observa los campos sembrados o yermos, las colinas, las montañas, y esas vastas extensiones de desierto que ahora aparecen. La desconocida geografía le da la sensación de estar dirigiéndose hacia el fin del mundo. Añora el mar, y daría algo valioso por verlo desde esa ventanilla llena de polvo. En Nueva York se atrevió a ir hasta los muelles varias veces, y allí el olor marino y los barcos suspendidos sobre el agua la tranquilizaron. Normalmente tiene recursos para alejar los negros pensamientos, es una chica alegre que siempre da una oportunidad a la vida para que la sorprenda, pero esta vez se siente demasiado asustada.

El tercer día tiene que esforzarse para comer; ha rezado el rosario dos veces y ha conseguido contener unas inmensas ganas de llorar. El cuarto, ya está encerrada en su mutismo; apenas responde con sonrisas y monosílabos a los intentos de conversación de quienes la rodean, y para cuando atraviesan Wyoming solo quiere

cerrar los ojos y dormir. Se siente cansada, dolorida, y no encuentra la manera de contener la náusea y el miedo. Sabe que está a punto de encontrarse con ese desconocido del que ni siquiera tiene una fotografía y que la estará esperando. Nota que su cuerpo está a punto de caer al abismo. Se levanta para estirar las piernas y respirar un poco de aire en el espacio que hay entre los vagones. No se da cuenta de que la mujer que la miraba sonriéndole como si la conociera se acerca.

—Buenas noches —le dice en español—. No hay quien duerma con este calor. ¿Vienes de España?

—Sí. De Vizcaya.

—Lo suponía. No me he atrevido a preguntártelo porque te he oído hablar en inglés con el revisor, pero ayer, mientras dormías, diste las buenas noches a alguien en tus sueños.

—Oh... No sabía que hablara en sueños.

—Pues creo que sí... Perdona, soy Margarita Urrutia y vengo de Bilbao. ¿Adónde te diriges?

—A Boise.

—También yo.

Se fija en la mujer. Es refinada y va peinada a la moda. Al amparo de las sombras de la noche, Valentina se abre a esa desconocida y le confiesa lo que está viviendo, incluyendo las dudas que la han asaltado durante los meses que precedieron al viaje. Le habla de su madre, de ese vacío que la empuja a buscar un abrazo más profundo que el que ella le negó, y de la esperanza que ha puesto en el matrimonio. Describe Lekeitio, la colina desde la que vigilaba la isla de San Nicolás pensando en las ballenas, y le habla de sus amigos y de la niña que nació una semana antes de que ella partiera y que lleva su nombre. Le cuenta que en Gernika hay un bosque de hayas en el que siempre hay sombra y que conoce Bilbao y el Hotel Carlton.

A medida que avanza en sus confidencias, advierte el alivio que siente al poner nombre a sus miedos, y ni tan siquiera cede espacio ni se interesa por lo que tenga que contar su interlocutora;

únicamente avanza en su confesión como si talara los árboles de un bosque que le impidieran ver la luz. Dos horas después, ambas regresan a sus asientos. Margarita lo sabe todo de Valentina, y esta ignora quién es la mujer a la que ha abierto su corazón.

Cuando amanece, el revisor avanza por los pasillos anunciando la llegada a Idaho en un par de horas. Todo el vagón empieza a moverse como si la ciudad estuviera a punto de aparecer tras los cristales. Valentina espera su turno frente al espejo, se peina, pellizca sus mejillas, pone orden en su ropa y palpa los dólares que lleva y el anillo que se pondrá en el dedo anular de la mano derecha. Por fin el tren ralentiza la marcha y, mientras atisba por la ventanilla, Valentina ve una llanura polvorienta rodeada a lo lejos de montañas y recuerda el consejo que le dio Valentín Aguirre de que no pensara en sus prados y valles. No obstante, su vida pasa por su cabeza a toda velocidad. Se detienen. Ella espera a que bajen los pasajeros. Se toma su tiempo para respirar profundamente y volver a mirar su imagen en el reflejo del cristal. De nuevo se pellizca para que aparezca el rubor. Cuando apenas quedan un par de mujeres, Margarita se acerca y pone una mano sobre su hombro. Ella no puede evitar bajar la mirada.

—Boise es pequeño y todos nos conocemos. Te deseo que seas muy feliz. Si me necesitas, trabajo en el Salón de Belleza París, en Main Street.

Valentina asiente y musita un gracias avergonzado, arrepintiéndose de todo lo que le ha contado a esa desconocida.

Baja los escalones del vagón sosteniendo su maleta y por fin levanta la mirada. A unos metros hay un hombre alto que estira el cuello con intención y la observa. Valentina advierte que avanza hacia ella y, cuando está muy cerca, la mira con unos ojos implorantes, difíciles de olvidar. En su cabeza, la voz de su tía viene desde muy lejos para recordarle que no es conveniente hablar antes de que lo haga el hombre. Se queda quieta, bisbiseando su rezo.

Ave Maria, gratia plena, Dominas tecum. Benedicta tu in mulieribus, et benedictas fructus ventris tui, Iesus. Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostrae.

El tiempo se ha detenido, y no sabe cuánto ha transcurrido desde que el hombre se detuvo frente a ella. Percibe un movimiento y levanta la mirada. Los latidos de su corazón son tan intensos que si alguien se fijara en su pecho vería cómo la tela de su blusa se mueve levemente. Ve que se quita el sombrero y que parece mucho más sereno que ella, pero no habla, solo la observa. Valentina percibe un discreto olor a perfume, o quizá es la brillantina de su pelo la que huele a madera y a camelias. Se dice a sí misma que es limpio, que es guapo, y que tiene más aplomo del que esperaba de un hombre analfabeto. Entonces recuerda que Nicolás le advirtió que su pastor era de pocas palabras y algo tímido. Un rayo la atraviesa. Siente que su espina dorsal se endereza para acortar la altura del hombre que, paralizado, le sonríe sin decir una sola palabra.

—Ni Valentina naiz^[39].

Le tiende su mano enguantada y él la estrecha con torpeza. Su marido coge su maleta y señala el edificio de la estación. La joven le sigue sin poder detener el galope de su corazón. Le mira algo decepcionada, preguntándose cómo podrá romper el incómodo silencio del que parece estar hecho.

Llegaré en septiembre

**DOMINGO ARSUAGA
BOISE, SEPTIEMBRE DE 1930**

Es 19 de septiembre, y en el aire se percibe una pizca de brisa otoñal. Domingo sabe la fecha porque en su descenso se ha encontrado con un guarda forestal. A este le interesaba que las ovejas no contaminaran demasiado el terreno y quería saber si era un pastor trashumante y estaba al corriente de las nuevas normas o si, por el contrario, el rebaño pertenecía a alguna propiedad. Años atrás, el incremento de pastores itinerantes había levantado asperezas entre los americanos. Cuando un pastor vasco descubría un prado, llevaba a sus ovejas allí y no las sacaba hasta que los animales dejaban las raíces expuestas al sol y se arruinaba el terreno. Domingo entiende al guarda, aunque no ha sido capaz de explicarse. Los papeles que su patrón le obliga a llevar consigo han tranquilizado al hombre. El pastor sabe de la suspicacia que despierta el oficio y no quiere problemas. Los vascos cargan con la fama de ignorar las normas a menudo, y más en años de sequía. En realidad, como no entienden inglés miran para otro lado y siguen su camino sin atender a lo que les increpan. Eso no ayuda.

Él mismo conoce a compañeros que llevan rebaños de varios propietarios junto a sus propias ovejas, buscando la manera de sobrevivir yendo de un lado a otro. No tienen empleados que mantener, y si las cosas van bien consiguen un buen dinero por la esquila, la ayuda en la parición y la venta. Fue lo que hizo Nicolás,

tener su propio rebaño, ser pastor de otros compartiendo beneficios, y por eso volvió a Gernika con miles de dólares en el bolsillo.

Él no es tan audaz ni tan ambicioso. Hace un par de años encontraron muerto a uno de Lekeitio. El hombre no tuvo alternativa. Posiblemente se disparó fortuitamente en un pie y, sabiendo lo que le esperaba, se quitó la vida. Un pastor debe estar en estado de alerta permanente: las ovejas necesitan cuidado, las fieras están al acecho y cualquier accidente resulta mortal debido a la soledad. Por eso Domingo sabe que no estará mucho tiempo pastoreando rebaños, porque cuando piensa en Valentina se distrae y atenta contra sí mismo. Las últimas semanas no ha tenido la cabeza donde debería tenerla, y la montaña no perdona a los enamorados. Todavía se le eriza la piel cuando recuerda que hace unos días vio un oso cerca de un riachuelo y se acomodó en un recodo para disparar sin mirar dónde pisaba. Una serpiente de cascabel le acechaba a unos centímetros, esperando para morderle. Afortunadamente, se dejó caer hacia el río y tan solo sufrió una pequeña contusión. Tajui le había enseñado a correr dando pequeños saltos para no despertar a las serpientes, pero él pensaba en Valentina y lo olvidó.

Enfila los últimos kilómetros sintiendo que algo en su interior se libera. Desde su montura mira el rebaño, que obedece a los perros, y suspira. Con una mano sostiene la rienda del mulo cargado, y con la otra la de su propio caballo. A su nariz llega el aroma de los ramilletes de tomillo y lavanda que lleva para la señora Peterssen. Recoger las plantas y atarlas con un cáñamo seco cuesta menos que agradecer que haya pensado en él, y además no quiere entrar en la casa del patrón. Ha calculado mentalmente lo que sacará con la venta de las pieles y los corderos. Felipe, cuando subió a verlo, le dijo que en el rancho de los Goitia buscaban gente para la esquila. Sabe que trabajará con otros rebaños, aunque sea de noche. Quiere saldar la deuda con su patrón tan pronto como le sea posible.

Casi a media tarde, los compañeros salen a su encuentro para ayudarlo a conducir a las borregas a las cercas construidas para

recibir las. Hay que contar los animales y separar a aquellos que necesiten cuidados. Felipe le palmea la espalda, y sus ojos se encuentran. No hace falta que pregunte, su amigo sabe lo que necesita escuchar.

—Mañana sale de Nueva York. Tienes cinco días para quitarte la mugre.

Sonríe aliviado, busca los ramilletes de hierbas y se los da.

—¿Puedes llevárselos a la señora Peterssen?

Su amigo asiente y camina hacia la casa. Él se concentra en su trabajo, los perros ladran alborotados y Beltza corre cercando a las ovejas, sabiendo que ahora serán los hombres quienes lo liberen de su responsabilidad. Cuando todo está encarrilado, va hacia los establos para descargar y cuidar a esa bestia que le ha sostenido. El caballo es casi tan importante como el perro, aunque un hombre duro como él no pueda deshacerse en carantoñas con sus animales. Quita la silla, le pone agua y heno fresco susurrándole esas palabras aprendidas en la infancia.

—*Lasai lagunak, etxean dago*^[40].

Sus movimientos son mecánicos, silenciosos, certeros, suficientes como para cerrar la puerta a esos meses de aislamiento. Tiene que ir a saludar al patrón, pero no corre. Lo primero es lo primero, y lo único que Domingo es incapaz de hacer es mostrarse servil. La dignidad es su mayor patrimonio y no piensa perderla. Además, tiene que esperar a que las palabras acudan a su boca. Estar en silencio produce esas cosas; las costumbres olvidan el camino y durante los primeros días es casi incapaz de hablar.

Lleva sus pertenencias a la casa donde se alojan los trabajadores y tiende al raso, para que se oreo, el colchón enrollable que le ha proporcionado descanso. No se cambia de ropa, solo se lava las manos sin mirarse al espejo. Es entonces, después de resoplar un par de veces, cuando se dirige hacia los cercados donde los hombres se afanan en recoger a los animales antes de que anochezca. Ve la camisa azul de su patrón, el pelo rubio, su altura, un poco sobresaliente entre los demás, y enfila en su dirección. El señor

Peterssen se vuelve al advertir su presencia y camina hacia él, acortando la distancia. Le tiende la mano, toma la iniciativa para escenificar esa paz que los dos hombres saben enturbiada por los acontecimientos. El pastor está seguro de que Peterssen ha pensado que la presencia de Valentina alterará sus relaciones con ese hombre en quien hasta entonces ha confiado ciegamente. Es su mejor pastor, y quizá el de los alrededores, y no quiere perderlo. Vascos y americanos se apoyan en los mismos valores, son trabajadores, honestos y no quieren altercados, pero es difícil adentrarse en los pensamientos de un hombre como Domingo.

Felipe, que ha visto el cercano encuentro, se aproxima a ellos por si necesitan que alguien traduzca sus palabras, pero no va a ser necesario. Se aprietan las manos, el patrón palmea la espalda de Domingo en un conato de abrazo, se toca el ala del sombrero, mira a sus ojos y luego levanta el pulgar. Los americanos del oeste acostumbran a dejar metro y medio entre ellos. No les gustan las cercanías, que guardan para su intimidad, y en eso se parecen a los vascos. Él asiente, los músculos de su cara empedrados, los ojos fijos en los de Jeff, las piernas, algo separadas, enraizadas en una tierra que no es la suya. Al fondo, en el porche de la casa grande, el pastor advierte la silueta de la señora Peterssen, que los observa. Lleva en la mano los ramilletes de lavanda y tomillo, con esa ligereza con que las mujeres sostienen las cosas. Cuando el patrón se vuelve hacia los otros, Domingo la mira sin disimulo, se toca el ala del sombrero e inclina la cabeza. Ha visto a los americanos hacer esa señal de respeto y le gusta. No hace falta entrar en contacto, es como un telegrama que cada uno puede escribir con las palabras justas. La dama levanta una mano a modo de saludo.

Cuatro días más tarde va a Boise. Es preciso cerrar sus tratos con Arrieta, ir a la barbería, comprarse un par de calzoncillos y saber si hay correo para él.

Encarni Mendiola le recibe con cariño. Naturalmente, está al

corriente de la llegada de Valentina, de la compra de la casa y de todo lo referente a su vida. Encarni lo estudia, lo mira para comprobar que ha vuelto entero una vez más. El pastor le entrega un par de cucharas con el mango largo, como ella le pidió.

—¿Ya tienes tu casita preparada?

—De eso se encargará la mujer.

—¿No echas algo de menos aquí?

Domingo mira a su alrededor y no advierte cambio alguno. Arruga la frente y mira a la hostelera pidiendo explicaciones. Su marido descolgó la piel de oso que hace tiempo cazó Domingo, y ahora está frente a la chimenea de su propia casa.

—Ni te has dado cuenta... ¡Qué sería de vosotros si no estuviéramos las mujeres detrás!

Su modo de hablar le transporta al viejo mundo; es el acento, el hogar, el ayuntamiento, la plaza, la taberna y las calles de su pueblo. Es ella quien recibe sus cartas, quien las responde y quien le ordena comprarse una camisa o le adelanta el dinero para algo extraordinario. Tiene razón, pero no se lo dice.

En el almacén se guardan los enseres de los pastores, los objetos que quieren conservar hasta que vuelvan a España. Por la puerta doble de la entrada puede aparecer un hermano, un primo o cualquiera con quien compartir lo que se ha dejado atrás. Ella y su esposo tienen lo que se necesita para hacer de puente entre ellos y los americanos. Hablan su idioma, conocen los almacenes y llevan a sus hijos a un colegio en el que se aprende a escribir en inglés. Si no existieran estos hospedajes, los pastores no podrían soportar la dureza de su trabajo ni el aislamiento en el que viven.

—¿Puedes leer tu nombre?

—Sí.

Encarni le da la llave del almacén para que recoja sus cosas, advirtiéndole que hay cajas de madera con los nombres de los que han dejado allí algo que guardar. Está en el sótano, y hace un par de años que no lo pisa. Los enseres de los pastores se acumulan, casi olvidados, esperando a que sus propietarios decidan su destino. Hay

colchones enrollables de los que se usan en la montaña, maletas de cartón, libros, ropa y hasta una máquina de coser llena de polvo. Hace un esfuerzo y va leyendo algunos nombres, pero él sabe distinguir muy bien el suyo. En su cabeza es un dibujo fácilmente reconocible. En el segundo pasillo se detiene en la última caja, de la que sobresale algo envuelto en telarañas. Corresponde a Juan Orive y, si mal no recuerda, hace un par de años que volvió a España. Le despierta la curiosidad el hecho de que sus pertenencias sigan allí. Abre la caja y ve unos zapatos viejos, una manta que ha alcanzado una consistencia parecida a la madera y una fotografía enmarcada del puerto de Lekeitio. Limpia el polvo del cristal que la protege con la manga de la camisa y la contempla. Sus rodillas resbalan hasta el suelo y Domingo se deja arrastrar por la fuerza de la nostalgia. Da un par de suspiros, y él mismo se sorprende al descubrirse evocando el lugar que representa con fidelidad la fotografía enmarcada. Le resulta casi mágico descubrir lo que uno aloja en el corazón. Vuelve a poner la caja de madera en su lugar, pero se queda con lo que ha encontrado. Juan ya no necesitará esa fotografía del puerto por el que tantas madrugadas ha caminado.

Encuentra su nombre y abre la caja. Hay ropa vieja e inservible, una fotografía de su madre y la pitillera de cuero que le regaló uno de los Garate. En una bolsa de papel están las cartas que recibió de su madre; el billete del barco que le trajo a América y una esponja que le dieron para que se lavara. Mete la fotografía del puerto junto a esas cosas, de las que solo salvará la foto de su madre, y agarra la caja para llevársela a su casa.

Se sienta en una de las mesas corridas. Espera a Arrieta para ajustar los precios de las ovejas que le ha entregado. Domingo calcula mentalmente la cantidad de dinero de la que dispondrá para pagar la deuda a su patrón. A su izquierda, unos pastores comentan que Ignacio Gaztanaga no ha devuelto el rebaño en la fecha y que ya son más de quince días de retraso. Algunos han subido a buscarlo.

—¿Tú no lo viste, Domingo?

—No. Tiré hacia arriba, al oeste.

—Ignacio no se ha ido. Tiene dos chiquillos en casa. Algo le habrá pasado.

Guardan silencio. Todos conocen la montaña y las dificultades que puede encontrar un pastor. Escucha que las mujeres están acompañando a su mujer y que, si para la noche no hay noticias, volverán a subir. Hablan a trompicones, como si un viento frío les cortara el aliento. Todos piensan en lo peor. No será el primero ni el último que no regrese y que al año siguiente, con el deshielo, aparezca entre las rocas. Los hombres se lanzan a recordar a otros pastores que salvaron la vida porque Dios es grande y que volvieron con las manos desolladas de haber estado agarrados a una roca durante días.

Cuando llega el tratante, se sienta frente a él y cierran la operación sin regateos. Arrieta parece más contento que de costumbre esta mañana. Le pregunta por Valentina. Sabe que está a punto de llegar y no quiere perderse el encuentro. Como el pastor le conoce, no le ofrece información y desvía la conversación hacia otros temas. Pero él insiste en darle consejos.

—Tienes que mostrarte paciente pero duro. Los principios marcan el resto de la vida.

Domingo le escucha a medias. Comen un plato de alubias y hablan con los demás. La llegada de la mujer le hace sentirse distinto. No sabe cómo será ser el propietario de un rebaño, pero pensar en decir «mi mujer» le parece importante.

Pasa por el almacén y compra una almohada y una manta. Siguiendo el consejo de Felipe, se lleva también unas galletas y café. No tiene refrigerador, y tampoco ha pensado en lo conveniente de tener hielo. A él le cuesta enormemente hacer esas cosas. Se muestra azorado e inseguro cuando entra en una tienda. Siente algo parecido a la humillación cuando no puede pronunciar los nombres de las cosas, o cuando no es capaz de buscar o preguntar algo cuya respuesta no entenderá. Normalmente lleva grabada en su memoria la manera de pedir lo que necesita, pero esos días, zarandeado por

su corazón, se siente especialmente inseguro. Sus esfuerzos solo alcanzan para ignorar las preguntas y expresiones de los que no pertenecen a su tierra.

Lo primero que hace al llegar a su casa es colocar la fotografía de Lekeitio sobre la repisa de la chimenea. Afortunadamente, la mesa y las sillas que le dejaron los Zarandona llenan el espacio casi vacío. Domingo mira la bombilla desnuda que alumbra apenas la espaciosa sala y recuerda la acogedora sala del rancho. Suspira. Van a hacer falta demasiadas cosas y unos buenos dólares para darle forma al abandono que dejaron los antiguos moradores tras su partida.

Esa noche duerme en su casa, poco, esperando la mañana. Irá a la barbería de Julio, y después a buscar a su mujer a la estación.

La Llegada

**VALENTINA Y DOMINGO
BOISE, SEPTIEMBRE DE 1930**

El 24 de septiembre de 1930 es miércoles. Domingo espera frente a la puerta cerrada de la barbería de Julio. No ha querido mirar el cartelito que anuncia el horario del establecimiento por temor a no entenderlo. Está inquieto, pasea nervioso mirando sus botas engrasadas cuidadosamente.

Desde que se despertó, antes de que saliera el sol, ha recorrido su casa tratando de encontrar sitio a todo lo que ha ido dejando en una habitación en espera de que ella lo disponga a su antojo. Hay cosas que ni sabe si le pertenecen o si Ángeles, la mujer de Cipri, las ha dejado allí por alguna razón. Las casas son de las mujeres, son ellas las que adivinan los emplazamientos precisos para la cama o la mesa. A su manera, les ha buscado lugar, temeroso de que su orfandad suponga un tropiezo a los ojos de Valentina, pero sabe que son provisionales. No ha tocado su baúl, el que ella misma envió con unos chicos por encargo de Valentín Aguirre desde Nueva York. Sus herrajes y el cuero de las cinchas le hacen preguntarse si su mujer procederá de buena cuna y si su casa y él le parecerán demasiado poco.

Ángeles se ha ocupado de la casa mientras él se hallaba en los pastos. Cuando abrió la puerta por primera vez sintió que un aire dulce y limpio flotaba en el ambiente, como si se tratara de un anticipo de lo que iba a vivir. Colgó sus camisas en el armario y se

metió en la cama, aunque no pudo dormir demasiado. Tuvo esa pesadilla que de vez en cuando padece: se ahoga en un mar espeso y no puede pedir ayuda.

Al levantarse se ha dado un baño y ha colocado dos toallas que trajo del almacén, la pastilla de jabón y el cepillo de dientes en el lavabo. Los cuadernos donde dibuja las palabras aprendidas y los dos libros que posee están encima del aparador de roble, junto a las cucharas y tenedores que él mismo ha tallado. La fotografía enmarcada del puerto de Lekeitio que se llevó sin el permiso de Juan Orive parece muy pequeña sobre la repisa de la chimenea, pero llena la estancia de una manera misteriosa. La piel de oso está también perfectamente integrada. Él no la pidió, pero Encarni ha decidido que debía de estar en su casa. A Domingo le cuesta reconocer esos espacios que le acogen, la espera a ella para hacerlos suyos, y simplemente los recorre con el único objetivo de que los ojos de Valentina se posen en ellos. Antes de salir se detiene a mirar cada rincón. Si puede evitarlo, no volverá a la habitación de los trabajadores del Creek Valley Ranch. Para él, lo que ve es casi un palacio, aunque no puede explicarse a sí mismo lo que significa tener un lugar propio. Mira a su alrededor, escucha obsesivamente las pisadas de botas y entiende que no tiene sentido que un hombre que siempre está solo compre una casa. Los hoteles están bien para ellos, pero si hay una mujer hay que tenerla.

—*Egun on.*

Julio se sorprende cuando le encuentra esperándole. Le interroga sin dejarle hablar hasta que Domingo puede contarle que en el transcontinental de mediodía llegará Valentina, su mujer, a la que aún no ha visto. El barbero se toma la información en serio y despliega su oficio con más esmero que de costumbre mientras le pregunta, bajando la voz, cómo la imagina.

—Ella me mandó una foto. Es muy guapa.

—¿Y tú te hiciste una fotografía?

—No. Nicolás le habrá dicho cómo soy.

Julio sonríe abiertamente, gesticula, enarca las cejas, se pone en jarras. Domingo ha oído chismes acerca del barbero, nada concreto, solo medias palabras y una velada advertencia de que es un hombre distinto a los demás. Atildado, le gustan la música y el baile. Lo ha visto en la fiesta de Navidad, bien vestido y rodeado de mujeres. Dicen que es demasiado limpio y que habla más de la cuenta, pero a él no le importa lo que murmuren los otros; siente aprecio por Julio y reconoce la destreza que posee. El negocio le va tan bien que se ha comprado un automóvil. Ha oído decir que todos los domingos va a Emmett, a ver a una novia a la que nadie conoce.

—¿Cómo vas a ir a buscarla?

Domingo lo mira perplejo.

—¿No estarás pensando en llevarla arrastrando las maletas por toda la ciudad?... Alquila un coche.

El pastor frunce el ceño. No había pensado en ese detalle.

—Y cómprale unas flores.

Sale de la barbería algo aturdido y se dirige a su hospedaje pensando que Encarni le asesorará. Julio no ha cesado de repetirle que las mujeres no son mulas de carga y que, aunque no lo digan, les gusta que los maridos piensen en ellas. Una extraña y desasosegante sensación recorre su espina dorsal. Es verdad que es su marido, y casi lo ha olvidado. Se avergüenza al pensar que esa mujer ha hecho que su último año haya sido uno de los más felices de su vida y que él no tenga presentes sus necesidades. A su manera ha hablado con ella, la ha llevado a la montaña pegada a su cuerpo y casi hasta ha sentido la calidez de su piel. Esperarla le ha hecho bien, y no quiere desprenderse de su sueño ahora que está a punto de hacerse realidad. Apenas a una hora de su llegada, siente algo parecido al pánico.

—*Ene!*^[41]

Las chicas que trabajan en el Jai Alai le guiñan un ojo al verle. Sonríen con complicidad y hablan entre ellas. Julio, el peluquero, le ha obligado a aceptar como regalo de boda una camisa celeste, está

recién afeitado y peinado y huele a loción; en esas condiciones, un pastor se convierte en un bicho raro. Algunos sonríen maliciosamente y le miran, esperando algo. A Domingo le molesta intuir que la llegada de su mujer no es un secreto. Encarni tira de él y se lo lleva a su pequeño despacho. Como una madre, le arregla el cuello, algo tieso, y le palmea un brazo.

—Has hecho bien... *Txukun zaude*^[42]. No hagas caso de esos. Nos acostumbramos a andar de cualquier manera y nos sorprende ver a un hombre aseado... Te aseguro que lo que tienen es envidia.

—Julio me ha dicho que necesito un coche para llevarla de la estación a la casa.

—Y ha dicho bien. Hay un buen trecho, y estará molida del viaje. Ahora mando aviso a Ezequiel.

—¿Y flores? ¿Debo llevar flores?

—Como quieras. Tiempo tendrás de cortejarla... Pero bésala en las mejillas y pregúntale si está muy cansada. Habla con ella. No te quedes como un pasmarote esperando a que caigan las palabras del cielo.

—¿Hablar?

—Sí, hablar. No os conocéis, y apenas habéis intercambiado un par de cartas formales. Ha hecho un viaje muy largo y estará temerosa de lo que va a encontrar. ¿Es que no tienes curiosidad?

No le responde, porque no conoce la palabra exacta que pueda definir el correorre que va por sus venas. Sale a la calle y da unas zancadas, abrumado por sus obligaciones de esposo. Ni Julio ni Encarni se han atrevido a darle consejos más urgentes, y él se agarra a lo que ha oído en el dormitorio de los trabajadores. Felipe habló de un amigo que se había casado y que la misma noche de bodas montó a la mujer como si fuera un toro. Al día siguiente la joven desapareció, y nunca más se supo de ella. Cipri les dijo que a las mujeres había que tratarlas como a la porcelana y que había que esperar a que ellas insinuaran que estaban preparadas. Él no sabe de mujeres de verdad. Las que hay en el burdel saben más que ellos, pero las que vienen del pueblo... A Domingo le asusta más que

le rechacen o que, sin querer, cometa algún error irremediable. Si se pone tierno, perderá su hombría y le quitarán el sitio que tanto le ha costado ganarse entre los suyos.

Se detiene en los escaparates, va hasta el frontón y atraviesa el parque. La ciudad ha crecido, y él ni tan siquiera se ha dado cuenta. Las grandes avenidas se abren a derecha e izquierda de la estación de Boise. Su torre y el reloj que hay en ella se ven desde cualquier calle, y lo mismo sucede con la iglesia del Buen Pastor, que hace tiempo que no visita. Finalmente, cuando cree que no deberá esperar más allá de media hora, se encamina a su destino con los músculos en tensión. Le han aconsejado que le hable, pero ¿de qué?

La sala de espera está fresca, y una docena de personas se sientan en los bancos de madera. Mira la hora. Quiere preguntar si el tren llegará puntual, pero no se atreve; teme no hacerse entender, y está demasiado nervioso como para soportar más tensión. Los hombres fuman cigarrillos y leen el periódico, las mujeres permanecen inmóviles junto a sus maridos vigilando a los niños, que alborotan y corren.

A Domingo le obsesiona el consejo que le han dado e intenta buscar palabras para ofrecerle a Valentina. Puede contarle que, aunque vea una planicie seca, más allá están la montaña, los ríos y el frescor de los álamos. Puede pedirle que le hable del viaje, o interesarse por su familia. No sabe nada de ella y en realidad podría preguntarle cientos de cosas, pero de momento le basta con conocerla. Ha huido de las confidencias cuanto le ha sido posible y sabe que, dependiendo del momento en que se hagan, pueden volverse en contra de quien escucha.

El reloj avanza sin prisa. Se levanta y sale al andén. Lo recorre de una punta a otra junto a otros que también esperan. Selecciona la primera palabra que dirá. «Soy Domingo Arsuaga. Tu marido. Espero que el viaje haya estado bien». Satisfecho, sigue memorizando la frase hasta que a su alrededor la gente comienza a moverse. El tren está llegando.

Se coloca pegado a la pared de la estación y, aunque no lo

necesita, se pone de puntillas para observar a los pasajeros que salen de los cuatro vagones. El espacio se va llenando de gente que camina en dirección al edificio. A su alrededor todo son encuentros, abrazos y recogidas de equipajes. Domingo advierte que el tren se está vaciando y se llena de temor: quizá lo haya perdido, o se haya arrepentido a última hora... De pronto ve a una chica menuda con el pelo largo y rizado que desciende arrastrando una maleta. Se acerca sin dejar de mirarla. Está seguro de que es ella. Lleva un ligero vestido de florecillas y parece muy joven. Camina decidido y, cuando está a un par de metros, siente que las palabras que tenía preparadas se le han quedado atascadas y no quieren salir.

Solo tiene que pronunciar su nombre, se dice a sí mismo, pero algo que está más allá de su control hace que no lo consiga. Tras unos segundos aterradores, ella le tiende la mano y se presenta. Domingo se la estrecha midiendo su fuerza, azorado, temiendo hacerle daño e intentando no ruborizarse ante la tibieza de su piel. Coge la maleta y comienza a andar en dirección a la salida. Ella le sigue mirando sus hombros anchos, sus piernas largas, él la siente a su espalda y se mortifica por no haber sido capaz de darle la bienvenida a esa chica preciosa que es su mujer.

Ezequiel está apoyado en su Ford y levanta un brazo. Valentina sonríe agradecida. Es él quien le da la bienvenida con el acento de su pueblo, quien le pregunta por el viaje, por Nueva York, por España, y el que le dice que tiene los ojos más bonitos que ha visto llegar a Boise.

—¿Adónde vamos, Domingo?

Valentina escucha por primera vez la voz profunda de su marido cuando este le dice al chófer que ha comprado la casa de los Zarandona, la que está en la esquina de Main Street y Capitol Boulevard. Le gusta como suena, se parece a la de Francisco, un pescador que perdió la mano derecha en un atunero y que cantaba en el coro de los pescadores de Lekeitio. Es una voz oscura, grave, que finaliza las palabras como si cortara el sonido con un hacha. Le recuerda el canto nocturno de Santa Águeda. Esa voz la distrae de

pensar en ese secarral que ve a través de los cristales y en el que al parecer se asienta la ciudad donde vivirá. Por el rabillo del ojo vigila las manos inquietas de Domingo, el fémur largo, las botas limpias y esa camisa recién estrenada que aún conserva el apresto. Valentina percibe, en su cuerpo rígido, anclado casi como si estuviera sujeto al asiento del coche, una tensión que lo envuelve como un escudo. Durante un instante tiene la tentación de cogerle la mano como a un niño y confesarle que también ella está asustada, pero se concentra en el alivio que ha supuesto saber que su esposo posee una casa; allí podrá al menos refugiarse de la timidez inmensa que parece aquejarle.

Su marido no ha sido capaz de mirarla a los ojos. ¿Es un mal presagio, o simplemente su vida estará envuelta en esa presencia ausente? En su cabeza escucha las advertencias que Mariana deslizaba a todas horas antes de su partida. «Si no te mira es porque está asustado». Y eso debe de ser lo que le tiene tan tenso, porque desprende tanta ansiedad como la que ha sentido ella durante el interminable viaje. Cierra los párpados durante un instante. Está cansada y hambrienta, tanto que solo quiere llegar a donde sea que la espere su hogar.

El automóvil se detiene y Ezequiel saca la maleta mientras Domingo rodea el vehículo para abrirle la puerta. Por fin se miran a los ojos, sonríen, y entonces su marido recuerda los consejos de Encarni y del barbero y le da dos imprevistos besos en las mejillas. Luego le ofrece el brazo para recorrer los escasos metros que hay hasta la casa. Ezequiel les dice adiós, aunque ellos apenas se detienen a despedirse.

Domingo toma la iniciativa, abre la puerta y deja sitio para que ella entre en primer lugar. Valentina da unos pasos, deja su bolso sobre la mesa y recorre esa casa blanca y espaciosa.

—Es una cocina útil, y la fresquera es muy amplia —comenta.

No le molesta el silencio de su marido, tampoco no obtener respuesta a lo que acaba de decir. Sabe que debe darle tiempo.

Entra en la habitación, donde hay una cama de matrimonio sin

sábanas con una manta doblada a los pies. Abre el armario. Le sobrecoge ver las tres camisas y los dos pantalones, un par de calcetines y unos zapatos usados. A Valentina le impresiona la desnudez de ese hogar tan desprovisto de todo, pero evita pronunciar una palabra de decepción.

Busca el baño y cierra la puerta. Parece nuevo, abre la ventana y ve un trozo de tierra que en otro momento debió de ser huerta. Más allá, un arbolado proporciona una dulce sombra. Podría ser una higuera, pero cuando se fija no es capaz de identificarlo, tal vez sea un olmo, o un ciruelo. Se mira al espejo y contempla los estragos del viaje. Ha adelgazado aún más, y tiene unas ojeras azuladas que le dan un aspecto enfermizo. Se moja la cara, se atusa el pelo y recompone su vestido arrugado.

Domingo se levanta de la silla cuando Valentina reaparece en la sala. Ve que el sol del mediodía entra en ese momento por las ventanas y se filtra entre sus rizos. Le parece una mujer preciosa, quizá algo delgada, pero preciosa. No sabe si es exactamente la misma con la que soñaba cuando solo tenía su fotografía y que tanta compañía le hizo. La sigue con la mirada, porque mientras ella estaba en el baño ha ensayado unas palabras y ahora busca el momento de pronunciarlas. Se sienta frente a ella y pone una mano sobre la madera encerada. *Bat, bi, hiru, lau*^[43]...

—Valentina, no soy un hombre hablador... He comprado esta casa para ti, y estoy muy contento de que hayas llegado por fin. No sé lo que necesitas para sentirte bien, pero si me lo dices te lo proporcionaré. Mientras tú estabas allí y yo aquí quería preguntarte, saber de tu vida, pero ahora... Estarás cansada y tendrás muchas preguntas...

Se calla bruscamente. Aunque quisiera, no podría pronunciar una palabra más; se le ha secado la boca y la lengua se le pega al paladar. Se acerca a la cocina para beber un poco de agua. Solo hay un vaso.

Ella le sonríe, se recoloca un mechón que le cruza la cara y le sigue con la mirada. Ha visto sus ojos azules, y le parece tan guapo

que cree que se está ruborizando.

—Esto es difícil para los dos. No nos conocemos, y tendremos que ir despacio. —Valentina busca en su equipaje. Saca una bolsita y extrae el anillo que ella le puso a Nicolás en el dedo anular el día de su boda—. Esto te pertenece. Tu amigo hizo de novio. —Valentina le coge la mano y lo coloca en su dedo—. Te queda perfecto.

Ha hecho el gesto como si fuera uno más, pero un escalofrío le ha recorrido la espalda al tocar su mano. Domingo la atrapa justo en el momento en que ella va a retirarla. La retiene, mirándola a los ojos, y, como si algo hubiera estallado en su garganta y él tuviera que expulsarlo, rompe a hablar atropelladamente. Le cuenta quién es, y quiénes frieron sus padres; le habla del mar, de la soledad, de la montaña, de la esperanza que se ha ido amontonando en su corazón desde que ella le envió su fotografía. Tiene tres días libres y luego deberá volver, aunque, como ahora es un hombre casado, podrá pernoctar en su casa. El tiempo de asueto lo destinará a acompañarla, a enseñarle la ciudad y a presentarla en los círculos vascos.

—No creo que te sientas sola. Aquí hay más personas de Lekeitio o de Ea de las que puedas imaginar. Casi todos los hoteles están regentados por mujeres de allí. Ellas nos salvan, ellas dan cobijo a los muchos hombres solos que trabajamos en la montaña o en los ranchos. Hay un coro, un frontón, y hasta quien fabrica chorizos.

Ella no puede dejar de mirarle. Sus temores se deshacen a medida que Domingo le habla. Mil preguntas la asaltan, pero teme interrumpirle y que deje de contarle cómo es su vida allí. De pronto Domingo enmudece y, como si hubiera olvidado hacerlo, le pregunta por su familia.

—No tengo familia —responde Valentina—. No conocí a mi padre, y mi madre no quiere saber nada de mí. Nicolás, Mariana y los niños, y ahora tú, sois los míos.

Al escuchar sus propias palabras, siente que puede hablar abiertamente con el hombre que la escucha, por eso le cuenta con voz entrecortada que ni sabe dónde vive su madre y que no conoce

a sus hermanos. Finaliza su revelación bajando la mirada y encogiéndose de hombros. No le ha gustado contar eso. Se levanta inquieta.

—No sé cómo he podido traer todo esto desde Gernika... — Valentina intenta arrastrar el baúl. Domingo corre a ayudarla—. Gracias.

Busca la llave del candado en su bolso y se la da. En realidad, no deseaba hablar de su madre, pero quizá un marido sea el depositario más seguro de los secretos y pasadas unas semanas pueda decirle lo que realmente ha roto su corazón.

Domingo se queda junto a ella. Está a su espalda cuando Valentina abre el baúl y lo vacía con cuidado. La mano del pastor se apresura a rescatar las piezas de cristal de Bohemia envueltas en papel. Ve que las mira, que pone cuidado en depositarlas sobre la mesa. Saca algunos platos con el filo dorado, el cenicero de plata abollado, y los coloca en una esquina del aparador. Pone el costurero sobre la mesa y lleva la ropa al armario. Está nerviosa habitando esa casa, su casa, y mirando a ese hombre desconocido que no sabe dónde posar la mirada. Pasan las horas. Valentina le habla del palacio, le nombra calles, esquinas que ambos han conocido, y le cuenta de Clara, de la Fraulin y de Zita de Borbón. Luego prosigue con sus primas y con don José, el maestro. Por fin se sienta en una de las sillas y deja escapar un suspiro. Espera que Domingo le diga algo, pero él se limita a sentarse para acompañar su silencio. Valentina piensa que tiene que encontrar la llave que le encierra, pero eso llevará tiempo.

De pronto, Domingo se levanta y rebusca en una alforja que hay en la cocina. Saca algo envuelto en papel de periódico y se lo entrega.

—*Zuretzat da! Lagun batek egin zuen, Tajui*^[44].

Le habla de la existencia de ese hombre indio que Valentina no puede imaginar y ella mira ese precioso collar con trozos de piedras de un color turquesa como nunca antes lo había visto. Las piedras parecen haber sido perforadas para que una cinta de cuero las

atraviese. Le da las gracias. Está agotada, pero el collar le recuerda que todavía no le ha contado cómo fue su boda. Le habla de ese día. Lo hace despacio, para no revelar la zozobra que llevaba en su corazón cuando por el pasillo se dirigía al altar. Le describe la mesa del Arraun en el banquete y se acerca para decirle que ese día no dejó de pensar en él.

La luz que entraba por las ventanas se va apagando, pero los jóvenes recién casados tienen demasiadas cosas que contar.

—No sabía si había acertado aceptando casarme con alguien que estaba al otro lado del mundo y a quien no conocía. Podría haberlo hecho con otro chico y seguir viviendo mirando el mismo horizonte, pero en realidad no tenía a nadie que me importara tanto como para quedarme. Luego hicimos la boda en la basílica y don Ramón condujo la liturgia. Cuando terminó, fuimos todos a Gernika y celebramos una comida en el Arraun. Los invitados me decían que ya era una mujer casada, pero yo sentía que todo era igual porque aún no te conocía.

Vuelve al baúl como si no hubiera dicho lo que ha dicho. Sigue sacando objetos incomprensibles que había olvidado y que ahora le parecen esenciales: moldes para pasteles, cuadernos, agujas para tejer, ovillos de lana y un jarrón de porcelana algo desportillado. El viejo mundo hace su aparición y coloniza esa lejana morada.

Domingo la mira mientras ella va de un sitio a otro, estudia con disimulo la manera en que su pelo o sus manos se mueven. Admira la facilidad con que coloca las cosas e intenta convencerse de que es real y está ahí, tan cerca que puede oler ese perfume de violetas que ella ha olvidado quién le regaló el día de su boda. La sigue esperando órdenes, aliviando el peso de las cosas y admirando esa energía nerviosa que desprende. De pronto la ve acariciar unas sábanas que ha sacado de su misterioso baúl.

—Son de hilo de holanda. Frescas en verano y cálidas en invierno. Pertenecían a la emperatriz, pero tenían unos pequeños desgarrros que he remendado. Esther me las ofreció y yo las cogí. Ayúdame, Domingo.

Las tiende y le enseña la manera de remeterlas en las esquinas para que no se salgan los pies. En el embozo está bordado el escudo de armas del Imperio austrohúngaro. Valentina alisa las arrugas del tejido como si lo acariciara y sus pensamientos se trasladan al Palacio Iribarren, a la cocina, a Mariana. Gira la cabeza hacia la ventana y finge mirar el huerto seco para que él no vea que unas gruesas lágrimas corren por sus mejillas. ¿Qué hará para soportar las puñaladas de la nostalgia?

Domingo la ve de espaldas, calcula que puede rodear su cintura con las manos. Mira la cama vestida. El sol se está empezando a ocultar y una luz anaranjada, como de incendio, se derrama por la habitación. Quizá Valentina se tienda en esa cama junto a él. Sabe que tiene derecho a ello, porque es su esposa, pero entre los consejos que le ha dado Encarni está aquel de que espere unos días a tener relaciones. Es mejor que primero se conozcan.

—He visto ahí fuera unas florecidas amarillas. ¿Podrías recoger unas cuantas para ponerlas en el jarrón?

Cuando él sale, Valentina busca el búcaro de porcelana y lo llena de agua. Ha escondido la nostalgia, pero se siente desorientada, cansada y hambrienta. Con los nervios se les ha pasado la hora de comer. Además, se ha fijado en que en la cocina no hay ni una sartén, y menos aún huevos o pan. Le gustaría quedarse sola, que él volviera mañana a buscarla, pero solo hay una cama y está en su casa.

Domingo vuelve con las flores. Al entrar percibe los cambios que ha provocado su presencia. Se siente feliz, como si ella hubiera llenado un vacío ancestral. Le parece un comienzo, no sabe de qué, pero un comienzo. Ve cómo Valentina dispone las flores y también cómo se lleva una mano al estómago. Probablemente esté hambrienta, y él no tiene nada para ofrecerle. La taberna más cercana es americana. Nunca ha entrado, pero intuye que se verá forzado a mostrarle a su esposa que es incapaz de relacionarse en inglés. La alternativa de caminar más de diez manzanas hasta el Jai Alai está descartada.

—Aquí se cena cuando se va el sol.

—Pues está oscureciendo.

—En la taberna más próxima solo hablan inglés.

—Nos las arreglaremos. He aprendido algo en Nueva York.

Él le ofrece el brazo, ella se enlaza y siente el vello de sus brazos, el calor tibio que desprende. Caminan en silencio, iluminados a medias por unas farolas demasiado lejanas unas de otras. Una hilera de fresnos de hojas verdes que han debido de proporcionar buena sombra los escoltan. Valentina va pendiente de no descompasarse; sus zancadas son más cortas, cada cierto tiempo tiene que apretar el paso y se tropieza con ese cuerpo que la acompaña como si la llevara atada. Se suelta. No puede aceptar más dificultades esa noche.

En el local apenas hay una docena de parroquianos que los miran al entrar. Domingo coge su mano y la lleva hasta una mesa. Nuevamente, el contacto hace mella en Valentina. Le parece que su marido está empeñado en mostrar a la ciudad que ha llegado su mujer. Una joven los saluda y pregunta si van a cenar mientras pone en la mesa una jarra de agua fría. La pareja intercambia unas palabras mientras la chica espera. Valentina pide el plato del día para los dos en un inglés aceptable.

Hablan poco y en voz baja mientras devoran un estofado de cordero con patatas. Ella estudia el local. Hay una máquina en la que los parroquianos, por una moneda, pueden escuchar un disco de moda. Domingo le explica cómo funciona y le cuenta que los sábados por la noche los jóvenes vienen a bailar.

Una vez saciados, se levantan para volver. Esta vez no le ofrece su brazo y ambos caminan algo separados hasta la casa. Valentina quisiera dormir durante dos días, pero involuntariamente camina despacio como si así pudiera retrasar lo que le espera. Domingo es guapo, pero demasiado retraído. También se molesta en que ella se sienta segura, y eso la hace confiar en él, a pesar de ese silencio que se vuelve cuchillo en la angustiosa espera.

Valentina repasa mentalmente las palabras de Mariana respecto a

lo que sucedía la noche de bodas y la asaltan los consejos de Manuela: que se deje desnudar, que le pida que vaya despacio y que, si le duele mucho, piense en algo bonito. Ambas, a su manera, recalcaron que debía insistir en que fuera despacio, pues al parecer los hombres en esos momentos son incapaces de escuchar.

Ya en la casa, Valentina coge su camisón y entra en el baño para cambiarse. Desnuda, se mira al espejo. Tiembla, pero ella misma se da ánimos. Se lava los dientes y se pone una gota de perfume tras las orejas. Al otro lado se oyen las pisadas de su marido por la casa, y de pronto unos golpecitos en la puerta y su voz:

—Voy a ver al caballo.

Ya ha visto que en esas tierras los hombres van a caballo, pero no sabe dónde está el de Domingo. Suspira y recorre deprisa el espacio que la separa de esa cama vestida para un emperador. Se desliza en su interior y trata de relajarse rezando un par de avemarías interrumpidas por sus pensamientos. «Alguien ha debido de orear la lana hace poco. Mañana tendré que ir a comprar lo necesario para vivir. Es pronto para hablar de dinero, pero habrá que hacerlo...».

Escucha la puerta al cerrarse, las pisadas de esas botas que ya reconoce. Todo está oscuro, aunque una claridad lechosa entra en la habitación. «Debe de haber luna». Su hombre se sienta en la cama. Escucha cómo se desprende de las botas, de la ropa. Ve su silueta moviéndose hacia la ventana para cerrar los postigos. Siente el olor que despide, una mezcla de hierba, sal y una pizca de aliento picante. Valentina nota su cuerpo en tensión y se encoge aún más cuando él se tiende a su lado, haciendo crujir los muelles del somier. Escucha un profundo suspiro y percibe el movimiento del colchón cuando él va encontrando la postura.

Sin saber cómo, la joven cocinera comienza a memorizar los ingredientes de la tarta Saint-Honoré: leche, harina floja, vainilla.... En su cabeza se ve a sí misma rascando el interior de una aromática rama de vainilla, batiendo la mantequilla y añadiendo el azúcar poco a poco. Está en la cocina del Arraun, y varios pucheros humean en el

fuego. Ve a la pequeña Valentina, que duerme en el moisés de esparto trenzado mientras Mariana lo mece moviendo un pie y tarareando una nana que ella adora...

*Aurtxo polita seaskan dago,
zapi zuritan txit bero...*

La voz de Domingo, a su lado, la hace regresar a la realidad.

—Valentina, duerme tranquila. No te molestaré. Descansa. Me siento feliz de que estés aquí.

Su voz resuena en la noche como la reverberación de una campana. No sabe de dónde sale esa profundidad, pero se queda enganchada en ella.

Nota una mano que la busca y se apresura a encontrarla. Es una mano grande, algo áspera, como si la piel tuviera una consistencia parecida a la madera. Él presiona su mano y luego la retira. Los muelles vuelven a chirriar mientras en la oscuridad adivina que él le da la espalda. Valentina se libera de un peso que la ahogaba, pero lo sustituye una emoción que aparta e ignora. «Es un hombre bueno. Tenía razón Nicolás». Se da la vuelta y abraza la almohada. Se le cierran los ojos mientras susurra...

*Aurtxo polita seaskan dago, zapi zuritan txit bero.
Amonak dio: ene potxolo, arren egin ba, lo, lo.
Txakur aundia etorriko da zuk ez badezu egiten lo.
Orregatik ba, ene potxolo, egin aguro lo, lo^[45]...*

IV JUNTOS

«Te lo repito, niño mío, las mujeres no se comprenden nunca, pero sus sorpresas son lo mejor de la vida».

JOSÉ LUIS SAMPEDRO, *La sonrisa etrusca*

Tu mano en mi pecho

**VALENTINA Y DOMINGO
BOISE, SEPTIEMBRE DE 1930**

Hace dos días que duerme con la mano de Domingo apoyada en su estómago. Cuando se mueve, él la sigue para no perder el contacto con su piel. Las horas de sueño abrazados los acercan de una manera que a ella se le antoja definitiva. Sus soledades se abrazan para diluirse, y cada noche ambos conquistan un trocito de ese territorio que antes habitaba el miedo. Valentina no puede entender cómo el mundo entero no va enlazado a otro, y se estremece al pensar que ella temía esa cercanía. El comportamiento de ambos consolida un vínculo invisible e impronunciable que disuelve la tristeza atávica de sus vidas y la sumerge en un mundo secreto de felicidad.

Han comprado pucheros, sartenes y otros utensilios que ella necesita para cocinar. Esa mañana ha hecho unas natillas con islas flotantes de canela mientras él se ocupaba de desbrozar el pequeño huerto y poner unas maderas por las que trepe una enredadera. Domingo aún desconoce la sabiduría repostera de su esposa. Valentina ha encontrado la manera de amar, abrazar o acariciar a los demás elaborando sus cremas, hojaldres y chantillís. Igual que la cocina es el corazón de una casa, el suyo susurra palabras de amor cuando trastea entre aromas de vainilla y caramelo. Ambos disfrutan convirtiendo esa casa desangelada en un hogar. Mañana Encarni la acompañará a comprar tela para unas cortinas, y es posible que

para noviembre, cuando comience el frío, ella empiece a trabajar en la cocina del Jai Alai.

Su esposo hace ruidos en la habitación. Coloca una mesilla en el lado donde duerme ella para que pueda dejar los zarcillos de las orejas cuando se los quita. Domingo sonríe espontáneamente al mirarla, y ella lo quiere lo bastante como para temer algo menos el momento en que se consume su compromiso. Suspiran en ese lecho nupcial que los acoge con el bordado del desaparecido Imperio austrohúngaro y mantienen una vigilia incómoda que en realidad no desean. La tela de sus prendas se interpone apenas para evitar el ya deseado contacto de su piel. Inmóviles, escondiendo lo que no pueden esconder, permanecen despiertos en el lecho, respirando con cuidado para que al otro no le moleste su desvelo. Pero no duermen como deberían para soportar las muchas obligaciones a las que tienen que hacer frente durante el día.

Domingo espera que ella le acepte con las limitaciones que posee; no quiere que se incube un resentimiento imperdonable, pero teme sentirse humillado o rechazado. Le gustaría decirle que no se cansa de mirar sus ojos verdes y que guarda ese delicado regalo que le ofrece al no hacerle sentir que su timidez la desarma. Quiere encontrar lo que encontró en Amy, pero le pesa la responsabilidad de saber que Valentina no posee la escasa experiencia que tiene él. Ella desea intensamente que el miedo desaparezca del todo; entonces se abrirá el horizonte, y está segura de que construirán despacio su nido. Todo va muy deprisa, y apenas tiene tiempo para pensar en otra cosa que no sea el acercamiento a ese hombre silencioso que la mira cubriéndola de cariño cuando están a solas.

Esa noche se acuestan muy tarde, a pesar de que al amanecer Domingo partirá temprano. Valentina le pregunta por el patrón. No es que le interese demasiado, pero quiere hacerle hablar. Ha descubierto que su marido se crece en la oscuridad y que a ella la vuelve loca su voz grave. Él describe a Jeff Peterssen como un hombre sobrio, volcado en su trabajo, generoso y algo esquivo. Ella percibe que se esfuerza en no desautorizarlo, pero que una sombra

se interpone entre ellos.

—Me prestó dinero para comprar esta casa —susurra en la penumbra—. Y a mí no me gustan las deudas.

—Entonces, el dinero que he traído deberíamos utilizarlo en saldar esa deuda.

—No. Eso es para la casa. Hay que arreglar algunas cosas antes de que llegue el invierno. La ventana de la cocina no cierra bien, y debo revisar la chimenea. Esta casa tiene años y, aunque es sólida, no la han cuidado.

Valentina le confiesa lo que para ella significa esa casa. Le cuenta lo que padeció cuando su tío se empeñaba en echarla del caserío. Nadie debe vivir sin un techo bajo el que cobijarse, le susurra con la voz entrecortada. Es entonces cuando Domingo se acerca, la abraza y pone sus manos sobre los pequeños pechos de su esposa. Valentina lo acoge temerosa, porque sabe que ha llegado el momento. Se dice a sí misma que está preparada y cede al miedo. Siente dolor e intenta no pensar en lo que está sucediendo, se concentra en los brazos que la rodean, en los gestos cuidadosos, en la dulzura de ese abrazo, tan cercano que la piel se funde, y pronto los movimientos se acompañan llevados por un primitivo instinto. La joven recuerda una vez más las palabras de Mariana: «Todo es mejor cuando pasan unos días».

La despierta el sonido de la bocina de un automóvil. Durante unos instantes se siente desorientada y confunde esa cama con la de su habitación del Hotel Santa Lucía, en Nueva York. Domingo no está, pero la noche sigue intacta en sus recuerdos. Como siempre ha hecho, ella ha inmortalizado algunos y los ha depositado en un rincón de su memoria para no olvidarlos: el olor de su marido, el crujido de los muelles, la ternura de sus caricias y el abrazo en el que se durmió, cubriéndole el pecho con las manos.

Se sobresalta al recordar que ha quedado con Encarni Mendiola, la dueña del Jai Alai. Al ponerse en pie siente un escozor doloroso

que la devuelve a lo sucedido durante la noche con su marido. Va hasta la ventana de la sala y mira hacia el exterior. La casa está separada por unos metros de un mustio jardín que llega hasta una calle que da a la que conduce a la salida del pueblo. Un seto y unos árboles la protegen y aíslan. Siente alivio cuando comprueba que no hay nadie y que probablemente el ruido de esa bocina viniera de la calle principal. Mira el reloj de cuco que olvidaron los Zarandona y que Domingo ha reparado y colgado. Tiene media hora para prepararse. Cuando abre los postigos de la ventana, el sol ilumina la habitación y deja al descubierto una mancha de sangre en las sábanas. Las quita con rapidez, como si temiera que alguien a su espalda viera la prueba del delito, y corre a ponerlas en remojo. A pesar de que el dolor le hace sentirse extraña, una delicada felicidad llena su pecho.

Esa noche ha visto y sentido muchas cosas. Parte del miedo se ha evaporado, y una dicha desconocida la acompaña como una sombra. La ha emocionado sentir su piel pegada a la suya, la vida latiendo en su interior, y ese silencio que posee el hombre que la abraza y a cuyo misterio sabe que nunca accederá. No sabe muy bien si él hace lo que debe para que ella sea feliz, pero no duda de que el tiempo iluminará su ignorancia.

Se asea y se peina el cabello, y mientras lo hace se dice que después de esa noche ya puede cortárselo a la moda. Luego vuelve sobre sus pensamientos y sonrío al comprobar lo infantil que ha resultado esa decisión que tomó hace años: no cambiar de peinado hasta que dejara de ser virgen. Le viene a la cabeza la pasajera a la que hizo tantas confidencias y que tenía un salón de belleza en Main Street. Quizá en algún momento, cuando se le pase el arrepentimiento por sus confidencias, se ponga en sus manos.

En la cocina busca el molinillo de café, echa unos granos y gira la manivela con fuerza para triturarlos. Luego abre el cajoncito y se dispone a volcarlo sobre una manga de lino para infusionarlo, pero en el momento en que está a punto de hacerlo unos nudillos golpean la puerta.

Encarni nunca dice su edad. En realidad, muy rara vez habla de ella, pero aconseja a quien se lo pide y a menudo también a quien no lo hace. Conoce a todos los vascos que habitan el estado de Idaho y a parte de los que residen en Nevada. Vale más por lo que calla que por lo que dice. Su marido se ocupa de todo lo referente a cuentas, depósitos, gestiones con los bancos y relaciones comerciales de muchos de los pastores o trabajadores vascos residentes en Boise. Ella organiza el alojamiento y la comida y se encarga de mandarlos al barbero, de acompañarlos al médico y de reprenderlos o aconsejarlos como si se tratara de niños. Para controlar la inmensidad de sus quehaceres, cuenta con la mayoría de las mujeres. Ellas, además de trabajar y ocuparse de los hijos, intentan no olvidar su tierra, sus costumbres o su idioma.

La posadera le dice que siga con el café, y mientras Valentina echa el agua hirviendo y el aroma llena la cocina, Encarni observa con sus ojos pequeños y vivos la casa de Domingo. Con un orgullo recién estrenado, la joven le muestra las habitaciones, el baño nuevo y el trozo de jardín que aguarda cuidados. La hostelera se fija en las copas y en la vajilla que descansan en el aparador, ojea los cuatro libros amontonados en la mesilla de noche y ve la cama desnuda. De nuevo en la cocina, comparten un café y la mujer pone sus ojos en el barreño en el que reposan las sábanas en remojo. Mira a Valentina y advierte el rubor de sus mejillas. La joven casada está nerviosa, teme el ojo censor de esa mujer que, ahora lo sabe, escribió la carta que le envió Domingo. Tiene la certeza de que su vida será más fácil si ella la ayuda.

—¿Has medido las ventanas?

—No, no tengo metro.

Encarni mete una mano en un bolso grande y saca una cinta métrica y unas hierbas envueltas en papel de periódico.

—Es aloe, una especie de cactus que verás por todas partes. Lo machacas y lo dejas toda la noche con un poco de agua. Luego enjuagas tus partes con el líquido gelatinoso que ha soltado. Alivia el escozor y cicatriza. ¡Ah, se me olvidaba! —Vuelve a meter la mano

en el bolso y le tiende un sobre—. Ha llegado esto para ti.

Valentina vuelve a sonrojarse y recoge la carta después de hacerse con las hierbas con un movimiento que quisiera ser imperceptible. Las coloca en la fresquera, y ni tan siquiera se atreve a dar las gracias. Encarni está midiendo las ventanas y farfullando unas cuentas que tienen que ver con el ancho de las piezas de tela. Valentina aprovecha para mirar el sobre voluminoso que le ha enviado Mariana. Lo deja en la cocina cuando ve que Encarni la mira con un gesto impaciente. La posadera sale por la puerta y con determinación se encamina a una camioneta aparcada frente a la casa. Ella la sigue, apartando la ansiedad que le produce dejar la carta sin abrir, y se monta a su lado, admirándose de la destreza con la que se mueve y maneja el inmenso volante.

La ve mirar por el retrovisor, dar marcha atrás y avanzar con esa camioneta que ruge como si tuviera los bronquios enfermos. La joven repara una cadenita que cuelga del salpicadero. Se fija y descubre que es su Virgen de la Antigua. Suspira. Se atreve a tocarla y murmura para sí unas palabras devotas de agradecimiento. Al fin y al cabo, ha llegado a su destino con bien, Domingo es un hombre bueno y le gusta, tiene casa propia y gentes que la ayudan y que la harán sentirse en casa.

—Dicen que los primeros vascos que llegaron al oeste eran de Ea, muy cerca de mi pueblo. —Encarni comienza a hablar—. En realidad, todos los que salían de las cuatro esquinas de Europa iban en busca del oro de California. Los hombres quieren mejorar su posición, y eso cuesta lo que cuesta: ser duro, no anhelar la lluvia ni la vida sencilla del pueblo y trabajar bien. Es decir, no mirar atrás. Recuérдалo.

La mujer conduce decidida. No hay muchos vehículos en las calles, y Valentina reparte su atención entre lo que escucha en el interior de la camioneta y lo que ve en el exterior.

—Las ovejas son resistentes y se adaptan a este clima —prosigue Encarni—. El pastor vasco siempre ha sido bueno, sobre todo porque muchas veces el pago por cuidar un rebaño es en ovejas, así se

ocupan de las suyas al mismo tiempo. Cuando tienen un buen número de animales, ya están listos para quedarse y adquirir un rancho o regresar. El que se va quiere volver, salvo cuando los hijos han nacido aquí, le va bien y no quiere hacer el esfuerzo de empezar de nuevo. Mi marido y yo somos felices aquí. Los comienzos... Tuvimos que aprender inglés y a reconocer lo que querían de nosotros los americanos. Hemos construido nuestro pequeño país en este, y no te digo que en ocasiones una no se muera por respirar el aire de su infancia, pero... Tienes un buen marido. Desde que vi a Domingo la primera vez supe que era especial. Es duro como el pedernal, y está más zarandeado de lo que aparenta, pero es tierno y tiene ganas de saber lo que es una familia. Eso, para una mujer, es un tesoro.

Valentina escucha con atención y deposita las palabras que le dice en el fondo de su corazón. A su cabeza vuelve la noche y siente que en su interior, por el sitio por donde el miembro viril se abrió paso, queda la sensación de una herida palpitante. No es muy dolorosa, pero sí desconocida. También piensa en la intimidad que reinaba en la alcoba, el calor de su cuerpo, los gemidos... Lo vivido le ha dejado el deseo de querer explorar lo que sucede entre un hombre y una mujer que se van a acompañar durante el resto de sus días.

El sonido de la bocina y los gritos de Encarni mientras saluda a una mujer interrumpen la dulzura de sus pensamientos.

—¿Adónde vas, Amelia?

—Le llevo un puchero a Tomasita, que anda enferma.

—Te veo el jueves.

Vuelve a tocar la bocina y sonríe espontánea y alegremente. Valentina ha observado la escena. Aunque Boise no se parece en nada a Lekeitio, se hacen cosas parecidas.

Se detienen en una tienda en cuyo gran escaparate hay muestras de telas, hilos, botones, agujas... En la trastienda, dos mujeres cosen concentradas una manta con trozos de tela de algodón, formando dibujos geométricos de colores vistosos.

—En el Palacio Iribarren, las colchas de las camas se vestían en invierno con algo parecido y se rellenaban de plumas. —Valentina también quiere hablar de su vida anterior—. Al parecer, es costumbre en otros países. Dicen que no deja pasar el frío. Me gustaría hacer una igual.

La posadera la informa de que Milagros Orueta es una especialista. La pondrá en contacto con ella para que le enseñe y le permita manejar su máquina de coser. Encarni habla inglés con desparpajo, aunque no tiene el mismo acento que la mujer que las atiende. Compran lo necesario para vestir las ventanas principales. La joven quiere administrar el dinero que posee y estirarlo cuanto le sea posible, porque en la casa hacen falta muchas cosas y ella no está acostumbrada al dispendio. Una prudencia ancestral la impulsa a hacer cálculos y a traducir cada centavo de dólar para acostumbrar a su cerebro a evaluar lo que puede permitirse o no.

Vuelven a la camioneta después de visitar una tienda de comestibles muy bien abastecida. Valentina pregunta cómo se dice «semillas de cebolla» en inglés y anota en su cuaderno tanto el nombre como su precio. Encarni la devuelve a su hogar tres horas más tarde, no sin antes mostrarle la casa de los Orueta, a tres calles de la suya. Valentina le promete llevarle su famosa tarta colineta para agradecerle su atención. Encarni mueve una mano en el aire y le dice:

—¡Anda!... Hoy por ti y mañana por mí.

Entra en su casa, y lo primero que hace es ir en busca de ese sobre que la espera en la cocina. Lo abre con cuidado, sintiendo el latido acelerado de su corazón. En su interior hay una fotografía. Nicolás y Mariana están sentados frente al Arraun; los chicos, uno a cada lado, parecen divertirse, y su amiga sostiene en sus brazos a Valentina. Se acerca para mirar a la niña. La mancha es oscura, como si le hubiera caído una tinta amarronada sobre el párpado, y aunque la cría sonrío su lado derecho parece más triste. Una congoja imparable se abre paso hasta su garganta. En ese momento la distancia le parece un abismo, y por primera vez es consciente de

que quizá no vuelva a verlos. Durante un rato se deja llevar por la nostalgia. Está sola, nadie la mira ni le hace preguntas: es un buen momento para llorar.

Cuando el llanto se aplaca y llega la aceptación, se concentra en sus tareas. Lava las sábanas mientras se seca las mejillas con el dorso de la mano y luego las tiende en la parte trasera de la casa. Planta las semillas que ha encontrado en el colmado: zanahorias, cebollas y patatas. Nunca se ha dedicado al campo, pero está harta de ver las frondosas huertas de los demás. La faena le alcanza casi hasta el atardecer, cuando se detiene a comer algo sin dejar de mirar constantemente el reloj. No sabe a qué hora vendrá Domingo. Ni tan siquiera sabe si su marido se acordará de que hay una mujer esperándole.

Ha comenzado octubre y ya no hace tanto calor como cuatro días atrás. Ordena la casa y extiende el popelín de florecitas para cortar las cortinas. Mide y pone alfileres, y cuando oscurece recoge sus labores y prepara la cena. Se sienta en la mesa y permanece atenta a los ruidos del exterior. Le espera.

Cuando por fin oye los cascos de un caballo, el corazón le da un salto y corre a la puerta. Le ve desmontar despacio, agarrar las riendas y conducir al animal al establo. Todo su cuerpo se endereza, la sangre que corre por sus venas le calienta el pecho, sus manos tocan la realidad para hacerla música, y esa joven cae en la cuenta de que nunca ha deseado tanto que alguien se acerque a ella.

Domingo hubiera querido volver antes, pero ha tenido que pasar por el rancho de los Goitia para ayudar a devolver el rebaño a sus cercas y vigilar que las ovejas no estuvieran enfermas. Los Goitia tienen casi dos mil cabezas y le han pedido en incontables ocasiones que vaya a trabajar con ellos. Ha traído diez dólares, y mañana traerá otros diez. Pronto empezará la época de cría, y tendrá que vigilar que los carneros cubran a tantas ovejas como sea necesario.

Está ansioso por reencontrarse con Valentina. La ha visto en la puerta esperándole, pero no ha querido correr hacia ella como deseaba. Ha ido a guardar el caballo y a desensillarlo, como suele

hacer. Cuando abandonó la casa esa mañana no había amanecido. Ella dormía, el pelo desparramado sobre la almohada, y él prendió una vela para contemplar el rostro de su mujer. No le dirá que permaneció unos minutos observándola, y tampoco le confesará que hubiera podido quedarse horas absorbiendo lo que flotaba en el aire. En el trayecto, cabalgando bajo una luz mortecina, se sintió feliz: se llevaba con él su olor y su sueño.

Quiere tenerla cerca, escuchar su voz, comprobar que está bien y que ninguno de los dos desea olvidar lo que corre entre ellos cuando se miran. Vuelve sobre sus pasos y distingue su silueta en la puerta. A medida que avanza, duda. ¿Ha de mostrar su impaciencia? ¿Darle a conocer sus deseos? Ha oído decir a sus compañeros que los hombres no deben revelar sus deseos a las mujeres, que eso les hace perder interés... Antes de llegar a una conclusión, su esposa le rodea con los brazos y apoya la cabeza en su pecho.

—Te esperaba —le dice sin reparos.

Domingo suelta lo que llevaba en las manos y rodea sus hombros, acogiendo su cuerpo menudo. Una vez más, certifica que tiene que dejar de escuchar las bobadas de los que desconocen el amor. Permanecen en silencio, él acaricia su pelo con los ojos cerrados para que no se le escape ese instante de felicidad. Es la primera vez que alguien le espera.

Todavía cautelosos, se escuchan, cenan y se acuestan un poco más cerca, con menos miedo y más ternura. Conversan hasta que, en medio de una frase, ella escucha su respiración cadenciosa. Se ha dormido. Valentina cierra los ojos y se concentra en el necesario descanso.

Vuelve a ser la luz de la mañana la que la despierta al día siguiente. A Domingo le oyó levantarse entre sueños, y también recuerda que sintió un beso en su mejilla. Hoy sabe algo más de él, de su manera de amarla, de los miedos de ambos y de esa tenacidad que muestran los dos por aprender de sus cuerpos. Sabe

que en la oscuridad su esposo se vuelve locuaz y, aunque a ella le gustaría ver su cuerpo desnudo o su manera de mirarla, se conforma con esa voz que la posee y le entrega su vida. La noche pasada le habló de su hermana perdida, y de cómo su recuerdo le avisa de los peligros y del momento en que debe abandonar la montaña. A ella le parece que uno transforma los recuerdos que no puede aceptar, y que no está mal que esa niña perdida le proteja de volverse loco o de ser presa de los lobos. Valentina desconocía que su trabajo fuera tan duro. Ahora comprende que no se separe de ese rifle que no sirve para nada en la ciudad, pero que resulta imprescindible cuando está en la naturaleza salvaje de esas montañas que ella empieza a mirar con aprensión.

Durante el día revisa sus anotaciones, tacha lo que ha solucionado, vuelve a contar el dinero que le queda. Valentina sabe lo que quiere, y no se detendrá hasta obtenerlo. Se ha impuesto a sí misma una disciplina para aplacar los temores de su nueva situación, y sabe que tiene la oportunidad de ser feliz. En Nueva York supo que en América, y a pesar de que ellos no cesaran de hablar de la penuria que había traído la Gran Depresión, la gente no se conforma con ser pobre, con pertenecer a una clase que nunca cambiará su modo de vivir. Allí es distinto: la gente trabaja, se abre paso a codazos, y siempre hay oportunidades. Valentina desea eso, que no le falte dinero ni la voluntad para obtenerlo.

Riega sus semillas, hilvana las cortinas y las deja listas para coserlas. Va a acercarse hasta la casa de Milagros Orueta, pero no quiere ir con las manos vacías, así que hornea un bizcocho de nueces para llevárselo y deja otro preparado para ellos. Cuando sale a la calle, con su repostería envuelta en un paño de lino, suspira y aviva el paso mientras observa las calles para no perderse. En Nueva York vio a muchas personas de piel oscura o rasgos asiáticos. Al principio la asombraban y ni se atrevía a mirarlos, pero en Boise buena parte del comercio está regentado por chinos y ella empieza a acostumbrarse a la limpieza de sus establecimientos, a la educación y también a eso que comparten: el desconocimiento del idioma.

Milagros Orueta la recibe como si la conociera de toda la vida. Debe de andar por los cuarenta años y tiene unos ojos vivos y sagaces. Alaba el bizcocho, lo prueban junto a un café con leche y pone los ojos en blanco. La mujer se queja de que no hay pastelerías como la de Pedro en Lekeitio o como las que ella conocía de Bilbao, Martina de Zuricalday o Arrese. Le confiesa su debilidad por los dulces que tantos recuerdos le despiertan.

—Lo que daría yo por un roscón de Reyes, o por el turrón que le compraba mi madre en un portal de la calle Bidebarrieta a Iváñez, aquel hombre que los traía de Alicante. Se me hace la boca agua cuando pienso en los buñuelos de viento que comíamos para Todos los Santos, o en las tostadas de crema para el Carnaval...

—Yo sé cocinar todas esas recetas.

—Pues te haré encargos. Pon precio a esas delicias y te aseguro que te irá bien.

Se ponen a coser y, mientras sobrehilan o hilvanan, la cotidianidad comienza a fluir como un río acostumbrado a atravesar un pueblo. Valentina se siente bien, casi como cuando bajaba al puerto a acompañar a las mujeres que cosían las redes y contaban lo que sucedía en Lekeitio. Así se entera de que más de treinta mujeres se reúnen una vez al mes para saber si hay que ayudar o apoyar a alguien.

—Ya sabes, si a una familia le llega el duelo, hay que ocuparse de ella o toda suerte de desgracias caerán sobre los huérfanos. Nuestra tierra está muy lejos...

La cabeza de Valentina registra el entusiasmo de Milagros por ayudar a los demás y su amor por los dulces.

Cuando ya cae el sol y ha colocado las cortinas en las ventanas, coge su preciosa pluma y le escribe a Mariana una larga carta en la que le cuenta sus primeros días en Boise. «Aún no he encontrado mi sitio, pero lo haré. Creo que estará cerca de otras mujeres que, como yo, quieren habitar esta tierra sin olvidar la que dejaron atrás», escribe. Al final de la carta anota la dirección de su casa para que se la dé a Clara.

Domingo vuelve a llegar muy tarde. La liturgia de la espera se repite. Ella en la puerta, la cena preparada y las ganas de estar juntos. Esta vez, un perro *collie* de pelo negro y blanco, impaciente y listo, acompaña a su marido.

—He traído a Beltza, mi compañero. No quiero que estés sola.

La vida cotidiana

VALENTINA Y DOMINGO
BOISE, DICIEMBRE DE 1930

En el Egyptian Theatre, un edificio singular de Boise que se construyó a raíz del descubrimiento de la tumba de Tutankamón, se estrena *Don Juan*. El director de la obra le ha pedido a Antonia Errasti, la sastra, que traiga una tarta para celebrar el cumpleaños del actor principal. Antonia confió en Valentina, que en poco tiempo se ha convertido en la repostera de la ciudad. Dos días a la semana va al hotel de Encarni y se ocupa de los postres, y el resto de sus jornadas cumple con los encargos que le hacen. Todo el dinero que entra se invierte en la casa y en ahorrar para cancelar la deuda que Domingo tiene con su patrón.

El frío ha llegado. Al atardecer, un viento helador atraviesa la llanura y recoge a los habitantes de Boise en sus casas. Hacia finales de noviembre cayeron los primeros copos de nieve. Valentina salió a la calle para atraparlos y, como una niña, se entusiasmó cuando las calles empezaron a cubrirse con un delicado manto blanco. Ahora, la ciudad amanece con varios centímetros de nieve y caminar se vuelve difícil y peligroso. Los niños juegan con trineos improvisados. Se vuelven auténticos mecánicos construyendo artilugios capaces de deslizarse por las laderas nevadas, y los más afortunados tienen patines para avanzar por el río helado. Cuando se traslada de su casa al hotel o a repartir sus encargos, la nieve ya no le parece tan hermosa.

Nadie en la ciudad sospecha de la inmensa felicidad que atesora la pareja. ¿Cómo hacerlo? Domingo camina casi siempre por delante, sin prestar atención a si ella le sigue, aunque en ocasiones se detiene para comprobar que su mujer está ahí. Le cuesta un gran esfuerzo despegar los ojos de su cuerpo, pero cuando se juntan con otros vascos Valentina se va directamente con las mujeres y él apenas la mira. Las casadas la interrogan con descaro sobre su vida conyugal.

—¿Todo va bien?

—Ese marido tuyo, siempre para dentro...

Ella sonríe, mueve la cabeza, asiente con una íntima satisfacción. Sabe que a Domingo le cuesta expresar en público su incondicional amor por ella. Conoce su miedo a mostrar fragilidad, y por eso esconde el esfuerzo que hace por ignorarla. A Valentina no le importa. Todavía recuerda el momento de su llegada, lo difícil que resultó entenderle, y ahora él se entrega por completo a ella. La joven sabe que hay almas que deben recorrer unos caminos, y otras que no. Si le esperó durante tanto tiempo, puede seguir haciéndolo. Porque en el momento en que están a solas él la busca, la admira y la acaricia. Se tocan y juegan como niños, ignorando cuanto tuvieron que aprender para vivir en sociedad. Por nada del mundo renunciarían a esa felicidad secreta que les da el pasaporte para no sentir más nostalgia que la de los minutos que pasan a solas.

En la oscuridad, como si la voz condujera a los pasadizos que llevan a las mazmorras donde se guardan los secretos, Domingo habla de sus montañas, de sus baños en las cascadas y de su cuerpo calentándose al sol. Le explica cómo es preciso vigilar las nubes que viajan cerca de los desfiladeros y los sonidos que alertan de que un animal salvaje se aproxima. Ella escucha, se acurruca en su pecho y suspira de felicidad. Sabe lo que él desea con solo mirarle, y cada día a su lado descubre un pliegue inédito de su historia en ese hombre que le incendia el corazón. Hasta ese momento, ella desconocía que su cuerpo pudiera ser capaz de sentir tantas y diversas emociones. En unas ocasiones es fascinación; en

otras, ternura o una pizca de impotencia por esa isla sin más playas que las que ella dibuja con sus caricias. Desde niña ha oído decir que el matrimonio tiene un único fin, tener hijos, y que precisamente por eso las mujeres deben someterse a los requerimientos del hombre. Ella lo había aceptado. Esperaba esos momentos que otras le habían descrito y en los que había que distraerse, pero ahora su realidad dista mucho de las enseñanzas de la Iglesia. Ella lo desea, y además disfruta. Le gustaría saber si todas las mujeres han descubierto ese placer oculto o si está reservado solo a unas pocas. Piensa en el amor, esa palabra casi prohibida que provoca chanzas y miradas cómplices, y se pregunta la razón de que quien se enamora no lo pregone a los cuatro vientos. A veces piensa en Mariana y en todo lo que le contó sobre las relaciones con los hombres. Sospecha que no juega con su marido de la misma manera en que lo hace ella. Lo siente. Valentina se une a Domingo con un deseo que Mariana nunca mencionó, pero no tiene con quién hablar de ello, aunque reza a su Virgen de la Antigua y se confiesa con ella. ¿Será pecado gozar de un hombre? ¿Estará ella aquejada por la lujuria? Desde que ha llegado a Boise no ha pisado la iglesia, aunque rezar, reza cuando va y viene por la calle.

Los días que Domingo está en casa no para de revolotear de un lado a otro. Ha pintado la cocina, ha colocado hembrillas en las paredes para que ella pueda colgar la colección de artilugios reposteros que maneja —rodillos, pero los de cobre, varillas, mangas pasteleras, termómetros para comprobar la temperatura...—, y también ha arreglado una vieja estufa que había retirado Encarni. Esa actividad obsesiva termina cuando se va la luz y se sienta a la mesa para garabatear esas letras que se empeñan en torcerse. Le cuesta, pero sabe que algún día lo conseguirá. Está motivado por su propio honor y tenacidad y por ese cariño que percibe en los ojos de su mujer cuando ella vigila la tarea. Valentina le anima en su empeño, se sienta a su lado paladeando las palabras inglesas a las que Domingo da un acento de ruptura.

—Si queremos prosperar, es necesario que sepamos leer y

escribir, sobre todo en inglés. No volverás a pasar apuros cuando tengas que firmar un documento, ¿te das cuenta? El esfuerzo merece la pena. Nadie podrá engañarte y serás uno de ellos, aunque en tu alma sigas siendo el mismo.

Él sabe que es verdad, que, aunque sea respetado por los suyos, desea ser aceptado por los demás. Ellos le han prestado la tierra, y lo menos que puede hacer es hablarles en su lengua.

Sentados a la mesa, con la chimenea encendida y el perro tumbado en la vieja alfombra, Valentina responde a la carta que ha recibido esa mañana. Mariana no está dotada para escribir epístolas. Ella cuenta las cosas —o más bien las arroja sobre el papel— para aplacar su curiosidad o sobresaltarla con la noticia de la muerte de don José, el querido maestro que tanto la ayudó. Le dice casi lo mismo que en la anterior, que todo va bien en Gernika, el Arraun, la salud, los niños y la pequeña Valentina, y al final le anuncia que a la modista la atropelló un automóvil. Ella quisiera saber si llegan los avances al pueblo, si es verdad que hubo unas mareas en Lekeitio que se llevaron más de treinta barcos y si sabe algo de sus primas, pero Mariana no escribe esas cosas porque tiene muchas cosas que hacer. Valentina reza dos avemarías por su alma y aguanta el nudo que le aprieta la garganta. Luego prosigue con su tarea, acariciando su Waterman, y anota en su cuaderno los nombres que da a los pasteles para que los americanos sepan de qué están hechos. Hojaldre se dice *puff pastry*; crema pastelera, *pastry cream*, y las galletas son *cookies*. Lo dice en alto para que el sonido llegue a los oídos de su esposo. Y por si acaso no la ha escuchado, pone una mano sobre la suya y en voz baja le dice:

—No podremos ser hoteleros si no hablamos inglés. Repite conmigo: *cookies*. Mira cómo se escribe.

Domingo obedece. No puede negarse a su ternura, y cuando sale a cortar leña repite las palabras. Disfruta más que nunca ese invierno, se ríe de que la nieve obsesione a su esposa, que mide con cuidado si las botas que le regalaron sus compañeros del Jai Alai se hunden o protegen sus pies. Él sabe que el tiempo pasa rápido y

teme en secreto que llegue el mes de marzo, cuando tenga que abandonarla para subir a los pastos con el rebaño. No lo menciona, pero no deja de darle vueltas en la cabeza buscando una solución que no existe. Él es pastor, y ahora es un hombre casado. No son los mismos tiempos que vivió José Bengoechea Anduiza, ese hombre que todos los vascos que viven en Nevada, Idaho o Utah nombran cuando sueñan con la fortuna.

Se lo ha contado a Valentina, que todos lo conocían por Bixar, «el Barbas», y que llegó a ser uno de los hombres más ricos de Idaho, aunque acabó arruinado y viviendo de la caridad. Bengoechea había llegado a Nevada procedente de Argentina, donde las cosas no habían ido tan bien como él había esperado en 1890. Trabajó como pastor en el conocido Spanish Ranch de Tuscarora, en el condado de Elko, propiedad de los hermanos Altube. Desde allí se trasladó a Idaho, al condado de Owyhee, siguiendo el rastro de sus paisanos, y fue haciendo su propio rebaño. En aquel entonces no había normas ni condiciones para explotar los pastos, así que, a pesar de las fricciones con los americanos, él fue prosperando. Llamó a sus hermanos, a parientes de su pueblo, y vivieron en campamentos hasta que tuvieron lo suficiente para establecerse. Obtuvo la nacionalidad americana en 1901, y a partir de ahí consiguió terreno y se afincó en Mountain Home, donde construyó el hotel más bonito de todo el estado.

Domingo le habla de los muebles de caoba, de las alfombras y del lujo de ese edificio rodeado de jardines al que su cabeza se traslada cada vez que piensa en dejar de ser pastor. Le ha prometido a Valentina llevarla a una de sus bonitas habitaciones, y lo hará.

—¿Qué hizo para arruinarse?

El pastor ha oído la historia decenas de veces. No siempre es la misma, cambia según quien la cuenta. Los ganaderos dicen que durante la Primera Guerra Mundial los alimentos escaseaban y las ovejas subieron de precio, haciendo ricos a los que poseían grandes rebaños. Deslumbrados por el éxito, cuando llegó el armisticio algunos siguieron invirtiendo en ovejas pensando que una Europa

hambrienta las necesitaría. Sin embargo, el mercado se estancó, la lana bajó de precio y muchos se arruinaron, arrastrando con ellos a los bancos. En Boise fueron más de veinticinco. Bengoechea había prestado mucho dinero a pequeños ovejeros y no pudo compensar la deuda.

—¿Qué pasó con el hotel?

—Se lo quedó la Western Loan, y esta se lo vendió a Víctor Yturri, de Errigoiti, cuya mujer está emparentada con los Bengoechea. Se dice que no va tan bien como debiera...

—Y tú... ¿has pensado en comprarlo?

—Yo en lo que pienso es en que no resistiré seis meses en la montaña sin poder abrazarte.

Los trabajadores vascos han llegado a un acuerdo con el patrón: hasta el mes de febrero se turnarán para pernoctar cada tres días en casa, y el resto en el rancho. Las temperaturas bajan abruptamente en esos meses, hasta dejarlos aislados. Los caminos se vuelven intransitables y peligrosos. Los vascos son muy tradicionales y quieren pasar esas fechas con sus amigos y familias. Algún loco sigue golpeando la pelota en el frontón que construyó Anduiza, y las mujeres se reúnen para preparar la fiesta de Navidad.

Domingo ha empezado a odiar el dormitorio común. Es el mismo que meses atrás le parecía confortable y acogedor y donde jugaban sus partidas de mus al anochecer, pero ahora no le parece tan cómodo ni tan limpio. Cuando duerme allí, imagina a Valentina envuelta en las sábanas del emperador austrohúngaro y se desespera. Las cosas han cambiado, fuera y también en su interior. Hay momentos en que siente que el amor pone en cuestión la estabilidad de la que tan orgulloso estaba. La vida no le ofrecía tantas preguntas como ahora tiene, pero si el precio de lo que ha descubierto en brazos de Valentina es ese, está dispuesto a pagarlo.

De la misma manera en que soñaba con la fotografía de ella cuando la llevaba al calor de su pecho, ahora se ha aprendido su

cuerpo de memoria y le basta con cerrar los ojos y recordarla. Se repite a sí mismo que debe poner cercas a su voluntad, como si fuera un oficial imponiendo disciplina a su tropa. Él es un pastor, tiene un acuerdo con su patrón, y su lugar no está precisamente entre las sábanas de su cama. Cuando vengan los hijos, que vendrán, deberá olvidar el cuerpo de Valentina para cedérselo a sus vástagos, pero ese momento no ha llegado y hasta entonces quiere estar cerca de ella.

Un gélido sol navideño baña las calles de la ciudad. Los rayos rebotan sobre el hielo y la escarcha de los arbustos desprende una iridiscencia casi desconocida. El matrimonio camina muy junto; el brazo de él forma un ángulo recto, indispensable para sujetar la mano enguantada de Valentina, que camina encogida. Ella se aferra a él para no trastabillar o resbalar. Se abriga con todo lo que alcanza a encontrar y busca desesperadamente la tibieza de la cocina. No es que no lo supiera; sabía del frío de esa ciudad desde la noche en que conoció a Nicolás y le contó que se le congelaron los mocos. No quiere pensar en el clima, que a todas luces será la cruz con la que tendrá que cargar. Con el transcurrir de los días va conociendo a miembros de la comunidad vasca que su marido ha ignorado desde que llegó. Es ella la que despierta curiosidad y la que se empeña en acudir a las fiestas que se organizan.

En Navidad cenan más de sesenta personas en el Hotel Jai Alai. Apenas tienen espacio, pero se han arrimado las mesas a la pared para que los niños correeten y los adultos puedan bailar. Algunos, los más mañosos, han pasado días construyendo un precioso belén al que no le falta de nada. Tiene un bosque de pequeños abetos y un lago confeccionado con un viejo espejo. Los Reyes Magos lucen capas de piel de conejo y turbantes con perlas. Las casitas se parecen a las de los pueblos marineros: el tejado a dos aguas, el balcón donde se secan los ajos en el centro y, abajo, la cuadra. Lo han puesto bajo la escalera y apenas se puede pasar, porque siempre hay niños mirándolo embelesados. Los hermanos Barrutieta tocan el acordeón y la pandereta. Valentina ha preparado tantos

dulces y mazapanes que apenas se tiene en pie, pero está feliz.

Sonríe al contemplar a toda esa gente que cruzó la mar para tener una vida mejor, y le parece que con la reproducción de todas las tradiciones han conseguido desorientar la añoranza y estar en Lekeitio. Valentina no puede evitar recordar el Arraun. Mariana estará haciendo lo mismo que ella. Hombres y mujeres se abrazan, desinhibidos por el alcohol, se sienten cercanos y lagrimean felices. La tierra que los vio nacer está muy lejos, y a este nuevo mundo hay que habituarse sin remedio.

Domingo y Valentina se buscan entre la gente, y cuando se encuentran intercambian sus miradas. El amor, el deseo, la felicidad de su cobijo brilla en sus pupilas. Las mujeres desean saber si quieren hijos o van a esperar unos años sin ellos. Valentina se ruboriza. No tiene intención de decirles que a veces piensa que quizá hay algo en ella distinto a las demás. Quiere hijos, pero no los echa en falta. Ha descubierto su cuerpo y el de un hombre, y no quiere renunciar a los placeres que le proporciona dicho descubrimiento.

—Ya vendrán cuando quiera Dios —interrumpe Encarni, y ella asiente y vuelve a buscar con los ojos a su marido.

—Sí, llegarán cuando Dios quiera.

Una radio para entretener la ausencia

VALENTINA Y DOMINGO

MARZO DE 1931

La tierra de Boise tiene escasos periodos de fertilidad, y las semillas que plantó Valentina con tanta esperanza apenas prosperaron. En verano, la temperatura durante el día resulta sofocante, y por la noche hace un frío inesperado y desconocido para su cuerpo. Ella imaginaba que los desiertos eran solo de arena, con dunas y camellos como los de las imágenes de la tierra sagrada de la que vinieron los Reyes Magos que le enseñó el maestro. Boise es casi un desierto, aunque no haya dunas; la tierra en esta época es un secarral, y si por la mañana hay cuarenta grados, por la noche no llega a cinco y hay que abrigarse. El invierno, por el contrario, es helador, y ni la salamandra de leña ni la chimenea encendida son capaces de caldear esa casa por cuyas rendijas se cuela el frío.

A Valentina, que ha permanecido un buen rato mirando la blancura de la nieve aún sin pisar, le cuesta caminar sin caerse. Sus botas son fuertes, pero le pesa todo lo que se pone encima para no congelarse. Todavía no sabe si le gustará la primavera, ni si algún día se acostumbrará a las infernales temperaturas del verano.

Las ovejas ya han comenzado a parir, y las más de mil cabezas siempre tienen necesidades. Algunas rechazan a sus corderos y hay que alimentarlos como si fueran bebés. Es el momento más frágil, y es conveniente vigilar que no tengan parásitos. Domingo piensa en ello todos los días: el momento de partir a la montaña se acerca, y

por eso el rebaño tiene que estar fuerte.

Domingo levanta la azada de su pequeño trozo de tierra y mira las montañas. Sabe que le esperan. Beltza corretea a su alrededor inquieto, como si adivinara los pensamientos de su amo: hay que partir. A veces se detiene, y el pastor hace amago de atraparlo; el perro corre veloz unos metros y vuelve a detenerse a escasos centímetros. Lo mira con ojos suplicantes, y él le rasca en los lomos traseros soportando sus lametazos.

Cuando Valentina contempla esas escenas de cariño entre su marido y su fiel *collie* la invade la ternura. A él no le gusta saberse observado, y por eso ella disimula dándole la espalda para que no advierta la emoción en sus ojos. Domingo da órdenes al perro con voz autoritaria y le impide acercarse. A Valentina le apena que el animal no perciba, como ella, que el pastor es incapaz de mostrar su ternura en público, porque si lo hace se siente vulnerable como un tullido. Su marido es la perla de una ostra que el destino y la soledad engulleron.

Valentina trabaja hoy en el hotel y no llegará hasta las cuatro. Domingo quiere sorprenderla, así que se apura para terminar la huerta y dar de comer a las seis gallinas en el corral que él mismo ha construido. Lleva semanas organizando la casa, tratando de que ella no tenga más trabajo del que ya tiene. Le ha encargado a Cipri que pase a ver si necesita algo una vez por semana, pero todo le parece insuficiente. No sabe qué hacer para que no se sienta sola cuando él se vaya. Al principio contempló la idea de traerle uno de los cachorros que había tenido la perra de Arrieta, pero estaban las gallinas y la huerta. Se le ocurrió algo mejor. Su mujer se trae los periódicos viejos y los relee con avidez. Le cuenta de la radio de Milagros y de lo que aprende de los concursos que emite el artilugio. A ella le interesa todo: los nuevos descubrimientos, los avances médicos, las guerras o los derrocamientos de los Gobiernos... Le preocupa lo que pasa en España, y a veces le parece que ha dejado un pie allá. Su amiga Clara le ha enviado una larga carta de siete pliegos de un papel tan fino que Valentina temía romperlo solo con

leerlo. Ella sí le cuenta cosas interesantes: le habla de la recepción que se le ofreció en el Hotel Excelsior de Bilbao a Miguel de Unamuno cuando volvió de su exilio en Francia, de Clara Campoamor y del sufragio femenino, y la informa de que en América las mujeres votan desde 1920, pero solo si son blancas. Desde que Domingo está con Valentina el mundo ha empezado a conformarse en su cabeza, y es consciente de que no solo existe lo que se ve y se toca, sino que los acontecimientos hacen que la balanza se incline hacia un lado u otro. Él ya sabía que un marino está atento a las mareas, los vientos y los temporales, y que en la montaña se vigila el suelo que se pisa, las nubes que se forman y la fuerza de los ríos en el deshielo, pero al lado de Valentina ha descubierto que en su corazón existe un vasto territorio sin explorar.

Por esas razones, quiere regalarle una radio como la que hay en el rancho de los Goitia o en la casa donde cose esa colcha infinita hecha con pedacitos de paciencia. Hizo el encargo en el almacén de Ferguson, y hoy es el día que debe recogerla. Cuando entra en la casa, pasa de largo e ignora lo que Valentina ha ido dejando encima de la mesa. Su mujer no es capaz de entender que en la montaña no se necesitan más que un par de camisas y que es mejor viajar ligero. Posa sus ojos en lo que ha preparado y sonrío al ver los cuadernos, el lápiz y ese libro que le regaló el patrón y que no ha conseguido leer.

Camina hacia el centro de Boise acompañado de su fiel Beltza, y al pasar por la iglesia del Buen Pastor se santigua. No es un hombre religioso, la vida misma le lleva demasiado tiempo y esfuerzo como para rezar pidiendo a Dios más de lo que puede dar, pero su madre le enseñó a arrodillarse y a pedirle al Todopoderoso que devolviera a su hermana a la cuna que nunca debió abandonar. Todavía hoy es capaz de recordar el piecito marcado con una estrella púrpura agitándose mientras su madre la amamantaba. Quizá aquellos desesperantes ruegos le alejaron de la fe en un Dios que permanecía ajeno al dolor lacerante de una madre. Valentina tiene sus creencias, aunque no hablan de ellas ni le pide que las siga. Hace unas

semanas acudió a un bautizo y mostró el respeto que se debe a los que creen a pies juntillas que todo lo que se bendice es eterno; lo hizo por ellos y porque su mujer se lo pidió.

En el almacén de Ferguson le enseñan la radio. Es bastante más voluminosa de lo que parecía en el catálogo que le mostraron; debería haber pensado en una camioneta para trasladarla. Calcula si podrá abrazar su volumen y escucha con atención las instrucciones de funcionamiento que le explica el americano con paciencia y gestos. Enchufar, *plug in*; desenchufar, *unplug*; encender, *turn on*; apagar, *turn off*... Se siente seguro apoderándose de esas palabras clave que memoriza y repite mientras vuelve a casa. Ya no las olvidará, porque sabe que la lengua se fija cuando inmortaliza los momentos preciosos de la vida. Algunos hijos de compañeros y amigos hablan inglés perfectamente porque van a la escuela y allí eso es lo que se habla, y cuando llegan a casa se dirigen a sus padres en euskera casi sin darse cuenta. Eso es lo que él querría hacer y en lo que Valentina se empeña. Ahora, cuando llegue, le dirá lo del *plug in* y el *unplug*.

Abrazado a la voluminosa radio, camina mirando de nuevo las montañas aún coronadas de nieve. No quiere irse, pero debe reconocer que las anhela. Avanza con lentitud hasta que ve su hogar al final de la calle. Boise crece, y en solo unos meses han levantado un par de viviendas de tres pisos que probablemente estarán ocupadas cuando él vuelva en septiembre. La economía muerde con más ahínco a los habitantes de las grandes ciudades, y el oeste aún puede ofrecer posibilidades a pesar de la sequía que empieza a sentirse en las grandes llanuras del suroeste.

Valentina está en la cocina cuando él llega cargado con el paquete. Por un par de dólares más, le ha puesto una funda de tela para evitar que le entre polvo.

—¿Qué traes?

—Es para ti. Acércate, mujer.

Ella se seca las manos con un paño y mira con curiosidad a su marido. Él está expectante, como un niño que no puede esperar. La

caja es demasiado grande como para adivinar lo que contiene. De su interior Domingo saca lo que parece un pequeño mueble con patitas de madera, semioculto por la funda que lo cubre. Valentina se adelanta a levantarla y abre mucho los ojos, fascinada por lo que ve. El modelo de radio es una Philco 77 Lowboy, y en la parte de arriba tiene una superficie semejante a una mesita. Su marido busca un enchufe y menciona las palabras mágicas: *plug in, unplug, y turn on, turn off*. Ella permanece sorprendida y expectante hasta que, al girar una ruedecita, una melodía se expande por el salón. Valentina salta al cuello de Domingo y lo cubre de besos. Un pensamiento cruza su mente: es la mujer más feliz del mundo.

—No quiero que te sientas sola.

Las palabras se hunden en su pecho como si llevaran un cuchillo entre los dientes. Le rodea la cintura con los brazos, cierra los ojos y le susurra su cariño con palabras inventadas, alardeando de un valor del que tendrá que hacer uso. Con todas sus fuerzas le ruega a su Virgen que le permita recordar este momento cuando él no esté, sentir la fuerza de esa espalda grande donde se estrellan todas las tristezas. Lo pide con verdadera devoción, porque Valentina sabe que las emociones no se recuerdan como se sienten, sino como ella se las cuenta a sí misma para revivirlas.

—No tenías que gastar más dinero. Tengo mucho que hacer y no me dará tiempo a echarte en falta. Pero... he de confesar que estaba en mis pensamientos tener una radio tan bonita como esta. Gracias.

Miente cuando le dice que no lo echará en falta. No puede confesarle que el tiempo a su lado se escapa como si tuviera alas, ni que se siente atada a él de una manera que ni tan siquiera puede entender. No puede decirle que nunca confió en nadie como confía en él, que le gusta pertenecerle y que, a su manera, él sea suyo. Sabe que en cuanto salga por la puerta se le abrirá un agujero en el pecho, pero Domingo debe partir tranquilo. Tiene a Milagros, a Encarni y a todas las mujeres de su tierra que viven en Grove Street, pero soltarlo, dejar que vuele a su aire esa cometa, le tiene el estómago encogido.

Esos días ha venido a su cabeza la imagen de Pedro, el pescador al que el mar se tragó. Ha oído decir a las mujeres que la montaña puede devorar a los pastores. Están solos frente a una naturaleza que no admite tonterías. Una noche de tormenta, vientos que aparecen de pronto, brumas que esconden peligros... Sí, tiene miedo de la montaña, y de ese pico Hyndman que se alza a tres mil metros de la llanura.

Hace días que no se siente bien. Cuando se mira al espejo ve la piel oscurecida alrededor de los ojos. Espera a que él no pueda verla para ponerse paños fríos en la frente, meter los pies en agua helada con sal y darse friegas con alcohol de romero, pero el cansancio persiste y él ya le ha dicho un par de veces que tiene mala cara y que quizá sea conveniente visitar al doctor. Ella solo puede pensar en que su marido se va para varios meses.

Domingo se centra en la radio. Gira el botón a derecha e izquierda hasta que, como por arte de magia, sale una voz cantarina. Su mujer pega un respingo. Inmóviles, escuchan tratando de atrapar las palabras primero, de traducirlas en su cabeza después, para finalmente comprenderlas. Valentina asiente. A Domingo le parece que el locutor habla con la velocidad de un purasangre; apenas le da tiempo a atrapar media docena de palabras.

Valentina ha recibido una nueva oferta de trabajo. El Modern Hotel, otro establecimiento creado por dos pastores que perdieron su rebaño en la Gran Depresión, quiere que trabaje para ellos. Su sueldo sería bastante mejor que el que tiene en el Jai Alai, y le permitirían seguir con sus encargos de repostería. Se lo cuenta haciéndole ver la oportunidad que suponen unas condiciones como esas, y le advierte que no tomará una decisión sin su aprobación. Pero Domingo arruga la frente y durante unos segundos permanece silencioso, removiendo la sopa. Se frota la cara, suspira, y para ese momento su esposa sabe que la lealtad de su hombre es algo que está fuera de cualquier negociación.

—No me gustaría que trabajaras en el Modern.

—Pues no se hable más.

El pastor se siente atado a Encarni y a su marido Pablo. No quiere que su matrimonio interfiera en su amistad. Es la primera vez que encuentra una barrera que no podrá superar. Ella no le ha contado que en el Modern han traído unas vitrinas frigoríficas de la marca York en las que quieren exponer pasteles y dulces. A ella le gustaría llenar ese espacio, y Ángeles, la dueña, es una mujer que sabe lo que hace. Al otro lado de la ciudad dos mujeres francesas han abierto una *patisserie* y su fama empieza a circular por toda Boise.

Los dos rumian sus pensamientos. Valentina sabe que una mujer debe ser leal a su marido, pero renunciar a la oferta que le han hecho le parece una estupidez. Adora a Domingo, pero él no tiene la misma visión de la vida que ella. Mariana le dijo más de una vez que a los hombres había que contarles poco y al revés, pero ella no quiere enfrentarse y abrir un vacío entre ellos. Tiene fe en crear algún negocio estable en la ciudad, como han hecho otros. Los alemanes hacen salchichas, los franceses se han quedado con los salones de belleza y los chinos poseen los almacenes de ropa. Ella sueña con una pastelería como las que vio en Bilbao. Haría pasteles pequeños, como los de Arrese, pastas de té o tartas, y Domingo podría quedarse en la ciudad y buscar trabajo en los ranchos cercanos.

Esa noche evitan pisar terrenos pantanosos. Recogen la mesa y mencionan tonterías que no les importan. Se acuestan antes que otros días. Hace frío en la habitación, a pesar de que han dejado la estufa encendida para que se caldee. Permanecen muy juntos. Él le frota los pies fríos y ella recorre su cuello con los labios para evitar cualquier pensamiento que no sea su cuerpo. Hacen el amor casi en silencio, con una pizca de urgencia y desesperación para luego guardar lo sentido.

Pero Valentina sabe que en unas horas él se irá y le viene a la memoria una de las chicas que trabajaban en el palacio. Nunca ha podido olvidar sus gritos cuando vinieron a avisarla de que su joven

marido se había ahogado. Se pega más a Domingo y le pide que le hable de la montaña. Quiere saber qué palabras escoge para describirla.

Domingo desconoce el alcance del temor que ocupa a su enamorada, pero algo percibe, y comienza hablándole de las hierbas y flores que crecen a muchos metros de donde se encuentran. Le habla de una especie de azucenas que florecen cerca de los torrentes, de su olor embriagador y del color de sus pétalos, un azul que se parece al cielo de los veranos. Le habla de Tajui, de las hierbas que él conoce y que curan, y también de esos artilugios para la cocina que ella le ha dibujado para que los talle con la madera de los álamos temblones. Valentina se aferra a esa voz que sabe que añorará hasta que le duela el corazón, y le pide a la Virgen de la Antigua que le cuide, que le proteja de los osos, de las serpientes que dice que se arrastran bajo las piedras y de los coyotes. Hace especial hincapié en rogarle que su pastor no resbale en las sendas peligrosas, en los riscos y en las noches de tormenta.

Él percibe que el abrazo de su mujer se hace más intenso estos días. Lo sabe porque sus manos se clavan en su pecho como si necesitara hacerle prisionero. Sabe que el olor de las azucenas que ha descrito no la ha distraído lo suficiente y la acaricia, mintiéndole para tranquilizarla.

—Ya verás lo deprisa que pasa el tiempo...

Y luego le recuerda que visite al doctor Pettinger y que le hable de cómo se siente. Domingo le ha enseñado los recibos del seguro médico que posee. Pertenece a la Sociedad de Socorros Mutuos, la primera que formaron y sostuvieron con sus cuotas los vascos de Idaho. Le dice que si necesita algo se ponga en contacto con Jack Anduiza. Valentina sabe poco o nada de la historia de esa emigración que han hecho los pueblos marineros de Vizcaya y se sorprende al conocer que los pastores estuvieran tan organizados. La sociedad se había creado en 1908, cuando varias pensiones vascas acordaron que necesitaban crear una sociedad de ayuda mutua en la que cada miembro debía pagar una cuota para cubrir gastos relacionados con

emergencias, accidentes y funerales. Muchos no podían atender los imprevistos por hallarse en mala situación económica. Los doctores de Boise, Pettinger y Collister, se encargan de asistir a sus miembros. Las mujeres tienen derecho a una cama gratuita en caso de caridad o pobreza.

Valentina le asegura que así lo hará, y poco a poco ambos encuentran la paz y se duermen.

Antes de que salga el sol, Domingo se levanta de la cama y empieza a preparar su bolsa. Lo hubiera hecho ella, pero el pastor se lo ha prohibido. Mientras se afeita, Valentina entra en el baño y, sin poder evitar una pizca de desesperación, se agarra a su cintura. Su marido tiene el pelo revuelto y el sueño todavía le envuelve. Se detiene durante unos segundos, pero se sigue afeitando hasta que ella termina pegada a su cuerpo, meciéndose al compás de una música inexistente. Valentina experimenta uno de esos momentos en que siente la intensidad de su amor y necesita y pide un milagro: «Que no se vaya». Ruega con esa fe infantil que aún la sostiene. Domingo cubre sus manos con las suyas sin encontrar las palabras que necesita. Ambos suspiran hasta que por fin ella se despega de su espalda y camina con paso vacilante hacia la cocina.

Ha preparado unos bizcochos de nueces de los que a él tanto le gustan y ha envuelto en un paño de lino un queso bien curado. En un cuenco de barro, tapado con una de las servilletas bordadas del palacio, lleva mantequilla batida con azúcar. No importa que en el rancho le preparen las vituallas necesarias para meses: ella ha dispuesto todo eso para que la recuerde cuando unte el pan, cuando acompañe el café con esos dulces. En cada uno de los paquetes que le entrega ha metido un papelito con palabras de amor en letras mayúsculas que él no sabe que lleva.

Se demoran, se apuran, se abrazan, se confortan... hasta que Domingo la retira con suavidad y va en busca del caballo para cargarlo.

Valentina no le acompaña. No quiere verle partir.

Cierra la puerta y se queda escuchando los sonidos del amanecer. Reza, pero eso no evita que sienta que un agujero en sus tripas la succiona como un vendaval.

Cede a la tentación, se acerca a la ventana y descorre la cortina. Ve la silueta de su marido cabalgando hacia el sol, y el corazón está a punto de salirse del pecho. Va a ser difícil que esa imagen le dure hasta el mes de septiembre.

De nuevo la montaña

VALENTINA Y DOMINGO

IDAHO, ABRIL DE 1931

La meteorología determina la vida de quienes dependen de la naturaleza, y este año la nieve permanece esperando una primavera que desentumezca los huesos. Después de estudiar las rutas, Jeff Peterssen decidió la fecha y el lugar para llevar el rebaño a los pastos altos. Hay zonas cercanas a Bruneau y a Mountain Home, al sur del río Snake, cuyas rutas están transitables y son abundantes en pastos. Domingo conoce bien la zona. Ha recorrido casi todo el territorio de Idaho, pero a donde se dirige es al lugar donde pastaban los rebaños del afamado Bengoechea, aquel hombre de Bedarona de cuya existencia ya sabía aun antes de cruzar el Atlántico.

Mountain Home era hace años el centro del comercio de lana del país. Tras el trasquile, el vellón era transportado desde Owyhee, en grandes carretas al principio y en camiones más tarde. Allí se celebraban los encuentros y las romerías de los vascos, y también las subastas de ganado antes de que todo se fuera trasladando a Boise. La región, un inmenso territorio que se extiende desde el suroeste de Idaho, el sureste de Oregón y el norte de Nevada, fue el territorio elegido por los primeros vascos llegados a finales de 1800. Sus nombres siguen saliendo en las conversaciones, y desde entonces han servido como ejemplo y guía para los que vinieron después.

Cabalga despacio. Conoce el terreno, y su único temor es encontrar que otros pastores se le hayan adelantado. Una ardilla lo mira temerosa e inmóvil. Tiene una piña atrapada entre las patas; la avaricia y la cautela pugnan por una decisión. El pastor suspira. Se reencuentra con esa naturaleza que a lo largo de los años ha aprendido a amar. Avanza hacia un riachuelo donde abunda una sabrosa especie de cangrejos. Si mira al cielo puede avistar las aves que van y vienen del frío al calor, y la sola contemplación de su vuelo le proporciona una felicidad liviana como la brisa.

Lleva un par de semanas fuera de su hogar y, aunque el reencuentro con su vida de aislamiento en la montaña aún le brinda momentos de dicha, no solo es su cabeza la que se aleja, sino también su cuerpo. Hasta ese momento, nunca había tenido problemas para dormir. El sueño venía dócil a reparar el cansancio o el aburrimiento, y ni tan siquiera el incómodo catre le impedía descansar. Pero a partir de la primera semana Domingo siente que no es el mismo. Rendido, se tiende y cierra los ojos, pero su cabeza se ha acostumbrado a Valentina y sus manos tantean a su alrededor buscándola. Es entonces cuando se despierta y ya no logra conciliar el sueño hasta el amanecer. Una marea de preguntas le aplastan el pecho, acorralándolo. ¿Qué estará haciendo Valentina? ¿Habrá suficiente leña cortada? ¿Qué ha podido decirle el médico acerca de su cansancio?

Un cielo limpio y un aire glacial permanecen durante todo el día, y solo cuando oscurece la montaña guarda silencio. El pastor está ocupado en mantener alerta su instinto. Sabe que, al menos, hasta que llegue la madrugada no nevará. La nieve suele anunciarse pintando el cielo de extraños colores. Hay que temer la oscuridad verdosa que anuncia tormenta o el cielo azul sembrado de cúmulos blancos que casi pueden tocarse en el horizonte. Hace unos años, en aquella misma zona, concretamente en las laderas altas, unos suecos y daneses calzados con unas planchas de madera surcaban la nieve y bajaban las pendientes sin esfuerzo alguno. Su patrón le explicó que en los países del norte de Europa, especialmente en

Noruega, la gente utilizaba ese modo de transporte debido a la abundante nieve que bloqueaba las carreteras durante meses, y que en los Juegos Olímpicos de Invierno de 1924 reconocieron el esquí como deporte olímpico. Domingo ha escuchado rumores de empresarios que quieren hacer en las cimas lugares de recreo para esas prácticas. Si es así, los pastores tendrán que buscar pastos en otras zonas. El progreso hace más fácil la vida, pero quien no conoce la montaña acostumbra a maltratarla. Los animales huyen de los cazadores sin alma, y hace tiempo que las grandes manadas de búfalos que poblaban las praderas desaparecieron.

Sube la colina, donde la hierba pugna por deshacerse de un manto de nieve frágil y quebradizo. Escucha su respiración y el jadeo de su caballo. Beltza está concentrado en que no se desorienten las ovejas. El pastor sopesa y calcula. Es un buen lugar para el rebaño, el río está cerca y el pasto es fresco. Se apea del caballo, silba, emite unos sonidos que sus perros conocen. Aparta la nieve y los cantos de la superficie donde pondrá su tienda, abre el catre y cava un agujero donde meter la leña seca que ha ido atrapando entre los árboles para hacer un fuego. Se cerciora de que todo está en orden y vigila un puñado de pinos desde donde podrían atacar los coyotes.

Mientras prepara su refugio recuerda que hace unos meses llevaba en su pecho la foto de Valentina para soñarla. Ya no la necesita: a su cabeza acuden las imágenes de ella riendo, concentrada en la cocina, sujetando su pelo en una trenza... Ve sus manos pequeñas, ágiles, eficientes, su boca y sobre todo sus ojos, tan parecidos al color del mar de su tierra. Recordarla le duele y le conforta al mismo tiempo. Le duele porque no puede estar ahí para protegerla; él se siente su escudo, el único que conoce la suavidad de su piel. Ahora comprende que todos los animales se comportan de la misma manera, aunque solo los seres humanos son capaces de amar y entenderse. La aleja de su pensamiento ayudado por tres suspiros profundos y el cuaderno saca de su morral. Se lo ha prometido: cada día cinco palabras. Mira al cielo, *sky*, unas estrellas brillantes y numerosas cuajan el firmamento como las bombillas que

encienden en las romerías. No sabe cómo se dice «inmensidad» en inglés, *izugarritasuna*, murmura en voz baja, o quizá *izarren izugarritasuna*... La inmensidad de las estrellas.

Cuando cierra los ojos, la siente e imagina a su lado. No cede a la tentación de abrazarla. Sabe que no está allí, y que si piensa en ella no conseguirá dormir.

Valentina se queda en la cama cuando despierta. Le hace falta tiempo para acostumbrarse al silencio y a la certeza de la soledad que reina en la casa. Escucha el cacareo de las gallinas, el sonido del viento, el ruido de los automóviles que pasan al otro lado de la calle. Pone las manos sobre su vientre y las gira, dándose un pequeño masaje. Es un saludo a lo que engendra.

Una semana después de que Domingo partiera, acudió a la consulta del doctor Pettinger. Tuvo que hacer un esfuerzo infinito para dejarse examinar, pero el médico chapurreaba una divertida mezcla de idiomas y, aunque le hizo infinidad de preguntas, su simpatía la tranquilizó. Él quería saber cuándo había tenido su último periodo y Valentina no lo recordaba, aunque tenía la impresión de que hacía tiempo que no utilizaba sus paños. La enfermera le pidió una muestra de orina.

—Señora Arsuaga, todo parece indicar que pudiera estar embarazada —le dijo el doctor Pettinger—. Haremos la prueba de la rana.

—¿La prueba de la rana? ¿Eso duele?

—A usted no, a la rana quizá. La ciencia adelanta y nos ofrece la posibilidad de saber si espera un hijo gracias a una rana a la que le inyectaremos su orina. Si desova entre seis y doce horas después, sabremos que tendrá usted que cuidarse, dormir y alimentarse bien para que el niño llegue sano.

El médico la emplazó para una nueva visita tres días después. El tiempo de espera le resultó extraño, como si el hecho de saber que un hijo trataba de formarse en su vientre la alejara de todo para

concentrarse en ello. Enajenada pero feliz, tenía miedo de abrir demasiado las piernas, estornudar o darse la vuelta en la cama. Hablar del embarazo no era una opción recomendable. Casi nadie lo hacía; no estaba bien visto, y solo cuando el cambio físico era evidente se admitía. Una mujer preñada pregonaba a los cuatro vientos que tenía relaciones sexuales.

Debía esperar al resultado para contárselo a Encarni o a Milagros. Las mujeres responderían a sus preguntas, sobre todo Estela, la comadrona que vivía en la misma calle que Encarni. Como le había aconsejado el médico, hizo memoria, revisó su ropa interior y trató de recordar su último periodo. Tras un exhaustivo repaso a su vida, calculó que hacía casi tres meses que no sangraba. A la última menstruación había que añadirle doscientos ochenta días para estimar la fecha del parto, y sus cálculos la estremecieron. Era martes, 14 de abril, cuando el doctor le confirmó su estado de buena esperanza. Su hijo nacería en septiembre, probablemente antes de que Domingo entregara el rebaño. Valentina siguió adelante con su vida, consciente de que su marido le había dejado aquella semilla para acompañarla.

Los encargos se le acumulan. Los moldes con forma de flor de lis y de racimo de uvas que provenían del Palacio Iribarren son un éxito. El hijo de Milagros, Francisco, se ha ofrecido a repartir los pedidos después de la escuela a cambio de un dinero y las propinas. Habla inglés y es un muchacho eficiente. Valentina enciende la radio, se pone el delantal y dispone en la mesa los ingredientes para la tarta de chocolate que la señora Middleton le ha encargado para su hijo. Ha dejado el bizcocho preparado, así que solo tiene que emborracharlo levemente con un almíbar de ron, añadir el relleno de mermelada y decorar la tarta. No presta atención a nada que no sean sus manos, pero las voces que reparte la radio despistan su soledad. Revisa si la manga pastelera tiene la boquilla adecuada para escribir *Happy birthday* con la mantequilla batida, y es entonces cuando en el noticiero informativo una voz anuncia que en España se ha proclamado la República y que el rey Alfonso XIII se prepara

para salir del país. Valentina escucha que la primera ciudad que ha anunciado el cambio de gobierno ha sido Eibar.

Las letras quedan impresas en el chocolate gracias a un ejercicio de concentración y disciplina. Encajar las noticias y escribir un mensaje con mantequilla batida no le ha resultado sencillo. Viviendo lejos, los cambios políticos avivan la incertidumbre. Quizá sea bueno para España, pero quizá no. Valentina piensa que si su hijo no estuviera en el vientre habría corrido al Jai Alai para escuchar a las demás, pero el embarazo la rodea de prudencia.

Se ha vuelto paciente y dócil, y según avanzan las semanas se siente mejor. Clara estará feliz: las conquistas que le interesan podrían darse con un Gobierno más liberal. Luego, a su cabeza vuelve Domingo. Se le acumulan las cosas importantes, esas que ella le contaría apoyando la cabeza en su pecho cuando acabara el día. Pero su marido está allá arriba. Se hace la señal de la cruz y termina la tarta. Aún debe hornear un par de bizcochos mientras espera a Francisco.

Las mujeres se reúnen una vez al mes. Algunas llevan sus labores y bordan o tejen mientras hablan. Es el club de calceta, ese tiempo en que todas se comportan como si de un momento a otro subieran del puerto las mujeres que cosen las redes para avisarlas de la llegada de los *arrantzales*. Valentina es la encargada de aportar algo dulce para amenizar esa tarde. Coloca sus delicias sobre una mesa larga formada con tableros. Ese mes de abril, la cita es en el salón parroquial. La presidenta del club, Juanita Corta, anuncia lo que ha sucedido en la vida de la comunidad de los vascos de Boise. Comunica que el cuerpo de Ignacio Gaztanaga ha aparecido con el deshielo en una garganta de Sawtooth y que ha sido Juan Uxue quien lo ha encontrado. Los rumores apuntan a que el pastor había resbalado, con tan mala suerte que debió de partirse un hueso de la pierna. No pudo moverse ni pedir auxilio. Nadie le hubiera escuchado. En voz baja, a su lado, una chica de Bermeo le dice a Valentina que ha oído que los buitres le habían devorado y que lo reconocieron por la ropa que llevaba. Ella traga saliva y reza un

avemaría a su Virgen para que proteja a su marido. Las noticias procedentes de las montañas le hacen daño. Aún no está acostumbrada, ni tiene la fortaleza de las que llevan años con el esposo en el oficio. Muchas han sido antes mujeres de marinos y no les extrañan las prolongadas ausencias de sus maridos. De pronto le parece escuchar su nombre. Juanita, desde una esquina de la sala, está anunciando que Valentina se encuentra en estado de buena esperanza. Las mujeres se acercan a darle la enhorabuena y a ofrecerle consejos y buenos augurios. Muestran sus ojos centelleantes de peculiar alegría. Se vuelven dulces, madres, serviciales. A Valentina se le humedecen los ojos. La generosidad que le muestran le resulta desconocida, como si por primera vez perteneciera a una familia de las que no sueltan la mano de quienes pertenecen a ella. Apenas conoce a muchas de las mujeres, y no todas son iguales. Algunas tienen el ceño adusto, o un gesto de lejanía o extrañeza, pero igualmente han pasado a saludarla, a apretar su mano o palmearle la espalda. Está conmovida. No tiene que preocuparse: ellas estarán a su lado.

Con el café y los dulces, Victoria pide silencio y permiso para leer una carta que le ha enviado su cuñada. Sale a relucir la recién instaurada República, y los semblantes cambian. Algunas de las mujeres están al corriente de las noticias que llegan de España; unas se alegran de perder de vista al rey y otras temen que los cambios afecten a la maltrecha economía de los suyos.

—Aquí tenemos las noticias trasnochadas. No nos sirven. En Nueva York tienen *La Prensa*, que se publica en español e informa de todo lo que nos atañe. En el Modern Hotel lo reciben una vez por semana. Habrá que ir allí.

Al llegar a casa, Valentina escribe a Mariana y a Clara. Les cuenta que es muy feliz y que espera un bebé. Si es niño, como ambas se habían prometido, le pondrán Nicolás, y si es niña, Mariana, pero ella cree que será un varón. Relee lo escrito. Sus palabras informan, pero no cuentan lo que su corazón siente. Esos miles de kilómetros de tierra y mar que la separan de ellas devorarían la verdad de sus

sentimientos, haciéndolos incomprensibles, así que escribe cosas sencillas que Mariana entienda.

Hoy he hecho una purrusalda. La calabaza no es la misma que la de allí, y conseguir el aceite de oliva es imposible. En realidad, aunque sigas una receta al pie de la letra, no sabe igual. Se parece, pero no es lo mismo. Hay cosas que se me olvidan. Ya no recuerdo el olor del salitre, ni el sabor de ese besugo que tú cocinabas tan bien, con su refrito de ajos y sus guindillas, pero si cierro los ojos y pienso en ti mi corazón me lleva hasta Gernika, y te juro que puedo escuchar el ruido que hacen las sillas cuando las movemos para barrer. Haz el favor de explicarme todo lo que puedas, y lo que no puedas inténtalo. Tus cartas tardan una eternidad, así que esfuérzate, amiga.

En casa de Milagros se termina por fin la colcha. Comienzan a coser camisillas con costura francesa para que la piel del recién nacido no sufra y parten metros de un algodón rugoso para hacer pañales. Las agujas de muchas mujeres tejen patucos y chaquetitas, capotas y mantillas que Valentina guarda en los cajones con bolas de lavanda y ramitas de orégano. Un dulce bienestar la envuelve mientras pasan los días, como si la criatura le fuera administrando unas gotas de láudano. La bolsita en la que guardaba el fruto de su trabajo está repleta de dólares, y de vez en cuando los cuenta y recuenta para saber lo cerca que va de recuperar la vida de su marido saldando la deuda con el patrón.

Cipri y Ángeles se acercan a verla los domingos que les es posible. Ángeles se sienta junto a ella y ambas toman una limonada helada mientras Cipri se ocupa de la huerta o de lo que necesite la mano de un hombre.

—¿Estás segura de que no quieres que suba a contárselo?

—Lo estoy. Domingo se pondría nervioso y querría estar conmigo... ¿Lo saben en el Creek Valley Ranch?

—Ninguno de nosotros se lo ha dicho a Jeff Peterssen, pero tú sabes que las noticias no se detienen.

—Si él no lo manda bajar, no lo haré yo.

—¿Y cuando te pongas de parto?

—Todo está previsto. El hijo de Milagros se quedará conmigo el mes de septiembre. Él llamará a Estela, la comadrona, si es necesario. Pero a primeros, cuando el médico me vea, le escribiré una carta. Imagino que él ya estará cerca para entonces.

—Yo me quedaré con el rebaño. No te preocupes. Parece que este año el calor se adelanta y viene fuerte. Me han dicho que en las llanuras los campos se agostan... Veremos.

—Domingo no quiere un trato especial. —Valentina sigue pensando en su esposo—. El patrón está loco por tener hijos. Se ablandará en cuanto conozca la noticia. En el fondo, Domingo y él se parecen. Son incansables, pero testarudos. No creo que sea un problema.

A pesar de las advertencias y de su confianza en aquella tierra, el verano llegó con sus rigores. Se había pasado la vida vigilando si las nubes descargarían un día o al siguiente. En su tierra, el agua estaba presente hasta en el mes de agosto, pero en Boise el calor calentaba la casa hasta convertirla en un horno y ni provocar corrientes servía para apagarlo. El aire en las primeras horas de la tarde era tan espeso que resultaba difícil respirar. Durante el día Valentina mantenía la casa en penumbra, los postigos cerrados, y solo abría la ventana que daba a la parte de atrás, donde los árboles sombreaban el terreno. Valentina añoraba constantemente el mar, soñaba con él, y cuando el calor apretaba imaginaba que se sumergía en las aguas frías de la playa de Karraspio y se quedaba flotando, haciendo el muerto rodeada de peces plateados. Como

sustitución, llenaba la bañera de agua fría y se sumergía hasta que su piel se arrugaba.

—No es conveniente tomar baños en tu estado. El agua puede subir hasta donde está el bebé y ahogarlo.

Los consejos de las mujeres eran variados e imposibles. Valentina alteró sus costumbres, madrugaba mucho y se acostaba pronto. Aceptó un par de vestidos prestados, pues los suyos ya no le entraban. Cocinaba menos, y optó por comprar un artilugio mecánico para hacer helados, casi el único alimento que le proporcionaba algo de placer. Francisco la ayudaba. El chico estaba de vacaciones y le gustaba la cocina. Juntos hacían helado de cualquier sabor, siempre siguiendo los consejos que había aprendido del libro de postres de la Parabere.

—Unas cuantas horas antes de hacer el helado es preciso llenar con agua bien fría el cubo que reviste la heladora, para que la madera se hinche. Si está seca, el hielo derretido se escapará. Y ten siempre en cuenta que una vez congeladas las cremas son más sosas, por lo que han de azucararse con generosidad.

El muchacho era el encargado de calcular la sal y el hielo que necesitaba la garrafa, y el que le daba a la manivela para mover las hélices que espesarían la crema. Para finales de agosto, Valentina y su ayudante vendían helados a los que llegaban a su puerta. Los clientes, todos conocidos, tenían una disculpa para vigilar a la embarazada, pero salían de aquella casa sin temores. Estaba bien, y no parecía temer el parto.

Al atardecer, Valentina riega su huerta marchita y se sienta a esperar el frescor de la noche sin demasiada esperanza de que llegue. Un murmullo de sonidos se levanta entre las calles: los automóviles, las risas y esa cantinela de chicharras e insectos que susurran y enmudecen a un ritmo desconocido, rodeándola con su primitiva melodía. Está cansada, y la soledad le recuerda su peculiar situación. Para distraerse, hace el repulgo de los pañales y los coloca doblados cuidadosamente en una alacena que le ha regalado Encarni. Es una mujer joven que ha atravesado los mares para

enamorarse de un pastor ausente. La joven habla con su hijo. Está convencida de que será un varón. Toca el vientre hinchado que sobresale de la bata que le regaló su patrona en Nueva York, nota cómo el bebé se mueve y, como si pudiera escucharla, le aconseja que se quede donde está hasta que su padre vuelva de las montañas.

La ausencia de Domingo es un puñal clavado en su corazón. Ella intenta acostumbrarse aceptar que su vida será así, pero a veces abre el armario y busca su olor entre la ropa. Y cuando cree que no va a poder llegar a la meta sin morir, se acuesta y construye con la colcha un bulto que se asemeja a una persona. Lo abraza como si se tratara de esa espalda que tanto necesita y cuenta los días que faltan para sentir su piel.

Su reloj interno la despierta con la urgencia de vaciar su vejiga. El sol no ha salido, pero está a punto de hacerlo. Una claridad lechosa se derrama sobre las calles de Boise, casi igual a la de aquel día de marzo en que su marido partió a la montaña. Esa noche también se preguntó qué había en aquel hombre a quien no acababa de comprender.

Valentina se sienta junto a la ventana. Se palpa el vientre y musita su nana... *Aurtxo polita seaskan dago*... Espera a que el cielo se tiña de rojos y naranjas, como el día en que Domingo partió. Descorre la cortina y deja las yemas de los dedos sobre el respaldillo que cosió para su hogar. De pronto, la calle vacía y esos ojos que la memoria tiene lo ven como aquel día: un jinete esbelto cabalga alejándose.

Ella lo mira, murmura palabras que solo él ha escuchado de su boca. No quiere olvidar esa figura que le pertenece y que no sabe si algún día descubrirá del todo.

—*Zure zain egongo naiz, maitia*^[46].

Combatiendo el anhelo

**VALENTINA Y DOMINGO
PAYETTE RIVER, SEPTIEMBRE DE 1931**

Domingo se halla cerca del río Payette al comenzar el mes de septiembre. La temperatura es cálida y agradable, y la esperanzadora cercanía casi le obliga a olvidar lo que ha dejado atrás. Mira una loma desde la que acostumbra a vigilar el barranco, se apea del caballo para beber esa agua transparente que viene directamente del granito y sonríe al recordar que, incluso en verano, la montaña siempre guarda secretos que revelar a quien la ama. Vuelve a posar la vista sobre las flores que nacen entre las rocas, esos milagros centenarios que se alimentan de lo inexplicable. Una fuerza interior le obliga a despedirse, a pasar una caricia de olvido sobre esos lugares que lo hicieron fuerte y lo acompañaron.

Se sienta sobre unas piedras, está cansado porque hace ya semanas que el sueño le esquivo. Saca, por enésima vez, los papeles que fue encontrando entre los alimentos que le preparó Valentina el día de su partida. No necesita leerlos, pero le agrada renovar el sentimiento de satisfacción que le produjeron.

Contempla el rebaño, una masa blanquecina que se mueve sin compás pero obediente, buscando el pasto fresco y a él mismo, cabeza de ese rebaño al que ha cuidado y dado lo mejor. Camina entre las ovejas sujetando las riendas de su caballo. Es mejor vigilarlas de cerca cuando se trasladan. Beltza va y viene mientras los otros perros sin más nombre que *txakurak* cercan orgullosos a

las ovejas que se muestran díscolas.

Domingo da un silbido intercalado. El perro se detiene en seco cuando escucha la sinfonía creada para él y arranca a correr en dirección a su amo. Cuando está a sus pies se tumba con actitud sumisa y mira al pastor, esperando la orden. Domingo saca un trozo de pan seco del bolsillo y se lo da. Mientras Beltza pelea con el mendrugo entre sus patas delanteras, el pastor acaricia su pelo, revisa las orejas y le confiesa sus pensamientos como si hablara con quien jamás le traicionará.

—Esta temporada ha sido distinta. Nos esperan en casa, amigo.

El frío no cedió hasta casi el mes de abril. La humedad y el azote brutal del aire gélido hicieron difícil atravesar la meseta árida y pedregosa. También tuvo un par de tormentas peligrosas y algún que otro ataque de coyotes que, por fortuna, no les salió bien porque él permanecía en vigilia sin poder dormir. Los partos durante el camino se habían retrasado más de lo habitual, pero le habían dado treinta y dos corderos que crecen bien. Es una cifra suficiente para iniciar su propio rebaño, y Domingo se enreda en pensamientos hasta que decide que aún no ha llegado el momento. La venta le dará una buena suma de dólares que servirá para saldar la deuda que tiene con su patrón.

No ha tenido noticias de Valentina. Cuando subió Cipri en el mes de abril, le dijo que ella estaba bien, que trabajaba haciendo sus pasteles y que frecuentaba a las mujeres. En su opinión, parecía una de esas chicas muy capaces de resistir ausencias y daños. Se sabe fuerte. Puede resolver problemas, pero quizá sea él quien después de conocerla se ha vuelto blando. Le ha costado apartar los pensamientos de su cabeza. Para mantenerse seguro en la montaña, conviene reservar el anhelo y la nostalgia.

Suspira y vuelve a silbar. Esta vez los sonidos son secos. Los *txakurrak* se detienen y Beltza sale disparado hacia ellos. Domingo mastica esa hierba que Tajui recoge. El indio dice que es buena para el sueño y para los males del alma. Desde que salió de su casa, se ha defendido de la añoranza de su esposa aplicándose una férrea

disciplina. Siempre hay trabajo que hacer, aunque el tiempo esta vez ha transcurrido tan lento que había días en que le parecía que la montaña lo había detenido.

No ha abandonado los apuntes de su cuaderno, y ya puede escribir algunas frases en inglés. Ha tallado utensilios para la cocina, fuentes y cuencos, tenedores y cajas para guardar las legumbres. Ha mirado las estrellas más que de costumbre, pero en este momento, cuando apenas quedan unas semanas para reencontrarse con ella, una ansiedad inaplazable se ha instalado en sus tripas. Valentina se abre paso entre sus pensamientos sin permiso, está presente de la mañana a la noche, y él ya no es capaz de cerrar con voluntad la puerta por la que se cuela. Se desespera pensando en la distancia que los separa y en ese deseo de ella que ya no desaparece.

Como si las montañas pudieran sentir su orfandad, una de aquellas tardes espesas en que el sol se ocultaba y el aire obligaba a cobijarse apareció Tajui. Domingo no le oyó acercarse ni vislumbró su silueta hasta que no estuvo a unos centímetros de él, pero cuando lo reconoció no pudo evitar que sus ojos se humedecieran de emoción.

—*Behene.*

—*Kaixo.*

Los dos ponen sus manos en el pecho, a la altura del corazón, y sonríen. Sus gestos conforman un saludo único y definitivo. Domingo le ofrece café. Tajui saca de su zurrón unas hierbas que huelen a azucenas y a tomillo. El shoshone las agita en la mano y dibuja con ellas lo que parece una casa.

—*House?*

Domingo lo ha dicho espontáneamente. Podría haber utilizado *etxea*, pero ha dicho *house* porque lleva meses con el cuaderno, memorizando las palabras que se ha impuesto aprender. Tajui lo mira con curiosidad.

—*For home.*

Una luz atraviesa su cabeza. Se lo dijo Valentina, que los americanos tenían un nombre para una casa construida y otro para

un hogar que cobija. Cuando oyó eso, pensó que el inglés era un idioma sabio y acertado para hablar de las cosas que no tienen nombre hasta que alguien las intuye y las siente. Las hierbas eran para su casa, la que era su hogar. Él estaba lejos de allí, de su casa en Boise y de Ea, que quizá nunca había sido su hogar.

Tajui quiere averiguar si Domingo habla inglés. Señala el fuego, la tienda, el cielo, las estrellas y el pastor repite feliz las palabras que sabe. Tiene unos deseos irrefrenables de contarle a su amigo lo que ha sucedido en su vida, porque intuye que es el único que puede entenderle. Le ha visto buscar, para su esposa, las piedras azules en el río. Domingo baja la voz y empieza por el nombre de su mujer y por describirle su belleza. Tajui parece entenderle, le palmea la espalda y sonríe cómplice.

—*Where?*

—*Boise.*

Con un palo dibuja en el suelo un pequeño plano que incluye la calle principal, la salida hacia el aserradero, la tienda cercana de los orientales y la taberna irlandesa. Hace una cruz y le señala su hogar.

Tajui se queda unos días. Le ayuda con el rebaño, caza para los dos y en la noche, junto al fuego, su compañía es un alivio para el pastor. Ha averiguado que ha tenido otro hijo y que los mayores van al colegio y hablan inglés, pero también conservan sus costumbres ancestrales. Su abuelo fue un gran cazador de búfalos, pero él prefiere la pesca, los ríos y los salmones. A su manera, mantienen conversaciones que nadie entendería. Cuando mira la luna, con él a su lado, no le urge pensar en Valentina. A Tajui le preocupan la sequía y la situación de los pueblos hermanos que habitaban las llanuras. Le cuenta que desde que los blancos mataron a los búfalos la tierra ya no quiere dar hierba y se muere. También sus hermanos, que no pueden cazar, se mueren o enferman. Domingo le escucha y anota en su cabeza lo que le dice. Es americano, de uno de los pueblos que habitaban América cuando llegaron los españoles. Pablo Ereño, al que le gustan las historias del pasado, dice que los blancos apenas tuvieron que utilizar sus armas, porque lo que mató a los

indios americanos fueron las enfermedades que se trajeron de Europa.

Llega el momento de separarse. Tajui tiene que dirigirse a Twin Falls, la ciudad más cercana a las cascadas Shoshone. Ese lugar es sagrado y necesario para su tribu: los shoshones agradecen los nacimientos y despiden a sus muertos bajo las caídas del agua de ese impresionante lugar. Domingo asiente con la mano en el corazón, y con un gesto le dice que comprende que los nacidos en esa tierra den gracias a los dioses por las maravillas que les han concedido. Él, a su manera, también agradece la geografía de su costa, la magia de la ermita de San Juan y los acantilados que escoltan los caminos.

El pastor vuelve a contar los días. Mira al cielo. Sabe exactamente la hora por la posición del sol, o por la manera en que ilumina las quebradas y los riscos. Se deja acunar por los reflejos dorados sobre las cumbres y se ocupa del rebaño mientras se siente el único hombre que habita esa tierra.

Durante las últimas noches ha tomado algunas decisiones. En el acuerdo que hizo con Jeff Peterssen hace ya seis años, y que no está escrito, no se comprometió a estar un número determinado de temporadas en los pastos de verano. Puede hablar con él y decirle que busque a otro pastor para ello. En otros ranchos, conscientes de las condiciones inhumanas de aislamiento, ya empiezan a subir dos hombres con un carro que cobija de los fríos y los calores. Uno se ocupa de cocinar y de ir y volver cuando se necesitan víveres, el otro se encarga de las ovejas. Con esto han conseguido mejorar el oficio. Ya no hay un hombre solo, y tener un compañero mitiga los efectos de la soledad. Pero Jeff Peterssen es un hombre algo frío y tenaz. Es cierto que él trabaja como cualquiera, y que paga bien al pastor, pero nunca ha subido con el rebaño a los pastos altos. A Domingo le pesa esa maldita deuda contraída para pagar la casa. A veces se arrepiente de no haber aceptado el ofrecimiento de Arrieta o de no haber acudido a Encarni y Pablo, como tantos otros. Se ha equivocado. La generosidad de su patrón tiene un precio que no

exige intereses, pero que es más difícil pagar.

Una noche, su hermana aparece en sus sueños. No es el bebé que se perdió, sino una mujer morena que le avisa de que su hijo está a punto de nacer y que su mujer le necesita. Cuando despierta, su sueño es tan real que no puede ignorarlo. No espera un hijo, pero su hermana le manda volver y él cree que debe obedecer. Tarda dos días en decidirse. Espera a la noche y mira la bóveda celeste, sembrada de luces como un campo de margaritas. Las órdenes de esa categoría siempre mandan una señal y él, como un vigía, se mantiene en estado de alerta hasta que una estela de luz atraviesa el cielo dejándolo limpio como un espejo. Recoge sus cosas, carga el caballo y da órdenes a los perros: hay que juntar el rebaño y dirigirlo hacia el sendero. Según sus cálculos, es 10 de septiembre. En Lekeitio acaban de terminar las fiestas de San Antolín y los marineros están en plena faena del bonito y la anchoa.

Home, piensa mientras recoge las hierbas con olor a azucena. Se repite a sí mismo: «Propicias para espantar las miasmas de un hogar».

En Boise, bajo un calor espeso, Valentina se mueve pidiendo permiso al aire. Su vientre se ha vuelto voluminoso y sus pechos parecen estar a punto de reventar. Evita mirarse al espejo. El desafío de su cuerpo cubre de niebla sus pensamientos. Casi se alegra de que Domingo no esté allí para verla. A él le entusiasma acariciarlos durante esas conversaciones que mantienen en la oscuridad de la alcoba. Domingo mantiene sus manos posadas en ellos, los cubre como si buscara una conexión a una energía que le proporciona felicidad. Ella se ríe del gesto de placidez que muestra su rostro cuando permanece así, exhalando gemidos de felicidad que incluso lo duermen. Ahora, ella los sopesa y piensa que ni siquiera sus poderosas extremidades podrían abarcar el tamaño que tienen. Se mira de perfil. Ha visto a cientos de mujeres en su estado, pero es ella la que experimenta ahora sus cambios.

La maternidad le parece un milagro, un río que conduce a un destino en el que no se vuelve a estar sola, pero en el trayecto se ha vuelto torpe; va al baño cada poco tiempo, y hay días en que desnudarse o vestirse le cuesta una barbaridad. Todo lo que le sucede es habitual según el doctor, que ha calculado que el bebé llegará antes de que termine septiembre. Él le aconsejó acudir al hospital, el seguro médico de su marido le cubre el parto, pero ella sufre cuando ese hombre la explora y no quiere que ninguno más se adentre en sus intimidades. Las mujeres, las que aletean a su alrededor dándole fuerzas, pueden traer al mundo a su hijo.

Francisco, el hijo de Milagros, ha resultado ser un tesoro. Se encarga de casi todo lo referente al negocio, pero desgraciadamente no puede ocuparse de ella. Es un ayudante repostero excelente, y un chico cariñoso y eficiente. Solo le faltan unos años —algo de disciplina en las medidas, manejar la manga pastelera sin miedo...— para convertirse en un buen profesional. Valentina recoge los huevos de sus gallinas, riega la huerta y recolecta los frutos maduros, pero le resulta imposible coger la azada. Después camina en busca de la leche y la mantequilla. Se ha convertido en su única salida diaria y lo hace temprano, cuando el sol todavía permite respirar y el calor de ese verano difícil no aprieta como al mediodía.

Desayuna sin prisa, sentada junto a la radio. Desde que la escucha, su inglés ha mejorado. Repasa las cuentas. Si no fuera porque el pequeño Simón saldrá de su vientre en cualquier momento, haría algo más por su negocio. Ha pensado en buscar un local, o en aceptar la propuesta de Ángeles, la dueña del Modern Hotel: poner un despacho de pastelería en los bajos del edificio que dan a la calle. Ellos tienen vitrinas refrigeradas y una cocina equipada con modernos electrodomésticos, solo tendría que pagar un alquiler. Valentina proporcionaría postres y bollería para los clientes. Los encargos no cesan, y la caja de galletas donde guarda el dinero ya resulta insuficiente para la cantidad de dólares que ha ido guardando. Pero tiene que esperar a Domingo y convencerle de que el Hotel Modern es una oportunidad que deben aprovechar.

Pone los pies en alto y se queda adormilada con la radio mientras llega Francisco. Cuando cierra los ojos ve Lekeitio, y hasta le parece sentir la brisa marina. Ha recibido cartas de Clara en las que le cuenta de Victoria Kent y Clara Campoamor. Su amiga se siente feliz por la República. Sus crónicas sobre Unamuno y Ortega y Gasset son elocuentes, pero Valentina se siente muy lejos de entender su alegría, pues lo único que desea es ver entrar por la puerta a su marido. Mariana, a pesar de sus ruegos, escribe con desgana. Únicamente cuando habla de su marido muestra algo de preocupación. Nicolás anda enredado con sindicatos y la deja a ella trabajando de sol a sol. Valentina ha notado en sus palabras un cierto temor. Le preocupa que la gente esté tan pendiente de la política, que los enfrentamientos lleguen a los amigos, a la familia y hasta al comedor del Arraun. «De repente todos pertenecen a un lado o a otro y se miran retándose, como si no fueran los amigos que han sido toda la vida...».

Ella quisiera entender de qué habla su amiga, pero está demasiado lejos y es la realidad de América a la que debe atender. Ha escuchado que se ha terminado el edificio Empire State en Nueva York y que crece la epidemia de polio en Massachusetts. Sabe el nombre del presidente, un tal Herbert Hoover, del que dicen que no es capaz de combatir la Gran Depresión. Conoce la bandera y sus cuarenta y ocho estrellas, por los estados que agrupa. En su última carta, Clara le ha dibujado una bandera de España diferente a la que ella conocía. Ahora es roja, amarilla y violeta, quizá más vistosa, pero al parecer no al gusto de todos.

Esa mañana, al volver de sus recados, un dolor de riñones insufrible casi le impide caminar. Francisco la ha visto doblarse de dolor y ha salido corriendo a avisar a su madre. Media hora después, Milagros llegaba jadeando y le anunciaba que su hijo iba a avisar a la comadrona.

—Niña, levántate y vamos a pasear por la casa. Hay que moverse. ¿Cada cuánto tiempo tienes el dolor?

—No sé, no tengo contracciones, quizá no sea el parto. Lo que

me sucede es que me duelen los riñones una barbaridad.

—Bueno, los riñones, las caderas... Los hijos se abren paso como pueden. Y duele, vaya que si duele, pero tú concéntrate en darle permiso para que salga. Te parecerá una tontería, pero en el parto una ya le da el primer capricho a su hijo. Estela te dirá si va a tardar, pero que está llegando es seguro.

Valentina se apoya en el brazo de Milagros y camina encorvada, agarrándose el vientre. Rezan un avemaría, después un padrenuestro. Cuando el dolor la paraliza, abandona la protección de los rezos. Gime y nota el sudor que perla su rostro. No quiere gritar, pero durante unos segundos parece que va a partirse por la mitad. A pesar de estar acompañada, siente una inmensa soledad, como si Milagros o los mismos muebles desaparecieran de su vista para no distraerla. No percibe la actividad que empieza a desplegarse a su alrededor. Estela ha traído a Adela, Francisco ha ido en busca de Encarni para que la camioneta quede en la puerta por si es preciso ir al hospital. Pero nada de eso la incumbe.

Cuando regresa, el chico está blanco y sin aliento. No puede rondar por la casa como las mujeres; el momento del parto les pertenece solo a ellas. Se recluye en la cocina y prepara café. Su madre le ha dicho que tendrá que mantener un puchero con agua hervida por si hay que limpiar los fórceps. No sabe lo que es eso, y elige el recipiente más grande, el que utiliza Valentina para el baño maría. No es un niño, pero tampoco un hombre. Ha escuchado que algunas mujeres se mueren cuando dan a luz. Él adora a Valentina, y por nada del mundo quisiera que le pasara nada a ella. El niño iba a llamarse Nicolás, pero Valentina, no sabe por qué, ha decidido que se llamará como Simón de Cirene, el de la Biblia, que ayudó a Jesús a cargar la cruz en el camino del Calvario.

La comadrona la ayuda a tenderse en la cama. Palpa su vientre, explora su cérvix y escucha el latido del niño con una trompetilla. A Valentina le dan confianza sus movimientos. No habla tanto como el doctor Pettinger, pero en sus manos hay una indiscutible seguridad. Con mucha templanza y algún gesto en su rostro, vaticina:

—Está en camino, pero sospecho que va a tomarse algo más de tiempo en llegar. ¿Cómo le llamarás?

—Se llamará Simón.

—¿Y si es hembra?

—No lo será. Es un varón.

Estela hace una mueca casi imperceptible y mira la fotografía del puerto de Lekeitio que reposa sobre la chimenea. Sus padres tenían una idéntica en su casa. Ella llegó a Idaho con su familia cuando tenía siete años, procedente de ese pueblo que, al igual que en la fotografía, tiene congelado en su memoria. No ha vuelto, aunque todos los veranos piensa si debería hacerlo para reencontrarse con esa nostalgia que ha hecho prisionera en su corazón. Los recuerdos que posee se le han ido desordenando, y ya no distingue si son suyos o los ha tomado prestados de los demás emigrantes. Recuerda el día que su padre, al que nunca había visto, llegó al pueblo después de haber pasado siete años en América. Había conseguido hacer fortuna trabajando como pastor en Nevada, tenía un pequeño rancho y estaba allí para llevarlas con él. Recuerda ese día, y también el barco, y la llegada a Boise. Tiene treinta y siete años, es viuda y no tiene hijos. Posee un apartamento con todas las comodidades y trabaja en el Red Field Memorial Hospital desde que se inauguró, en 1925. Ha ayudado a traer al mundo a muchos niños, y sigue disfrutando cuando comprueba que el sufrimiento del parto es el único dolor que se olvida. A veces, cuando llega un vasco enfermo o herido, la llaman a ella para que haga de intérprete.

Estela abandona sus pensamientos y va a inspeccionar si en el aseo hay bañera. Los médicos dicen que la tibieza del agua hace milagros con los dolores del parto. Ella utiliza ese recurso cuando la madre está muy nerviosa, pero Valentina no es de esas; es una mujer acostumbrada al trabajo, joven y dura. Las que la acompañan la mantendrán distraída. Entra en la cocina en busca de un café. La joven no ha dilatado lo suficiente y su experiencia le dice que tiene que padecer todavía unas horas.

Alrededor de la parturienta, las mujeres espantan el miedo y

hablan de cosas cotidianas mientras por el rabillo del ojo la vigilan. Aunque no lo parezca, están concentradas en no asustarla ni mostrar el miedo que ellas mismas esconden. Todas las que han parido saben que no hay otro momento en la vida de una mujer en el que se sienta tan cerca de la muerte y que el primer hijo es el más difícil. Tienen la certeza de que esos dolores insoportables a los que se entregan con la desesperación justa llegarán acompañando a su hijo y después desaparecerán para siempre.

Encarni llega cargada con un puchero de caldo de gallina que deja en la cocina para que la joven se reponga y coja fuerzas. Va hacia Valentina, que en ese momento mira las montañas de pie frente a la ventana. La ve mecerse bamboleante, al ritmo de sus pensamientos. Milagros estira las sábanas de la cama y le hace un gesto de bienvenida.

—*Eutsi goilari, neskatxo! Dana ondo joango da*^[47].

—*Halan espero dut*^[48].

—Ya me han dicho que todavía tienes un rato antes de verle las orejas. —Encarni pone una mano sobre el vientre de la joven—. Voy a acercarme al rancho. Cipri tiene que estar al corriente. A Domingo no le quedará mucho para bajar, quizá esté ya en los prados bajos y puedan ir a buscarle. Quédate tranquila. ¿Te parece bien que avisemos a tu marido?

Valentina asiente. Su espíritu no quiere resistirse, tampoco hacerse la valiente. Le gustaría mucho que él estuviera allí, en la cocina, esperando a que el niño llegue. La mira con ojos esperanzados. Siente que estando ella allí todo irá bien. La hostelera es el alma de la comunidad, la que sabe lo que hay que hacer en todo momento. Cierra los ojos y recuerda la letra de la carta que ella había recibido de su marido. Un dolor insoportable le atraviesa los riñones y gime, suspirando. Encarni aprieta su mano, la escucha más allá del dolor susurrándole algo. Unos segundos después, el dolor cede y abre los ojos. Ve la cuna que Encarni le trajo hace unas semanas. Milagros le ha bordado unas flores al embozo de la sabanita, y alguien ha traído una manta azul rodeada de un ribete

de raso. Es la cuna que usaron sus hijos. Pablo la ha revisado y puesto a punto, prometiéndole que su hijo podrá dormir en ella sin problemas hasta los dos años.

Otro latigazo de dolor la hace estirarse. La comadrona la tumba de lado y toca su inmenso vientre.

—Todo va bien —le dice en voz baja.

A Encarni le ha cambiado la cara. Los partos se olvidan, pero los dolores se reconocen. Las veteranas saben que el primero de los hijos es el que más cuesta y el que a veces sale mal. Todas las mujeres de la casa están centradas en algo. Una está vigilando el puchero, otra limpia sobre limpio los cristales, y hay quien busca un poco de cera para que la madera de la mesa se conserve. Encarni se arrodilla al lado de la chica y le susurra:

—Marcho. Así te lo traigo antes.

Se sube a la camioneta con la última mueca de Valentina. Enfila la carretera que conduce al rancho de los Peterssen pensando en que no llegará al hotel para la hora de comer. Las chicas se arreglarán, y ella podrá volver para cerciorarse de que todo ha ido bien. Farfulla palabras ininteligibles. Se fija en una construcción que están levantando a la salida de la ciudad. Conduce pensando en lo que falta en su despensa, en que el médico tiene que revisar la pierna de Amelia, hasta que ve las montañas. Ella mejor que nadie sabe lo que pasan ahí arriba esos hombres a los que luego conforta, guisa lo mismo que comían en su pueblo y cuida porque no tienen a nadie que se ocupe de ellos. Los ha visto, los ha escuchado, y recuerda a los que no volvieron y a los que tuvieron que bajar con la cabeza medio perdida. El pastoreo es un oficio para el que no vale cualquiera. Domingo es un hombre duro. Ella siempre ha estado segura de que sabría cuidarse. Pocas veces le ha visto montar en cólera, pero ahora teme su reacción.

Imagina que se pondrá furioso en cuanto averigüe que Valentina, por la que siente un amor desmedido, ha pasado el embarazo sin él. Será ella la que tendrá que explicarle que su propia mujer no quiso decírselo. Valentina es lista, Encarni lo presintió desde que leyó la

primera de sus cartas. Ha sabido entender a Domingo, así como la relación que tiene con su patrón y con su trabajo. Si su marido hubiera tenido noticias del embarazo, habría bajado de la montaña.

Al llegar al rancho, Encarni percibe una actividad frenética. El rebaño está entrando por el oeste. El corazón le da un vuelco, porque sabe que el movimiento significa que no será preciso avisar antes a Cipri: Domingo ya está ahí. Aparca lejos de las cercas que esperan a las ovejas y camina hacia los hombres. Se detiene y, con las manos sobre las cejas para que el sol no la ciegue, intenta reconocer a los jinetes. Distingue la figura esbelta, algo indolente de Domingo. Levanta los brazos, agitándolos, pero, aunque está muy lejos, su falda revolotea y es Cipri quien la saluda.

Encarni espera. Es la primera vez que está en el rancho y los pastores sabrán que es por una buena razón. Ve a Cipri acercándose a Domingo, inclinarse en su montura para hablarle. El pastor mira en su dirección y escucha a su amigo. Apenas son unos segundos, los suficientes para que la hostelera vea a Domingo cabalgando al galope hacia ella.

—¿Qué pasa? ¿Le ha sucedido algo a Valentina? —Domingo desmonta, sudoroso y sucio.

—Tranquilo. ¿Acabas de llegar?

—Hace unos minutos. ¿Es verdad?

—Tranquilo, todo va bien. Imagino que Cipri te habrá dicho que Valentina espera un hijo.

—Eso me ha dicho.

—Tienes mucha suerte, pastor. Cuando te fuiste en marzo, tu mujer estaba embarazada, y en este momento está de parto. Avisa al patrón, deja el caballo y vente conmigo.

El rostro de ese hombre por el que siente un cariño especial cambia por completo. Encarni le conoce y sabe que esa sombra que atraviesa sus ojos es miedo, preocupación, impotencia... Conoce a muchos hombres duros que se derrumban en el momento en que el parto se acerca.

Sin decir una palabra, monta de nuevo y cabalga hasta un

hombre de cabello rubio, casi blanco, que Encarni intuye que es Jeff Peterssen. Cipri se acerca a ellos, y en cuestión de unos minutos Domingo y él vuelven a cabalgar hacia ella.

Domingo desmonta y Cipri toma las riendas.

—¡Todo irá bien! —grita a su espalda su amigo.

El reencuentro con la madre de su hijo

SIMÓN ARSUAGA ALZOLA

17 DE SEPTIEMBRE DE 1931

La distancia desde el rancho de los Peterssen a Boise permite a Encarni aplacar el volcán que Domingo lleva dentro. Sentado a su lado, con el polvo y el sudor de su esfuerzo, permanece inmóvil como un hombre de piedra, exhalando una rabia que contiene como un coloso una montaña. Ella lo mira de reojo, le deja un tiempo, sabe hablarle, conoce la manera de derribar sus muros y está acostumbrada a enfrentarse a hombres cuya cólera y desesperación serían capaces de matarla. Domingo no es de esos. Él permanece en silencio y su impotencia rezuma por cada uno de sus poros, pero nunca la vuelca en los demás.

La hostelera le explica que Valentina supo de su embarazo a los pocos días de que él partiera. Le tranquiliza informándole de que ha tenido salud, no ha estado sola y ha estado trabajado hasta hace apenas una semana. No menciona el miedo que ha pasado la joven, las conversaciones que han mantenido, las dudas que ha solventado sola ni las noches en que se despertaba empapada en sudor sintiendo que alguien trataba de lanzarla al vacío. Solo le dice que su mujer es sensible al calor abrasador del verano y que esa ha sido su infernal pesadilla.

—Tu mujer te dará más hijos, pero intenta que nazcan en febrero, antes de que subas a la montaña.

—Tendría que haberlo sabido.

—Ella no quería contártelo.

Domingo escucha a Encarni mientras piensa en la señal que lo despertó días atrás. No puede contarle a esta mujer anclada en la realidad que cree que fue el alma de su hermana quien le avisó de que debía volver. El pastor baja la ventanilla para que le dé el aire. El murmullo de sus pensamientos emite un zumbido persistente que lo aturde y le impide oír con nitidez lo que le dice Encarni. Se siente frustrado, impotente, y no es capaz de concretar la razón, a pesar de saber que su esposa ha llevado bien la situación. La información le alivia, pero solo eso. Una voz interior le ha ido advirtiendo, avisándole de que Valentina es muy capaz de conseguir lo que quiere y que él no podrá estar presente en todos los momentos de su vida, pero le cuesta admitir no haber presenciado el embarazo de su primer hijo.

«Está bien, las mujeres la han cuidado, no hacía falta que estuviera yo».

Ni tan siquiera ha pensado en que no puede presentarse con el olor que despidе. Está sucio, huele a oveja y a fogata y no ha tenido tiempo ni para las manos. Tal como estaba se subió a la camioneta, como si tuviera que apagar un fuego, y ahora se da cuenta de que está en el camino que le lleva a la civilización, a su casa. Busca una imagen de Valentina y aparece esa fotografía que ella le mandó hace dos años. Ve el magnolio, su pelo, la sonrisa de sus ojos y esa fina cintura que probablemente haya desaparecido. No puede imaginársela embarazada, y tampoco puede pensar en un hijo. Cierra los ojos, que ha mantenido abiertos hasta ahora por respeto a Encarni, pero la imagen que tiene en su pensamiento es como un caramelo de menta que ensancha su pecho y le hace suspirar.

Encarni lo mira.

—Descansa si quieres, pero deberías asearte antes de llegar. Vamos primero al hotel. Te daré una camisa limpia. Apesta.

—No. Quiero llegar cuanto antes. Me lavaré allí.

El camino se hace largo, y la impaciencia le impide tranquilizarse. Cuando se detienen frente a su casa, Domingo salta de la camioneta

y en tres zancadas recorre el camino hasta la entrada. Francisco, que ha reconocido el ruido del motor, abre la puerta y sale a su paso sonriendo.

—Es un niño.

El pastor sigue adelante como si no lo viera. Estela lo recibe con un bebé chillón en los brazos que le tiende orgullosa, pero Domingo no lo mira. Milagros sale de la habitación con unas toallas sanguinolentas en las manos.

—Esto es llegar a tiempo.

—¿Está bien? —pregunta, asustado.

—Sí. Pero acaba de dar a luz. Espera.

En el umbral, Estela le da un empujón y lo manda a lavarse. La mujer entra en la habitación y cierra la puerta. Domingo permanece inmóvil unos instantes. Le ha parecido oír la voz de su mujer. Pero antes de entrar al baño ve que su casa ha sido ocupada por las mujeres de Boise. Ellas han tomado la casa en su ausencia, y durante un instante el terror de que ellas se instalen allí y se escape la paz que tenía le invade. Luego reflexiona. Él no tiene sitio en un parto, y debe comportarse como un hombre.

Entra en el baño y se lava apresuradamente. El agua fría le devuelve a la realidad. Jadea, agitado. Siente algo pesado que le atraviesa el pecho. Intenta calmarse, pero quiere ver a Valentina, así que cuando unos nudillos golpean la puerta él corre a abrirla.

La comadrona le tiende una camisa.

—¿Te has lavado bien? Las recién paridas pueden coger una infección. Quítate las botas. Está muy cansada, pero te espera.

Vuelve a lavarse las manos, esta vez con detenimiento. Se pone la camisa y deja las botas en el alféizar de la ventana. Un leve temblor le aqueja cuando entra en esa habitación donde ha sido tan feliz. La joven está tendida en la cama. Las huellas del dolor y el esfuerzo están presentes en su piel ruborizada, en las entradas de su pelo húmedo, en los párpados que levanta despacio, como si le pesaran. Unas venas azuladas recorren su cuello, descendiendo hasta su pecho. Está pálida, pero le sonríe.

Una infinita ternura le hace arrodillarse a su lado, mirarla como cuando aún no sabía que podía contarle lo que sucedía en su pecho. La ama de una manera distinta, como si solamente quisiera protegerla. Quiere echar a las mujeres y susurrarle al oído la clase de sentimiento que va a estallar en su pecho. Le acaricia las mejillas, y al contacto con su piel tibia percibe la rugosidad de sus propias manos, que se asemejan más a la madera que a otra cosa. Las retira. No sabe qué hacer con ellas, pero Valentina las rescata y cierra los ojos mientras deposita unos besos quedos en el dorso. Vuelve a sonreírle hasta que con un hilo de voz, e intentando ser la misma de siempre sin conseguirlo, le pregunta:

—¿Has visto a tu hijo?

—¿Cómo estás? ¿Por qué no me mandaste recado? —Solo le interesa ella.

—Estás aquí. ¿Le has visto? —vuelve a preguntarle.

—No. Necesitaba verte a ti.

—Se llamará Simón.

—¿Estás bien?

—Estela dice que está sano como un roble.

—Pero tú..., dime, ¿cómo te encuentras?

—Me pondré bien. Parir no es cualquier cosa.

No le interesa su hijo. Las mujeres deben de estar ocupándose de él. Solo quiere mirarla. Se da cuenta de que se ha cortado el pelo, de que ya no tiene su melena de pequeña leona y ahora lleva un peinado a la moda, igual que otras mujeres. No le impresiona demasiado. Cree que su mujer le oculta algo. Quizá, que podría morir. Domingo siente que su pecho se encoge, el aire se queda detenido en su diafragma y un llanto irrefrenable le asalta. No recuerda cuándo lloró por última vez. Tiene la sensación de que lo hizo cuando recibió la noticia de la muerte de su madre, pero no está seguro de que lo que sintió entonces se pareciera a lo que le está sucediendo ahora. Se ahoga con sus lágrimas, y aunque Valentina intenta incorporarse para abrazarlo, él la rechaza, se levanta, se aleja y le da la espalda, impotente. Está avergonzado por

esa congoja y sin embargo no puede controlarse, porque no sabe desde dónde ha llegado.

Escucha el llanto del niño, las voces de las mujeres, nota el sonido de la puerta que alguien ha cerrado y reconoce la voz de Valentina pronunciando su nombre. Sabe que debería reponerse, ir a ver a su hijo, salir a celebrarlo como hacen los hombres, pero le resulta imposible, tiene dentro una tormenta que necesita salir, igual que si fuera una cascada después del deshielo.

Valentina ve la espalda de su marido convulsionarse, escucha los gemidos roncós. Cierra los ojos, necesita respirar, reponerse, o no le podrá consolar. Está tan cansada, tan feliz, tan vacía que teme dormirse y abandonarlo. No ofrece resistencia. Ha hecho lo que tenía que hacer: darle un hijo. El agotamiento tira de ella. En su interior, algo lacerante y herido palpita. Le han removido las tripas y, como le ha indicado Estela, todo volverá de nuevo a su lugar. Mientras tanto, tiene una toalla entre las piernas que no se atreve a mover, por si se desangra. Anhela quedarse a solas con su marido, hablar durante la noche, escuchar su preciosa voz de caverna y dejarse llevar por la paz que habita la casa cuando ellos duermen sintiendo la piel del otro. También desea mostrarle la caja de hojalata repleta de dólares, hacer cuentas, ver si pueden saldar la deuda. No quiere que vuelva a la montaña.

El cansancio la va venciendo y no logra mantener los ojos abiertos. Ve que la espalda de su marido ya no se agita y que la congoja se ha vuelto murmullo. Más lejos escucha a Milagros, y entonces se abandona al sueño.

Valentina duerme cuando Domingo recupera la calma. En la cocina recibe los consejos de las mujeres. Ellas han establecido un calendario de visitas que durará una semana. Le hablan de la subida de la leche, de la fiebre, del meconio y del cuidado del ombligo. Hay comida para un regimiento y caldo de gallina para la recién parida. Milagros le muestra una torre de pañales preparados y le asegura que pasará todas las tardes. Mira a su alrededor buscando al niño, pero no lo ve. Las mujeres van y vienen, entran y salen, y él parece

un pasmarote en medio de ellas.

Le mandan sentarse y le ponen un plato de carne guisada con patatas.

—Come. Tú también tienes que descansar.

Encarni se sienta a su lado y le explica que Estela se quedará con ellos hasta cerciorarse de que el niño mama y Valentina está bien. Después ella se irá y le dejarán tranquilo.

La cuna está junto a la cama, del lado de donde Valentina acostumbra a dormir. El niño acaba de chupar del pecho de su madre y ahora duerme. Su padre lo contempla extasiado; cuenta sus dedos, vigila sus movimientos bajo el refajo con el que está envuelto. Se fija en sus orejas perfectas y en esos ojos, los mismos que su madre, que todavía no ven. Siente un amor infinito por ese pequeño, tanto que le parece que algo en su interior se va a romper.

—Es perfecto.

Domingo se lo dice a ella, que se ha levantado. Aún le tiemblan las piernas, y tiene miedo de que ahí abajo todo esté fuera de lugar y se le caiga algún órgano de los que necesita. Él la tranquiliza y acompaña a su mujer al baño, la espera con la puerta entreabierta, le pregunta si todo va bien. Ella le necesita. Estela le ha dicho que ha perdido algo más de sangre de lo habitual porque la cabeza del niño era muy grande. El pastor ha visto parir a cientos de ovejas, las ha ayudado y vigilado. Sabe lo que hay que hacer, pero Valentina es demasiado valiosa y él quisiera abrir los brazos y cobijar permanentemente a esos dos seres que son solo suyos.

Esa noche duermen a ratos, abrazados, vigilando los ruiditos que hace el recién nacido. Miran la cuna, tocan sus dedos, los cuentan incrédulos de que tenga todo lo que hay que tener para vivir. Susurran.

La casa vuelve a ser de ellos, y poco a poco recobran la intimidad. Valentina le cuenta cómo ha transcurrido la vida en su ausencia. Omite los momentos más dolorosos, aunque no cesa de

repetirle que le ha echado de menos, que no quiere volver a separarse de él, que no soporta el miedo que le da la montaña. Le habla de las noticias de España, de las cartas que ha recibido y de las nuevas recetas. Quiere mostrarle la caja de hojalata donde se acumulan los billetes de dólar, y tarda en desvelarle que su pequeño negocio es una mina.

—Todo esto es nuestro.

Valentina ha volcado la caja sobre la colcha y saca los billetes enrollados desde hace meses.

—¿Cocinando pasteles?

—Sí, y con un horno de leña, sin una de esas neveras que tienen los ricos y con muchas horas de trabajo. Pero se puede hacer. No consigo algunos de los productos que necesito, pero he aprendido a usar otros. Mis clientes son casi todos vascos, pero empiezan a conocerme americanos y franceses. Hay una mujer inglesa que me encarga tres tartas de chocolate y crema todos los domingos. Si tuviera un lugar..., una cocina, y unas mesas para servir café y dulces, me iría mejor aún... Hay que pedir un teléfono.

—Te has cortado el pelo.

—Sí. Ya no soy una jovencita. ¿Te gusta?

Domingo se encoge de hombros. Está tan feliz de poder mirarla que ni siquiera añora su maravilloso pelo rizado. Valentina le cuenta que cuando supo que estaba embarazada y que el verano venía caluroso acudió al Salón París de Main Street y allí encontró a una mujer, Margarita Urrutia, que había viajado con ella desde Nueva York. Se ríe y le dice que la experiencia de entrar en un lugar donde se ocupan de tu belleza le ha encantado, y que piensa seguir acudiendo ahora que el dinero no le falta.

Domingo no está sorprendido del éxito de Valentina, pero sí algo estupefacto. Mientras ella dice en voz alta que los dulces recuerdan a la niñez, a la tierra que no se olvida, y que ella tiene el poder de reproducir los sabores que los que han venido a América a hacer fortuna añoran, él la admira silenciosamente. Escucha a su esposa e intenta no caer sobre ella para abrazarla. Se ha casado con una

mujer dulce e inteligente.

El niño no llora más que cuando reclama alimento. El pastor emplea sus horas en mirarlo embelesado. De pronto ha perdido el interés por cualquier cosa que no sean Valentina o el niño. No ha mirado la huerta, ha dejado su caballo y sus cosas en el rancho y ni tan siquiera se ha acordado de Beltza. No ha informado al patrón de su huida, aunque supone que los demás lo habrán hecho. Las cosas no se hacen así, pero su impaciencia le ha podido.

Por la mañana regresan las mujeres. A Valentina le ha vuelto el color a las mejillas, y cuando Estela la revisa parece satisfecha. Durante unos minutos la comadrona lo lleva al jardín y, como si fuera a regañarle, le advierte que no debe tocarla en cuarenta días. Domingo asiente, dócil y medio avergonzado, pensando que Estela debe de saber lo felices que son desnudos en la cama.

Llegan visitas, pequeños regalos, comida. Aparentemente, la vida sigue igual en la casa. Sin embargo, tras el nacimiento del niño, todo aquello que rodea a Valentina cambia de forma, de tamaño, de textura. Lo que era blando se vuelve duro, lo estrecho deviene ancho. Los olores no son los mismos, ni los vientos, ni los aires encerrados tienen la misma espesura. Valentina es madre, y el mundo se ha partido en dos mitades. Una contiene al pequeño Simón, y la otra todo lo demás.

Ser padres

**VALENTINA Y DOMINGO
OCTUBRE DE 1931**

Las mujeres permanecieron una semana entrando y saliendo del domicilio de los jóvenes padres. Llenaron la despensa, se encargaron de las compras y lavaron y tendieron la ropa hasta que Valentina se repuso y la pareja aprendió a manejarse. Una vez a solas, y a pesar de las siempre urgentes necesidades del bebé, los esposos consiguieron el tiempo necesario para reencontrarse. Cada día reiniciaban su vida y se descubrían distintos. Él vigilaba el territorio de aquel hogar que le pertenecía, ocupándose de que Valentina pudiera dedicar a su hijo el tiempo que requería.

Ella pensaba que podría acostumbrarse a tener a su marido siempre cerca, y ambos retrasaban el momento en que la vida les echaría en brazos de sus obligaciones. Domingo ocupaba parte del día en decidir en qué momento se enfrentaría a su patrón. Sabía que no podía aplazar eternamente su vuelta al rancho y que la deuda contraída le mantenía atado a aquel oficio que le impedía estar junto a lo que de verdad le importaba: Valentina y su hijo. Por fin, tomó la decisión y mando recado de que en un par de días estaría en Creek Valley Ranch.

—*Congratulations!*^[49]

El señor y la señora Peterssen le reciben con un caballito de

madera y un par de pijamas para el pequeño. Cuando el patrón le entrega el salario, incluye unos dólares de más —«*for the baby*»— y se mantiene expectante.

Ambos se miden y ninguno es capaz de expresar sus pensamientos. A pesar de sus avances con el idioma, Domingo no consigue encontrar las palabras adecuadas para explicarle que necesita tiempo, pero que siente que su vida ya no le pertenece. Con la ayuda de Felipe consigue que el patrón entienda.

—*Seven days, perhaps?*^[50]

Eso no suele ser así. La paternidad no conlleva la obligación de atender al vástago, eso es cosa de mujeres, y los hombres no suelen tener días libres. Como mucho se conceden en Navidad, cuando el tiempo en familia se revela indispensable, pero el patrón se diferencia de otros y por eso le otorga esos días que, pese a todo, Domingo considera insuficientes. Se estrechan la mano, agradece los regalos y se despide sintiéndose incómodo. De regreso, se detiene a mirar las montañas. Sabe que pronto vendrán las primeras nieves, y que tras el invierno vendrá la primavera y las ovejas tendrán que volver a los pastos. Por un momento, al pensar en abandonar a su mujer y a su hijo durante meses, se siente al borde de un abismo. Algo en su interior le advierte que los hombres no pueden sentir las emociones como lo hacen las mujeres y que él deberá ocupar el lugar que le corresponde.

Valentina sigue atendiendo a su clientela con la ayuda de Mercedes, una chica de dieciocho años procedente de Natxitua. Se la ha enviado Margarita, quien le ha advertido que tendrá que enseñarle el oficio. La casa es un hervidero donde las mujeres levantan claras a punto de nieve o mecén al niño. La mesa recibe los postres terminados, y Domingo, que se esfuerza en volver cada día a dormir a su casa, las ayuda con las notas de entrega y se ocupa de las facturas. Pablo le ha enseñado los secretos de la contabilidad de un negocio, y la actividad no le disgusta. No añora el rancho. Ver a Valentina amamantar a su hijo, contemplar sus primeras sonrisas y poder acariciar a su esposa con una ternura que rebalsa su corazón

le hace feliz.

En noviembre llegan las primeras nieves. Domingo y Valentina cuchichean abrazados y dándose calor en la cama. Los efectos de la Gran Depresión no acaban de desaparecer y el país lucha por salir a la superficie. Los bancos continúan quebrando, y en las pequeñas sociedades agrícolas nadie se atreve a arriesgarse en inversiones. Pero Valentina piensa una vez más en la oferta que le hicieron los dueños del Modern Hotel. Confía en su trabajo y sabe que, si tuviera un punto de venta al que los habitantes de Boise pudieran acudir, le iría bien. Sueña con los hornos en los que podría cocinar dos cosas a la vez, y en su cabeza ve las vitrinas refrigeradas llenas de buñuelos, torrijas, turrones y huesos de santo. Casi tiene el calendario de repostería que se seguía en España, y ella sabrá adaptarse a los productos que puede encontrar en Idaho. Domingo la escucha fantasear. Valentina sabe que pronto accederá a que su sueño se cumpla.

Cada semana, mientras el niño duerme después de mamar del pecho de su madre, se sientan en la mesa y cuentan y recuentan sus beneficios. Domingo anota en el cuaderno, cada vez más minuciosamente, los gastos, los pagos fijos y los extraordinarios, y con rapidez de contable calcula. Están a punto de reunir la suma que le adeudan a Jeff Peterssen, y ambos quieren librarse de ella antes del mes de marzo.

Domingo mira a su hijo, sonriéndole, y a Beltza, tumbado siempre cerca de la criatura. De alguna manera, sabe que no volverá a la montaña. Valentina tampoco quiere que lo haga. Recuerda cada uno de los amaneceres en que despertó sola sin saber si su hijo vería a su padre. Cada noche se abrazan dichosos, dispuestos a dejarse arrastrar a sus sueños. El pastor sigue adorando a Valentina, pero en su corazón se ha colado Simón y ya no suspira por ella de la manera en que lo hacía. Con ellos se siente como un centinela que guardara un tesoro.

—Si esto sigue así, no tardaremos en pagar la casa. Cuando deje de dar de mamar al niño estaré más libre.

La pasión discurre entre ellos, aunque sus deseos se estampen a veces contra el muro de esa economía que los obsesiona. Su matrimonio se va pareciendo al de otros. Sin embargo, ambos son conscientes de que el secreto de ese amor que se profesan sigue ahí.

Hay que trabajar muchas horas hasta olvidar la precariedad en la que vivieron desde su nacimiento. Salir de ese lugar donde se cuentan las monedas y se da la vuelta a los vestidos, alejarse de las deudas y caminar hacia la propiedad. Su tierra está un poco más lejos cada día. Allí suceden cosas de las que se enteran cuando ya han perdido importancia y que desde la lejanía se vuelven difíciles de entender. Las mujeres, más atentas a la familia, cuentan que en España se queman conventos al tiempo que se escolariza a niños y niñas. Monárquicos y conservadores se oponen a las medidas de la República, y todos vaticinan que poco bueno puede salir de semejante enfrentamiento. Encierran sus miedos al fondo de las alacenas de su vida americana y siguen adelante contando los dólares que les podrían devolver a su origen.

Ambos evocan a menudo la forma en que miraban sus paisajes. Sus rostros se iluminan cuando saben que allá estarán celebrando San Prudencio o la Virgen de la Antigua e imaginan la algarabía que habrá en el puerto o en la campa de arriba. Domingo se pregunta si se seguirá vendiendo el pescado en la plaza. Pronuncian los nombres de los peces que no pueden comer: salmonete, dice él; lenguado, añade ella. Hablan de las moras que hay en la senda del río Lea y ríen recordando las zarzas repletas de ellas en la ruta hacia la cima de Talaia. Valentina recuerda el olor de las higueras y las tardes de septiembre buscando nueces y castañas entre Aulesti y Nabarniz. Ambos se resisten a que el olvido arrincone los recuerdos con los que se tienen en pie y que preservan su mundo de la arrolladora fuerza del presente.

Simón ha nacido en América y, aunque sus padres le arrullen con la misma nana que los meció a ellos, sus pies pisarán una tierra cuyo corazón no palpita al mismo ritmo que aquella que los vio nacer. Su

hijo les adelanta el porvenir y ellos, en silencio, acogen un sentimiento ambiguo y doloroso: es muy probable que nunca vuelvan a Lekeitio.

Valentina opone más resistencia al olvido que su marido. Su trabajo, elaborando dulces del mundo que ha dejado atrás, y sobre todo la lengua que flota en la cocina le impiden alejarse del todo. En el aparador del salón guarda una caja con las cartas que recibe y esos cuadernos que escribe para combatir la nostalgia. No sabe la razón por la que recoge sus pensamientos como una adolescente que recitara sus experiencias; las palabras escritas siempre fueron importantes para ella, y hacerlo la tranquiliza. Ella teme el olvido más que a una enfermedad. De los resfriados y los dolores se puede reponer, pero el olvido la desnudaría como hace el otoño con los árboles.

En Navidad todavía no ha dejado de amamantar a Simón, que crece robusto y sonriente. Ella le cubre de besos, y cada vez que lo hace recuerda a Mariana y su consejo de que a los hijos no hay que darles cariño porque se reblandecen. En la última carta que le escribió, se interesaba por el crecimiento de esa mancha en el párpado de la pequeña y preguntaba si los niños iban a la escuela. Mariana quita hierro a casi todo, pero ella siempre le aconseja sobre la importancia de las cosas desconocidas.

Domingo le ha puesto ruedas a la pequeña cuna, que va de la habitación a la cocina, y del comedor de vuelta al dormitorio. Las clientas que vienen a recoger sus pedidos cogen al niño en brazos, lo zarandean y despiertan con sus arrumacos, y el pequeño no se queja. Beltza es su fiel guardián, tanto que muchas veces encuentran al animal plácidamente dormido junto al niño.

La fama de sus postres ha cruzado la línea que separa su comunidad de las demás y los americanos, que son golosos, aprecian su repostería. El trabajo los sobrepasa. Domingo, al volver del rancho, se encarga de los repartos, cobra los recibos pendientes y revisa las compras. Se empieza a manejar en inglés, y ya entiende casi todas las noticias que escuchan cuando en la casa cesa el

bullicio y el niño duerme. Valentina mira orgullosa a su hombre. No sabe cómo expresarlo, pero de un modo instintivo entiende que su marido no es aquel que vino a buscarla a la estación temblando como un gorrión. Se ha vuelto sólido. Empezó a crecer por dentro en cuanto pudo soltar los nudos que le ataban al silencio y sintió el cobijo de caminar juntos. Ahora ella se pregunta por qué se vuelve insegura y temerosa si él tarda en llegar a casa o se queda a dormir en el rancho. Le necesita de un modo casi doloroso, como si una mitad de ellos tuviera que estar siempre en guardia para cuidar a su hijo. No quiere decírselo. Por eso ha vuelto a sus rezos y letanías. Los tres habitan un mundo en el que el futuro se ha vuelto un fantasma que es preciso dibujar sin que dé miedo hacerlo. Ninguno de los dos tuvo una familia, y ahora se abrazan para construir una fortaleza que nadie pueda asaltar.

A finales de diciembre, y después de haber elaborado y vendido kilos de mazapanes y turrónes, sus ahorros alcanzan para pagar su deuda, y aún les queda para algún capricho. Sin embargo, el esfuerzo los ha dejado exhaustos y desbaratados.

—Vamos a tener que pensar en qué hacer...

Valentina tiene claro que su clientela volverá y que, a pesar de que pueda contratar a alguna chica más, la cocina no está preparada para la actividad que tienen.

—Domingo, ¿recuerdas ese hotel de Bengoechea? Ese de Mountain Home que tanto te gustaba. —El pastor asiente—. Creo que nosotros podemos poner un negocio, o aceptar la oferta que me hizo la dueña del Modern. Podríamos comprar una camioneta, y tú harías los repartos y te ocuparías de comprar lo que necesitáramos...

—Lo tienes todo pensado, cariño.

—*Dan dana ez*^[51].

—Vamos a dormir. En un par de horas, Simón reclamará su alimento...

Y se recogen formando un solo cuerpo, con los pensamientos enredados en fantasías y en esos números que nunca salen bien parados. Domingo sabe que ella tiene razón y que él no quiere

volver a los pastos altos, pero él es pastor, adora el murmullo de las cascadas, el olor de los cedros, de la manzanilla y de la tierra al amanecer.

Se sienten por fin libres, y cuando celebran el último día del año 1931, en el Hotel Jai Alai, Valentina y Domingo se besan sin miedo a que los demás sepan que se desean y se aman.

Un año de nieves y de bienes

VALENTINA Y DOMINGO

BOISE, 1932

Simón ya está bautizado. Los padrinos fueron el joven Francisco, primer ayudante de Valentina y centinela de su embarazo, y Encarni, que, vestida con sus mejores galas, llevó al niño hasta la pila bautismal de la iglesia del Buen Pastor con lágrimas en los ojos. La madre no se sobrecogió mientras sostenía a su hijo en brazos. Le faltaban el retablo dorado de su basílica y la pequeña figura de su Virgen. Echó de menos la música del órgano acariciando las paredes de piedra y el olor del salitre. La iglesia de Boise no tiene siglos, tampoco sus calles, y el cura irlandés no mostró la intención de hacerle sentir que entregaba un hijo a Dios. Sintió un escalofrío al recordar a don Ramón, y pensó cuánto le hubieran gustado sus dulces.

La ceremonia fue sencilla, casi un trámite. Para ellos, el nuevo mundo no envuelve la vida en papel de regalo ni la Iglesia americana luce el boato de las celebraciones en España. Una docena de personas los acompañaron. Para Valentina resulta un descanso saber que su hijo ya forma parte de la corte celestial. Se sentía inquieta por si su pequeño tuviera la desgracia de fallecer sin su correspondiente agua bendita y fuera llevado a ese lugar llamado limbo donde los niños ni gozan ni padecen. El anuncio de esa nada imaginable la estremece desde su niñez. Las viejas decían que las mujeres venían a este mundo a parir y a sufrir, y lo del limbo era el

colofón del sufrimiento.

Valentina lleva en sus venas ese fluido de aceptación y rebeldía que las mujeres de su tierra acostumbran a tener bien presente. Como ellas, guarda siempre en la punta de la lengua esa frase con que terminan los quebrantos: «Si Dios no lo remedia...». Pero, desde que conoció a Domingo, en su vida sale el sol muchos días y el sufrimiento ya no la persigue como en su juventud. Quizá por eso, y porque las cosas que hacer se le escurren entre los dedos, no va tanto a la iglesia. Dios camina con ella, y no digamos la Virgen, pero sin duda hay otros fieles que los necesitan más que ella.

La iglesia, para Domingo, es un lugar sagrado que respeta, pero por el que no alberga simpatías desde que su hermana desapareció de su cuna. Desconfía de los susurros, de las beatas que se comen los santos y luego chismorrean a la salida de misa. Algo le robó años atrás la oportunidad de apaciguarse con rezos, como hace su mujer. La iglesia, o más bien el cura que él recuerda, un tipo pegajoso que acompañó muchas tardes a su madre, le predicaba a diario que aquel dolor tenía que entregárselo a Dios, y él no entendía que las cosas celestiales tuvieran que ver con algo tan terrenal como el robo de una niña.

Para el acontecimiento, un sastre amigo de Julio, el barbero, le confeccionó un traje que ahora, una semana después del bautizo, aprovechan para casarse ante Dios. El cura, un escocés bonachón, atiende a muchos pastores que han hecho un camino semejante al de ellos y entiende que quienes se han casado por poderes sostengan una incierta deuda con Dios por no haber recibido la bendición juntos. Para Valentina es importante el «sí, quiero», así que él no tiene nada que decir y deja que llore emocionada cuando el ministro de la Iglesia los declara marido y mujer. Él siente que no solamente lo son, sino que probablemente lo fueran ya cuando recorrían las mismas calles sin conocerse. Eso se lo agradece a Dios a menudo, aunque no vaya a la iglesia, porque está convencido de que en su matrimonio hay una mano que ha intervenido misteriosamente.

Lo mejor de la ceremonia es que el matrimonio Aguirre aparece a la salida de la iglesia. Están en Boise por negocios, pero la propietaria del Modern Hotel, donde se alojan, les ha informado del acontecimiento. Valentina los saluda feliz. Le parece que aquellos meses que pasó con ellos en Nueva York fue una de las mejores cosas que le han podido ocurrir.

Las mujeres se toman su tiempo para hablar, en un principio de recetas y después de ellas mismas. Siempre se han sentido cercanas, pero el éxito de la repostera parece acercarlas aún más.

—No me extraña en absoluto tu éxito. Tienes mano para los dulces, y aquí necesitan personas que se atrevan con negocios. Esta parte del país no es como Nueva York, todavía hay mucho por hacer. Por cierto, tu compañera Manuela me pidió que me fijara en si eras feliz.

—Lo soy. Domingo es el mejor marido que hubiera podido imaginar.

—¿Te respeta?

—¡Claro!

—Los vascos nos buscan porque saben que no nos divorciamos, pero pronto podremos hacerlo, así que... ¡más les vale!

A Valentina todas las mujeres mayores que ella que se le acercan le parecen un poco madres. Habla con su amiga y le confiesa algún secreto que desconocía pudiera revelar. Al despedirse, Bego, que augura que todo le va a ir bien a Valentina, le pide que la visite algún día en Nueva York y que le escriba.

—Lo haré, con esa preciosa pluma que me regalaste.

Una semana después, Valentina conoce a Mary Tyler, una mujer de origen irlandés a la que precede su fama de mujer libre. Aparece en su puerta para informarse de si puede encargarse un pastel de manzana como el que se come en Irlanda. La repostera no conoce la receta con que se hace esa tarta en su país, pero le cuenta que ella cocina varios tipos de postre elaborados con manzanas. El aspecto

de la mujer la conquista desde el momento en que le abre la puerta. Tiene el pelo del color del fuego, la cara llena de pecas y unos ojos de gata que no se pueden dejar de mirar. Sonríe permanentemente, y cuando lo hace se le forman unos bonitos hoyuelos en las mejillas. Vive en Warm Springs, la zona más elegante de Boise y en donde los potentados construyen sus mansiones, pero quienes viven allí sospechan de su posición porque nunca pasea acompañada por un hombre. Sin embargo, por la noche, a través de los ventanales, se ve a gente bailando al ritmo de la música de Bing Crosby. Conduce el último modelo de Ford, un cupé de color café con llantas blancas que todo el mundo se vuelve a mirar, y Valentina recuerda uno de esos consejos que reciben las más jóvenes: hay que desconfiar del lujo de algunas mujeres.

Valentina nunca ha sido chismosa. Para eso es preciso que sobre el tiempo, y ella está demasiado ocupada como para prestar atención a las habladurías. Mary va a dar una fiesta para muchas personas y quiere sus postres. Su encargo es el mejor que ha tenido hasta la fecha, y Valentina piensa que a esa reunión irán personas importantes en Boise y eso le conviene. Coge su cuaderno y finge hacer cálculos. Le hace saber que llamar a un coche para que haga el reparto subirá el precio, pero la pelirroja sonríe y le dice que ella se ocupará de mandar a recogerlo.

—No importa que los pasteles no sepan a Irlanda, eso es mucho pedir, pero quiero que estén tan deliciosos como el que probé en casa de la señora Whisler.

La joven hace memoria y recuerda la *bavaroise* de café que le entregó a esa clienta. Asiente y le ofrece pastas de té, recitándole una variedad que Mary Tyler admira y acepta. Llegan a un acuerdo.

La cocina se vuelve pequeña, los moldes escasos, el tiempo vuela. Hasta ahora, el horno de la cocina económica —si bien demasiado rústico para hacer filigranas— ha servido, pero la repostera necesita un horno eléctrico de esos que anuncian por la radio y que cuestan un dineral. Las cremas y merengues agradecen el invierno. No hay más que madrugar y hacer bloques de hielo para

mantenerlos en la fresquera, pero el asunto es que el negocio crece y Valentina no puede sola con él. Mercedes es algo lenta, y subir las claras a punto de nieve se le hace un trabajo imposible. Cuando Domingo llega a casa, escucha la retahíla de quejas y algunos sollozos.

—Está bien —dice—. Iré a saldar la deuda la semana que viene y hablaremos con tu amiga del Modern Hotel.

—Y pondremos un teléfono. Y compraremos una camioneta...

El pastor sonríe a su esposa. Verla afligida es superior a sus fuerzas, y cede a sus deseos advirtiéndole que Encarni debe saber antes que nadie su decisión.

—No se quedará sin postres. Seguiré cocinando para ella, pero en mi propio obrador.

Él finge que no le asusta saltar al otro lado de la vida que conoce. En los ranchos, los hombres pueden ser de la manera que quieran. Basta con que cumplan con su trabajo, no se quejen de su dureza y de vez en cuando beban un *whisky* con los compañeros. Pero tratar con personas de ciudad, entregar pedidos, cobrar y escuchar a las mujeres...

Domingo corta leña para varios inviernos y ella no sale de la cocina. Está sumergida en la manera de ingeniárselas para preparar la comanda. Hace mermeladas, cremas de chocolate, pequeñas rosquillas, pastitas de San Nicolás, lenguas de gato y harinados. Deja los hojaldres y los bizcochos para la víspera y vigila que la fresquera tenga siempre hielo.

Para cuando llega el día de la entrega, un cerco azulado rodea sus ojos y apenas tiene leche para alimentar a Simón, que acepta las papillas de harina de maíz y galletas tostadas que le prepara su madre. Tiene cinco meses. Es un niño sano, precioso, y parece saber cuándo es su momento. Domingo lo cuida y se lo ata a la espalda como le ha enseñado Tajui cuando trabaja en la huerta. Un coche negro con dos jóvenes uniformados aparca frente a la casa para recoger los postres. Valentina le ha pedido a Domingo que construya un par de cajas de madera donde transportar las tartas sin que se

desmoronen. Ella pone palillos y las cubre con un trapo de lino mientras piensa que debería tener un embalaje con su nombre.

Tres días después, Mary Tyler vuelve para hablarle del éxito de sus dulces.

—Prepárese, Valentina. Sus postres han sido un éxito, y las pastitas de té eran sencillamente irresistibles. Toda la ciudad va a querer probarlos.

En el mes de febrero, con veinte centímetros de nieve y un frío glacial, el pastor, después de su trabajo, se acerca a la casa de Jeff Peterssen. Su patrón sabe que va a perder a su mejor trabajador desde el momento en que se presenta anunciándole que quiere saldar la deuda. Domingo es uno de esos hombres a los que se les acumulan las palabras no dichas hasta que por fin toman una decisión. Valentina lo sabe, así que le aconsejó que no volara los puentes que le unían al rancho. En Boise y alrededores, los secretos pasan de mano en mano hasta convertirse en leyendas. No conviene despedirse de malos modos.

—No puedo volver a los pastos altos. Ahora tengo una familia y necesito estar cerca.

El pastor se atrincheró en esa frase que ha ensayado repetidas veces junto a su mujer. La pronuncia en inglés, con su voz certera, dejando bien claro que la decisión está tomada. Espera una respuesta sin apartar la mirada de los ojos azul océano de su patrón. Está especialmente dotado para soportar tensiones y sabe ganarse el respeto de los demás. No le gusta la violencia ni el enfrentamiento, y no le importa esperar a que la tormenta amaine. Un pensamiento atraviesa su cabeza. Ha oído decir en el hotel que el señor Peterssen ha comprado una gran cantidad de tierra en las pendientes de Sawtooth, cerca de la reserva. Le gustaría saber lo que está tramando, más que nada para poner sobre aviso a los demás. Desde el Viernes Negro de 1929, el precio de la carne y la lana ha bajado y algunos rancheros han vendido sus propiedades

por debajo de su valor o se han arruinado. Son años difíciles que abren la puerta a negocios oportunos, como lo fue el adquirir su casa. Domingo piensa que Jeff tiene algo en mente. Este le ofrece más sueldo, subir en compañía de otro trabajador que se ocupe de los víveres y le ayude, pero el pastor rechaza las ofertas una tras otra y amplía la información que busca su patrón.

—No voy a seguir trabajando en un rancho, ni en este ni en otro. Tengo otros planes.

Jeff Peterssen sonríe maliciosamente. Vuelve a hacerle otra oferta, y Domingo de nuevo la rechaza sin dejar de mirarle a los ojos. Desearía que ese hombre para el que ha trabajado varios años viera su determinación y dejara de hacerle propuestas. No se lo va a decir, pero hace dos días que el matrimonio Arsuaga llegó a un acuerdo con el Modern Hotel. Habrá una pastelería que despache al público, así como un espacio con mesas para merendar. Valentina dispondrá de los hornos y neveras de la cocina del hotel y tendrá su pequeño obrador. Además, instalarán una extensión del teléfono del hotel en el local para coger encargos. Mary Tyler ha decidido apoyarla, y ahora saben que el famoso marido invisible es un senador demócrata con gran influencia en Washington y amigo de Roosevelt, ese candidato a la presidencia del que tanto se habla. Boise no es Nueva York, pero todos tienen ganas de que haya establecimientos a los que poder acudir. Los rancheros tienen dinero, y en las sociedades pequeñas dejarse ver es muy importante.

La señora Peterssen entra en el despacho sin llamar y saluda con afecto al pastor.

—Domingo ha venido a despedirse —informa Jeff a su esposa—. Ya no trabajará con nosotros.

El pastor se ha puesto en pie al verla. Jeff permanece sentado tras su mesa, le hace una pequeña inclinación de cabeza y esa mujer tan atractiva le hace un gesto para que se siente. Domingo vuelve a preguntarse por la razón que une a esa pareja. Ahora conoce más las propiedades secretas del amor e imagina que, cuando estén solos, entre ellos correrá una corriente diferente a la

que fluye en ese momento. La señora Peterssen le tiende la mano. Nadie diría que ha escuchado las palabras de su marido.

—Sé que su esposa es una gran repostera. Pude probar sus dulces en casa de la señora Tyler. Había oído hablar de la fortaleza y seriedad de los vascos, pero ignoraba que sus mujeres tuvieran tradición de cocineras. Esto es pequeño y todo se sabe. ¿Es cierto que abrirán un negocio de pastelería en Boise?

—Sí, en el Modern Hotel. Pero será ella quien lo lleve.

—Le felicito por su iniciativa, y también por su inglés. Le aseguro que seremos sus clientes y que podremos conversar con tranquilidad. ¿Cómo está el bebé? ¿Es tan guapo como su padre?

Domingo no advierte las sutilezas ni conoce el mundo femenino tanto como para saber si una mujer le mira con deseo, pero detecta algo en los ojos de la señora Peterssen que le hace sonrojar. Baja la cabeza para no tener que mirarla e intercambia con ella unas torpes palabras de cortesía antes de anunciar que debe irse. Se despidе del matrimonio, y más tarde de sus compañeros y trabajadores del rancho. Les ofrece su mano y acude a ese apretón que agradece el tiempo compartido. Recoge sus cuatro cosas y mete el caballo en el establo. Y todos sus gestos obedecen a esa disciplina que el corazón impregna en los hombres cuando se despiden.

El animal pertenece al rancho y su patrón se lo ha recordado, pero al dejarlo una punzada de dolor le encoge el pecho. También ha sido su compañero, el que subió los riscos con él montado en la grupa, el que pisó la nieve y el tomillo de sus montañas. Escucha su relincho y se da cuenta de que va a echarlo de menos, a él y a la montaña. Mira a su alrededor para ver si tiene testigos de sus nostalgias. Aspira el olor del heno húmedo, del sudor de los animales. Recoge su manta, su rifle y esa colchoneta que ponía sobre el catre para que no le dolieran los huesos y suspira sonoramente para aliviarse.

Vuelven a despertarse las dudas que le levanta ese futuro en la ciudad. Los ojos de Valentina y Simón lo miran desde algún lugar en su interior. Los de ambos tienen el mismo color que la hierba al

anochecer. Sabe que un hombre solo camina hacia delante y que tiene que afrontar lo que venga. Quizá un día, montado en su propio caballo, suba a las cumbres con Tajui para recoger esas hierbas que protegen su *home* y duerman al raso bajo ese cielo en el que es imposible contar las estrellas.

—Llévate mi caballo.

Cipri, a su espalda, coge la montura de Domingo y la coloca en el suyo.

—Puedes usarlo hasta que puedas hacerte con uno. No lo azuces demasiado, está empezando a flaquear. Los años no perdonan.

—Compraremos una camioneta.

—¡Una camioneta! ¡Cuánto ha cambiado tu vida, muchacho! Bajarse del caballo y montarse en uno de esos cacharros es como cruzar la mar.

—Tendrás el honor de merendar gratis en nuestra confitería, si Dios quiere.

Elige volver cabalgando por la ribera del río. Conoce el terreno, los senderos que no llegan a ser caminos y ese pequeño arroyo que se abre al norte como una luna llena. Recuerda uno por uno los días que se detenía sin pensar en el tiempo, tratando de pescar un buen salmón mientras el agua murmuraba sus sueños. Se adentra en un bosquecillo, evitando el camino que conduce a Boise. Necesita estar solo, escuchar el viento que se levanta y mueve las ramas dormidas de los árboles. Un sonido como de silbato rompe el silencio cuando las ráfagas se intensifican. Domingo sabe que debería volver, o al menos acercarse a una zona donde el viento frío no parezca desear tallar los montículos de nieve, pero sigue adelante. A los pastores no les gusta ese viento que cambia de opinión sin avisar; son hombres de certezas, de los que saben cuándo deben protegerse. Pero él acaba de renunciar a ser pastor.

Escucha el silencio, solo interrumpido por sus propios pensamientos. Podría, sin dificultad, acudir a otros ranchos. No dejar del todo esa vida que conoce como la palma de su mano. Se quedarían con él, sin exigirle más de lo que les diera

voluntariamente. A los que salieron de su tierra no les sirve trabajar con cualquiera: buscan un profesional en el que poder confiar, que hable en euskera, que sea leal y honesto como son los vascos, apoyarse en sus conocimientos sin necesidad de decir palabra. Esa es la razón por la que llaman a los hermanos, a los primos o a los que viven en el pueblo del que salieron. Todos son iguales, aunque sean distintos. La mayoría han llegado buscando hacerse con un rebaño, venderlo y regresar. Los que se quedan es porque no tienen a nadie esperándolos y les va bien, o porque han encontrado a una mujer con la que construir una familia. Ellos no se enamoran como lo ha hecho él. Su amigo Jon dice que el matrimonio es un contrato para vivir bajo el mismo techo, solo eso. El amor queda fuera.

El pastor pierde la noción del tiempo y el espacio. Mira al cielo; está oscureciendo y aún falta un buen trecho hasta su casa. Respira. El aire es tan frío que parece quemarle los pulmones. Sale del bosque, se aleja del río y busca el camino por el que transitan los hombres que se dirigen a algún sitio. Le esperan en su casa. Valentina, Simón, un hogar caliente y el abrazo de una mujer que buscará en su mirada las huellas de su tardanza.

Los preparativos del negocio los mantienen tan ocupados que apenas piensan en ellos. El trabajo se vuelve posesivo, y el tiempo que le roban al día se lo dedican al pequeño Simón. Las noches de confidencias, de rumores de sábanas planchadas y de caricias acunadas por la voz grave de Domingo han dejado de ser costumbre. Sin que la pareja se haya dado cuenta, lo cotidiano ha ido invadiendo la casa, el pequeño jardín, la huerta que ya no se trabaja, la habitación y la cama como una enredadera silenciosa y pertinaz.

Para el 17 de septiembre, cuando Simón cumple el año, el Salón de Té Lekeitio —o la confitería, como la llaman ellos— ya está preparado. Las paredes se han empapelado con un estampado floral, y los tapizados de las sillas coinciden con el color del caramelo. Por

los ventanales se ve la calle de atrás, y a través de unas cortinas adamascadas se distingue la esquina de la avenida. El mobiliario es una réplica del que había en los palacios franceses de los Borbones y las vajillas proceden de un almacén de importaciones europeas. Ángeles Aramburu, la dueña del hotel, ha pasado horas junto a Valentina eligiendo con cuidado cada pieza y cada servilleta. La repostera se ha dejado asesorar, pues su fuerte no es la decoración de salones, pero en lo que sí ha insistido es en que no quiere que haya zonas separadas de los demás para los negros.

Toda la capital entra a curiosear. Los chismes son el alimento de las ciudades pequeñas y los vascos se muestran recelosos ante el éxito de los demás, pero las vitrinas no admiten precauciones. La vista de las delicias que allí se exponen los embauca. Es el primer establecimiento de esas características en Boise. Mary Tyler, codiciada por la alta sociedad, se ha ocupado de invitar a sus prestigiosos vecinos y de convocar a granjeros y empresarios. Los periódicos locales anuncian y dan fe de la existencia de un salón de té que nada tiene que envidiar a los mejores del país, y la hoja dedicada a los vascos del *Boise Capital News* incluye un listado de los dulces que se pueden encontrar allí.

Valentina vuela de la cocina a las vitrinas, a las que pasa un trapo de lino para que sus bandejas emitan destellos de deseos. Ha expuesto fuentes con duquesitas, merengues, pastas de té, coroneles, palillos, sacristanes, palmeras, abanicos y parisienses de hojaldre. En el centro reina un timbal de albaricoques con merengue al que acompañan las tartas de manzanas y frutas, las de crema de chocolate y las que la repostera ha adornado como si fueran vestidos de novia. Mary Tyler le ha aconsejado que utilice palabras francesas e incluso alemanas o italianas para bautizar sus postres. Tiene que haber un *cake* Queen Mary, una tarta Saint-Honoré, *marron glacé* o una *savarin*. La sociedad de Boise está hecha de muchos países, y sus futuros clientes, con sus orígenes en la vieja Europa, encontrarán allí lo que deseen.

Han instalado el famoso aire acondicionado de la Carrier

Corporation, y las cafeteras y bandejas son de la prestigiosa marca Gorham. Un frigorífico General Electric último modelo completa lo que la dueña del hotel ha invertido en esa confitería, sin olvidar la caja registradora de latón bruñido que Mercedes abre y cierra con maña mientras devuelve el cambio a los clientes y les desea un buen día en inglés.

Los uniformes y delantales con vainicas de las chicas imprimen al local un aire limpio y burgués. Desde el principio Valentina supo que era necesario olvidar los vestidos sencillos de algodón y los zapatos demasiado usados. El lujo de algunos establecimientos hace que sean considerados mejores. La joven cajera se ha vuelto más resuelta y da órdenes a las chicas recién llegadas desde un pueblo de Vizcaya para que la ayuden en la cocina. Ana, Margarita y Rita Gutiérrez son tres hermanas muy trabajadoras y aprenden con rapidez las artes de la repostería. En un principio Valentina había pensado que se arreglarían con las camareras del hotel, pero en cuanto el establecimiento empezó a rodar vio que no tenían manos suficientes. Las mujeres y Simón pasan muchas horas en el obrador, pero el crío ha empezado a gatear y el matrimonio le ha llevado a casa de Julia Barrutieta, una mujer que se ocupa de atender a los hijos de las mujeres que trabajan. Valentina no deja de suspirar mientras Domingo la mira preguntándose el origen de ese aire que su esposa guarda atrapado mientras trabaja. Él cree que está feliz de lo que han conseguido, pero con ella nunca está seguro. La ha visto acariciar con lágrimas en los ojos el papel con el que envuelven las bandejas de dulces, que lleva el nombre del pueblo del que partió y la silueta de la basílica. Valentina está satisfecha, pero no puede evitar sentir una herida en alguna parte de su interior, una pena inevitable que le merma la alegría.

Ramón Arrieta corteja a la joven Mercedes; la lleva al salón de cine del Egyptian y la espera cuando termina de trabajar. Quiere hacer méritos con el matrimonio y le ha conseguido a Domingo un Ford Pickup que solo tiene dos años. Un vehículo construido para el trabajo con una cabina sencilla, pero robusto y funcional. Al pastor,

que desconfiaba de los automóviles, apenas le han hecho falta unos días para manejarse con soltura.

Por la mañana, temprano, los tres montan en el vehículo. Valentina lleva en brazos al niño todavía dormido hasta la casa de Julia, y mientras se dirigen a la confitería llora en silencio por esa pena a la que no puede hacer sitio. Una madre debería decidir por sí misma cuándo separarse de su hijo. Ella siente que el niño la necesita y, aunque le advierta a Julia que le acueste lejos de la luz y le dé una manta para cubrirlo, intuye que no es lo mismo. El matrimonio hace el trayecto en silencio. Saben que cuando lo recojan el niño dormirá, ellos estarán molidos de cansancio y otro día más habrá pasado. Ahora tienen esa camioneta y un buen tresillo donde sentarse, y en unas semanas les han prometido un teléfono. A pesar de ello, la vida no les permite disfrutar del niño porque la confitería no cierra en toda la semana.

Valentina ya no escribe largas cartas, pero sigue recibiendo noticias de Clara. Le habla de Mariana y de su querida gobernanta, que según le cuenta se va a casar con un viudo, un médico importante al que le gustaría que conociese. Su amiga le promete enviarle una fotografía cuando llegue el gran día.

En el Modern le guardan el periódico y ella busca las noticias de España. En Boise se vive una cierta expectación ante las próximas elecciones. América es desde hace más de diez años republicana, pero por primera vez el candidato demócrata Franklin D. Roosevelt tiene probabilidades de llegar a la presidencia el próximo noviembre. En España, la República hace cambios en la sociedad bajo la vigilancia de un clero muy insatisfecho ante la declaración del laicismo del país. Bego se lo ha recordado en una de sus cartas: el divorcio ya es posible y los curas son más discretos en sus sermones. Los ricos y los pobres tienen sus propias aceras, cafés e iglesias, igual que los blancos en el oeste mantienen sus zonas para comer separados de los negros.

Domingo no rechaza la llamada de los rancheros que conoce; es un buen esquilador y acepta con gusto los trabajos que le permiten romper sus rutinas. No se acostumbra a aceptar que su vida actual le va a mantener lejos de la montaña. Pensar en ello le cuesta. ¿Y si deja de encontrarse en el viento, en las llanuras y los arroyos? Echa de menos tumbarse bajo un abeto y dormirse observando la prisa que tienen las nubes por deshacerse. No se lo dice a Valentina, pero se siente algo incómodo repartiendo pasteles, calculando compras y ventas o pagando a las empleadas. Unas semanas atrás, Rita, que se encarga de preparar los pedidos, le puso en las manos dos grandes bandejas.

—Esta señora dice que te conoce. Aceptamos su pedido, aunque hay que entregarlo en el Creek Valley Ranch.

Lee el nombre y la dirección. Se supone que debe entregar el pedido en el rancho de Jeff Peterssen. Sopesa la idea en silencio, como si necesitara tiempo para tomar la decisión. Sabe que debe hacerlo, a pesar de que algo rechine en su voluntad. Carga la camioneta y hace una parada en su casa para ponerse su mejor camisa. Está al tanto, gracias a Cipri, de que el patrón está en Nevada y de que un par de pastores cuidan los rebaños en las montañas de Sawtooth. Conduce inquieto hasta llegar al portón de entrada a la finca, y baja la velocidad mientras recorre los últimos metros que lo separan de la casa del patrón. La señora Peterssen le abre la puerta y le saluda con un indisimulado cariño. Domingo en ese momento desea escapar, y al no poder hacerlo balbucea en su escaso inglés unas explicaciones torpes sobre su cometido. Está haciendo el reparto, y el tiempo se le echa encima.

Al pastor no le hace falta mucho tiempo para comprobar que la señora Peterssen no tiene intención de dejarle marchar. Le hace sentarse, le ofrece un café y se le acerca de tal modo que él puede sentir el aroma a lavanda de su perfume. Está incómodo. La tensión le hace parecer impasible, pero sabe que la atracción que ha

vislumbrado en otras ocasiones se multiplicará si hace un gesto favorable. Ella le pone una mano en el muslo mientras le pregunta por el niño, por el negocio... A Domingo le perturba sentir su deseo, pero aún más intuir el suyo propio. Piensa en Valentina y en ese cuerpo que no se insinúa, sino que se ofrece. Para él solo existe ese cuerpo de mujer al que se acerca sin temor. Ahora comprende las fragilidades de algunos hombres, la sutil frontera que existe entre el engaño y el disfrute de otra piel.

Rechaza sus pensamientos y se concentra en cómo salir de allí sin romper la vajilla. Una mujer como ella no llevará bien sentirse rechazada, y debe buscar una solución. La ve revolotear, humedecerse los labios cuando le habla, y de pronto ella se acerca para besarlo. Domingo permanece inmóvil y la aparta con delicadeza. Luego hace un pequeño gesto de amistad, se levanta y, sin añadir una palabra, sale de la casa. Ella no se da cuenta de que se ha sonrojado.

Domingo sigue siendo un hombre de campo. A veces le parece percibir la llamada de la naturaleza, y más de un día ha visitado algún rancho en venta. Piensa que la felicidad no la trae la riqueza, como les hicieron creer. Una cosa es la miseria, que de ella hay que huir en cuanto se pueda, pero otra es esa actividad que hace que los días pasen sin darse cuenta siquiera de que ha amanecido. Sin embargo, sabe que ya no podrá escapar, que la rueda se desliza hacia el futuro y que Valentina y él tienen que formalizar los papeles que iniciaron hace un par de años para obtener la naturalización americana. Ahora sabe algo de inglés, tiene un hijo americano y tendría quien le avalara para testificar que es un buen ciudadano. Parte de sus compañeros lo han hecho, y a otros les parece una traición —o más bien una condena— aceptar que uno no volverá.

Algún día es muy posible que regrese a su tierra. No puede morirse sin volver a ver el mar, oler y sentir el salitre, el golpe de la mar sobre la quilla de su *txintxorro*^[52] o el amanecer caminando hacia el puerto. Tiene que colocar plomos en sus redes, verlas volar con la media luz del anochecer, pero no ahora, sino cuando el

negocio escupa todos los dólares que se necesitan para ir y volver sin llevar el corazón prestado. No hay nada que le ate a lo que ha dejado atrás, se dice a sí mismo, pero no es verdad. Quizá no le espera una madre, o la pequeña Inmaculada, pero sí la tierra, el olor, el sonido de las voces conocidas. Le gustaría mirar de nuevo a los ojos a algunos con los que compartió la mar.

Para noviembre, el negocio ya está consolidado. Las deudas se han saldado, y el pequeño Simón se ha puesto en pie y recorre con pasos vacilantes cortas distancias. Casi toda América ha apoyado al candidato demócrata Franklin D. Roosevelt. Los americanos muestran su deseo de salir por fin de la depresión económica que arrastran desde el 29, y desde España llegan noticias tan confusas como las que provienen de Alemania.

El dueño del almacén donde se abastecen de harinas para repostería, levaduras y otros productos es originario de un pueblo de Baviera, cerca de Múnich. Llegó a Boise dos años atrás, cuando vio que sus derechos civiles estaban en juego. Ahora le pide a su familia que abandone Alemania antes de que el poder del canciller Adolf Hitler sea infinito. Cuando le cuenta a Domingo lo que sucede en su tierra se le llenan los ojos de lágrimas, y en un inglés parecido al del vasco le informa de asuntos que desconoce. Nunca le ha interesado la política, pero los americanos son muy conscientes de lo que ocurre en Washington. Valentina y él escuchan las noticias. Una especie de fiera rabiosa se esconde a sus espaldas, y ambos son conscientes de que saber lo que sucede en el mundo les hace crecer.

Hay muchos cambios en la vida de Valentina. Tiene un teléfono con el que puede hablar con la confitería o con Encarni. Se ha cortado el pelo y acude al salón de belleza una vez al mes, porque ahora sabe lo que se siente cuando una puede darse un capricho. También hay cortinas nuevas en las ventanas de su casa, así como una alfombra oriental que compró en una exposición.

Domingo la ve crecer, hacerse más fuerte, hablar inglés con

corrección y comportarse como una dama. Le fascina contemplarla cuando ella es ajena a su atención y, aunque añora su pelo largo y desordenado derramado sobre la almohada, la disfruta igual. Ya sabe que su mujer no se va a rebelar, pero, aunque le pida su autorización, él sabe que terminará haciendo lo que ella desee. Hacen el amor, a veces con prisa. Él quiere llenar la casa de niños, pero por alguna razón que desconoce su mujer no se queda encinta.

—Mi cuerpo sabe que tenemos demasiado trabajo y poco tiempo para estar con Simón. No podemos tener otro hijo en este momento.

Su marido trata de imponerse. Los ingresos son altos, y Valentina debe pasar el domingo en casa con Simón y con él.

—Somos una familia. Puedes dejar el trabajo en manos de las chicas.

—Los días festivos hay mucho movimiento.

—Puedes quedarte en casa otro día. Quiero llevarte a Mountain Home, al hotel de Bengoechea. Trabajas demasiado, y Simón y yo te necesitamos.

Valentina hace muecas, sonríe, se remueve inquieta, pero no acepta la sugerencia. No lo hace hasta que, a finales de diciembre, en plena Navidad, cae enferma. Unas fiebres altas la dejan fuera de combate y el médico le receta reposo y un reconstituyente. No tiene fuerzas para resistirse y se desespera. El trabajo la obsesiona, pero su salud la obliga a quedarse más de una semana alejada de la confitería.

—Te necesito. Tienes que seguir los consejos del médico.

Su marido está sentado en la cama y la mira. Ella no abre los ojos. Puede verlo en su imaginación. A veces él le pasa una mano por la frente con un paño para retirarle el sudor de la fiebre. Ella escucha sus pasos, él la obliga a beber agua, pone una manta sobre ella cuando tiembla.

—Valentina, bebe.

Desde la nebulosa de su estado lo intuye ahí, quieto, sin saber qué hacer más que permanecer alerta ante ese calor maligno que zarandea el cuerpo de su esposa. Nota su amor mientras la llama y

el susurro de su hijo preguntándose por qué su *ama* no se levanta de la cama. Sigue su costumbre de inmortalizar en su recuerdo los momentos decisivos de su vida. Guarda la sensación de ser cuidada, amada. Agarra la mano grande de Domingo y la retiene. Ahora son un equipo.

Olvidando que no es inmortal, vuelve al trabajo sin reponerse del todo. Y cuando llega a la confitería, todavía débil, ve que el estropicio no ha sido importante. La clientela sigue llegando, las vitrinas están vacías, su ausencia no ha hundido el negocio. Las chicas están bien enseñadas y saben lo que hay que hacer.

Cuando se incorpora, ya están en 1934. La certeza de sentir que no es totalmente imprescindible y el recuerdo de los días que el niño ha estado arrastrando sus juguetes cerca de ellos han sido definitivos para tomar la decisión: va a trabajar menos. No quiere perderse la lengua de trapo de su hijo ni sus besos, y, además, las mujeres dicen que no se quedará embarazada si trabaja tanto.

Su pequeña y desconocida enfermedad la ha hecho pensar. Ha tenido tiempo para recordar que durante muchos años le pidió a la Virgen de la Antigua que pusiera en su camino a alguien que la amara. Ahora sabe que el matrimonio tiene luces y sombras, pero también que sus hombres están ahí, esperándola.

V

EL SONIDO DE LA GUERRA

«¿Puede haber algo más ridículo que la pretensión de que un hombre tenga derecho a matarme porque habita al otro lado del agua y su príncipe tiene una querella con el mío, aunque yo no la tenga con él?».

BLAISE PASCAL

El sonido de la guerra a lo lejos

VALENTINA Y DOMINGO

BOISE, 1936

Un calor sofocante aplasta las calles de Boise. Es domingo y los Arsuaga hacen los últimos preparativos para pasar el día a orillas del lago Loon. Allí los esperan muchas de las familias vascas asentadas en el estado. La promesa de escapar del sofoco de la ciudad y reencontrarse con amigos ha atraído a familias de los pueblos de alrededor, e incluso de Nevada.

Desde 1933, las mujeres —que ya se reunían para apoyarse en su vida doméstica— crearon la Organización Independiente Social con el fin de obtener derechos médicos similares a los que ya gozaban sus maridos con la Sociedad de Socorros Mutuos. Ese día, junto al lago, un baile benéfico y unos puestos de comida y dulces están preparados para obtener fondos que cubran los gastos de aquellos miembros de la comunidad vasca que no pueden afrontar funerales o accidentes mortales.

El doctor Koelsch trabaja mano a mano con Encarni, quien, más que generosamente, aloja en su hotel a las mujeres y niños que han sufrido una pérdida o requieren atención médica. Uno de los pocos pastores itinerantes que quedaban ha muerto en un accidente y la familia, descabezada, depende de la ayuda de la comunidad. No todos los que han probado suerte en Norteamérica han hecho fortuna; muchos viven al día y carecen de ahorros. La viuda y sus tres hijos quieren volver a Bermeo, de donde proceden, y la

asociación intenta sufragarles los gastos del viaje.

Valentina, como todas las mujeres, no olvida la inseguridad y el miedo de los primeros años. Ella tuvo suerte. Tenía una casa algo maltrecha y deudas, pero siempre la protegió un techo. Sin embargo, todavía no se ha borrado de su cabeza la figura de Domingo montado en su caballo alejándose al amanecer. Aún siente escalofríos al recordar las noches en que el sueño no llegaba y los pensamientos dibujaban en su cabeza el libreto de una tragedia en las que todos los peligros de la soledad de la montaña caían sobre él.

Mientras la camioneta se aleja rumbo al lago, en ese mes de julio tan caluroso, mira a su hombre concentrado en la carretera y se estremece. Se ha acostumbrado a tenerlo a su lado, a trabajar en equipo, aunque sabe que él no es del todo feliz. Él no se lo dice, pero a veces ella se lo encuentra mirando hacia las montañas, envuelto en la sombra de su anhelo. Su marido sigue habitando en un lugar silencioso al que nadie puede llegar. Es como si tuviera una habitación propia donde guardara sus asuntos y en la que de vez en cuando se refugiara escapando de lo doméstico para reunirse consigo mismo. Dice que se va con Pablo a pescar a un lago, o que quiere ver un terreno en Nevada. Busca excusas y desaparece un par de días con el pretexto de que alguien le necesita. Vuelve relajado y la vida sigue, pero más tarde, durante esos dulces momentos en que hablan en la oscuridad, él le cuenta que ha estado con su amigo Tajui y que el cielo, más arriba del Snake, estaba cuajado de estrellas.

Valentina no pregunta. Le complace ese juego en el que cada uno maneja la ternura sin enfadarse. Conoce la manera de coincidir con su esposo en la vida, y no pretende cambiarlo. Ella también dispone de su tiempo y comprende que él ame la montaña, aunque no quiera seguir siendo pastor ni vivir meses de soledad y aislamiento.

Su hijo duerme en sus brazos. Pronto cumplirá cinco años y no ha tenido ni un catarro. Mira su hermoso rostro. Todos reconocen a

Valentina en sus ojos, pero ella ve a Domingo. Ha heredado su mirada profunda y ese silencio en el que reside su padre. También tiene su bondad. Simón sonríe como ella. Come sin protestar, juega con otros niños y raro es el día que se muestra enfadado. Habla inglés y euskera indistintamente, e incluso se atreve a corregir a su padre.

El pastor conduce sin pronunciar una palabra. Vuelve a ser el hombre silencioso que conoció. Valentina cree que la muerte de Beltza le ha envuelto en un mutismo que ni siquiera ella puede atravesar. Algunos sufren la nostalgia de la naturaleza, igual que ella echa de menos el mar. Lo ha escuchado en boca de otras mujeres. El tiempo de soledad los aleja de los demás, y en ocasiones quedan atrapados en un territorio imaginario que solo ellos conocen. En la Organización Independiente Social lo ven con cierta frecuencia. Existen entre algunos viejos pastores unos daños imprecisos del alma que se esconden y enquistan. No es que estén locos, es solo que la lejanía de su tierra y el tiempo que pasan sin ver a otro ser humano —la soledad— les produce heridas y esos dolores vergonzantes.

Cuando llegan al lago, todo está dispuesto. En una zona tranquila, la orquesta de John Anduiza alterna canciones vascas con algunas más populares que imitan a la orquesta de Xavier Cugat. Se han vendido muchas entradas para el baile, y el puesto de comida que han instalado las mujeres está lleno de clientes. Valentina va de acá para allá. Todos conocen su confitería y la saludan. Está hablando con Margarita Urrutia cuando perciben un cambio, como si alguien hubiera desparramado sobre la gente alegre un saco de asombro. Miran a su alrededor y Valentina ve a su hijo en los hombros de su padre. Está en medio de un corrillo, reunido con un nutrido grupo de hombres de rostro sombrío.

—Creo que ha pasado algo.

Las mujeres se aproximan a la orilla donde se ha concentrado la mayoría. Camina hacia ellas expectante, pero antes de llegar ya intuye que ha ocurrido algo malo. John Anduiza ha detenido la

música, y Valentina teme que algún niño se haya perdido o que haya sucedido una tragedia en el lago. Unas palabras la alcanzan antes de que sus pies hayan llegado al grupo de mujeres.

Sublevación, guerra, muertos...

Unos recién llegados de Nueva York están contando que, hace dos días, algunos generales del Ejército, Mola, Sanjurjo y Francisco Franco entre otros, se han sublevado contra el Gobierno republicano para derrocarlo. Los esfuerzos de los sublevados —que se autodenominan bando nacional— no han triunfado en toda España, pero el enfrentamiento no ha hecho más que empezar. El Frente Popular —constituido por los distintos partidos gobernantes y otros partidarios del Gobierno— se ha enfrentado al bando nacional, y como consecuencia se ha aplicado la ley marcial y el país se ha roto en dos Españas. Ha estallado una guerra civil.

No es la sombra de los árboles la que apacigua los calores, sino la estremecedora noticia que apaga la tarde festiva y provoca escalofríos. Valentina se culpa de no haber escuchado la radio. El tiempo que le roba a su trabajo lo emplea en abrazar a su hijo y en no olvidar sus deberes domésticos. Los murmullos se levantan entre los asistentes a la fiesta, los niños chapotean en el lago, ajenos a la noticia, los mayores cuidan de los pequeños y espían a los padres para averiguar qué es lo que sucede. Casi todos son vascos y por eso les interesa averiguar qué pasa en Bilbao, en San Sebastián o en Durango. Entre ellos se consuelan, niegan los hechos y ansían llegar a sus casas para escribir a los suyos y hacerles saber que, aunque estén lejos, sus corazones los acompañan.

—No puede ser... Una guerra civil.

—Exactamente. ¿Qué clase de guerra es esa?

—La peor, Angelines. La que enfrenta a los vecinos, a los amigos y hasta a la misma familia. Los ricos no estarán con los pobres, los tranquilos huirán de los iracundos, y los días, las costumbres y la paz volarán por los aires.

—Mi cuñada, que vive en Burdeos, me contó que la situación en Europa era mala. Que Alemania y ese Hitler daban miedo, pero no

me dijo que estuvieran tan mal las cosas.

—Esto se veía venir. Ya no había orden ni se respetaba a la Iglesia, pero estamos aquí y nadie quiere aceptarlo. Bilbao hace tiempo que es un polvorín, y mi cuñado me contó que los anarquistas van recogiendo armas y pólvora por las fábricas.

Los asistentes se dispersan y la orquesta retoma la música. La impotencia no es capaz de frenar la alegría. Unos bailan, otros pasean entre los puestos. Valentina, con el corazón encogido, busca a Domingo. Cruzan sus miradas y ambos se reconocen en el mismo dolor. ¿Llegará la guerra a Lekeitio, a Gernika, al Hotel Carlton? ¿Qué harán Mariana y Nicolás, o su querida Esther, la gobernanta, a la que imagina asegurando espejos y lámparas? ¿Escaparán o se quedarán defendiendo lo que tienen?

Desde hace meses se sabe que la situación empezaba a volverse insostenible. Los asesinatos en las calles o en las reuniones políticas eran frecuentes; los enfrentamientos entre los partidarios de la derecha o la izquierda, inevitables. Se humillaba a la Iglesia y se imponía drásticamente un modo de vida que no deseaban. En Idaho, donde vivir para alejarse de la pobreza es lo importante, las conquistas republicanas no se aprecian demasiado.

El 15 de junio, el gobernador civil de Vizcaya había instaurado el estado de alarma, que sirvió para mantener una paz explosiva en espera de que las fuerzas militares se organizaran. Los partidos tradicionales o católicos eran el punto de mira de comunistas, socialistas y otros grupos de izquierdas. Todos sabían que habría que hacer frente a un conflicto casi ineludible.

La población norteamericana es un mosaico de naciones. Hace tiempo que miran atentos los movimientos tibios e ineficaces que los mandatarios europeos llevan a cabo para frenar a Hitler. Los Juegos Olímpicos se celebrarán en Berlín, y algunos piensan que se le hacen excesivas concesiones al régimen nazi. Desde hace años, las leyes que promulga el Führer contra los judíos ignoran sus derechos y los expulsan de la sociedad. Los nazis no solo están privando de sus derechos a judíos, gitanos y homosexuales para llevarlos a campos

en los que los concentran y humillan, sino que amagan movimientos que hacen temer una intervención entre los países vecinos. En Nueva York, los comentaristas se preguntan por qué el partido nazi ha ganado las elecciones con más de un 98 por ciento, pero el puerto vuelve a recibir a numerosos barcos cargados de judíos europeos que huyen abandonando sus posesiones.

Mientras comen, beben y los niños chapotean en el agua, la comunidad de españoles siente su corazón partido por el mar. Ángeles Aramburu, la dueña del Modern, se acerca a Valentina para decirle que los periódicos llegarán al anochecer. Ella piensa en el marido de Mary Tyler, un demócrata con muchos contactos y que en alguna ocasión se ha ofrecido para ayudar en las gestiones de su nacionalización. Podría buscar el teléfono del Arraun, sabe que está escrito en una de las cartas de Mariana, en la confitería hay uno, pero la llamada les costaría un montón de dólares y, además, qué podría solucionar ella. En su cabeza bailan las palabras que sus amigos depositaron en las cartas. Recuerda que Nicolás tiene amigos anarquistas, que Clara es republicana y que la gobernanta es una mujer tradicional y monárquica.

Su pensamiento se traslada a la basílica de la Asunción de Santa María de Lekeitio. Casi puede aspirar el olor a incienso, cera y madera. Aún puede recordar el alivio que experimentaba mirando a su Virgen cuando, durante aquellos minutos que robaba a sus jornadas extenuantes en el palacio, acudía a la iglesia. Cierra los ojos. El precioso retablo tras el altar permanece inmóvil y el aire del mar se cuela entre sus ruegos. «Antiguako ama, zaindu itzazu, itsasoko gizonak zaintzen ditusun bezala»^[53].

La noticia, escueta y relevante, llega primero a los periódicos de Nueva York y después a los locales. La mayoría ha elegido un titular simple y helador: «War in Spain». Valentina intenta contactar con Mary Tyler, pero la pelirroja no está en Boise y no regresará hasta entrado el mes de septiembre. Como Domingo se mueve

constantemente por la ciudad, cada jornada regresa con un rumor, una noticia o una información. Ninguna de ellas limpia el horizonte negro que se levanta en su tierra, y ni siquiera los cuentos del pequeño Simón les quitan la tensión imprecisa que los invade. En la habitación matrimonial, los susurros se hacen costumbre. No saben de qué lado está la verdad o la mentira, pero sí que Bilbao está en manos del Gobierno republicano y resiste. También lo hace Guipúzcoa, pero Álava, La Rioja y Navarra están en manos del bando nacional.

El matrimonio y toda la comunidad mantienen el ojo y el oído atentos. A veces, en el tren que viene de Nueva York llega alguien procedente de su tierra y le escuchan. Para algunos, ese verano anómalo los ha pillado de vacaciones en los pueblos de la costa. En Getxo existe una zona internacional donde se respeta una paz amenazada. Pero las fuerzas republicanas avanzan a gran velocidad, dejando un rastro de fusilamientos que hace que muchos busquen refugio en otras zonas. La frontera aún no se ha cerrado, y se rumorea que son miles los que han pasado al otro lado esperando que el conflicto termine.

Pero se suceden las semanas y la guerra se recrudece. Bego y ella se intercambian confidencias que sus maridos ni siquiera imaginarían. Valentín está muy implicado en todo lo que afecta a la comunidad vasca. Es nacionalista y le preocupa que los derechos adquiridos zozobren en el mar de los generales sublevados. Los hoteles y hospedajes se llenan de personas sedientas de noticias. Allí se ha sabido que el 22 de octubre bombardearon Lekeitio, y que lo hicieron durante varios días. A pesar de que la gente corría a las arboledas a refugiarse, ha habido seis muertos y varios heridos. También Markina ha sufrido bastantes ataques de la aviación. Las mujeres se llevan las manos a la cara, se tapan el rostro para que nadie vea su dolor. Muchos quieren saber los nombres de las víctimas, los lugares donde cayeron las bombas, los destrozos que hicieron, pero nadie puede responder a esas preguntas. Estar lejos es difícil.

—Alguna cayó en el puerto, cerca del cuartel de gudarís.

—¿En el puerto?

—Y en el caserío Santa Catalina de Pascual. En Markina murió un médico muy joven, de veinticinco años, Andrés López Uranga. Txomin Onaindia, el cura, alcanzó a darle la absolución.

Los nacidos en Lekeitio o alrededores son numerosos. Hasta ahora estaban centrados en su vida, pero ahora medio corazón se les va a recorrer las calles donde dicen que han caído las bombas y el otro medio se ancla en la seguridad de su casa norteamericana, de su hospedaje, de los dólares que guardan en el bolsillo. El alma, ese órgano que no aparece en las radiografías, es la brújula de sus emociones y se les atraganta. Boise también se parte por la mitad. Unos desean que el bando nacional acabe con los republicanos sin ley, y otros pelean para que las conquistas sigan adelante. Valentina estaba orgullosa de que las mujeres pudieran votar y de que las escuelas públicas dejaran de fabricar analfabetos, pero esta violencia no cabe en su cabeza.

—En Bilbao, los hombres se esconden de las miradas de sus adversarios. Los curas guardan la sotana y visten pantalones, las monjas se encierran en los conventos, los obreros se pasan consignas, y nadie sabe quién va armado —declaran hasta quedarse sin aliento algunos parroquianos.

Las noticias empiezan a ser alarmantes. La Sociedad Bilbaína, un club de la calle Navarra donde se reúne la oligarquía, fue ocupada el 20 de julio por los anarquistas. Cuentan que se plantaron con una ametralladora frente al portalón y entraron en el club para registrarlo, desde el sótano hasta la cuarta planta, y que saquearon y destruyeron parte del patrimonio artístico. Ante semejantes desmanes, las autoridades los expulsaron e instalaron allí las nuevas dependencias del Gobierno vasco, con José Antonio Aguirre a la cabeza y el departamento de Gobernación. Afortunadamente, uno de los socios, que además era arquitecto, el político don Tomás Bilbao, tomó la decisión de tapiar el acceso a la biblioteca levantando una falsa pared. No se equivocó, porque pocos días

después el edificio fue asaltado, pero el espacio más valioso no fue descubierto. Ninguno de los que escuchan las terribles noticias conoce ese edificio en el que no pueden entrar las mujeres y no se sienten capaces de calibrar todo lo que se cuenta y se rumorea, salvo por el caos y el peligro que despiden las noticias.

En diciembre llegan dos familias de Lekeitio, parientes de los Bengoechea. Los vascos se reúnen en el rancho de los Madariaga para escucharlos. Lo más importante es que en Bilbao se construye un anillo defensivo que rodea la capital y los alrededores. Mide cerca de ochenta kilómetros y lo llaman el cinturón de hierro. Valentina trata de entender esos movimientos estratégicos que parecen tan decisivos. Ellos están contagiados por la incertidumbre y el temor que otorga la lejanía. El miedo se convierte en horror cuando escucha que en el Hotel Carlton se ha construido un búnker de hormigón bajo la planta principal para albergar al primer Gobierno vasco presidido por José Antonio Aguirre. Se levanta y pregunta por los empleados del hotel, pero los Madariaga se encogen de hombros.

—Es imposible saber lo que sucede o qué ha sido de alguien. Algunos huyen, los alimentos escasean, las familias se dividen. Bilbao resiste, pero gran parte de España está en manos de los nacionales. Ellos tienen aviación, y contra los bombardeos poco podemos hacer.

—He oído que en el Nervión hay barcos que se han convertido en prisión. ¿Es eso cierto?

—Sí, allí están, fondeados cerca del puerto. El Cabo Quilates, el Altuna Mendi, el Jaime I... Se cuentan cosas horribles de lo que pasa en ellos, pero nosotros lo desconocemos. Hay denuncias de vecinos, de familiares... Lllaman a la puerta y se llevan a los sospechosos de simpatizar con los nacionales.

Domingo aprieta la mano de Valentina. Su mujer es propensa a adelantar la cabeza, guardando una actitud atenta. La mira. Ella

escucha lo que pasa en el corazón de los que llegan, esas percepciones que él es incapaz de registrar. Está acostumbrado a su caminar apresurado, a esa energía que desliza desde la cocina hasta el mostrador de la confitería, y teme que su preocupación ensombrezca su risa. El pastor está habituado a las certezas de la vida. Se vive trabajando, se muere y en el camino se forma una familia. Nunca ha experimentado una guerra, y la información le produce un cierto rechazo.

Por fin llega una carta de Clara. A Valentina le tiemblan las manos cuando quiere abrirla. Su amiga confecciona un relato minucioso de la situación y da cuenta de enfrentamientos, denuncias, fusilamientos, huidas. Para ella, lo esencial es resistir. La República es sagrada para esa mujer que no quiere renunciar a sus derechos, pero sus palabras destilan un miedo premonitorio. «No sé lo que puede pasar. Es difícil mantener el optimismo. Ellos tienen más armas que nosotros».

Todos coinciden en que los alimentos escasean, la luz se corta, los puentes son volados con dinamita y los campos dejan de dar cosechas. Pero en Gernika sigue habiendo lunes de mercado, aunque los precios hayan subido como la espuma. Valentina se entera por ella de que Mariana, Nicolás y los niños estaban en Lekeitio cuando se produjo la sublevación. El Arraun había tomado vacaciones.

Clara prosigue comunicándole que ha cerrado el taller de tornillería. El Gobierno ha requisado la producción de acero y hierro, que va a ser destinada a la industria de guerra. Le anuncia que baraja la posibilidad de irse con una prima que vive en Anglet, al otro lado de la frontera francesa, y que el correo empieza a ser imposible. Como si se estuviera despidiendo, le dice que envidia su situación y le desea toda la felicidad que se merece, y termina recordándole lo importantes que son las mujeres valientes. A Valentina se le llenan los ojos de lágrimas, porque las palabras de

Clara parecen un presagio.

Amasa el hojaldre, adorna las tartas y prepara los pedidos que siguen llegando a la Confitería Lekeitio. Besa a su hijo, lo huele, le canta, y abraza a Domingo, que es su realidad. Él la recoge al atardecer. Su casa se ha vuelto un refugio donde no caen bombas ni pasan hambre, y Valentina descubre la razón por la que siempre ha anhelado tanto un hogar. Reconoce que lo que la impulsó en primer lugar fue tener ese estado de mujer casada, una plataforma para poder trabajar, hacer dinero y montar un negocio. Eso lo aprendió de Clara. El eco de su voz diciéndole que una mujer no es nadie si no tiene posibles llega hasta ella y la hace sonreír. En su respuesta, Valentina le dice que es el hogar lo que hace que la vida sea algo precioso y le aconseja que se busque un marido. Quizá los franceses sean más libres.

Como si fuera una medicina milagrosa, cuando se siente abrumada se obliga a recordar que, aunque estén lejos, a su lado tiene a dos personas que la aman, la esperan y la desean. Los acontecimientos han hecho que el sueño, esa dársena de paz donde se bañan cada día, se haya evaporado. Domingo se levanta de la cama con el pretexto de comprobar si Simón duerme. Se pasea por la casa, aquejado de una incomodidad indomable. Las maderas crujen y Valentina, también despierta, sigue el itinerario de esa ansiedad que termina por afectarle a ella.

Domingo siente el deseo de huir de su vida. No para siempre, sino el tiempo que precise para restablecer el lugar de sus confusas emociones. Hace meses que visita propiedades a las afueras de Boise, de camino a Emmett o en los alrededores. Ramón Arrieta le comunicó que unas millas al este, cerca del Wood River Valley, vendían un pequeño rancho muy apropiado para sus planes. El propietario, un hombre mayor, temía la construcción de la primera estación de esquí del país en la zona.

—Tu antiguo patrón anda metido en ello.

—Él conoce bien la región.

—Dicen que esa tierra va a ser la más cotizada.

—He pescado en los ríos de los alrededores. Mi amigo Tajui, un shoshone que vive al pie de las Rocosas, cerca de Emmett, me ha hecho descubrir la belleza de ese valle.

Arrieta cree que es una oportunidad que no debe desaprovechar. El pastor sabe que tiene razón, pero le asusta abarcar demasiado. Es un hombre prudente que no quiere ser poderoso, sino feliz. Conoce el lugar. Allí, la vegetación pobre y escasa de Boise se convierte en un vergel. Hay prados con pastos perfectos para criar ganado y mucha agua. Wood River Valley está hacia el centro sur, a unas dos horas de carretera, pero cuenta con ferrocarril para los que quieren trasladarse a la capital. Forma parte del condado de Blaine, y en el valle hay cuatro pequeñas ciudades que él conoció antes de trasladarse a la capital: Bellevue, Hailey, Ketchum y Sun Valley.

Domingo se toma un par de días y conduce hacia la zona antes de que la nieve cierre los caminos. Recuerda haber oído algo referente a esa estación de esquí, y no desconoce el deporte que practicaban los noruegos trasladándose por las montañas ayudados de unas planchas en los pies. Si su antiguo patrón ha comprado tierras en ese valle es porque sabe algo más que los demás.

Lo primero que hace al llegar es visitar el rancho. Un matrimonio de origen alemán, los Winker, quiere trasladarse a las tierras cálidas de California y le abre las puertas de su propiedad para mostrarle lo que él ya ha advertido de un vistazo: que la tierra es buena, y los pastos, frescos y abundantes. La mujer le invita a la casa, que en principio parece modesta pero que enseguida sorprende con un interior espacioso, construido con las mejores maderas de la zona. Domingo la recorre mirándola con sus ojos y a veces con los de Valentina. Tiene tres habitaciones, pero la cocina es muy grande y el espacio del comedor también. La pareja no quiere pasar más inviernos aislados por la nieve y necesita a alguien que se haga cargo de la docena de vacas que pastan en un cercado.

No da una respuesta. No puede hacerlo sin consultar a Valentina,

pero su imaginación ya se ha deslizado por los prados de los Winker y ha vislumbrado un hermoso rebaño de su propiedad pastando a sus anchas. La mujer le comprende; esperarán una semana para que tome una decisión.

—Es importante que su esposa lo vea.

Se acerca a Emmett. Esa ciudad le gusta y le trae hermosos recuerdos. Conoce a muchos pastores asentados en la zona, entre ellos a Esteban Garaizar, al que encuentra en el mismo lugar en que conoció a Amy. Los hombres se intercambian información del territorio que habitan, de los conocidos y de los que han regresado. Esquivan el asunto de la guerra. Ninguno quiere envolver el encuentro en nostalgias. Esteban está trabajando en la construcción de un telesilla. Domingo no ha oído hablar de semejante artilugio, pero su compañero le informa de que por allí se cuenta que un conde austríaco llamado Félix Schaffgotsch visitó la zona por encargo de Averell Harriman, presidente de la Union Pacific Railroad Company. Harriman quería incrementar el flujo de pasajeros en su línea de tren, y el conde le convenció de que aquellas laderas eran un paraíso para el ocio y el esquí, casi de igual belleza que Suiza o Austria. El único problema residía en cómo superar los setecientos metros de desnivel para subir a los esquiadores desde el valle. Imitando un sistema de transporte utilizado en la carga de barcos, se inventó el telesilla en el que Esteban trabaja. La inauguración está prevista para diciembre.

De vuelta en Boise, Valentina no deja de hablar de la guerra, ni siquiera en el dormitorio. Recita los nombres de sus conocidos, los nombra en voz alta y se pregunta qué estarán haciendo. Domingo se desvela. Se levanta y sale a la noche. El silencio de la madrugada y la vista de las montañas dibujando unas barreras oscuras le recuerdan dónde está y lo que debe hacer. No saber a qué lugar del mundo pertenece le inquieta. Antes, cuando no hablaba inglés, su lengua le regalaba el eco de quien había sido allí, en los pocos

kilómetros que rodeaban Lekeitio. Pero ahora habla inglés, y el idioma le remite a lo que le rodea. Tiene dudas. No sabe si la vida le ha regalado una patria o le ha robado la que tenía. Quizá en ese rancho al que debe volver la vida le haga dejar de anhelar lo que no tiene. Domingo mira las estrellas, el color metálico que la luna presta a las calles. Aún no le ha hablado a Valentina de sus proyectos, y sabe que tarde o temprano deberá hacerlo.

La guerra también a él le corta la respiración, pero de otra manera. Tiene muy claro lo que está lejos y lo que tiene cerca. Está preocupado por lo que pasa en las grandes llanuras. Varias ciudades de los estados de Oklahoma, Nuevo México, Kansas, Texas y Colorado están siendo asoladas por una de las peores tormentas de polvo que se conocen. Año tras año la sequía ha hecho estragos, hasta que en 1935 los periódicos comenzaron a hablar de lo que ya se conoce como Dust Bowl. Domingo sigue con interés las devastadoras tormentas y ventiscas de polvo que arrasan los campos de cultivo, casi tanto como el que suscita la evolución del conflicto bélico en España. Este fenómeno de la naturaleza está soterrando cientos de kilómetros y dejando poblaciones vacías. Las neumonías y la falta de agua han obligado a desplazarse a miles de agricultores. Casi todos van a California, pero también a Oregón, Nevada y Idaho. La naturaleza no da garantías, la tierra tiene sus propios planes.

Vuelve a la cama pensando en Tajui y en las inmensas manadas de búfalos que han desaparecido, dejando el lugar a merced del polvo y las serpientes. Valentina le abraza y acaricia su espalda.

—No sé si te prefiero silencioso o dando vueltas por la casa. ¿Qué te sucede?

—Quiero que vayamos el domingo a ver un rancho en Wood River Valley.

—¿Un rancho? Ya decía yo que tu silencio algo escondía.

—Yo podría tener un buen rebaño en unos cuatro años y ganar mucho dinero. Las guerras suben el precio de la carne. No lo digo por España, sino por los rumores que corren sobre Alemania. Las tormentas de polvo se pueden prolongar, y muchos de los que huyen

vendrán aquí.

—Iremos a verlo —concede Valentina, consciente de que su marido no desechará la idea así como así—. Aunque algo me dice que tú ya lo conoces.

En la oscuridad de la habitación Valentina no puede ver su mirada, pero sí percibir la silueta afilada de su rostro, el tono del leve suspiro, la inquietud de sus pies moviéndose bajo la sábana. Ella sabe que probablemente hace tiempo que lo ha descubierto; conoce su proceder y es posible que lo haya visitado en una de sus ausencias. No puede imaginar esa propiedad que sin duda codicia, pero lo ve frente a la casa comprobando si está expuesta a los vientos o al sol del mediodía. Sabrá el precio, y habrá calculado las posibilidades que tiene de adquirirla.

Su esposo, a su manera, tiene una vida fuera del hogar, o al menos un trozo de silencio que no comparte con ella. Está segura de que no hay mujeres que amenacen su amor, pero está Arrieta, y el rancho, y la montaña, y ese constante ir y venir por los alrededores en busca de un negocio que no sea la Confitería Lekeitio. Valentina no desconfía de su marido, no puede. Cada noche se lo demuestra y está segura de que lo que haga lo hará pensando en ella, pero lo que sí puede pasar por su cabeza es elegir un camino por el que ella no quiera ir.

Casi todo el dinero que entra en la casa proviene de la confitería, y él lo sabe. Un escalofrío le recorre la espalda. También ella le oculta su malestar matutino, las náuseas, ese sueño que la devora al atardecer. Valentina pega su cuerpo al de su marido y le pregunta si la casa de ese rancho es bonita, y mientras él vacila, buscando una respuesta que no le delate, ella busca la postura para dormir arrullada por la voz de su marido.

Espolvorea con azúcar glas una bandeja de pestiños crujientes cuando la campanilla de entrada anuncia la llegada de un cliente. Asoma la cabeza desde el obrador y ve que es Mary Tyler. Escucha

cómo Rita, siempre solícita y señalando las vitrinas, le explica que al terminar octubre y en el día de Todos los Santos tiene que haber algo dulce sobre la mesa.

Los norteamericanos llaman a esta festividad Halloween, una costumbre que trajeron los escoceses desde Europa. La repostera ha caramelizado un montón de manzanas y las ha puesto en una vitrina que da a la calle. Adora las caras de los pequeños contemplando los dulces, y muchas veces sale con una rosquilla para ellos. Cuando termina, le da la bandeja a Ana y sale a saludar a su mejor clienta.

—Perdóname, Valentina. Hemos estado en Washington más tiempo del que hubiera deseado. El mundo parece estar perdiendo la cabeza, querida. —La joven pelirroja entorna los ojos y echa la cabeza hacia atrás, como si estuviera cansada.

—Te he echado de menos. Quería preguntarte si tu marido sabe algo que no salga en los periódicos de España.

—¡Oh, qué curioso! Precisamente ayer hablamos de ello. ¿Podrías venir a tomar el té a casa el sábado? Es importante. Dile a tu marido que te acompañe. Robert ha conseguido información que os interesará.

Con el corazón saltando en su pecho, la tarde del sábado Domingo conduce hasta el barrio de mansiones de la capital vestido con sus mejores galas. La ciudad empieza a lucir sus avenidas adornadas de otoño y los árboles se despojan poco a poco de sus hojas. Una luz ambarina y fría se derrama sobre los tejados cuando el sol se oculta. Las luces de las casas de Warm Springs están encendidas y los jardines cuidados, pero la pareja lleva consigo la inquietud por lo que el senador pueda contarles.

—No sé si es buena idea. Bastante información corre ya por Boise.

—Sí, pero él debe de tener la mejor.

—Vivimos aquí. Tenemos un hijo.

Valentina ha estado por la mañana visitando al doctor Pettinger

para que le haga una prueba de embarazo. Está segura de estar encinta, pero como no quiere que su marido se preocupe sin razón, nada le ha dicho aún. Si lo hiciera, comenzaría a tratarla como a una muñeca de porcelana. Los hombres aceptan la naturaleza, pero con el embarazo se sienten perdidos. Sabe que está nervioso y que al día siguiente, si Dios no lo remedia, saldrán hacia Wood River Valley para ver ese rancho con el que sueña.

Un mayordomo al que Valentina conoce los conduce a una sala cálida y acogedora. La chimenea está encendida, y a lo lejos se oye una música suave. La repostera pone su atención en los objetos que la rodean, en las telas de los cortinones de seda, en el damasco de las butacas, en las alfombras mullidas. Hay objetos estratégicamente situados para que todo resulte bello y eso, algo que antes no percibía, es ahora una fuente de aprendizaje. El Palacio Iribarren sorprendió sus ojos adolescentes y le abrió la puerta a la existencia de inmensos territorios desconocidos. Ahora, cuando alguien olvida una revista en la confitería, ella se la lleva a casa y se pone al corriente de la moda, la música o el cine. Ahora contempla esa belleza que, como un perfume, la ayuda a olvidar el motivo de la visita. Hace tiempo que está descubriendo que el dinero sirve para rodearse de cosas hermosas, y que esos objetos son un escudo que mitiga los golpes y el sufrimiento.

Domingo, a su lado, estira el cuello como si le apretara la camisa y mueve la pierna de la misma manera en que lo hace ella cuando cose en la máquina de Milagros. Le palmea el muslo e intenta detener el movimiento, darle esa seguridad de la que él carece tan pronto entra en el salón de una casa acomodada.

—No te preocupes. Son gente educada y saben quiénes somos.

—No sé qué buscamos aquí exactamente, Valentina.

—Necesito saber...

Mary y su marido entran en la estancia sonrientes. Ella abraza a Valentina y da dos besos de cortesía al pastor, que mira sin disimulo su vestido ceñido hasta la cintura y sus labios rojos. Robert, grande y sólido, tiene unos ojos azules que miran más allá de lo que ve. La

pelirroja revolotea con su pelo de fuego y da órdenes al servicio.

El senador, sin que venga al caso, les cuenta que creció en Iowa y que sus padres tenían una humilde granja rodeada de maizales. Habla de las serpientes que se escondían en los bancales y que dormían durante el invierno. Ríe de sus hazañas infantiles y derrocha un optimismo franco. Luego, algo enardecido, repasa su tierra inmensa, nombra estados, montañas, para finalmente aseverar que adora la fuerza de los pastores. Valentina advierte que ha conquistado en pocos minutos a Domingo con sus aventuras. El americano ha puesto interés en dejar bien sentado que no siempre ocupó el lugar que ocupa hoy. Al pastor le gusta esa sencilla humildad de los americanos y olvida que detesta el té que el mayordomo está colocando sobre la mesa.

—¿Quiere usted algo más fuerte, un *whisky*?

Mary es una anfitriona perfecta. Va vestida igual que las mujeres que aparecen en las revistas femeninas, y su pelo es un imán para Domingo. Le pide un café mientras Robert muestra su interés por la comunidad vasca de Boise. Le interroga sobre el sentimiento nacionalista, los políticos republicanos y el equipo de fútbol, pero a Domingo le cuesta exponer sus pensamientos en inglés y es muy consciente de que no puede informarle de la manera que quisiera. Se ciñe a lo que está en sus venas: la pesca, el mar, las campañas del atún, Bilbao, las minas... Y de pronto el senador se pone en pie y da un pequeño paseo en torno a ellos sujetando el vaso de cristal tallado con dos dedos de *whisky*. Su voz se ha vuelto grave, y las chanzas se han acabado.

—La situación en vuestro país no es buena, no solo por la guerra o por la falta de control de los gobernantes, sino porque Europa vive atemorizada y no se atreve a tomar decisiones. Estados Unidos, al igual que otras potencias europeas, va a mantenerse neutral. No venderá armas a ninguno de los bandos. La neutralidad evitará, por el momento, un conflicto internacional que se intuye muy posible. Se están organizando brigadas formadas por jóvenes de países que apoyan la República española. Hay periodistas de los diarios más

relevantes que se han desplazado a vuestro país, así que al menos la información parece garantizada. He hablado con nuestro embajador en Madrid. La capital está sumida en el caos.

El silencio los engulle como una sima que se abriera inesperadamente. Por fin alguien ha sintetizado la magnitud del conflicto y la importancia de los países vecinos, en los que la comunidad ni siquiera ha pensado.

—Mi mujer me transmitió vuestra lógica inquietud. Me he informado de la situación en el norte. Por el momento, las tropas vascas y republicanas impiden el avance de los sublevados. —El político saca un papel del bolsillo—. Bombardearon un pueblo donde prácticamente residían solo civiles... Ochandiano, el 22 de julio. Esto ha provocado la decisión de construir refugios para la población. En Gernika ya existen en las empresas: Talleres de Guernica, Cuberterías Jypsa y Armas Astra, Unceta y Cía. ¿Conoce usted estas fábricas? Usted es de allí, si no me equivoco.

Robert dirige la mirada a Valentina, que está tan concentrada que la pregunta la pilla por sorpresa.

—No —responde con un hilo de voz—, pero allí vivían y viven personas a las que quiero. Nosotros hemos nacido en Lekeitio —añade para simplificar. Está segura de que el senador, que se ha criado en unas extensiones de terreno inimaginables, no puede hacerse una idea de lo pegados que están unos pueblos costeros a otros.

—Me gustaría poder darle información más concreta, pero no tengo otra que la que viene en los periódicos o la que me ha proporcionado su embajador. Lo que puedo ofrecerle es la posibilidad de que él nos facilite más datos sobre alguna persona concreta que usted desee.

—Se lo agradezco. Me gustaría saber el paradero de la familia Aramburu. Tienen una casa de comidas en Gernika, al final de la calle Santa María.

—Muy bien. Me interesaré por sus familiares, y sabrán de ellos a través de Mary.

Salen de la mansión empujados. La comunidad vasca de Boise teje un tenaz cobijo sobre cada uno de sus miembros. Los une la tierra, pero no están demasiado interesados en las causas y orígenes del conflicto. Casi todos han puesto sus vidas en manos de Dios y son conducidos por la Iglesia. Muchos siguen sin hablar inglés, no pueden leer el periódico y se sienten lejos de lo que añoran. El conflicto ha empeorado el correo. Apenas se reciben cartas.

Mientras caminan, Valentina llora quedamente.

—Tengo un mal presentimiento —musita angustiada—. Nadie los ayuda.

—Arrieta y Pablo Ereño piensan igual que tu senador. Será la neutralidad la que hará que la guerra se acabe pronto. Se quedarán sin armas, sin aviones.

—Pero el alemán, el del partido nazi, ha ofrecido ayuda a los nacionales.

Domingo no responde. Las estrategias internacionales son demasiado complejas para él. Pasa una mano sobre los hombros de su esposa y caminan despacio y acompasados por las calles elegantes hasta el lugar donde han dejado su vehículo. Hace frío, o quizá al salir de esa casa caldeada y elegante lo sientan con más intensidad. Arrieta tiene un mapa de España colocado en la pared de una de sus habitaciones. Con chinchetas va marcando el paso de los ejércitos. No han hablado claro, pero intuye que su amigo preferiría que ganara el ejército sublevado. Nunca le ha gustado la República, y ahora que todo apunta a que se casará con Mercedes no quiere saber nada de divorcios. Domingo no está acostumbrado a pensar en su país. No lo hizo mientras vivió allí, pues el hambre y la necesidad ocupaban sus pensamientos. Ahora, lo que dejó atrás quedó allí y, aunque no lo dice en público, le interesa más saber cómo van los papeles para hacerse ciudadano americano.

Ana Gutiérrez duerme junto a Simón cuando llegan. Se ha quedado para cuidarlo, y también para ser la primera en saber si ese senador puede decirle si es conveniente volver a su pueblo.

Valentina, sigilosamente, se acerca a su hijo y Ana abre los ojos.

—¿Qué sabía el americano? ¿Ha dicho algo de Plentzia?

—De Plentzia nada, querida, y de lo demás poca cosa. Hay que rezar y esperar. No creo que debas volver a tu pueblo. Además, con lo que estás aprendiendo, podrás poner tu propia confitería.

Es el lenguaje que todos los que han emigrado entienden. El trabajo, prosperar, resignarse. Ana vuelve a acurrucarse. Se impone el sentido común, y sus manos aún están vacías. Valentina sabe que alguien la ronda, pero quienquiera que desee casarse con ella debe saber que va acompañada por sus hermanas. Por eso están allí, porque son tres y nunca están solas.

En la habitación, Domingo abraza a su esposa. Pone una mano sobre su pecho sin percibir nada más que la calidez de su piel. Valentina se tensa, pero él no advierte nada raro. Sus cuerpos acusan la pena y no están para carantoñas. El senador ha hablado de puentes bombardeados, de comunicaciones rotas para proteger las salidas y las entradas de pueblos y ciudades. A Valentina le parece que han bombardeado el mar que une los dos continentes de su corazón. Suspira. Si ha de ser realista, nunca regresará a su tierra, ni volverá a ver a Mariana, a sus primas, ni aquel mar al que entregaba sus tribulaciones, pero al menos ruega a Dios para que no les suceda nada. Luego se duerme en la burbuja que forman los dos.

Por la mañana, Simón entra sigilosamente y se mete en la cama de sus padres, buscando un hueco entre ellos. Domingo se apresura a cobijarle y en apenas unos segundos el niño se ha quedado dormido. El pastor se levanta para preparar el café. A menudo lo hace; levantarse al alba y recoger los huevos de las gallinas, ponerles agua y tomarse un café. Echa de menos a Beltza, que era el que corría a recibirle cuando abría los ojos, y piensa que si un día llega a poseer un rancho volverán los perros a su vida. Está ansioso por enseñar la propiedad de los Winker a Valentina, pero no quiere

mostrar su entusiasmo. Las mujeres a veces cambian de opinión al comprobar el deseo del marido.

—*Maitia*, el café está listo.

Valentina abre los ojos y ve al niño rodeándola con sus bracitos, sonríe y lo besa con dulzura. Durante unos instantes se siente incapaz de renunciar al calor de su cuerpecito, a su olor, a ese futuro que representa ese niño. Hunde la nariz en su cuello, y el mundo y ese viaje a Wood River Valley desaparecen de su cabeza. Pero la casa huele a café y ella tiene que ver un rancho, porque su marido así lo desea. Una náusea la sorprende y sale corriendo al baño. Esos síntomas no los tuvo cuando esperaba a Simón, y por eso Valentina cree que lo que viene es una niña. Se limpia la cara y se pellizca las mejillas para que vuelva el color. Cada vez que hace ese gesto recuerda a Mariana. Reza un avemaría para que la Virgen los guarde mientras desayuna y se viste. Luego vuelve a abrazar a su pequeño, que con los ojos llenos de sueño le pregunta adonde va.

En la camioneta, Domingo no puede evitar conducir sonriendo. Ella le conoce, calibra si ese momento es el adecuado para darle la noticia del embarazo. Es curioso que él no haya percibido los cambios en su cuerpo, pero se dice a sí misma que los hombres no están dotados para la observación de las pequeñas transformaciones. Vuelve a mirarle y decide esperar. Ellos no son como esos novios que llegan al matrimonio después de pasar años comiendo castañas en la misma plaza del mismo pueblo que los vio nacer. Se han conocido cuando ya estaban casados. La unión ha resultado milagrosamente bien, pero tienen mucho tiempo por delante para descubrirse. Valentina siente el profundo amor que comparten, y es precisamente ese sentimiento lo que hace que no repare en los tropiezos cotidianos. Además, están y siempre han estado solos. Por mucho que recuerden a los que han dejado atrás, están solos. Le mira e intuye que está pensando en esa propiedad que a ella no le interesa en absoluto. Intentará complacerle, pero no piensa ir a vivir a un rancho dejando atrás lo que ha conseguido. Clara no lo aprobaría.

En Boise ha encontrado lo que necesita: su confitería, una escuela para Simón, médicos, la Organización Independiente Social, las mujeres y la iglesia. Tiene a Milagros, a Encarni, a Mary Tyler y a las hermanas Gutiérrez. Tiene incluso a Margarita Urrutia, que le arregla el cabello a la moda del cine. Reconoce que es mucho más feliz que algunas de las personas con las que trata. Sin embargo, algo en su interior le dice que tendrá que encontrar la manera de que Domingo tenga sus lagos, sus ríos, sus montañas y su rebaño, porque a veces tiene los ojos tan llenos de nostalgia que le falta el aire.

Como si hubiera escuchado sus pensamientos, Domingo busca su mano. Ella acorta el camino y sale al encuentro de ese calor que él le proporciona. Aprieta levemente y comparte el mensaje, casi la conversación que mantienen en silencio. Valentina ha aprendido a traducirlo, y él ha hecho un esfuerzo enorme para aprender a leer y escribir. Ahora puede relacionarse con los demás, reconoce los idiomas, el euskera, el castellano, el inglés, porque estaban en su cabeza. Pero con ella emplea casi siempre el silencio, su mayor tesoro, un mundo que solo ellos exploran.

Valentina vuelve la vista hacia el paisaje. En un momento dado la vegetación empieza a hacerse más tupida, más verde. Los árboles forman pequeños bosquecillos y ella, sin darse cuenta, se traslada al camino que conducía al caserío familiar. ¿Cómo estarán? O a los días en que, con la marea baja, cruzaban a pie a la isla de San Nicolás y traían un caldero de carramarros y verigüetos. ¿Habrán huido? Se responde a sí misma. Mariana y Nicolás no van a renunciar a lo que han conseguido. Tienen tres hijos y un restaurante...

Cargan gasolina en un surtidor cerca de Fairfield y, mientras comprueba algo en el motor, Domingo no cesa de contarle su paso por ese condado.

—Los pastores conocemos esta zona —le dice cuando retoman el camino—. Conducíamos el rebaño por aquí. En Shoshone había varias pensiones y hasta una sala de billar. En Hailey todavía hay muchas fiestas, en el Hotel Rialto y en el Gem Bar. Si no hubiera sido

por ellos, me habría vuelto andando. En Sun Valley había un pequeño apeadero de ferrocarril en el que embarcaban los que iban al Pacífico. Montana al norte, Nevada al sur, Oregón al oeste... A alrededor de cien kilómetros está la trayectoria de los primeros pastores vascos. Ahora ya no vienen tantos a trabajar. Las leyes lo han complicado todo. Sin embargo, otros llegan procedentes de las ciudades, a pescar en los ríos y lagos limpios y a esquiar.

Domingo repite lo que sabe. No es mucho. En las ciudades llenas de grandes edificios y automóviles habrá trabajo y muchas otras cosas, pero no tienen naturaleza, y para no olvidar la verdad han de recorrer kilómetros para pescar una trucha o dormir bajo las estrellas.

—La montaña está viva. Y aquí cerca, en Sawtooth, es un buen lugar para comprobarlo.

Los Winker salen a su encuentro. La mujer ha hecho una tarta de manzana y café. Durante más de una hora los ponen al corriente de las cosas importantes. La luz, el agua, las localidades más colindantes. Cambiaron las cañerías el año pasado, pero el frío a veces las rompe. Las casas deben estar habitadas para que las condiciones meteorológicas no se ensañen con ellas. Valentina ha visto pocas granjas como la de los Winker, donde se advierte que el conjunto ha ido creciendo, como si le hubieran añadido otras construcciones con el paso de los años. Hay un granero, una cuadra, un recinto para las gallinas y otro para la maquinaria del campo.

Ella es incapaz de calcular los acres de tierra que tiene ese rancho, pero ha llegado hasta ella sin ver una casa en kilómetros. El hombre los invita a ver la finca, pero Valentina tiene frío y renuncia pretextando un catarro. Domingo sale con el señor Winker y deja a las mujeres charlando cerca de la chimenea.

—¿Hace mucho que viven aquí?

—Vinimos en 1916, en mitad de la Gran Guerra. Éramos padres de dos niñas y el futuro no era precisamente esperanzador. Teníamos una granja cerca de Friburgo, pero decidimos venir al nuevo mundo. Nuestras hijas viven en California, y ya no somos tan

jóvenes como creemos. Hemos trabajado mucho y sobrevivido al clima duro y al aislamiento, y ahora queremos estar cerca de nuestras hijas. ¡Y con los huesos al sol!

Dos horas después, Frida y Valentina conocen los hechos que han marcado sus respectivas vidas. Han hablado de esas cosas que hablan las mujeres cuando están a solas: de cómo enderezar los días que amanecen torcidos, de esos hijos que se llevan su sombra para siempre, de que nunca hay que perder de vista la intuición que se tiene de lo inevitable... Han hablado también del futuro, de las guerras que roban la vida que ellas dan y de los gramos de azúcar que necesitan las mermeladas o los pasteles de manzana. Cuando llegan los hombres, ambas saben que, por distintas razones, no quieren habitar el pequeño rancho, pero nada dicen a sus maridos.

Ya en la camioneta, Valentina espera a que su marido le cuente si ha habido un acuerdo respecto al rancho. Pero vuelve el silencio a llenar el aire mientras los campos infinitos se deslizan por las ventanillas del vehículo.

—¿Te has comprometido? —pregunta por fin Valentina.

—Me lo ha dejado a un precio que no podía negarme.

—Tú sabes que yo no viviré aquí..., ¿verdad?

—Solo hay dos horas de carretera desde Boise.

—Lo sé, pero vivimos de la confitería. No podemos abandonarla para criar ovejas. Y además... Vamos a tener otro hijo para cuando empiece el verano.

Domingo frena en seco. Por fortuna, el tráfico en los caminos rurales del condado de Elmore es insignificante. La mira, incrédulo. Sus manos quieren tocarla, pero solo llegan a abrazar el aire que la rodea. Valentina sonríe.

—Puedes abrazarme si lo deseas.

—¿Estás segura? ¿Has estado con el doctor?

—Seguramente en unos días tendré el resultado de la prueba, pero yo sé que espero un hijo y nadie podrá convencerme de lo contrario. ¿No te has fijado en mis pechos? Están grandes, y por las mañanas soy incapaz de tener nada en el estómago. Viene una

niña...

—¿Por qué lo sabes?

—Porque lo sé de la misma manera en que supe que esperaba un niño cuando Simón estaba en camino. Además, mi amiga Clara me dijo que iba a tener dos niñas y un niño, así que aún tenemos tiempo para ir a buscar la tercera.

Domingo evita la velocidad, los baches, la mira una y otra vez, emite *irrintzi*, esos sonidos que hacen los pastores cuando se comunican con los que están al otro lado de la montaña, y musita palabras entrecortadas. Busca en las lenguas que conoce alguna que roce el milagro que está presenciando y no la encuentra.

—Yo tenía una sorpresa para ti.

—Era la compra de tu rancho.

—No, era lo que vamos a encontrar en unos minutos.

En ese momento atraviesan el condado de Elmore y, como le ha mencionado, allí está, en Mountain Home, junto a la estación del ferrocarril, el hotel de Bengoechea del que tantas veces ha oído hablar. Valentina mira el edificio de ladrillo con sus tres alturas y su torreta en el centro del tejado. Está rodeado de jardines, y a su espalda hay un frontón. Traga saliva. Comprende la magnitud de la nostalgia de aquel hombre que quiso asentarse con las medidas de su añoranza. El edificio tiene muchas ventanas, y en la parte de arriba está grabado el año de su construcción: 1910. Domingo la lleva del brazo hasta la entrada y pide una habitación en la recepción. Observa a su esposa mientras contempla la decoración, tocando los tejidos algo desgastados de las tapicerías y comprobando los cristales de las lámparas, que no brillan tanto como debieran. Él se da cuenta de cómo su mujer absorbe lo que ve como una esponja sedienta de saber. Ella le ha contagiado algo, pero su espíritu no es curioso.

—Te lo dije, es un sitio inolvidable. Vamos al restaurante.

Él no ve el polvo ni la falta de cuidado. Ese hotel es una leyenda que se mantendrá tan hermosa en su pensamiento como el recuerdo que ella posee de Nueva York o del Hotel Idanha que hay en Boise,

en Main Street. Mientras cenan, el pastor repite las mismas anécdotas que se cuentan en todos los albergues y que ella escucha como si fuera la primera vez. Muchos hombres habitan su memoria con los recuerdos de quienes los precedieron, como si necesitasen que América tuviera un pasado en el que ellos ya estaban. Bengoechea sabía que los pastores vascos, al no hablar inglés, tenían problemas en los alojamientos, así que él, que llegó a tener un rebaño de cien mil cabezas, construyó el hotel para ellos. Tenía agua corriente y baño en todas las habitaciones, y la decoración era un derroche de buenos muebles y alfombras. En 1910, aquello era un lujo. Cuando se arruinó, el hotel pasó por distintas manos hasta llegar a las de Víctor Iturri, a quien su mala salud le obligó a irse.

—En este momento lo lleva la hija de Víctor, emparentada por matrimonio con Bengoechea, pero hay rumores de divorcio, y entonces...

—¿Y piensas comprarlo?

Domingo sonríe por la ironía de Valentina. Toma su mano. Tocar su piel le agrada casi tanto como saber que es dueño de su cariño. Ahora la ve de un modo distinto, aunque la sienta igual. Está gestando un hijo, y eso es algo que no puede apartar de su pensamiento. No podrá alejarse de ella, y los planes que tenía previstos para el rancho deberán esperar. Y se lo cuenta por fin. Debe abrirle su corazón. Domingo quiere formar su propio rebaño, quizá buscar un par de pastores y que el día de mañana Simón tenga su propio rancho. Se ha forjado en ese oficio, y quiere crecer en él hasta ser propietario. Valentina le escucha. Sabe que tienen dos mundos distintos, y le muestra su apoyo, pero también le recuerda que le necesita a su lado hasta que nazca su hija. Le explica sus transformaciones físicas, las que no vio mientras esperaba a su hijo y ahora verá. Trata de hacerle entender que un embarazo no la hace más débil, sino acaso más torpe, y que la confitería la necesitará tanto como ella a él.

Disfrutan de la noche, de ese asueto prohibido para el que en otros tiempos hubieran necesitado contar las monedas: un hotel.

Domingo repite la historia de Bengoechea y de cómo no escatimó en muebles de buena madera y sabanas del mejor algodón. Le cuenta a Valentina que Bengoechea era analfabeto, como lo era él antes de conocerla. Juntos susurran la materia de la que estaban hechos sus sueños cuando llegaron a esa tierra. Hacen un balance de lo que les faltaba, que era casi todo, y se abrazan con ternura y deseo. Los han cumplido.

Por la mañana, la joven sufre las zozobras de sus mareos, pero esta vez no se esconde. Mientras convence a Domingo de que baje a desayunar como el propietario de rancho que va a ser, abre la ventana para que el aire le haga volver a sí misma. Es verdad que el embarazo la tiene algo aturdida, y que el trabajo y Simón no le han dejado tiempo para ella. Mira a su alrededor y descubre un escritorio sobre el que reposan papel de cartas y sobres con la dirección y el membrete del hotel. Se despiertan sus deseos de escribir, y añora los cuadernos que desde que nació su hijo duermen en el baúl. Piensa en Esther, la gobernanta, la primera de las mujeres que le hizo hueco en su abrazo después de Mariana, y agarra uno de esos papeles. Busca su pluma, de la que nunca se separa, y se deja llevar por el baile de las palabras que le dicta su corazón. Su estómago vuelve al lugar que le corresponde.

Noviembre de 1936, Idaho

Esther querida:

No sé si la guerra impedirá que esta carta llegue a tus manos. Llevo el corazón en un puño desde que recibimos las primeras noticias y, más allá de lo que sucede en nuestra tierra, necesito saber de aquellos a quienes quiero, entre los que te encuentras tú. Escríbeme en cuanto puedas. Hazme saber si estás bien y si sabes algo de los de Gernika.

Algunas noches cierro los ojos y, como aquella echadora de cartas que vino por San Antolín un verano

en Lekeitio y que se comunicaba con los que estaban lejos, pienso en ti, deseando, como la mujer adivina, poder transportarme, o al menos hacerte sentir que estoy cerca. Me desespera imaginaros en medio de una guerra. No tengo noticias desde hace meses, ni de ti, ni de Mariana ni de Clara. Me obsesiona la idea de que esa guerra os devore y desaparezcáis de mi vida. Algunos paisanos han mandado dinero a un hotel de un hombre de Ea en Hendaya, para que su familia coja un barco y venga hasta que todo termine. Mi situación económica es buena, así que si me necesitas manda un telegrama y yo me encargo del resto.

Estoy alojada en un hotel al que me ha traído mi marido en Mountain Home, que quiere decir «el hogar de la montaña». Es un hotel elegante, aunque no tanto como el Carlton, al que me traslado con mis pensamientos. A veces pienso que si no hubiera sido tan osada como lo fui estaría trabajando contigo, pero la vida es imprevisible para los que nos atrevemos a vivirla y aquí soy feliz. Te hago saber que estoy embarazada y, amén de la alegría, mis mañanas son como estar en un barco a la deriva en el que me agarro a los recuerdos que aún no se han desvanecido.

Pienso en ti y en esta vida que nos prometieron eterna y que ahora está amenazada, pero a pesar de todo volvería a dar los pasos que he dado. Sé que te gustará saberlo. Domingo es un buen marido y las cosas nos van bien. La única nube que amenaza lluvia es pensar en los que estáis allí.

Valentina

P. D.: La Confitería Lekeitio es un éxito. Por favor, busca a Mariana y cuéntame de ella. Tú conoces a los

suyos.

La semana siguiente a Navidad, la temperatura ha subido sorpresivamente y ha habido un imprevisto deshielo. El agua corre por las calles, sucia y enfangada, mientras los cielos parecen haber adoptado el tono blanquecino y gris de la tierra que les duele. Valentina, que tiene sentimientos encontrados respecto a la nieve, se alegra de este fenómeno meteorológico y, aspirando bocanadas del extraño aire, se dispone a elegir dulces para iniciar 1937.

No llegan cartas de España, pero las hermanas Gutiérrez han conocido a una chica en la zapatería que hay en los bajos del Hotel Jai Alai que es pariente de los Anduiza, y cuenta que los veraneantes de Lekeitio no han vuelto a Bilbao y se han quedado a esperar a que la guerra termine en el pueblo. En la capital pasan hambre, y el ingeniero que construía el cinturón de hierro ha traicionado a la República pasándose a los nacionales.

Valentina escucha. Es incapaz de discernir entre las versiones de los que apoyan a unos u otros. Le aturde el enfrentamiento y el efecto corrosivo sobre su lucha constante por la esperanza. Ella no recuerda proceder de una tierra que se enemistara de aquella manera, y le resulta tan perturbador que la rechaza.

—Será lo que Dios quiera.

En las tabernas, en los hoteles y hasta en la confitería se discute. Cae sobre las conversaciones, iniciadas para paliar la soledad, una suerte de agresiva respuesta que deja el cuerpo de ambos interlocutores desbaratado a causa de miedo, la sorpresa y la impotencia. La guerra destila un veneno que atraviesa los mares y empapa ese territorio donde se empeñan en recordar las costumbres de la tierra de la que proceden. Los bandos son desiguales. En uno pesa la solidaridad, la de aquellos jóvenes que acuden a pelear junto a las fuerzas republicanas, y al otro lado, los nacionales obtienen el apoyo y las armas de Alemania e Italia. La repostera piensa en lo que ama, y en ese «será lo que Dios quiera» que zanja cualquier

encuentro.

Siente un secreto alivio de no estar allí, de no sufrir las penalidades que padecen, de no tener que alistarse a un lado u otro. No es que se alegre de las miserias de los que se enfrentan, es que ella ha iniciado un camino en el que no cabe más que lo cotidiano. La tierra, aunque se empape de sangre, seguirá allí, pero ¿qué sucederá con las personas? Lleva en su bolso el teléfono del Arraun. No ha tenido noticias de Mary Tyler ni de su esposo, porque están pasando unos días en Sun Valley, volcados en la nueva actividad de la comarca: el esquí.

Ha visitado al médico y este ha confirmado su intuición. Su hijo, si la naturaleza y Dios se empeñan, nacerá a primeros de julio, pero el doctor le ha recomendado no estar de pie mucho tiempo. El embarazo apenas es visible en el exterior, pero sigue con esas náuseas que la agotan. Domingo la vigila. Le pide que se siente y habla con las hermanas Gutiérrez para que descanse. Pero el fin de año es la mejor temporada de la confitería y Valentina se pasa horas en el obrador.

El primer día de 1937, prácticamente la totalidad de la comunidad vasca de Boise y alrededores brindan con sus familiares y amigos. Han encendido un hermoso leño en la chimenea y han guardado las cenizas con aquellos fines mágicos que sus antepasados reservaban para esas ocasiones en que se necesita un milagro. Han cenado, no el bacalao que muchos añoran, pero sí unos capones bien cebados, y no ha faltado la compota de manzana ni la sidra que hace Eustaquio Mendiola todos los años. Pero en este brindis los ojos de hombres y mujeres se han llenado de lágrimas. Valentina piensa que todos los allí reunidos han pedido un único deseo: que cese la guerra y que Dios guarde a los seres queridos.

Ha vuelto a nevar. Hay casi medio metro de nieve en las calles de la capital de Idaho, y los hombres se afanan por limpiarlas para regresar a sus casas. Muchos eligen quedarse en los hospedajes, pero Domingo y Arrieta han habilitado un carro para poder transitar y van depositando en su casa a los que viven cerca. Los niños van

dormidos en los brazos de sus padres, que no llevan precisamente el corazón contento. El recuerdo de la tierra no les deja ser del todo felices.

Separados por mares de discordia

VALENTINA Y DOMINGO

BOISE, 1937

El mes de marzo ha derretido la nieve y apenas quedan unos charcos sucios en los que chapotean los niños. Los pastores comienzan con los preparativos para subir a las montañas y la actividad en Boise se intensifica con el avance de la soñada primavera. La ciudad crece, se llena de almacenes, de pequeños comercios, de calles asfaltadas y edificios de varias alturas. Hay muchos automóviles. En el barrio donde residen la mayoría de los vascos sigue habiendo ese trajín tranquilo de las tabernas.

Valentina lleva días sin poder ir a la confitería a su hora. Hasta ese momento ella era quien daba la vuelta a la llave y abría la puerta del negocio, pero, aunque las náuseas han cesado y su abdomen empieza a crecer con una redondez prometedora, siempre tiene algún mal. La niña viene dando guerra y su paciencia se agota. Valentina teme que se ponga de nalgas o que el cordón se le enrosque en el cuello o que simplemente la vida le reserve un disgusto que rompa su felicidad. Ha redoblado sus súplicas a la corte celestial, pero su cuerpo lo desconoce.

Nada es igual a su embarazo anterior, en el que, sin Domingo y con trabajo, llegó al día del parto sin un malestar. Esta semana sufre un ataque de ciática, y ni las friegas con alcohol de romero ni los almohadones que Domingo le coloca al sentarse la alivian. Está acostumbrada a no quejarse, sobre todo ahora que se siente como

aquellas ballenas que en otros tiempos navegaban por la costa vizcaína.

Simón se parece definitivamente a su padre. Es silencioso y mira con la profundidad del mar. A veces su madre lo observa mientras juega y se mueve en su mundo, y se pregunta cómo es posible heredar esa introspección. Ha empezado a ir a la escuela Whitney, donde aprende inglés como cualquier niño norteamericano, y se admiran de cómo maneja los idiomas y pasa de uno a otro sin dificultad. Valentina ve y compara a otros miembros de la comunidad que no han alcanzado a comunicarse en otra lengua que no sea la suya y cuyos hijos lo hacen como si cruzaran de acera.

Domingo pasa tiempo en el nuevo rancho, pero nunca duerme fuera más de dos días por si esa niña traviesa llega antes de tiempo. A finales de febrero, decide buscar a un matrimonio que cuide y se ocupe de las dos docenas de ovejas que ha adquirido y de los animales heredados de los Winker. Arrieta conocía a una pareja que había huido de las llanuras después de que las tormentas de polvo y la devastación de las tierras los hubieran convertido en unos seres errantes de rostro amedrentado, pero ellos no son vascos y Domingo no quiere a nadie que no conozca sus costumbres. Entre ellos se arreglan y comparten el valor que otorgan a la lealtad y al trabajo bien hecho. Finalmente, da con Francisco Lecanda y Antonia Zubiria, un matrimonio de Vizcaya que busca trabajo.

En Boise, la Confitería Lekeitio sigue siendo uno de los comercios emblemáticos de la ciudad. Ana Gutiérrez muestra habilidad en la cocina y respeto a las medidas, indispensables para la repostería. Su hermana Margarita mantiene el orden y se ocupa de que la despensa esté abastecida. Rita, sentada tras la caja registradora, conoce a los clientes y habla con ellos, animándolos a que vuelvan. Valentina tiene un equipo perfecto que le permite despreocuparse cuando su ausencia es necesaria.

Mary Tyler y su marido los invitan a cenar en el elegante comedor del Hotel Owyhee. El senador es simpático y tiene ese aspecto tan americano; limpio, con la dentadura perfecta y ese aire

juvenil en el que se desdibuja su edad. Ha intentado leer la página que el *Boise Capital News* publica para los vascos y les pregunta por la fidelidad del idioma que emplea el periodista. Valentina sonríe. A medida que pasa el tiempo, la lengua de los residentes se deteriora. Le explican que solo en los hogares se puede conocer el euskera, y que el tiempo ha popularizado una jerga como la que usa el periodista, una mezcla de castellano, inglés y euskera que no hay quien entienda. Es el destino del emigrante: ir maleando la nostalgia hasta conseguir convivir con el olvido.

La vida sigue su curso, y la guerra en España también. Hace apenas unas semanas, Begoña la llamó para decirle que habían bombardeado Durango y que el número de muertos y la destrucción eran enormes. Bajo las órdenes del general Mola, las acciones contra el norte estaban siendo férreas y constantes. Los nacionales contaban con la ayuda de Alemania e Italia, y habían sido precisamente los bombarderos pesados Savoia-Marchetti, junto con una docena de cazas alemanes, los que habían descargado sus bombas mañana, tarde y noche. Ella tiene noticias de primera mano. En Nueva York la comunidad española es muy grande, y siempre hay gente en los muelles que va o viene de Europa y trae noticias frescas. En su momento Valentina le pidió a su amiga que la mantuviera informada, pero hoy, se arrepiente de haberlo hecho.

Desde que recibió aquella llamada, una inquietud asfixiante se ha instalado en su pecho, como si hubiera tomado conciencia de la gravedad de lo que acontece. Reza desorientada, sin saber muy bien si la corte celestial tiene algo que ver con la estrategia de los ejércitos. Le inquietan esos aviones que expulsan desde sus innobles tripas unas bombas cuyo fin es destruir. ¿Cómo puede el cielo acogerlos? Intenta sumergirse en su realidad, en el encargo de cuatro bandejas de pastas de té para el Hotel Bristol, en el programa de cine del Rialto, en su hijo que crece guapo y feliz, pero se siente demediada. La guerra ha roto algo en su corazón, no sabe bien qué,

pero podría jurar que algo parecido a un movimiento sísmico mueve sus emociones. Escribe cartas, consciente de las pocas probabilidades que existen de que lleguen a su destino. Antes al menos llegaban devueltas, pero en el último tiempo se diluyen entre los mares, como si la guerra hubiera borrado el camino de regreso.

Su accidentado embarazo y el no poder aplacar su ansiedad con una correspondencia le ha hecho retomar sus cuadernos. Cuando los sacó del baúl, donde habían sido relegados al olvido, se pasó un día entero llorando. Tuvo la sensación de que habían sido escritos por una niña desorientada que descubría la vida por primera vez. Le costó reconocer a aquella joven que anotaba los pequeños detalles que le impresionaban, las palabras que aprendía, los gestos necesarios de educación o el enunciado tembloroso de la lista de sus regalos de boda. La relectura le ha hecho ser consciente de cuánto ha cambiado. Se toca el vientre abultado y le habla a su hija.

—Tú no tendrás que caminar sola, mi niña.

Sus viejos miedos y cautelas se han convertido en fortalezas, y aunque ella se guarde para sí misma esa parcela de fragilidad que no muestra, se siente satisfecha.

Esa mañana, su marido le ha contado lo que ha escuchado en los billares. Las Flechas Negras italianas han entrado en Lekeitio, y el pueblo está en sus manos. A medida que avanzaban han ido dejando fuerzas junto a una compañía de Navarra, y han proseguido su camino hacia Ibarangelu, Elantxobe y Kanala. Valentina no entiende bien que los italianos les estén haciendo el trabajo a los nacionales, pero ya ha escuchado que las alianzas determinarán el final de la guerra.

No han dicho una palabra. La información se ha quedado ahí, suspendida, y su marido le ha besado la mejilla y se ha llevado a Simón a la escuela. Domingo tiene previsto ir al rancho y quedarse un par de noches allí. Quiere dejarlo todo arreglado para estar a su lado cuando nazca la niña. Lo hace a menudo; cuando el trabajo en la confitería no es mucho, se va y vuelve cargado de productos frescos, frutas, verduras, leche... Antonia Zubiria, la mujer que lleva

su propiedad, le manda casi todas las semanas huevos y productos de la huerta. Ella le da las gracias enviándole a cambio algún dulce y una pequeña nota que no sabe si podrá leer.

Ya no tienen gallinas ni preocupación por esa tierra que nunca ha sido fructífera. Ahora, la parte de atrás está abandonada y tiene una apariencia desangelada. El árbol, que dio buena sombra antaño, está enfermo y tiene un aspecto preocupante. Domingo ha prometido talarlo, pero ella no quiere prescindir de su presencia todavía. Lo que desea es ampliar la construcción y preparar una habitación para la niña. También debería pintar la fachada y arreglar el tejado, pero hasta que no nazca su hija no podrá hacer nada.

Reconoce que la compra de la casa, a pesar del esfuerzo que tuvieron que hacer para pagarla, fue un acierto. Su marido tiene su rancho y se muestra más contento y comunicativo. Valentina sabe que necesita estar cerca de la tierra, enredarse en proyectos, hablar con otros rancheros y acordar que su pequeño rebaño esté en los pastos altos con el pastor de los Goitia. Sus ausencias le dan a Valentina un espacio para hacer lo que necesita sin pensar en él. Sigue siendo su hombre, y a veces, cuando él no la ve, lo mira incrédula por la suerte que ha tenido encontrándolo, pero ya no desea que esté todo el día rondándola.

Termina la carta que esa mañana ha dirigido a Clara, escribe la dirección y pasa la lengua sobre la goma del sobre de avión ribeteado de rayitas azules y rojas. Piensa en sus primas. No saben leer ni escribir, pero le gustaría tener noticias de ellas. Si se encuentra mejor, mañana les escribirá; quizá en su ausencia hayan aprendido. Aparta los cojines y camina con cautela para evaluar si el dolor le permitirá ir andando hasta la estafeta de correos para enviar la carta cuanto antes. En ese momento suena el teléfono.

Valentina se acerca al aparato temiendo que la operadora se canse de esperar. Probablemente algo no ha salido bien en el obrador y Ana necesita su consejo. Cuando descuelga, le anuncian que tiene una llamada de Nueva York. Sabe que es Begoña, pero le extraña. Tan solo hace tres días que habló con ella. En cuanto

escucha su voz temblona y titubeante sabe que algo no va bien.

—Valentina... ¿Has escuchado la radio?

—Hoy no. Sigo con este maldito dolor y no encuentro la postura.

—Bueno... —Como el silencio al otro lado se prolonga, Valentina se pone nerviosa.

—No me tengas en ascuas, por favor.

—Han bombardeado Gernika.

La frase, soltada a bocajarro, reverbera en la cabeza de Valentina. Acerca una silla y se sienta, porque sabe que esas palabras han entrado en su cuerpo y se dirigen por el torrente sanguíneo a su hija. Ella no debe saberlo. El mes de abril está siendo cálido y, sin embargo, siente un repentino frío que la destempla. Nota su angustia encogiéndole el estómago, y no sabe cómo, pero la detiene. No quiere que el horror llegue a su pequeña. Suspira, y al otro lado de la línea su amiga prosigue.

—Llamaron a Valentín. Le dijeron que hubo un bombardeo hacia las tres de la tarde, pero las sirenas no sonaron hasta las cuatro. Los aviones, que eran muchos, hicieron fuego en la carretera, en el puente, en la estación y en la iglesia de San Juan. Cuando todos creían que el espanto había terminado, hacia las seis de la tarde hubo otro bombardeo aún mayor en el centro y... lanzaron bombas incendiarias, que, según me han explicado, hacen que el fuego se propague en segundos. Pero lo peor, Valentina, es que había aviones que tiroteaban a los que huían. Ha sido una matanza.

—¡Dios mío!

Su instinto de madre se ha encendido. Algo en su interior consigue de nuevo frenar el horror, lo detiene en el pecho y respira como si bebiera agua a sorbitos. Los disparos sobre los habitantes que corren despavoridos quedan suspendidos y no llegan a tocarlos, Valentina se prohíbe a sí misma sufrir y le dice a su mente que tiene que aplazar el dolor hasta que nazca su hija. Sin embargo, esa imagen sigue su curso, al igual que lo que Begoña le cuenta al otro lado de la línea.

—El pueblo estaba en llamas, y el humo se veía desde Oiz y

Sollube.

Le hace un relato atropellado del que Valentina retiene algunos datos precisos, los necesarios para poder levantar la historia cuando esté a solas. Hay cientos de muertos y la ciudad está destruida. Se traslada allí convocando sus recuerdos. Recorre el camino desde el Arraun hasta el centro y reconoce a las personas que corren espantadas. Es miércoles, así que hace dos días era lunes, día de mercado. Ve la calle Santa María, donde está el restaurante, y comprueba si la cercanía de la carretera del puente puede ser peligrosa... Sí lo es. No sabe el daño que puede hacer el estallido de una bomba, pero ha visto fotografías de soldados lisiados en la Gran Guerra y un escalofrío le recorre la espalda. Detiene sus elucubraciones. Le hacen daño.

Valentina se cuenta a sí misma que Mariana y las chicas estarían recogiendo el comedor y que los niños se habrían ocultado en la escuela. Está segura de que Nicolás estaría allí cuidando de la familia. Él solía quedarse los lunes porque había muchos clientes, y a veces daban dos turnos de comidas. Probablemente al escuchar los primeros aviones bajaron a la bodega y se pusieron a salvo. ¿Y Clara? Clara tiene el taller a las afueras, pero las últimas noticias eran que lo había cerrado. Con algo de suerte —se consuela a sí misma— estaría lejos de Gernika y ni se habrá enterado.

Al otro lado de la línea, Begoña, con la voz entrecortada, susurra que volverá a llamarla en cuanto vuelva a tener noticias. Las mujeres dilatan las despedidas, vierten cosas insignificantes sobre el aterrador relato. No quieren aceptar lo que ya saben y comentan una receta sin entusiasmo hasta que por fin se dicen adiós.

Valentina, paralizada, mira la carta que escribía cuando ha llamado su amiga y que la espera en la mesa. Ya no va a ir a la estafeta. Sin pensarlo demasiado, se pone los zapatos, coge el bolso y enfila hacia la confitería, ignorando el dolor de su ciática. Necesita preparar pastas de té. El último día que estuvo quedaban pocas, y Ana no acaba de coger el punto arenoso que deben tener. Además, en el Modern trabajan un par de mujeres que son de Gernika e

imagina que no tendrá que ser ella quien lleve las malas noticias.

No hay teléfono en el rancho, y a veces los hombres, cuando están con los animales, no se acuerdan de que el mundo sigue su curso sin ellos. Necesita a Domingo. Sabina Arroita camina en su dirección, acercándose. Se mete en una tienda de alimentación para no encontrarse con ella. «Si lo digo, si pronuncio las palabras, si hablo de muertos, no podré proteger a mi hija», se dice. Cuando la ve pasar, sale de nuevo a la calle y, arrastrando la pierna derecha, llega hasta la confitería. Cuando empuja la puerta le parece que a su espalda hay un caudaloso río de dolor que está a punto de caer sobre ella y ahogarla.

Antes de llegar al rancho, Domingo se desvía unos kilómetros para visitar a Víctor Goitisoló en Mountain Home. Le conoce desde hace años, cuando ambos pastoreaban en Winnemucca, allá en Nevada. Le han dicho que va a casarse con una chica de Ea, quiere verle porque va a trasladarse a Boise.

La camioneta entra por un camino pedregoso. Al fondo se ve una casucha de madera de las que construían los pastores al llegar a su destino, un cobijo precario por el que el frío se colaba sin remedio. En un pequeño cercado apoyado sobre un lateral de la casa hay una docena de borregos que rumian el pasto de una carreta repleta de hierba. Domingo toca la bocina y baja de la camioneta. No ha visto una casa en varios kilómetros a la redonda, y el silencio que le rodea le hace suspirar. Se acerca y golpea la puerta, sin obtener respuesta. Mira los troncos, las maderas que han encogido y dejan espacios por los que el aire entrará mordiendo en invierno. Vuelve sobre sus pasos, y cuando ya se iba escucha el sonido de las herraduras de un caballo acercándose. Por el camino, un jinete se aproxima haciendo gestos.

Los amigos se abrazan, se palmean la espalda.

—*Zelan zagoz?*^[54]

—¿Qué haces aquí?

—Arrieta me dijo que te vas a casar y que quieres ir a Boise.

Víctor asiente y le habla de una mujer que ha encontrado y de la que no quiere separarse. Domingo se alegra de que alguien sienta lo mismo que él. Sentados sobre un tronco, y sin mirarse a la cara, se confiesan sus cuitas imprecisas con la cautela que un vasco pone sobre sus informaciones. Ambos son recelosos cuando de intimidad se trata y la conversación salta de vez en cuando, evitando rozar lo frágil que hay en ellos. Llegan a un acuerdo. Domingo comprará sus ovejas y le ayudará en Boise.

—Ella no quiere vivir aquí. Dice que está muy aislado, y es cierto.

—Escúchala. Las mujeres eligen bien. Preguntaré a mi mujer si podría necesitar a otra persona en el obrador. ¿Sabe algo de cocina?

—No, pero trabaja en los almacenes Twin Falls y chapurrea inglés.

—¿Cómo se llama?

—Ángela.

Conduce hacia el rancho satisfecho. Pronto tendrá un rebaño interesante y quizá, como muchos le aconsejan, se ocupe de las vacas y de criar ese ganado que da carne. Ha nacido un ternero y, según le cuentan, los negocios de Sun Valley han atraído a trabajadores que construyen casas en las faldas de la montaña. La población se incrementa y el mundo cambia.

Ve a Francisco, que parece estar esperándole. Abre el portón cuando escucha el motor de la camioneta acercándose y, apenas llega, corre hacia ella.

—¿Sucedé algo? —pregunta Domingo, con más curiosidad que otra cosa.

—Venía a que me dieras noticias. Mi hermano vive en Gernika.

Domingo se encoge de hombros, extrañado, y vuelve a mirar a Francisco, esta vez a los ojos. Antonia, su mujer, está a unos metros, en el porche de la casa, como si esperara una señal.

—Ha venido uno de los hermanos Goitia esta mañana temprano. Te buscaba por si tú sabías algo de lo de Gernika.

—¿Gernika? No sé nada.

—Los alemanes la han bombardeado y hay muchos muertos. La noticia corre de boca en boca, pero nadie sabe nada.

Como si le hubieran dado un latigazo, Domingo pega un respingo y piensa en Valentina. Tienen un hilo que los une, y cuando una amenaza sobrevuela ambos corren a reunirse. La ve escuchando la radio, sola, embarazada y desprotegida. No piensa en lo que le ha dicho Francisco, no al menos de inmediato, pero si hay muertos y su mujer lo sabe va a sentirse muy mal. Valentina es fuerte, pero son los hilos que la atan al amor lo que la sostiene.

Van hasta la casa. Recoge la cesta de verduras que le han preparado y vuelve a la camioneta.

—Vuelvo a Boise. Regresaré con una radio. Díselo a tu mujer.

Durante más de una hora, conduce casi sin pensar en nada. La camioneta no alcanza la velocidad que necesita y el motor se calienta. Tiene que parar un par de veces para echarle agua, y mientras lo hace revive en su cabeza el recuerdo de su ausencia durante el embarazo de Simón. Él es el guardián de los secretos de Valentina, y ella lo es de los suyos. La vida en común hace que la memoria se intercambie. Casi puede saber lo que estará sintiendo. Apenas quedan unos kilómetros, pero se detiene en un restaurante y llama por teléfono. Nadie lo descuelga. Vuelve a intentar conectar con ella, pero esta vez llama a la confitería.

Escucha su voz al otro lado.

—Valentina, soy yo. ¿Sabes lo que ha pasado?

—Te quiero aquí.

—Estoy muy cerca.

Una vez le contó que cuando pensaba en qué sería de la vida de aquellos a quienes quería, algo en su interior frenaba en seco, como si un motor se detuviera, y en medio de ese silencio, ella se preguntaba si pertenecía a su vida allí, en España, o a la que ahora tenía en América. Domingo no se hace esas preguntas. Su aceptación de lo que le rodea es inmediata, como si su sombra fuera borrando el trayecto. Él cree que las mujeres dan demasiadas vueltas a las cosas, y por eso les entra el vértigo y el temor.

Valentina se habrá trasladado a Gernika con su imaginación y andará adelantándose a los acontecimientos.

Entra en la capital. Ve que la vida discurre como todos los días. En los parques los niños juegan, los automóviles circulan por la ciudad y los escaparates de los grandes almacenes The Golden Rule exhiben la ropa de la nueva temporada. A Domingo le gustaría que los mares que separan los países le prestaran al corazón la misma certeza de su distancia. Cuando se acerca a la confitería, ve a Valentina apoyada en la puerta. Aparca la camioneta y va hacia ella, estudiando su rostro. La abraza, sintiendo el abdomen que alberga a su segundo hijo. Es entonces cuando se pregunta si cabrán en su abrazo los cuatro.

—Llévame a casa.

Para cuando llegó el mes de junio, el mundo sabía que el primer ataque contra la población civil se había producido en el norte de España, en el País Vasco, en una ciudad que albergaba el símbolo de las libertades de los vascos. La Legión Cóndor de la aviación alemana, apoyando al militar insurgente Francisco Franco para derrocar a la Segunda República española, había obviado la única ética de la guerra.

Eso era lo que anunciaba al mundo el bombardeo; eso y el presagio de un conflicto internacional en un continente ya marcado por la Gran Guerra y en donde aquella actuación había sido un ensayo para lo que iba a venir. Pero para la comunidad vasca de América era una herida que sangraba permanentemente y marcaba las fronteras con ella. La nostalgia se volvió dolor, y este, impotencia. Valentina, en el final de su embarazo, contenía la desesperación y esperaba el momento en que su hija naciera para deshacerse en llanto.

A pesar de la intervención del marido de Mary Tyler, que proporcionó las primeras listas provisionales de muertos, las declaraciones de Jesús María Leizaola el 4 de mayo en Radio Euskadi establecieron que el número de víctimas era imposible de precisar debido a la destrucción. Valentina no consiguió saber qué había sido

de Ana Mari Beitia, la comadrona, ni de Clara Udaondo, su amiga; ninguna de las dos figuraba en la lista de los fallecidos. Los que sí estaban eran Mariana, Nicolás y sus hijos, Pablo y Agustín. No hubo rastro de la pequeña Valentina, que por aquel entonces tendría siete años, pero desde la lejanía ella quiso creer que estaba viva y alimentó esa esperanza con el mismo cuidado con el que alimentaba a su hija, aún en su vientre.

El duelo se alargó lento, como un incendio que brota en los arbustos del camino y va devorando el bosque. Valentín Aguirre y otros establecieron una cadena desde California hasta Nueva York y las relaciones, ya intensas, ganaron en animosidad con un ingrediente hasta entonces desconocido: los partidarios de uno y otro bando.

Bilbao había caído en manos de Franco el 19 de junio de 1937, después de cruentas luchas. Miles de personas huyeron hacia Santander por la única carretera que quedaba libre, y más de treinta mil niños fueron embarcados hacia otros países para que no cayeran en manos del general o los falangistas. Las represiones y los juicios sumarísimos no se hicieron esperar. Muchos fueron acusados de nacionalistas y su destino fue la cárcel o los trabajos forzados. Valentina no temió por Esther. Era una mujer discreta que había servido a la emperatriz. Tenía conocidos hasta en el infierno, y su prudencia la habría salvado. Pensó en su madre, pero era demasiado tarde para sufrir por lo que le hubiera podido pasar.

El general Francisco Franco celebró una misa al día siguiente, en la iglesia de la Virgen de Begoña, para dar gracias por el triunfo. Pocos perdonaron aquel gesto de humillación, y muchos intuyeron que el discurso del recién nombrado alcalde de Bilbao, José María de Areilza, en el que declaró la existencia de vencedores y vencidos, era un mal presagio.

Valentina está en sus últimos días de embarazo. Ha seguido trabajando para atender la cantidad de pedidos que hay para la celebración del Día de la Independencia. Está acostumbrada a pasar largas horas en el obrador, pero al terminar la jornada se siente mal.

Ella lo atribuye a que la pena es una masa oscura que vive en su interior a pesar de su rechazo, pero se pondría a llorar mientras se despoja del delantal e intenta encajar sus pies hinchados en los zapatos. Ha construido con su fortaleza un muro para proteger a su pequeña, y solo los ruegos a su Virgen sirven para aliviar esa carga. Domingo mira sus movimientos lentos, observa su torpeza, la desgana con la que se enfrenta a los días, y se le encoge el corazón.

—Demasiado trabajo en tu estado...

—No es eso. Estoy inquieta.

—¿Quieres que vayamos al hospital?

—No. Mañana llamaré a Estela para que me mire, y si no avisaré al doctor Pettinger. Quiero que mi niña nazca en casa, como su hermano. No me gustan los hospitales, ya lo sabes.

—Pero quizá...

—Que no, Domingo.

En mitad de esa misma noche, Valentina se despierta con un dolor que le atraviesa el cuerpo. Siente una humedad y descubre horrorizada que las sábanas están llenas de sangre. Domingo la mira asustado. Sabe que la sangre es una de las razones por las que había que acudir a un hospital. Se viste, acerca la camioneta y ayuda a su mujer, que apenas puede caminar. Valentina le dice que corra, que tiene mucho frío y que cuide de Simón. Antes de que pueda reaccionar, pierde el conocimiento.

Cuando la coge en brazos para entrar en el edificio, el pastor no sabe si está muerta. Las enfermeras la colocan en una camilla y corren con ella hacia una puerta verde que traspasan. Cuando se cierra, Domingo se da cuenta de que de nuevo le ha vencido su silencio: no se ha despedido de su mujer. La ha dejado irse. Espera durante más de dos horas en un pasillo silencioso. No es consciente de que ha dejado al niño en su cama. Lo único en lo que puede pensar es en qué será de su vida si ella no sobrevive.

Busca a una enfermera. Es incapaz de seguir esperando, pero por fin la puerta se abre y un hombre vestido de quirófano le anuncia que ha sido padre y que la niña está bien. Domingo le

interroga con la mirada.

—Y mi esposa, la madre..., ¿está bien?

—El médico hablará con usted.

En su interior, una voz insoportable, un cuchicheo dañino murmura algo ininteligible. Le ha costado preguntar, pero el hombre no ha querido saltarse el protocolo. Lo ve alejarse, le zumban los oídos de puro miedo. Media hora después, un médico le estrecha la mano y le explica que han tenido que hacerle a su mujer una cesárea de urgencia. Le habla en términos médicos que no comprende.

—No..., no entiendo...

El doctor traga saliva y le advierte que la vida de su mujer corre peligro. Le palmea la espalda, cambia su expresión y casi sonríe. A Domingo le parece que ha olvidado todo el inglés que sabe.

Una enfermera pasa a su lado. El médico la llama y habla con ella.

—*Basque?* —La chica lo mira expectante.

—*Yes.*

La chica le dice que su padre es de Ispaster. Ella habla mezclando el inglés y el euskera, como hacen muchos jóvenes, pero la comprende. El médico ha dicho que Valentina es joven y fuerte, que hay que esperar cuarenta y ocho horas, pero que saldrá adelante. «Hay que esperar».

Domingo no dice ni una palabra. Ni tan siquiera cuando el médico ha pronunciado esa frase que le excluía y que él ha entendido:

—No es conveniente molestarla. Le avisarán cuando pueda visitarla. —La chica lo traduce a su manera y se despide. El médico vuelve a tenderle la mano y se va.

Domingo cree que le miente, o que no le ha dicho toda la verdad. Le ha observado, como hace cuando no entiende el idioma, y cree poder interpretar las claves de lo que ha dicho. Ha visto en el médico algún gesto efímero, de esos que no puede uno atrapar, pero que resultan resbaladizos y engañosos.

Tras unos segundos de incertidumbre, camina hacia la salida. Por fin ca en la cuenta de que han dejado al niño solo en casa y puede estar despierto y asustado por no encontrar a sus padres. Ella se lo ha pedido antes de perder la consciencia, que lo cuide. Abandona el hospital como si le hubieran arrancado la piel y ahora tuviera que vivir en carne viva. Conduce como un autómeta, sin mirar las calles de esa ciudad que ahora le parece inmensa. Aún está oscuro, pero el asfalto empieza a sudar su calor. En su cabeza escucha esa voz que le advierte que, aunque haya podido con su destino, con la soledad de la montaña y la adversidad del mar, no podrá vivir si ella muere. En ese momento desearía tener una relación mejor con el Dios de Valentina. Si tuviera su misma fe, le rogaría que se la devolviera y que a cambio se llevara lo que quisiera de cuanto posee. A los dioses se les atribuye un poder pendenciero, y por eso hace tiempo que él se alejó de ellos. Ya se llevaron a su hermana y después a su madre, y teme que no se hayan saciado y ahora vengan a por Valentina.

Conduce hasta la casa de las hermanas Gutiérrez y las despierta. Él tiene que volver al hospital y su hijo no puede quedarse solo. De nuevo la red solidaria de mujeres se pone en marcha para llegar a los lugares a los que ellos no pueden.

Simón aún duerme cuando entran en la casa. Agotado, Domingo se mete en el baño para cambiarse mientras Ana quita las sábanas que pertenecieron al Imperio austrohúngaro para ponerlas en agua fría y vinagre. Le caen unas lágrimas enormes cuando lo hace, pero, como le dijo su madre: «A la sangre le gusta quedarse en los tejidos para recordar la herida». Domingo vuelve al hospital y permanece inmóvil, mirando a cada uno de los médicos o enfermeras que salen por la puerta verde por la que se llevaron a Valentina.

Sobre las cinco de la tarde, Encarni Mendiola y Pablo Ereño se sientan para acompañarle. Ella, resolutiva, los abandona para ir en busca de información y los hombres se quedan en silencio,

deteniendo el miedo. La hostelera ha averiguado que Valentina descansa, vigilada de cerca por las enfermeras. La niña está bien y ha conseguido que Domingo pueda verla.

Pero él solo quiere ver a su mujer. Haciendo un gran esfuerzo, Encarni y Pablo consiguen arrastrarle hasta la planta donde se encuentra el nido. Allí esperan hasta que una enfermera aparece llevando en brazos un revoltijo de mantas que entrega a Encarni. La pequeña es preciosa, tiene la piel sonrosada y duerme ajena a todo.

—¿Qué nombre habíais pensado ponerle?

—Íbamos a llamarla Inmaculada.

—Cógela. Te necesita.

El pastor recoge a su hija, igual que lo ha hecho tantas veces con los corderos que nacen durante el camino a los pastos. Levanta las mantillas y busca sus piecitos, los inspecciona buscando la marca que tenía su hermana, y de paso comprueba que tiene todo lo que hay que tener. No hay nada irregular. Su hija ha nacido sin mácula. La niña hace una mueca y emite un gorjeo. Él la aprieta levemente contra su pecho, a sus manos les sobra cobijo para esa cosa tan pequeña. Su cuerpecito emite un calor tibio que derrite en parte su amargura. El dolor deja paso a una ternura dulce. Se le llenan los ojos de lágrimas. Quisiera llevársela a Valentina, pero a pesar del tiempo que ha pasado desde que nació la niña, aún no le dejan verla.

La enfermera, dirigiéndose a Encarni, le dice que la madre no podrá alimentarla y la informa de que hay una mujer que se ha ofrecido a amamantarla. Necesita que el padre le dé la autorización. Domingo asiente agradecido.

—¿Podríamos conocerla? —sugiere Encarni.

—Un momento. Voy a hablar con ella.

Recorre con su uniforme impoluto un pasillo habitado por llantos de bebés para desaparecer en una de las habitaciones del fondo. Mientras esperan, la hotelera le va enumerando los pasos domésticos que debe dar en ausencia del ama de casa. El pastor percibe con claridad que ese mundo de cuidados y atenciones que

su hija necesita le va cercando y se siente sobrepasado por responsabilidades demasiado grandes para él. No sabe alimentar, ni cuidar, ni supervisar la vida de un bebé y de un niño de cinco años. Eso era asunto de Valentina, él no hacía otra cosa que contemplar y admirar su eficiencia. Sin ella, sin su luz, está en un pozo y le falta el aire.

La niña se mueve en sus brazos, hace gestos de difícil interpretación, como si estuviera reconociendo su propio cuerpo. Domingo la mece con torpeza.

—Ahí viene.

Una chica muy joven con una expresión extremadamente triste recorre el pasillo acompañando a la enfermera. Anda como si acabara de parir y aún no pudiera caminar sin pensar en sus pasos. Va vestida con una bata acolchada de colores desvaídos que le queda grande, y sus ojos apenas se levantan de las baldosas del suelo.

—Ella es Catherine. Es irlandesa, y su bebé nació el mismo día que su hija. —Ahora sí se dirige a Domingo—. Por desgracia su hijo murió, pero ella se ha ofrecido a amamantar a su hija.

A Domingo le sorprende que una extranjera se ofrezca para semejante tutela. Le hubiera gustado ver los ojos de esa chica para comprobar si su decisión no encubre algo. No sabe si es verdad lo que le cuentan si no le miran. Encarni se adelanta y le pasa un brazo por los hombros para confortarla.

—Lo siento mucho.

Domingo observa a su hija, perfecta, preciosa, sana, y después la mira a ella. Desconfía. Ha visto antes ese gesto generoso en otras mujeres que compartían lactancia, eso hacían las amas de cría cuando amamantaban a su bebé y a otro, pero ella ha perdido a su hijo y no está unida a su familia por ningún vínculo. Eso le asusta. La chica contesta a las preguntas de Encarni. Catherine tiene los ojos azules, y unas ojeras oscuras los rodean. Atribuye su desgracia a las condiciones del viaje en barco desde Dublín hasta Nueva York, y luego en tren hasta el oeste. Dice que no se alimentó bien y que

estaba triste. Termina la frase bajando los ojos y haciendo un remolino con una mano. Hace dos meses que está en Boise con su hermana, que trabaja en un rancho, y ahora no sabe qué hacer. Encarni le explica la situación de Valentina y, mirando a Domingo, le agradece que se ocupe de la niña hasta que su madre esté en condiciones. Le pregunta por el precio de esa insustituible labor.

La chica niega repetidamente. No quiere oír hablar de una retribución. Señala a la niña, y cuando lo hace un brillo desconocido se expande por su rostro. Encarni, como es mujer, sabe lo que hay que hacer y decir. La está contratando como ama de cría y sirvienta para el matrimonio, e incluso le ofrece un salario que a Domingo le parece vergonzoso.

Él no quiere volver a casa sin su mujer y con esa extraña, pero no dice nada. Duerme esa noche en una silla que una enfermera le facilita. Está agotado, se siente perdido y abrumado por las responsabilidades que se abren en un futuro inmediato. Se pregunta si hubiera debido hacer algo que no ha hecho. Sabe que no ha medido bien el dolor que contenía su esposa. Esa masa de desdicha que la invadió al saber de la muerte de Mariana, Nicolás y los niños. Y se lo dijo, que no podía llorar hasta que la niña naciera. Le avisó, y añadió que si tenían lo que tenían era gracias a ellos. Él no entiende lo que sucede en las mujeres cuando esperan un hijo, pero debe de ser algo muy intenso, porque la madre es la figura que deja más huella en el hombre.

Suspira. Por el hospital ha pasado Estela, la comadrona que trajo al mundo a su hijo. Él no la recordaba, pero ella a él sí. Le ha anunciado que podría ver a su esposa esa misma mañana, y también ha visto al doctor que atendió a Valentina, quien le ha explicado que va a necesitar mucho descanso. Pasan las mujeres del grupo de socorro, las empleadas, Margarita, la del salón de belleza, Milagros y, desde luego, Mary Tyler, que llega tras un ramo de flores y le comunica que su esposa ocupará una habitación individual. Domingo está sorprendido del ancho mundo de relaciones que su mujer ha ido tejiendo y de lo querida que es.

Cuando por fin logra reunirse con ella y mirarla a los ojos, dentro de él se recolocan sus convicciones, sus fortalezas y sus fragilidades. Verla le devuelve la totalidad de sí mismo. Valentina está muy pálida y le cuesta hablar. Lloro constantemente con un llanto quedo y conmovedor. Le muestra su vientre bajo los apósitos. Luce una costura en forma de cruz llena de puntos de sutura que le impide moverse. Le pregunta por la niña.

—Está bien. Ha pesado casi cuatro kilos y tiene la piel sonrosada y clara, como la tuya. Ayer la cogí en brazos.

Su mujer sonríe apenas.

—No puedo amamantarla.

—No te preocupes por eso. Hay una chica irlandesa que dio a luz la misma noche que tú, pero su hijo ha muerto. Se ha ofrecido a alimentar a Inmaculada con su leche.

Valentina asiente mientras unas lágrimas gruesas corren por sus mejillas. Le duele no poder darle su pecho, pero se alegra de que alguien lo haga. Sabe que la leche de vaca no es buena para los bebés. Ella pensaba en la harina lacteada de Nestlé, pero los niños que se alimentan con ella tienen abundantes diarreas y les cuesta ganar peso. No puede pensar con claridad, y se dice a sí misma que tendrá que dejarlo todo en manos de Domingo. Sabe que Encarni y las Gutiérrez le ayudarán. También Mariana, desde el cielo. Y vuelve a llorar. No puede evitarlo. Quizá sea la primera vez en su vida que puede llorar de esa manera, y no tiene fuerzas para contener ese río que nació al mismo tiempo que ella y que se ha desbordado al sentir que también ella podía dejar, como Mariana, huérfana a su hija. Suspira al pensar en su amiga y en la pequeña Valentina, de cuyo paradero nada se sabe.

—¿Cómo se llama la chica?

—Catherine.

—Tendrá que vivir en casa.

Cierra los ojos, como si esas palabras la hubieran agotado. Su mente se ha trasladado al momento en que nació Valentina. Ella fue la primera en tenerla en brazos, en lavarla... ¿Dónde está esa niña?

Su marido le coge una mano y la besa, luego apoya la cabeza en la cama y se queda dormido.

Valentina permanece doce días en el hospital. Tiene mucha anemia, pero ha empezado a comer y ya se levanta para dar una vuelta por la habitación. Tiene mejor color, pero sigue llorando. En la confitería, las chicas le mandan recado de que todo está bien. Se arreglan sin ella y no tiene que preocuparse. Justo antes de dar a luz enseñó a Ana a hacer helado, y la joven ya domina el obrador. Domingo ayuda en lo que puede, pero sujetar lo cotidiano le cuesta un mundo. Catherine se ha trasladado a la casa de los Arsuaga y ocupa una cama junto a la cuna de la niña en la habitación de Simón. A este Encarni le ha adecentado un cuartito en el que se guardaban trastos. Lo han pintado de azul y le han comprado una cama nueva. El pequeño se contenta con lo que le ofrecen. Sigue siendo un niño alegre y sencillo. Su padre lo ha llevado al rancho un par de días y ha comprobado con orgullo lo mucho que le gustan los animales.

Domingo no habla a Valentina de ese sostén al que se ha entregado. Le dice que todo va bien. Que Simón le acompaña al rancho, que se venden muchos helados, que habrá que ampliar la casa... La vida de la familia. Él la mira sin la codicia que siempre ha tenido de su piel, de su manera de caminar, de sus ojos de horizonte. Silencia el agujero que le produce verla tan ajena y la espera.

Con el paso de los días, su hijo la visita con frecuencia y se sube a la cama, empeñado en contarle sus aventuras y lo que va sucediendo en su ausencia. Desde que era muy pequeño, Valentina se ha metido con él en la cama y le ha contado un cuento antes de dormir. Casi siempre es el mismo, porque el niño se duerme sin escuchar el final. En el hospital, el pequeño Simón se lo recuerda y le pregunta si ahora que tiene una hermanita seguirá contándole el mismo cuento. Valentina tiene los ojos llenos de lágrimas incluso cuando sonríe. Mira a su pequeño, se emociona al comprobar cuánto dependen el uno del otro. Ella le cuida, educa y vigila. En algunas de

aquellas noches le habló de Gernika, y lo hizo con las palabras que ella quiere que sepa, la lengua de sus raíces, la que ni él ni otros niños olvidan. Simón sabe del Arraun, de las alubias con tocino que Mariana cocinaba con una hoja de laurel, y también de la niña que su madre vio nacer. Pronto cumplirá seis años. Valentina debe de tener siete. Con esa edad será capaz de comprobar el abismo que se abre a sus pies. ¿Dónde estará?

Por fin el médico le da el alta. Le ha quitado los puntos, y tan solo tiene que descansar y alimentarse bien para remontar la anemia que padece. Nada dice de esa tristeza pegajosa que la aleja y cuyo origen desconocen los facultativos. Catherine forma parte de esa desorientada procesión que recorre el camino del hospital a la casa. Domingo lleva a la niña, las dos mujeres van del brazo. Ambas tienen una fatiga que las une.

La enferma se adapta con una preocupante docilidad a los cambios. Acepta el color de la pintura del improvisado cuartito de su hijo, la presencia de Catherine y hasta la impotencia con que su marido se mueve a su alrededor. Desde ese territorio enajenado en el que se encuentra mira su vida, ocupada ahora obligatoriamente por los demás, y acepta que debe residir ahí, como si su existencia fuera una de las películas que ve en el Cine Rialto.

Una corriente silenciosa discurre entre ambas mujeres. Se entienden como si ambas hubieran visitado los mismos infiernos. Valentina le regala uno de sus vestidos y la manda al salón de belleza para que Margarita Urrutia le dé un corte a ese pelo abandonado. Valentina se encarga de la comida y de servirle a la chica la mejor ración mientras la mira picotear tan desganadamente como ella misma. Domingo observa cómo las dos abrazan su instinto de supervivencia y respetan sus duelos paralelos. Ha visto a los animales comportarse de una manera similar. Le recuerdan a esas ovejas que se apartan del rebaño cuando van a parir, o cuando se sienten morir. Él es un convidado de piedra, y sabe que debe esperar y vigilarlas por si se deslizan al otro lado.

Transcurren unos días hasta que Valentina toma en brazos a su

hija, la tumba junto a ella y deja pasar el tiempo acariciando su piel suave. Domingo la observa y ve su rostro despejándose, como si las nubes oscuras que lo atravesaban dieran paso a la luz. Su mujer está presente cuando Catherine amamanta a la niña, pero es ella quien la cambia, le habla y le canta. En la casa hay un orden frágil, un horario que se respeta, unas costumbres que predominan y un silencio que se escurre. Antes de que se den cuenta, Inmaculada ha cumplido dos meses y se preparan para bautizarla.

Pablo Ereño y Ana Gutiérrez son los padrinos. Tras la ceremonia en la iglesia, los invitados se reúnen en la confitería. Valentina lleva un traje nuevo y se ha pintado los labios. Hace semanas que Domingo no la ve con la mirada perdida o llorando.

Septiembre empieza a refrescar las noches, a apaciguar ansiedades y a recobrar ánimos. Sin demasiadas fuerzas, más bien empujada por la responsabilidad, Valentina acude al obrador un par de días a la semana. Allí se mueve despacio, evitando hablar demasiado con quienes preguntan acerca de su estado de salud. No ha recuperado su espontánea sonrisa, pero sí puede ofrecer gestos amables. Se siente sujeta por unas manos en su interior que no la dejan respirar como ya desea.

Domingo la abraza cada noche, y en la oscuridad intenta recuperar lo que sabe perdido. Ella está a su lado, con su piel nacarada y sus pechos todavía firmes, pero no está con él. Domingo no puede ni pensar que otra mujer ocupe su lugar. Él es monógamo por convicción, y le resulta inconcebible poder abrir su corazón a otra persona. Por eso, en ese lecho donde ha sido tan feliz, la acoge como a un pajarillo con el ala rota y la envuelve, igual que hizo ella antes, con historias, anécdotas, informaciones y hasta cifras de la vida que vive sin ella.

Domingo acude al doctor para informarle del estado de Valentina. Está preocupado y le parece que su mujer está tardando demasiado en volver a ser la que era. El médico le habla de lo que se conoce

como *baby blues*, una especie de melancolía que afecta a las madres y que suele remitir en tres o cuatro semanas. Encarni le ha aconsejado que permanezca a su lado, que no se enfade y que espere. Le dice que hay mujeres que tardan meses en volver a ser ellas después de parir... Dar a luz, tener, alumbrar.

Pero llega un día, en ese otoño dulce, en que sucede algo que desbarata y deshace la bruma que flota en la vida de Valentina. El cartero trae una carta de España con un remite inesperado: Esther Zabala, la gobernanta, la Fraulin, otra mujer definitiva en su vida.

Se le encienden las mejillas, le palpita el corazón y el brillo centellea en sus ojos cuando coge entre las manos ese delicado sobre de avión bordeado de rayitas de color azul y rojo. Lo palpa, abrumada por la sorpresa. Catherine ve cómo la señora sopesa el correo postal y detecta la ansiedad que le produce su llegada. A pesar de la levedad del papel, el sobre pesa. Va en busca de un cuchillo y mete la punta para dañar lo menos posible la misiva. En su interior hay tres pliegos escritos con una caligrafía picuda e impecable. Valentina se mete en su habitación y cierra la puerta tras ella.

Querida Valentina:

Tus cartas han llegado a mis manos de forma casi milagrosa, pero me han hecho saber que eres feliz con tu marido y tu hijo. Sabes que siempre tuve fe en ti. Me alegro inmensamente de tu oficio y de esa Confitería Lekeitio que tanto me gustaría conocer.

La guerra ha vuelto la vida imposible y dolorosa, pero eso ya lo sabrás, aunque no podrás sentir la intensidad de este conflicto. El Hotel Carlton albergó hasta hace pocas semanas al Gobierno vasco e incluso se construyó un búnker para resguardarse durante los bombardeos. Esto supuso que la mayoría de los empleados nos quedáramos sin trabajo. Mi familia

posee una casa en Villarcayo (Burgos), así que me trasladé con ellos. No he padecido el ruido de los bombardeos ni he pasado hambre. Allí estaba el ejército nacional, y el pueblo se convirtió en un centro de operaciones para las tropas. Mi padre, perteneciente al Círculo Monárquico, ha sido un salvoconducto, pero esto no me ha impedido sentir angustia al conocer la terrible situación de algunos de nuestros amigos.

He sentido tu ansiedad por conocer su paradero. Imagino que con el océano de por medio se debe de sentir mucha zozobra. La última semana me he dedicado a informarme para poder contártelo. Lo primero, y probablemente lo sepas: la gente no quiere hablar. Huyen de ti en cuanto les preguntas por alguien o te engañan diciéndote que no lo conocen. Hay miedo y desconfianza. Las cárceles están llenas, muchas personas buscan a los suyos y las ejecuciones no son pocas.

Fui a Lekeitio y a Gernika. Visitar esa ciudad, o lo que queda de ella, duele como si tuvieras una brasa en el corazón. Una de las bombas cayó de lleno en el Arraun, no voy a alimbarar lo sucedido... Nuestros queridos Mariana y Nicolás, junto a sus hijos y dos chicas que trabajaban en el restaurante, murieron. La pequeña Valentina no estaba en la casa. Al principio pensé en la posibilidad de que su cadáver no hubiera podido identificarse y que ella, como los demás, estuviera muerta. La mayoría de los edificios se vinieron abajo, y todavía hoy hay escombros que no se han removido, pero fui allí y una tal Ana Mari salió a mi encuentro. Al parecer, ella estuvo en el Arraun el día de tu boda. Es comadróna, y me dijo que había sido ella quien había traído al mundo a la niña. Sostenía

que estaba viva y que durante el bombardeo la vieron en uno de los refugios. Como comprenderás, buscarla ha sido imposible, pero te prometo que intentaré dar con ella. Fui yo quien contrató a Mañana en el palacio, y por su memoria tengo que hacerlo. Pido a Dios que en medio de este infierno, y gracias a mis contactos, sepa lo que ha sido de Valentina.

En Lekeitio ha habido más muertos en las semanas posteriores al triunfo de los nacionales que durante toda la guerra.

Es lo peor de todo: el veneno que dejará la contienda y que quizá no se diluya en varias generaciones. La situación es de extrema pobreza. A veces me parece que somos un pueblo de vagabundos malnutridos. Las mujeres se reúnen bajo el auspicio del Auxilio Social, yo entre ellas, para despiojar y alimentar a los niños. Como sabes, no tengo un marido ni unos hijos que me necesiten, así que empleo mi tiempo y mi esfuerzo en ellos.

Están planeando restaurar el hotel y me han prometido llamarme para volver a mi trabajo....

Valentina sigue leyendo, a pesar de que su comprensión se ha detenido en la mención de esa niña perdida que sostuvo en sus brazos y que se llama como ella. Desde que salió del hospital no ha escuchado la radio ni ha leído los periódicos. De alguna manera, su cuerpo le prohíbe estar en contacto con otro sufrimiento que no sea el de sus propias heridas. Puede que sufra esa tristeza posparto que padecen muchas mujeres. Quizá el anuncio de que no podrá tener más hijos la ha dañado más de lo que cree y Clara se equivocó en su pronóstico de que tendría dos niñas y un niño.

Después de leer y releer la carta, identifica con exactitud la textura de su pena. Se siente igual que si hubiera perdido una

madre de verdad y el dolor de esa pérdida la hubiera narcotizado. Mira el calendario que hay colgado en la cocina. Es el 6 de octubre de 1937. Una conciencia repentina le hace detenerse y mirar a su alrededor. Ha pasado cinco meses desde que nació Inmaculada, pero ella apenas recuerda nada. Lo sucedido ha ido resbalando por sus días. Su hija es una niña sana y alegre que se aferra a los brazos de Catherine, y Simón es un chico que crece mirando si su madre está con ellos del todo o no. Algo en su interior despierta por fin.

Noviembre asoma su cabeza brumosa. Valentina está totalmente recuperada. Se ha acercado hasta Boise Friendly Store y se ha comprado un par de faldas y blusas aconsejada por Regina Madarieta, una de las empleadas vascas que han contratado para que acudan las damas de la tierra. Margarita le ha arreglado el pelo y le ha regalado un *rouge* para revivir el color de sus pómulos. De camino a la confitería, vuelve a sentir la energía de su cuerpo repartiéndose por sus extremidades. Recupera su simpatía, saluda a los conocidos, y el repiqueteo de sus tacones le produce un extraño bienestar. No quiere mirar atrás, a esos meses oscuros en los que no tiene conciencia de haber estado, aunque sabe que entre esos días ha dejado algo encerrado que quizá un día deberá recuperar.

Las vitrinas refrigeradas de la confitería se llenan de pasteles de crema, buñuelos y bizcochos con frutas. Los lunes, la clientela es menor y Valentina aprovecha para escribir cartas a la Cruz Roja Española, como le han aconsejado, pidiéndoles que localicen a su ahijada. Lee los periódicos, habla con Begoña, siempre enterada de las últimas noticias de Euskadi, que le anuncia que una representación del Gobierno vasco va a visitar el oeste y podrá hablar con ellos.

En apenas unas semanas ha conseguido compartimentar su vida. Obedece a unas órdenes tácitas que le da su sentido común. Separa el trabajo de la familia, y a Domingo de todo lo demás. Al anochecer lo busca en el lecho, y es ella quien le habla de lo que siente. Le explica, partiendo de un punto y caminando recto hacia su destino, lo que encuentra en ese viaje.

—Es como si hubiera estado caminando llevada por mi intuición, pero ahora sé adonde quiero ir.

Él la escucha, no la entiende, pero intuye que su mujer tan solo quiere vivir y lo que siente es una férrea determinación. Domingo disfruta de ella. La pasión se ha ido dulcificando y el sexo se parece ahora a esas comidas que prepara los domingos y donde siempre hay un plato cocinado con mimo.

En el rancho, y ahora que no debe preocuparse por ella, Domingo es feliz. Mira las montañas y los pastos verdes, ahora escarchados al amanecer. Su rebaño de ovejas crece, y el ganado vacuno le proporciona buenos ingresos. En septiembre, en ese momento en el que regresan los pastores, sintió una inmensa necesidad de subir a la montaña y acompañar al pastor y al campero en su descenso. No le preocupaba el rebaño, pero necesitaba sentir el bálsamo de la naturaleza.

Luciano Villacorta, el pastor, y Esteban, el campero, le hicieron un hueco durante cinco días, tiempo suficiente para recuperar viejos hábitos. Ellos son como él, habitan el silencio, lo llenan de onomatopeyas a las que dan más valor que a las palabras, cuentan anécdotas que repiten en ocasiones y hacen chanzas alrededor del fuego. Volvió a sentir el embrujo de un cielo estrellado, los sonidos de los animales en la noche, el murmullo de los ríos y el estruendo de las cascadas. Pensó en Valentina. Recordó su foto bajo el magnolio, cuando era inminente su presencia en Boise, y la sorpresa de encontrar en ella el hogar con el que no se había permitido ni soñar.

Durante ese tiempo, que a él le parece perdido, pensó en llevarla a las cascadas para que escuchara lo que decían los antepasados de Tajui, pero Valentina tenía su iglesia, sus rezos, sus vírgenes y sus secretos. Afortunadamente, la carta de Esther había obrado el milagro y ya no le daba la espalda a la vida. Ya no tendría que acompañarla a la iglesia a buscar el amparo de unos dioses a los que les cuesta repartir recompensas y no les falta ánimo para trufar la vida de tragedias.

Los puntos cardinales han regresado, y la brújula apunta al norte. Valentina ha atravesado esa sutil frontera que separa la vida de la muerte y se refugia en su abrazo, compartiendo unos pensamientos que por fin pertenecen a la tierra. Quiere una casa más grande. Una casa que no sea de madera como la que tienen, donde cruje el tiempo y el frío se cuela por las rendijas. Y Domingo asiente en silencio, moviendo una mano sobre la piel de ella. Una casa con un jardín, un porche y un columpio para los niños. Y la mano se detiene a la altura de la cadera, esperando que ella siga añadiendo requisitos. La besa. Sus palabras están repletas de silencios que no pronuncia. Pero Valentina le habla de Clara y de la predicción que le hizo: tendría un hijo y dos hijas. Esperarán a esa tercera hija, a la que hay que encontrar, porque se ha perdido en las brumas del odio.

—Cuando Esther encuentre a Valentina, que la encontrará, porque la mancha de su piel es inconfundible, iré a buscarla. No la dejaré a expensas de algún familiar que la haga trabajar como una burra a cambio de un jergón. Ella será nuestra hija, la tercera. Por eso necesitamos una buena casa.

—¿Viajarás sola o conmigo?

—Tú debes quedarte a cuidar el negocio y a los niños. Pero esta vez viajaré en un camarote de primera clase.

—¿No es mejor que esperes hasta que la niña aparezca?... No estamos seguros de que haya sobrevivido.

—Yo sí. Lo siento aquí. —Su tono de voz cambia, de pronto se ha vuelto áspero. Y, con los ojos clavados en él, se toca el pecho—. Ni por un momento lo dudes.

Encontrar a la hija de sus amigos se convierte en un proyecto, un destino que roza la obsesión. Valentina busca un abogado para que la instruya en los trámites necesarios, y Mary Tyler se vuelve su cómplice incondicional. Encargan a un fotógrafo que haga unas copias de la última fotografía que envió Mariana. Es un retrato de familia y en él, aunque se tomó cuando la niña era más pequeña, se aprecian el pelo ensortijado y oscuro y esos ojos redondos y negros

como botones de azabache. La zona oscura de su rostro la hace parecer dueña de un secreto.

Esther, a su vez, parece conectada a su antigua pupila por la misma misión. Las cartas llegan a Idaho con puntualidad británica, con sus sellos de urgencia y esas letras rojas estampadas en el sobre que recuerdan la importancia de la misiva. Traen crónicas teñidas de decepción de la vida en Bilbao y de la ruta de las pesquisas en busca de la niña.

Querida Valentina:

Gracias por tus cartas, por los dólares, que llegaron perfectos, y por la fotografía que me enviaste de la familia Aramburu. El dinero me ayudará enormemente, y conservaré la foto para recordar que existieron tiempos en que fuimos felices.

Bilbao se ha vuelto un caos y aún está sembrado de huellas de la guerra que persiste en Madrid, Valencia, Alicante, Córdoba... Se cuentan cosas y una no comprende cómo es posible que los vencedores procedan de esta manera. Imagino que todo se calmará y por fin tendremos paz, pero todavía hay sacos terreros en la entrada del Hotel Carlton y algunas ventanas tapiadas. En el balcón cuelgan pendones y banderas, entre ellas esa esvástica alemana que tanto temen los que huyen de ese país. Contártelo es un alivio. Mi decepción es inmensa y nadie —y me incluyo en ese nadie— se atreve a hablar, ni siquiera con la familia. Hay desfiles en la Gran Vía, y a su paso debemos levantar el brazo y gritar: «¡Viva España!».

Los nuevos ministros se pasean junto a militares alemanes e italianos estudiando los edificios abandonados. El Palacio de los Oriol está ocupado por los militares, y los nombres de las

calles han sido cambiados.

Te confieso que este paisaje después de la batalla me abruma. Yo ignoraba que el triunfo de los nacionales iba a traer esto: hambre, pobreza, prohibición de emplear nuestra lengua y nuestras costumbres... He alquilado junto a mi hermana un piso en la calle de la Estación, que ahora se llama calle Navarra. Ella va a trabajar en Almacenes El Águila y yo espero que el hotel se reabra, porque volver a sentirme útil será un alivio.

Estuve en Ea y localicé a la madre de Mariana. La mujer, humilde y enferma, ha agradecido mi interés por Valentina, pero nadie sabe de la niña y lo cierto es que la familia la da por muerta, pues hace falta mucha fuerza para ponerse a revolver esta pena. Mi esperanza está en una falangista que lleva el Auxilio Social y se ocupa de los huérfanos, casi todos alojados en la Santa Casa de Misericordia. La conocí en el Carlton antes del desastre y parece dispuesta a ayudarme. Me ha confesado que el asunto de los niños es espinoso, pero quizá la marca de nacimiento facilite las cosas. Hay muchos detenidos, entre ellos mujeres con hijos. Todavía no tienen las listas de los pasajeros de los barcos que sacaron a infinidad de niños de España, y se tiene constancia de que los que huyeron recogían a los que encontraban a su paso.

Yo no creo que Valentina esté entre ellos, pero he sabido que Nicolás andaba muy enredado con los de la CNT. No puedo nombrarlo, y la voy reclamando como un familiar lejano. Mi instinto me dice que tienen que haberla recogido. Los días posteriores al bombardeo fueron un horror. Si ella estaba allí, tuvo que pedir socorro a alguien. ¿Se te ocurre algún nombre?

Me gustaría darte mejores noticias, pero no las tengo.

Esther

Ciudadanos americanos

VALENTINA Y DOMINGO

MAYO DE 1938

Para mayo de 1938, Domingo Arsuaga y Valentina Alzola se habían convertido en ciudadanos estadounidenses. El pasaporte de su tierra adoptiva abría muchas más puertas que el de su país, sobre todo porque el general Franco, sumido en una guerra nacida de la sublevación, no estaba bien visto en el plano internacional. Sin embargo, en los hogares de los vascos residentes en otros países las anécdotas y los cuentos de la tierra de los padres o los abuelos se hacían más intensos.

Por primera vez la emigración se cambió de nombre y pasó a llamarse exilio. No era el hambre, la promesa o el sueño del oro y el nuevo mundo lo que empujaba a muchos a dejar la tierra, sino la represión y el miedo a ser detenidos o fusilados. No solo políticos, sino también intelectuales, artistas, profesores que defendían sus ideas, nacionalistas o miembros de los partidos existentes atravesaban las fronteras o embarcaban en buques que los llevarían a los lugares del mundo donde su vida y sus ideologías estarían a salvo. México, Argentina, Venezuela, Chile y Estados Unidos les hicieron un hueco, mejorando su tejido social y dejando a España huérfana de hombres grandes.

La comunidad de Idaho, Nevada, California y otros estados acogió sobre todo a los vascos. La guerra había terminado para ellos antes que para los demás, en agosto de 1937. La comunidad

existente les infundió la esperanza de que la situación en España cambiara en futuro. Sin embargo, no necesitaron mucho tiempo para comprender que las cosas no iban a desarrollarse como las habían previsto. Las guerras, esos conflictos violentos que acompañan a los hombres a lo largo del tiempo, no habían terminado. Europa era un polvorín a punto de explotar y el casi extinguido ejército republicano resistía en algunas zonas, pero no podía salvar el país.

En el mes de diciembre, Begoña Aguirre los avisó de que la delegación del Gobierno vasco en Nueva York, formada entre otros por Manuel de la Sota y Antonio de Irala, se dirigía al oeste americano con el fin de recaudar fondos para los miles de presos y refugiados vascos.

—Les he dado tu dirección. Ponte en contacto con ellos.

—¿Sabes dónde se alojarán?

—En el Hotel Anduiza, en Grove Street. Se quedarán un tiempo en la capital, y luego recorrerán Idaho, Nevada, Oregón y Utah. Creo que ellos podrán ayudarte a buscar a la niña. Son hombres muy relacionados que trabajan codo con codo con el Gobierno en el exilio.

Una esperanza se abre ante ella. Aunque Valentina es un miembro importante en la comunidad, todos, y especialmente las mujeres, saben que hay personalidades —sobre todo hombres— que pueden llegar a lugares a los que ellas solo pueden acceder con su colaboración. Los esfuerzos de Esther por localizar a la niña no pueden igualarse a los que ellos son capaces de hacer. Después de saber las fechas de la visita, se propone invitar a cenar a los representantes del Gobierno vasco y a que no les falten en el alojamiento unos dulces de su confitería.

Los preparativos de la Navidad sumergen a los casi veinte mil vascos residentes en el estado de Idaho en una gran actividad. No solo es la preparación del baile, el sorteo del mejor cordero o el alojamiento que necesitan los que vienen de fuera, también hay que ocuparse de los enfermos o de los muertos. Valentina forma parte de la junta del club de mujeres. El marido de Juanita Mendiola,

Sabino, ha muerto, y ellas se ocupan de que no falten flores en el entierro. Los muertos son muy importantes para la comunidad, y en el cementerio de Boise las mejores tumbas les pertenecen. No importa que en vida no hayan recibido su atención: en materia de homenajes no les gana nadie. Encargan flores por un valor exorbitante, pero Valentina aprueba el envío sin dejar de pensar en que los ilustres visitantes la acercan a la hija perdida de Mariana. Tiene que encontrarla antes de que finalice la guerra y los vencedores se repartan las prebendas.

El baile de los pastores se celebra el 22 de diciembre, y este año será en el Salón del Pabellón de Riverside. Se sabe que estará amenizado por la orquesta de Merrill Farming, además de otros afamados músicos vascos con *txistu*, tamboril, guitarra, pandereta y acordeón, y que en el intermedio del acontecimiento se celebrará la subasta del mejor cordero y el mejor pavo seleccionados entre los criadores. Los vascos esperan el momento de las apuestas más que la aparición de las mujeres más bellas. La recaudación de los beneficios este año será destinada a los refugios de los exiliados.

En la casa, Catherine sigue ayudando a la familia. Ya no amamanta a Inmaculada, no porque no quiera, sino porque el pecho se le ha secado. Su vínculo con la niña es fuerte, y en ocasiones a Valentina se le parte el corazón cuando su hija la prefiere. Ella trabaja de la mañana a la noche en la confitería y la niña está cuidada y feliz en su compañía. Ha conocido a su hermana, que reside en un rancho a unas millas de Boise, y Catherine le ha pedido unos días para reunirse con ella en Navidad. Valentina sabe que ambas quieren trasladarse a Mountain Home, donde el esquí atrae a los turistas y los hoteles y tabernas abundan, y ha aceptado. Eso supone que no podrá acudir al baile. No le importa: prefiere estar con sus hijos y adornar la casa con luces y un abeto, como hacen los americanos. En su fuero interno, desea que Catherine tenga una vida lejos de ellos. Ambas han cumplido su misión. La de ella era proporcionarle un hogar donde sanar, pagarle un sueldo y no exigirle nada más allá de que amamantara a su hija. Catherine ha cumplido.

Ahora sonríe, viste con dignidad y conoce el calor que proporciona un hogar.

La Confitería Lekeitio es la única en kilómetros a la redonda. La actividad del obrador es intensa en Navidad, y Valentina es una firme consumidora de los últimos electrodomésticos. Hay batidoras, amasadoras y frigoríficos de acero que facilitan el almacenamiento y la conservación de los productos. Las dos últimas chicas que llegaron procedentes de Ispaster y la mujer de Víctor Goitisoló, Ángela, se han incorporado a la plantilla. Ya son ocho personas que producen pasteles, tartas, turrones y bombones, no solo para la venta directa, sino también para abastecer a hoteles y establecimientos de los alrededores de la capital.

Al final del día, satisfechos y agotados, Valentina y Domingo apenas tienen tiempo de darse la mano antes de dormir. Ese leve contacto les permite seguir trabajando hasta la extenuación. Se sorprenden de lo que han conseguido y hacen bromas.

—*Maitia*, no sabías qué hacer para que no me fuera a la montaña.

—Y, sin embargo, sé que la miras con más deseo que a mí.

—Voy a pedirle a Víctor que trabaje conmigo. Están en el hotel de Anduiza, y él no quiere seguir con el pastoreo. Ha vendido el terreno y la cabaña que tenían cerca de Mountain Home. Ella se administra bien, pero...

—Quita y no pon, se acaba el montón. Lo he visto. Es buen hombre. ¿Has visto alguna casa?

—Pídeselo a Mary. Yo no tengo tiempo.

La primera semana de diciembre, la noticia corre de boca en boca por la ciudad: han llegado los representantes vascos y se rumorea que han venido para informar sobre la realidad que se vive en Euskadi bajo el gobierno del General Franco. En la confitería, las clientas comentan que ahora el Gobierno vasco está en París y que desde esa ciudad quieren saber exactamente cuántos de los que

vivían antes allí están desperdigados por el mundo. Los barcos hacia Argentina, Venezuela o México salen repletos de españoles desde el puerto de Valencia, aún en manos de la República, y Valentina solo piensa en que los visitantes son una oportunidad caída del cielo para la búsqueda de la niña.

Escoge con esmero los mejores dulces, aquellos que sin duda echarán de menos en el exilio, e incluye unas bolsas de almendras garrapiñadas. Envía las delicias al hotel de Anduiza junto con una nota en la que les desea una buena estancia en Boise. Nombra a Begoña Orbe y su deseo de un encuentro, y se despide esperando noticias. Mientras escribe «Manuel de la Sota» en el sobre, la idea de que ha escuchado ese apellido antes no la abandona. No pasan ni veinticuatro horas cuando el señor De la Sota llama a la confitería para hablar con ella. No habla euskera, pero en un castellano elegante le da las gracias y propone un encuentro para dos días después. Valentina piensa en hablar con Mateo Arregui para que les prepare una cena en su hotel. Ella no sabe lo que encierra esa palabra que no sabe exactamente como emplear. El exilio no es como emigrar, no es alejarse de la tierra que amas para buscar alimento, amor o aventura. Domingo dice que tiene que ver con ser un hombre libre o no, y que los que se exilian se guardan la pena de no poder vivir de la manera que ellos desean.

No ha sido una buena idea de que Mary Tyler se ocupe de buscarle una casa. Desde que de una manera inocente le encomendó la tarea, tiene una lista de propiedades que visitar, para lo cual no tiene tiempo. Ella ha elegido casas grandes, enormes, y muy pocas con los requisitos que necesita la familia Arsuaga. Aunque ya no tenga que preocuparse por el dinero y su bienestar haya alcanzado cotas que nunca se permitió soñar, Valentina es una mujer sencilla a la que le disgusta la ostentación y le importa muy poco mostrar su posición económica. Evita referirse a los demás como «ricos» o «pobres»; esos adjetivos con los que se crio se le

antojan ahora excesivamente pueriles. Ella cree en el esfuerzo, en el trabajo y en su recompensa, y eso es lo que le resulta difícil entender a su amiga. Las cosas son distintas para ellos. Se construyen casas elegantes únicamente porque pueden permitírselo, y lo que ella no puede permitirse es esa exhibición.

—Mary, quiero una buena casa con un porche y un pequeño jardín. No hace falta que sea ostentosa. Solo necesito que tenga al menos cuatro habitaciones, si hay alguna más será bienvenida, pero no necesito piscinas, setos ni nada de eso.

—Pero en tu posición...

Valentina no tiene posición ni desea tenerla. Con la Navidad de por medio y Catherina con su hermana, deciden aplazar las visitas. Diciembre está repleto de acontecimientos, y ella puede seguir en su humilde casa de madera, a pesar de necesitar una habitación más ventilada que la que ocupa Simón.

Cuando llega el día de la cita con los delegados, Domingo no está tan nervioso como ella. Valentina ha dejado de nombrar a su ahijada, pero no deja de pensar en ella. Pronto cumplirá nueve años, es demasiado pequeña para estar perdida o en manos de alguien que no la quiera bien. No sabe nada de la familia de Nicolás, y Esther sigue sin conocer su paradero. Mariana nunca nombró a la familia de su marido, pero si fueran ellos quienes la tuvieran acogida le gustaría saberlo. Durante los últimos dos años ha enviado algo de dinero a su tía. Lo ha hecho a nombre de ella porque son las mujeres las que conocen las necesidades verdaderas de la familia y porque entre las vascas siempre ha sido así. Su prima mayor, Remi, fue la única que le envió una carta escrita por una amiga, pero eso fue antes de la guerra. Desde entonces no tiene noticias, y quizá podría preguntarle por ella al delegado.

Pasan a recoger a sus invitados. Una corriente de afabilidad discurre entre ellos. Tienen muchas preguntas, y Domingo se muestra receloso. Quieren saber cómo han construido su negocio y muestran su sorpresa. Los ranchos, las ovejas, los hoteles son los negocios de los vascos, pero una confitería... Irala habla en euskera;

De la Sota, en castellano, y ellos, en esa lengua hecha con trochos de distintas pertenencias. No tienen familia directa en Euskadi y poseen casi más vínculos con Idaho que con Lekeitio. Valentina pone sobre la mesa Gernika, una palabra que escuece a todos por igual.

—¿Estuvieron allí?

—Yo estuve al día siguiente.

De la Sota... Cuando Irala termina de contar con pelos y señales lo sucedido, Valentina los pone al corriente de su propia historia y de la suerte que ha corrido la hija de Mariana y Nicolás.

—La última vez que la vieron estaba en el refugio de la Casa Loizaga. No sabemos qué hacía allí. Imaginamos que jugaba en los alrededores o le habían mandado algún recado. Su rastro desaparece ahí.

—Las bombas eran incendiarias y el fuego se propagó con rapidez por las calles estrechas. No quiero que pierda las esperanzas, pero muchos murieron asfixiados, ametrallados o quemados. No sabemos el número exacto de víctimas y quizá nunca lo sepamos, pero si esa niña sigue allí la encontraremos.

El señor De la Sota anota los datos que le proporciona Valentina y durante un instante le viene a la cabeza Esther, allá en Lekeitio, diciéndole que había trabajado para la familia De la Sota.

—Disculpe... ¿Usted conoce a Esther Zabala? Creo que trabajó en su casa.

El hombre parece pensar hasta que por fin une las puntas de su memoria.

—Sí. Era la doncella de mi madre.

—Era la gobernanta del Palacio Iribarren cuando la madre de Valentina y yo trabajábamos en la cocina. Ha trabajado en el Hotel Carlton, y es ella quien se ocupa de buscar a la niña. Ayúdela, se lo ruego.

Vuelven a casa esperanzados. A pesar de su situación, Manuel de la Sota, desde París o desde Biarritz, donde reside, le ha prometido ocuparse. En su libreta ha anotado cuanto necesitaba. Domingo desconfía de las promesas de quienes representan al Gobierno, pero

no se lo comenta a su esposa. Esa noche tiene un brillo especial y se lo dice.

—Hoy estás más guapa que otros días.

—Es que tengo esperanzas.

El 22 y el 23 de diciembre, en el Cine Rialto se anuncia el pase de un documental titulado *Guernica*, sobre la vida del pueblo vasco durante la guerra. Hay una sesión continua desde la una de la tarde y el teatro permanece constantemente lleno. En cada una de las sesiones, Manuel de la Sota es el encargado de presentarlo en un perfecto inglés de Oxford. El cartel anunciador que aparece en el *Boise Capital News* añade que además se proyectará una película de Walt Disney y que las entradas serán de diez centavos para los niños y de veinte para los adultos.

Diciembre termina ahíto de festejos, comilonas, bailes, partidos de pelota, *card parties*^[55], misas de gallo y cánticos. El día 31, en la principal emisora local de la ciudad, los delegados dan un discurso en euskera para agradecer a los vascos de Boise la calurosa acogida que han recibido. Anuncian que en el baile de los pastores y con la subasta han recaudado 1084 dólares que serán destinados a los refugiados de la guerra. Domingo, Valentina y los niños acuden al Hotel Anduiza, donde hay una comida de despedida con partido de pelota en el frontón. Las mujeres sirven la mesa, ayudan en la cocina y comen cuando ellos terminan.

La repostera se acerca a Manuel de la Sota.

—Buen viaje. No me olvide.

VI VOLVER

*Vosotros venís de la remota montaña,
quieta montaña de majestad velada,
pero no ignoráis la luz, porque en los
ojos nace
cada mañana el mar con su azul
intocable.*

VICENTE ALEIXANDRE

El inesperado regreso

VALENTINA Y DOMINGO

1939-1941

El 1 de abril de 1939, el general Francisco Franco proclamaba en su último parte: «En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado». En muchos lugares, el alivio fue el sentimiento general; en otros, se había perdido la esperanza de recuperar la República. Una nube negra cubría el país a pesar de la primavera. Los restos de desolación, de destrucción, los campos yermos y los muertos mitigaban cualquier alegría que pudiera sentirse.

Sin embargo, en Europa el cielo se teñía de rojo y el temido conflicto que la había sobrevolado estalló como el primer petardo de una verbena. Hitler se dirigió al Reichstag para anunciar que en la frontera las fuerzas polacas habían hecho fuego contra Alemania. No era cierto, pero cualquier pretexto servía para saciar sus ansias expansionistas. Primero había sido el Sarre, en 1935; un año después, Renania, para seguir con la ciudad polaca de Dánzig y, en 1938, Austria. Ante la pasividad de Europa, las pretensiones de Hitler llegaron a Checoslovaquia y posteriormente a Polonia. En mayo de 1940, las fuerzas del Tercer Reich habían invadido Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo y Francia.

Domingo y Valentina son personas relevantes dentro de la comunidad vasca de Boise. En el camino han perdido parte de las

letras de sus nombres. Ahora, con esa costumbre de simplificar la vida que poseen los americanos, son Dom y Val, pero en la intimidad guardan sus nombres completos, igual que el recuerdo de lo que significó poder escribirlos.

Es sábado. La familia al completo se sube al nuevo vehículo que los llevará a Mountain Home, donde Catherine va a establecerse por fin junto a su hermana. Simón ha cumplido diez años, y la pequeña Macu, que también ha perdido algunas letras de su nombre, tiene cuatro. Cestas y bolsas de viaje esperan a que Domingo las acomode. A pesar de su fortuna, Valentina no ha olvidado de dónde viene. Trasiega con mantas, cacharros de cocina, cajas de alimentos que su amiga puede necesitar o que en el rancho tendrán una segunda vida. No ha renunciado a la austeridad, y la nueva casa de Grove Street, en el barrio en el que viven la mayor parte de sus conocidos, es espaciosa pero sencilla.

El viejo baúl que le regaló Esther cuando era la gobernanta del Palacio Iribarren sigue moviéndose por la casa como si tuviera vida propia y fuera a ser utilizado en cualquier momento. Ni hablar de desprenderse de ese objeto que parece guardarla a ella misma y todos sus recuerdos. Los niños meten en él los juguetes o se sientan sobre esas bridas de resistente cuero a las que Catherine dio cera y lustró. Antes estuvo al lado del escritorio de Valentina, albergando sus cuadernos, y mucho antes en el dormitorio, tapado con un paño como si fuera una mesa auxiliar. Ahora está en la galería de invierno, donde en contadas ocasiones se sientan a contemplar ese cielo azul y limpio que suele tener Boise en invierno.

Domingo y Víctor Goitisoló han formado una sociedad. Su empresa, Gozoa, empezó vendiendo algunos dulces, polvorones, chocolates, galletas, pero las técnicas de congelación avanzaban y ya había tiendas de productos congelados. Los hombres, que apenas sabían cocinar, decidieron vender algunas de las recetas de la confitería listas para llevar a la mesa tras el periodo de descongelación y el éxito fue inmediato. Abastecieron primero a algunas tiendas que les hacían encargos puntuales, luego fueron a

los restaurantes, y ahora se preparan para romper los límites del estado. En el almacén de Banner Street trabajan cinco personas, dos procedentes de Ea, una chica de Algorta y ellos dos. Lekeitio no es la única confitería existente en Boise, aunque la fama de sus productos no ha mermado y sigue siendo la más frecuentada.

La vida en apariencia seguía su curso, salvo que China luchaba contra el Imperio de Japón y que este país se había unido a la Italia fascista y a la Alemania nazi contra medio mundo. La guerra contra este bloque, que había comenzado en 1939, se extendía ya a un número considerable de países. A Francia, Polonia y Reino Unido se les habían unido Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica, y para 1940 los aliados se incrementaron con la Francia Libre, Dinamarca, Noruega, Bélgica, Luxemburgo, Países Bajos, Grecia y Yugoslavia. En junio de ese año, la Unión Soviética se unió a los aliados y Estados Unidos permanecía expectante, preparándose para su intervención.

El mundo se ha unido para derrocar la oscuridad del régimen nazi. Sin embargo, Valentina observa con cierta impasibilidad el desarrollo de los acontecimientos que inundan los periódicos, sin perdonar al destino que la haya desposeído de Mariana y su familia. No tiene noticias de la niña, que parece haber sido engullida por el odio, y se niega a ignorar el obstinado silencio que llega del otro lado.

A pesar de su dura infancia, el agujero de esta pena la perfora con más intensidad de la que los demás suponen, y cuando contempla a sus hijos siente que en algún rincón de ese mundo convulso al que el siglo XX tortura estará Valentina, una adolescente que no tendrá madre ni padre. Dividida en su sentir, avanza con su marido y sus hijos, negándose a mirar atrás.

En el rancho, los niños son felices. Disfrutan de los animales, del campo y de su padre. Montan a caballo, ordeñan las vacas y duermen rendidos de dicha y cansancio. Valentina no lo es tanto. Las montañas le abren el apetito y la dejan descansar, pero está acostumbrada a la ciudad y al contacto con la gente. Cuando se

acuestan, Domingo la abriga con sus brazos como siempre ha hecho. Ella le sigue mirando con cierta admiración: nunca sabrá quién es ese hombre. No terminará de descubrir de qué está compuesto su silencio. Valentina se pregunta si será eso el amor, la vida al lado de un hombre que una no sabe con qué parte de él la quiere y al que no se acaba de ver por entero.

Cuando llega septiembre, ese mes que se empeña en zarandearla con acontecimientos, recibe una carta de Esther. Se ha acostumbrado a reacomodar su esperanza antes de abrir esos sobres que la unen a su tierra. Ya no espera la noticia de que Valentina está viva ni reza pidiendo el milagro. Se ha acostumbrado a ese único hilo que le queda con la tierra a la que sabe que no volverá. Su amiga sigue poniéndola al corriente del aroma de los días de paz. Sabe hacer unas crónicas exactas de lo perdido y ganado para que Valentina comprenda cómo se adaptan a los cambios que el nuevo régimen ha traído consigo. En dichas crónicas, Valentina ha ido detectando cómo carta tras carta descendía su entusiasmo. Esther va a cumplir cincuenta años y se siente cansada. No le gustan los falangistas, que al parecer están por todas partes imponiendo una moral que no atiende a razones.

Pero ese día, cuando ya no espera ni sueña, la vida la sorprende. Tan solo le hace falta leer un par de líneas para que la sangre no le llegue al cuerpo.

Querida Valentina:

¡La han encontrado! Está viva y la he visto... Calma, Esther, me digo a mí misma, debes ser paciente y empezar por el principio. Como te dije en anteriores misivas, Manuel de la Sota me llamaba al hotel desde Biarritz, donde reside, para decirme que la búsqueda de Mariana no daba resultados. Lo hizo en cuatro ocasiones, y después no hubo más que silencio. Ya no esperaba su llamada. Sin embargo, hace dos días

estaba en recepción cuando mi amigo Alberto Gutiérrez descolgó el teléfono y me lo tendió. Reconocí su voz de inmediato, y también su satisfacción: la habían encontrado. Los hombres importantes tienen relaciones y las utilizan por mucho que los separe la política, y Manuel de la Sota está ampliamente relacionado. Valentina estaba ingresada en la Santa Casa de Misericordia de Bilbao, donde viven huérfanos. Una conocida suya, en una recepción, le comentó ciertas gestiones con la beneficencia para acoger a una niña huérfana a fin de que trabajara en su domicilio. La señora habló de la marca violeta de la cara de una recomendada de las monjas de la caridad. El resto está en manos de ese azar encadenado que, gracias a Dios, funciona. Algún día te lo contaré con detalle. De la Sota me proporcionó el teléfono del director de la institución, don Benito Marco Gardoqui, al que acudí al día siguiente y quien me hizo saber que la niña estaba disponible en adopción. Me informé. Yo no reúno las condiciones necesarias. No estoy casada, y eso es una condición indispensable. Además, no tengo edad para ser madre, pero al menos me permitió visitarla.

Acabo de llegar a casa. Te confieso que el lugar no es el más adecuado para una vida feliz. Decenas de niños vestidos con batas grises jugaban en el jardín, obedeciendo a los silbidos de una religiosa. Los niños separados de las niñas, como se estila ahora, el pelo muy corto, y ese olor a Zotal que anuncia la pobreza y los piojos. Vi a Valentina en un despacho. No la reconocí hasta que sonrió. Sigue teniendo sus preciosos ojos, pero está flaca y quizá desnutrida. Le dije que era amiga de sus padres y le entregué un paquete de caramelos de malvavisco. Lloraba sin emitir sonido alguno y se me rompió el corazón. Tenemos

que sacarla de allí...

Valentina no levanta la vista del papel e ignora las señales de alarma de Domingo. En su interior, el viaje hacia la mirada de aquella niña ha empezado. Mira a su alrededor. Domingo espera como un gendarme a que ella muestre deseos de poner la mesa para la cena, sus hijos han recogido los plumieres de la escuela y miran sus tareas esperando a que los adultos decidan su destino. Quiere llorar y no puede. Lo único que desea es salir en su busca, pero se levanta dando un sonoro suspiro.

—Valentina ha aparecido. Vive en la Santa Casa de Misericordia, un lugar para huérfanos.

Domingo pone su mano grande sobre su hombro. Es su manera de decir que está con ella, que hablarán más tarde en la habitación. Valentina calienta la cena, les ordena recoger sus cosas, lavarse las manos y rezar antes de hincarle el diente al guiso de carne que ha dejado preparado por la mañana. Luego Domingo recoge la mesa mientras ella acuesta a sus hijos y les canta su querida nana.

Valentina apaga las luces y camina hacia el dormitorio recordando las palabras que ha leído y que aún no le han empapado la voluntad. Esther le anuncia que el señor De la Sota piensa llamarla. Ella ha prometido escribirle con las noticias que tenga. Va a volver a dirigirse al señor Marco Gardoqui, para poder visitar a la niña al menos una vez a la semana.

Recuperar su confianza va a costar. Le he hablado de ti, y cuando lo he hecho ha sonreído. Te recuerda.

La niña la recuerda. El pecho se le llena de algo pesado que le impide respirar. La niña no recordará su rostro, pero su madre le habrá hablado de ella. Mariana tuvo que explicarle el origen de su nombre, y una niña sola, y ella lo sabe con certeza, se agarra a los

recuerdos para creer que un día volverán a abrazarla. La decisión está tomada. Irá a buscarla.

—Te acompañaré. —Domingo la abraza—. No puedes ir sola a Europa. Hay una guerra, Valentina. Quizá no puedas hacerlo, porque he oído que no funcionan los barcos de transporte de viajeros. Es una situación imprevisible. Tal vez podrías llegar, pero no volver. Si insistes en ir, no te dejaré hacerlo sola.

—No, *maitia*. ¿Quién cuidará de nuestros hijos? ¿Y los negocios? —Valentina le acaricia el rostro.

Su hombre no sabe que ella no teme esa guerra que está más allá de los Pirineos y que solo tiene miedo a perderle a él. Domingo, a su vez, intuye que su mujer no es capaz de aceptar la inmensidad de ese conflicto que marcará al mundo. En la confitería hay un trasiego de noticias domésticas, chismes y amoríos prohibidos, pero los hombres, en sus negocios, ven las nubes negras que presagian tormentas.

Franklin D. Roosevelt sabe que los estadounidenses no han olvidado las numerosas bajas de la Primera Guerra Mundial y proclamó su neutralidad, pero con el paso del tiempo ha ido preparando a su pueblo y, en septiembre de 1940, declaró el estado de emergencia nacional y aprobó la Ley de Servicio Selectivo, que obligaba a los hombres a registrarse para el servicio militar. Ha intercambiado destructores con Inglaterra a cambio de bases navales en el Atlántico y fábricas de armas.

Domingo observa a su mujer. Una energía renovada la asiste cuando al día siguiente anuncia que piensa ir a España a buscar a la hija de Nicolás y Mariana. Toda la comunidad conoce el fin de su osado viaje y cada una de las mujeres le ofrece su ayuda. Desde Nueva York, Begoña Orbe la informa de que puede ir hasta allí en avión en apenas diecisiete horas, pero Valentina no quiere viajar en ese medio de locomoción que Mary Tyler adora. Si lo hace en tren tardará dos días, y en autobús cuatro si no hay problemas con la

nieve. A las espaldas de Begoña, Valentín Aguirre vocifera que aquello es una temeridad.

Está obligada a realizar muchos trámites antes de subir a ese autobús rápido Greyhound que atraviesa medio país hasta Nueva York, y el otoño está a la vuelta de la esquina. No puede irse sin obtener los papeles que necesitará para traerse a Valentina. Mary Tyler consigue certificados con solo cruzar las piernas o airear su melena rojiza. Encarga informes de convivencia, saca fotos de los negocios y pide al banco referencias de los Arsuaga. Se ha empeñado en acompañarla hasta Nueva York, y ha movilizado a varios senadores en Washington para que Valentina, que es americana, consiga su propósito.

—Lo conseguiremos. Yo me ocupo de los poderosos, y tú de abrazar a esa niña.

No obstante, la situación es compleja con la guerra de por medio. La mayor parte de las compañías marítimas han suprimido los viajes transatlánticos, pues la mayoría de sus barcos han sido requisados con fines militares. La guerra en Europa afecta de pleno al Atlántico, y los submarinos alemanes y las patrullas británicas comprometen la seguridad del transporte. Valentina se desespera pensando en la manera de llegar a Bilbao. Nadie sabe lo que durará la guerra, pero esperar no le parece una solución.

La única opción viable es viajar en barcos de carga y correo. Algunos ofrecen alojamiento básico a precios muy altos y sin garantía, pues las salidas son irregulares, y las rutas, indirectas. Valentín Aguirre la informa de que lo mejor es que viaje hasta Lisboa. España levanta sospechas. A pesar de haberse declarado neutral, el régimen franquista no oculta sus simpatías hacia las potencias fascistas y la relación con Estados Unidos no es buena. Viajar no va a ser un placer, sino una aventura de alto riesgo que Valentina está dispuesta a afrontar.

Manuel de la Sota telefona a la confitería una semana después de que llegara la carta de Esther. No la disuade de su deseo de regresar, pero le aconseja extrema prudencia y le ofrece su ayuda.

—En estos momentos es conveniente tener amigos hasta en el infierno. Cuente conmigo.

El hombre la pone al corriente de los papeles que necesitará en España y de la conveniencia de que formalice la adopción valiéndose de su nacionalidad española. Los complejos visados y permisos especiales correrán a cargo de las relaciones que mantiene con Manuel Aznar Zubigaray, un periodista que durante la República participó en la tertulia presidida por Pedro Eguillor en el Café Lion d'Or de Bilbao y que contó con Miguel de Unamuno, Gregorio de Balparda, Ignacio Zuloaga o José María de Areilza, entre otros.

Valentina no sabe de quiénes le habla. Puede recordar los nombres de todos los chefs franceses de categoría, e incluso recitar el santoral, pero reconoce su desconocimiento respecto a los grandes hombres. Anota en su libreta los datos que necesitará consultar con Valentín Aguirre cuando esté en Nueva York. Para finales de noviembre, Valentina posee una carpeta repleta de papeles y numerosos sobres con dólares en su interior que los residentes de Boise esperan que entregue a sus familiares. Valentina no tiene miedo, pero Domingo se vuelve aún más silencioso con el transcurso de los días. La nieve cubre la ciudad, las montañas y el fondo de su corazón. Conoce la determinación de su esposa y sabe que, por muchas dificultades que se presenten, nada la disuadirá.

—En primavera, aunque la guerra no haya terminado, al menos el clima será más propicio. Piénsalo.

—No tengo nada que pensar. Ella nos necesita.

—Hay movimientos por parte de los japoneses. Algunos dicen que pueden atacarnos.

—América es grande.

Cada noche la abraza manoteando los pensamientos que presagian peligros a los que una mujer no puede enfrentarse. Piensa en los ladrones, en ese barco de carga en el que ha reservado un camarote compartido con otra mujer, en los torpedos que los periódicos dicen que los submarinos alemanes disparan contra todos los que navegan. Piensa en el frío, la nieve y la decepción que sufrirá

al volver a una ciudad destruida.

—Los hombres no sabéis la fuerza que nos otorga la naturaleza cuando de un hijo se trata. No temas, volveré con ella para que la protejas como haces con tus hijos.

—No te enfrentes a los militares.

—No me enfrentaré a nadie. Me gastaré todo el dinero en regalos y chantajearé a quien haga falta, pero la traeré.

Lo tiene todo previsto, salvo el azar, y para él ha reservado sus plegarias y sus súplicas. Lleva una libreta con cientos de nombres y direcciones de políticos, curas, diplomáticos y abogados. Eso sin contar con los contactos que le proporcionarán los Aguirre en cuanto llegue a Nueva York.

Va a cumplir treinta y dos años, y tiene una familia.

El autobús es cómodo, tiene buena calefacción y lo conduce un muchacho fornido. Cuando Valentina lo mira, está segura de que nada malo puede pasar. Va vestido con uniforme, y tras su asiento hay una pequeña placa que dice:

YOUR OPERATOR

J. WILLIAMS

SAFE. RELIABLE. COURTEOUS^[56].

Mary despliega sus encantos. Insinúa que no puede ni con el bolso y se deja ayudar. Valentina saluda sonriendo a Domingo y a Rita, que la han acompañado hasta la salida. Mira a su marido. Él no sonríe. Está quieto, anclado a la tierra con las piernas levemente abiertas, y la observa fijamente. Aguanta con firmeza el nudo que tiene en la garganta. Ella sabe que Domingo está inmortalizando su sonrisa y que la guardará celosamente hasta su vuelta, como guardó la fotografía que le hizo Ojanguren bajo el magnolio que había al fondo del jardín del Palacio Iribarren.

El gran autobús inicia la marcha. Deja atrás la ciudad y toma la carretera. Aunque su compañera parlotea a su lado y busca y rebusca en su bolso, las amplias ventanillas le ofrecen un paisaje nevado y hermoso. Su amiga se coloca un antifaz. El resplandor de la luz sobre la nieve le daña los ojos. Valentina suspira aliviada y se vuelve a mirar los páramos cubiertos de blanco mientras aprieta contra su pecho la bolsa repleta de nostalgias y certificados.

Tres horas después, se detienen en un restaurante. Los pasajeros negros no pueden entrar por la misma puerta, y Valentina le pregunta a su amiga por ese misterio americano que hace que el pueblo se indigne por el trato que los nazis dispensan a los judíos mientras ellos colocan carteles racistas por todo el país. Mary se encoge de hombros, le habla de los campos de algodón, de Luisiana y de los barcos de esclavos.

—*Darling*, las diferencias han existido desde el principio de los tiempos. Guapos y feos, ricos y pobres, hombres y mujeres, blancos y negros, sur y norte...

Valentina se dice a sí misma que los viajes revuelven la cabeza, destapan la realidad y quitan el maquillaje que oculta el tiempo. Cuando vuelve al autobús, el conductor la ayuda a subir los tres escalones...

—Gracias.

A su espalda, Mary le murmura:

—¿Lo ves?... Hombres y mujeres...

Se sienta y permanece atenta a lo que queda tras el cristal... Espacios infinitos, pueblos que agrupan media docena de casas que se aprietan para existir en ese vasto territorio. Cuando anochece se encienden las luces de Navidad en esos pueblitos dispersos en los que los abetos iluminados desafían la soledad. Se adormece imaginando a Valentina. Piensa en ella, y cada vez que lo hace nota que sus tripas se encogen. No tiene miedo al viaje, pero teme que los ojos de la niña tengan una tristeza irreparable. En su bolso lleva fotografías de sus hijos, del jardín, del *collie* que Domingo trajo hace unos meses y que corre de un niño a otro desafiándolos para que

jueguen. Quiere que vea el mundo en el que se la espera. También ha guardado algunas de la confitería, para enseñárselas a Esther, y otra de su marido, que mira al objetivo como si temiera que fuera a robarle el alma. Milagros le ha cosido una especie de cinturón holgado con departamentos donde meter el dinero y que la hace parecer una mujer de caderas anchas.

Cada tres horas se detienen. Unos pasajeros suben y otros bajan. Estiran las piernas, a veces toman un café o un sándwich. Atraviesan ciudades donde los edificios compiten en altura y bullicio, campos de trigo, graneros, algún bosquecillo... Mucho frío fuera y demasiada calefacción en el interior.

Las mujeres no se aburren. Mary le habla de los orígenes humildes de su familia, unos irlandeses que vinieron al nuevo mundo en busca de prosperidad. La intimidad del recinto, la cercanía y las largas horas en compañía de día y de noche tejen un vínculo aún más profundo del que poseían. En un momento dado, Mary le confiesa que ha nacido en Nueva York, una ciudad que adora, pero que vive en Boise porque Robert no es su marido, sino su amante. Él está casado, tiene tres hijos y una mujer en Washington.

—¿Por qué Boise?

—Entre otras cosas, porque ningún periodista o senador va a encontrarme allí y porque Robert heredó la casa de una tía a la que ni siquiera conocía. Una amante como yo destrozaría su carrera política.

Por primera vez en su vida, Valentina comprende que hay otras personas que viven el amor de una manera irrenunciable. No se sonroja cuando la irlandesa le hace confidencias muy alejadas de la moralidad. No puede hacerlo. Ella no sabe si los amores de Mary se parecen a lo que comparten su marido y ella. Quizá no, porque Mary vive anhelando a su amante y ella lo tiene cada día. Valentina quiere responderle, y por eso le habla de su amor por Domingo y de su sensación de desconocerle, de no llegar a él.

—¡Ay, Val! Da gracias a Dios. El día que lo conozcas del todo dejará de parecerte fascinante. El amor es como un buen cuadro: si

siempre ves algo distinto, lo adorarás, pero en el momento en que sientas que no tiene secretos lo cambiarás por otro.

—No, eso nunca.

—Dile todos los días que le amas.

Cuatro días después llegan a Nueva York. Begoña y Valentín la esperan. Mary Tyler cae en brazos de un hombre maduro y pelirrojo al que presenta como su padre y desaparece en medio del gentío, no sin antes abrazar a Valentina y susurrarle al oído:

—Esperaré tus noticias. Me encontrarás aquí para volver contigo a Boise.

—Será mejor que no hagamos planes. Preferiría que no me esperaras.

Nueva York la recibe iluminada como una noche de verbena. En cada calle y plaza hay bombillas de colores, abetos y guirnaldas. Los rastros de pobreza que ella vio once años atrás han desaparecido, y los edificios inmensos compiten en grandiosidad. Valentín cree que la entrada en la guerra europea es inminente y que de nuevo la economía se resentirá. Le detalla las gestiones que ya ha hecho, así como algunas pendientes que deberán revisar en cuanto se instale en el hotel. Begoña le coge de la mano y le hace un gesto para que ignore a su marido.

—Tienes que descansar. No creo que el barco sea un remanso de paz, y será mejor que la travesía te pille fuerte.

Tiene dos días para hacerlo, quizá tres, porque el capitán del mercante ha dejado claro que no se puede comprometer a una fecha de salida. Todo dependerá del tiempo, de las mareas y de la celeridad que imponga la carga.

—Hemos conseguido que viajes sola en un pequeño camarote. No habrá comodidades, pero al menos no tendrás que soportar a nadie. El capitán es un griego que sabe más de navegación que el mismísimo Juan Sebastián Elcano, pero nadie te va a engañar, y menos aún él: este viaje es una temeridad.

—¡No la asustes! ¡Tiene que buscar a una niña!

Valentina sonríe. Nadie conseguirá asustarla, y lo que tenga que ser será. Está convencida de que todo irá bien. Una fuerza sobrenatural la sostiene. Encontrará a Valentina. Se lo ha prometido a sus padres, a quienes nunca olvida incluir en sus plegarias, y sobre todo a sí misma.

Al llegar al número 82 de Bank Street, Valentina siente una particular alegría. Recuerda su primer baño en el Hotel Santa Lucía, la cocina del Jai Alai, a Manuela, a Elizabeth y el día de su cumpleaños. Tiene ganas de ir a las cocinas, pero lo primero es acomodarse en la habitación y llamar a su marido para decirle que ha llegado bien. Se da un baño suspirando, se cambia de ropa y mira por la ventana. Le parece que hace un siglo que pisó esta ciudad, que es otra la que vuelve. En realidad, así es.

Pide una conferencia con Boise, con la oficina de su marido, y espera hasta que al otro lado de la línea escucha la voz áspera de Domingo. Siente un escalofrío. Su cerebro lo reconoce.

—*Maitia* —le dice con una añoranza primitiva.

Espera unos instantes a que el impacto de su voz se aleje y le informa de que el viaje ha sido bueno, que está en el hotel y que el matrimonio Aguirre la espera para cenar.

—Y el barco... ¿sabes cuándo zarpará?

—En dos o tres días. En realidad, Valentín dice que lo decidirán en el último momento.

Hablan de los niños, de Duncan el perro, de lo que han comido... Bajo esa trivial conversación se siente el aliento del miedo, de la cautela, de la preocupación del uno por el otro. Los dos custodian lo que comparten, y ese contrato silencioso que dice que ambos conservarán lo que tienen hasta la vuelta permanece ahí, como un juez que todo lo presencia. Valentina recuerda los consejos de Mary para cuidar el amor... «Dile todos los días que le amas». Nunca se lo ha dicho, tampoco Domingo a ella. Él le regala palabras de admiración, le dice que es bella, que su cuerpo es precioso, pero lo cierto es que ella pocas veces expresa con palabras su amor por él o

por sus hijos. Quiere pronunciarlas, pero no le salen.

—Si no puedes llamar para decirme que zarpas, que lo haga Valentín.

—*Domingo, maite zaitut*^[57].

Valentina se reencuentra con Manuela y Elizabeth en la cocina del Jai Alai. Se ponen al día en un inglés salpicado de palabras propias. Cena con los Aguirre y hablan mucho de España, pero no nombran la guerra europea. No es habitual ver a Valentín silencioso, pero lo está. Un par de veces mira a la joven y le advierte que está a tiempo de arrepentirse. Le habla de unos portaaviones en el Adámico que se dirigen a las costas americanas. Ella ignora la información, no quiere saber. Lo único que le interesa es seguir anotando nombres y direcciones a los que poder acudir si las cosas se tuercen. Quiere ir a la catedral de San Patricio y a ver ese edificio que estaba en obras cuando llegó a la ciudad y del que todos hablan: el Empire State.

Por fin en su habitación, recompone el equipaje. Quiere tenerlo todo listo por si el capitán la requiriera. Saca el cuaderno, revisa sus quehaceres y anota otros. Es 6 de diciembre, y calcula que si parte en un par de días, y teniendo que añadir al menos ocho o diez de viaje, puede que llegue a Bilbao hacia el 20 de ese mes. Abandona sus cálculos. Está claro que no llegará a casa para estar en Nochebuena con sus hijos y Domingo. La apena, pero, como si tuviera un mecanismo secreto que desactivara los malos presagios, cierra el cuaderno y sigue acomodando sus cosas.

Las cartas que debe entregar son muy importantes. Tras la guerra civil, y ahora con la europea, los transportes se han vuelto imposibles y la distancia que separa a los vascos de su tierra parece que se ha doblado. No podrá evitar volver a Lekeitio, a Bedarona y quizá a Ea. Verá a sus primas, a sus tíos, y podrá arrodillarse en la basílica para hablar con su Virgen. También estará obligada a volver a Gernika, y eso lo teme. No poder ir a ver a Clara, o ver el Arraun sin sus propietarios, será peor que sortear los submarinos alemanes.

Por fin se mete en una cama mullida y limpia. Antes de cerrar los ojos, saca las fotos de sus hijos. Los besa y les da las buenas noches. De alguna manera, siempre ha creído que el amor viaja por canales desconocidos y cree que ellos sentirán sus besos. Compone el rostro de Valentina a partir de esa fotografía de la que ha hecho varias copias, quiere imaginarla con las facciones más definidas, quizás la mirada desprovista de inocencia debido a lo que ha visto, pero no puede. El rostro que ve es el de su amiga Mariana, sonriendo el día en que nació su ahijada justo en aquel momento inolvidable en que ella misma le puso a la niña en el regazo. El pecho se le rompe, pero el cansancio gana a su pena.

Durante la noche, el capitán del barco ha llamado al hotel. Quiere entrevistarse con Valentina. A pesar de que ella ha pagado su pasaje, necesita verla. Valentín le aconseja que se vista como una mujer intrépida y que deje al descubierto la cintura. Quizá tenga miedo de que esté embarazada. Le han propuesto encontrarse al día siguiente en un restaurante de los muelles. Mientras, visitan a una persona que hace las funciones de embajador. Valentina despliega unos encantos de los que nunca ha hecho uso. Sigue al pie de la letra los consejos de Mary, aunque no cree que el interés se despierte únicamente por el deseo. Los hombres gozan del poder, y todas las mujeres han de tener una dedicación extra cuando necesitan conseguir algo. A ellos les gusta mostrarse poderosos, y Valentina no tiene problemas para dejar ver su fragilidad. Finalmente consigue lo que necesita: una carta de recomendación que podrá usar con el gobernador civil de Bilbao para que tramite el pasaporte y la autorización de salida de la niña.

Cuando al día siguiente va a entrevistarse con el capitán es domingo. Valentina, mientras se viste, imagina a sus hijos desayunando, jugando con la nieve y con Duncan. Se pone unos pantalones gruesos y unas botas. Ni tan siquiera se pinta los labios. Después coge su equipaje. Tiene que estar preparada y prefiere llevarlo consigo. En la recepción la espera Begoña, que, con lágrimas en los ojos, la abraza emocionada y le entrega a su marido un

paquete. Valentín la acompaña, como un padre que vigilara a su niña.

—Déjalo en el coche, hace tanto frío que será como si fuera en un frigorífico. Es para el viaje... y como no sabemos cuándo zarpará ese barco...

Tienen tiempo hasta la cita, así que Valentina le pide a su anfitrión que le dé una vuelta en automóvil por la ciudad, que teme no poder visitar. El señor Aguirre accede y le va mostrando los desafiantes edificios que se han construido.

Cuando se sientan en la mesa del restaurante observan sorprendidos cómo unos cuantos clientes se agrupan en torno a un aparato de radio. Valentín se acerca para interesarse. Cuando vuelve a la mesa está lívido.

—¿Qué sucede?

—Los japoneses han bombardeado la Flota del Pacífico en Pearl Harbor. Dicen que han destruido cruceros, acorazados, destructores y decenas de aviones y que hay cientos de muertos. Esto es la guerra, Valentina.

Se miran. Ambos saben lo que eso significa.

—El presidente Roosevelt ha anunciado una intervención radiofónica para todo el país.

En ese momento, un hombre de aspecto huraño se para frente a ellos y se identifica como el capitán del Greta. No quiere comer ni tomar nada.

—Mi nombre es Nikos Vlachos y soy el capitán del Greta. He venido para anunciarles que zarpamos en una hora. Todo apunta a que después no podremos salir del puerto. El presidente está a punto de comunicar al país que estamos en guerra, y esto va a cambiarlo todo. No les oculto que este viaje va a ser muy peligroso, y que no tengo la tripulación que necesitaría, pero es la última oportunidad. Doy por hecho que no viajará con nosotros... —El capitán la mira a los ojos con intención de disuadirla.

—Viajaré con usted a Lisboa como estaba previsto, si no le importa —interrumpe Valentina al capitán—. También es mi última

oportunidad... No soy una mujer temerosa, y podré ayudar en lo que esté capacitada. Soy cocinera.

Ha dejado de cocinar hace años, pero no iba a decirle a aquel hombre que no quiere embarcarla que es la reina de la repostería, o que es capaz de obtener el más delicioso de los almíbares para los bizcochos. Una cocinera tiene la llave de la satisfacción y la voluntad de los hombres, y está dispuesta a valerse de ella. Mira a Valentín, que permanece silencioso y contrito.

—Valentín, ¿serías tan amable de traer mi equipaje?

El hombre intenta hablar, pero Valentina no se lo permite.

—No hay tiempo. El automóvil está un poco lejos. No te preocupes, todo irá bien.

Ve, a través de la cristalera, a Valentín Aguirre caminando hacia el lugar donde ha aparcado. Suspira y mira a Nikos Vlachos, que la observa con interés.

—Acepto su ofrecimiento. Mi cocinero ha renunciado y lo cierto es que el estómago de los marineros es muy importante. ¿No tiene usted miedo?

Valentina sonríe.

—Mi marido está aterrado, pero yo... A las mujeres nos aterran otras cosas. Quizá porque no sabemos lo que es una guerra. De cualquier manera, sería una estúpida si no tuviera temor a enfrentarme a este viaje. Confío en Dios y, naturalmente, también confiaré en usted.

—Su Dios puede embarcar también. Lo necesitaremos.

El restaurante está cerca de los muelles. Caminan envueltos en una niebla que se escapa hacia los barcos, haciéndolos parecer fantasmas irreales. El capitán no es un hombre hablador, pero ella no teme el silencio. Se levanta el cuello del abrigo y camina despacio para dar tiempo a que vuelva Valentín. Como acostumbra a hacer para protegerse de lo desconocido, reza un avemaría y readapta su cabeza para estar dispuesta a aceptar cualquier cosa que encuentre. Frente al Greta, los estibadores trabajan con la carga. El casco está pintado de un color rojo oscuro y es grande, más de lo que

esperaba. Una bandera desconocida ondea bajo un viento helador.

—¿Esa bandera de dónde es?

—De Portugal. Neutral. —Nikos no está dispuesto a desperdiciar una sola palabra—. ¿Podrá usted escalar?

—Podré.

No sabe cómo va a conquistar la cumbre de aquel navío oscuro. Se fija en la escala de madera y cuerda. Y sigue mirándola hasta que ve a un hombre trepando con una agilidad envidiable. A su lado, el marino da órdenes y habla con otros en un idioma que ella desconoce.

—Viajaremos con otros dos buques. Es mejor ir acompañados.

Valentina se queda en el muelle observando la actividad y el nerviosismo de la tripulación hasta que llega Valentín algo acalorado. Además del equipaje, lleva el paquete que Begoña ha preparado para el viaje y secretamente agradece su previsora atención. A unos metros, el capitán mira el despliegue de bultos con curiosidad. Aguirre le pone en las manos una bolsa que no reconoce.

—Eso no es mío —advierte Valentina.

—Un recadero lo ha dejado muy temprano en el hotel. Ha dicho que es de parte de Mary Tyler. Lo había olvidado.

—Gracias, Valentín. Por favor, llama a mi marido. Pondré un telegrama en cuanto llegue. Hace mucho frío y Begoña estará preguntándose dónde estamos. Vete, y gracias otra vez.

No opone resistencia. El hombre está visiblemente nervioso, con ganas de alejarse de allí. Parece el familiar de un reo al que fueran a ajusticiar y que no desea estar presente. El capitán se acerca a despedirle con cortesía y pocas palabras. Un par de marineros se llevan su equipaje, y ella se prepara para acceder al barco escalando con la supervisión cercana de Nikos Vlachos.

La parte habitable del Greta es pequeña respecto a la superficie de carga. Por encargo del capitán, un marinero que se presenta con el nombre de Manuel la acompaña al camarote y le indica dónde están la cocina, el comedor, los demás habitáculos y la sala de máquinas. No hay lujos, y todo es de una sencillez casi escandalosa.

Manuel habla algo de español, inglés y portugués. Es joven, entusiasta, y despidе un aire aventurero y de inocencia. Valentina agradece el rostro amable, desprovisto de gravedad.

El camarote que le han asignado está junto al del capitán, este lo ocupa un hombre un tanto misterioso que se ha cruzado en el pasillo. Le han llamado la atención su traje impecable, los zapatos limpios y esa manera de peinarse con fijador, como los del cine. El espacio es reducido y solo tiene un catre sencillo, un armario y una mesa con su silla. Su equipaje está encima de la cama. Valentina no ha estado nunca en una cárcel, pero cuando se imagina una celda se parece a lo que ve. Afortunadamente, hay una claraboya por la que quizá pueda ver el horizonte cuando salga el sol.

Escucha un leve rumor de motor y pasos y voces en el pasillo. Manuel le ha dicho que no zarparán hasta la madrugada. Valentina no quiere deshacer por completo su equipaje. En pocos minutos se ha dado cuenta de que la ropa que lleva no le servirá en el barco. Rebusca un vestido de lana, una prenda de punto gordo y un cárdigan. Saca sus cosas de aseo y coloca en el armario lo que puede necesitar. La foto de su familia al completo la deja sobre la mesa después de depositar sus labios sobre los rostros risueños de sus hijos y su marido. Coloca sus pertenencias en un rincón y deja su enorme bolso a mano. Lo único que queda es el paquete que le ha preparado Begoña, tan pesado que no se atreve a levantarlo. Revisa con curiosidad la bolsa que ha dejado Mary para ella. Sabe que su amiga es impredecible, pero se queda perpleja al descubrir un traje de chaqueta de buen corte y una blusa de seda rosa. En la solapa, prendido, como si fuera a usarlo esa misma noche, un pequeño y bello broche de brillantes que forma un ramillete de flores emite pequeños destellos. Incredula, no puede más que admirarlo. Toma un sobre que hay prendido con un alfiler y lee la nota:

*Las atenciones de los hombres son proporcionales a nuestro
aspecto y a los secretos que parecemos guardar.*

No lo olvides. Te esperaré.

Acaricia el tejido, evalúa si podrá subir la cremallera de la falda cuando se haya colocado la faltriquera. Observa la delicada pieza de joyería. Jamás ha poseído algo tan valioso, y se siente incómoda al pensar en usarlo. Ella solo tiene unos pendientes y un collar de perlas que le regaló Domingo. Eso y las turquesas que Tajui le ofreció cuando aún no le conocía.

De pronto ha olvidado que está en el barco, que la guerra amenaza la vida de medio mundo; solo sonríe al pensar en la vida oculta de Mary y en esa generosidad que le muestra. Guarda todo y decide salir del camarote para ir a visitar la cocina.

El capitán no le ha dado instrucciones de ningún tipo, pero los marineros parecen ocupados en cubierta. Probablemente su aspecto no represente peligro alguno. Los pantalones, el chaquetón grueso y el viejo jersey que le dejó Begoña ocultan cualquier atributo femenino. Atraviesa el comedor y llega a la minúscula cocina. Ella puede cocinar en cualquier lugar siempre que esté limpio, y ese espacio acumula mugre desde hace tiempo. Decidida, busca lo necesario en un pequeño almacén, revisa la nevera y se deshace del chaquetón para ponerse un viejo delantal. Calienta agua, busca trapos y comienza la limpieza. Al menos, piensa Valentina, el barco no ha empezado a moverse.

Limpiar la alivia y agota por igual. La cocina va recuperando el brillo, y ya sabe cómo funcionan los fogones. Hasta que escucha una voz a su espalda.

—La he buscado por todo el barco.

El capitán parece enfadado, pero ella se siente satisfecha.

—No puedo cocinar si todo está sucio.

El hombre la mira, impotente. A través de la puerta Valentina ve a un par de marineros en el comedor que miran en su dirección. El capitán suspira, baja la cabeza, y ella se fija en sus mandíbulas apretadas, que mueve como si tuviera un tic nervioso. No necesita

mucho para intuir que está abrumado por la realidad.

—Puedo improvisar un almuerzo, una cena o lo que quiera que sea... Pero necesito un baño que pueda utilizar yo.

—Se lo agradezco. Los hombres no han cenado. Y en cuanto al baño... Al lado del comedor hay uno. Les diré a los hombres que se abstengan de utilizarlo.

Valentina se lo agradece y, cuando el capitán la deja sola, va a inspeccionarlo. Todo necesita una buena limpieza, así que no tendrá tiempo para ocuparse de los oscuros pensamientos que flotan en su cabeza. Va al camarote en busca del paquete de comestibles. Está segura de que Begoña habrá intuido la precariedad de la despensa de un barco de carga. Cuando ve el contenido se emociona. Hay media docena de latas de chorizos conservados en manteca de La Fructuosa, varias latas de alubias, un queso, tres paquetes de café y unas deliciosas barras de chocolate. Ha visto en la despensa pan envasado, cebollas, un saco de patatas..., así que la cena está servida: hará unas patatas a la riojana.

El Greta, junto con otros dos buques, zarpa un par de horas antes del amanecer. Nueva York duerme envuelto en un silencio que a Valentina se le antoja inestable. Todos esperan que el presidente Roosevelt se dirija al país para anunciar las medidas que tomarán para vengar la infamia del ejército japonés.

Valentina se acurruca en su camastro y, amodorrada por los motores, piensa en lo que ha dejado atrás. Echa en falta el abrazo de Domingo y extraña su calor. Hace diez años hizo ese viaje ajena, casi niña, inconsciente y atrevida. No sabía lo que iba a encontrar, y se agarró a la esperanza de ese pastor que la esperaba. Ahora vuelve a hacerlo decidida, segura y con el firme propósito de reunir lo que ama.

La travesía, contrariamente a lo que todos esperaban, no presenta dificultades técnicas. No han sido atacados ni se han topado con enemigos. La mar está en calma y una tensa quietud

habita el barco arrullado por el ruido de los motores. El frío es endiablado. Valentina ha añorado tanto el mar que no puede evitar salir a cubierta para escucharlo, olerlo y sentir esa bruma que los engulle. El capitán le hace distinguir en la oscuridad las luces de los barcos que los acompañan y le cuenta que América está en guerra y que el mundo entero respira pendiente de la aviación y de los submarinos desplegados. La respeta. Lo nota en cómo se dirige a ella. No pregunta por su temerario viaje. No indaga sobre ella en las horas perdidas en que se acompañan, pero siempre le agradece su labor en la cocina. Todos los tripulantes muestran su agradecimiento. Están comiendo como reyes.

La paz de la travesía dura casi tres días. Luego aparece una corriente de aire cálido y engañoso y, pasados unos minutos, llega la alerta del capitán: una tormenta se acerca. En el camarote, Valentina guarda sus cosas como le indica Manuel, pero apenas tiene tiempo de hacerlo porque, antes de que pueda advertirlo, el mar se levanta como si estuviera dominado por una furia incontrolable. El océano se transforma en un monstruo. Las olas parecen querer alcanzar el cielo, y el tiempo entre una y otra es de apenas unos segundos. En el puente de mando Nikos Vlachos intenta recuperar su posición, pero es imposible. Manuel le aconseja atarse a una silla junto al misterioso viajero, al que no ha oído pronunciar una palabra. Les ordenan ponerse el chaleco salvavidas, un modelo al que todos se refieren por el nombre de la artista de cine Mae West.

Durante las horas terribles en que el mar los zarandea como a un juguete, Valentina piensa que nadie la ha prevenido de lo que la naturaleza puede decidir hacer con los hombres. Envuelta en cavilaciones, adormecida por el malestar de su cuerpo, o mirando con curiosidad a su extraño y silencioso compañero, la tempestad amaina por fin. Una luz mortecina la va liberando del pánico. Dando tumbos, se encierra en su habitación y reza todas las oraciones que recuerda, mirando, de vez en cuando, la claraboya y el horizonte plateado por la luna que sube y baja a un ritmo peligroso.

Duerme sin levantarse, salvo para usar el orinal. No hay comida ni cena, y los hombres, más acostumbrados a las tormentas, arramblan con lo que ella ha podido preparar: huevos cocidos, sándwiches y un puchero con café. Cuando los golpes de Manuel la despiertan han pasado dos días, cinco en total desde que partieron de Nueva York.

Renovada y más estable, se ocupa de los pucheros. Utiliza el chocolate para hacer una tarta y trata de lavarse el pelo calentando el agua y encerrándose en el comedor para tener intimidad. Por fin decide vestirse como acostumbraba. Se pone su vestido de lana color azafrán y se arregla el pelo como siempre hace. Para los hombres ya no será mujer. Es la cocinera, lo equivalente a una diosa intocable en medio del mar.

El capitán, doce días después de zarpar, anuncia que están a pocas millas de la costa portuguesa. Valentina siente que un nudo se deshace en sus tripas y por fin puede sentarse en el catre y llorar. La travesía ha durado demasiado tiempo, o al menos eso le parece a una cuando no deja de sentir miedo, soledad o malestar. Ella sabía que no estaba en posición de mostrar debilidad, y por eso ha intentado evitarlo. Pero ahora que llega a puerto está en su derecho de desahogarse.

El capitán toca la puerta con los nudillos para decirle que la espera en el puente. Valentina corre a reunirse con él. El griego no se siente cómodo. Quiere devolverle el importe de su pasaje, que, además, y según sus palabras, está muy por encima de las comodidades que ha podido ofrecerle.

—No puedo aceptarlo. —El capitán deja sobre la mesa un sobre medio abierto que permite ver el montón de billetes que guarda—. Y además, el otro pasajero ha pagado por los dos. Se alojó en mi camarote y se le ha servido como a un rey. Le estoy agradecido.

—Tendré que volver... ¿Se quedará usted en Lisboa?

—Sí. Me quedaré al menos veinte días. Mi familia vive en Sintra, a unos treinta kilómetros de la capital. Volveré a Nueva York con una nueva carga si la situación lo permite.

—La finalidad de mi viaje es recoger a la hija de unos amigos que murieron durante la guerra. La niña está en un hospicio y voy dispuesta a adoptarla para regresar a Nueva York con ella. No sé lo que tardaré en resolver la situación, pero necesitaré un capitán valiente como usted. No parece que la situación política vaya a arreglarse en unas semanas.

—Quizá yo necesite una cocinera...

Nikos es un hombre serio y responsable. Le proporciona un teléfono donde podrá localizarle o al menos obtener información sobre su ubicación. El dinero sigue sobre la mesa. Por un momento piensa en dejárselo, pero termina por guardarlo en su bolso. Ella ha trabajado como uno más en la cocina del Greta. Se despiden con el mismo respeto con el que se encontraron.

Lisboa es la ciudad neutral de la guerra. Allí se reúnen cientos de espías, militares y negociadores de todo tipo. Ve al pasajero misterioso subiendo a un taxi. Aunque no es curiosa, le hubiera gustado saber la misión de aquel hombre al que no ha oído decir una sola palabra. Ella para otro y pronuncia el nombre de la estación de la que sale su tren hacia España. Durante todo el trayecto, Valentina disfruta de un cielo azul que le recuerda los felices días de invierno allá en Boise, en su casa.

La mirada de quien ya no pertenece

**VALENTINA ALZOLA
BILBAO 1941-1942**

Lleva muchas horas metida en vagones de tren y tiene la sensación de que el tiempo no acaba de alcanzarla. Está cansada, se siente sucia y el estómago le reclama algo caliente. Por fin el convoy ha alcanzado la ciudad a la que se dirige. La velocidad es mínima, y a través de la ventanilla su anhelo de reconocer su tierra se intensifica.

Hace dos años que la guerra ha terminado, pero su rastro sorprende cada pocos metros mostrando los destrozos en sus ruinas, en los edificios a punto de derrumbarse y en aquellos que están en proceso de reconstrucción. Parece que la piel de esa ciudad que un día le resultó moderna y prometedora hubiera sufrido heridas que han ido cicatrizando con descuido en algunas partes y aún permanecen abiertas en otras. A medida que se acercan a la estación de la Concordia, Valentina reconoce el paisaje y las calles. Un pasajero le comenta que la lentitud de la locomotora se debe a que están construyendo una estación nueva. También le cuenta que casi todos los puentes de Bilbao fueron volados para impedir la entrada de los fascistas, y por eso la ciudad entera está en obras.

Esther vive muy cerca. Desde Lisboa Valentina le envió un telegrama para anunciarle el horario previsto de llegada, pero no sabe si estará esperándola. Cuando el tren por fin se adentra lentamente entre los andenes en obras, se levanta, recoge el

equipaje, se ajusta el abrigo y el sombrero y estira el cuello. Un par de mozos acuden a ayudarla y la mujer se deja llevar por ellos. Al llegar al edificio, mira a derecha e izquierda. El corazón está a punto de salirse del pecho. Y de pronto ve a una mujer que agita una mano. Le cuesta reconocerla: sabe que es Esther, pero le parece mucho más mayor. Tiene el cabello casi blanco, pero su porte es inconfundible.

Se abrazan. Ambas han intentado contener las lágrimas que amenazan sus balbuceos, pero no lo consiguen. Cuando salen a la calle Hurtado de Amezaga, Valentina aspira el aire húmedo y frío, como si al hacerlo volviera a tener veinte años y sintiera de nuevo el dolor que le provocaban sus zapatos nuevos. El día está gris y el cielo tiene ese color blanquecino y ceniciento que recuerda. Reconoce el lugar. Los tranvías y trolebuses chirrían, los carreteros sortean vehículos y la gente camina hacia los siempre imponentes edificios bancarios de la Gran Vía. Frente a ella, el Banco de Vizcaya se ha salvado, y también lo que ve a su alrededor. En su imaginación creía que iba a encontrar ruinas por todas partes, pero la primera mirada le sorprende.

Un taxi las conduce hacia el Hotel Carlton. Esther lleva su mano entre las suyas y guarda silencio. La distancia es muy corta, pero Valentina, que en los dos días que pasó en Bilbao fijó en su memoria el recorrido, ve que al acercarse al Banco Guipuzcoano, cerca del convento del Sagrado Corazón, se erigen unas columnas coronadas por el águila triunfal que representa al régimen franquista. Al otro lado de la acera, frente al Banco de Bilbao, unos falangistas han detenido el tráfico y cantan frente a una enorme bandera colgada en la balconada del edificio. El agotamiento de Valentina empieza a manifestarse, y enseguida las manifestaciones patrias dejan de interesarle. Casi ha olvidado los muelles, el barco, la tormenta o Lisboa. Las calles de Bilbao lo han borrado todo.

Esther se mueve por el lujoso Hotel Carlton como si fuera ella la encargada de su funcionamiento. Un botones recoge el equipaje y juntas caminan hasta una habitación en la segunda planta cuyas

ventanas dan a la plaza.

—Te ayudaré a deshacer el equipaje.

—Gracias, Esther, pero si no duermo un rato creo que no podré dar un paso más. Los nervios me han mantenido despierta, pero ya he llegado. —Las mujeres se abrazan—. Lo único que deseo es descansar y ver a Valentina.

—Podremos verla mañana. Voy a subirte un vaso de leche.

—Esther, por favor...

Valentina busca en su bolso un cuaderno y escribe: «He llegado con bien a Bilbao». Arranca la hoja y se la tiende.

—¿Podrías enviarle un telegrama a Domingo? Estará ansioso por recibir noticias.

Su amiga toma el papel y se lo guarda en el bolsillo. Luego retira la colcha de la cama, la dobla a los pies y abre las sábanas como enseñaba a las doncellas del Palacio Iribarren a abrir las camas de los príncipes. Esther le desea buenas noches y se va.

En el baño se desnuda con una lentitud obligada. Tiene que hacer un gran esfuerzo para sostenerse en pie. Se lava la cara, demorándose en cada gesto. Cuando termina su aseo, se mira en el espejo. El viaje la ha envejecido, ha apagado su rostro, o quizá simplemente a su mirada se asoman los miedos que no ha querido confesar a nadie. En la mesita de la habitación hay un vaso de leche. Bebe unos sorbos. Está tibia, y no sabe igual que la que beben en casa. Se mete entre las sábanas mientras en su cabeza habla con Domingo, como cuando se acuesta a su lado...

«Domingo, nunca he sentido un cansancio semejante. Es como si mi cuerpo hubiera estado en otra parte durante el viaje y ahora regresara sin fuerzas a este lugar que mis ojos jóvenes se empeñan en reconocer sin conseguirlo del todo. Me siento extraña, y en parte lo atribuyo a que no estás conmigo. Creo que vivir sin ti es una temeridad. Lo que soy lo he aprendido contigo...».

Cuando oye unos nudillos golpeando la puerta, no sabe dónde está. Ha tenido un sueño desconcertante en el que veía su madre hablando con el capitán del Greta, y su cabeza aún está

desorientada. Mira el reloj: ha dormido doce horas. Responde a la voz de Esther y esta entra con una bandeja que contiene todo lo que se puede desear al despertar. El olor del café la devuelve a la vida.

—Pero ¿ya estás de nuevo aquí?

—He dormido en el hotel. Los empleados disponemos de habitaciones en el sexto piso. Estos días me quedaré aquí. Mira. — Esther se agacha para mostrarle la bandeja que sostiene—. Esto terminará de reponerte.

Advierte el orgullo de su querida gobernanta mientras deposita los manjares en la mesita. Una vasija finamente esmaltada escupe volutas de mantequilla como si fueran flores, la jarra y la cafetera de plata pasan su mano de olvido sobre esa carencia de la que ha oído hablar.

—Pero... esto es un lujo. ¿No tenéis racionamiento?

—Sí, naturalmente que lo tenemos, pero los falangistas que se alojan en el hotel no quieren achicoria, sino café, y tampoco renuncian a la mantequilla. Hay una licencia especial para el hotel, y tres clases de cartillas para nosotros. La gente acomodada tiene derecho a café, azúcar y algo más de cien gramos de carne. Con lo que asigna el Gobierno no se puede vivir. La gente hace pan con cualquier cosa: centeno, altramuces, almorta, castañas... El pan blanco es un lujo, y en el mercado negro hay de todo. Ya sé que ha habido una guerra, que los campos no se han sembrado, que los transportes no funcionan bien..., pero hay hambre. Tú sabes cuánto critiqué yo a los republicanos y sus desmanes, pero por el momento no te diré que esto sea la panacea. Estoy decepcionada. Verás la realidad en cuanto salgas a la calle. ¿Estás preparada para ver a Valentina?

—He cruzado el Atlántico, pero mi corazón aún no ha llegado del todo. Cuéntame de ti...

No deja nada en la bandeja. Esther revisa las fotos que le ofrece su amiga, pregunta, sonrío, comenta lo guapos que son, se emociona. Le impacta el escaparate de la confitería, y nombra los dulces que reconoce con nostalgia. Ella tiene una idea confusa de

Boise. Cree que es un pueblo por cuya calle mayor pasan las ovejas y donde los hombres llevan boina, faja y blusón, como en las aldeas. Valentina le explica que es una ciudad que crece, que tiene comercio y muchos hospedajes. Le habla de la Organización Independiente Social, del modo en que se apoyan las mujeres y de esa extraña convivencia que mantienen algunas con el modo de vivir norteamericano. Quiere que sepa que allí las mujeres son libres, fuman, llevan pantalones, montan a caballo y se divorcian. Le habla del respeto, del trabajo y de la limpieza. Luego hablan por fin de la niña. No pueden visitarla antes de la una, y los horarios son muy rígidos.

—Tienes que estar preparada para lo que vas a ver. Les cortan el pelo muy corto, por los piojos y porque casi todos los niños que hay allí son hijos de rojos y el odio se les ha adherido como si la vida de sus padres los hubiera apestado. Valentina está muy delgada. Apenas habla, y es una niña atemorizada. Ten en cuenta que allí han ido a parar los huérfanos que nadie quiere. A los pequeños los acogen en familias y a los mayores los colocan para trabajar, pero ella... tiene once años.

—Siguiendo tus consejos, he traído regalos para las monjas. También para ti.

Valentina saca de su equipaje un paquete envuelto en papel rosa con un lazo brillante. Esther la mira emocionada, murmurando que no tenía por qué venir cargada, pero su rostro se ilumina al comprobar que hay una caja con el nombre de Elizabeth Arden que contiene un perfume, una barra de labios y una crema para el rostro. También le entrega dos pares de medias de seda y una caja de los mejores bombones de la confitería.

—¡Dios mío!

—Esto no es nada. Tú me diste un baúl, unas sábanas que aún conservo y un cenicero de plata que considero un tesoro. Por aquel entonces no tenía nada. Con aquellos objetos me diste esperanza.

—Eran otros tiempos... Mi hermana se va a morir cuando vea esto.

—También he traído golosinas y chicles para los niños de la Misericordia.

Cuando se queda a solas deshace el equipaje, que aún sigue en las maletas. Mira el traje de Mary y lo aparta, reservándolo para cuando sea necesario. Busca los regalos de Valentina: un jersey de lana suave, unos pendientes de plata, ropa interior de nailon y un frasco de colonia. Algunos de los que llegan a Boise hablan de la escasez y el hambre. Ella hubiera querido traer más cosas, pero el tabaco y algunas medicinas y otros encargos que debe entregar en Lekeitio abultan mucho. Le cuesta abrocharse los botones del abrigo. Está nerviosa y quiere abrazar a esa niña.

El vestíbulo del hotel está ocupado por varios corrillos de hombres entre los que se ven uniformes. Valentina se abre paso hacia Esther sin mirarlos. Necesita pasar desapercibida, y de alguna manera alberga un cierto temor a las muestras de poder. A los viajeros se les pregunta y se les examina, y ella no sabe exactamente lo que debe decir. Sin embargo, al avanzar hacia la recepción siente a su espalda la mirada intensa de unos ojos que le producen un cosquilleo. Se gira y encuentra el rostro del enigmático pasajero del Greta. Ahí está, con sus inconfundibles y penetrantes ojos claros y el aspecto de haber salido de una función de ópera. Valentina se siente obligada a hacer una pequeña inclinación de cabeza a modo de saludo. No espera respuesta y sigue avanzando.

—Esther, ¿conoces al hombre que está junto a la columna, el que está fumando?

—No. Pero quien le acompaña es el gobernador civil.

Dice que su rostro le resulta familiar, y con un apremio nervioso salen a la puerta del hotel, donde un taxi las espera. El día está igual de triste que el anterior. Una lluvia fina golpea los cristales con la tenacidad con que lo hacía en Lekeitio ese sirimiri que ella no ha olvidado. Esther habla sin cesar, como si tuviera que contarle todo lo que ha pasado en su ausencia y se apurara para no dejarse nada. El motor del coche petardea y el conductor intenta captar el cuchicheo de las mujeres. Valentina mira el exterior del vehículo, se fija en el

cartel de una tienda que anuncia que se da la vuelta a los cuellos y a los abrigos. Cada dos manzanas hay un par de niños mendigando. Cuando llegan a la institución, Valentina tiene el corazón encogido.

—No hables en euskera.

Empujan la reja y un hombre con mirada huidiza se apura a cerrarla tras ellas. Suben por un camino que discurre entre unos jardines algo sombríos, salpicados de bancos de piedra. Al llegar al edificio de la Santa Casa de Misericordia tocan el timbre de la inmensa puerta de madera. Esther, aún locuaz, le aconseja que no tema, pero que sea prudente.

Una monja con la toca desplegada como la vela de un barco de recreo saluda a Esther con una inclinación de cabeza.

—Venimos a ver a la niña, a Valentina Aramburu. Ella —su amiga la agarra del brazo— viene de Norteamérica. Es su tía.

La monja le dedica una sonrisa bobalicona y hace unos gestos como si no hablara por temor a no lograr hacerse entender. Las acompaña hasta una salita, donde toman asiento.

—Aviso a la madre superiora.

Las sillas parecen heredadas de un salón palaciego, y en las paredes hay imágenes religiosas junto a las fotografías de Franco y José Antonio Primo de Rivera. La madera del piso está pulida, brillante, pero el aire huele a desinfectante, a cera, a carbón, a verdura hervida y a soledad.

Las mujeres permanecen juntas y apenas hablan. Cuando lo hacen bajan mucho la voz, como si temieran que alguien estuviera escuchando tras la inmensa puerta. No se oyen voces de niños ni el griterío propio de las aulas de una escuela. El silencio es sepulcral.

—Aquí la llaman Tina... Convendría que hicieras una donación. Eso allanará el camino.

—Has dicho que soy su tía. ¿Por parte de quién?

—Tu madre era prima segunda de Mariana, y tú te criaste con ella. Además, eres su madrina. He pedido el certificado de bautismo, pero aún no me lo han enviado. Allí todo sigue manga por hombro.

A Valentina le asusta ese mundo encriptado que no acaba de

comprender. Todavía conserva la sensación de que siempre faltará un requisito por cumplir que no conseguirá. Se ha acostumbrado a la libertad y ha olvidado la vida constreñida que llevaba en Lekeitio, donde si una no tenía dinero las puertas permanecían cerradas. Se mira los zapatos que acaba de estrenar, se toca la cruz que lleva al cuello y reza a su Virgen para que la ayude a no desfallecer. A ella no tiene que explicarle nada, ella todo lo sabe.

La puerta se abre y la madre superiora aparece con una niña de la mano. Valentina la mira, se muerde los labios, ve la mancha oscura en el párpado derecho del ojo de la niña y comprueba que ha ido creciendo con ella. Esther se adelanta. Hace una pequeña reverencia y besa la mano que le tiende la religiosa. Mientras habla con ella pone una mano sobre el hombro de la niña en un gesto de secreto recibimiento. Tina no ha levantado los ojos del suelo. Valentina observa la bata gris de tela basta y rasposa, los escasos calcetines y sus piernas delgadas. Siente unas ganas irrefrenables de abrirla, y también de llorar. Su emoción es tan intensa que cree que no va a poder pronunciar una palabra cuando Esther se vuelve hacia ella para presentarle a la directora y madre superiora. Hace una inclinación como la que ha hecho antes su amiga, le besa el dorso de la mano y, con la voz entrecortada, le da las gracias por cuidar a su sobrina. Tiene los ojos llenos de lágrimas, pero alcanza a tenderle una caja de bombones cuidadosamente empaquetada.

—Un pequeño presente.

Los ojos de la religiosa se encienden, golosos. Las tres mujeres van depositando en el aire palabras como Dios, entrega, dulces, sacrificio, y hasta nombran al general Franco, que ha venido a salvar a los niños de los brazos de los rojos. El vocabulario dedicado a la piedad y el decoro, al deber cumplido y a la eternidad es fértil e interminable, pero entre todas esas palabras no hay ni una de cariño hacia los niños acogidos.

De pronto, Valentina siente que la cogen de la mano. Sin casi mirar a la niña, aprieta su manita y dócilmente la lleva hacia las sillas. Esther, que ha advertido la maniobra y sabe mejor que nadie

cómo entretener a la superiora, le pide que pruebe los bombones y le habla de la intención de la señora de hacer una donación para los niños antes de llevársela.

—Pero ¿se la llevará?

—Sí, madre, les quitará un poco de peso.

—¿Tiene los papeles?

—Naturalmente. Y prisa: ha visto usted que el mundo entero está en guerra. No quisiera que les pasara algo en la travesía. América está muy lejos.

Valentina le susurra a la niña palabras de cariño. Le dice que le ha costado mucho encontrarla y que vive muy lejos, y que por eso ha tardado tanto en venir a buscarla. Con voz apenas audible la llama *maitia* y le muestra las fotos que ha traído. La niña posa los ojos en ellas, y después en la superiora. Durante unos instantes Valentina se calla para escucharla, pero la niña no pronuncia una palabra. La abraza, le pasa una mano por la cabeza, donde se aprecian unos cortes. Cuando le crezca el pelo será morena, como su madre. Saca unos caramelos y se los tiende, pero la niña le aparta la mano y mira a la monja. Valentina comprende que tiene miedo y que no conseguirá nada de ella. Se acerca más a ella y, con determinación, le dice:

—Tina, te llamas como yo porque tu madre y yo nos queríamos mucho y yo me iba lejos de aquí, pero he vuelto a por ti. Voy a sacarte de aquí. Sé que tienes miedo, y guardaré los caramelos para cuando estemos solas. —La niña asiente, y por sus ojos Valentina cree ver pasar un rayo de luz—. Te protegeré. Vendrás conmigo. —La pequeña vuelve a asentir y la rodea con sus brazos. Valentina no puede evitar llorar cuando al abrazarla nota sus costillas bajo la piel.

El encuentro dura una media hora. Valentina no suelta la mano de su ahijada mientras negocia con la superiora. Quiere llevársela en tres días, el tiempo suficiente para conseguir los permisos. Valentina le desliza un billete de quinientas pesetas y le pide que cuiden a su niña hasta entonces. La monja se ha comido un bombón y tiene el labio superior manchado de chocolate.

Recorren en silencio el camino que atraviesa el triste jardín y desciende hacia la calle. El guarda les abre la verja y vuelve a cerrarla, corriendo un pasador de hierro que chirría. Valentina quiere caminar, necesita aire y ordenar las emociones que la embargan, una extraña mezcla de rabia, desesperación y piedad. Se dirigen al hotel, pero a medio camino se separan. Esther monta en un trolebús y le dice adiós con la mano. Ella sigue caminando con la sensación de que no está en el lugar donde quisiera estar. Ya no pertenece a su tierra. Se la han robado, aunque la ría siga en su cauce y el Serantes esté oculto tras la niebla. Se han llevado la vida sencilla, la prudencia, la curiosidad, y sobre sus calles han arrojado, como si fuera serrín, paladas de miedo y hambre. Guardará la tierra, su lengua y sus recuerdos, y volverá a Boise.

Valentina ha pasado la noche en vela. La imagen de la pequeña Tina le impedía dormir. Ella no es especialista en nada, pero lee los periódicos y sabe que las enfermedades que dejan las guerras no son solo las amputaciones o el mal en los pulmones. A Norteamérica llegaron sobrevivientes de la Gran Guerra que no hablaban, o permanecían como en otro mundo y sufrían alucinaciones que los hacían resguardarse de bombardeos inexistentes. Se decía que padecían «locura de trinchera» o «fatiga de batalla», y que no había más solución que el tiempo. Luego ella ha visto lo que hace la soledad en algunos de los pastores que permanecen meses en la montaña sin hablar con nadie. También se vuelven locos, y la asociación de mujeres ha intervenido en varias ocasiones para que los atiendan en los hospitales de reposo. Valentina teme esas enfermedades que muerden el ánimo. Le asusta no poder ayudar a esos seres perdidos que no encuentran la puerta para regresar al mundo. Tina ha visto cosas que ningún niño debería ver, y Valentina teme que el horror se haya colado en su cabeza y haya dañado uno de esos caminos por los que se regresa a la dicha. Cuando nació su hija, y con Mariana y su familia muertos, también ella se perdió un

poco en las galerías oscuras de la melancolía.

Conoce la alegría de los niños, su impaciencia, o la manera en que ignoran el peligro porque les urge vivir. Ella ha visto algo encerrado en la pequeña Valentina, un dolor del que va a costarle desprenderse, y le ofrecerá todo el cariño que Mariana decía que no había que dar a los niños porque se volvían blandos. «La cuidaré, amiga, y tu hija volverá a sonreír», se dice.

Como no puede dormir, saca los papeles y estudia los pasos que le quedan por dar. Tiene que ir a Gernika y conseguir los certificados de nacimiento defunción y de la familia Aramburu. Los custodian Ana Mari Beitia, la comadrona, y su marido, que ahora es un hombre importante en el Ayuntamiento. Con eso podrá obtener el documento de custodia y el permiso de salida de España.

Por la mañana, mientras prepara lo que necesita, su antigua gobernanta le advierte que dispone de un chófer y un automóvil para llevarla a cualquier lugar que necesite. Le comenta que es un hombre de toda confianza, pero también muy adicto al régimen, y le pide que sea prudente. Debe tener cuidado con las palabras, pero ella sabe mucho de eso, tanto como su pastor, en el que piensa todo el día cuando mira la fotografía de su familia para alimentarse con la fuerza que necesita. Mantiene a raya su corazón, y ha levantado un muro que separa a los que ha dejado en América. También ha separado la tierra, los olores y la comida; la nostalgia es la única que atraviesa la frontera entre sus mundos sin pedir permiso.

Anotados en su cuaderno lleva los encargos que se ha comprometido a hacer en Lekeitio, y cuando termine en Gernika se dirigirá allí. Ha pasado por el banco y se ha topado con uno de los primeros problemas. Las mujeres españolas no pueden hacer gestiones que no hayan sido autorizadas por su marido. Sin embargo, ella tiene su pasaporte americano y este le abre cualquier candado.

Santiago Rojas, que así se llama su chófer, le abre la puerta como si fuera una señora importante. Ella se acomoda en el asiento trasero sin saber cómo debe comportarse. Piensa en Mary y en su

manera de ignorar las incomodidades que la rodean, y decide mantenerse en silencio a pesar de que el hombre intenta iniciar una conversación dos o tres veces. Valentina bebe lo que ve a través de la ventanilla. Las trincheras se han tapado, los túneles se han bloqueado y los escombros casi han desaparecido, pero en cada una de las personas que caminan se esconde un dolor que Valentina imagina abocará en venganza.

Cuando llegan a Gernika, la ciudad, irreconocible, la deja sin habla. Aunque los puentes han sido reconstruidos con precarias pasarelas, todavía hay edificios que mantienen a la vista sus devoradas entrañas. Le ha pedido a su chófer que la lleve a la calle Santa María, donde estaba el Arraun, y el hombre se ha parado frente a un montón de escombros arrumbados. Valentina baja del coche con la garganta atascada por un dolor devastador y se arrodilla donde cree que estuvo la casa en la que fue feliz. Reza. Suplica. Lloro sin consuelo mientras las imágenes atraviesan su cabeza. Casi puede escuchar las voces, los llantos y los juramentos de Mariana. No puede moverse. Quiere hacerlo porque su chófer la espera, pero no es capaz.

No sabe el tiempo que ha permanecido arrodillada, pero una voz a su espalda grita su nombre.

—¡Valentina!

Cuando se gira, ve un vehículo con el rótulo de La Imperial Conservera pintado en un lateral. De este se baja Fidel, que en ese momento sale disparado hacia ella.

No es decoroso el abrazo de una mujer casada con un viejo pretendiente, pero el decoro es lo último en lo que piensan. Juntos, de espaldas a los escombros, repiten los nombres de los amigos y entierran de algún modo a sus muertos.

Cuando por fin se separan, Fidel mira sin disimulo a Valentina. Lleva el pelo recogido en un moño y un abrigo de buen paño. Es una mujer elegante y atractiva y conserva el candor de sus ojos, aunque la boca muestra una determinación que antes no tenía. Fidel tiene el mismo rostro simpático y afable. El pelo salpicado de canas y unos

surcos en la cara le hacen parecer mayor. Lleva un chaquetón desgastado y huele levemente a salazón.

—¡Dios mío, qué guapa estás!

—Qué alegría encontrarte. Estaba muriéndome de tristeza.

—¡Joder, Valentina! —Fidel mira a Santiago Rojas, que espera apoyado en el coche mirándolos con desconfianza—. ¿Es tu marido?

—No. Es un chófer que me ha proporcionado el hotel a través de una amiga que trabaja allí... para no estar sola. Vengo con encargos, ahora voy a ver a Ana Mari y después quiero ir al cementerio.

—No vayas, no te va a gustar lo mucho que ha crecido. Aquí todos tienen muertos a los que visitar. Recogimos dinero entre todos los clientes del Arraun y pusimos una lápida con el nombre de tus amigos... Veo que te ha ido bien. —Fidel cambia de tema cuando sus ojos se humedecen. Sonríe—. Ya sabes, las noticias corren por el pueblo y todo se cuenta, que has hecho fortuna, que tienes dos hijos... Oye, he de hacer un par de entregas y luego vuelvo a Lekeitio. Si quieres te acerco, y luego no te preocupes, yo te llevo de vuelta a Bilbao. Manda a ese falangista a tomar vientos y espérame.

Valentina lo mira con cariño y contempla la posibilidad de aceptar el ofrecimiento.

—Voy al ayuntamiento. Me esperan allí. No quiero molestarte.

—¿Molestarme?... Te contaré de ellos. —Fidel señala los escombros y hace una mueca extraña.

—De acuerdo. Tengo para una hora en el ayuntamiento.

Se abrazan de nuevo con cariño. Fidel vuelve a su camioneta y la saluda mientras baja por la calle hacia el centro. Valentina se acerca al coche y le explica al chófer que puede volver a Bilbao sin ella. No le da explicaciones, como hace Mary; le alarga el dinero acordado y le desea un buen día.

Se siente aliviada caminando como una más, pero no es consciente de que durante el trayecto hasta el ayuntamiento se le escapan algunos suspiros. Ana Mari la espera en la puerta y, al verla, va hacia ella y se funde con ella en un abrazo. Valentina no puede evitar evocar las imágenes del parto de la pequeña Valentina y las

palabras de ánimo con las que la comadrona alentaba a su amiga. Trata de volver a la realidad. Se separan para observarse y sonríen. Murmuran palabras que quieren ser de consuelo y que resultan vacías.

—Al menos no sufrieron. Estaban en casa los cuatro, la niña había salido...

Juntas entran y agradecen la tibieza con que las acoge el edificio. Su marido sale a recibirlas y se deshace en zalamerías. Valentina le entrega discretamente un sobre y unas cajetillas de Philip Morris.

—Por las molestias.

En una sala se sientan a revisar los papeles que con tanta diligencia han conseguido.

—No habrá problema. El nuevo Gobierno se esmera en hacer bien las cosas, pero una huérfana es una huérfana. Mejor recogida, ¿no es así?

Valentina asiente y se quita los guantes para recoger la documentación. Ana Mari la coge del brazo.

—Vamos a tomar un café con leche aquí al lado.

Se deja llevar. El trámite ha sido corto, y ella desea escucharla. Fidel la esperará lo que sea necesario.

En cuanto se sientan, Ana Mari le dice que está muy cambiada y elegante, que se alegra de que le haya ido bien y que sabe que tiene dos hijos preciosos y un próspero negocio. Vuelve a decir lo mismo que un poco antes ha pronunciado Fidel, aquello de que «todo se sabe», y hace un guiño para reforzar sus palabras. Valentina sonríe sin añadir nada. Acepta que su vida sea objeto de corrillos y chismes. Ella es una *amerikanoak*, posee una ciudadanía que se otorga a los que surcaron los mares para hacer fortuna en Norteamérica. Su existencia forma parte de ese imaginario que otorga la lejanía. No quiere romper el fino papel con que la envuelven, dar origen a demasiada admiración o decepción. Les traen el café, y Valentina da un sorbo a ese líquido caliente y extraño.

—Cuéntame.

Pronuncia esa palabra que abarca toda la necesidad de su corazón como una súplica inaplazable. Ana Mari revuelve el contenido de su vaso con la cucharilla hasta formar un remolino. No la mira. Hacerlo sería darse de frente con las contradicciones de la vida. Le habla de la guerra, de los agravios de una parte y otra, de las denuncias, de los que huyeron, y luego deposita su mirada apagada en el cristal de la ventana, al otro lado de la cual sucede la vida cotidiana.

Hace un gesto de negación con la cabeza mientras dice que el día del bombardeo fue una pesadilla. Todos en Gernika perdieron a alguien querido, y solo el azar, la casualidad o la voluntad de Dios les evitó la muerte. Le habla de su hermano, de su sobrino, nombra a personas mientras cabecea con los ojos llenos de lágrimas, describiendo situaciones que ella ni se atreve a imaginar. Luego, como descendiendo de algún lugar donde se refugia para no recordar, le dice que al día siguiente todos los que sobrevivieron caminaban por Gernika buscando a los suyos.

—Así supe que una bomba había destruido el Arraun y tres casas más. Un par de días después me acerqué. Los que podían quitaban escombros para recuperar los cadáveres. Una de las camareras había corrido a refugiarse con la niña, pero la mataron antes de que llegara. En realidad, la historia ha ido construyéndose sin que sepamos a ciencia cierta lo que verdaderamente le sucedió. Encontraron los cuerpos, pero no se supo qué había sido de la pequeña. La buscaron sin éxito. Yo la di por muerta, casi lo supliqué, porque era mejor para ella morir que quedarse sola de aquella manera. Luego comenzaron los rumores y supimos que la niña había echado a andar. Mucho más tarde la encontraron en Bermeo, pero no hablaba.

—¿Quién la recogió?

—Eso no lo sé. ¿La has visto?

—Sí. Está en la Santa Casa de Misericordia, con otros huérfanos.

—Me ha dicho Paco que vas a llevártela... —Ana Mari se santigua, da gracias a Dios y le coge la mano.

Valentina quiere irse, pero durante una hora escucha las historias más tristes que ha oído nunca. Luego, Ana Mari se disculpa de pronto y se despide con un largo abrazo. Valentina siente que ninguna de las dos puede pronunciar o escuchar una palabra más acerca del 26 de abril de 1937. La ve partir y piensa que, como a todos los portadores de malas noticias, no quiere volver a verla.

Mira el reloj y ve que tiene tiempo de caminar antes de reencontrarse con Fidel. Arranca hacia el centro, envuelta en silencio, y a los pocos minutos se da cuenta de que hay algo escandaloso en la prudencia de quienes recorren las calles. Se cruza con falangistas que exhiben su uniforme azul, y le parece que incluso el júbilo de los vencedores posee una cautela espesa. Se libra en su tierra una batalla interior cuya onda expansiva se reparte en miradas, en gestos, en impotencias mal disimuladas y, por qué no decirlo, en la satisfacción de los vencedores. Valentina teme que todo eso imposibilite el olvido. Gernika está asolada.

Camina entre las calles heridas. Hay edificios ausentes, casi como los huecos que dejan los dientes podridos que afean la sonrisa. Su cabeza va echando en falta establecimientos, parques, casas ilustres, alamedas por las que antaño paseó. El antiguo bullicio del mercado se reduce ahora a un puñado de aldeanas que traen verduras y murmuran los nombres de los productos que esconden en los zaguanes de algún portal cercano.

—Tengo arroz y pollo —dicen a la gente que pasa a su lado.

Valentina lleva en la faltriquera dinero suficiente como para alimentar a medio pueblo. Los dólares están cotizados y el cambio es muy favorable, pero ella no quiere que nadie sepa que ha olvidado el hambre y la vergüenza, que su vida está muy lejos y que ya no sabe a dónde pertenece.

Cuando la ve llegar, Fidel le abre la puerta como si se tratara de una dama elegante. ¿Ha dejado de ser aquella chica ingenua y espontánea que trabajaba en la cocina del palacio? Quizá sí. Ahora la vida no es un enigma para ella, tampoco una aventura; ahora, lo que advierte y observa es real, y ella ha aprendido a administrar sus

palabras, sus sonrisas o sus silencios. Sabe que eso hace que los demás sepan quién es, que detectan su prudencia, pero también su generosidad, y eso se lo ha enseñado su vida junto a Domingo. Se acomoda en el vehículo y le pide a su amigo que le enseñe las heridas de la ciudad.

Lo hacen en silencio, despacio, dejando hueco para que se cuele la consciencia. Y Valentina acaba comprendiendo que, por mucha información que buscara, allá en Boise no ha sido capaz de imaginar lo que vivieron allí. La congoja sube a su garganta.

—Ya es suficiente. —Fidel parece haber percibido su tristeza—. Vamos a Lekeitio. Te compraré unos *mingorris*, ¿recuerdas el sabor de esos caramelos?... No puedo verte tan triste... ¿Cuáles son tus planes?

—Pensaba ir y volver, pero no creo que pueda. He sido previsora. Dormiré en el Hotel Beitia. Tengo que entregar algunas cartas y contactar con familiares de los que viven allí, quizás ver a mis primas y, sobre todo, hartarme de mirar el mar. Lo echo tanto de menos que a veces creo que soy capaz de oler el salitre.

—Estoy a tu disposición. ¿Pasarás aquí la Navidad?

—¿Navidad?

No ha pensado en ello, pero faltan pocos días. Duda de que los barcos zarpen es esas fechas, con todo lo que está sucediendo en Europa. En las calles no abundan los adornos navideños, si acaso, en los escaparates de algunos comercios han puesto austeras representaciones del portal de Belén. Valentina evoca Boise, a su cabeza llegan las luces y los abetos iluminados que vieron desde el autobús que atravesaba el oeste y que lucían su radiante esplendor en medio de ninguna parte.

—Supongo que sí —responde sin ganas—. Por cierto, ahora que recuerdo... Tú conocías a Clara... ¿Sabes qué fue de ella?

—Está en prisión. Alguien la denunció.

—¿Por qué?

—Ella era republicana, creo que se unió a los de la CNT. He oído que está en Bilbao, en el Chalet Orue de la calle Zabalbide. Allí han

ido muchas mujeres.

Tiene la sensación de que el espacio que tenía disponible para registrar la vida que no ha vivido está rebosante. No quiere preguntar más ni exponerse a una información que casi siempre acaba golpeándola. Prefiere la charla de Fidel, salpicada de chismes, de anécdotas, de mentiras. Le cuenta que se ha casado y que tiene un niño de dos años, y que solo lo hizo cuando se dio cuenta de que ella no iba a volver. Se calla. Sabe que no es verdad, que solo quiere darle la impresión de que su amor por ella era inmenso. Es el rastro del don Juan que quiso ser.

Mira la costa. Por fin el mar. Hay marejada y las rocas aguantan las embestidas de las olas, que las cubren con su efímero barniz. Baja la ventanilla para olfatear el aire y de paso dejar de aspirar ese olor a pescado que hay en el vehículo. Tiene unos enormes deseos de pisar la arena, y le asalta el recuerdo de ella y sus primas contando las olas para que no las pillara la grande. La temperatura no está para darse un baño, pero le gustaría sentir su mar abrazándola.

Al llegar a Lekeitio siente alivio. El pueblo parece en su sitio y las gentes están concentradas en sus faenas, tal y como cuando las dejó. En el Hotel Beitia le dan una habitación limpia y agradable, donde se toma unos minutos. Cuando sale por la puerta, el pueblo entero ya sabe que está allí. Empieza sus visitas, rechaza educadamente los ofrecimientos, cuenta anécdotas a los familiares de los que viven en Boise, les entrega las cartas, dinero, los tranquiliza y a veces consuela. Ha decidido que no dará una mala noticia, y antes de que los amigos pregunten les dice lo que debe decir: que trabajan mucho, que añoran más y que los recuerdan siempre. La guerra está en boca de cada una de las personas con las que se encuentra, apelan a ella para justificar la estufa de carbón apagada o la falta de azúcar. Pero todos se muestran resistentes a los daños y tienen la firme determinación de recuperar la vida tranquila.

El palacio está cerrado, las tiendas, desabastecidas, pero ella no

siente la misma tristeza que en Gernika. Los barcos no han salido porque hay mala mar y en el puerto, ya casi de noche, se encuentra con sus primas. Las invita a cenar. Reparte los regalos y averigua las novedades. Las tres están casadas, y una de ellas ya es madre. Algunos se acercan a Valentina, le piden noticias, y ella les responde que se echa de menos todo y que la añoranza es un agujero que nunca se sacia.

En realidad, comprende la importancia de lo que la comunidad ha construido allí en América: un tejido de costumbres y una manera de vivir tan parecida a la que ve aquí que nunca se sentirán tan lejos como en realidad están. Ella podría perfectamente abrir una confitería en la plaza y su vida apenas cambiaría, salvo por el calor del verano, la nieve del invierno, las inmensas llanuras, las montañas y quizás los secretos de aquel generoso país al que ahora mira de otra manera.

Por la mañana visita a sus tíos y les entrega un dinero para que arreglen el tejado y las ventanas. Le ha costado mucho ganarlo, pero para ella es un placer ofrecer un poco de alivio. Una vez cumplidos los encargos, va hasta la iglesia y se arrodilla frente al precioso retablo. Allí está su Virgen a la que tantos ruegos elevó. Ahora no le pide nada. Su corazón está lleno de agradecimiento, y se lo dice con las sencillas palabras de su infancia. Ella quería un hogar, un amor y unos hijos sanos, y todo eso lo tiene. Valentina se levanta del banco donde ha permanecido arrodillada y se despide de esa imagen dotada de tanta fortaleza. Escucha el ruido de sus tacones alejándose hacia la salida. Lleva un nudo en la garganta, pues sabe que nunca volverá.

Cuando regresa a Bilbao, siente que ha escalado la cima de un monte muy alto. El hotel Carlton y Esther le parecen un remanso de paz. En las ciudades todo se disimula mejor. Aprieta los papeles necesarios para llevarse a Valentina. Antes de visitar a la pequeña debe presentarse en el despacho del señor Marco Gardoqui con la carta que le mandó Manuel Aznar Zubigaray. Se pondrá el traje que le envió Mary Tyler, con su blusa de seda y su broche, y será esa

mujer a la que nada se le puede negar.

Querido Domingo:

Espero que en casa todos estéis bien. Pienso en vosotros a todas horas de estos difíciles días. Te contaré los detalles cuando lleguemos, pero quiero que sepas que la niña está conmigo.

Va a necesitar mucho cariño para volver a sonreír, porque ha vivido cosas terribles. Lo que vimos en el Cine Rialto eran fotografías, pero lo que vivieron los ciudadanos fue aún peor. Ayer fuimos Esther, ella y yo al cementerio para poner flores en la tumba de sus padres y sus hermanos. Rezamos, y también contamos algunas anécdotas de lo que habíamos vivido con ellos. Fue muy triste, y eso, la tristeza, va invadiéndome día tras día. Pero teníamos que hacerlo. Era una forma de despedirnos de ellos y de que la niña pudiera pasar página a lo sucedido. A Valentina aquí la llaman Tina. Mejor, así no nos confundirán. Ella aún no comprende bien lo que ha sucedido. Es como si se despertara de una borrachera y no recordara con exactitud lo que pasó. Quizá sea mejor así.

Tengo todos los permisos para llevármela y poder formalizar allí la adopción. Aquí era demasiado complicado, y quería irme lo antes posible. Hoy he hablado con el capitán Nikos Vlachos y pasado mañana, precisamente el día de Nochebuena, zarparemos de Lisboa en el mismo barco en el que vine, espero que con la misma fortuna. Aquí en el hotel me siento a salvo, pero en cuanto pisas la calle el aire está preñado de miedo y de ira. Te imagino en el baile de los pastores, apostando por el cordero más grande y gastándote las perras con los demás. Cuida

de los niños y espérame como tú sabes hacerlo. Te llevo cuentos buenos y malos, historias que no supimos y otras de las que supimos demasiado.

Tengo tantas ganas de verte que intento no pensar en ti. Besa a los niños y baña al perro.

Maite zaitut.

Valentina

El traje de Mary con su broche de brillantes hizo su efecto entre los poderosos y ninguno de ellos intentó negarle lo que pedía. Valentina se dio cuenta de que una burocracia insoportable se había apoderado de la vida ciudadana. Tras la guerra, la desconfianza entre unos y otros era como una epidemia y se necesitaban decenas de permisos, sellos y timbres antes de pasar horas esperando ante una ventanilla para resolver cualquier trámite. Ella entendió perfectamente lo que Mary Tyler le había querido transmitir con aquel traje. Una mujer que no despertara el deseo no era nadie, así que ella cruzó las piernas como lo hacía su amiga y guardó silencio cuando en realidad hubiera querido hablar.

El pasado de cada individuo tenía que ser ratificado para conseguir acceso a los beneficios en el nuevo Gobierno. Los rojos, siempre sospechosos de quebrar la moral, estaban condenados al aislamiento y la pobreza, cuando no a la cárcel. Pero ella era una mujer fuerte, una mujer que no había sido nadie durante casi toda su vida y que había aprendido muchas cosas en América. No obstante, en algo fracasó: no le fue posible visitar a Clara, aunque sí logró que le entregaran una carta y un paquete con cosas imprescindibles de las que carecería en prisión.

En su interior Valentina agradecía a diario haber salido de España antes de poder imaginar lo que le aguardaba. El país se había partido por la mitad y se había llevado la promesa de un futuro mejor. Mirara a donde mirara, todo le parecía un retroceso, y aunque ella no hubiera vivido la República, no podía imaginar que los

pecados hubieran sido tan grandes. Quería irse.

El día que la niña abandonó la Santa Casa de Misericordia, Valentina la acogió como a un animalillo que hubiera que proteger. Intentó no soltarle la mano, pero cuando tenía que hacerlo Tina se agarraba de su manga y se pegaba a su cuerpo como si tuviera miedo a perder el contacto. Miraba a esa niña atemorizada y se le rompía el corazón. Los niños no deberían perder la sonrisa nunca. Valentina sabe que tendrá que enseñarle a vivir, hacerle entender que el dolor no puede ser algo estéril, sino que hay que transformarlo. La niña se deja curar las heridas que ella misma se ha hecho rascándose. Las mujeres le aplican un bálsamo en la piel siguiendo los consejos del médico al que la llevaron para ver si le sucedía algo que tuviera remedio.

—Esta niña ha tenido sarna, y probablemente sufra desnutrición. Eso podrá usted remediarlo con buenos alimentos y cuidados. Lo de hablar o reír es más complicado. Cariño y tiempo. Un orfanato no es lugar para un niño.

—¿Y la mancha, doctor? ¿Seguirá creciendo?

—Es lo que se llama beso de ángel o marca de la cigüeña. Probablemente no crezca más, o quizá pueda desaparecer con el desarrollo, pero lo importante es que no necesita tratamiento, solo la precaución de no exponerla demasiado al sol.

La vistieron con prendas cálidas, la escoltaron como si Esther y Valentina poseyeran la seguridad de poder ofrecerle un cobijo seguro. Se montaron en taxis, visitaron comercios, y por fin un día fueron a Gernika. Valentina llevaba de la mano a la niña y le señalaba lo que no existía y lo que permanecía en pie. Pusieron flores en la tumba de sus padres y sus hermanos y se despidieron de un par de amigos que Tina, al parecer, conservaba en su memoria de niña. Adelita, la hija de un panadero, y Juan, un compañero de escuela con ojos azules y asustados. Luego volvieron a Bilbao, tomaron sopa caliente y saborearon caramelos y un pastel de la confitería Arrese.

Hay momentos en que los ojos de la niña parecen estar a punto

de emitir un destello, de reconocer la felicidad, pero en otros su temor pegadizo no la abandona y entonces se aferra al brazo de Valentina sin levantar los ojos del suelo. Durante esos días, Valentina se empeña en hacerle entender que se van a América, donde las esperan sus hijos y Domingo, esos que aparecen en las fotografías que las dos miran antes de acostarse. Trata de que la niña haga hueco a un nuevo hogar que nunca será el que tuvo con su familia, pero sí el adecuado para poder ser feliz. Lo hace hasta el día de la partida.

Esther las acompaña a la estación con un pañuelo que enjuga unas lágrimas que no cesan de brotar y las abraza antes de que ellas suban al tren que las llevará a Lisboa. Allí las espera el capitán Nikos, dispuesto a cruzar el Atlántico en guerra.

Valentina ha encargado a unos abogados que se ocupen de los intereses de su ahijada. El Arraun era propiedad de Nicolás y Mariana, y si se puede reconstruir ella correrá con los gastos. También les encomienda velar por las necesidades de su amiga Clara y que hagan todo lo posible para que ella pueda recuperar su libertad.

Cierra los ojos con la mano de Tina en la suya y suspira profundamente para aliviar el peso que carga en el alma. Se aleja y se acerca con la certeza de que no regresará nunca.

Volver a casa

VALENTINA ALZOLA Y VALENTINA ARAMBURU
EL MAR, 1942

Después de haber atravesado España en un tren lento y sin comodidades, por fin llegan a Lisboa. Aunque la ciudad las recibe luminosa y llena de actividad, el zarandeo y la falta de sueño hacen que Valentina se sienta frágil. Tina se agarra al vuelo de su abrigo mientras ella busca a alguien que la ayude con el equipaje.

Lisboa se muestra bulliciosa y alegre. Su puerto es uno de los pocos que mantienen su actividad de transporte entre el continente europeo y América. Desde que Valentina salió de Nueva York la guerra es una realidad ineludible, y el Atlántico, el escenario donde se libra una batalla crucial y sangrienta. Los periódicos informan paso a paso de los progresos de uno y otro bando, y aún no está claro que los aliados puedan frenar la supremacía alemana. Los mentideros anuncian tragedias, escasez, batallas y bombardeos. Las SS extienden su terror por donde pasan, y Alemania está en el apogeo de su poder tras haber invadido media Europa con el apoyo de Italia.

Gracias a Esther han reservado una habitación en el Hotel Avenida Palace, cerca de la estación de Rossio. En él, según le advirtió su amiga, se alojan espías de todos los países del mundo. Ellas solo quieren descansar y seguir viaje a su destino. Tina mira la habitación, toca la colcha de raso, los visillos que dejan pasar la tenue luz de la ciudad.

—Valentina, ¿viviremos siempre en casas bonitas?

—Sí. Lo intentaremos.

Después de un baño, Tina duerme y Valentina, inquieta, pone un cable a Boise en el que informa a su marido de los siguientes pasos. «Lisboa. Avisaré día salida. Estamos bien». Los telegramas no permiten vacilación a la hora de escoger las palabras, y a ella se le van amontonando en el corazón las ganas de abrazarlo. No sabe si será capaz de expresarle, cuando lo tenga frente a ella, la manera en la que le ha extrañado. Si mira atrás, se siente orgullosa de lo que ha conseguido. No le resultó tan sencillo hablar con esos hombres poderosos como si ella fuera una mujer como Mary Tyler. Se sabe fuerte, pero a veces se engaña para serlo y se dice a sí misma que para conseguir algunas cosas es preciso ser quien no se es.

Durante el desayuno, comparten mesa con una dama británica. Es la esposa de un oficial, y les confiesa que añora a sus hijos mientras bebe de una preciosa taza. Gladys, que así se llama, se interesa por la seriedad de la niña y por la mancha en el párpado. La niña ni entiende el idioma ni quiere hablar, aunque Valentina siente que empieza a interesarse por lo que la rodea. Durante el viaje en el tren la ha interrogado sobre la vida en América, como si todo lo que durante días ha ido diciéndole hubiera calado en ella. Ambas mujeres la animan a hablar, pero la niña no dice una palabra y permanece pegada a Valentina.

—Los hombres vuelven de la guerra enfermos de secretos. A ella le sucede lo mismo.

La dama las tranquiliza. Dice que la guerra cambiará de rumbo y que se prepara el principio de la derrota.

Valentina tiene la sensación de que hace meses que camina de puntillas entre artefactos que podrían explotar con un mínimo roce. Volcada en controlar su viaje, en los peligros que las acechan, se ha prohibido a sí misma pensar en Domingo, en sus hijos o en esa vida que ha ido construyendo a fuerza de trabajo. Sabe que estarán allí, en Boise, cuando lleguen, y que ella podrá derrumbarse y

comprender las prisiones que han levantado en su tierra y que ahora se obliga a ignorar. La visita le ha dejado un regusto amargo en la boca. La aceptación de la fatalidad apaga los destellos de la esperanza. Todos se muestran sombríos, cautelosos, esperando que el tiempo borre los agravios, pero en el fondo de sí misma Valentina sigue pensando que será muy difícil y que después de esta guerra en la que hay vencedores y vencidos ya nada será igual.

Salen en busca de unos bordados. La ciudad vibra y Valentina envidia esa cotidianidad descuidada. Aprende y enseña a Tina que la vida se esconde entre lo cotidiano. Juega con ella a descubrir objetos bonitos, distintos a lo que conocen, con sus nombres y sus desconocidos usos. Toman un pastel de nata y admiran las vajillas de cerámicas multicolores. No todo está perdido. La vida renace siempre y debajo de la pena debe de estar ese mundo que Mariana le dio con su abrazo. Le confiesa a la niña que no sabe para qué sirven todos esos cubiertos que les ponen en la mesa a la hora de cenar, pero Esther les dio unas pequeñas lecciones de protocolo y es Tina la que corrige a Valentina. Esta le habla del Palacio Iribarren, de los momentos en que ella y su madre reían en la cocina.

—Solo tu madre se ocupó de que yo aprendiera a fregar los platos, a tener cuidado con el cristal de las copas y a pelar las patatas sin que se quedara carne pegada a las peladuras. No sabía cocinar, y ella me enseñó que con un puchero bien hecho se podía demostrar cuidado, inteligencia, medida y amor. ¿Qué recuerdas de ella?

—*Ama.*

Tina frunce los ojos como si quisiera evitar que se escapara la imagen de su cabeza. Aprieta los puños y pone su cuerpo en tensión. Valentina la abraza.

—Todo volverá *maitia*. Ahora Domingo, que era amigo de tu padre, y yo, que sabes lo mucho que quería a Mariana, estaremos contigo. Seremos tus padres de repuesto, y nuestros hijos serán tus hermanos. ¿Tienes miedo?

La niña asiente y apunta con el dedo índice hacia el cielo.

Caminan por Lisboa buscando el café donde las ha citado el capitán y comprando algunas cosas para el viaje. Prácticamente ha gastado todo el dinero que llevaba, y tiene apartado lo que necesitará para el pasaje, la cuenta del hotel y la llamada de teléfono que quiere hacer para hablar con Domingo. Ha hecho lo que debía, aunque no lo que hubiera querido, y vuelve a su casa con su hija, a quien presenta como tal cuando tiene oportunidad.

El capitán la saluda cortésmente y mira a la niña.

—Lo ha conseguido...

—Sí.

—¿Tiene papeles? No quisiera un problema más de los que ya tendremos.

—Todos los permisos están en regla.

—¿Cuándo quiere zarpar?

—Hoy mismo, si fuera posible.

—Mañana, con la marea, si le parece bien. Seremos diez tripulantes y ustedes.

—¿Tiene cubierta la cocina?

—No, la esperaba a usted. No hay hombres, la guerra se los ha llevado a todos, y tampoco hay mujeres valientes como usted.

Estrechan sus manos, y mientras el capitán intenta hablar con Tina ella garabatea una lista de provisiones imprescindibles. Salen a la calle, y en ese momento unos niños juegan tirando petardos. El fin de año se acerca. Tina se ha quedado quieta con el primer estallido, y al segundo se tira al suelo gritando de terror. El capitán la coge en brazos y la aleja del ruido. Luego la acuna en su cuerpo grande y la tranquiliza en su lengua. Para sorpresa de Valentina, la niña le abraza y musita:

—*Aita*.

—Esta niña nunca podrá disfrutar de los petardos. Tiene el bombardeo de su pueblo, el que le robó todo, en su cabeza.

Valentina la cuida y permanece atenta a su comportamiento. No sabe las heridas que tiene, pero el capitán le ha dicho que la niña irá mostrando lo que guarda cuando se sienta segura.

Llama a Domingo durante la noche, para compensar la diferencia horaria. Dos minutos de su voz sirven para activar el profundo amor que sienten. Unos días, un mar y otra tierra.

Una vez en el barco, Valentina vuelve a ponerse los gruesos pantalones. Ya sabe cómo ha de moverse para mantener el equilibrio. A Tina le han explicado que inician una aventura, que tendrán que ser fuertes y hacer cosas que nunca antes han hecho, pero que por fin dejarán atrás todo lo malo. La niña no solo parece entenderlo, sino que sonrío y se muestra receptiva. Es la primera vez que Valentina ve sus ojos brillar, y tiene que reprimir la emoción que siente.

Zarpan abrazados por el atardecer de violetas y azules que la niña señala.

—*Ederra da.*

—Sí, es precioso —responde Valentina, que sujeta su mano y los temores que se enredan en sus tripas.

Al embarcar, Tina muestra confianza en el capitán. Se deja ayudar por él y toma su mano como lo hace con ella. Tienen un camarote distinto en el que hay una litera y un lavabo que Valentina agradece. Por la claraboya ven la tierra que se aleja y el mar inmenso y oscuro que las rodea. Valentina no se marea, pero no sabe si Tina padecerá ese mal. Le basta un día para saber que va a ser una deliciosa compañera de viaje. A la niña le gusta pelar patatas, probar los guisos y chupar las cucharas. Lleva dentro el oficio de su madre.

En el comedor, al anochecer, el capitán y Valentina charlan mientras un marinero vigila el puente de mando. Él la instruye sobre el mar, sobre los modos que habrá que adoptar si un destructor de guerra les da el alto. Le explica que en ese momento las batallas navales se libran en el norte, cerca del Báltico y de Rusia, y que es posible que tengan una travesía tranquila.

—No puedo comprender las guerras.

—Son solo una de las maneras que tiene el hombre de adquirir poder.

Valentina lo mira incrédula. Ha aprendido a detestar la intolerancia, y ese afán de destruir que tienen aquellos que codician el poder. No entiende el mundo de la política, y tampoco ese juego de ataques y defensas que no dejan a su paso más que muerte y dolor. Su vida en Boise es sencilla. Trabaja, se ocupa de su familia y atesora el secreto de amar a su marido. Es todo lo que ha soñado, y ahora sabe que lo tiene. Hasta este momento, a fuerza de añorar lo que había dejado atrás, no había reparado en la felicidad. Le habla de la confitería, de Domingo y de sus hijos. La historia de Tina conmueve al capitán. Él también tiene dos hijos, y no puede ver sufrir a los niños. Valentina lo mira con ternura. Si no existiera Domingo, ella podría amar a ese capitán de piel dura y cálido corazón.

La niña también siente cariño hacia el capitán. Ha empezado a dirigirle algunas palabras, pero no se entienden. Él responde en inglés y en esa manera universal que tiene el afecto de comunicarse. Valentina los contempla, entusiasmada de que Tina encuentre la llave de los candados que le ha impuesto la vida. Sus heridas externas se van curando. Le ha crecido el pelo y los carrillos se le empiezan a rellenar. Se mueve más, como si se sintiera liberada, y busca su abrazo de una manera que la conmueve: se pone junto a ella y deja caer su cuerpo para que Valentina lo reciba. Su cabeza le llega al pecho, justo para que sus brazos la rodeen y acaricien sus malos pensamientos.

El tercer día de travesía, el barco surca un mar embravecido. El horizonte aparece y desaparece mientras el Greta salta las olas con una disimulada agilidad. Ninguna de las Valentinas tiene miedo. Ambas caminan como los marineros, anclando las piernas en el suelo, agarrándose a los cabos. Una pide a su Virgen no zozobrar, y la otra pasa la tempestad a lomos de su silencio. Para distraer a Tina, Valentina juega a aprender el nombre de las cosas en inglés. La tormenta será *sea storm*, y el miedo a ella, *fear of the storm*.

Sabe que el idioma no supondrá una barrera cuando lleguen a Nueva York, o en la misma Boise, pero quiere enseñarle la manera en que se dirigirán a ella en la escuela. Mientras preparan el almuerzo de los marineros, Valentina va señalándole los nombres de las cosas: *bread, milk, glass, fork...* Misteriosamente, Tina está dispuesta a aprender. La niña muestra ilusión, se alegra al acertar el significado de la nueva lengua. El barco es un territorio nuevo, el idioma también, y solo cuando la pequeña empieza a llamarla *ama* advierte ella que por fin empieza a aceptar su nueva realidad.

Desde que la niña está con ella, Valentina mantiene largas conversaciones con Mariana. Nunca va a renunciar a su recuerdo, así que de algún modo ha instalado una especie de espejo imaginario en el que se miran y entienden. La imaginación no está sujeta al tiempo, y cuando se encuentran Mariana sigue igual y ella tiene el mismo aspecto que a sus veinte años. No se lo ha contado a nadie, y ni siquiera piensa decírselo a Domingo. Las almas que viven juntas deben tener secretos para seguir buscándose.

El viaje ha sido relativamente fácil, y nadie les ha dado el alto a pesar de que otros buques de guerra los han visto navegar. El capitán dice que las navieras se ponen en contacto con los espías para informarlos de la carga que transportan. Ellos no llevan materiales útiles para la construcción de armas. Van cargados de vino y aceite, de semillas de avena y de otros productos irrelevantes para los militares, o al menos eso es lo que le ha confesado Nikos Vlachos. Diez días después de haber dejado Lisboa, llegan por fin a Nueva York.

Valentina mira la gigante mujer oxidada que con una antorcha en la mano la acoge por segunda vez. En secreto musita un gracias, y luego le explica a Tina que esa estatua representa la libertad.

—Esta tierra te adoptará, aunque nunca debes olvidar que naciste en Gernika.

En el puerto de Nueva York las esperan los Aguirre. Su abrazo conocido es un alivio. La ciudad todavía está iluminada por las recientes fiestas navideñas, pero hay policía militar y barcos de

guerra prestos a zarpar. Los Aguirre le cuentan que Times Square se llenó de gente el último día de 1941, pero que algo había cambiado. Los americanos encuentran en el alistamiento un modo de patriotismo; todos sus antepasados provienen de algún lugar de Europa y las nuevas generaciones poseen un sentido de orgullosa pertenencia. Intervinieron en la Primera Guerra Mundial, y ahora lo hacen con más motivo: desde el ataque a Pearl Harbor están deseosos de defender su honor. La movilización es general; los jóvenes se apuntan a la lucha y dejan los campos y la industria rumbo a una travesía desconocida. Valentina coge de la mano a su niña, que mira asombrada lo que ve. Como si fuera ella más de diez años atrás, le va mostrando lo que sin duda no ha podido llegar a imaginar. Ella posee las palabras precisas, y ya no es esa muchacha a la que esperaba un pastor para iniciar una nueva vida juntos.

En el hotel, la niña se entretiene con las cosas que nunca ha visto. Los Aguirre la miman. Saben de dónde viene y el dolor que la acompaña, y se esfuerzan por hacerla feliz. Valentina siente urgencia por escuchar la voz de Domingo. No sabe nada de la vida en Boise, más allá de lo que le contó en esa conversación escasa y desesperada de dos minutos. A salvo en tierra americana, en ese lugar que siente su casa, su necesidad de él se vuelve casi dolorosa. Precisa cerrar los ojos y escucharle. Sabe que su voz la guiará como un faro, ayudándola a retomar sus costumbres y rutinas como si nunca se hubiera ido. Él escogerá esas palabras certeras que ella necesita; su tono de voz y su manera de terminar de hablar cuando quiere ocultarle algo disiparán sus dudas. Espera con la impaciencia de una novia a que él llegue a casa y, con el corazón a punto de salirse del pecho, pide la conferencia.

Domingo responde al otro lado del hilo.

—*Gizon, ni Valentina naiz*^[58].

Y luego su primera respuesta, ese silencio que ella es capaz de saborear.

—*Non dago maitia?*^[59]

Nunca podrá encontrar la manera de describir el deseo que

despierta la voz de Domingo en ella. Es un misterio, una manera de adentrarse en un bosque, de navegar por un cielo estrellado, y es también una condena que jamás confesará que está cumpliendo. Lo que comparte con él y que deshizo la certeza de que estaba sola en el mundo viene de Dios. ¿De qué otro lugar podría provenir semejante bienestar? Bendice el instante en que su voz disuelve los nudos del mundo como un azucarillo en un vaso de agua, le escucha contar que Inmaculada ha montado un potrillo y que Simón ya anda en bicicleta. Domingo va desgranando las cosas cotidianas que han sucedido en su ausencia, como si creyera que es únicamente eso lo que quiere oír, pero Valentina se detiene en el río de su voz y nota cómo el agua refresca el miedo que ha sentido, la tensión continua de su viaje, la incertidumbre y la decepción de una añoranza que no ha cumplido sus expectativas. Lo único que quiere es escucharle, pero después de unos minutos se despiden con el anhelo ahogándolos de impaciencia.

Toman el autobús a Boise al día siguiente, a las 15:40 de la tarde. El vehículo es un Greyhound, un rápido que atravesará el país durante cuatro días —como lo hizo casi un mes atrás— para devolverlas al hogar. Es 8 de enero de 1942, y en el mundo hay una guerra. Agotadas, madre e hija, que así se sienten, miran por la ventanilla o duermen con el trote ligero del motor mientras atraviesan los estados de Pensilvania, Ohio, Indiana, Illinois, Misuri, Kansas, Colorado y Utah antes de llegar a Idaho.

Valentina vuelve a ver esa tierra inmensa y piensa en la que ha dejado atrás. Un sentimiento de dolor y pequeñez la envuelve. Teme que los días pasados en Bilbao, Gernika y Lekeitio hayan empañado lo que guardaba de su infancia, aquello que le hacía sentir que poseía una vida de repuesto allá en su playa, pero también se ha percatado de que, mientras uno vive sus días, no se da cuenta de estar fabricando recuerdos. Estos aparecen espontáneos y te sorprenden para recordarte la primera sonrisa de tu hijo, o el olor del mar al abrir la ventana de las cocheras del Palacio Iribarren, o el sabor de esos carramarros atrapados entre las rocas y cocidos con el

agua del mar. No puede adivinar cuándo volverá el recuerdo de sus primeras sábanas de hilo, ni el calor de la piel de Domingo cuando la abrazó desnudo, ni los escombros que quedaron del Arraun. La vida es una sorpresa que te recuerda que has vivido, y Valentina ha aprendido que hay muchas maneras de pertenecer a la vida.

La ciudad las recibe con el cielo azul y la cautela del cariño de Domingo. Los niños han añorado a su madre y trepan por ella mientras Tina espera para ocupar su lugar. En la casa, y después de deshacerse del pasado, abraza a Domingo y nota que a medida que le acaricia y susurra su nombre, el olvido, como un bálsamo, la cura. No volverá a separarse de él, no lo hará, piensa, y luego le ordena el pelo y le deja hablar de Wood River Valley, del ternero que nació hace una semana y de esas montañas que anhela y a las que sabe que volverá.

Valentina, deseosa de recuperar su cotidianidad, en pocos días ha puesto orden a sus obligaciones. Tina e Inmaculada duermen juntas; Simón, del mismo tamaño que la recién llegada, obedece y protege a su nueva hermana. Toda la comunidad la arropa, casi nadie pregunta y la niña, quizá porque reconoce en esas gentes de Boise lo que tuvo y perdió, comienza a hablar, a cantar con otras niñas, a chupar la cuchara de la miel y a sonreír.

Encarni Mendiola sufre pulmonía y Valentina corre a visitarla. Las mujeres de la Organización Independiente Social se reúnen para hablar de lo recaudado en el baile. En el Modern Hotel hablan de instalar una de esas pantallas de televisión que son como pequeños cines en el hogar. La confitería necesita una mano de pintura, porque en su ausencia se quemó el obrador y el humo alcanzó la sala. Mary Tyler irrumpe en el negocio y la abraza con una complicidad que extraña a las demás. La vida sigue a ese lado del mundo.

Valentina ha contado una y mil veces lo que ha visto en España. No ha ocultado las sombras ni los temores, y menos aún la

precariedad que ha conocido y que tanto se parecía a aquella de la que huyeron. Les cuenta de lo prohibido, de lo que se quemó en la guerra que no vivieron y de que solo la naturaleza y las cosas pequeñas permanecen eternas en el mismo lugar en que las dejaron. La plaza se llena de gente los domingos, los marineros siguen saliendo de madrugada al mismo mar frío y precioso y la iglesia aún luce su embriagador retablo. La mayoría de los vascos que residen en Idaho siguen su vida sin detenerse y guardan lo que sienten en su interior. Hacen sitio en el armario donde atesoran su memoria —su pequeña patria, su lengua, los ingredientes que echaban al puchero su *ama* y su *amama*—, pero los años y las comodidades que ofrece América merman la añoranza.

La guerra está presente. Se ha llevado a los hombres, y ahora las mujeres ocupan sus puestos de trabajo en las fábricas, el campo o las estaciones de servicio. Al atardecer, esa América inmensa que vieron desde el autobús se sienta a escuchar la radio para saber qué es de sus hijos repartidos por el mundo.

El Gobierno estadounidense ordena la detención de los ciudadanos japoneses por temor a que actúen en contra de ellos. La mayoría son ciudadanos americanos con rasgos orientales, pero eso no impide que se vean obligados a cerrar sus comercios, dejar sus trabajos y ser internados en campos de detención con sus familias. Valentina observa que las guerras tienen curiosos modos de castigar a la ciudadanía. En Washington había tres mil cerezos *sakura* que Tokio había regalado a la ciudad. Eran unos árboles exquisitos, pero fueron talados debido a su origen.

Los abrazos de Domingo le enderezan los músculos a una de las Valentinas, y a la otra le despiertan un amor nuevo por ese padre prestado. Los dulces en la confitería se vuelven más sencillos por las restricciones de algunos productos, y hay jóvenes vascos nacidos en Boise que se alistan en el Ejército y parten hacia Europa. Desde allí, la radio y los periódicos escupen noticias que dañan la dignidad de un país libre. Las noticias de las escalofriantes medidas que los nazis toman en contra de los judíos son aterradoras. El siglo XX se

retuerce buscando postura mientras Domingo y Valentina recuperan sus costumbres y se toman prestadas sus fuerzas para caminar con su familia.

Pasan los meses. Por el rabillo del ojo, Valentina vigila a Tina. Ella ha rezado para que la niña volviera a ser feliz, pero su comportamiento es un milagro. Muchos de los que han salido de España cuentan que la abundancia les ha curado el mal que traían de allí. La pobreza no deja sonreír ni levantar la mirada al cielo; la miseria carcome el ánimo y anega la esperanza. Tina va encontrando a sus semejantes, aunque la escuela se le atasca y la lengua también.

Cuando llega la primavera, la niña los sorprende una tarde con un llanto inconsolable que no puede parar. Valentina se da cuenta de que la pena se le ha subido a la boca como un eructo incómodo. Tina habla entrecortadamente, evoca el estruendo de los aviones de camino al refugio, les dice que ella volvió la cabeza para ver si los suyos corrían detrás, pero que no los vio. Los aviones habían pasado otras veces sin escupir balas o fuego, sin destruir la casa de Arrate o arrasar el parque hasta dejarlo irreconocible. Tina parece tener prisa por deshacerse del miedo. Se atraganta, tose, cierra los ojos para abrirlos de nuevo y contar lo que ha visto sin mirar a ningún lado. Lo tiene todo dentro, pero está desordenado, con esas piedras unas encima de otras, cómo vio a su hermano y a su madre, rotos y cubiertos de polvo y sangre cuando volvió a una casa que ya no existía. Después se calma y explica que fue siguiendo a una familia por caminos que desconocía y que luego se perdió.

Habla del orfanato, de las burlas por la mancha oscura del párpado, que su madre decía que tenía la forma de un banco de peces. Dice que ha respirado por un agujerito hasta que llegó Valentina a recogerla y que tiene que contarle todo, porque si no lo hace, no podrá ser feliz. Valentina ha abrazado a esa niña más que a su propia hija y vuelve a hacerlo. Todos se agrupan en torno a Tina,

que empieza a sonreír con la facilidad con que los niños aceptan los cambios. Cada noche, al acostarlos, Valentina se sienta entre las camas de las niñas y les coge la mano. Juntas dan gracias por lo que tienen y recuerdan a los que se han ido. Después la madre entona la misma nana con la que Mariana acunaba a su hija, una melodía que llama al sueño dulce que ofrece el cobijo seguro.

*Aurtxo polita seaskan dago,
zapi zuritan txit bero...*

Los años de la guerra pasan lentos, como si llevaran en sus tripas un peso excesivo. Todos los americanos están pendientes de las noticias, y los primeros ataúdes envueltos en la bandera llegan desde Europa. A lo largo de 1943, los aliados comienzan a cosechar pequeños éxitos. La aviación británica y la estadounidense siembran los cielos de las ciudades fascistas y neutralizan su poder, pero los combates y los bombardeos no cesan. En la sala del Cine Rialto se estrenan *Casablanca* y *Esta tierra es mía*. La economía crece, la guerra y la industria de armamento son imparables y las mujeres son retratadas por los fotógrafos de la revista *Life* trabajando en una fábrica de cañones.

Mientras Estados Unidos se prepara para la victoria, el presidente Franklin D. Roosevelt muere en abril de 1945. Unos días después, Mussolini es ejecutado y Hitler se suicida en su búnker de Berlín. Es el fin de unos años que dejarán cicatrices en varias generaciones. Cuando finaliza la segunda guerra mundial de la historia, con el lanzamiento de bombas nucleares sobre Hiroshima y Nagasaki, se contabilizarán 61 millones de muertos en el mundo.

Pero en Boise la familia Arsuaga cumple con los deberes de la vida. Crecen, estudian, se divierten, lloran, aman y cumplen años. Son americanos, pero hablan en la lengua de una tierra a la que se llega cruzando los mares.

Por fin será la montaña

DOMINGO ARSUAGA

BOISE, 1953

El otoño refresca las calles. Domingo camina hacia su empresa de productos alimenticios, Gozoa, olfateando el aire y pensando en que falta poco para que los pastores regresen con el rebaño. Una parte de él sigue residiendo en la montaña, como si los años en que fue pastor le hubieran dejado enamorado de lo que allí arriba experimentó y un viento a su espalda lo empujara invitándolo a volver. Si cierra los ojos, aún escucha el sonido de un arroyo que baja desde la cumbre, el estruendo de una cascada, la música de la noche habitada por los dueños del territorio.

Su vida es casi perfecta, y no puede mirar atrás sin sonreír satisfecho. Valentina sigue a su lado, valiente, amorosa, dando un paso tras otro con decisión. Ella es su país, su pasado y su presente. Le ha dado tres hijos que han crecido con salud y que son libres para elegir su destino. Tiene una casa confortable, unos negocios prósperos y buena salud para sus cincuenta y tres años. Los amigos y conocidos le rodean y comprenden. Domingo suspira cuando termina el balance, pero sabe que cuando aparece esa clase de pensamientos, esa contabilidad del debe y el haber de su vida, algo va mal. Cada cierto tiempo, cuando eso le sucede, se pregunta por qué un hombre feliz debe desear siempre algo distinto a lo que tiene. Empuja la puerta de su empresa sin encontrar una respuesta.

Acaban de hacer reformas. Las oficinas se parecen a las de los

concesionarios de automóviles. Los despachos están acristalados y los administrativos los ven desde sus mesas. Víctor Goitisolo está sentado en su sillón giratorio, hablando por teléfono. Domingo levanta una mano en un gesto de saludo. En otro despacho ve a su hijo concentrado en las facturas y siente un pellizco de ternura. Simón tiene veintidós años y acaba de graduarse en Economía en la Universidad de Nevada. Es un chico grande, bueno, sencillo y de pocas palabras. Trabaja en el negocio familiar porque quiere hacerlo y porque cree que su padre no aplica las normas que debería para sacar más beneficio a la empresa, pero en realidad Domingo sabe que, por muy preparado que esté para algo más que ese negocio, nunca se irá lejos. Desde hace meses sale con la hija pequeña de Pedro Goitia, una chica que ha sido educada como él y que tampoco dejará Boise, porque allí está toda su familia.

Desde que terminó la guerra, el país crece y el trabajo se ha intensificado. En Gozoa hay veinte empleados, sin contar con los que elaboran los productos en las fábricas. Tienen una sucursal en Nueva York, y Domingo ha volado en esos pájaros de acero que le tienen fascinado para abrir una tienda en Brooklyn. La confitería continúa dando beneficios y hay siete mujeres trabajando allí, incluida Tina. Valentina se sigue levantando muy temprano para ir al obrador y hacer los bollos y las tartas para el desayuno. Su marido le ha pedido muchas veces que deje los madrugones para las más jóvenes, pero ella ni tan siquiera replica cuando se lo dice. Sigue queriéndola cerca, y aunque sabe que no puede impedirle nada, lo intenta sin ningún éxito. Domingo lucha por ganar todas las partidas menos las que juega con ella.

Deja el sombrero, se sienta en su silla y enciende un cigarrillo. Fuma demasiado. Valentina le amenaza con no volver a besarlo, pero el vicio es difícil de abandonar a pesar de que sus pulmones no resisten los esfuerzos como lo hacían años atrás. Aurora, su secretaria, le ha dejado sobre la mesa un listado de las llamadas que ha habido en su ausencia. Domingo se pone las gafas y revisa los nombres. Le llama la atención el de un viejo conocido, Esteban

Garaizar, de Emmett. No termina de entender el nuevo teléfono sembrado de botones, así que aprieta el interfono para pedirle a Aurora que le ponga en contacto con su amigo. Esteban tiene un pequeño rancho a unos kilómetros del suyo. Ha oído que vuelve con su familia a Ea, donde les espera su caserío reformado y provisto con las últimas comodidades, gracias al dinero que ha ido mandando. Ha hecho el dinero suficiente para hacerse viejo sin tener que trabajar, y lleva veinte años extrañando su pueblo.

El *kaixo* que escucha le pone de buen humor.

—He vendido el rancho a unos americanos que quieren poner un hotel, y las ovejas se las ha quedado Iriarte. Os dejo con Eisenhower y me voy con Franco, a ver qué se tercia por allí.

—¿Cuándo te vas?

—En un mes, en noviembre.

—Iré antes a darte un abrazo.

Wood River Valley, el territorio donde está el rancho, ha cambiado mucho en los últimos años. El turismo ha llenado las carreteras de vehículos, han construido una autopista y hay más hoteles de los que él quisiera. A veces piensa en venderlo, pero desprenderse de la tierra le parece un pecado. Le gusta ir allí, y le gustaría aún más si Valentina le acompañara, pero ella mantiene su particular guerra con lo que sabe que puede acaparar su atención. Solo en verano hace alguna concesión y van con los hijos a Great Lake, huyendo del calor de Boise. Muchos americanos pagan sumas exorbitantes por ir en esa época a pescar con mosca, comer truchas y hacer caminatas por los preciosos senderos que ofrece Mountain Home. Domingo mantiene un pequeño rebaño de ovejas y explota unas cuantas vacas y terneros.

Apunta en su agenda la fecha de partida de Esteban Garaizar y hace un círculo en torno al último fin de semana de octubre. A las once tiene la visita de un proveedor de harinas, y a las doce irá con Víctor a visitar a un cliente. Se gira en su silla y por la ventana contempla las Montañas Rocosas. Algo en su interior se esponja. Vuelve a pensar en su vida confortable y chasquea la lengua

contrariado.

En la confitería, Tina envuelve unos dulces y vigila la torpeza de la chica nueva. Desde que Rita se fue a Emmett, y sus hermanas con ella, las cosas no son iguales. Las Gutiérrez sabían los nombres de todos los clientes, de sus cónyuges, de sus hijos, de sus nietos. Por eso, ella ahora hace lo mismo y se ha vuelto imprescindible para Valentina. A Tina nunca le gustaron los libros. Le costaba mucho trabajo seguir los estudios, así que en cuanto tuvo edad suficiente su madre se la llevó al negocio y empezó a enseñarle cuanto sabía. Le gusta la cocina, es hábil con las masas, y tiene la paciencia suficiente como para estar de cara al público.

Es secretaria del Centro Vasco de Boise, que agrupa a todos los viejos clubs de costura, calceta y aquellos otros en los que se reunían las mujeres. Casi todas sus integrantes tienen la nacionalidad americana porque son la segunda generación, pero se resisten a perder sus costumbres. Se reúnen semanalmente, y allí se imparten clases de bailes tradicionales vascos para los niños y se organizan eventos y festivales cuyos beneficios son destinados a la futura construcción de un edificio social. Tina se siente orgullosa de vestirse con su falda roja con rayas negras y su delantal. En su corazón abriga el deseo de volver a Gernika, y desde hace unos meses está en contacto con su compañero de escuela Juan Arroita. Se han cruzado tres o cuatro cartas y él le ha enviado una fotografía hecha en la plaza del mercado.

Valentina la ve vigilar el correo, preguntar si hay carta, e intuye que ese interés puede acabar en otra cosa. Apenas tiene tiempo, pero cuando Domingo se va al rancho y los chicos andan festejando ella saca sus cuadernos y escribe. A veces no solo le cuenta lo que quiere, sino que se confiesa con él. Le sirve para registrar sus temores y preguntar a no sabe quién cómo resolver las cosas. Domingo nunca ha sido hablador, aunque siempre la ha escuchado con atención. Ella únicamente calla cuando se acuestan; adora

escucharle y dejarse llevar por el río de su voz. En el viejo baúl se acumulan las libretas y las cartas que ha recibido desde que salió de Lekeitio. No sabe qué hacer con ellas. Le asusta pensar que puede morir sin haber tenido tiempo para deshacerse de ellas y que sus hijos sepan lo que pensaba cuando guardaba silencio. Para ellos, el Lekeitio del que les habla no existe del todo. Ha notado que también otros jóvenes están hartos de su nostalgia y eso, aunque lo entiende, le pellizca el alma.

Esther se ha jubilado, y ahora le escribe con más frecuencia. Es el único hilo que la une a su pasado. Clara murió de tuberculosis poco después de que la liberaran, y sus primas simplemente dejaron de escribir. Se lo ha dicho a Domingo, que un verano deberían volver con los hijos, pero él no quiere. Tina, quizá, con los amoríos que se trae, sí regrese...

Secretamente teme que haga el viaje inverso al que hizo ella. Si se enamora, como cree que pasará, habrá un momento en que quiera reunirse con él y entonces se le romperá el corazón por la mitad, porque uno no puede irse del todo de ningún sitio donde haya amado. Domingo no es capaz de adelantarse a las cosas como lo hace ella, por eso escribe esas dudas en los cuadernos.

Valentina vigila a sus hijos sin mostrarlo. No le gusta que se alejen de casa, pero ellos no tienen la costumbre de quedarse cerca. Son americanos y se van de excursión, de colonias o a estudiar fuera de la ciudad, y nada puede hacer por retenerlos, si bien al menos ha conseguido que todos se reúnan cuando su madre hace uno de esos platos típicos de Lekeitio.

Dos o tres veces por semana, el matrimonio come en alguno de los restaurantes vascos de Boise. El ambiente y la lengua hacen que se sientan en casa. Ese día almuerzan en el restaurante de los Elustondo. Pilar y su hija atienden las mesas e intercambian algunas palabras con Valentina mientras espera a Domingo. Cuando lo ve entrar, sus ojos le miran con deseo. Hoy se ha vestido con traje y no ha olvidado ponerse el sombrero. Lo observa mientras avanza hacia ella, sin poder evitar pensar que debajo de su aspecto está su

pastor, el hombre que se abrió paso hacia su corazón con la misma cantidad de determinación que de torpeza. Ha cambiado, pero ellos han sabido guardar los secretos que incubaron en aquellas primeras semanas de convivencia. Domingo sigue siendo un hombre que ignora su atractivo. Ya no es tan silencioso como años atrás, pero ella disfruta cuando se sienta a su lado y durante unos minutos se muestra como un desconocido que nunca la hubiera visto. Valentina espera hasta que él la descubre, y entonces ella mira a su alrededor como si aquel hombre al que ama profundamente no le interesara.

Emilita les trae la comida. Su marido suspira y le pregunta por la confitería. Valentina sabe de inmediato que Domingo está a punto de decirle algo que no le va a gustar. Ella conoce sus rodeos, ese cortejo que hace con lo cotidiano para comunicarle las decisiones que ya ha tomado. Valentina se lleva una cucharada de garbanzos con chorizo a la boca, y entonces él le revela que piensa ir al rancho para despedirse de Garaizar, que se va a España. Como si le leyera el pensamiento, añade que serán solo tres días.

—Acuérdate de que Macu viene a celebrar su premio de redacción. Estará en casa este fin de semana.

—Echo de menos el aire de ahí arriba.

Domingo empuja la barbilla en dirección a la ventana. Valentina no lo mira, pero lo ve; también ella vuelve sus ojos hacia el mismo objetivo. Las montañas tienen la cumbre nevada, como si llevaran un sombrero de azúcar glas y fueran parte de un decorado inocente, pero ella sabe que la naturaleza tiene la última palabra. No le responde. Hace ya tiempo que no intenta disuadirle de sus decisiones, porque sabe que es inútil. Se lleva otra cucharada a la boca, pero no puede evitar sentir una punzada de angustia en el estómago. También la ignora. Hace años que teme que la montaña le robe lo que más quiere.

Unas semanas después, Valentina despierta al amanecer empujada por la costumbre. Todavía no quiere abrir los ojos, iniciar

el día, levantarse y preparar el café. Tina lleva la confitería prácticamente sin su ayuda, aunque ella acuda a supervisarlo todo a diario. Remolonea en la cama, sabiendo que su hija Macu duerme al otro lado del tabique.

Antes de volver al mundo que habita, desliza una mano en busca del cuerpo de su marido y no lo encuentra. No ha dormido bien, su sueño se resiente cuando él no está a su lado. Se frota los ojos, escucha los sonidos de la casa, ese silencio que le pertenece solo a ella. Entonces recuerda que hace dos días que su marido fue a despedirse de Garaizar y que aprovecharía para subir a la montaña y emborracharse de naturaleza. Sonríe al pensar que esas cumbres han sido siempre su único rival. Se levanta. Macu está en casa, y él le prometió que llegaría antes del almuerzo.

Después de vestirse, va a la cocina sin hacer ruido para no despertar a su hija. Quiere prepararle un buen desayuno a su pequeña. La echa de menos, porque la mayor parte del año está en Reno, donde estudia para convertirse en maestra. Macu ha heredado su resolutiva independencia y posee una alegría contagiosa. Abre la nevera y se cerciora de que no falta de nada. Busca en el armario el viejo mantel de lino con flores bordadas. Valentina disfruta cuando la familia se reúne al completo alrededor de la vieja mesa de nogal que heredaron de los Zarandona. Ha preparado los platos que le gustan a cada uno y está ansiosa por recibirlos.

Macu aparece una hora más tarde con cara de sueño.

—*Nos dago aita?*^[60]

—Estará al llegar. Te lo dije ayer, ha ido a visitar a un amigo y a pescar a Middle Fork.

—¿Tan lejos?

—A tu padre nunca le parece demasiado lejos cuando sube a la montaña.

Hasta las doce nadie se preocupa por el retraso de Domingo salvo Valentina, que nota que se le ha encogido el estómago y le ha entrado frío. La espera comienza a inquietarles. Los hijos interrogan a su madre.

—¿Se fue solo?

—¿Cuándo te dijo que volvía?

Tina, que ha vuelto antes a casa tras dejarlo todo bien organizado en la confitería, llama al rancho para preguntar si saben algo. Según parece pasó por allí... Telefonea también a Víctor y le cuenta lo que sucede. Vuelve a llamar a todos los lugares donde ha podido ser visto, pero nadie sabe nada de él.

Simón recuerda que le dijo algo sobre su deseo de ir a Emmett para despedirse de Esteban Garaizar. Valentina, con manos temblorosas, va y viene por la casa sin detenerse en la sala donde sus hijos parecen ocuparse de buscarlo. Se acerca a la ventana y traga saliva cuando imagina a su jinete alejándose en el amanecer. Su cuerpo tiembla por dentro, y un frío seco trepa desde sus pies buscándole el corazón. Tiene un mal presentimiento, pero se calla, porque si lo dice en voz alta se cumplirá. Cuenta los pasos y reza a su Virgen de la Antigua.

Simón las anima, intenta tranquilizarlas. Habla de los años en que su padre subía con el rebaño y recorría las sendas más peligrosas durante meses. Nunca le pasó nada y conoce la montaña mejor que muchos. Simplemente se retrasa. Pero Valentina piensa en los pastores que no regresaron, o en aquellos otros que quedaron malheridos por un resbalón y a quienes solo la suerte o la intuición los salvó. Luego escucha a su hijo decir que el invierno y la nieve no han llegado, y a Macu que le corrige hablando de esas sendas que no se deben recorrer si uno no va acompañado.

Vuelve a la ventana y mira hacia las montañas. Nunca se llevó bien con ellas, y ahora sabe por qué. Su marido siempre las ha observado con codicia, y ni una sola de las veces que se ha ido con ellas ha podido esperarle tranquila. Ahora murmura para sí misma, habla con ellas y les pide que se lo devuelvan. Les confía sus secretos, la naturaleza del amor por su pastor, y hasta se humilla ofreciéndoles cualquier cosa que posea a cambio de que no lo engullan para siempre. Por la cabeza de Valentina pasan todos los momentos en que acompañó a mujeres de pastores mientras

esperaban que sus compañeros y amigos los encontraran. Recuerda el acero de sus miradas perdidas, los llantos y los arrepentimientos por no haber elegido otro camino. Esas mujeres le recordaban a las de los marinos que no regresaban tras una tormenta: el mismo miedo, la misma valentía. Y cuando por fin traían la certeza de la tragedia, y el cuerpo en un carro, ella siempre dudaba qué hacer para acompañar esa pena definitiva. Le avergonzaba ofrecer un consuelo que no iba a servir de nada. La intimidad de la pérdida la acobardaba.

Se dice a sí misma que Domingo es puntual como un tren inglés. No se pone el reloj que le regalaron sus hijos cuando cumplió cincuenta porque está acostumbrado a mirar el sol y a saber exactamente la hora que es. Acostumbra a llegar con cierto adelanto a los lugares para poder observarlos y controlar cuál es el mejor sitio para no ser visto. Ama a sus hijos, y es siempre él quien les abre la puerta. Hace tres días, antes de que se fuera, le habló de los alrededores de una cascada. Le dijo que ese lugar era mágico, que quería volver a verlo.

Valentina se aleja de sus hijos y, refugiada en su habitación, se tumba en la cama para ver si el recuerdo vuelve, pero solo oye el eco de su poderosa voz, embaucada por los murmullos del río que evocaba. Se arrepiente de no haberse enfadado, de no haberle prohibido que fuera precisamente esos días en que la niña volvía a casa, pero luego le perdona y le pide que, si se ha caído, se quede quieto y espere a que vayan a buscarle. Eso la consuela. Hace sitio a la idea de un accidente y se levanta para decirles a sus hijos que le digan a todo el mundo que Domingo está perdido en Battle Creek, que andará cerca del río o de una cascada y que probablemente esté herido.

—*Ama*, ¿por qué dices que está herido?

—Porque eso es mejor que decir que está muerto.

Valentina se esconde. No quiere que sus hijos vean o escuchen la certeza que se abre paso en su pecho. Tina la busca, habla con ella, le coge una mano. Nota en su voz que ella la entiende. La abraza y

le susurra al oído la nana que ella y su madre le cantaban, y por fin su pecho se rompe y brota un llanto atropellado.

—Ten fe, *ama*. Él es fuerte, más que Simón y Macu. Te necesitan. Vamos con ellos.

—Se llevó las botas que compró en Nueva York. No las tenía cómodas.

—¿Qué chaqueta llevaba? —pregunta Simón con el teléfono en la mano.

—La vieja pelliza de piel. La lleva en la camioneta. No me deja que la limpie, y yo no quiero que la meta en casa.

Se calla y recuerda que el día que comieron en el restaurante de los Elustondo notó en su voz unas notas de impaciencia cuando le habló de su cascada. Valentina detectó su anhelo por alejarse de la ciudad y volver a los lugares remotos donde él encontraba lo que necesitaba. La convenció, como casi siempre hacía; le dijo que las botas nuevas que compró en Nueva York le permitirían caminar con facilidad, que iba a visitar el refugio que habían construido en Battle Creek y que quería ver el bosque de álamos donde había escrito su nombre. Y ahí ella perdió la batalla, y le besó, y le hizo prometer que vendría a tiempo de darse un baño antes del almuerzo que celebrarían para festejar los éxitos de Macu.

—*Aita* me habló de una cascada... ¿Alguien sabe cuál prefería?

—¿Y Tajui? —Simón interroga a su madre con la mirada.

—Tajui murió el año pasado —responde Valentina.

—Va a volver. Aparecerá en cualquier momento.

Pero Domingo no llega. Simón se encamina hacia la oficina de la policía estatal para alertar de la desaparición. Tina y Macu llaman a pastores, rancheros, hoteles y negocios vascos. En una hora hay dispuestas más de trescientas personas para buscar a Domingo Arsuaga, ese pastor que llegó desde Lekeitio para vigilar los rebaños en las montañas que ahora no lo quieren devolver.

Valentina no se mueve de la ventana. Tiene el cuerpo y el pensamiento detenidos. Una fuerza extraña le impide pensar, moverse, hablar, como si no pudiera volver a ser ella hasta que le

vea entrar por la puerta. Los ojos descansan sobre el asfalto de la calle desierta. Tiene su ausencia amarrada con cautela, y solo de vez en cuando un pensamiento se cuela ladinamente para advertirle que comparte con Domingo no solo la vida, el cuerpo, la casa, la risa o los hijos. Comparte también la memoria, porque ella no concibe la vida sin él. Un temor glacial está a punto de alcanzarla cuando Tina la lleva a su cama y la envuelve entre las mantas.

—*Ama*, duerme un poco. Las patrullas siguen buscando. Yo te aviso. Duerme.

La senda es pedregosa y resbaladiza. Las tormentas han desprendido pequeñas rocas y hay tramos en los que el paso entre la montaña y el desfiladero se vuelve angosto. No le gustan las botas nuevas, no se siente cómodo con ellas, y Domingo pone especial cuidado en el descenso. Vigila sus pasos, va en tensión, y solo la luz dorada del amanecer le conforta el espíritu. La montaña está viva y le hace suspirar de placer y tensión.

Ha dormido en un claro junto al bosquecillo de álamos donde otros pastores y él mismo grabaron en las cortezas los nombres de su nostalgia. No le ha costado encontrar el de su amor, ni sentir un placer infinito al percibir las letras torpes sobre la piel del árbol. La textura, la rugosa superficie que horadó su navaja. Los recuerdos de cuando la soñaba sin haberla visto.

Valentina.

Se ha tomado su tiempo para recorrer los mensajes que otros dejaron. Los recuerdos de los meses de aislamiento en la montaña cobran vida. Se detiene en un *maite zaitut* labrado en otro de los árboles, lo recorre con las yemas de los dedos pronunciándolo e imaginando a ese hombre, quizá veinte o treinta años atrás, confesando su amor. La madre, el pueblo, los nombres de los amigos, los hijos o Dios sabe quién, tan cercanos en el corazón de los pastores y tan lejanos en la geografía de esa tierra que los hombres recorren para sobrevivir.

Se detiene en un recodo. Se ha levantado un viento desapacible y busca abrigo. Enciende un cigarrillo y calcula la velocidad de ese aire imprevisible. Valentina ocupa su pensamiento, como muchos años atrás. Recuerda el momento en que la vio en el andén del tren que la traía de Nueva York. A pesar de haberla imaginado allí mismo, con su fotografía guardada en el pecho, nunca pensó que llenaría su vida de la manera en que lo ha hecho. Se le humedecen los ojos. Apaga el cigarrillo y se levanta. No quiere llegar tarde; un retraso supondría una agonía para su mujer, que piensa que lo único con lo que no puede luchar es con la naturaleza.

Él no quiere vivir de espaldas a esas emociones que experimenta en la montaña. Su cuerpo entiende los sonidos de los bosques, los olores, el tacto de las plantas. No se siente amenazado por esos cambios repentinos de temperatura, o por la bruma imprevista que se empeña en borrar el camino. El hombre que es se convierte en piedra, tierra o madera, se funde con el terreno y se alimenta de él. Con los años ha comprendido el valor de aquello que le proporciona la montaña. Es por eso por lo que no experimenta temor cuando se encuentra en ella. A pesar de reconocer su peligro, siempre obtiene su recompensa. Recuerda a Tajui, su sabiduría ancestral. Él escuchaba sonidos que nadie más advertía y reconocía las piedras bajo las cuales dormían las serpientes. Domingo suspira al ser consciente de cuánto le echa de menos, a él y su respeto por la naturaleza.

Sigue descendiendo por las sendas escarpadas. Abajo el río murmura y le acompaña, y el viento le empuja en su descenso. Tiene cerca de dos horas hasta donde ha dejado la camioneta, pero él camina tranquilo, casi ausente, dispuesto a escuchar los murmullos de la vegetación que se agita. Ha calculado que llegará a tiempo al almuerzo con su familia, pero ahora cree que si llueve tardará más. Mira al cielo. Un enjambre de nubes palpitantes están a punto de darle alcance. Macu no le perdonaría su ausencia, y Tina le reñiría del mismo modo en que lo hace Valentina. Por primera vez en su vida ignora las señales, se deshace de los presagios y camina sin

pensar que nadie puede eludir su destino.

Anochece y el cielo guarda los restos de luz que lo tiñen con franjas rojizas. Alguien golpea la puerta con los nudillos. Valentina se endereza y corre hacia la entrada. Sus hijos no reconocen esas llamadas quedas y atormentadas, ellos solo escuchan el timbre.

Abre la puerta y ve a Pablo Ereño en el umbral con el rostro ensombrecido. Valentina se acerca sin dejar de mirarlo. El amigo de su marido sostiene su mirada, se lo dice sin palabras, en ese idioma de los hombres de su tierra que ella conoce bien. Se abrazan. Por encima de su temblor, de ese abismo que comienza a abrirse para tragarla, escucha la voz que retumba en el pecho de ese hombre bueno.

—Han encontrado su cuerpo en el río Middle Creek. Es probable que cayera desde las escarpadas laderas.

Epílogo

TINA ARAMBURU

1975

Noviembre extiende su mano fría. Las primeras nieves han cubierto las montañas y los cerros cercanos. La luz de la tarde es mortecina, casi opaca, y no tiene fuerza para perforar un cielo incoloro. Las farolas ya están encendidas, y su iluminación deja al descubierto charcos de nieve sucia.

Tina sale de la confitería y se detiene a olisquear el aire con esa costumbre suya de olfatearlo todo. Se alza el cuello, dejando que el paquetito que sujeta del lazo del cordel baile en el vacío mientras se pone los guantes, primero uno, luego el otro. Hoy no va a acudir a las clases de las chicas que preparan los bailes para Navidad. Juan, su marido, llegará tarde, pues tiene ensayo con el coro Anaiak Danok. Hoy ha reservado algo de tiempo para visitar a Valentina y le lleva esos harinados con canela que ella le enseñó a hacer.

Ha estado todo el día rodeada del calor dulce del establecimiento y agradece el aire frío. Durante unos segundos duda entre llamar a un taxi o caminar hasta la residencia de mayores, dejando que el frío tense su rostro. Decide caminar. No está lejos, y hacer algo de ejercicio le viene bien. Valentina no la espera, ni tan siquiera la reconoce, pero ella la echa de menos y siente que debe estar a su lado porque a veces hay relámpagos en su mirada que parecen recordar los viejos cariños.

Los primeros síntomas aparecieron apenas unos meses después

de la muerte de Domingo. Los médicos dijeron que sufría una demencia precoz, algo raro a su edad, quizá un mal familiar, pero ella está segura de que la ausencia de su marido tuvo la culpa. Su madre fue incapaz de encajar la pérdida y, aunque siguió con su vida como si no se le hubiera derrumbado el suelo sobre el que caminaba, la pena carcomía sus huesos, su memoria, su sonrisa y su valor. Primero fueron los olvidos, luego los arranques repentinos de mal humor, y más tarde la dificultad para encontrar las palabras.

Por aquel entonces, Macu vivía en Reno, donde empezaba a hacer prácticas en una escuela. Ella volvía los fines de semana y la alborotaba. La llevaba al cine, comían en el restaurante y jugaban al parchís. Simón se sentaba a su lado, le cogía una mano y le preguntaba los ingredientes de sus famosos postres. Tina la vigilaba durante todo el día, en la confitería, y también de noche, porque se levantaba a buscar cosas que no existían. Luego Simón se casó y se fue con su esposa, y Juan Arroita vino de Gernika para casarse con Tina, pero ellos se quedaron en la casa.

A su madre se le deslizaban las horas por el jersey que se ponía en casa y que ella misma le había tejido a su marido, como si la pena la cubriera de un aceite resbaladizo que la vida no pudiera atravesar. Pasaba las horas sentada junto a la ventana y hablaba de jinetes que marchaban al amanecer y regresaban con la puesta de sol. Su mundo se fue alejando mes a mes, año a año, y Tina la llevaba de la mano al baile, a la confitería, a la casa de Mary Tyler, que había sido abandonada por su Robert. Pero, por mucho que se pusieran la venda en los ojos, el mundo de Valentina se deshacía como si fuera de chocolate y el calor lo derretiera. Tina reconocía ese querer marchar detrás de los que ya se habían ido porque, aunque fuera una niña, ella también buscó un mundo en el que la soledad no entrara a deshacer los recuerdos.

Se lo había dicho muchas veces, que cuando pensaba en Domingo caía al vacío desde una gran altura. Tina no sabe medir las penas, pero la de su madre es honda como el abismo al que cayó Domingo desde la senda de su montaña. Los ojos de Valentina

dejaron de mirar la vida, y cuando se nublaron definitivamente y ella fue incapaz de sostenerse, los médicos advirtieron a sus hijos que no convenía que viviera sola.

Al principio buscaron a una mujer que había cuidado de Encarni Mendiola y que conocía sus costumbres, pero lo que Valentina llevaba dentro siguió su curso y el deterioro y la angustia aumentaron. Apenas reconocía a nadie y se empeñaba en que la llevaran a ver el mar. Hablaba de la playa de Karraspio y de las mujeres extranjeras que mostraban los muslos.

Los tres decidieron buscar un lugar donde estuviera mejor atendida que con ellos, ya que, a pesar de descalabrar sus vidas, no llegaban a ofrecerle a su madre el consuelo que necesitaba. Encontraron una residencia no lejos de su casa, y para sorpresa de todos allí se serenó.

Unos meses antes de que desapareciera del todo, Valentina cogió de la mano a Tina y la llevó a una habitación donde se guardaban los trastos inútiles u olvidados. Allí estaba el baúl que todos habían visto ir y venir por la casa sin que nunca encontrara su sitio. Era el que ella trajo desde Lekeitio cuando tenía veinte años y llegó para conocer a su marido. Con una llave pequeña y dorada, lo abrió.

—Tina, aquí está guardada mi vida —dijo tomando uno de los cuadernos—. No lo he escrito todo, pero sí lo más importante. Mi amiga Esther me regaló este baúl que había pertenecido a la emperatriz Zita. Hay muchos cuadernos. Tú mejor que nadie entenderás cómo se parte un corazón en dos y cómo lo recompone el amor. Quizá encuentres tu lugar, la tierra no te abandona, pero la vida te empuja a alejarte, y aunque te empeñes en no olvidarla hay veces que conviene hacerlo para poder amar otra.

Ahora Tina sabe muchas cosas de esa mujer que fue su segunda madre, y cuando empuja la verja del jardín que da al edificio donde Valentina habita sonríe envuelta en gratitud.

Una enfermera sale a su encuentro.

—¿Cómo está hoy Valentina?

—Está tranquila. La encontrará en el salón.

Tina abre la puerta del recinto. Valentina, sentada en un sofá, dirige su mirada a un punto indeterminado. Ella se acerca esperando siempre el milagro, pero su madre vuelve el rostro y la encara con una expresión ceñuda. No le importa. Tina sabe lo que un día existió tras sus ojos.

—¿Quién es usted? —murmura enfadada Valentina.

La joven deshace el nudo del paquetito y toma una de las pastas, se la ofrece y luego se acerca a su oído y comienza a cantarle.

*Aurtxo polita seaskan dago,
zapi zuritan txit bero...*

El semblante de Valentina se relaja con una expresión dulce. Sus ojos se vuelven vivos y sonríe, levantando su mirada hacia ella.

—*Maitia!*

Agradecimientos

Alicia G. Sterling, mi agente literaria, tiene tesón y fe en los escritores que representa, para ella va el grueso de mi abrazo en el que también caben María Eugenia Rivera y Elena García-Aranda, que mostraron un entusiasmo capaz de empujar mis dedos sobre el teclado.

De la mano de Xavier conocí a Jon Bilbao, generoso donde los haya y un hombre que lleva en la sangre la huella de los que eligieron Norteamérica para crecer con amplia mirada. Jon me regaló su atención, su afecto y su visión, ingredientes esenciales para una novela como esta. Mi agradecimiento por su esfuerzo en conservar la memoria y a los amigos que quedaron en Idaho o Nevada. Entre ellos, Carmelo Urza, cuyos correos pusieron los puntos sobre las íes a la geografía y la cotidianeidad de Boise. También gracias a Joxe Mallea, investigador y profesor de Historia Vasca en la Universidad de Reno (Nevada) que recoge las huellas que dejaron los pastores en los álamos temblones.

Mi particular cariño a Esther Korta, autora de *Ameriketara eta...*, que sabe más del alma de los que se fueron tras sus sueños que cualquier renombrado estudioso. Ella entendió mi proyecto. Me acompañó y me brindó su generosidad.

Mi especial gratitud para esas mujeres que salen a mi encuentro, como Estrella García, una luz en el firmamento literario, y Mariasol Corral, por hacer sencillo lo difícil. A Marian, por su ayuda con la

traducción y por enamorarse de mi pastor.

A las bibliotecas que albergan el pasado. Allí encontré testimonios para equilibrar mi narración: *Amerikanuak*, de Jon Bilbao y William Douglass; *Dulce tierra prometida*, de Robert Laxalt; *Un legado que perdura*, de John Bieter Garmendia; la *Auñamendi Eusko Entziklopedia* y a todos los que dejaron su huella mediante artículos, estudios y tesis sobre la huella de los pastores vascos en el oeste americano.

Y por último, a los que me sostienen, a mis hijos, hermanos y sobrinos, y a Pablo, mi horizonte en la vida.

Escribir es un acto solitario en el que es imprescindible la compañía de los seres queridos.



ELENA MORENO SCHEREDRE (Bilbao - 1953). Estudió Ciencias de la Información en Barcelona, donde estuvo viviendo durante unos años. A lo largo de su trayectoria Moreno ha trabajado en diferentes ámbitos de la comunicación: radio, televisión y prensa escrita. Imparte talleres de escritura creativa y colabora con el periódico El Correo.

En 2011 Moreno publicó su primera novela, *El salón de la embajada italiana*, a la que seguirían otros títulos como *Dondequiera que estés*, *Devuélveme la luna* o *La frontera lleva su nombre*.

Por su labor literaria ha sido ganadora de premios en certámenes de relatos cortos, siendo galardonada también con el Premio de Literatura Aixe Getxo, localidad en la que reside y que sirve de escenario para algunas de sus ficciones.

Notas

[1] Pescadores. <<

[2] Café, copa y puro. <<

[3] «Bienvenido, Domingo». <<

[4] Coyotes. <<

[5] Banco de sardinas u otros peces que nadan a flor de agua, sumergidos pero a la vista. <<

[6] «¿Dónde está Mariana?». / «De amores con el americano». <<

[7] Soltera, en sentido despectivo. <<

[8] «Hola, mujer. Tú debes de ser Valentina... ¡Qué guapa eres!». <<

[9] «¡Buenas noches!». <<

[10] «¡Aquí está!». <<

[11] «Querida», usado cariñosamente. <<

[12] Grito característico de los vascos para expresar júbilo o alegría.

<<

[13] «Te quiero». <<

[14] Nostalgia de la tierra natal. <<

[15] Hola. <<

[16] *Ondo*: bien; *buru*: cabeza. <<

[17] Perros. <<

[18] Hombres de piedra. <<

[19] Remo. <<

[20] «Tranquila, tranquila, cariño, todo irá bien». <<

[21] «¡Qué bonita es!». / «Lee, por favor». <<

[22] Desganada, con cierto malestar. <<

[23] «¿Qué quieres?». <<

[24] «¿Cómo estás? ¡Eres un hombre de suerte! Tengo algo muy bueno para ti...». <<

[25] «No sé». <<

[26] Caserío. <<

[27] «Por eso, tío... Eres tú quien debe llevarme al altar». <<

[28] Mar. <<

[29] «¿Sois euskaldunes? ¡Bienvenidos a Nueva York!». <<

[30] «De aire». Genio de naturaleza indefinida de la mitología vasca.

<<

[31] «Incómodo». <<

[32] «Y tu pastor... ¿tiene rebaño o trabaja para otro?». <<

[33] «Muchacha, ¿cómo estás?». <<

[34] «Bien, muchas gracias». <<

[35] «¡Ahora te veré desde cualquier lado!». <<

[36] «Hola, amigo». <<

[37] «Ya está. Vale, vamos allá...». <<

[38] «Cuidado». <<

[39] «Soy Valentina». <<

[40] «Tranquilo, amigo, estamos en casa». <<

[41] Exclamación de sorpresa. <<

[42] «Estás guapo» (aseado). <<

[43] Uno, dos, tres, cuatro... <<

[44] «¡Es para ti! Lo hizo un amigo, Tajui». <<

[45] El niño guapo está en la cuna, / muy calentito entre sábanas blancas. / La abuela le dice: anda, pocho, / duérmete, duerme. / Si no te duermes, vendrá un perro grande. / Anda, pocho, duérmete pronto, duerme, duerme. <<

[46] «Te esperaré, mi amor». <<

[47] «¡Ánimo, chiquilla! Todo irá bien». <<

[48] «Así lo espero». <<

[49] «¡Felicidades!». <<

[50] «¿Siete días, quizá?». <<

[51] «Todo no». <<

[52] Pequeña embarcación. <<

[53] «Virgen de la Antigua, cuídalos como cuidas a los hombres del mar». <<

[54] «¿Cómo estás?». <<

[55] Reuniones en las que se empieza jugando a las cartas y se termina bailando. <<

[56] Su conductor, J. Williams. Seguro, confiable y cortés. <<

[57] «Domingo, te quiero». <<

[58] «Hombre, soy Valentina». <<

[59] «¿Dónde estás, cariño?». <<

[60] «¿Dónde está papá?». <<